

BÚSCAME EN TUS SUEÑOS

Caroline March



1.ª edición: diciembre 2013

© Ediciones B, S. A., 2013 Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España) www.edicionesb.com

Depósito Legal: B.29.266-2013

ISBN DIGITAL: 978-84-9019-679-3

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Contenido

		- 1	•						•
D	Δ	П	1	$\boldsymbol{\Gamma}$	2	t	n	r	בו
ப	Ľ	u	ш	L	u	Ľ	U	Ι.	ιu

Prólogo

- 1. Todo final tiene siempre un comienzo
- 2. Si te caes siete veces, levántate ocho
- 3. Los fantasas no existen, ¿o sí?
- 4. Tu pasado será tu presente
- 5. Cierra los ojos y escucha, entonces sentirás
- 6. No cierres los ojos a lo que ves, aunque lo desees
- 7. Los monstruos sí que existen
- 8. En todo camino encuentras piedras y ortigas
- 9. Hogar, ¿Dulce hogar?
- 10. ¿No te arrodillas?
- 11. Coversaciones... desagradables
- 12. Se celebran dos bodas
- 13. No quieras saber la verdad, pues puede que no te guste
- 14. La felicidad de la vida a veces es solo tener un melón maduro entre las manos
- 15. En la verdad está la redención
- 16. En el que confieso y me confiesan
- 17. ¿Y ahora qué voy a hacer?
- 18. No me rendiré
- 19. La bella durmiente
- 20. El diamante es el mejor amigo del... hombre
- 21. Te estaba esperando
- 22. En mi final está mi comienzo (María Estuardo)

Epílogo

Para mi madre, Isabel
Porque fuiste la primera en poner un libro entre mis manos.
Cuando lloraba, tú secabas mis lágrimas.
Cuando caía, tú me levantabas.
Cuando reía, tú reías conmigo.
Cuando tuve un sueño... tú creíste en mí.
Mujer de fortaleza inquebrantable y espíritu inquieto,
tú has sido siempre mi guía en el silencio.

Prólogo

Norte de Inglaterra Octubre de 1744

Lady Melisande Darknesson, de soltera Lusignant, se agitó en sueños. ¿Había oído voces en el corredor? Abrió un ojo del color de la plata joven y volvió a cerrarlo más tranquila. No era su marido, que venía a incomodarla con sus insistentes intentos de forzarla para asegurarse un heredero que diera vigor a su precario enlace. Intentó dormirse, pero algo danzaba en su mente que la tenía intranquila, una idea que volteaba sin dejarse atrapar. Volvió a abrir un ojo, después el otro, y suspiró fastidiada. Esa incómoda sensación la había acompañado desde que dejó Francia para residir en ese horrible país, Inglaterra, en el que nunca lucía el sol y amaban más a sus perros de caza que a su propia familia. A lo lejos se escuchó una carcajada. Lady Melisande se incorporó en la cama. Era cierto, había alguien en el corredor. Por un instante pensó en quedarse cómodamente en su cama, que todavía guardaba la calidez del sueño. Pero su curiosidad pudo más que el frío húmedo de la noche inglesa. Armándose de valor se levantó de un salto, alcanzando con una mano la bata de terciopelo color púrpura que tenía depositada encima de la colcha, a la vez que intentaba calzarse ambas zapatillas. Sujetó la palmatoria donde titilaba una vela a medio consumir y se paró un momento antes de salir circundando la habitación. Vio el reflejo de un pequeño abrecartas de plata sobre la mesilla y lo cogió metiéndoselo en el bolsillo de la bata. Quizá le fuera necesario, con el carácter de su marido ninguna precaución era poca.

Una vez fuera de la habitación se paró, miró a izquierda y derecha. Todo parecía tranquilo. Avanzó un paso y se inclinó por la baranda de madera pulida. Extendió un poco la palmatoria pero no pudo ver más allá de un par de metros.

Pensando que la había traicionado su imaginación se dispuso a volver a

la cama con un suspiro de resignación. Cuando estaba girando el pomo de la puerta, volvió a oír lo que parecían susurros.

«¿Viene de la habitación de Eduard?» Se fue dibujando una sonrisa de satisfacción en su cara. Lo que para otras mujeres supondría un disgusto, para lady Melisande suponía una gran alegría. Si por fin conseguía descubrir a su marido con su amante, podría recurrir a su padre, este a sus amigos del Parlamento y, con un poco de suerte, quizás en unos meses estaría de vuelta en su casa de Poitiers. Las posibles consecuencias que un divorcio podía acarrear a ambas familias ni siquiera las había considerado.

Avanzó con paso firme a lo largo del pasillo, las tupidas alfombras Aubusson amortiguaban sus pisadas haciéndolas completamente silenciosas. Paró tres puertas más allá de la suya. Ahora no escuchaba nada. Sosteniendo con cuidado la vela, pegó el oído a la puerta. «*Merde!*», pensó, las puertas son tan gruesas que es imposible oír nada.

Con cuidado comenzó a girar el pomo de la puerta de lord Darknesson, sin pararse a pensar qué le diría si este la atrapaba entrando sin avisar en sus aposentos, pero lady Melisande pocas veces se paraba a pensar nada.

La puerta no crujió, gracias a las bien engrasadas bisagras. Empujó un poco, lo justo para acomodar uno de sus brillantes ojos en el interior de la habitación.

Reprimiendo una exclamación de satisfacción, lo vio. Lord Darknesson se inclinaba de espaldas sobre su amante, que descansaba inclinada en la mesa de escritura. Estaba desnudo, y el sudor hacía brillante su piel al reflejo del fuego encendido de la chimenea.

Lady Melisande quedó fascinada por un momento con la mirada fija en el cuerpo de su marido. Era la primera vez que veía un hombre en total desnudez. Le pareció hermoso, tan grande, tan fuerte, todos los músculos se le marcaban en los rítmicos corcoveos de la eterna danza del apareamiento. Y por un instante deseó ser la mujer que le provocaba eso a su marido, pero solo por un instante, porque rápidamente se abrió paso en su mente la idea de la libertad, de la vuelta a casa.

Tenía que asomarse un poco más, tenía que saber quién era esa mujer, que luego podría ser llamada a declarar para poder disolver ese matrimonio que nunca debió celebrarse. Como si hubiera escuchado los pensamientos de su esposa, lord Darknesson sujetó del pelo a la mujer, y le volvió la cara de un tirón para darle un profundo beso.

Lady Melisande se quedó paralizada, un escalofrío le recorrió la espina

dorsal, a la vez que no podía apartar los ojos de la escena que veía. Eduard Foresthorp, conde Darknesson y par del reino, uno de los favoritos del rey Jorge II, estaba besando a su caballerizo mayor, un muchacho de no más de veinte años, de largos cabellos castaños y ojos azules soñadores. Sofocó un grito que murió en silencio en su garganta. Algo debieron de notar los hombres, ya que ambos volvieron la vista hacia la puerta.

Lady Melisande, olvidándose de proteger la vela con la mano, trastabilló y tropezó con sus propios pies y se dirigió corriendo escaleras arriba, hacia las habitaciones del servicio. Una vez en los pasillos superiores, jadeando por el esfuerzo, tomó la dirección que creía que pertenecía a la habitación de las mujeres. Atravesando una puerta que daba paso a unos corredores fríos de madera, sin adornos ni alfombras, abrió la primera puerta que encontró. Que quiso la fortuna que fuera la de su doncella personal, venida con ella de Francia, Pauline.

- —Pauline, Pauline —llamó lady Melisande, con voz aguda, producida por la histeria que se iba acumulando en su torrente sanguíneo. Al no ver nada, avanzó un paso para tropezarse con la cama de una muy disgustada doncella.
- —*Madame? Qu'est-ce qu'il passe?* —contestó Pauline con un deje de fastidio en la voz.

Lady Melisande, ignorando la molestia de su doncella, la sujetó del camisón y tiró de ella hacia arriba con un gesto brusco.

- —*Pauline*, *allons-nous rapidement*, tienes que ayudarme —susurró hipando con voz entrecortada lady Melisande.
- —*Qu'est-ce qu'il passe?* ¿Está ardiendo la casa? —preguntó otra vez Pauline, de pie y ya totalmente despierta mientras encendía una pequeña vela que reposaba en una mesita a la izquierda.

Pauline iluminó con la pequeña llama el rostro de su ama y se alarmó, lady Melisande iba con el pelo suelto, en camisón y bata y lucía una palidez espectral, que acompañaba con pequeños gimoteos y temblores.

La doncella la cogió por los hombros zarandeándola, olvidándose de todas las reglas de protocolo.

- —Madame, tranquilícese y cuénteme lo que ha ocurrido —logró decir.
- —Pauline, Pauline, me va a matar, esta vez sí, me va a matar lo sé, lo que he visto..., yo..., es... es demasiado..., mi vida corre peligro. Pauline, ayúdame —explicó entrecortadamente lady Melisande—. Me tienes que ayudar —exigió con voz más firme.

—Madame —Pauline suspiró audiblemente—, ¿qué quiere que haga?, es más de medianoche, seguro que por la mañana lo ve todo de otra forma. — Le dio unos golpecitos en el hombro para intentar calmar a su asustada dama.

—No, no, no —sollozó lady Melisande—, tenemos que huir, me matará porque yo sé su secreto, y... —añadió dando más énfasis a su discurso—, y a ti también te matará porque pensará que te lo he contado todo. —Como siempre lady Melisande no se preocupaba por nada que fuera más allá de su persona, y no lo iba a hacer ahora, por Pauline, su fiel doncella, que la había acompañado desde Francia. Para ella no era más que otra de sus posesiones.

Pauline dio un respingo, y se permitió un momento de claridad, no sabía qué es lo que asustaba tanto a su ama, pero si provenía de lord Darknesson, *mon Dieu!*, ese hombre sí que era peligroso. Paró sus cavilaciones al escuchar voces de hombre en el piso de abajo.

—Vamos, vamos, Pauline, ya vienen a buscarnos —enfatizó el «nos» obligando a la pasmada doncella a seguirla.

Pauline tomó las riendas de la situación y, vistiéndose rápidamente, sacó un vestido del arcón, su mejor vestido, el que guardaba para ocasiones especiales y se lo lanzó a lady Melisande.

- —Vamos, vístase —ordenó como lo hacía con el resto de las doncellas que dependían de ella.
 - —¿Con esto? —Lady Melisande sostenía el vestido con desagrado.
- —Sí, con eso —Pauline contestó ofendida. El vestido era de lana azul marino, sencillo, con un corpiño en la misma tela trenzado al frente—. No pensará huir a través de la campiña inglesa vestida con brocados, ¿no?
 - —No, claro, no —balbuceó lady Melisande.

Ambas se vistieron apremiadas por las voces y jaleo que empezaba a acercarse.

Pauline abrió la puerta de su pequeño cubículo y se asomó con cuidado.

—Vamos, no hay nadie —apremió a lady Melisande, que seguía temblando como una hoja.

Una vez fuera de la habitación lady Melisande se encaminó automáticamente a la derecha, por donde había venido.

Pauline la agarró del brazo y tiró de ella.

—Por ahí no, *mon Dieu*, o se topará con lord Darknesson de bruces. ¿No escucha las voces?

Lady Melisande no contestó, se limitó a seguir a Pauline por el angosto pasillo, hasta que bajaron unas estrechas escaleras de madera y pararon en lo que parecía una puerta atrancada.

- —¿Y ahora qué hacemos? —suspiró lady Melisande dando por terminada su huida.
- —Pues, abrirla, claro está —contestó con un considerable enfado Pauline—. Agarre de ahí y levántelo —le indicó señalando uno de los extremos del madero que utilizaban como trabilla.

La puerta gruñó y se quejó fuertemente, y una vez abierta el aire frío las golpeó en la cara haciendo que ambas giraran su rostro protegiéndose.

En un último pensamiento de cordura, Pauline se arrepintió de haber rechazado la propuesta de matrimonio del cabrero de Gascuña al que le faltaban los dos dientes delanteros, y que hablaba siseando como una serpiente, por seguir a lady Melisande, su atolondrada y en ocasiones estúpida ama, cuando contrajo matrimonio con lord Darknesson en lo que se suponía un cómodo trabajo de doncella en una cálida casa. Si hubiera hecho lo correcto ahora estaría durmiendo en una pequeña cabaña en las montañas arrullada por el balar de las cabras.

—Vamos —la instó—, tenemos que correr o nos atraparán.

Ambas huyeron a través de la fría noche, con la sola protección de sus manos entrelazadas.

Todo final tiene siempre un comienzo

«¿Qué se siente al morir?», me pregunté distraídamente mientras enroscaba un mechón de mi pelo entre los dedos haciendo un pequeño nudo. No me refería a lo físico, el dolor no me asustaba, al menos no demasiado, sino a lo que me iba a encontrar más allá de la vida. Deseaba con fervor reencontrarme con mi madre, fallecida años atrás, poder abrazarla y que me acunara entre sus cariñosos brazos. Pero me temía que no iba a ser así. Después de la muerte no había nada. Pero esa nada me consolaba más que el vacío que sentía en esos momentos. Quizá me convirtiera en un alma errante, buscando algo que sabía que no iba a lograr alcanzar nunca, en un castigo eterno por el pecado que iba a cometer. El mayor de los pecados. Quitarme la vida.

Pero aun sabiendo todo aquello, lo que me proponía hacer me parecía la mejor solución para todos. Suponía un alivio, el dejar de sentir ese agujero en mi alma, ese vacío imposible de llenar, esa sensación de angustia permanente, de terror, de luchas perdidas, de nada. No sentía nada, pero el no sentir nada muerta era mejor que no sentir nada viva.

Me acerqué un momento a la ventana, era sábado, había anochecido hacía rato, una pareja de adolescentes discutía en la acera de enfrente. Por un momento, mi mente agotada pareció interesarse por la escena. Ella era alta, espigada, de pelo largo liso y color castaño. Él, un poco más alto que ella, estaba de espaldas a mí, de pelo corto, oscuro, con cazadora marrón y pantalones vaqueros. Estaban justo debajo de la farola de la esquina, como si un foco les iluminara en la obra de la vida. Empezó a chispear, y vi cómo se reflejaban las pequeñas gotas de lluvia a través de la luz artificial de la farola. Ella le gritaba algo a él, y le dio un golpe en el pecho, que hizo que el muchacho trastabillara y diera un paso atrás. Se recobró pronto del empujón y la agarró por los hombros apenas zarandeándola un poco. El pelo de la muchacha se agitó y ella empezó a protestar mientras se

apartaba con gesto furioso un mechón que le había caído en el rostro. A la luz de la farola, pude ver que estaba llorando. Él dejó caer sus brazos a los costados en un gesto de rendición y agachó la cabeza; parecía estar disculpándose. Lo que dijo hizo que ella levantase la cabeza para mirarlo. Él sin pensárselo dos veces la atrajo hacia él y la besó con fuerza. Ella no intentó apartarlo, lo abrazó también agarrando su pelo corto con ambas manos, entrelazando sus cuerpos. Algo pellizcó mi corazón, que había dejado de latir hacía meses.

Me aparté de la ventana con un suspiro y me dirigí a mi objetivo principal. Me senté en el sofá de piel negra, fría al contacto, cogí mecánicamente el mando del televisor y lo encendí. No me importaba qué programa había, solo quería escuchar algo que tapara el silencio. Encima de la pequeña mesa de centro tenía todo lo necesario. Había logrado reunir una pequeña, pero esperaba que suficiente, reserva de un potente barbitúrico. Cogí una botella de whisky escocés de veinte años, que llevaba otros cinco esperando en la estantería a que alguien tuviera el valor de probarlo. Lo traje de mi último viaje a Escocia, aquel en el que mi hermana Galadriel me comunicó que se quedaba allí a residir, que había conseguido plaza en la Universidad de Edimburgo. La mezcla de barbitúricos y alcohol era letal, según afirmaban varios estudios en la red. De hecho era la forma de suicidarse que tenían las estrellas de cine clásico allá por los años cuarenta y cincuenta. Bien, pensé, algo de *glamour* tampoco me venía mal.

Rodeé con mis manos la caja de cartón circular que protegía la botella de whisky y la abrí arrancando un pequeño suspiro a la bebida que llevaba tantos años esperando a respirar. Observé a la tenue luz que ofrecía el televisor el líquido ambarino. Me serví una generosa cantidad en un vaso de cristal. Era curioso que lo llamaran *uisge beatha*, agua de vida, cuando yo precisamente lo iba a utilizar para todo lo contrario.

Sin pensarlo más cogí las pastillas en un puño, me las metí en la boca y tragué un largo sorbo. Sofoqué el ardor y las arcadas que amenazaban con vomitar lo ingerido. Respiré despacio lo que parecieron momentos eternos hasta que mi cuerpo se estabilizó y la calidez del licor escocés comenzó a surtir efecto, creando una falsa sensación de seguridad. Por un momento sentí pánico. «¿Qué estoy haciendo?», pero aparté con furia ese pensamiento. Estoy haciendo lo correcto. Por primera vez en meses, sentía que esto era verdaderamente lo que yo quería hacer, y por fin sería libre para dejar de sentir.

Todo había comenzado dos años atrás, a finales de 2008. Un año que cambió mi vida. Estaba en el baño, frente al espejo, inquieta pasando el peso de mi cuerpo de un pie al otro y con una prueba de embarazo entre las manos, que no dejaban de temblar. Lo sabía, en mi fuero interno lo sabía, sabía que por fin lo habíamos conseguido y que estaba embarazada, pero aun así necesitaba una prueba palpable para que mi cerebro terminara de creérselo. Me distraje un momento inclinándome sobre las instrucciones. Dos minutos, decía, ¿cuánto tiempo había pasado?, me volví hacia la prueba, y allí estaban: las dos rayas rosas verticales claramente visibles en el fondo blanco. Agarré con más fuerza el extremo de la prueba y una felicidad inmensa a la vez que un ataque de pánico comenzó a invadirme.

No pude aguantar más. Salí corriendo del aseo. Yago seguía durmiendo. Encendí la luz principal de la habitación, lo que hizo que mi marido protestase tapándose con la sábana toda la cabeza.

- —Yago, Yago, despierta —grité en voz baja algo histérica.
- —¿Qué?, ¿qué? —contestó él, todavía aturdido por el repentino estruendo.
- —Yago —volví a repetir—, es positiva. Estoy embarazada. Estamos embarazados —corregí—. ¿Ves? —Le metí la prueba en la punta de la nariz gratamente emocionada.
 - —¡Qué coño es...! —protestó, incorporándose.

Yo lo miré reprobándole su falta de entusiasmo.

Yago miró el palito con las dos líneas verticales y luego a mí, y sonrió.

- —Ya lo sabía —se jactó con orgullo masculino.
- —¿Ah sí? —Enarqué una ceja.
- —Sí —contestó atrayéndome a la cama—, me llaman *espermineitor*, pequeña.
 - —Idiota —le contesté mientras le besaba.

Se volvió para mirar el despertador y luego a mí.

- —Nos da tiempo a celebrarlo, ¿no?
- —Sí —contesté con voz ronca mientras notaba sus caricias en mi pecho —, no pierdes el tiempo, ¿eh? —Mientras la excitación nublaba mi sentido común, intenté pensar en alguna excusa para llegar tarde al trabajo. No lo logré.

Trabajaba en Peixoto y Cía., y aunque mi hermana pensase y dijese que era un nombre de agencia de detectives, en realidad era una sociedad de inversiones y un despacho de abogados. Yo pertenecía a ambos a la vez.

Me contrataron hacía seis años, cuando terminé mi doble licenciatura en Derecho y Económicas. Todavía recordaba el nerviosismo que sentí mi primer día de trabajo. Tenía veintitrés años, estaba recién casada y me comía el mundo. No había tardado ni tres meses después de graduarme en conseguir este trabajo, por el que muchos de mis compañeros habrían dado su mano derecha. Unos meses más tarde supe que mi padre había tenido algo que ver, sugiriéndole al señor Peixoto, que resultó ser un antiguo compañero de estudios, que me contratase «aunque solo fuera para traer y llevar los cafés», que en realidad fue ese mi cometido durante bastante tiempo.

Pero eso no consiguió pararme. Al contrario, lo tomé como un desafío. Me preparé a conciencia, estudiando en mis escasos ratos libres, quedándome a hacer horas extra que no se pagaban e incluso comía muchas veces en la oficina. Tenía que demostrar que valía, que era un valor seguro para la empresa, y poco a poco fui consiguiendo un poco más de poder.

Entré en las oficinas a las ocho y trece minutos exactamente. Normalmente mi jefe no llegaba hasta pasadas las nueve, pero aquel día había decidido llegar puntual. «¡Mierda!», pensé, «¿y qué le digo ahora?» Decidí recurrir a la excusa más manida y por otro lado más veces cierta que tenía: el tráfico.

- —Buenos días, señor Peixoto —dije asomándome a su despacho.
- —Llega tarde, señora Freire —fue su respuesta mientras levantaba la vista de los papeles que estaba leyendo.
- —Sí, lo siento —dije, intentando que mi voz sonara lo suficientemente compungida—, ya sabe, el tráfico de estas horas es terrible.
- —Claro, señora Freire, ya le he dicho más de una vez que le costaría menos tiempo venir andando que empeñarse día tras día en traer el coche a una ciudad que no está hecha para tales menesteres.

Tenía toda la razón. Había tenido que alquilar una plaza en un garaje cercano, ya que las oficinas estaban en el centro histórico, solo a un par de manzanas de la catedral.

- —No volverá a pasar —me disculpé—, me quedaré un rato más esta tarde y así lo compenso.
- —Está bien, está bien —contestó haciendo un ademán con la mano en señal de que abandonara la sala.

Me senté rápidamente en mi despacho, un pequeño cubículo de paredes de cristal ahumado, que daban cierta intimidad, pero no se le podía llamar propiamente despacho. Saludé a mi compañero Pablo, sentado exactamente frente a mí en otro cubículo de similares características. Pablo me devolvió el saludo con un «hola» silencioso. Cuando me senté, encendí el ordenador, conecté el móvil del trabajo e intenté centrarme en la demanda que tenía frente a mí. No lo conseguí y levanté la mirada. Pablo me observaba fijamente, ladeó la cabeza y me preguntó con gestos «¿tráfico?». Yo le contesté igualmente encogiéndome de hombros. Él hizo un gesto despectivo, escribió algo en un papel y me lo mostró sujetándolo con ambas manos encima de su cabeza: «SEXO.»

Me sonrojé hasta el nacimiento del pelo. Pablo rio quedamente. Además de compañero era un buen amigo, quizás el mejor que tenía allí. Entramos a trabajar a la vez, y ambos nos esforzamos por conseguir lo que ahora teníamos.

Se acercó a mi mesa y cerró la puerta, aunque eso no nos daba más intimidad. Se aproximó observándome hasta que la punta de su nariz chocó con la mía, y yo resoplé.

—Ah —dijo simplemente—, pupilas dilatadas, pelo despeinado. Querida, el sexo matutino es el mejor de todos, espero que lo hayas disfrutado. Yo hace ya tanto tiempo, que dudo que sepa dónde tengo que meterla.

Sofoqué una risa. Pablo era un amigo, un buen amigo, con el que había compartido comidas en la oficina y largas tardes estudiando algún caso complicado. Siempre tenía su apoyo, y esperaba que él supiese que también tenía el mío.

—No —le dije quedamente—, bueno, sí.

Él volvió a sonreír.

—Pero no es eso, es... —sabía que tenía que esperar un poco, pero no pude callarme—, estoy embarazada.

Pablo abrió los ojos desmesuradamente.

- —Vaya con Yago, sí que se ha dado prisa —exclamó con una sonrisa de oreja a oreja.
- —¿Vaya con Yago? ¿Crees acaso que yo no he tenido nada que ver? Le miré enfurruñada, haciéndole un gesto de que bajara la voz.
- —Oh, estoy seguro de que sí. —Volvió a sonreír de forma libidinosa y me dio un cálido beso en los labios, mientras susurraba—. ¡Felicidades, mamá!

Pese a nuestro pacto de silencio, a los pocos días toda la oficina, la

planta y el edificio entero supieron la noticia. Recibí felicitaciones de todo tipo, advertencias y consejos de lo más variopinto, mientras alrededor se iba construyendo una nube de felicidad.

Lo siguiente fue dar la noticia a mi padre y a su mujer Pam, que la recibieron entusiasmados. Pam aplaudió y nos felicitó. Ella ya era abuela de dos niños, pero estaba igualmente emocionada. Para ella, tanto Galadriel como yo éramos dos hijas más que sumar a su numerosa familia.

Avisé a mi hermana por teléfono, una noche, cuando ya estaba de más de seis semanas.

- —¡¿Qué?! —fue su reacción gritando y haciendo que yo separara unos centímetros el teléfono de mi oreja.
 - —¡Que vas a ser tía! —grité yo a su vez.

Hubo un súbito silencio al otro lado de la línea y la escuché caminar y revolver algo.

- —¿Qué haces? —le pregunté.
- —Comprobar que este mes no me haya olvidado ningún día la píldora contestó súbitamente seria.
- —¿No creerás en esas tonterías? —inquirí algo enfadada. Galadriel y yo éramos gemelas idénticas. Normalmente, ya fuera fruto de la casualidad o del destino, nos solían pasar las mismas cosas a la vez, además de sentir una conexión que a veces resultaba bastante difícil de explicar a otras personas.
 - —Pues sí, no vaya a ser que... —dejó la frase inconclusa.
 - —¡Galadriel! —exclamé yo con tono de enfado.
 - —¿Estás segura? —preguntó ella seria.
- —Segura de qué, ¿de que estoy embarazada o de que quiero tenerlo? repuse cada vez más crispada.
- —De las dos cosas. Verás, no te lo tomes a mal, pero creo que sois demasiado jóvenes para ser padres. Todavía os quedan muchas cosas por vivir —contestó ella.
- —Gala, eso ya me lo dijiste el día de mi boda, y te recuerdo que he seguido viviendo y disfrutando cada día desde entonces. El que yo haya decidido no seguir tu camino de eterna adolescente no es mi problema, sino el tuyo. Y no soy demasiado joven, tengo casi veintiocho años. Mamá a los veintitrés ya nos tenía a las dos. Este niño es buscado y deseado exclamé con más intensidad de la que quería.
 - —Sí, pero eran otros tiempos —repuso ella.

—Los tiempos no cambian, Gala, cambian las personas, y nosotros hemos decidido vivir nuestra vida de esta forma, como tú la tuya, y que yo sepa, te apoyé desde el primer momento, frente a todos los que te decían que era una locura. Por una vez, podrías hacer tú lo mismo, ¿no? —Suspiré fuertemente.

—Claro, Gin, si de verdad estoy muy feliz, es solo... No sé, quizá me haya pillado por sorpresa, solo necesito hacerme a la idea. Voy a ser tía, ¡guau!, ya verás cuando se lo cuente a Sergei —contestó más calmada.

Colgamos el teléfono con la promesa de mantenernos en contacto, pero con mi hermana eso era bastante difícil. Era un espíritu libre, como le gustaba denominarse, y como tal debíamos perdonarle que no llamara nunca y que, por las visitas que nos hacía, para ella su familia en España pudiera encontrarse en Marte, y no a solo tres horas de avión.

En realidad no podíamos ser más diferentes, y sin embargo tan iguales, como una imagen reflejada en un espejo. Nuestra madre murió cuando teníamos trece años. Todavía recordaba aquel día con cierto sabor amargo en la boca. Aquella mañana nos llevó al colegio, y nos despidió con un beso en la coronilla y un «os quiero» susurrado cuando ya corríamos a la entrada, avergonzadas de tanta muestra de cariño con la edad que teníamos, pero mamá siempre fue así, no lo podía evitar. Cuando cruzó la calle para coger su coche, otro vehículo la arrolló. No fue un impacto muy fuerte, pero la lanzó un par de metros y cayó golpeándose la cabeza contra el bordillo de la acera.

Solo recuerdo la fuerza con la que nos sujetaron dos monjas, impidiéndonos ver el cuerpo de nuestra madre tirado en el asfalto. Los siguientes días fueron confusos, y apenas conservo retazos dolorosos de la agonía de mi padre llorando en la habitación del hospital donde mi madre pasó sus últimas horas en coma, hasta que finalmente murió, cuarenta y ocho horas después del atropello. Fallo multiorgánico lo llamaron los médicos. Yo solo recordaba el rostro pálido de mi madre rodeada de tubos, sintiendo dentro de mi ser cómo su alma la abandonaba. En el funeral Gala y yo no nos separamos ni un instante, nos sujetábamos las manos con fuerza, como si soltarnos supusiera caer en el abismo de la desesperanza. Fue el último recuerdo de mi hermana como una gemela, a partir de ese día nuestros caminos se fueron separando gradualmente.

Yo tomé la opción de la supervivencia haciéndome cargo de la casa y la familia, como si hubiera madurado diez años de golpe. El hacerlo me daba

fuerzas. Si lo pensaba ahora, me sentía como si hubiese sido madre de mi padre y de mi hermana, antes de ser madre de mi propio hijo. Gala en cambio reaccionó de forma completamente diferente, cambió de amigas y de actitud, comenzó a meterse en problemas con el resto de sus compañeras de clase y los profesores. Recibimos varias notas de atención en casa, y yo me convertí en su cómplice ocultándoselas oportunamente a nuestro padre, para no hacer que se sintiera todavía peor de lo que estaba, ya que se había convertido en una pálida sombra de lo que solía ser. Se volvió introspectivo y huraño, e incluso nuestra presencia solía incomodarlo. Tan pronto nos rehuía como nos abrazaba y nos decía lo que nos parecíamos a nuestra madre.

Después de una adolescencia difícil, Gala superó las pruebas de acceso a la universidad y decidió tomarse un año sabático recorriendo el mundo. Recibíamos postales extrañas de todos los países que visitó, buscándose a sí misma. Finalmente, un día a principios de verano volvió a casa, se matriculó en Filología Inglesa y cuando terminó la carrera se fue a vivir a Edimburgo.

Para entonces nuestro padre estaba saliendo de su duelo con la ayuda de Pam, una viuda como él. No podían ser más diferentes, él profesor de química y ella panadera, pero sin embargo en sus diferencias encontraron cariño y compañía. Se casaron en una sencilla ceremonia civil a los pocos meses. Por un momento, pareció que todo volvía a la normalidad. Aquel fue el año en que yo viajé a Irlanda con una beca Erasmus para completar mi currículo, y conocí a Yago.

Me cayó bien al instante de presentarnos, y me enamoré de él cuando lo conocí más profundamente. Los españoles solíamos reunirnos en un pub del centro. Curiosamente, él también era gallego, de La Coruña, y eso nos unió todavía más. Me gustó su pelo moreno revuelto, como si no pudiera peinárselo mejor, largo, casi por los hombros, y sus gafas de intelectual, que le hacían algo mayor de los veintidós años que tenía. Era más alto que yo, pero solo un poco, y desgarbado, como si llevara un gran peso sobre los hombros. Estudiaba arquitectura, aunque por la forma con la que miraba a toda irlandesa que se cruzaba en su camino era esa la verdadera arquitectura de principios de siglo que había venido a estudiar. Al principio nos limitábamos a saludarnos cuando nos encontrábamos allí, luego nos dimos cuenta de que ambos nos buscábamos con la mirada comprobando si alguno de los dos ya había llegado al pub, y a mitad de curso éramos tan

inseparables que mi arquitectura española era la única que le llamaba la atención.

Una noche, casi a final de curso, estábamos celebrando una fiesta en la que bebí demasiado y bailé todavía más, y discutimos por una tontería. Me dijo que no le gustaba que me hiciera notar de esa forma, que tenía a todos los tíos babeando en la barra. Yo le contesté que qué le importaba si yo era toda de él, y le besé profundamente.

- —Vamos —me dijo arrastrándome fuera del pub. Estaba lloviendo a mares.
- —¿Qué quieres? —le pregunté zarceando y notando cómo me calaba hasta los huesos.
- —Estoy poniendo fin a esta tontería —me contestó él en medio de la calle solamente iluminada por una farola. No había gente a nuestro alrededor, ni siquiera los habituales que solían salir a fumar.
 - —¿Qué tontería? —pregunté yo desconcertada.

Él se arrodilló frente a mí.

- —Pero ¿qué haces? —inquirí mirándole como si hubiera perdido la razón. El suelo formaba charcos, y por los bordes de las aceras corrían riachuelos de agua sucia y grasienta.
- —¿Es que todavía no te has dado cuenta, Ginebra Freire, que eres la mujer con la que quiero pasar el resto de mi vida? —respondió levantando su rostro hacia mí. Sus gafas estaban mojadas, y probablemente no vería nada, el agua caía tan fuerte que su pelo normalmente alborotado se le había pegado al cráneo y al rostro en mechones negros en contraste con su piel blanca.
 - —Hum —fue mi respuesta ganando tiempo.
- —Vamos, ¿qué dices? ¿Lo hacemos? —preguntó quitándose las gafas y frotándose los ojos empapados.

Dudé. Éramos demasiado jóvenes, ¿no habría dicho eso mi hermana? Sin embargo, lo quería, y él a mí. Recordé una cita estúpida de una tarjeta de San Valentín: «El amor no se busca, él te encuentra.» Y eso me ayudó a decidirme. Era mi destino. El amor me había encontrado.

Yago se estaba impacientando, y buscaba de forma furiosa algo en el bolsillo de su cazadora. Escuché cómo nuestros amigos habían salido del pub y nos rodeaban, ebrios de alcohol y de juventud.

—¡Vamos! —me jalearon—, no pensarás dejarlo así, ¿no?

Yo los miré y vi sus gestos de risa y alegría, y luego me volví hacia

Yago, que había conseguido sacar lo que buscaba del bolsillo, una anilla de una lata de cerveza, que me mostró como si fueran las joyas de la corona británica.

—¡Está bien! ¡Está bien! ¡Lo haremos! —contesté embebida por el momento.

Yago me introdujo la anilla en el dedo corazón y me besó apasionadamente, provocando alaridos y vítores de nuestros compañeros. Más tarde, después de celebrar nuestro reciente compromiso, me di cuenta con algo de sorpresa de que ninguno de los dos había pronunciado la palabra matrimonio en toda la noche.

Terminamos nuestras respectivas carreras y él se trasladó a vivir a Santiago, donde opositó y acabó trabajando en el ayuntamiento de la ciudad, a la vez que yo comencé mi trabajo en Peixoto y Cía. La vida nos sonreía y cuando me quedé embarazada todo cobró sentido. Por primera vez desde hacía muchos años sentía que alrededor fluía la verdadera felicidad. Ni los mareos, ni los vómitos, ni el cansancio me hacían flaquear. Tenía más fuerza que nunca y más ganas de vivir y hacer partícipe a todos de mi felicidad. Sonreía y me paraba con cada bebé que se cruzaba en el camino. Y algo parecido le sucedía a Yago. Ambos esperábamos las revisiones médicas con expectación y disfrutábamos con las primeras imágenes de nuestro bebé, que a las veinte semanas nos confirmaron definitivamente que iba a ser una niña.

Sin embargo un día todo cambió, un día normal, como otro cualquiera, sin ningún aviso que me preparara para lo que iba a pasar. Había tenido un juicio difícil por la mañana, un divorcio. Los odiaba, por mucho que mantuvieran las formas, el desprecio solía ser patente entre las partes, mientras los abogados respectivos intercambiábamos miradas de entendimiento y de cierto reparo hacia nuestra profesión. Por la tarde tenía una revisión, iría sola, ya que Yago tenía un curso de formación hasta la noche. El único aviso que tuve de que algo podía ir mal es lo cansada que me encontraba, de un día para otro me había hinchado desmesuradamente, hasta el punto de que no podía calzarme mis propios zapatos, y la parte baja de la espalda me dolía como si me estuvieran pinchando agujas. Tampoco me preocupé en exceso, todos decían que eran los síntomas propios del embarazo.

Llegué a la consulta, me tumbé en la camilla y me levanté la blusa para dejar que el ginecólogo me extendiera el gel para realizarme la ecografía.

Le comenté que me encontraba algo cansada, y él me dijo que debería bajar el ritmo de trabajo. Esa fue su expresión concreta, «bajar el ritmo de trabajo». Yo hice una mueca, pensando que eso iba a ser imposible. Comenzó a pasar el ecógrafo sobre mi redondeada barriga de un lado para otro y me la movió con la mano.

—Vamos, despierta, pequeña, que tengo que medirte —dijo mirando la pantalla.

Yo fruncí los labios, cada vez me encontraba peor, estaba mareada, y cada movimiento que agitaba mi vientre hinchado hacía que sintiera como si me fuera a desmayar.

Noté el cambio de expresión del médico, normalmente sonriente.

- —¿Qué ocurre? —pregunté algo asustada.
- —Estás de parto, Ginebra. ¿Ha venido Yago contigo? —preguntó.
- —¿Qué? No, no ha podido —exclamé con la voz demasiado aguda—, es demasiado pronto, solo estoy de seis meses... Y....

Mientras yo seguía hablando, él no se había estado quieto. Llamó a una enfermera y le dio claras instrucciones: llamar a un taxi y acompañarme al hospital. Buscó mi vena en el brazo derecho y me inyectó algo.

- —¿Qué es? —pregunté sintiendo un súbito adormecimiento.
- —Debes estar tranquila, ¿entendido? En el hospital te atenderán. Yo aquí solo puedo darte un relajante ligero. Pero lo más importante es que no te pongas nerviosa —lo dijo con voz suave acariciándome la mano. Lo que provocó la reacción contraria, que me pusiera histérica.

Llegamos al hospital y me llevaron directamente a la sala de dilatación. Mientras tanto iba llamando a Yago, que seguía con el teléfono apagado. Allí me atendió la ginecóloga de guardia, que directamente me hizo desnudar y ponerme el camisón hospitalario. Me monitorizó, hizo una ecografía y cabeceó. Llamó a un compañero y ambos hablaron en una esquina de la habitación en susurros.

Yo rezaba a algo, no sabía muy bien a qué, solo decía como si fuera un mantra: que esté bien, que mi bebé esté bien, por favor, que ella esté bien... Quienquiera que escuchase mis plegarias decidió no hacerme caso.

—¿Por qué no escucho el latido? —pregunté de repente, como si fuera algo que hubiera recordado de pronto.

La ginecóloga se acercó hacia mi cama y cruzó una mirada dura con su compañero.

—¿No te lo han dicho? —preguntó.

- —¿El qué? —contesté yo.
- —El bebé no tiene latido —respondió suavemente.
- —¿Por qué? —inquirí yo demasiado asustada para ver la realidad.
- —Porque ha muerto —respondió ella con la misma voz.

No supe qué decir, las palabras murieron en mi boca a la vez que mi hija en mi vientre. Sentía como si no me estuviese sucediendo a mí, lo veía todo desde fuera, como si fuera una película de serie B. No me lo creía, mi bebé, mi amor, toda mi vida, no podía estar muerta. Todo tenía que ser una broma de mal gusto. Pero desgraciadamente no lo era. En ese momento el teléfono que todavía tenía en la mano sonó rompiendo el silencio tenebroso que se había instalado en la sala. Lo cogí de forma mecánica.

- —¿Sí? —contesté sorprendida de tener voz.
- —Cariño, ¿qué ocurre? Tengo un montón de llamadas perdidas. —La voz de Yago sonó bastante preocupada.

Me quedé en silencio un momento.

—El bebé ha muerto —le dije finalmente, con una voz extraña y ronca, y colgué.

Después de aquello pasé varios meses encerrada en mí misma. No quería pensar, no quería recordar nada. Oportunamente antes de que regresara a casa, Yago había recogido todo lo que habíamos comprado con tanta ilusión para nuestro bebé. A escondidas, yo bajaba al trastero y revolvía las cajas aspirando el aroma de la ropita y los enseres y me hundía un poco más. No lloré, no era capaz de derramar ni una sola lágrima, solo sentía dolor y enfado, y daba vueltas a mis pensamientos creyendo que había hecho algo mal, que era imposible que no lo hubiera visto venir. Me centré en el trabajo de una forma furiosa e intensa. Mis compañeros soportaban mi mal humor y me trataban con excesivo cariño, hasta que un día les dije que como volviera a escuchar una sola palabra más de pena o lamento me pondría a gritar. Les asusté lo suficiente para que el ambiente del despacho volviera a ser casi como antes.

A los tres meses me dieron el alta médica, podíamos intentarlo de nuevo. Pero Yago y yo ya no hacíamos el amor, nuestra unión se convirtió en algo mecánico y desesperado, controlado por fechas de ovulación y temperaturas vaginales. Finalmente viendo que no obteníamos el deseado embarazo, el ginecólogo nos sugirió que podríamos empezar un tratamiento de fertilidad, dadas las dificultades que teníamos. Según su opinión lo mejor iba a ser que me quedara de nuevo embarazada, que a

veces ocurrían esas cosas, que no se podían predecir, que el cuerpo humano era un misterio incluso para ellos. Yo le escuché en silencio, últimamente me costaba bastante mantener una conversación con nadie.

Me recetaron un montón de pastillas y tenía que comenzar a pincharme de inmediato hormonas en el vientre. No quise que nadie lo hiciera por mí. A los pocos días tenía el abdomen lleno de moratones, debido a mi poca pericia, pero nada me importaba si eso me llevaba a sentir dentro de mí otra nueva vida. Una vez que acababa el ciclo de pinchazos, llegaba otra nueva jeringuilla, la más dolorosa, la que provocaba la liberación de los óvulos, y después la progesterona. Mi vida se convirtió en una montaña rusa, durante cuatro meses alterné estados de emoción, ilusión, excitación, espera y desilusión amarga, cada vez que veía que el tratamiento había vuelto a fallar. Me aconsejaron que acudiera al equipo de psicólogos del centro de fertilidad, me negué, no había nada que pudieran decir para animarme, toda la carga la llevaba yo, como ya la había llevado anteriormente. Yago cada día estaba más distante, acudía el día que le llamaban al centro y depositaba su semen en un recipiente hermético, esperando que esa vez fuera la definitiva. Ninguna lo fue, y cada vez estábamos más frustrados. Apenas hablábamos, y no nos tocábamos, sintiendo que ambos nos hacíamos daño mutuamente.

Esta vez tampoco lo vi, ninguna señal que me mostrara lo que estaba por venir, solo vivía centrada en pincharme, tomarme la pastilla y suplicar que todo saliera bien esa vez. A la vez sentía mi cuerpo hueco, como una vasija vacía imposible de llenar porque estaba agujereada. No se lo dije a nadie, simplemente me limitaba a ponerme las manos sobre el vientre, ahora demasiado delgado, y maldecía por no ser capaz de hacer algo que al resto de las mujeres les costaba tan poco conseguir.

Llegué pronto del trabajo, me había olvidado la jeringuilla en casa y tenía que pincharme antes de las ocho de la tarde para que mis óvulos se liberasen esperando una futura fecundación. Cuando entré tropecé con una maleta que estaba en el *hall* del piso. Ni siquiera me extrañó. Estaba tan concentrada en que no se me pasara la hora exacta que me dirigí directamente al baño.

Me tropecé con Yago en el pasillo.

- —¡Ah! Estás en casa —fue lo único que dije.
- —Sí —respondió él pasándose la mano por el pelo.

Recordé la maleta en la puerta.

- —¿Por qué hay una maleta en la puerta? —pregunté sin malicia, solo sentía curiosidad.
 - —Porque me voy, Ginebra —respondió él.
- —¿Adónde? —inquirí yo en el mismo tono de voz. Estaba intentando recordar si me había dicho que tenía algún viaje de trabajo.
- —A casa de unos amigos —exclamó él. Percibí su nerviosismo y una alerta estalló en mi cerebro.
- —No puedes irte. Mañana tienes cita en el centro de fertilidad exclamé.
- —¡Ja! —repuso casi gritando—. ¿Es eso lo que te preocupa, Ginebra? ¿Que tu semental esté dispuesto? No has escuchado nada de lo que te he dicho, ¿verdad?

Lo miré entrecerrando los ojos. No entendía nada.

- —¿Me estás dejando? —pregunté con incredulidad.
- —Sí, lo siento, ya no puedo más. No sé quién eres, ni en lo que te has convertido. Ya no te conozco, Ginebra, y empiezo a no conocerme a mí tampoco. Creo que lo mejor es que estemos un tiempo separados —repuso con voz triste.

No estaba enfadada, simplemente ese sentimiento se había vuelto tan propio en los últimos meses, que ahora apenas sentía la diferencia.

- —No lo entiendo, ¿es esta la idea que tienes de apoyarme en todo lo que estoy pasando? —exclamé con voz desapasionada.
- —¡Tú y tú y solamente tú! Y yo ¿qué? ¿Crees que está siendo fácil para mí, acaso? —repuso levantando la voz.

Levanté mi rostro y lo miré directamente a los ojos.

- —¿Qué estás intentando decirme, Yago? —pregunté con los brazos cruzados sobre mi pecho.
- —Que ya no sé lo que siento por ti, necesito alejarme y pensar en ello con calma —repuso con voz tensa.

Un frío helador me recorrió la espina dorsal.

- —¿Me estás diciendo que ya no me amas? —pregunté sintiéndome al borde de un precipicio.
- —Sí, lo siento, Ginebra, he dejado de quererte —contestó avanzando por el pasillo. Se quedó un momento en la puerta con la maleta en la mano, sin volverse. Yo no dije nada. Finalmente salió dando un portazo, que sentí como un golpe en el corazón.

Me fui al salón y encendí la tele, me senté en el sofá y me tapé con una

manta. Estuve sentada en silencio toda la noche, mirando la tele sin ver nada. A las seis de la mañana me levanté despacio, como si me fuera a romper. Me duché, desayuné un café solo y cogí el coche para ir a trabajar. Aquel día dejé de sentir, y la nada, en el sentido absoluto de la palabra, se adueñó de mi cuerpo y de mi alma.

Oculté lo sucedido y actué como si todo siguiera como siempre. Solo hubo una persona que se percató de que algo no iba bien: Pablo. Una tarde que nos quedamos solos en el trabajo me acorraló en el despacho.

—¿Qué ocurre, Gin? No me digas que nada, porque sé que no es cierto —preguntó preocupado.

Alcé mi vista de los papeles que tenía sobre la mesa y lo miré directamente a los ojos. A él no podía mentirle.

- —Yago me ha dejado, ya no me quiere —solté bruscamente.
- —¿Que no te quiere? ¿Te ha dicho semejante estupidez? —preguntó incrédulo sentándose en un hueco vacío de la mesa.
- —Sí —respondí yo—, el amor se nos ha gastado de tanto usarlo. —Hice una mueca.
- —Y tú, ¿lo sigues amando? —preguntó todavía sorprendido por la noticia.
- —Pues la verdad es que no lo sé, no sé lo que siento. A veces es como si no pudiera sentir nada, como si me hubiera convertido en una máquina respondí dejando la mirada perdida en una esquina del cubículo.
 - —¡Ay, Dios! Gin, necesitas ayuda, y mucha —suspiró fuertemente.
- —¿En serio? —le pregunté de manera irónica—, yo creo que soy un caso perdido. A veces me pregunto por qué sigo viviendo...
- —No digas eso ¡ni de broma! —exclamó él. Noté su tono preocupado y yo esbocé lo que pretendía ser una sonrisa, que se perdió en el intento.
 - —Tengo una idea —dijo sonriendo por primera vez.
 - —¿Cuál? —Enarqué una ceja.
- —Este sábado nos vamos a ir de marcha. Te vendrá bien, solo unos pocos amigos a tomar unas copas y charlar —sugirió.
- —No me apetece salir, Pablo, no creo que sea una compañía agradable para nadie —repuse.
- —Hazme caso, tienes que desconectar, ver gente, hablar y empezar a soltarte. Además tengo un amigo que seguro te va a gustar —volvió a insistir y me mostró su mejor sonrisa.
 - —Está bien —claudiqué, total no tenía otra cosa mejor que hacer.

El sábado a las nueve acudí a la cita en un bar cercano al trabajo, nuestra primera parada de lo que se suponía una noche larga. Era un pub que habían abierto recientemente, decorado con aluminio y negro, espacioso y con música agradable. Me presentó a sus amigos, e hizo especial hincapié en el que se suponía que me iba a gustar. La verdad es que no estaba nada mal, hasta que abrió la boca.

—Yo tomaré una ginebra, es mi bebida favorita —dijo sonriendo. Había oído tantas veces ese chiste que hacía siglos que había dejado de tener gracia. Aun así le sonreí ante su mirada que pretendía ser seductora.

En ese momento entraron dos parejas que se situaron en la barra. Yo me quedé mirando fijamente, me sonaba mucho ese hombre. Cuando se volvió se me heló la sangre en las venas. Era Yago. Pablo, sentado a mi lado, percibió algo y me miró fijamente y luego dirigió su vista a la barra, ahogando una maldición.

—Tranquila, Gin —me susurró—, ignóralo, quizá ni siquiera nos vea.

No ocurrió así, como si Yago notara mi mirada fija en él se volvió y clavó sus ojos oscuros en los míos. Ambos nos quedamos así, mirándonos como en un duelo del oeste, sin decidirnos ni a acercarnos ni a saludarnos siquiera. Finalmente fue él el que apartó la vista, la chica que estaba a su lado reclamaba su atención. Yo dirigí mi mirada hacia la mujer, era una compañera de trabajo, me la había presentado hacía varios años, pero lo que verdaderamente me sorprendió fue cómo entrelazó su brazo con el que todavía era mi marido.

Sentí que una mano me sujetaba por el hombro. Era Pablo, él también lo había visto.

- —No te acerques, Gin, olvídalo. No puedo creer que te haya cambiado por esa, con lo gorda que está —exclamó nerviosamente.
 - —No está gorda, Pablo —respondí yo—, está embarazada.

Me levanté, recogí mi abrigo y sin despedirme salí del bar. Me faltaba el aire, una mano invisible apretaba mi garganta y no me dejaba respirar. Sentí la presencia de Pablo detrás de mí, me abrazó y yo me solté.

- —Déjame —dije—, me voy a casa.
- —Está bien, deja que me despida y te acompaño —pidió.
- —Te espero —le contesté. En cuanto lo vi entrar por la puerta eché a correr en dirección al garaje. Me metí en el coche y conduje de manera desesperada hacia casa. No recuerdo cómo llegué ni cómo aparqué, los últimos recuerdos que tengo son de una pareja besándose a la luz de una

farola en la esquina de mi calle.

Si te caes siete veces, levántate ocho

Intenté abrir los ojos, pero una mano invisible me impedía hacerlo. Sabía que no había muerto. No podía estar muerta cuando el cuerpo entero me dolía como si hubiese recibido una paliza. Quizás estaba en el purgatorio, y con el dolor físico estaba pagando mis pecados terrenales. No me parecía justo. Hice otro esfuerzo y levanté los párpados, que pesaban como piedras. Los volví a cerrar, la luz era demasiado intensa y hacía daño. Aun así había visto un atisbo del lugar en el que me encontraba, un lugar demasiado familiar, una habitación de hospital.

Suspiré y el estómago se contrajo. Ahogué un gemido de dolor. Intenté girarme, pero no tenía suficientes fuerzas. Sentí cómo el sueño se apoderaba otra vez de mí, y luché por mantenerme despierta.

«¿Y ahora qué?», pregunté a la nada que me rodeaba. La nada no me contestó.

Si mi vida hubiera sido como una novela romántica, mi todavía marido debería estar sentado llorando a mi lado, suplicándome que lo perdonara. Pero esto era la vida real, y la habitación estaba vacía, como un reflejo exacto de mi vida ahora.

Escuché el sonido de un grito que provenía de otra habitación, un grito agudo, como un aullido. Supe dónde me encontraba sin que nadie me lo dijera, en el pabellón de psiquiatría del Complejo Hospitalario Universitario. Una carcajada amarga brotó de mi garganta dolorida. Prefería estar en el purgatorio.

Entró una enfermera, que se entretuvo un momento frente a la cama revisando mi historial, levantó la mirada y me vio. Noté su sobresalto.

- —¿Está despierta? —preguntó en un susurro.
- —Lo estoy —le dije con la voz ronca.
- —Avisaré al médico. No se mueva —repuso saliendo por la puerta a la velocidad del rayo.

—No tengo adónde ir —contesté a la puerta cerrada.

Al poco rato entró la misma enfermera acompañada de un médico vestido de calle y con una bata blanca impoluta. Un hombre de unos cincuenta años, casi calvo pero con un prominente bigote.

- —Vaya, vaya —dijo examinando las máquinas que me rodeaban—, está todo correcto, mañana podremos quitarle el gotero. ¿Cómo se encuentra? —inquirió enarcando una ceja poblada de pelo negro con canas.
- —Me gustaría estar muerta, así que bastante mal, ya que no lo estoy, ¿usted qué cree? —respondí roncamente.

Él sonrió. Seguro que no era la primera vez que oía ese comentario.

- —Nos ha dado un buen susto, creímos que la perdíamos. De hecho ha estado más de tres minutos clínicamente muerta, así que se puede considerar afortunada —respondió mirándome fijamente.
- —Desgraciadamente no compartimos la misma opinión —le contesté. La garganta me dolía cada vez más—. ¿Puede darme un vaso de agua, por favor? —pregunté.
 - —Lo siento, nada de líquidos hasta mañana —respondió.
 - —Me duele la garganta —protesté.
- —Eso es por la sonda gasogástrica, pasará en pocas horas. Le voy a dar otro calmante para que descanse.

Inyectó algo en el suero.

- —No quiero dormir más —dije
- —Lo necesita. Mañana hablaremos —respondió. Mis ojos se cerraron antes de que llegara a la puerta.

Desperté sintiendo que alguien me acariciaba la mano. Abrí los ojos y giré la cabeza viendo a mi padre con la mirada perdida en algún punto de la pared frente a él.

—¿Papá? —susurré roncamente.

Él se volvió bruscamente a mirarme, en sus ojos había dolor, un dolor que no había visto desde la muerte de mi madre, y eso hizo que se me encogiera lo que quedaba de mi corazón maltrecho.

—Hija mía —dijo simplemente apretando mi mano.

Quise llorar, pero las lágrimas no acudían a mis ojos, estaban secos, como mi alma.

- —Estoy bien —le dije mintiendo descaradamente.
- —No, no lo estás. Necesitas ayuda. No lo habíamos visto. Parecías tan fuerte... Pero todavía no es tarde. Juntos saldremos de esta —contestó con

la voz algo más firme que yo.

Yo no contesté, un nudo ahogaba de nuevo mi garganta. Nos quedamos en silencio, observando cómo las luces del amanecer se filtraban por la ventana creando sombras chinescas en la habitación.

Tres días después me dieron el alta. Me sentía frágil y dolorida, y no sabía muy bien qué hacer ni adónde ir. Mi padre y Pam se habían ocupado de todo. Me llevaron a su casa, donde me iba a quedar hasta que me recuperara del todo. Me instalaron en la habitación donde solían quedarse los nietos de Pam cuando tenía que hacer de niñera. Era una habitación infantil con dos camas nido, una guardada debajo de la otra. Aparté los peluches que adornaban la cama de arriba y me tendí mirando al techo adornado con estrellas que se iluminaban en la oscuridad. Ahora de día solo parecían manchas informes. Me habían recetado pastillas para dormir y antidepresivos, y tenía que seguir un estricto régimen de visitas al psiquiatra del hospital cada dos días.

La primera cita fue al día siguiente. Entré en el despacho y me senté donde me indicó el médico. Durante unos minutos él no dijo nada, se limitó a leer y leer lo que supuse que era mi historial clínico.

Finalmente levantó la mirada de los papeles y se pasó la mano por la barbilla.

- —Ginebra, ¿te encuentras mejor? —preguntó mirándome directamente a los ojos. Me sentí un poco intimidada, pero no estaba presta a cooperar en absoluto.
- —Sí, mejor, gracias. Lo que necesito es volver a mi vida normal repuse.
 - —¿Y cuál era esa vida? —inquirió.

Medité la respuesta. ¿Seguía teniendo una vida a la que acudir?

- —Ya sabe, el trabajo, los amigos... —Mis palabras se perdieron en el silencio.
 - —¿Y tu marido? —preguntó.
 - —Ya no tengo marido. Me dejó —contesté demasiado deprisa.
- —Lo sé. Como también conozco la historia de cómo perdiste a tu bebé
 —susurró él.
- —No perdí a mi bebé. Se murió, o lo maté yo..., ¿quién sabe? —Fijé la vista en sus ojos marrones desafiándolo a que dijera lo contrario.
- —Tú no lo mataste. Esas cosas ocurren sin que a veces tengan otra explicación —dijo.

- —Eso ya lo he oído antes y no me sirve —contesté.
- —No, ya lo sé. Eres una persona que necesita una explicación racional de todo lo que ocurre a tu alrededor, pero a veces eso es imposible, y tienes que empezar a entenderlo —repuso con voz suave.

Me quedé en silencio. No tenía más que decir y no quería seguir contestando a sus certeras preguntas. Me sentía como si yo fuera el acusado en un tribunal y me parecía que habíamos invertido los papeles. No me gustaba, yo normalmente solía estar al otro lado, controlando la situación.

Él siguió consultando los papeles y apuntando cosas con el bolígrafo. Escribía demasiado. Yo me removí en el asiento. Él no se movió y siguió escribiendo concentrado.

—No puedo llorar —exclamé de pronto.

Levantó la vista despacio y me enfocó con la mirada tranquila.

- —¿Por qué crees que te sucede? —preguntó entrecerrando los ojos.
- —No lo sé, dígamelo usted que es el experto —dije enfadada.
- —Me lo dirás tú, con el tiempo. Por hoy hemos terminado. Te espero el miércoles a la misma hora —repuso cortante.
 - —Muy bien. Gracias —dije levantándome y saliendo de la habitación.

No volví el miércoles, ni a la semana siguiente, ni nunca.

En la hora que se suponía que tenía que acudir a su consulta paseaba por sitios de la ciudad alejados de donde pudiera encontrarme con alguien conocido. Solía andar mucho, con los cascos puestos con la música a todo volumen, pero sin pensar en nada concreto. Era como si mi mente se hubiera bloqueado aquella noche y no pudiera terminar un pensamiento concreto, sino que me limitaba a hilar uno tras otro sin demasiado sentido. Un día pasé por delante de un gimnasio y entré siguiendo un impulso.

- —¿Qué desea? —me preguntó la recepcionista.
- —Me gustaría golpear algo. Muy fuerte —contesté.

Ella se irguió de repente y movió su silla hacia atrás. En ese momento apareció un hombre de mi altura, musculoso, con el pelo rapado y vestido con ropa de deporte y nos miró a las dos de manera inquisitiva.

- —¿Qué ocurre? —preguntó sin dirigirse a ninguna en particular.
- —La señora quiere golpear algo —contestó apresuradamente la recepcionista—, muy fuerte —añadió.

El hombre sonrió y cabeceó un poco mirándome de arriba abajo.

—Bueno, serás una candidata perfecta para la clase de kick boxing que

va a empezar ahora —respondió—, ¿cómo te llamas?

- —Ginebra —dije mirándolo de manera estúpida.
- —Muy bien, Ginebra, veo que has venido con ropa adecuada, ¿te apetecería probar? —preguntó.
 - —Sí, claro —contesté yo siguiéndole.

Pasamos a una sala cubierta en el frontal por un espejo. Esperaban otras cinco personas más, a cuál más dispar, desde lo que parecía un ejecutivo estresado a un joven atlético de poco más de veinte años, que me observó de arriba abajo con gesto apreciativo. Yo entrecerré los ojos ante su escrutinio y cuando llegó a mi cara tuvo la decencia de parecer algo sorprendido por mi gesto adusto.

El entrenador me presentó como la nueva alumna. Cogió el saco ayudado por el ejecutivo y lo colgó de un gancho en el techo.

—Vamos a ver de lo que eres capaz —me dijo—. Concéntrate y piensa en alguien a quien quieras golpear. Yo sujetaré el saco por detrás.

No lo pensé dos veces. La cara de Yago sonriendo se hizo visible en la superficie del saco de entrenamiento con total claridad.

Levanté la pierna y empujé con furia, lanzando una patada dirigida justo a la cara de mi marido.

La planta del pie golpeó el saco con fuerza, con tanta fuerza que el monitor se tambaleó y por la fuerza intrínseca cayó sobre sí mismo al suelo.

El ejecutivo estresado corrió a sujetar el saco que volteaba y los otros cuatro alumnos exclamaron al unísono «¡joder!» Yo me quedé quieta como una estatua sintiendo por toda la pierna un calambre de excitación, que se extendió a lo largo de todo mi cuerpo.

El entrenador se levantó de un salto.

- —¿Quién te ha enseñado a patear así? —preguntó frotándose el trasero con una mano.
- —La vida —contesté esbozando lo que fue mi primera sonrisa abierta y sincera desde hacía meses.

Todos rieron, y por primera vez sentí que la nada que me rodeaba se estaba resquebrajando.

A partir de ese día, en vez de acudir a las consultas del psiquiatra iba a mis clases de *kick boxing*, disfrutando del entrenamiento. Corregía posturas y aprendía cómo poner el cuerpo para defenderme de un ataque y cómo atacar yo a mi vez, procurando que esta vez no me quedara un

doloroso recuerdo como cojera durante días.

Mi padre no dijo nada, ya le habían avisado de que no acudía a la consulta del médico, pero él también veía que algo estaba cambiando. La antigua Ginebra jamás volvería, pero quizás una nueva y mejorada se estaba formando.

Pasaron los días, las semanas y los meses. Dejé mi trabajo, ya que no me veía capaz de seguir el ritmo frenético que exigía, ni de volver a ver a la gente de siempre, y me llegaron los papeles del divorcio. Los repasé con calma y los firmé. No había nada que discutir. Solo teníamos una propiedad en común, nuestro piso. Él quería quedárselo, yo no quería volver allí jamás. Ratificamos el Convenio Regulador y me ingresó la cantidad correspondiente en mi cuenta, lo que me daba un tiempo para recuperarme del todo sin tener que pensar en trabajar. Ahora solo me quedaba saber qué es lo que iba a hacer con el resto de mi vida.

Encendí el teléfono a principios de julio. Se pasó varios minutos pitando, llenándose de mensajes y llamadas perdidas. No miré ninguna, simplemente formateé de nuevo la memoria, con cuidado de apuntar los teléfonos que quería guardar y una sola foto, la de mi primera ecografía.

Sabiendo que tenía una llamada pendiente y que no la podía retrasar más, quedé un día con Pablo en una terraza bastante alejada del centro, siempre evitando el contacto con cualquier otra persona conocida. Sabía que no estaba bien, que me estaba escondiendo, pero todavía no tenía las fuerzas suficientes para enfrentarme con el resto del mundo.

Cuando llegué él ya estaba sentado en una mesa tomando una cerveza fría.

- —Hola —saludé sentándome a su lado. No me había visto llegar. Parecía cansado y sus ojos, habitualmente alegres, no brillaban como antes.
- —Ginebra. —Su voz se murió en un suspiro, y por un momento creí que iba a llorar.
- —Estoy bien —contesté pidiendo otra cerveza al camarero que se acercaba.

Pablo me examinó y finalmente, como si le diera miedo, cogió mi rostro entre sus manos y me acarició las mejillas.

Era la primera vez que alguien me tocaba de forma tan íntima en meses y por un instante tuve el impulso de salir corriendo en dirección contraria y lo más lejos posible, pero sin embargo me quedé quieta conteniendo la respiración.

- —No sabes cuánto lo siento —dijo con voz triste.
- —¿El qué? —pregunté algo desconcertada.
- —Fue por mi culpa. No debí dejarte sola. Fui por el coche, pero al ver que ya te habías ido, pensé que querrías estar sola y volví con todos. Si hubiera ido a buscarte tú no... —Sus palabras murieron en su boca antes de pronunciarlas.
- —Pablo, tú no tienes la culpa. Si no hubiera sido esa noche, hubiera sido la siguiente o cualquier otra —contesté con voz firme.
- —Sí, quizá, no lo sé. Solo sé que desde entonces no paro de darle vueltas, pensando que yo podría haberlo evitado todo —repuso.
- —No, no hubieras podido. Nadie podía. Pero ahora todo pasó y me encuentro bastante mejor. Distinta, pero mejor —contesté.

Él no dijo nada, se limitó a observarme.

—Vamos, cuéntame cómo va todo, y olvídate de aquella noche —le insté de forma imperativa.

Él pareció recuperar algo de fuerza y comenzó a relatar todo tipo de cotilleos y reacciones de la oficina, con mucho cuidado de no mencionar para nada a Yago y a su novia embarazada, aunque yo sabía que él tenía que saberlo todo. No había dato en Santiago que se le escapara. Yo tampoco pregunté, no quería saber. Finalmente nos despedimos con la promesa de mantenernos en contacto, algo que ambos sabíamos que no iba a ocurrir.

Llegó el verano y Santiago, como ciudad de peregrinación, se llenó de turistas y peregrinos desbordantes de esperanza y promesas al Santo, y como uno de tantos recién llegados a la ciudad apareció mi hermana a finales de agosto, sin avisar, como siempre.

Yo estaba sentada en la cama leyendo un libro cuando se abrió bruscamente la puerta y se plantó frente a mí, como un reflejo de mí misma llena de furia en sus ojos plateados.

Me levanté de un salto y no me dio tiempo a decir absolutamente nada antes de que ella se acercara un paso y me soltara una tremenda bofetada que hizo que mi rostro se girara por el impacto.

Me quedé mirándola estupefacta con una mano apoyada en la mejilla golpeada.

—¿Cuándo decidiste convertirte en una bruja, Ginebra? —espetó gritando.

Mi padre y Pam aparecieron corriendo en la habitación. Ella los echó

cerrando la puerta, ante la expresión desconcertada del uno y de la otra.

- —¿Una bruja? —pregunté con tanta curiosidad como enfado.
- —Sí, una bruja. ¿Te has parado a pensar siquiera por un momento lo que hiciste y lo que ha supuesto para todos los que te queremos? —siguió gritando.

Yo la miré entrecerrando los ojos. Por una parte deseaba enseñarle lo que había aprendido en las clases de *kick boxing*, por otra quería que me dijera más, ya que había sido la única que había tenido el coraje de enfrentarse a mí.

—Eres una egoísta, solo has pensado en ti misma. ¿Sabes qué daño le has hecho a papá, y a mí y a todos? ¡Maldita seas, Gin!, no pensé nunca que fueras tan estúpida —exclamó y a continuación me abrazó con fuerza y enterró su rostro en mi cuello sollozando fuertemente.

Yo la sujeté con la misma fuerza, cerrando los ojos, sintiendo que la habitación giraba y que me ahogaba, pero sin derramar las tan ansiadas lágrimas de alivio.

Pasado un buen rato, nos separamos y nos quedamos mirándonos como un reflejo en un espejo. Su rostro seguía siendo el mío, aunque hubiera jurado que sus ojos brillaban con muchísima más intensidad que los míos.

- —Vengo a salvarte —dijo más serena.
- —¿De qué? —pregunté yo escéptica.
- —De ti misma —respondió ella simplemente.

Después de aquello pasamos mucho tiempo juntas, recuperando el tiempo perdido. Yo lo había imaginado, pero hasta que no me lo confirmó ella no había tenido la certeza. Me contó que la noche que intenté suicidarme se despertó de pronto con la sensación de que se estaba muriendo y me llamó varias veces, y al no contestar avisó a nuestro padre, que asustado se presentó en mi casa llegando justo a tiempo para avisar a una ambulancia. Por lo visto nuestra unión, aunque algo desgastada por el tiempo y la distancia, seguía estando ahí.

Una noche a principios de septiembre cuando ya estábamos acostadas, ella en la cama de abajo y yo en la de arriba, me dijo que debía irse a Edimburgo, que tenía que volver a trabajar y que le gustaría que yo me fuese con ella.

—¿Qué se me ha perdido a mí en Edimburgo? —fue mi respuesta. La habitación estaba a oscuras y las estrellas brillaban en el techo. Una fuerte tormenta se había desatado al anochecer y escuchábamos de lejos los

truenos y los relámpagos que auguraban una noche entera lloviendo. El verano se estaba acabando.

- —No se te ha perdido nada. Pero tampoco tienes nada aquí. Además aquello siempre te ha gustado. Te vendrá bien estar con gente que no conoces y quizá puedas encontrar un trabajo allí —explicó ella intentando convencerme.
 - —Aquí tengo mi vida —susurré yo, no muy convencida.
- —La tenías, Gin, la tenías. Ahora solo quedan desechos de lo que una vez construiste. Tienes que empezar de nuevo, y allí estaremos Sergei y yo para ayudarte. De todas formas, si no te gusta, pues te vuelves a casa y punto. —No se andaba por las ramas, o lo tomas o lo dejas, no había término medio.
 - —Está bien, lo pensaré —dije cerrando los ojos.
- —Además necesitas un hombre —contestó ella haciendo que yo abriera otra vez los ojos de golpe.
- —¿Un hombre? Ni de lejos necesito embarcarme en otra relación espeté gruñendo.
- —He dicho que necesitas un hombre, no un niño, que es lo que era Yago. Y en Escocia hay grandes hombres. No tienes más que ver a Sergei continuó ella.
 - —Sergei es ruso —contesté yo sonriendo.
- —Es escocés de tercera generación, y te aseguro que mezclado con los genes rusos es una combinación... explosiva. Sobre todo en la cama. Noté que se volvía como si recordara algo concreto.

Reí en silencio. Quizá no era tan mala idea hacer un viaje con mi hermana, solo unos pocos días.

- —Piénsalo, por favor —susurró Gala.
- —Lo haré —contesté. Mi hermana no suplicaba nunca. Debía de verme bastante mal.

Ambas nos movimos buscando la posición correcta para dormir, escuché su suave respiración acompasada cuando Morfeo la visitó, yo me relajé escuchándola y me quedé dormida en su compañía.

Aquella noche tuve un sueño extraño. Me encontraba en un bosque, notaba el olor a humedad y a fresco, pero no tenía frío. Era desconocido, pero a la vez familiar. Frente a mí había un hombre, pero no le podía ver el rostro, la bruma lo cubría casi por completo, haciendo que apareciera y desapareciera como un fantasma.

- —Ya estás cerca —susurró él.
- —No puedo acercarme a ti —exclamé yo frustrada, me sentía pegada al suelo, y mi cuerpo no me respondía, sin embargo deseaba estar a su lado.
 - —Yo te encontraré —volvió a susurrar. Ahora estaba a mi lado.

Levanté el rostro para mirarlo. Era muy alto, pero su cara se mantenía entre las sombras y no distinguí sus rasgos. Acercó una mano y me acarició la mejilla con una mano áspera al contacto. Una caricia dulce y sensual. Me incliné hacia él y alcé mi mano hacia su rostro.

—Te he esperado tanto tiempo. —Su voz sonó como un gruñido desde las profundidades de su pecho.

Me desperté con otra mano que me agitaba los hombros.

- —¿Qué ocurre? —pregunté desconcertada sintiendo que el sueño se desvanecía en mis recuerdos.
- —Estabas gimiendo, ¿tenías una pesadilla? —era la voz preocupada de mi hermana.
 - —No —contesté.
 - —Ah, entonces... —susurró. Pude notarlo, aunque no vi cómo sonreía.
 - —¡Vete a paseo! —le respondí enfadada no sabía muy bien por qué.

Ella se volvió y noté cómo su cuerpo golpeaba de nuevo la almohada, pero no contestó.

Al cabo de un rato, y sin poder volver a dormir, me volví hacia ella, que también seguía despierta.

- —Iré contigo a Escocia —le dije. Ya era hora de que dejara de esconderme.
 - —Lo sabía. —Esta vez rio con ganas.

Los fantasmas no existen, ¿o sí?

Embarcamos en un vuelo desde Santiago a Madrid y de allí cogimos uno directo a Edimburgo. Cuando despegó el avión desde mi ciudad natal me asomé por la ventanilla y vi cómo se alejaba la catedral, haciéndose cada vez más diminuta hasta desaparecer, con la sensación de que no iba a volver nunca a mi casa, a mi vida anterior. Pero no sentí tristeza, sino una especie de emoción y algo parecido a la alegría que hizo que mi corazón latiera de forma acompasada por primera vez en mucho tiempo.

Aterrizamos en Edimburgo y recogimos nuestras maletas. Salimos afuera, donde el viento nos golpeó el rostro. Sin embargo, aspiré con fuerza, me sentía viva, otra vez. Volví mi rostro a la lluvia y dejé que me mojara.

- —¿Qué haces? —me preguntó Gala mirándome como si estuviera loca. Quizá lo estaba.
 - —Vivir —le contesté riéndome.

Ella cabeceó y nos dirigimos en autobús al centro. Ellos vivían en la Old Town, en un pequeño apartamento encima de una tienda de objetos navideños. El piso era propiedad de los padres de Sergei, que se habían mudado hacía mucho tiempo a las afueras y habían mantenido el piso para alquilarlo a estudiantes. Ahora lo utilizaban ellos. Estaba en una bocacalle que daba a la Royal Mile, en pleno centro, hacia la mitad del camino que separaba el castillo del palacio de Holyrood.

Cuando llegamos encontramos a Sergei preparándonos la cena. Dio un beso a mi hermana, y a mí me abrazó.

- —¿Cómo estás, Gin? —dijo con ese peculiar acento entre ruso y escocés.
 - —Muy bien, gracias —contesté—, ¡qué bien huele! Él rio.
 - —Deberás acostumbrarte, ya que el sofá que ves detrás será tu cama.

Aquí no hay mucho sitio —contestó.

Dirigí la mirada alrededor de la habitación, salón y cocina a la vez. No me importaba. Sabía que el apartamento no tenía más que otra habitación y un pequeño baño. Pero también sabía que allí había vivido Sergei con sus tres hermanos y sus padres. El cómo era un misterio. Si ellos habían podido, yo también lo haría por un tiempo.

—Me encanta —dije siendo sincera. Me asomé a la ventana. Si giraba la cara a la izquierda se podía ver un pequeño tramo de la Royal Mile, bulliciosa y rebosante de vitalidad, como me sentía yo en ese momento.

Poco a poco me fui acostumbrando a la rutina. Sergei y Gala se levantaban temprano para acudir a la universidad, comían allí y volvían a media tarde. No recordaba cuándo había sido la última vez que había disfrutado de tanto tiempo libre solo para mí. Y lo iba a aprovechar. Me levantaba a media mañana, recogía, almorzaba un poco y salía a pasear y a descubrir la ciudad, que me tenía enamorada, ya me había gustado mucho la primera vez que estuve, pero esta vez me dediqué a pasearla con calma y a visitar cuantos lugares se me ocurrían, parándome en pubs y en parques que desconocía.

—¿Qué tarareas? —preguntó una tarde Sergei.

Mi hermana puso los ojos en blanco.

- —Una de Eminem —contesté mirando a mi hermana con extrañeza.
- —Has vuelto a cantar. Papá me dijo que no lo hacías. Eso es buena señal, aunque cantas fatal. No tienes oído, tienes orejas. Deberás acostumbrarte, Sergei. Lo hace a todas horas. Siempre tiene una canción para cada ocasión —explicó ella.

Yo la miré y ambas sonreímos.

Los fines de semana solíamos salir de excursión. Ambos se habían propuesto que conociera Escocia a fondo. Visitamos los lugares más turísticos, Stirling, Glasgow, Glencoe. Yo insistía en que no era necesario, pero ambos parecían disfrutar tanto como yo.

Un fin de semana en que hizo un tiempo extraordinariamente bueno, lo que significaba que por lo menos durante la mitad del día no llovería, decidimos salir temprano y visitar Culloden.

Sin embargo, a medida que nos acercábamos al lugar, la nada comenzó a abrazarme otra vez, y noté cómo la melancolía que creía haber dejado en Santiago retornaba.

Llegamos a media mañana, aparcamos el coche y entramos directamente

a lo que fue el campo de batalla entre ingleses y escoceses, el escenario de la última batalla librada en la isla. No necesitábamos guía. Sergei se hizo cargo, explicando, como si mi hermana y yo fuéramos sus alumnas, el desarrollo de la contienda. Aunque mi hermana conocía la historia perfectamente, lo miraba con ojos atentos. Yo sin embargo intenté concentrarme en lo que narraba, pero una y otra vez mi mirada se dirigía al campo de batalla. Paseamos por las piedras que señalaban las tumbas de los clanes, y a cada paso que dábamos la sensación de que me faltaba el aire se hacía más fuerte. Comencé a sentir como si cientos de espíritus se arremolinaran alrededor susurrando. Me estaba mareando, y mi paso se hizo tambaleante, como si algo en el aire estuviera tirando de mí hacia la tierra donde estaban enterrados los escoceses cruelmente asesinados.

—Parad —conseguí susurrar, sin aire en los pulmones.

Ambos se volvieron a mirarme sorprendidos. Gala corrió hacia mí y me sujetó por los hombros.

- —¿Qué te ocurre? —preguntó—, estás muy pálida.
- —Tengo que salir de aquí —dije comenzando a correr en dirección al aparcamiento.

Trastabillé y tropecé varias veces intentando deshacerme de los hilos invisibles que me tenían atrapada, pero por fin llegué al coche, respirando de forma entrecortada, como si mi pecho se hubiera cerrado de repente.

- —¿Es un ataque de asma? —escuché a Sergei preguntar a mi espalda.
- —Gin no ha tenido asma nunca. No es eso. ¿Qué te ha pasado? preguntó Gala acariciándome la espalda, mientras yo me inclinaba buscando algo de aire.
- —No lo sé —susurré de forma entrecortada. Me senté en el suelo de gravilla. Las piernas no me sostenían, pero el suelo tampoco me daba fuerzas. ¿Sería un ataque de ansiedad? Jamás había tenido uno, pero esto se le parecía mucho.

Ambos se agacharon a mi lado con sendas miradas de preocupación.

—Solo necesito descansar un poco —dije resollando como si hubiera corrido una maratón. Había algo maligno allí, algo doloroso, y tenía que alejarme como fuera. Cuando conseguí reunir las fuerzas suficientes para volver a hablar les pedí que nos fuéramos.

Me ayudaron a meterme en el asiento trasero del coche como si estuviera enferma, que era así como me sentía, como si toda mi energía vital hubiera sido absorbida por el espíritu de Drumossie Moor. Una vez que hubimos recorrido unos kilómetros, mi corazón y mi respiración volvieron a la normalidad, aunque permanecía una sensación de inquietud, como si una parte de mí se hubiera quedado en Culloden, haciendo que deseara volver desesperadamente, como si hubiera perdido algo.

Paramos en un recodo de la carretera y ambos se volvieron a mirarme.

- —¿Estás mejor? —preguntó Gala.
- —Sí —le contesté con la voz algo ronca, pero bastante normalizada.

Sergei tenía una expresión indescifrable.

- —¿Qué has visto en Culloden? —preguntó de pronto.
- —¿Yo? Nada, ¿por qué? —contesté a mi vez.
- —¿Y qué has sentido? —dijo formulando la pregunta de forma correcta.

Me quedé callada un momento, observando su atractivo rostro de rasgos eslavos. Si lo decía, ¿pensarían que me estaba volviendo loca?

- —No lo sé, de verdad. Me sentí como si unos hilos invisibles tiraran de mí, como si cientos de personas quisieran atravesarme y no podía respirar, no podía pensar, no podía sentir —me paré un momento—, sentí como si estuviera muriéndome otra vez —dije en un susurro. Esa había sido la sensación correcta. Sentí como si me viera arrastrada a la oscuridad.
 - —A Dhia! —exclamó Sergei.
 - —¿No creerás en eso? —dijo Gala volviéndose hacia él.
- —He vivido aquí toda mi vida, he visto y he oído historias de todo tipo, ¿crees que tu hermana estaba fingiendo? —le contestó él.
- —No, no creo eso. Pero seguro que tiene que haber otra explicación, aunque ahora no se me ocurre cuál —contestó mi hermana con voz nerviosa. El tema de la muerte la asustaba y yo entendía muy bien por qué.
 - —Gala —dije—, tú también has notado algo, ¿verdad?

Ella suspiró fuertemente.

- —No lo que tú dices, pero sí he sentido que te ocurría algo, como si fuera a perderte otra vez. Y eso no me gusta nada —exclamó de pronto.
- —Bueno —dije recuperando la lógica—, la solución es que no me vuelva a acercar a ese sitio nunca más, y se acabó el problema.

Sergei agachó la cabeza, se mesó el pelo y dirigió una mirada de lo más significativa a Gala. Yo no quise preguntar nada. Solo quería alejarme tanto como fuera posible y volver a mi refugio en Edimburgo. Además, el cielo se había oscurecido tanto que parecía noche cerrada, pronto empezaría a llover, y deseé estar ya cerca de casa.

—Sergei, ¿me dejas conducir? —pregunté. Necesitaba tener la mente

ocupada, y no encontré otro modo de estar concentrada en algo que no fuera Culloden.

—Claro, ¿estarás bien? —contestó con algo de duda en la voz.

Gala le dio un manotazo en el brazo.

—Déjala —dijo—, ella conduce mucho mejor que yo. Ya lo verás.

Cambiamos los asientos y me incorporé a la carretera procurando concentrarme únicamente en conducir.

Al poco comenzó a llover torrencialmente y reduje un poco la velocidad, escuché cómo Sergei roncaba suavemente en el asiento trasero y mi hermana cabeceaba a punto de dormirse también. Empecé a sentirme cómoda, la carretera estaba prácticamente vacía, apenas nos cruzábamos con otros coches. Al cabo de más o menos una hora y con mis dos pasajeros sumidos en el sueño de los justos, una silueta emergió del bosque que teníamos a la izquierda sobresaltándome y haciendo que frenara bruscamente. Aun así no pude evitarlo y lo atropellé.

Grité y frené el coche en seco, haciendo que tanto Sergei como Gala se inclinaran peligrosamente hacia delante quedándose apenas a unos centímetros de los asientos delanteros.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó con voz ronca Sergei. Yo ya estaba saliendo del coche y miraba al frente y en derredor asustada.

No veía nada, y sin embargo estaba segura de que lo había atropellado. Mi corazón latía desbocado y la sensación de ahogo volvía con mayor intensidad todavía. Me dirigí a la parte trasera del coche sin conseguir ver nada y me agaché en el asfalto mojado para indagar debajo del coche. Sergei y Gala a estas alturas estaban a mi lado mirándome con la misma cara de estupefacción que tenían cuando abandonamos Culloden.

Seguía lloviendo y nos estábamos empapando, algo que no parecía importar a ninguno de nosotros.

- —¿Qué ha pasado? —preguntó mi hermana en castellano, olvidándose de Sergei.
 - —He atropellado a un hombre —contesté en inglés.
 - —¡¿Qué?! —gritaron ambos al unísono volviéndose a mirar en derredor.
- —No sé de dónde ha salido, de repente estaba en la carretera, de pie, como esperando a que alguien le pasara por encima —exclamé gritando—, pero no lo veo. ¡No veo dónde está!

Sergei estaba examinando el frontal del coche con una linterna que había sacado del maletero. Mi hermana miraba hacia el bosque con la mirada

perdida.

- —Es imposible que atropellaras a nadie, Gin —dijo con voz más calmada Sergei—. El coche no tiene ni una sola marca, ni siquiera un arañazo. ¿Has notado el impacto?
- —¿Impacto? —pregunté desorientada—. No, no he notado nada. Solo sé que..., que..., lo he atravesado.
 - —¿Atravesado? —Mi hermana me miraba de una forma muy extraña.
- —Sí, estaba parado ahí —señalé el centro de la carretera—, era un hombre.
- —¿Un escocés? —preguntó Sergei despacio. Sin que lo mencionara sabía que se refería a un escocés vestido con *kilt*, el atuendo tradicional.
- —No, era un oficial británico —contesté sintiéndome avergonzada por la confesión—. Podría describirte su indumentaria, incluyendo los galones, llevaba el pelo oscuro recogido en la nuca con una cinta negra y sus ojos eran fríos como el hielo —dije de forma acelerada.
- —Vámonos de aquí —dijo cogiéndome del brazo—, esta vez conduzco yo.

Nos montamos en el coche en silencio agradeciendo el calor interior y sacudiéndonos el pelo mojado. Sergei arrancó otra vez y aceleró incorporándose a la carretera. Se le notaba que tenía tantas ganas como yo de alejarse de allí.

Recorrimos varios kilómetros en silencio, perdidos en nuestros pensamientos, los míos bastante tétricos. ¿Habría sido producto de mi imaginación? Ya no estaba tan segura. Mi mente racional me decía que era imposible, y sin embargo...

- —¿Qué te ha dicho ese hombre, Gin? —Fue mi hermana la que habló y lo hizo en castellano, de una forma sutil y suave, como si no quisiera asustarme.
- —«Te estoy esperando» —contesté en un susurro y en mi lengua materna. No lo había oído pero le había leído los labios perfectamente.

Ella no contestó y Sergei no dijo nada, se limitó a conducir en silencio hasta que vimos las luces de Edimburgo a lo lejos. Aparcó el coche y nos dirigimos bajo la lluvia y el frío al refugio del pequeño apartamento.

Cuando entramos Sergei sacó una botella de whisky, cogió tres vasos y sirvió una generosa cantidad en cada uno de ellos. Él se lo bebió de un trago y se volvió a servir. Mi hermana lo miró enarcando una ceja, a lo que él respondió encogiéndose de hombros. Yo seguía demasiado avergonzada

como para hablar. Di pequeños sorbos dejando que el líquido me adormeciera y me calmara lo suficiente para poder mirarlos a los ojos sin sentir vergüenza.

- —Lo siento —dije balbuciendo un poco.
- —No es nada —me tranquilizó Gala frotándome la espalda—, vamos a acostarnos, a todos nos vendrá bien, estamos demasiado cansados para hablar ahora.

Se dirigieron a su habitación hablando en susurros y yo me acosté, sabiendo que no dormiría demasiado esa noche.

Desperté gritando, me había enredado en las sábanas que me cubrían y respiraba agitadamente, manoteé desesperada por librarme de las ataduras. «Estoy en casa, estoy en casa», repetía en mi mente intentando alejar la pesadilla.

La cama crujió cuando Sergei se sentó a mi lado. No lo había oído llegar y me volví a sobresaltar ahogando otro grito.

- —¿Una pesadilla? —preguntó con voz suave.
- —Sí, ¿he gritado mucho? —inquirí yo a mi vez.
- —No has despertado a Gala, si es eso lo que preguntas. Es difícil despertarla una vez que está dormida, es como las marmotas. Yo no estaba dormido —dijo contestando a mi pregunta sin mencionar.
- —Ah —fue lo único que se me ocurrió contestar. Él seguía sentado mirándome a los ojos. La luz de la farola se filtraba por entre las cortinas, haciendo que la oscuridad no fuera total en la habitación, por lo que podía ver su rostro preocupado.
 - —¿Qué has soñado, Gin? —preguntó con voz suave.
- —Estaba en Culloden, tendida en el suelo, notaba el suelo mojado y cómo la humedad se filtraba en mi ropa, y tenía frío, mucho frío, y había un hombre tendido sobre mí, como protegiéndome. Yo tenía los brazos cruzados sobre el vientre, y notaba su peso sobre mí, pude oler la sangre, estaba herido, y su pelo rubio me hacía cosquillas en el rostro. Pero sabía que no podía moverme. No, sabía que no debía moverme. Llovía y las gotas caían sobre mi rostro como afiladas agujas. —Paré, pues estaba convirtiendo con mis palabras una pesadilla en realidad.
- —Es posible que solo sea una reacción a lo que te he explicado sobre la batalla esta tarde —dijo él susurrando.
- —Pero no lo crees, ¿verdad? —pregunté asombrándome de tener el valor de hacerlo.

—Ginebra —dijo suspirando—, yo no te he contado que aquel 16 de abril estuviera lloviendo. Pero lo estaba.

Un frío helador me recorrió el cuerpo entero, y el sueño volvió a cobrar vida por un instante.

—Intenta dormir, todavía quedan unas horas hasta el amanecer. —Se levantó haciendo crujir el colchón y se marchó a su habitación.

No conseguí dormir mucho más aquella noche. Me levanté la primera y preparé el desayuno. Estaba sentada en la cocina tomando mi segunda taza de café cuando ambos aparecieron bostezando y estirándose.

—Café —suspiró mi hermana aspirando profundamente.

Le tendí una taza humeante que ella recogió como si su vida dependiera de ello.

—¿Qué os apetece hacer hoy? —preguntó Sergei calentando agua para prepararse un té, desdeñando el café con un gesto de la mano.

Yo miré hacia la ventana, seguía lloviendo y lo único que me apetecía era seguir refugiada en el calor del pequeño apartamento.

- —Lo que queráis —contesté sin ganas.
- —Yo tengo que corregir unos exámenes. Tengo bastante trabajo atrasado. —Gala cogió la taza y una caja de galletas y se dirigió a la habitación que también hacía de improvisado despacho.
- —Siempre está igual. Todo a última hora —dijo Sergei aspirando el olor de su taza de té con placer. Yo por más que lo intentaba no conseguía acostumbrarme, prefería mil veces el café y lo tomaba como decía mi madre, caliente, fuerte y escaso.

Encendió la tele y me señaló el sofá. Ambos nos sentamos mientras él cambiaba de canal una y otra vez sin encontrar nada a su gusto. Finalmente lo dejó en un canal que emitía una película del Oeste. Estuvimos unos minutos con la mirada fija en la pantalla, pero sin ver. Yo seguía dándole vueltas a la pesadilla y él parecía algo incómodo.

—¿Sabes? —le comenté—, a Gala y a mí nos encantaban estas películas cuando éramos niñas. Las solíamos ver los sábados por la tarde con nuestro padre. Era como una especie de tradición semanal.

Sergei enarcó las cejas y me miró sorprendido. Yo sonreí ante su reacción.

—Es cierto. Ella quería luchar como los indios. Yo le decía que me parecía absurdo, que en una batalla lo mejor era pasar desapercibido, tumbarte y esperar a que todo acabara. —La imagen de la noche anterior se

volvió a colar en mi mente.

- —No creo que seas de ese tipo de mujer, Gin —contestó él.
- —¿De qué tipo? —pregunté curiosa.
- —De las que gritan cuando ven el peligro —dijo. En ese momento la protagonista estaba haciendo exactamente eso.

Reí con ganas.

- —Creo que serías de las que cogerían el rifle y te prepararías como un soldado más a defender el fuerte, además le pegarías un tortazo a la que osara llorar haciéndola callar definitivamente —siguió diciendo. La verdad es que dado el volumen de gritos que salía de la tele me estaban dando unas ganas tremendas de hacer exactamente lo que decía.
- —Quién sabe. Espero no verme nunca en esa tesitura —contesté centrándome en la imagen que ofrecía la televisión.

De repente Sergei se levantó y se dirigió a la habitación. Salió al momento con un folio doblado. Se quedó quieto de pie a mi lado, dudando. Finalmente me lo entregó.

—Me gustaría enseñarte algo. Lo encontré hace algunos días, cuando releía en la biblioteca la historia del Levantamiento del 45, y no sé por qué pero me recordó a ti, y después de lo que ocurrió ayer... —Yo bajé la mirada hacia el papel. No me gustaba que me recordara lo que había sucedido en Culloden. Sin embargo mis dedos hormiguearon al contacto con el papel, lo abrí sin preámbulos y comencé a leer.

Eran dos textos. El primero parecía una copia de una carta o un diario antiguo, que había sido fotocopiado. Estaba escrito en gaélico y no lo entendí. El segundo estaba escrito a mano, con bolígrafo, en la letra de Sergei, en inglés actual.

... ella también está aquí, pensé que él habría tenido la prudencia de ponerla a salvo de esta locura de destrucción, pero no ha podido. Nada puede alejarlos durante mucho tiempo, son como las dos caras de la misma moneda, destinadas a estar juntas, destinadas a estar separadas. Ha intentado que me aleje, incluso me ha amenazado, en sus extraños ojos color gris brilla la determinación y algo más, algo peligroso y letal, como si supiera lo que va a ocurrir. Pero ella ya lo sabe, me lo dijo hace mucho tiempo, y sin embargo está aquí, junto a él, junto a su familia y su clan, como si pudiera extender un manto de protección hacia todos nosotros. Sin embargo ya nada puede salvarnos...

Volví a leerlo con más calma. No me transmitía nada. Lo doblé con cuidado y se lo devolví.

- —¿Por qué te ha recordado a mí? Según contaste era común que las mujeres siguieran a los hombres a la batalla, sobre todo al ejército escocés —pregunté.
- —Por la descripción que hace de la mujer, por sus ojos, su expresión decidida —contestó con un suspiro.
- —Hay mucha gente con el mismo color de ojos que yo, Gala los tiene, mi madre también, incluso mi abuela —deseché la explicación con un gesto casi despectivo.
- —Sí, pero él hace referencia a que la mujer ya sabía lo que iba a ocurrir. Eso no es común. Si bien era cierto que la batalla parecía perdida desde el primer momento, ese hombre señala que ella conocía perfectamente el desenlace desde hacía bastante tiempo —siguió él.
- —Bueno, por lo que me has contado de la historia escocesa es probable que fuera algo así como una vidente. Hasta tú pareces bastante crédulo en ese aspecto, todo un erudito moderno creyendo en fantasmas —contesté con una mueca.
- —Quizá sea solo una tontería. Olvídalo —contestó algo molesto guardándose el papel doblado en el bolsillo del pantalón.
 - —¿Sabes quién lo escribió? —pregunté con curiosidad.
- —No. Lo encontré entre unos legajos sin identificar, retazos de cartas y diarios de soldados de las Highlands. Como te he dicho, será mejor que lo olvides. —Suspiró fuertemente contrariado por algo, pero ¿por qué?
- —¿Crees que puedo ver fantasmas o comunicarme con el más allá? pregunté girándome hacia él.
 - —¿Puedes? —contestó él de forma directa.
- —No que yo sepa. Si lo que preguntas es si recuerdo algo de cuando estuve clínicamente muerta la respuesta es no. Absolutamente nada. Ninguna luz al final del túnel, ni una sensación de paz, ni de haber llegado a mi destino. Simplemente no recuerdo nada desde que me dormí hasta que desperté en la habitación del hospital —respondí con cautela.
- —Pero ayer viste algo, y créeme cuando te digo que tenía toda la pinta de ser un fantasma. —Su voz era firme. De repente me di cuenta de que él de verdad creía en ese tipo de cosas. Yo, aunque me había criado en la tierra de las *meigas* por excelencia, era totalmente incrédula ante ese tipo

de asuntos.

- —Es muy probable que fuera mi imaginación sobreexcitada. Estuviste todo el día relatando historias de la rebelión —expliqué.
- —Sí, bueno, es probable, lo que no quiere decir que sea cierto. Hay cosas que no tienen una explicación razonable. Ya deberías saberlo.

Sus palabras me recordaron a las del psiquiatra y me sentí incómoda. Sergei lo notó y abandonó la conversación. Yo me quedé callada, perdida en mis pensamientos. Aunque ese hombre no era real, sí lo había sido para mí durante unos instantes en los que sentí un terror profundo, no por el atropello, sino por sus palabras: «Te estoy esperando.» En aquel momento hubiera jurado que verdaderamente conocía a ese hombre aunque no lo hubiera visto nunca.

En la semana siguiente todo volvió a la normalidad. Ni Sergei ni Gala volvieron a mencionar el tema de Culloden, aunque de vez en cuando notaba el cruzar de sus miradas preocupadas como si yo fuera a tener otro ataque de pánico, lo que gracias a Dios no ocurrió.

Cuando volví a mirar el calendario era ya el 28 de octubre, faltaban tres días para el 31. Llevaba casi dos meses en Edimburgo y todavía no sabía qué hacer con mi vida, me encontraba en un estado de semiletargo, como si esperara la llegada de algo que no llegaba nunca.

Mi hermana estaba excitada, llevaba planeando la noche del 31 de octubre más de una semana. Yo me negué a disfrazarme, como mucho me pondría un pequeño antifaz de plumas negras. La invasión del Halloween americano estaba entrando con fuerza en la vieja Europa y hasta podían verse adornos como calabazas y esqueletos en algunos pubs, pero Edimburgo se resistía a perder el espíritu de esa noche. La noche de los muertos, la noche en la que vagaban las almas perdidas en el mundo de los vivos. Yo me sentía intranquila, no quería que aparecieran más fantasmas en mi vida, ya había tenido bastante para cien años, y cuando Gala y Sergei me invitaron a acompañarles a una fiesta que organizaban algunos profesores de la universidad acepté encantada. Todo con tal de no quedarme sola esa noche.

Me vestí con un vestido de *paillettes* negro demasiado corto para mi gusto, me dejé el pelo suelto y me puse el antifaz. Ellos iban vestidos como Catwoman y Batman, nada originales, pero bastante divertidos. Al anochecer salimos a la calle, iríamos andando, me dijeron que no estaba muy lejos. Intenté recordar el camino de vuelta, pero Edimburgo todavía

resultaba un pequeño laberinto para mí, nunca había sido muy buena orientándome y varias veces había tenido que recurrir al GPS instalado en el teléfono para saber volver a casa.

Nos paramos frente a una casa de tres pisos. Por fuera no parecía nada especial, otra casa apretujada y constreñida en un callejón, como si la ciudad hubiera sido construida aprovechando al máximo el espacio. Sin embargo tenía algo familiar que no supe identificar.

- —¿Es esto? —pregunté mirando hacia arriba buscando algún cartel indicador.
- —Sí, lo es —contestó la voz de Sergei amortiguada por la máscara de plástico—, antiguamente era uno de los prostíbulos más famosos de la ciudad. Estaba prácticamente en ruinas, hasta que lo compró la Sociedad de Conservación del Patrimonio. Ahora la alquilan para eventos.
- —Bueno, yo no llamaría a esto un evento, pero vamos allá —dije llamando al timbre.

Nos abrió la puerta Spiderman, dándonos la bienvenida, por lo visto conocía bastante a Sergei y Gala. Entramos a lo que parecía un espacio abierto decorado con motivos tétricos, con un *disc-jockey* al fondo y la música demasiado alta.

Tanto Sergei como Gala se esforzaron en presentarme a todo joven entre veinticinco y treinta y cinco años de la sala, presumiblemente solteros. Yo sonreía y agradecía cumplidos hasta que me acabó doliendo la mandíbula. Finalmente me dejaron sola con alguien de toda confianza, como me susurró Gala al oído, un compañero suyo, bastante atractivo, que tenía un fuerte acento inglés y que no iba disfrazado.

Conversé con él un buen rato, mientras bebíamos cerveza negra. Me estaba divirtiendo bastante y entonces él sugirió que subiéramos arriba para tener un poco más de intimidad.

Enarqué una ceja, que él no pudo ver dado que no me había quitado el antifaz. Lo medité un momento. ¿Estaba preparada? Todavía sentía dolor y algo sin identificar por mi ex marido, pero algún día tendría que dejar atrás todo aquello, y esa noche y ese joven me parecieron los apropiados.

Antes de subir por unas escaleras de madera al fondo semiocultas por una cortina de terciopelo negro, eché una mirada a la pista donde bailaban Sergei y Gala. Sonreí ante la mueca que hizo mi hermana por un pisotón de su pareja, me volví hacia mi acompañante y dejé que me cogiera de la mano.

En el piso de arriba recorrimos un pasillo con varias puertas. No se paró en ninguna, sino que siguió hasta el fondo y subimos hasta el último piso. Había una única puerta que abrió con una llave. Por lo visto era uno de los organizadores de la fiesta.

Entramos en lo que parecía un desván, tenía el techo inclinado y una pequeña claraboya en el techo que iluminaba tenuemente el lugar. Me empujó ligeramente hasta el centro de la estancia donde la suave luz incidía sobre mí directamente. Se acercó y me quitó el antifaz. Yo me dejé.

- —Quiero verte el rostro —dijo acercándose a mí.
- —¿Y bien? —pregunté con la cara despejada.
- —¡Uau!, eres idéntica a Gala —pareció sorprendido.
- —Lo sé —contesté riendo.
- —Y preciosa. —Se inclinó hacia mí dirigiendo su mirada a mis labios. Yo no me aparté. Me cogió por la cintura y me besó, obligándome con su lengua a abrir mi boca. Sorprendentemente respondí con ansia a su beso. Tal vez fuera la abstinencia, el alcohol o la magia de la noche.

El beso se hizo más profundo y su insistencia también. Noté cómo su mano abandonaba mi espalda y bajaba hasta mi muslo acariciándolo con pequeños círculos. Su mano inquisitiva fue subiendo hasta pasar por mi cintura y atrapar uno de mis pechos. Di un respingo y me aparté de repente. No podía hacerlo, todavía no, no estaba preparada. Sentí un gran deseo de salir corriendo, pero él estaba justo delante de la puerta. Retrocedí y mi tacón izquierdo se quedó clavado en una muesca del suelo haciendo que cayera hacia atrás. Busqué desesperada algo a lo que sujetarme. Sentí cómo sus manos se alargaban hacia mí, pero no lo suficientemente rápido. Caí golpeándome en la cabeza con algo que parecía un arcón. Por un momento creí que no había pasado nada, e intenté levantarme. No pude, sentí que me mareaba, y la sensación de estar ahogándome volvió con intensidad. Escuché su voz llamándome, pero los hilos invisibles me arrastraban sin remedio hacia la oscuridad.

Tu pasado será tu presente

Sentí unos golpes en el rostro e intenté girarme sin conseguirlo, mi cuerpo era como una pesada piedra clavada al suelo. Oía una voz amortiguada que retumbaba en mi cabeza, una voz grave que casi gritaba, pero aun así no llegaba con suficiente claridad a mis oídos, como si estuviese rodeada de una capa de nubes que impedía que el sonido me alcanzara. Los golpes cesaron para pasar a ser zarandeada por una fuerte mano en el hombro. Intenté protestar y alzar la mano, pero pesaba demasiado, solo el esfuerzo de levantar un poco el brazo me dejó profundamente agotada, pero eso no pareció detener el insistente meneo de mi cuerpo desmadejado. Finalmente, y después de un gran esfuerzo, entreabrí un ojo.

Lo primero que vi fue una bota de piel marrón, manchada de barro, que cubría unas medias de lana con dibujo escocés hasta la rodilla. Una rodilla blanca y huesuda, y una falda, una falda a cuadros verdes y rojos. Cerré el ojo. El esfuerzo me había dejado agotada y empezaba a notar un palpitante y doloroso latido en la cabeza. Un hombre, un hombre grande, un hombre grande vestido de escocés. Los pensamientos iban cobrando vida en mi mente dolorida con desesperante lentitud, me costaba hilar una imagen detrás de otra enlazándolas como si fueran un puzle.

Escuché un crujir de ropas cuando el hombre se agachó a mi lado y sentí una luz que aun con los ojos cerrados hizo que una punzada se me clavara en la frente. Olí a cera quemada y sentí el calor de llama muy cerca del rostro.

«¡Fuego!», quise gritar, pero solo oí un balbuceo ininteligible salir de mi boca. La garganta me dolía como si hubiese estado toda la noche anterior cantando.

El hombre me empujó hasta que giré y quedé tumbada de espaldas al suelo. Intenté respirar y boqueé como un pez fuera del agua. Algo me oprimía las costillas y estrangulaba el aire que intentaba llegar a mis pulmones.

Volví a notar el fuego delante de mi rostro y me asusté. No podía hablar, ni respirar, ni moverme. Una idea iba tomando forma en mi cabeza. Estaba muerta, estaba muerta y en el infierno. La luz se apagó y no sentí más.

Mi mente despertó un rato más tarde, desconozco si fueron unos minutos u horas. Mi cuerpo seguía sin responder. Quería abrir los ojos pero mis párpados pesaban como el plomo. Sabía que seguía tumbada, notaba el suelo duro debajo de mí. El dolor de la cabeza se mantenía latente, como un zumbido, pero ya no aguijoneaba el cráneo. Me costaba respirar, pero podía hacerlo despacio si me concentraba en cada inhalación. Intenté mover los dedos de una mano, uno a uno, y luego despacio, como si temiera que se rompiera algún hueso, levanté lentamente un brazo. Miré mi mano delante de mi cara como si ese apéndice no fuera mío. Mi respiración se estaba normalizando, quizás al comprobar que de momento estaba entera. Mi primer pensamiento consciente fue: no estoy muerta, ergo no estoy en el infierno. El segundo pensamiento consciente fue: es la peor resaca de mi vida. El tercer pensamiento consciente fue: anoche no bebí tanto, no puede ser eso. Tiene que ser el golpe, el dolor volvió de improviso a mi cabeza. «¡Joder! —maldije mentalmente—, prefiero estar en el infierno.» Cerré los ojos y volví a perder la consciencia.

La voz esta vez llegaba clara a mis oídos, no, las voces. Eran dos, un hombre y una mujer discutiendo. Antes de que me diera tiempo a abrir los ojos, el hombre me cogió por debajo de los brazos y me levantó hasta dejarme en pie. Trastabillé y caí de rodillas. La luz me golpeó como una maza. Me senté despacio y giré la cabeza hacia ellos. Me costaba enfocar, pero distinguí a dos personas frente a mí tapándome la luz que entraba por la puerta abierta. Un hombre alto y fuerte vestido de escocés, su pelo era de color anaranjado y lacio, sujeto con una cinta en la nuca. Su rostro estaba cubierto de pecas y unos ojos azules y curiosos me observaban con atención sobre una nariz torcida y algo achatada, probablemente rota anteriormente y que no había sido colocada en la posición correcta.

Lo normal hubiera sido preguntar «¿dónde estoy?, ¿quiénes son ustedes?», pero como mis neuronas bailaban una conga desordenada en mi cabeza solo acerté a exclamar con enfado.

—Vaya, ¡qué disfraz más auténtico! ¡Y original! ¡Escocés!, solo te falta pintarte rayas azules y blancas en las mejillas para parecer William

Wallace.

El hombre retrocedió un paso soltándome el brazo, sorprendido sin duda por mi tono despectivo. La mujer, sin embargo, se acercó observándome de cerca. Desprendía un olor a sudor y pescado agrio, junto con algo suave de fondo, parecido al aroma de los polvos de talco. Polvos que adornaban su cara tapando los profundos surcos de sus arrugas. Llevaba el pelo también rojizo con mechones canosos sujeto en un moño bajo, que tapaba con un paño blanco. Iba vestida con un traje de época sencillo, de sarga gris, con corpiño y falda. Una blusa gris más claro con volantes en los puños adornaba el conjunto.

—¡Bájala! —fue todo lo que dijo.

Sin darme tiempo a protestar me vi empujada escaleras abajo por el tipo grande. Reconocí la casa de la fiesta de anoche. Pero algo había cambiado. Ya no era el edificio habilitado como discoteca, sino que parecía una casa habitada. Pasamos por dos pisos, los pasillos tenían varias puertas de madera simple, con manillas de bronce. De algunas habitaciones se oían murmullos, de otras simplemente el silencio. Unas alfombras raídas tapaban los suelos de madera desgastada. Llegamos al piso de abajo. Lo que antes era la pista central de baile, ahora parecía ser un salón adornado con varios, no, bastantes sillones festoneados de terciopelo granate. Me asomé curiosa, pero fui prontamente arrastrada hacia la izquierda. El hombre abrió de un codazo la puerta cerrada y me empujó adentro. Quise protestar y me volví con un gesto adusto, que interrumpí sorprendida al mirar alrededor. Me encontraba en una cocina. Una cocina antigua pero todavía en uso. Había una mesa central de madera con algunas banquetas, una chimenea en la pared frontal, en la que colgaba un caldero humeante sobre el fuego. Una encimera cubría la pared a mi izquierda, en la que se amontonaban cacerolas, platos, cubiertos y algunas hortalizas. Todo ello de una pintoresca antigüedad, pero sorprendentemente real.

—¿Dónde estoy? —inquirí haciendo esta vez la pregunta correcta.

El hombre me ignoró, se acercó a la mesa y se sirvió de una jarra de peltre en una taza de metal algo que olía como la cerveza. Fue la mujer la que contestó.

—¡Cállate, mujer! Soy yo quien hace las preguntas.

Empezaba a estar asustada y me quedé paralizada en el centro de la habitación esperando.

—¡Siéntate! —dijo empujando un banco de madera con el pie.

En un acto de rebeldía no me senté en el asiento que indicaba, sino que elegí un banco pegado a la pared, el más cercano a la puerta, preparada para salir corriendo en cualquier instante.

—¿Quién eres? —preguntó—, ¿y qué hacías escondida en mi casa? Su tono había cambiado de amenazante a inquisitivo, pero aun así no me tranquilizó ni un ápice.

Intenté explicarme con coherencia y despacio para no confundir las palabras. Aunque la mujer hablaba en inglés, tenía tal acento escocés que me costó unos instantes entenderla.

- —Me llamo Ginebra —contesté esbozando lo que intentaba que fuera una sonrisa tranquilizadora. «Primero negocia, luego enfréntate si fuera necesario»—. Estuve en la fiesta de anoche, bebí un poco de más y subí con un amigo al ático... —aquí vacilé—, ya saben..., hummm, para estar un rato a solas... —Paré. Por sus expresiones dudé que me estuvieran entendiendo. Me aclaré la voz e intenté pronunciar más despacio y en voz alta, como hacemos cuando algún extranjero no nos entiende, errando que el problema es el idioma, no la sordera—. Esto... Llevaba unos tacones demasiado altos, me tropecé, caí y me golpeé la cabeza y... Lo siento, no recuerdo nada más hasta ahora —terminé abruptamente.
- —¿Eres una puta? —preguntó el hombre levantando por primera vez su rostro de la taza.
 - —¡¿Qué?! —casi grité.
- —¡Que si eres una puta! —repitió él remarcando las sílabas y levantando la voz como había hecho yo un momento antes.
 - —¡No! —esta vez sí grité.
 - —Pues lo pareces —contestó el hombre sin inmutarse.
- —Oiga —alcé la mano—, el vestido es un poco atrevido, pero de ahí a insinuar que yo... —Bajé la vista. En ese momento me di cuenta de que no llevaba el vestido de *paillettes* negro que me había puesto la noche anterior sino un vestido de época. Me levanté de un salto, palpando mi cuerpo. Me cogí la falda con las dos manos, una falda de lana azul marino hasta los pies, manchada en los bordes con algo que parecía barro. Subí hasta el torso, cubierto por un corpiño ribeteado con cinta de raso y cerrado con un lazo. Completaba mi atuendo una blusa amarillenta abierta hasta el borde del corpiño, dejando entrever la parte superior de mis pechos—. ¡Joder! ¡¿Pero qué llevo puesto?! —exclamé en voz demasiado alta.
 - —¿No es suyo el vestido? —preguntó la mujer, con una expresión cada

vez más suspicaz.

- —¡Pues no!
- —¿Lo ha robado, acaso?
- —¡No! —titubeé—, no, no es mío, pero yo... Jamás, jamás robaría esto —contesté cogiéndome con una mano la manga holgada de la blusa.
- —Veamos entonces —la mujer se sentó en un banco frente a mí, indicándome que me volviera a sentar—, dices que subiste al ático sola con un hombre, pero no eres una puta. Llevas un vestido que no es tuyo, pero no lo has robado. Te he encontrado en mi casa, a la que no estás invitada. No hay nada de lo que has dicho que me convenza de no llamar al alguacil y denunciarte.
- —¿Denunciarme? —Perdí todo el color de la cara—. Creo que esto es un malentendido. Solo necesito que me faciliten un teléfono, llamaré a mi hermana, que me recoja, y no les daré más problemas. —Me levanté con intención de huir de allí lo antes posible. No entendía nada, ni qué hacía allí, ni por qué iba vestida de esa forma, así que tampoco podía explicárselo a ellos.
- —¡Siéntate! —rugió la mujer. Obedecí a la velocidad de un soldado a las órdenes de su comandante.
- —*Mathair*, la estás asustando —habló el hombre dirigiéndose con voz suave a la mujer.

Los miré a ambos, poli bueno, poli malo. ¿Era todo una broma de mi hermana?, si así era no tenía ninguna gracia. Escruté las paredes buscando la cámara oculta.

- —¿Qué haces? —inquirió el hombre. Así de cerca, aun con el rostro de un boxeador, era menos temible que su madre—. ¿Qué es un teléfono?
- —¿Es una broma? —pregunté yo, suavizando la voz—. No recuerdo nada después del golpe, lo siento si les he incomodado. Una vez que me ponga en contacto con mi hermana les pagaré si he causado algún desperfecto. Me palpé el bolsillo de la falda, y palidecí aún más. No llevaba el monedero, pero sí algo que parecía un cuchillo afilado.
- —Se va a desmayar —oí su voz lejana, aunque estaba situado a menos de un metro de mí.
- —¡Annie! ¡Trae agua! —espetó la mujer a un bulto sentado en la esquina de la cocina, que resultó ser una niña, no mayor de once años. La muchacha se acercó arrastrando los pies con una jarra de peltre en una mano, en la otra, un vaso de madera. Al servirme el agua me vi reflejada en

la palidez de su rostro aniñado, manchado de hollín. Cogí el vaso como si fuera un oasis en el desierto y, aunque algo turbia, bebí ávidamente calmando la náusea que se había formado en mi garganta.

Necesitaba salir de allí lo antes posible, buscar un taxi y llegar a casa de mi hermana.

- —Me tengo que ir —dije levantándome un poco tambaleante.
- —Tú no vas a ninguna parte —afirmó la mujer, a la vez que el hombre se levantaba para quedarse parado en medio del quicio de la puerta, la única salida.
- —Pero..., ¿por qué? Todo ha sido un malentendido. Si me disculpan... Hice ademán de moverme intentando que no se me notara demasiado que saldría corriendo atravesando cualquier obstáculo que se interpusiera en mi camino.

Los dos intercambiaron una mirada de perfecto entendimiento. Me pareció entrever que el hombre cedía un poco la balanza a mi favor, ya que su postura se relajó hasta dejar el peso apoyado solo en una pierna.

- —Revísala, no vaya a ser que haya robado algo más que el vestido, y luego déjala irse —dijo finalmente la mujer.
 - —Pero ¡qué! —Iba a protestar, pero no dije más.

El hombre me acercó de un tirón y se puso a cachearme. Miré sus grandes manos y puse los ojos en blanco. Por su interés en ciertas partes de mi anatomía, dudé de que cumpliera las reglas del decoro en un cacheo oficial. La segunda vez que palpó mi pecho le solté un manotazo instintivamente. El ¡plaf! sonó como el estallido de un disparo. Aguanté la respiración. El hombre levantó lentamente la mirada hasta alcanzar la mía. No era mucho más alto que yo, solo unos pocos centímetros, pero me doblaba en peso. En unos segundos calculé si sería capaz de derribarlo o simplemente empujarlo lo suficiente para alcanzar la puerta a la calle. No hizo falta.

Una profunda carcajada resonó en toda la estancia, seguida de una femenina, incluso la niña rio.

Quedé tan sorprendida que retrocedí un paso.

- —¡Vaya! ¡Vaya con la fierecilla!, pero mira qué carácter tiene. *Mathair*, ¿está segura de que no quiere quedársela? Algunos clientes disfrutarían mucho con ella.
- —No, déjala irse —contestó la mujer, ya seria—, mis huesos viejos me dicen que nos traería problemas.

-Está bien.

Con dos zancadas y llevándome otra vez del codo alcanzamos la puerta de la calle, mi libertad. La abrió, me empujó a la calle y, con una simple palabra, me despidió.

—Lárgate.

Me volví a contestar un «¡gracias!» bastante seco, para encontrarme ya la puerta cerrada.

Sin pensármelo dos veces salí corriendo. Si no recordaba mal, al final de la calle, girando a la derecha y luego otra vez a la izquierda, llegaría a la Royal Mile. Resbalé y di un traspié. Paré un momento para recuperar el aliento al primer giro. Me miré los pies, calzaba una especie de zapato plano de cuero marrón. No tenían suela, notaba cada una de las piedras de la calzada. El corazón me martilleaba en el pecho y me costaba respirar. No llovía, pero una densa niebla lo cubría todo, haciendo que me desorientara todavía más. ¡Maldito tiempo escocés! La Old Town era un laberinto de callejuelas y estrechos pasillos entre los edificios. Intenté tranquilizarme, solo necesitaba encontrar a alguien, a ser posible cuerdo, que me prestara su teléfono móvil para hacer una simple llamada. Respiré hondo y solo conseguí provocarme un acceso de tos. No vi nadie a mi alrededor, Edimburgo estaba desierto. Con la sensación de encontrarme en una pesadilla comencé otra vez a andar.

Escuché unos golpes a mi espalda, y una voz masculina que gritó.

—¡Apártate, muchacha!

Giré sobre mí misma, sorprendida y asustada, para encontrarme a menos de dos metros de distancia con un caballo. Me quedé mirando estúpidamente la cabeza del animal, a la vez que me apretaba a la pared de piedra. El caballo me bufó y yo me apreté aún más contra la pared.

- —¡Un caballo! —grité.
- —¿En qué creías que iba montado?, ¿en una cabra? —oí otra vez la voz.

Miré hacia el jinete, todavía con la boca abierta, dudando de si era hombre o animal el que había pronunciado esas palabras. Era un hombre mayor, de poblada barba cobriza y pelo ensortijado, cubierto por una curiosa boina azul. El hombre masculló algo que no entendí y siguió su camino cabeceando.

¿Un caballo en medio de Edimburgo? ¿Sería parte de un desfile o algo así? Cada vez entendía menos lo que me rodeaba. Me toqué la frente, estaba fresca al tacto. No tenía fiebre, al menos no lo parecía, aunque una

fuerte sensación de inestabilidad me rodeaba, y sentía que todas mis extremidades eran agitadas por una cuerda invisible, como una marioneta.

Anduve desorientada quizás una hora o más. Estaba profundamente agotada v tenía muchísimo frío, pero me obligaba a mí misma a seguir camino. Finalmente me paré en la salida de un callejón. Necesitaba descansar aunque solo fuese un momento. Me senté en el mismo suelo y me abracé las piernas en un vago intento de mantener el poco calor que me quedaba. Debí quedarme dormida, o tal vez me desmayé. No lo recuerdo. Cuando desperté estaba aterida. Había empezado a llover, no muy fuerte, pero mojaba igual. Los dedos de manos y pies me dolían y los tenía completamente rígidos e insensibles al tacto. Me pasé la mano por la cabeza. Noté un bulto en la parte posterior de la oreja derecha. Algo pegajoso lo cubría. Me miré la mano, que se humedeció con la lluvia. Sangre, sangre seca. Debía de ser el golpe de la noche anterior. La cabeza, como una señal de reconocimiento, comenzó a latirme otra vez. Ráfagas de dolor como terribles latigazos iban de la nuca a la frente. Agaché la cabeza, y en un instante de consciencia lo reconocí. Conmoción cerebral. Por fin algo de lucidez a mi locura. Un poco más relajada volví a caer en un sueño intranquilo, con la seguridad de que al despertarme estaría en la cama de un hospital.

Algo me golpeaba el rostro con pequeñas punzadas, intenté apartarlo con una mano, pero fue en vano. Quería seguir durmiendo, aunque solo fuera un poco más. Estaba tan cansada... Molesta, abrí los ojos. La niebla había desaparecido, pero la lluvia se había convertido en un aguacero. Yo me había deslizado hasta quedar tendida en el frío suelo, y lo que me golpeaba con insistencia en el rostro eran gotas de agua como cuchillos afilados. Me incorporé despacio. No estaba en el hospital. Seguía en el mismo sitio infernal de mi pesadilla. Quise llorar de impotencia, pero las lágrimas se agarrotaban en mi garganta, provocándome una lenta agonía de desesperación.

Escuché pasos apresurados. Levanté la vista. Un hombre pertrechado con un sombrero de ala ancha se acercaba por mi izquierda.

—¡Espere! —conseguí decir, aunque mi voz sonó como el graznido de un cuervo.

El hombre hizo ademán de acelerar el paso, lo pensó mejor, paró y se volvió para lanzarme algo que resonó con un ¡clac! en el suelo a mi lado. Sorprendida lo recogí. Era una moneda, un penique. De repente me

entraron unas ganas tremendas de reír. «Una mendiga, ¡jajaja!, me ha confundido con una mendiga.» Todo me parecía graciosísimo. El hombre extrañado se volvió. Yo ya me reía a carcajadas, sujetándome el abdomen. Recompuse el gesto apartándome el pelo mojado del rostro y todavía reprimiendo la sonrisa, le insté.

—¡Espere!, por favor, espere.

Me levanté con dificultad, aprovechando que el hombre se había quedado parado y me miraba ya totalmente sorprendido.

—No quiero compañía, mujer —gruñó.

Yo maldije en silencio. ¡Maldita sea!, ¿es que llevaba la palabra «puta» tatuada en la frente?

—Esto es suyo —dije tendiéndole la moneda.

Ahora tenía toda su atención. Aunque me miraba como si fuese un fantasma o algo peor.

—Quédesela —respondió cerrando mi mano en torno a la moneda—, parece necesitarla más que yo. Y resguárdese, hoy no es día de andar por las calles, estas están llenas de espíritus a la búsqueda de almas perdidas.

Sin quererlo, me sentí conmovida. Era el primer rasgo de compasión que percibía en todo el día.

—¿Podría indicarme cómo llegar a Head Close? —dije con la voz quebrada.

Pareció sorprendido. El agua resbalaba por el ala de su sombrero creando pequeñas cascadas que me salpicaban. Supuse que mi aspecto debía de ser deplorable.

- —Sí, muchacha. Claro que sí. Yo me dirijo hacia allí, no está muy lejos. —Su acento era escocés, pero bastante más educado y claro que el de las personas que había dejado en la casa.
- —¿Le importa si le acompaño? —sugerí, habría dado mi mano derecha por no quedarme otra vez sola.

El hombre dudó.

—Venga —dijo finalmente reanudando la marcha.

Aterida y algo torpe me uní a su paso.

Tardamos unos minutos en llegar al edificio que solo unas horas antes había abandonado sintiéndome afortunada. Levanté la vista del suelo dispuesta a agradecer a aquel hombre su amabilidad y me encontré con que se paraba con decisión como yo y sacudía con fuerza la aldaba de bronce de la puerta.

- —¿Cómo sabe que venía aquí? —inquirí curiosa.
- —Estoy seguro de que en la casa de al lado no sería bienvenida, y aquel edificio es solo un establo. ¿Adónde iba a ir si no?

Iba a contestar cuando se abrió la puerta. Nos recibió el hombre, que dio paso al visitante con premura. Antes de que volviera a cerrar la puerta puse una mano en ella para impedirlo. Supuse que no me había visto, debido a la oscuridad y la lluvia. No quise creer que me volvía a cerrar la puerta en las narices.

—¿Qué haces aquí? —preguntó furioso observándome de la cabeza a los pies.

Sintiéndome golpeada por la fuerza de sus palabras, no lo aguanté más y comencé a llorar como una niña. Las lágrimas ardientes me quemaban las mejillas mezclándose con las gotas de lluvia. Llevaba casi dos años sin poder llorar y ahora parecía que no pudiese parar.

—Por..., por favor, por favor —tartamudeé hipando—, ¿puede, puede ayudarme? No he encontrado a mi hermana —aquí la voz se me quebró de nuevo— y no sé, no sé dónde pasar la noche. Seguí llorando, hipando y sacudiéndome con profundos sollozos. Me sujetaba el cuerpo con los brazos cruzados intentando darme un poco de valor. No lo conseguía. Estaba realmente asustada, aterida y agotada.

El hombre titubeó sosteniendo la puerta con un brazo.

—Por favor —volví a suplicar—, esta casa es mi última oportunidad. — No me veía capaz de pasar la noche entera tirada en la calle a la intemperie.

Finalmente, y después de lo que me pareció una eternidad, se apartó dejándome pasar.

—Gra... gracias —tartamudeé tiritando. Por un momento me sentí tan aliviada de estar a cubierto que sentí el impulso de abrazarlo. Me contuve al mirarlo a la cara. Si bien me había dejado pasar, su rostro no era para nada amigable.

—Pasa —me empujó hasta la cocina—, siéntate ahí.

Me acomodé en el banco de madera intentando mimetizarme con la pared.

El hombre que me había acompañado hasta allí estaba de pie, se había quitado el sombrero y el guardapolvo, que ahora descansaban en una silla cerca del fuego secándose, desprendiendo un quedo olor a humedad. Vestía con pantalón hasta las rodillas y jubón marrón de paño. De manera

elegante, pero sencilla. Estaba bebiendo de un vaso de vidrio verdoso lo que parecía un licor. El olor llegaba hasta mí, probablemente whisky. Dejó el vaso en la mesa con un golpe seco y se dispuso a abrir una caja de madera que descansaba al lado. Ni siquiera me había dado cuenta de que transportaba algo. Pero el pequeño maletín había llegado con él. Un cerco de agua lo rodeaba. Observé curiosa lo que contenía. Varios frasquitos con líquido de diversas tonalidades y algo envuelto en un paño grisáceo y con manchas oscuras. El hombre cogió el paño y lo abrió desplegando su contenido sobre la mesa. Me retraje asustada si era posible todavía más contra la pared. Ese hombre era Jack *el Destripador*. O por lo menos por su instrumental lo parecía. Escalpelos de diferentes tamaños, varios cuchillos y lo que parecían unos fórceps, algo roñosos.

- —¿Dónde está? —preguntó al escocés.
- —En la habitación del fondo del pasillo, en el primer piso. No se perderá, solo tiene que seguir los gritos —respondió de forma monótona.

En ese momento se abrió la puerta y entró la mujer. Parecía acalorada y llevaba la blusa manchada de sangre.

—¡Qué bien que haya llegado! Hemos hecho lo que hemos podido, pero la partera dice que tiene que intervenir un cirujano. La muchacha se ha negado a empujar y está así desde anoche. No quiere que su hijo nazca en el día de los muertos, es lógico, pero una nunca puede elegir el momento, ¿no? La cabeza ya ha salido, pero está morado como una berenjena estrangulada. De todas formas, sáqueselo y procure que viva —respiró hondo—, es una de mis mejores chicas, no me gustaría perderla, costaría demasiado encontrar a otra como ella.

Un desgarrador grito resonó en toda la casa, un sonido gutural, terminado en un aullido lobuno. Un grito que trajo a mi maltrecho cerebro recuerdos de un pasado doloroso demasiado reciente que no podía olvidar.

- —¡Empuja! ¡Vamos!
- —¡No! ¡No! ¡No puedo! —sollocé intentando apartar mis piernas dormidas de los estribos con ambas manos.
- —¡Quieta! —La voz de la ginecóloga hubiera paralizado a una horda dezombis. Pero a mí no. No iba a permitir que esa horrorosa mujer me quitara a mi hija.
- —¡Ahora! ¡Sujétela! —dio una orden a la azorada matrona que la acompañaba.

La fornida mujer sujetó mis piernas una vez más a los estribos.

- —¡No! —volví a gritar desesperada. Intenté golpear su brazo musculoso —. ¡No lo haga, por favor! ¡No deje que me la quite! ¡Mi bebé no! Respiré hondo, el dolor de la contracción había sido mucho más fuerte esta vez.
- —¡Tranquilícese! —La doctora asomó la cabeza cubierta con un pañuelo verde de entre mis piernas. Suavizando el tono añadió—: Ya no se puede hacer nada, negándose a colaborar solo conseguirá alargar su sufrimiento.

Apoyé la cabeza en la camilla de piel negra. Fuertes calambres recorrían mi columna hasta arremolinarse en el vientre, creando un estallido de dolor insoportable. La enfermera de prácticas esperaba paciente en una esquina del quirófano. Su rostro mostraba compasión, y quizás algo de miedo.

—Por favor —susurré dirigiéndome a ella y estirando una mano—, ayúdeme.

Ella dudó un momento, pero finalmente se acercó. Me puso la mano en la frente y apartó los mechones mojados de sudor de mi mejilla.

—Cielo, empuje, ¡hágalo!, dentro de un rato todo habrá pasado y dentro de un tiempo cuando se recupere podrá concebir otra vez —susurró a mi oído.

No era esa la ayuda que esperaba, pero la tranquilidad de su tono de voz relajó un poco mi dolorido cuerpo.

Sollocé y me mordí el labio cuando otro relámpago atravesó mi vientre hinchado. Finalmente me rendí. Y empujé y paré. Y empujé y paré. Todo a latigazos de órdenes de la doctora. Así hasta que escuché:

- —Ya está, relájese. —Su voz reverberó en las paredes de la angustiosa sala. Sus brazos sujetaban un bulto envuelto en un paño verde musgo. Un bulto que no se movía, no respiraba. Mi hija, mi amor, mi vida.
- —Déjeme verla —mi voz resonó con fuerza, desde el fondo de mi cuerpo, desde el vacío de mi alma.

Me mostró su rostro inmóvil. Su pequeño rostro redondo y delicado, cubierto por una película grasa. Los ojos hinchados y cerrados, todavía sin pestañas. Su mano, su mano diminuta, conté, uno, dos, tres, cuatro y cinco. Tiene los cinco dedos. Es perfecta. Es mi hija. Era mi hija.

El aullido hizo que se movilizaran al instante. El cirujano cogió su

instrumental y subió las escaleras con un ligero jadeo. La mujer suspiró, cogió el vaso que había dejado el doctor en la mesa y se lo terminó de un trago. Al dejarlo otra vez en la mesa, fijó su vista en mí.

—¡Malditos sean todos los demonios! ¿Qué hace esta mujer otra vez aquí? —bramó.

Yo comencé a sollozar de nuevo como una niña. Desde luego mi comportamiento distaba mucho de ser el de una mujer adulta de treinta años.

El hombre la cogió por los hombros y comenzaron a discutir en gaélico. Ambos gritaban y gesticulaban con ambas manos. Yo observaba pasando la mirada de uno a otro, mientras cálidas lágrimas seguían deslizándose por mis mejillas como un río con el deshielo de primavera.

Finalmente, y con un gesto de desprecio por parte de la mujer, que acabó escupiendo en el suelo al salir de la cocina, ganó el hombre. Dirigiéndose a mí dijo:

—Acérquese al fuego, si no se seca enfermará.

Obedeciendo como un autómata, me levanté y me acerqué al fuego de la cocina, sobre el que todavía pendía la cacerola con el guiso humeante. El olor despertó mis sentidos y mi estómago cerrado en un puño gruñó en respuesta.

El hombre me acercó un pequeño cuenco de madera y me sirvió un cazo de lo que parecía sopa. También un trozo de pan, que rechacé cortésmente. Sostuve el cuenco con ambas manos y, empapándome del calor del fuego y del caldo, bebí, calentando mi cuerpo.

Pasaron los minutos. Los gritos habían cesado. El hombre se había sentado en un banco a mi derecha, aprovechando el calor del hogar. No habló. Yo tampoco. Los dos mantuvimos un silencio cordial, y la tensión de mi cuerpo se fue aflojando hasta dejarme en un estado de aletargamiento. La puerta se abrió de un golpe. Ambos nos volvimos sorprendidos. Era el cirujano, que traía un bulto envuelto en una manta a cuadros. Dejó el bulto en la repisa, junto a unos cubiertos y dos cebollas. Era el bebé. El bebé muerto, tratado descuidadamente, como un trozo de carne.

A una pregunta silenciosa de mi tranquilo acompañante, el cirujano contestó:

—Ella está bien, cansada, pero vivirá, si Dios decide no llevársela esta noche. Ya le he dado instrucciones a su madre. No obstante, le repito a

usted, no debería tener contacto carnal hasta pasada la luna de diciembre. ¿Me ha entendido?

El escocés asintió quedamente.

—Bien —contestó sacando un papel enrollado del bolsillo interior de su jubón.

Se sentó y procedió a escribir algo. Desde mi asiento no lo veía con claridad, pero pude distinguir los rasgos más oscuros y en mayúsculas del encabezamiento: CERTIFICADO DE DEFUNCIÓN.

Sentí una profunda pena que me ahogaba, y temí echarme otra vez a llorar.

- —¿Cómo se llama el pequeño? —inquirió.
- —Thomas —contestó el escocés—, se iba a llamar Thomas.
- —¿Nombre del padre? —volvió a preguntar el cirujano enarcando las cejas.
 - —Déjelo en blanco.
- —Muy bien, «desconocido» —apuntó el médico. Firmó y acercó el papiro al escocés para que lo comprobara. Este ni siquiera lo miró, apartándolo descuidadamente con la mano.

El cirujano suspiró, se cubrió con la capa y el sombrero, todavía húmedos, y cogió en una mano el maletín y en la otra el bulto envuelto en una manta, como si de un saco de patatas se tratara. Inclinando la cabeza en mi dirección, se despidió.

- —Un placer, señora.
- —A... a... adiós —acerté a contestar.

Cuando salió, una corriente de aire fresco inundó la cocina, haciendo que un escalofrío recorriera mi piel.

Fijé la mirada en el papel depositado descuidadamente sobre la mesa. Las letras negras danzaban como las patas de una araña. Ahora sí lo tenía al alcance de mis ojos cansados. Una mano helada estranguló mi estómago haciendo que todo mi cuerpo se retorciera de frío. Todo cobró sentido en un sinsentido. La idea que revoloteaba de forma caprichosa en el fondo de mi mente desde que desperté por la mañana refulgió en un estallido de dolorosa realidad. El mundo se detuvo por un instante y mi corazón dejó de latir. Podía oír cada minúsculo sonido a mi alrededor, el crujido de una rama al partirse al calor del fuego, el hondo suspiro del hombre escocés de pie en el centro de la cocina, la lluvia en el exterior, incluso el quedo rumor de alguna conversación en otra parte de la casa. Y sin embargo no

oía nada. Todo estaba en silencio. Solo el retumbar de la sangre en las venas. Abrí la boca y aspiré el aire viciado en un reflejo humano de supervivencia. No podía ser cierto, y sin embargo lo era. No había otra forma de encontrar lógica a ese día tan extraño. Mi mano alcanzó el papel, no era yo quien movía el brazo, sino que me encontraba flotando por encima observándolo todo con morbosa curiosidad. Hasta pude escuchar la risa sarcástica de los hados. «¡Cógelo! ¡Cógelo!» Lo sujeté entre las dos manos que temblaban y volví a leer: «En la ciudad de Edimburgo (Escocia) a uno de noviembre del año de Nuestro Señor de mil setecientos cuarenta y cuatro.» No puede ser, pero era. Un profundo carraspeo me volvió a la realidad.

- —¿Has terminado? —pronunció el escocés refiriéndose al pequeño cuenco ya vacío.
 - —Sí —exclamé sorprendida de que mi voz sonara tan firme.
 - —Bien, vamos —me sujetó del brazo para levantarme.

No protesté. No dije nada. Dejé el papel sobre la mesa con cuidado y dejé que me arrastrara fuera de la cocina. Estaba segura de que si me soltaba caería.

Subimos al primer piso, iluminado por candiles en las paredes, creando sombras que dibujaban rostros con sonrisas maquiavélicas cual máscaras de carnaval veneciano. Abrió una puerta y me empujó adentro. Paré tambaleándome al verme de repente sin sujeción. Mientras tanto él se afanaba en encender una vela a mi espalda. Pude vislumbrar una cama al fondo. El hombre pasó por delante de mí y depositó la palmatoria en una mesilla a la izquierda de la misma.

—Dormirás aquí —señaló con la cabeza la cama cubierta con una manta a cuadros escoceses—. De momento —añadió.

Yo no me moví. No podía.

Pasó por mi lado con paso tranquilo y en la puerta paró como dándose cuenta de que olvidaba algo. Giré mi rostro para mirarle. Quise gritar, sujetarle y pedirle una explicación. No hice nada. No podía hacer nada. Estaba paralizada. Un *shock*. «Estoy sufriendo un *shock*, tiene que ser eso, ¿no?» Mi mente jugaba al despiste y estaba ganando.

—Buenas noches —se despidió finalmente cerrando la puerta.

No sé el tiempo que permanecí quieta, de pie en el centro de la habitación, esforzándome por seguir respirando. No sé cómo llegué a la cama o cómo me tumbé. Solo recuerdo un pensamiento consciente

abrazada a mis piernas en posición fetal antes de caer en un pozo de oscuridad. ¡Por favor, Dios, que todo esto sea una pesadilla!

Abrí los ojos poco a poco. Tenía un persistente dolor en la frente y sienes, pero sorprendentemente me sentía con la mente despejada. Seguía tumbada, en posición fetal, protegiendo mi cuerpo, acurrucada sobre la cama. Alguien o quizá yo misma me había tapado con una manta durante la noche. Sin que nadie me lo dijera sabía que estaba en el mismo maldito lugar que el día anterior. Mis esperanzas de que todo hubiera sido un sueño se diluyeron como el agua perdida entre las rocas de un río. Suspiré y me encogí todavía más sobre mí misma.

Seguía lloviendo, oía el repiqueteo incesante de las gotas sobre la ventana y la habitación olía a humedad y poca ventilación. Enterré la nariz en la almohada de plumas que tenía el olor a su anterior dueño, sudor penetrante y reseco. Sofoqué una arcada. Me llevé la mano al bulto de detrás de la oreja. Ya no palpitaba y había reducido su tamaño, ahora era poco más grande que un huevo de codorniz.

Mi vista se fue adaptando a la oscuridad de la habitación, podía ver cómo pequeños haces de luz grisácea se colaban entre las contraventanas de madera haciendo que las motas de polvo levitaran sobre el suelo. Estaba amaneciendo, pero todavía quedaban unos minutos antes de que se hiciera completamente de día.

Tenía en mi mente retazos inconexos de lo sucedido el día anterior. Pero no recordaba apenas nada del exterior de la casa, esas horas estaban difuminadas y oscurecidas como si hubiera andado en un laberinto lleno de niebla.

Me volví hacia el fuego ya casi apagado de una chimenea a mi espalda. Me obligué a levantarme. Sentía el cuerpo dolorido y pesado, como si hubiera realizado un gran esfuerzo. Cogí la vela que reposaba en la mesilla y con paso tembloroso la acerqué al fuego que amenazaba con consumirse de un momento a otro. Cuando la llama prendió la puse en la palmatoria y la sujeté entre mis manos. De pronto me sentí terriblemente cansada y tuve que sentarme en la cama.

Tenía que analizar la situación con objetividad y encontrar una solución. Tenía que volver a casa, estuviera donde estuviese.

Expuse mentalmente las opciones, como si me enfrentara al desarrollo

de una demanda judicial:

Uno: me drogaron en la fiesta de Halloween y todavía estaba bajo los efectos de algún alucinógeno. No recordaba haber tomado nada aparte de cerveza, pero pudieron echármelo en la bebida. Tampoco era tan extraño, ¿no? Ese tipo de cosas sucedían a diario. No había más que leer los periódicos.

Dos: estaba en una especie de experimento sociológico, al estilo del *Show de Truman*. Todo alrededor era un decorado gigante, rodeada de cámaras como en *Gran Hermano*, que observan y analizan cada movimiento en un ambiente extraño y hostil. Esta teoría era mi preferida y la que deseaba que fuese real. Por lo menos sabía que tendría un final.

Tres: había atravesado un agujero de gusano, había pasado a la cuarta dimensión, la del tiempo, y había retrocedido casi trescientos años, en realidad y haciendo un cálculo rápido, doscientos sesenta y seis años. El cómo lo había hecho sobrepasaba mi entendimiento, y muy a mi pesar me estaba pareciendo que era la teoría acertada.

Me froté la frente irritada, fuertes punzadas detrás de los ojos amenazaban una migraña. Mi mente racional y moderna se negaba a creer cualquiera de las tres suposiciones. Era obvio que había descartado teorías tan dispares como que había sido abducida por los extraterrestres o que era víctima de algún tipo de conjuro o maldición. Pero aun así nada tenía sentido, o por lo menos el sentido que yo necesitaba para explicar mi situación actual.

Con un ánimo que no tenía decidí que debía ir al lugar donde había comenzado la pesadilla, a la habitación del desván, quizás allí encontrara alguna pista.

Me asomé al pasillo. La casa estaba en silencio. Salí con cuidado y subí por las escaleras situadas a mi derecha. Entré en el desván alumbrándome solo con la vela, que titiló con el temblor de mi mano. Intenté pasar la palmatoria a la otra mano y resbaló de entre mis dedos, cayendo al suelo con un golpe bronco. La vela rodó y se apagó. Me agaché y tanteé el suelo, notando cómo el metal de la palmatoria había hecho una muesca bastante importante en el suelo de madera. Una muesca lo suficientemente grande como para que se enganchara un tacón de aguja. Sentí que una carcajada amarga brotaba de mi garganta. Yo misma había provocado mi caída dos noches antes, no, doscientos sesenta y seis años después, corregí mentalmente.

Mantuve la puerta abierta para que iluminara algo la estancia y la recorrí con la mirada. La claraboya del techo todavía no existía, y la estancia parecía el trastero de la casa. Cajas de madera y sillas se amontonaban sin orden alguno, cubiertas por una espesa capa de polvo. Nada me indicaba cómo había llegado allí. Me arrastré por el suelo hasta una esquina que parecía despejada. Había algo de movimiento, me volví dejando que la escasa luz del pasillo iluminara mejor. Me levanté de un salto. Un ratón se estaba comiendo lo que parecía un trozo de pan rancio. Maldije saltando hacia atrás. Sin embargo esa pequeña esquina me decía que alguien había estado allí algún tiempo. No tenía el polvo acumulado en el resto de la estancia y el pan indicaba que alguien había estado alimentándose allí antes que el roedor. «¿Ese alguien había sido yo?» No lo sabía, en realidad no lo recordaba. No recordaba nada desde la caída en la fiesta del treinta y uno de octubre.

Me limpié las manos en el vestido de lana azul que llevaba puesto y lo cogí con los dedos. Aquel era otro misterio. «¿Dónde estaba mi ropa?» Me cogí el lóbulo de la oreja buscando los pendientes de pedrería que debía llevar colgando. No había nada. «¿Y mis pendientes?» Era yo, pero un yo completamente diferente, como si me hubieran disfrazado.

Sentí una profunda frustración, como si un agujero vacío y hueco se hubiera instalado en mi mente borrando lo esencial, el cómo había llegado hasta allí, hasta esa época. Pensé en mi hermana y Sergei, seguro que estaban muertos de la preocupación, preguntándose dónde habría podido ir. Me pregunté si simplemente me había disuelto en el aire, desapareciendo como el hombre invisible. Seguro que mi apuesto acompañante inglés también se encontraría en un estado de estupefacción muy razonable.

Tenía que encontrar el camino de vuelta. Pero ¿cómo?, si no sabía cuál había sido el camino de ida. Ni siquiera sabía por dónde empezar a investigar. Estaba completamente perdida, no sabía a quién acudir, ni qué hacer. Y esa sensación no me gustaba nada. Normalmente lo tenía todo bajo control, ahora mi vida estaba completamente descontrolada, como si mi propio yo se hubiera roto en pedazos que no lograba recomponer. Me empezó a doler la cabeza, y me froté la frente con fuerza como ayudando a mis neuronas a ponerse en posición de firmes y a trabajar de una maldita vez. Lo único mínimamente racional que se me ocurría era sobrevivir, sobrevivir lo suficiente para lograr, o bien recordar, o bien averiguar algo de mi repentina aparición en el siglo XVIII.

Y además necesitaba con urgencia encontrar un baño, el ver un orinal en una esquina hizo que mi vejiga protestara. Viendo que no había nadie e ignorando la vergüenza me levanté las faldas y me quedé paralizada. Me incliné hacia delante y miré bajo ellas. ¿Dónde demonios están mis bragas? Tanteé con la mano, pero solo toqué piel desnuda sobre las medias de lana que me llegaban a medio muslo. Me erguí todo lo alta que era y noté cómo me ruborizaba intensamente. «Pero ¿qué he hecho para perder las bragas?», volví a pensar totalmente desconcertada.

Una voz a mi espalda me sobresaltó, haciendo que el corazón me latiera de forma acelerada, como si me hubieran pillado haciendo algo que no debía.

- —¿Qué estás haciendo? —dijo el escocés.
- —Buscar mis bragas —le contesté en castellano. Él enarcó las cejas pero afortunadamente me miró sin comprender. Me sentía totalmente desnuda al saber que andaba por ahí sin ropa interior, aunque él no pudiera saberlo. Por un momento pensé en decirle que me golpeara la cabeza, por si ese pequeño desván era la puerta a otro mundo, el real, el mío. Quizás ese era el camino. No me dio tiempo a meditarlo. Me cogió del brazo sin más miramientos y me empujó al pasillo.
- —Vamos, *mathair* quiere hablar contigo —explicó bajando por las escaleras.

Entramos en la cocina, que por lo que parecía era el único lugar caliente de toda la casa. El fuego ardía como la noche anterior, con el mismo caldero sobre él, pero esta vez olía diferente, más fuerte, como a carne guisada. Por un momento no reconocí a la mujer que tenía frente a mí. Ya no iba maquillada, y profundas marcas de la edad surcaban su rostro, haciéndole parecer bastante mayor de lo que debía de ser. Sus ojos eran los mismos, me miraba con una mezcla de desconfianza y desprecio. Noté que gotas de sudor frío caían por mi columna vertebral hasta quedar atrapadas en el corsé. Me había enfrentado a jueces verdaderamente duros, pero esa mujer me producía un miedo desconocido. Sabía que estaba en desventaja y ella olió mi miedo como si fuese un lobo.

—Siéntate.

Obedecí al instante y sin protestar. Se aproximaba un interrogatorio. Yo había estado presente en demasiados, aunque en el lado contrario, y demasiado preocupada en averiguar cómo salir de allí no había preparado nada. Tendría que improvisar, aunque no tenía ni idea de cómo empezar.

De momento me concentré en mi postura, no demasiado rígida, mirándola a los ojos directamente y sin cruzar los brazos sobre el pecho en señal de defensa.

- —Tienes mejor aspecto que ayer —expuso de forma calmada, aunque sus ojos seguían siendo fríos como el hielo.
 - —Gracias —contesté suavemente.
 - —¿Puedes explicarnos qué hacías escondida en mi casa?
- —Lo siento. No lo recuerdo. Solo recuerdo un golpe en la cabeza, creo que me desmayé, pero nada más. No sé qué hacía aquí. —Por lo menos eso era verdad, y también me daba información acerca de que no me habían visto antes.
- —Buscas trabajo, ¿acaso? —inquirió ella. El hombre seguía de pie observándonos con atención, pero sin decir nada.
 - —¿Trabajo? —pregunté desconcertada.
- —Sí. Muchas jóvenes suelen venir a ofrecerse a mí. Ninguna de mis chicas está aquí obligada por algo que no sean sus propias circunstancias vitales, y la mayoría de ellas oculta su pasado —explicó.
- —No, gracias. No al menos este trabajo. Y no oculto nada. Simplemente no lo recuerdo. Al menos no todavía —repuse. Desde luego, mi mala suerte iba en aumento. No podía haber aparecido en una casa de un burgués, un labrador o un lord. No, tenía que ser precisamente en un burdel.
 - —¿De dónde eres? Hablas un inglés extraño.
- —Soy española —contesté, al menos eso era verdad, aunque tuve que reconocer que tenía mucha razón. Probablemente aparte de mi pronunciación diferente, los tiempos verbales y las palabras no debían de ser las correctas. Seguramente si hablara con un español me pasaría lo mismo. La lingüística había cambiado bastante en casi trescientos años.

Me increpó en gaélico, que por supuesto no entendí. Esa lengua, para mí, aparte de ser completamente desconocida, sonaba parecido al árabe, y tan intrínsecamente difícil como aquel.

—No le entiendo —dije abriendo más los ojos.

Volvió a hablar en gaélico. El hombre rio.

—*Mathair*, no te entiende. Está claro.

Supuse que había dicho algo que no me hubiera gustado oír.

—¿Qué quieres entonces? —preguntó volviendo al inglés.

Me hubiera gustado contestar que de momento comer algo, ya que notaba cómo mi estómago estaba protestando debido al agradable olor que salía del caldero, pero sugerí otra cosa, no podía salir de esa casa. Allí se encontraba la respuesta y debía permanecer en ella a toda costa.

- —Puedo trabajar —ambos enarcaron la ceja derecha a la vez— en otra cosa, claro, puedo cocinar, o limpiar, algo así...
- —Ya tengo a alguien que se encarga de esas tareas. —Mi ánimo descendió al infierno sin pasar por el purgatorio. Estaba perdiendo y necesitaba encontrar algo que yo pudiera hacer que a ella le resultara útil, pero no tenía ni idea de qué.

En ese momento sonaron unos fuertes golpes en la puerta. El hombre salió a abrir y lo escuché comentar algo en gaélico con otro hombre. Ambos entraron portando dos barriles pequeños de lo que supuse sería alcohol. Los tres se pusieron a hablar y gesticular, lo que me dio unos instantes para poder pensar algo.

El vendedor de licores era un hombre orondo y bajito, con una poblada barba castaña y un pelo enmarañado que cubría con una boina azul. También iba vestido de escocés. Presté atención a la conversación, estaban negociando la venta de varios barriles de whisky, de procedencia desconocida, aunque el vendedor aseguraba que de la mejor calidad. La mujer abrió uno de ellos y lo olió, lo inclinó un poco sirviéndose en una taza de madera y lo saboreó. Parecía satisfecha. Discutieron la cantidad, cada barril costaba tres chelines. La mujer solo quería tres, él le ofreció cinco por trece chelines. La mujer dudó y miró a su hijo, él simplemente se encogió de hombros. El vendedor aprovechó la oportunidad y acercó el otro barril, que ofreció diciendo que era el mejor vino traído de Francia en el último barco (supuestamente de contrabando). El conjunto completo, los cinco barriles de whisky y el de vino, se lo dejaba a un precio de quince chelines y veinte peniques. La mujer se rascó la barbilla pensativa. En ese momento mi mente de economista y sobre todo de ama de casa encargada de controlar la compra semanal durante muchos años se iluminó.

—Creo que no es un buen trato —dije.

Los tres me miraron sorprendiéndose de que tuviera voz.

- —Si cada barril cuesta tres chelines y compra cinco, ya está pagando los cinco con quince chelines. Dudo mucho que el vino cueste veinte peniques, más que un chelín. Yo que usted probaría el vino y no el whisky. —El vino era el cebo, estaba segura.
 - —¿Qué está diciendo? —preguntó la mujer a su hijo.
 - —Que te está engañando —contestó simplemente su hijo. Vaya, me

estaba empezando a caer bien ese hombre.

El vendedor intentó apartar el barril de vino, pero el hombre escocés lo sujetó con fuerza y lo abrió, sirvió un poco en una jarra y se lo pasó a su madre, que lo bebió de un trago escupiéndolo a continuación.

—¡Maldito hijo de una puta sin orejas! —blasfemó la mujer—, esto no es mejor que la orina de una vaca.

Yo la miré estupefacta por su vehemencia, pero a la vez divertida por el insulto. Cambié el gesto viendo la mirada amenazadora del vendedor. Igual me había metido en problemas, pero tenía que ganarme la confianza de la dueña de la casa. La opinión que tuviera el vendedor de mí en ese momento me era indiferente.

Discutieron otra vez y acordaron un precio razonable. Los cinco barriles por once chelines. Lo que me sorprendió es que la mujer buscó la conformidad en mi mirada. Yo asentí levemente.

Cuando el vendedor abandonó la cocina ambos volvieron su atención hacia mi persona.

- —¿Sabes de números? —preguntó la mujer, esta vez de forma curiosa pero no amenazadora.
 - —Sí —repuse simplemente.
 - —¿Cómo sabías que me estaba estafando? —volvió a preguntar.
- —Los números nunca mienten, las personas sí —respondí recurriendo a una frase de mi profesor de economía de primero de carrera.

Ambos intercambiaron varias frases en gaélico y se volvieron a mirarme.

- —Puedes quedarte —dijo la mujer—, me ayudarás con las cuentas de la casa a cambio de comida y habitación.
- —Gracias —contesté. Hubiera saltado de la alegría. Por el momento estaba salvada.

Y por fin me ofrecieron un desayuno. Se trataba de un simple plato de *porridge*, una pasta de avena bastante insípida, pero que llenaba el estómago. No necesitaba más. Luego el hombre me acompañó a una puerta casi escondida detrás de la encimera repleta de utensilios de cocina. Era una sala no más grande de tres metros cuadrados, con una pequeña mesa y una silla de madera y varios libros y papeles apoyados en el suelo y en la mesa. Tendría que ordenarlos y clasificarlos y llevar algo parecido a un libro de contabilidad.

Cuando salía por la puerta lo paré.

- —¿Cómo te llamas? —pregunté.
- —Duncan, aunque me llaman pequeño *ruadh* —contestó señalándose la cabeza y por primera vez sonrió de forma sincera mostrando unos dientes torcidos y algo amarillentos.
 - —Yo soy Ginebra —le dije.
- —Geneva, lo sé —contestó él con suave acento escocés—, si necesitas algo búscame.
- —Gracias. Lo haré —sonreí a mi vez viendo cómo cerraba la puerta tras de sí.

Me centré en los papeles que había a mi alrededor desperdigados. La mayoría eran facturas y cuentas sin sentido. Abrí el libro, era un libro común de gastos e ingresos. Mi mano tembló cuando leí otra vez la fecha impresa en la página anterior. Aunque no quisiera reconocerlo, por alguna extraña razón que todavía no comprendía estaba en 1744. Intentando olvidar mi zozobra me zambullí en el libro tratando de comprender el caos económico que llevaba la dueña de la casa, y pronto solo eso ocupó mi mente.

Cogí un papel limpio y la pluma que descansaba junto al tintero. La observé con curiosidad y me pregunté si sería capaz de escribir algo con aquel instrumento. Hundí la pluma en la tinta y aguardé a que cayeran unas gotas. No tenía que ser tan difícil, ¿no? Lo era. Muy difícil. Mis primeros intentos fueron una especie de letras emborronadas e ilegibles. La tinta empapaba pronto el papiro deshaciéndose en pequeños hilos negros. Lo intenté con menos cantidad de tinta y solo conseguí que la pluma chirriara contra el papel, claramente molesta por la ausencia de líquido para deslizarse. Estuve a punto de partir la punta y procuré tener más cuidado.

Debía de llevar varias horas enfrascada en descubrir el orden que llevaba la casa, cuando unos pequeños golpes en la puerta me sobresaltaron. Quienquiera que fuese no esperó respuesta, y la puerta se abrió con un chirrido de los goznes. La joven que había visto el día anterior entró con la cabeza gacha sosteniendo en una mano un cuenco de madera con lo que parecía un guiso de carne y en la otra, una jarra. Cogí la jarra mientras le hacía un hueco en la mesa para que depositara el plato. Sin decir nada volvió a salir. Era cerveza, pero menos amarga de como la recordaba y bastante más caliente. A los pocos minutos comprobé que también bastante más fuerte que la que se comercializaría en los siglos futuros.

Con la cabeza algo embotada y el estómago caliente volví a enfrascarme

en el trabajo. Duncan vino a buscarme por la tarde. Yo casi había terminado de organizar todo y con suma paciencia y cuidado podía escribir de forma legible. Me sentí extrañamente satisfecha, por lo menos sabía hacer algo útil en esa época.

Me levanté de la silla algo envarada y salí con él a la cocina. Había tres mujeres más sentadas en la mesa que me observaron con curiosidad mal disimulada. Una de ellas se atrevió a hablar.

- —¿Eres la nueva? —preguntó. Era una joven delgada con rostro dulce en forma de corazón y unos bonitos ojos azules, enmarcados por un cabello castaño claro que se había rizado con tirabuzones que le caían desordenados por los hombros.
 - —No —contesté—, solo estoy de paso.
 - —Ah —comentó simplemente.

Yo me senté siguiendo las indicaciones de Duncan y este me trajo un plato, con el mismo guiso del día, acompañado de un trozo de pan y algo de queso. Me serví lo que creí que era agua de una jarra. Resultó ser cerveza. Tampoco protesté, prefería sentir la cabeza algo embotada para no pensar demasiado en lo que me rodeaba.

A madame La Marche, como la llamaban ellas, la dueña de la casa, y obviamente un nombre falso, ya que esa mujer tenía de francesa lo que yo, no se la veía por ningún sitio, sin embargo oía ruido de voces y risas que provenían del salón. Me imaginé que estaría recibiendo a los clientes con el resto de las chicas. El que lo pensara con tanta frialdad me daba un poco de miedo. Mi mente estaba transformando una situación caótica en algo común como defensa. La verdad era que nunca había estado en un burdel, pero dudaba mucho de que el funcionamiento hubiese cambiado con los siglos.

Cené en silencio mientras las mujeres parloteaban sobre vestidos y mencionaban algunos nombres de clientes, algunas deseando que volvieran y otras haciendo gestos de desagrado. Por las iniciales que había visto en el libro de contabilidad sabía que había siete mujeres, alguna con más éxito que otra, pero desconocía el motivo. Todas parecían llevar bastante tiempo, aunque eran bastante jóvenes. Iban vestidas con batas de terciopelo de diferentes colores. No quise imaginar lo que llevarían debajo. Desde luego poca ropa. Recordé que yo misma no llevaba ropa interior y enrojecí otra vez. Quise preguntarles dónde conseguir algo parecido a una especie de pantalones anudados a las rodillas que había visto en las películas de

época. Pero no me atreví a preguntar. Cuanto menos hablase menos se notaría lo diferente que era y que me sentía allí.

Cuando terminé, Duncan me acompañó a la habitación, como si necesitara escolta. Quizá me vigilaba, o quizá me protegía. Todavía no lo sabía a ciencia cierta. Cuando pasamos por el salón intenté asomarme a las cortinas, pero él me sujetó del brazo y tiró de mí escaleras arriba.

Protesté soltándome bruscamente.

—Allí no hay nada que tú debas ver —fue su única respuesta a una pregunta no mencionada.

No me llevó a la habitación de la noche anterior, sino a una que estaba situada al fondo del pasillo. Me introdujo dentro y cerró la puerta con llave. No hubo buenas noches, ni despedidas cordiales. Me quedé mirando la puerta cerrada con mirada estúpida, y cuando me volví mi mirada se tornó sorprendida. Tres niños que iban desde los tres a los siete u ocho años me miraban sin atreverse a acercarse.

- —¿Quién eres? —preguntó el mayor haciéndose el valiente sintiendo que el de al lado le empujaba en la espalda.
- —Soy Ginebra, ¿y tú? —inquirí yo a mi vez. ¿Desde cuándo había niños en un burdel? No quise pensar que esos niños pudieran estar prostituyéndose.
- —Soy John, él es Willy y el pequeño, Alec. Ella es Annie —señaló a la jovencita que solía estar en la cocina. Ahora estaba sentada en el suelo junto al magro fuego de la chimenea. Miré en derredor, solo había una cama, grande, pero una.

Me acerqué a Annie y me senté a su lado.

- —¿Quiénes son? —pregunté con un susurro.
- —Los hijos de las prostitutas que no han querido entregar o que todavía no se han muerto —contestó sin bajar la voz.

Yo ahogué un gemido. Creí que estaba acostumbrada a todo, pero esto comenzaba a superarme. Giré mi vista hacia los tres pequeños, que seguían observándome con curiosidad y algo se rompió dentro de mí.

—Venid —les dije.

Ellos se acercaron tímidamente y se sentaron a nuestro lado. Cogí al más pequeño que no pesaba apenas nada y lo senté sobre mis piernas.

- —¿Queréis que os cuente un cuento? —pregunté.
- —¿Un cuento?
- —Sí, una historia bonita —contesté con una sonrisa.

- —¿Lo harías? —El pequeño levantó su mirada hacia mí.
- —Claro —le contesté revolviéndole el pelo.

Annie arrugó la nariz en respuesta. Era una niña, pero había crecido en una casa de adultos y había visto cosas que probablemente a mí me habrían puesto los pelos de punta. Busqué en mis recuerdos y me decidí por Blancanieves. Adelantándome bastantes años a los hermanos Grimm, comencé el relato.

Cuando terminé, después de contestar a varias preguntas inquisitivas sobre la madrastra, Blancanieves, los enanitos y el príncipe azul, les insté a que se acostaran.

Me quedé mirando la cama, quedaba poco espacio para mí, pero no estaba dispuesta a dormir en el suelo, así que sin desvestirme, ya que no tenía otra ropa, me aflojé las cintas del corpiño y me tendí junto a ellos. El más pequeño pasó una mano escuálida sobre mi cintura y sentí que con la otra me sujetaba el pelo, como si tuviese miedo de que fuera a desaparecer durante la noche. Poco a poco fui escuchando sus respiraciones acompasadas y sintiendo cómo el calor invadía sus pequeños cuerpos. Dos días. ¿Cuántos más tendrían que pasar antes de regresar a casa?

Mi hermana me había preguntado al poco de llegar a Santiago qué era lo que de verdad quería hacer con mi vida, yo le había contestado que comenzar de cero donde nadie me conociese, tener la oportunidad de rehacer mi vida, sin las equivocaciones que había cometido. Quienquiera que fuese que escuchó mi plegaria no había entendido demasiado bien mis intenciones. Maldije en silencio y finalmente me quedé dormida escuchando de fondo el sonido de voces de mujeres y hombres, entremezcladas con algún pequeño chillido, que provenían de las demás habitaciones.

Cierra los ojos y escucha, entonces sentirás

Ya estaba despierta cuando escuché la llave girar en la puerta. Los pequeños seguían durmiendo, acababa de amanecer, una hora muy temprana para aquella casa.

Entró Duncan y noté que se quedaba de pie observando la escena. Me giré y me levanté con cuidado de no despertar a mis pequeños acompañantes nocturnos. Me arreglé un poco el pelo y apreté las cintas del corsé, bajo la atenta mirada silenciosa del hombre escocés. Annie también se había levantado, igual de silenciosa que nosotros, y los tres nos encaminamos hacia la cocina.

La dueña de la casa no estaba, probablemente seguiría durmiendo. Desayunamos en amigable silencio el mismo *porridge* que el día anterior. Cuando terminamos, Annie recogió los platos y cucharas y los metió en un caldero vacío, con intención de fregarlos.

Yo miré inquisitiva a Duncan.

- —¿Qué es lo que tengo que hacer? —le pregunté simplemente. Era una subordinada, una empleada o una sirvienta. No lo sabía muy bien.
- —De momento ayudarás a Annie a limpiar la casa. Esta noche viene gente importante. Ella sola no podrá con todo.

Puse una mueca de disgusto y él levantó una ceja, lo que me hizo guardar las palabras que pensaba decir antes de que brotaran de mi boca. Lamentaba haber terminado tan pronto el trabajo que me habían encomendado el día anterior y mi mirada se dirigió con nostalgia a la puerta oculta tras la encimera.

De repente me acordé de algo.

- —Duncan —comencé titubeante, él enarcó las cejas—, los niños, ellos no...
- —¿Qué? —exclamó ofendido—, claro que no. Esta es una casa decente y honrada, aunque hay algunas otras que sí ofrecen ese servicio.

Me dejó bastante más tranquila, aunque los adjetivos utilizados para describir un prostíbulo como decente y honrado no me parecieron precisamente los adecuados.

—Vamos —dijo levantándose—, Annie te dirá lo que tienes que hacer. —Fruncí los labios, ahora mi jefe era una niña de once o doce años. ¿Se podía caer más bajo? No me atreví a pensarlo con profundidad, por si acaso alguien escuchaba mis pensamientos de nuevo.

Annie me explicó dónde se guardaban los utensilios de limpieza, y lo que debía limpiar. Decidimos dividir la casa, ella se encargaría de la planta baja y yo de las habitaciones. Podía entrar en cada una a medida que se fueran despertando las jóvenes, excepto en la de la mujer que había dado a luz un niño muerto dos días antes. Esa estaba prohibida y solo madame La Marche tenía permiso para entrar. Le ayudé a fregar los restos de la cena de la noche pasada y el desayuno mientras las mujeres se levantaban. Al aparecer la primera, la joven rubia de la noche anterior, cogí un caldero con agua, jabón que olía a lejía y varios trapos. Odiaba limpiar, no por el hecho de hacerlo, sino porque dejaba la mente demasiado desocupada como para pensar en otras cosas que no quería. Pero era la mejor opción que tenía, de hecho la única. Intenté tomármelo con filosofía, debía adaptarme al entorno y pasar lo más desapercibida que pudiera. Mi objetivo principal seguía siendo sobrevivir.

Entré en la habitación de la joven, olía a cerrado, a varios perfumes mezclados, sudor y almizcle. Supe sin verlo que había tenido varios clientes aquella noche. Abrí las contraventanas de madera y dejé que el aire fresco entrara llevándose los restos turbios de las horas precedentes. Con el aire fresco también entró el olor a humo, y recordé que Sergei había mencionado que a Edimburgo se le llamaba la Auld Reekie, por las grandes cantidades de humo que se concentraban y las terribles condiciones sanitarias que hacían que la ciudad tuviera permanentemente un olor desagradable. Quité las sábanas usadas y manchadas con unas sombras amarillentas que no me costó nada averiguar qué eran, hice un ovillo y las tiré a una esquina de la habitación. En un arcón encontré otras limpias e hice la cama. No estaba segura de si tenía que cambiarlas, pero de todas formas lo hice. Cuando más tarde me dijeron cómo tenía que lavarlas, me arrepentí de ello. Mi mente todavía se encontraba en un lugar en el que las lavadoras y las secadoras eran las reinas de la casa.

Abrillanté los muebles con un paño empapado en cera resinosa y cuando

llegué a la pequeña mesilla que había a un lado de la cama no pude evitar la tentación de curiosear. Es cuestión de supervivencia, me convencí justificándome, tenía que reconocer mi entorno para amoldarme a él en la medida de lo posible. Cuando abrí el primer cajón, mi mandíbula cayó casi hasta el plexo solar. Dentro había lo que podía describirse con sutileza como objetos de placer sexual, obviamente menos elaborados que los que podías encontrar en cualquier sex shop del siglo XXI, pero igual de pintorescos. Cogí un pequeño látigo y lo agité en el aire. ¡Vaya con la joven con cara de ángel! Pero no fue eso lo que me llamó poderosamente la atención sino un objeto metálico que estaba al fondo del cajón, un objeto finamente tallado y de un realismo excepcional que mostraba el miembro masculino en todo su esplendor. Lo cogí y valoré su peso, era macizo y hasta habían labrado las venas gruesas en los laterales. ¿Para qué demonios lo utilizarán? Algunas imágenes demasiado explícitas me vinieron a la mente y enrojecí profundamente. Dejé el instrumento con un golpe seco en su refugio de madera. Cogí una pequeña bolsita de tela y la abrí con cautela, a esas alturas ya me esperaba cualquier cosa. Saqué lo que se consideraba uno de los primeros preservativos de la historia, en realidad era una funda de piel de animal con un lazo en un extremo. Mucho me temía que como medio de control de natalidad tendría un éxito cuando menos ínfimo. Me estremecí al pensar que alguien pudiera intentar... y enrojecí de nuevo.

Cerré con un golpe seco el cajón y me dirigí al arcón de donde había sacado las sábanas. Había visto telas de otros colores y quería investigar. Lo abrí otra vez y saqué lo que parecía un vestido de color púrpura, con brocados dorados. Me pareció precioso, pero seguro que no era nada apropiado para una dama de esa época. Si llegaran a imaginar lo que las mujeres de siglos posteriores llevarían puesto, a alguna le daría un soponcio. También encontré unos pantalones de lino blanco hasta las rodillas, bordeados con puntillas. Así que sí que existía la ropa interior. Quise agenciarme uno de esos. Tendría que preguntarle a madame La Marche si podía quedarme con uno, hasta que me fijé con más atención y vi la abertura en la entrepierna. No se trataba de ropa interior, sino de la ropa con la que salían las mujeres al salón cada noche, solo tenían que abrir las piernas y... Mi rostro adquirió el color púrpura del vestido. Preferí quedarme como estaba. Me asombraba estar tan apurada, yo había estado casada varios años, y me consideraba una persona con una mentalidad

sexual bastante abierta, pero sin embargo, todo allí era tan..., tan..., dieciochesco. Era sensualidad y no sexualidad, ahí estaba la diferencia. Allí no se bailaba en barras americanas, no se mostraba, se insinuaba lo necesario para resultar atractivo y, como una araña que tejía su tela, cazar a la mosca.

Con un suspiro cerré el arcón y me centré en barrer y fregar el suelo, para luego encerarlo. Hice todo eso con las seis habitaciones de las mujeres a medida que se fueron quedando vacías. Algunas descansaban en la cocina, otras habían salido. Sin embargo me quedaban tres habitaciones más que sí podía limpiar, la de Duncan, la de los niños y mía y la de madame La Marche. Decidí bajar a comer algo y subir después a seguir con la tarea.

Entré en la de Duncan, la habitación en la que había dormido la primera noche. Hice lo mismo que en las demás, ventilé un poco, cambié las sábanas y esta vez no curioseé. La verdad, ya tenía bastante por ese día y por toda una vida, en realidad. La habitación de madame La Marche era la más amplia y tenía una gran cama con dosel. Desconocía si ella también ofrecía algún servicio, el olor era a cerrado y humo, no almizclado como las demás. Limpié los muebles y el suelo gimiendo cada vez que me agachaba y restregaba.

La habitación de los niños era la única que tenía el fuego encendido pero ni rastro de los pequeños. Me sorprendió no encontrar siquiera un pequeño juguete. Encontré piedrecillas canteadas, un cebo de pesca y algún que otro pequeño tesoro, como si en vez de niños los ocupantes fueran urracas que hubieran ido acumulando objetos. Lo dejé todo donde lo había encontrado. Por la luz que se filtraba de la ventana tenía que estar anocheciendo. Bajé con todos los utensilios de limpieza otra vez a la cocina. Necesitaba lavarme con urgencia, el pelo se me pegaba a la cabeza, todavía tenía restos de sangre del golpe y notaba la piel del cuerpo pegajosa por el sudor, pero curiosamente no había visto una sola bañera en toda la casa que pudiera utilizar.

Cuando llegué a la cocina encontré a Annie trajinando lo que supuse sería la cena. Le pregunté dónde podía darme un baño y ella me miró con total estupefacción.

- —Puedes coger la jofaina, calentarte algo de agua y lavarte —fue lo único que dijo, como si le hubiese sugerido escalar el Everest.
 - —¿Los orinales? —pregunté—, ¿dónde se llevan?

Esta vez rio con ganas. Yo la miré frunciendo los labios.

- —Tíralos por la ventana —contestó sonriendo y mostrando unos dientes pequeños y blancos.
- —Tíralos tú —contesté algo enfadada. Estaba cansada, sudorosa y deseando meterme en la cama.
- —Lo haré. Es mi trabajo —contestó, inmune a mi desplante. Por un instante sentí verdadera lástima por la pequeña. Pero yo misma me estaba dando más pena todavía.

Calenté un poco de agua en una jarra y subí a la habitación. Me desnudé de cintura para arriba y me lavé el pelo con dificultad, en un recipiente tan pequeño. Me lo aclaré con agua fría. No había otra cosa. Después cogí un trapo y lo empapé con el mismo trozo de jabón perfumado que había utilizado para el cabello y agua, y me froté para eliminar el olor a lejía, cera y sudor de mi cuerpo. Cuando pasé la mano por las axilas me sorprendí del suave pelo negro que tenía. ¿Cómo era posible si yo estaba completamente depilada hacía solo tres días? Estaba tan cansada que no lo volví a pensar. Hice lo mismo de cintura para abajo. Me volví a vestir con el mismo vestido. Nadie me había ofrecido otro. Tendría que encontrar el modo de conseguir al menos otra prenda de ropa para cambiarme.

Encontré un peine de madera en un cajón y me senté frente al fuego a desenredarme el pelo y procurar que se secara antes de acostarme. Estaba en esa posición cuando Duncan entró de manera silenciosa, como solía hacer. Me sobresalté cuando habló.

- —Tengo trabajo para ti.
- —¡¿Más?! —exclamé sorprendida y disgustada. Eso era claramente explotación laboral.
- —Sí, además de dejar todas las sábanas que te has propuesto limpiar en agua hirviendo, tendrás que acompañar a unos clientes esta noche explicó.

Obvié lo de las sábanas, lo que me había asustado era lo de los clientes.

- —Os dije que no pienso hacer eso —respondí a la defensiva.
- —No es lo que piensas, simplemente tienes que acompañar a unos clientes mientras juegan a las cartas. Hasta tú podrás hacerlo —repuso.
- —¿Ahora? —repliqué. Estaba demasiado cansada y él también podía verlo.
 - —Sí, ahora. ¿Cuándo si no?
 - —«Nunca» podría ser una buena respuesta —repuse.

Él no se inmutó y me acompañó primero a la cocina donde tuve que dejar las sábanas de lino en un caldero enorme con agua hirviendo, y posteriormente a una habitación desconocida hasta ahora. No podía creer que esa casa tuviera tantos recovecos. Ni el Palacio de Buckingham podía tener tantas habitaciones.

—Mañana limpiarás las sábanas, *mathair* se ha enfadado bastante, pero bueno... —fue su única despedida. Lo que me faltaba, encima tener cabreada a la persona de la que dependía mi estancia allí.

Entré en la habitación que tenía que arreglar. Estaba en la parte superior de la casa, un piso por debajo del pequeño trastero donde yo había aparecido. La sala era pequeña, austera en decoración pero sin embargo acogedora. Tapices de escenas de caza tapaban las paredes, y sobre la pequeña ventana colgaban unos cortinajes de pesado terciopelo verde musgo. En el centro, una mesa ovalada cubierta por un tapete también verde, con vasos y copas, varias velas y cuatro sillones tapizados en el mismo color rodeándola. En un lateral, un pequeño aparador con botellas de licor y una jarra de agua. Un pequeño banco de madera apoyado contra la pared. En el otro extremo la chimenea emitía un agradable calor. Una habitación creada especialmente para jugar. Recordaba haber visto habitaciones parecidas, obviamente mucho más modernas, en un casino de Las Vegas. Cubículos expresamente preparados para no distraer a los jugadores, que perdían la noción del tiempo al no tener acceso a la luz exterior y apostaban cada vez más dinero.

Por lo que pude deducir de las instrucciones que me había dado madame La Marche, esa noche se iba a reunir un grupo de selectos jugadores y ella esperaba sacar pingües beneficios. Mi cometido sería no dejar que ningún vaso se vaciase y alimentar el fuego para mantener caldeado el ambiente, pero no demasiado para no espantar a los clientes.

Recoloqué los vasos en la mesa y alineé las sillas. Como no podía hacer mucho más me senté a esperar en el banquito. Estaba agotada, me dolían todos los músculos del cuerpo como si me hubieran dado una paliza. La piel de las rodillas estaba enrojecida y despellejada en algunos puntos después de fregar los suelos. «¿Cuándo se inventó la fregona?» Lamenté que hubiera sido tan tarde. Me miré las manos. Las uñas estaban rotas y juraría que me estaban saliendo callos. Tuve ganas de llorar, una simple mirada a mis manos había hecho que volviese a tener un nudo en la garganta, como si fuese lo más importante de lo sucedido en los últimos

dos días. Me sentía como mis manos, gastada, rota y encallecida.

Oí voces fuera, eso hizo que compusiera el gesto y me levantara con un respingo haciendo una pequeña mueca de dolor. Los invitados fueron entrando en animada conversación y se sentaron en los sillones por orden como los niños en un colegio. Era obvio que eran habituales a la sala de juego. Me sorprendió que por último entrara una mujer. Si no era habitual en mi época, ahora tenía que ser toda una excepción. Me pregunté quién sería. Su vestido era de seda color azul bebé con filigranas de plata en forma de flores. Las mangas abullonadas disimulaban los brazos rollizos, pero el corsé no hacía lo mismo con su pecho, más bien creaba el efecto contrario, ya que este se bamboleaba a cada movimiento, como una bandeja de merengues en exposición, a los cuales parecía bastante aficionada, dado su voluminoso cuerpo. Un maquillaje excesivo que incluía tres lunares postizos, uno encima del labio y dos en la mejilla derecha, cubría el rostro redondo. Un peinado parecido a un nido de pájaros adornado con plumas de colores adornaba el conjunto. Temí haberme quedado con la boca abierta. Todo en ella era exagerado, incluyendo las pulseras de oro y diamantes que tintineaban y atrapaban la luz de las velas con el movimiento de sus muñecas, pasando por los pendientes que de tan pesados hacían que sus orejas se alargaran por lo menos dos centímetros, hasta la gargantilla de zafiros y diamantes. En su conjunto parecía un enorme árbol de Navidad. Y sin embargo a su lado yo me sentí pequeña y desarreglada, con mi vestido usado y algo manchado que intentaba cubrir con un delantal que en otra vida fue blanco, ahora de un gris con tintes marrones, y mi sencilla trenza que colgaba sobre un hombro.

Alisé mi delantal, compuse una media sonrisa y ofrecí a cada jugador una bebida. Todos optaron por brandy, excepto uno, el último en llegar con la mujer misteriosa, que se decidió por el whisky, el único que vestía de la forma tradicional escocesa, aunque más elegante que Duncan. Me indicaron que llenara otro vaso con agua, lo que hice cuidando de no derramar nada.

No sabía muy bien qué hacer una vez servidos todos los clientes, así que me volví a sentar esperando que alguno me requiriese algo.

Al principio intenté mantener la atención en la reunión que tenía frente a mí, pero estaba tan cansada que lentamente se me cerraron los ojos. El murmullo que escuchaba estaba actuando como una nana, solo una voz sobresalía entre las demás. Una voz de barítono, grave, profunda y sensual,

una voz de locutor de radio, de esas en las que estás manipulando la radio del coche y de repente la captas y paras para escuchar, porque su tono te incita a prestar atención ya que lo que dice parece interesante, aunque no lo sea, una voz así está hecha para hablar v ser escuchada. Pertenecía al hombre sentado en un extremo, vestido con un jubón de satén verde bordeado con hilo dorado, con un pantalón también del mismo tejido, pero de un color marrón. El sueño me venció, acunada por aquella extraña voz, y dormité unos minutos sentada, con los brazos cruzados sobre mi pecho. Desperté súbitamente al notar que el murmullo había cesado, para encontrarme con un par de ojos que me miraban fijamente. Quedé atrapada al instante, como si fuera producto de un sueño. Un sueño que no recordaba pero que me pareció real. Unos ojos verdes, del color de los mares del Sur, que reflejaban en el iris todos los tonos de la profundidad del océano, enmarcados en unas largas pestañas castañas. Unos ojos que parecían risueños, como si estuviesen a punto de reír, cuando el resto del rostro parecía serio. Unos ojos de pirata. Los ojos hablaron, con una voz de barítono, de locutor de radio.

- —Eh, ¿qué? —logré emitir lo que parecía un balbuceo.
- —Más bebida, muchacha —dijo el hombre de los ojos verdes, en perfecto inglés pero con acento francés.
 - —¿Perdón? —pregunté parpadeando, todavía algo adormilada.
 - El hombre agitó su vaso vacío y esbozando una media sonrisa repitió:
 - —Brandy a poder ser. Si no es demasiada molestia.

Las risas de los demás jugadores me sacaron definitivamente de mi ensimismamiento. Él no se reía, sino que me observaba con curiosidad. Trastabillando un poco me levanté y le serví el licor que había pedido. Al pasar a su lado golpeé lo que parecía un palo. Ambos nos agachamos a la vez a recogerlo y nuestras cabezas chocaron con un sonoro ¡crack! Di un paso atrás exclamando «¡joder!» y frotándome la frente. Levanté la vista ante el repentino silencio sintiéndome el centro de atención. Las miradas iban de la sorpresa a la reprobación, en especial la de la mujer, que me observó de arriba abajo con absoluto desagrado. Enrojecí y musitando una disculpa me agaché rápidamente a recoger el palo en cuestión, que resultó ser un bastón con empuñadura de plata con forma de cabeza de águila. No me había fijado que aquel hombre cojeara, pero sin duda era suyo, ya que me lo arrebató de las manos y lo apoyó en el otro costado de su silla.

—¿Se ha hecho daño? —preguntó con su extraño acento, recolocándose

la peluca que se le había inclinado ligeramente sobre la frente.

—No, no se preocupe —contesté agradeciendo su amabilidad, y aprovechando que estaba de pie me apresuré a rellenar los vasos del resto.

Como el sueño había desaparecido me dediqué a observar con más atención al pintoresco grupo. Los hombres iban vestidos de forma parecida, con casaca, pantalones, camisas con cuellos de volantes y adornados con pelucas y diversos grados de maquillaje. Excepto el escocés. Uno de ellos incluso llevaba colorete y los labios pintados de un rojo agranatado. Por los acentos, supe que el hombre de los ojos verdes era francés, el de los labios pintados, inglés, y obviamente el otro, escocés. Parecía el comienzo de un chiste, érase un inglés, un escocés y un francés... La única nota discordante era la mujer, también escocesa por su acento. Desde luego el hombre inglés y el francés no parecían el paradigma de la masculinidad, adornados como los veía de satenes, volantes y zapatos de tacón y, sin embargo, ninguno, ni siquiera el más maquillado parecía afeminado.

Dirigí mi atención hacia el hombre de los ojos verdes, que parecía estar ganando, dado el montón de monedas que acumulaba en su lado.

—¿Abandonas, *chérie*? —dijo mirando a la mujer.

Ella apretó sus cartas contra su pecho, lo que hizo que todas las miradas se dirigieran en esa dirección como los barcos hacia el faro en la noche, incluida la mía. Sonrió quedamente y mostrando unos pequeños dientes amarillentos, le contestó.

—Nunca, querido, ya sabes que cuando emprendo algo no lo abandono hasta conseguirlo. Y me he propuesto ganar esta noche. Además —añadió bajando la mirada—, tengo una buena mano.

El hombre de los ojos verdes carraspeó y aclarándose la voz contestó.

—Eso, *chérie*, no lo pongo en duda. —Lo que provocó que el resto de los jugadores se sonrieran entre ellos.

«¿Qué me he perdido?» Entonces la vi, la mano de la mujer descansaba descuidadamente en la entrepierna del hombre de los ojos verdes, haciendo que el satén se tensara alrededor del bulto que cubría.

Ahogué una maldición, sorprendida de no haberme dado cuenta del ejercicio de seducción que transcurría frente a mí. Sin embargo el hombre francés no parecía demasiado interesado, más bien parecía estar siendo cortés con la mujer, sin alentarla demasiado, pero también sin desanimarla. Comencé a interesarme por la escena. «¿Cómo terminarían la noche?»

—Creo que acaba de llegar de París, *laird* MacDonald —exclamó el inglés de pronto.

El escocés pronunció un «mufsmudf» gutural que podía significar cualquier cosa. Todavía no le había escuchado más de una o dos palabras en toda la noche.

—Un viaje difícil. El barco se bamboleaba como la cáscara de una nuez, y más de una vez creímos que no íbamos a llegar a tierra —explicó finalmente con fuerte acento escocés. Mucho más pronunciado que el de la mujer.

El hombre francés, aunque atento a sus cartas, los observaba con disimulo. La mujer simplemente se comía con la mirada al francés.

- —Y cuéntenos, qué tal ha ido su viaje. ¿Es cierto eso que se rumorea que pronto llegará un cargamento francés muy interesante para el pueblo escocés? —pronunció con voz maliciosa.
- —Es mala época para cruzar el canal, apenas hay barcos que se atrevan a semejante aventura —contestó de forma seca el escocés.
- «¿De qué hablan?», me pregunté. ¿Acaso se trataba de algún cargamento de contrabando?
- —¿Un brindis? —propuso el inglés. Yo lo miré extrañada. Los demás se miraron entre ellos como dudando. Cogió el vaso de licor y lo pasó por encima del de agua que reposaba a su lado.
- —*Slàinte!* Es así como lo dicen, ¿no? —preguntó a los demás enarcando las cejas y manteniendo su vaso de licor levantado.

¿Por qué los demás no respondían? Finalmente fue el francés el que levantó su vaso y haciendo el mismo ritual de pasarlo sobre el vaso de agua, lo chocó fuertemente contra el vaso del inglés haciendo que pequeñas gotas de licor ambarino saltaran manchando el tapete verde. Envalentonados, los dos escoceses hicieron lo mismo, aunque con reticencia.

Entrecerré los ojos. El acto me había recordado algo, pero no sabía exactamente el qué. De repente una imagen de Sergei explicando con tono académico la historia escocesa llegó a mi mente cansada. Se trataba de un ritual que identificaba a los jacobitas partidarios de la independencia de Escocia, el pasar el licor sobre el vaso de agua significaba que brindaban por el «rey al otro lado del mar», el pretendiente al trono escocés, Carlos Eduardo Estuardo. Ahogué una exclamación y entendí de qué estaban hablando, se referían al desembarco que tendría lugar varios meses después

de Carlos acompañado de algunas tropas en las costas escocesas. ¡Maldita sea!, por si fuera poco me encontraba en puertas de una rebelión, y en pleno centro de Escocia. Me consolé pensando que para aquello todavía quedaban unos meses, en los que esperaba haber encontrado el modo de regresar a mi época. Mis manos se habían cerrado sobre mi falda, sintiendo por primera vez en dos días que lo que me rodeaba era verdaderamente real. Me mordí el labio con fuerza. ¡Malditos idiotas! No sabían lo que estaban haciendo. Sentí una mirada fija en mí, me volví hacia el hombre francés, que me observaba intensamente y sentí que enrojecía, aunque no sabía muy bien por qué.

- —Monsieur Courtois, usted lo conoce bien, ¿no es así? —inquirió el inglés.
 - —Lo conozco, sí —respondió simplemente el francés.
 - —¿Es cierto lo que dicen?
- —¿Qué dicen? —preguntó el francés con indiferencia fijando su vista en las cartas.
 - —Que es un joven demasiado preocupado por las mujeres y el licor.
 - El francés tardó un momento en contestar.
- —Esas son excelentes cualidades para un príncipe, ¿no creen? exclamó sonriendo. Me fijé en su dentadura blanca y perfecta que destacaba en su rostro fuerte de mandíbula cuadrada, apenas disimulada por el polvo de arroz.

Todos sonrieron ante el comentario.

- —Sí, claro, aunque también sería conveniente que supiera dirigir un ejército —respondió con cautela el inglés. Observé con atención la reacción de los demás, valorando si verdaderamente ese inglés era un jacobita o un simple informador del bando inglés. Notaba la corriente de peligro entrelazándose en las miradas de los otros tres ocupantes de la mesa.
- —Los escoceses luchan, los príncipes observan en la retaguardia. Ni siquiera es necesario que sepan blandir una espada —respondió el escocés abruptamente.
- —Cierto, cierto —rio el inglés—, pero la pregunta es ¿cuántos escoceses lucharán? Escocia está dividida, no todos quieren un rey católico en el trono, ahora que casi todos profesamos la fe protestante.

El francés levantó la mirada y se encaró con él. Ambos se miraron fijamente.

—Oh, me olvidaba de que Francia sigue siendo papista —se disculpó el inglés con una falsa sonrisa. No me gustaba ese hombre. No lo veía sincero y el francés se había dado cuenta, aunque en realidad era el que menos tenía que perder en la aventura jacobita. Los refuerzos franceses jamás llegarían a Escocia.

La mujer intervino.

—Hemos venido a jugar, ¿no? Señores, déjenme por lo menos ganar esta mano. —Le hizo un guiño al francés. Este no respondió. Estaba súbitamente serio.

Pero el inglés no tenía intención de jugar, al menos no era esa su intención principal. Se volvió hacia mí.

- —¿Es usted nueva, querida? No la había visto hasta hoy. Tengo que reconocer que madame La Marche tiene un gusto excelente para reclutar a sus chicas. —Me sonrió de forma lobuna. A lo que yo respondí con una mueca de desprecio, que le hizo abrir los ojos con sorpresa.
- —No soy ninguna de las chicas de madame La Marche —respondí quedamente, aunque me hubiera gustar borrar su sonrisa de un plumazo.
- —¡Qué acento más extraño! ¿De qué parte de Escocia es? ¿Acaso de las tierras bárbaras del norte? —preguntó.

Noté cómo la nuez de Adán se movía en el cuello del francés, pero no dijo nada. El escocés, que debía de ser habitante de las tierras bárbaras del norte, pronunció un sonoro «mfmsfm» de protesta.

- —Soy de bastante más al sur. Concretamente de España —respondí con cautela.
- —¡España! ¡Qué exótico! —exclamó él. «¿Exótico?», pensé yo. Este hombre no había viajado mucho.
 - —Y ¿qué le trae por estos lares? —preguntó otra vez.
- —He venido a visitar a un pariente —contesté cada vez más fastidiada por volver a ser el centro de atención. El francés me miraba entrecerrando los ojos, como si me instara o bien a seguir hablando o bien a que me callara, no lo podría decir con seguridad. La mujer me observaba con un mohín, demasiado molesta para protestar, y el escocés me miró por primera vez de forma sorprendida.
 - —¿Cómo se llama? —inquirió de nuevo.
 - —Ginebra.
- —Oh, qué bonito nombre. El de una reina —sonrió él. Yo no le devolví la sonrisa. Ese hombre cada vez me ponía más nerviosa, y con lo cansada y

algo aturdida que me encontraba, sabía que acabaría diciendo algo de lo que me arrepentiría después.

—Sí, destronada e infiel —respondí finalmente.

Rio con ganas, pero yo dirigí mi vista al francés, que había abierto los ojos de forma desmesurada durante un instante, para volver después a la expresión pétrea que no mostraba ningún indicio de su personalidad. Cerré los ojos con hastío y los volví a abrir. El francés acudió en mi ayuda.

—Señores, sigamos con la partida, que presiento que esta va a ser una buena noche —dijo frotándose las manos y haciendo que los otros tres se centraran por fin en el asunto que tenían entre manos.

La mujer estaba claramente fastidiada, perdía una mano tras otra. El inglés igual, pero parecía divertirle y notaba cómo de vez en cuando lanzaba miradas libidinosas en mi dirección. Yo lo ignoré por completo. El francés estaba ganando, aunque el escocés no le iba a la zaga. El inglés se retiró de la partida y se dedicó a observarme con más intensidad, a lo que yo respondí frunciendo los labios tan fuerte que noté cómo chocaban mis dientes. El escocés hizo lo mismo cuando llevaba una buena cantidad de monedas acumuladas. La partida se dirimía entre el francés y la mujer.

- —Me he quedado sin nada con lo que apostar —exclamó agitando las pestañas y moviendo su voluminoso pecho bajo el rostro del francés.
 - —Todavía te queda algo, *chérie* —contestó él sonriendo.
 - —¿Ah, sí? —contestó ella insinuante.

Yo me incliné sobre la silla, olvidando las miradas del inglés, totalmente concentrada en las reacciones de ambos.

- —Esto —dijo el francés llevando su mano hasta el pecho de la mujer y cogiendo entre sus dedos el collar de zafiros y diamantes.
- —Oh —contestó ella desilusionada—, no puedo hacerlo, es un regalo de mi difunto marido. Una joya de la familia.
- —Entonces... —él dejó la frase inconclusa y se encogió de hombros de una forma típicamente francesa. Noté sin embargo que aunque su jubón estaba hecho a medida le quedaba demasiado justo, como si fuera demasiado pequeño para su cuerpo, o su cuerpo demasiado musculoso para esa clase de ropa. Parecía incómodo, pero no lo demostraba, al contrario que yo, con mi pequeña cárcel de varillas en forma de corsé.
- —¡No! —exclamó ella soltándose el pesado collar y mirando otra vez sus cartas—, tengo la mano vencedora. Dejó el colgante depositado en el centro de la mesa, desprendiendo brillos a la luz de las velas.

Esta vez todos nos inclinamos hacia delante expectantes. Ella mostró sus cartas separándolas sobre la mesa y sonrió triunfalmente. El francés hizo una pequeña mueca, pero me fijé en que sus ojos brillaban divertidos. Mostró a su vez las cartas. Yo desconocía el juego, pero supe de antemano que había ganado. Las exclamaciones de sorpresa de todos los jugadores llenaron el súbito silencio de la habitación.

—Lo siento, *ma chérie*, esta noche la mano vencedora es mía —dijo atrayendo a su lado la joya finamente labrada.

Todos se echaron hacia atrás suspirando, menos la mujer, que mostró una clara expresión de fastidio. Ya no había más que hacer. El escocés se levantó con un gruñido, seguido del inglés. El francés lo hizo más despacio recogiendo sus ganancias en una pequeña bolsa de tela oculta en un bolsillo de su chaqueta, y se levantó apoyándose en el bastón. Fue el único que ayudó a la mujer a incorporarse.

- —Es muy tarde —dijo a todos en general—, te acompañaré a casa. Tengo un carruaje esperándome —comentó al descuido a la oronda mujer. Esta recuperó algo de brío.
- —Gracias, querido, no esperaba menos de ti. —Le sonrió agitando las pestañas e ignorando a los demás ocupantes de la sala.

Fueron saliendo con calma. El escocés murmuró un «mufmsf» como despedida. El inglés me miró de arriba abajo de forma lasciva y el francés cogió del brazo a la mujer y la acompañó a la puerta. Fue el único que se despidió.

—Buenas noches, Genevie. Gracias por tu compañía esta noche. —Elevó apenas las comisuras de su boca.

Yo cerré la puerta tras ellos y recogí los vasos. Apagué el fuego y me retiré directamente a mi habitación.

No me di cuenta de lo agotada que estaba hasta que me hice un hueco en la cama ocupada por mis pequeños compañeros de sueño ya completamente dormidos. Aun así mi mente seguía jugando al despiste. Después de varias vueltas, me situé mirando al techo de madera, con una idea en la mente. «¿Y si estaba allí por alguna razón?» Después de la conversación que había escuchado esa noche, estaba empezando a creer que tenía algo que ver con lo que sentí en Culloden, y con la imagen del fantasma vestido con el uniforme de los dragones ingleses. «¿Había llegado allí como un mensajero del futuro con la misión de advertirles de lo que estaba por llegar?» Si era así, «¿qué demonios podía hacer encerrada

en un prostíbulo en medio de Edimburgo?» Las preguntas se agolpaban sin respuesta. «¿Qué tenía yo que ver con Escocia?» «¿Y qué podía hacer yo por Escocia?» «¿Secuestrar al principito Stuart y meterlo en un barco con dirección a las colonias norteamericanas?» No quise escuchar a Sergei en su momento, aunque ahora veía que tenía razón, que algo me había ocurrido cuando intenté suicidarme, como si alguna puerta con el otro mundo hubiera quedado abierta. Finalmente y después de muchas disquisiciones me quedé dormida.

Tuve un sueño, un sueño familiar y a la vez extraño. Volvía a estar en un bosque, y un hombre escocés, el mismo que apareció en mis sueños allá en Santiago de Compostela, volvió a hablar. «Ya has llegado, Genevie, por fin estás en casa», dijo acercándose hacia mí. Levanté el rostro para mirar su cara envuelta en sombras cuando un codazo de Alec hizo que me despertara.

- —¿Qué ocurre? —pregunté adormilada.
- —Estás hablando en sueños —contestó él con voz somnolienta.
- —Lo siento —dije en un susurro.

Intenté recuperar el sueño, pero se había perdido en mi subconsciente. Volví a quedarme dormida, soñando con barcos e invasiones.

No cierres los ojos a lo que ves, aunque lo desees

Cuando abrí los ojos me di cuenta de que estaba sola en la cama, me volví y estiré las piernas por primera vez en tres días disfrutando de la soledad. Escuché un carraspeo, por lo visto no estaba tan sola como pensaba, me volví sorprendida hacia el sonido. Era Duncan, sentado en la única silla de la habitación, mirándome divertido.

- —¿Has dormido bien, Geneva? —preguntó.
- —Oh, sí —contesté algo avergonzada—, ¿cuánto tiempo llevas ahí?
- —Poco —contestó él simplemente.

De repente lo recordé.

- —Las sábanas —dije incorporándome rápidamente.
- —Sí, las sábanas —contestó él como si volviera a la realidad.

Me levanté y le indiqué que bajaría en un momento. Él pareció algo molesto pero no protestó. Cerró la puerta tras de sí dejándome sola.

Me levanté y me aseé con agua fría despejando mi rostro y mi mente, por lo menos lo suficiente para enfrentarme a otro largo día.

Bajé presurosa las escaleras de madera y entré en la cocina. A los niños no se los veía por ninguna parte, solo estaban madame La Marche y Duncan. Un plato con *porridge* descansaba sobre la mesa. Me senté y comí en silencio, mientras ambos me observaban. Algo ocurría, pero no sabía el qué. «¿Habría hecho algo mal anoche? ¿Habrían recibido alguna queja de los jugadores?»

Me levanté despacio y me dirigí al caldero con las sábanas, las froté con el jabón que me indicaron y luego las pasé a otro caldero con agua limpia para aclararlas, sudando y resollando al hacerlo. Vacié lo que pude de agua y las dejé allí sin saber qué hacer. Me quedé mirando a Duncan de forma interrogante, pero fue su madre quien respondió.

—Luego subirás a tenderlas, y la próxima vez tendrás más cuidado en cambiar todo el ajuar de la casa sin que nadie te lo ordene —exclamó con

algo de enfado en la voz. La verdad es que esa mujer no mostraba una sonrisa ni sujetándole los labios con palillos.

- —Está bien —dije.
- —Ven aquí —me indicó.

Yo hice lo que me pedía, creyendo que me iba a entregar algo. Sin embargo cuando estuve cerca de ella y vi su rostro maquiavélico me asusté y retrocedí un paso.

—¡Sujétala! —gritó a Duncan.

Este hizo lo que su madre le pedía y me sujetó abrazándome por detrás, dejando mis brazos inmovilizados a lo largo de mi cuerpo. Me asusté. ¿Qué iban a hacerme? Me retorcí como una anguila para deshacerme del abrazo y solo conseguí que Duncan me sujetara con más fuerza aún. Estaba asfixiándome.

—¡¿Qué va a hacer?! —exclamé gritando al ver que la mujer se acercaba con la mirada fija en mi rostro.

Lo primero que pensé es que me iba a pegar, ni siquiera se me pasó por la imaginación lo que hizo a continuación. Levantó mis faldas y noté una mano fría rozándome el muslo, rebuscando entre mis piernas. Las cerré por instinto y me revolví con fuerza.

—¡Sepárale las piernas! —rugió madame La Marche.

Duncan movió su pie para meterlo entre mis piernas cruzadas. Yo forcejeé y estuve a punto de caer de frente. En el descuido que tuve al intentar apoyarme sobre un pie, le di a Duncan el suficiente espacio para que introdujera una de sus piernas entre las mías.

La mano de su madre alcanzó el objetivo y noté su dedo frío explorando. Me erguí y junté los muslos totalmente aterrada. Me faltaba el aire por la presión de los brazos de Duncan y estaba a punto de desmayarme, aun así bajé mi rostro y en el único acto de defensa que se me ocurrió, alcancé con mi boca el antebrazo del escocés y mordí con fuerza. Duncan maldijo en gaélico pero no aflojó. Yo pataleé desesperada.

—¡Suéltala!

La orden vino de un hombre que había entrado en la cocina, una orden gritada de forma imperativa y con acento francés. Como si le hubiesen pegado un latigazo, Duncan me soltó. Yo corrí hacia el francés, que me cogió de un brazo y me puso detrás suyo, haciendo él las veces de escudo.

—Monsieur Courtois, no le esperábamos tan pronto —exclamó algo intimidada madame La Marche.

- —¡¿Qué hacíais?! —rugió el francés con una voz sorprendentemente susurrante.
- —Un hombre ha mostrado su interés por la joven, ha ofrecido mucho dinero, más que por cualquier otra. Tenía que comprobar si es virgen, muchas mienten, y eso sube el precio —respondió ella con algo de vacilación en su voz.
- —Esta joven ya ha dejado claro que no trabaja de meretriz —exclamó con furia contenida el francés.
- —Pero el hombre es un cliente importante, de los mejores que tenemos, y no deberíamos contrariarlo —explicó madame La Marche.
- —Yo pagaré la cantidad que ha ofrecido —replicó él con un brillo peligroso en sus ojos verdes.
- —Es mucho, monsieur. Además no hay más que verla, podríamos sacar mucho dinero si la tuviésemos con nosotros —contestó la bruja de la dueña de la casa.

Yo me estremecí a la espalda del francés y noté cómo se ponía rígido bajo el satén de su jubón.

Se acercó lentamente a ellos, apoyándose en el bastón, y sacó una bolsa de monedas. La abrió tirando descuidadamente sobre la mesa de la cocina las monedas, haciendo que varias de ellas rodaran y cayeran al suelo de piedra tintineando.

- —¿Es suficiente? —preguntó sabiendo que entregaba una fortuna.
- —Lo es, sí, claro que sí. —Los ojos de la mujer me recordaron al Tío Gilito, y hasta pude ver el símbolo del dinero reflejado en sus pupilas. Contuve una arcada y me eché a llorar.
- —No quiero que se vuelva a molestar a esta joven, ¿ha quedado claro?
 —preguntó con furia en su voz, esta vez sin disimulo alguno.
- —Sí, monsieur —respondió la mujer. Duncan tuvo la decencia de bajar los ojos ante la intensa mirada verde del francés.

Se volvió y se dirigió a mí, que esperaba en el descansillo de la entrada. Cerró la puerta de la cocina tras de sí.

- —¿Estás bien, *ma petite*? —preguntó con suavidad.
- —Sí, no, ¡no sé! —contesté yo hipando y abrazándome intentando contener el temblor de mi cuerpo.

Él suspiró quedamente y de repente me acogió en sus brazos. Yo apoyé mi mejilla en su pecho y lloré todavía con más ganas. Murmuró palabras en francés hasta que me calmé lo suficiente como para separarme. Estaba

avergonzada, asustada y quería salir corriendo y no volver jamás a esa casa infernal. Me sentía violada, ultrajada y humillada, aunque los intentos de madame La Marche no habían llegado demasiado lejos, gracias a la intervención de este hombre.

- —Escúchame —me dijo poniéndome frente a él—, si vuelve a ocurrirte algo parecido, o crees que estás en peligro, acude a esta dirección. —Me entregó una especie de tarjeta de visita con letra impresa negra—. Es mi casa. Allí estarás a salvo, o si no hazme llamar de alguna forma. Yo te ayudaré. No obstante no creo que vuelvan a molestarte.
 - —Gra... gracias —musité.
- —Genevie, no entiendo qué haces aquí, pero no voy a discutir tus motivos. Solo recuerda que no estás sola —susurró a mi oído. Sin decir otra palabra salió de la casa, dejando un rastro a su paso de ligero aroma floral y una corriente de aire frío que me hizo estremecer.

Me quedé unos momentos en el descansillo, dudando si salir de esa casa de una vez por todas. Pero no podía, sabía que allí estaba la respuesta y el camino a mi hogar. Me sentí frustrada y enfadada. Odiaba estar allí y a esa gente, pero esa casa era mi prisión. Levanté la vista y recé una plegaria, «por favor, Dios, si estás en algún lugar donde me escuches, sácame de aquí, por favor». Lo que yo no sabía es que se volverían a malinterpretar mis intenciones.

Duncan salió de la cocina portando una cesta y un paño en la otra. Yo me aparté hasta quedar pegada a la pared contraria.

- —No te voy a hacer daño —dijo pareciendo algo avergonzado.
- —Ya me lo has hecho —contesté yo recuperando algo de brío.
- Él profirió un sonido indescriptible y algo en gaélico que no entendí.
- —Vamos —exclamó entregándome la cesta—, necesitas salir de aquí.

Yo la cogí como defensa por si volvía a sujetarme, esta vez estaría preparada y me sentí tan furiosa que quise hacérsela tragar. Me contuve mordiéndome el labio con fastidio y salí tras él.

- —¿Adónde vamos? —pregunté una vez en la calle, sintiendo de repente el frío del exterior. Él desplegó el paño que llevaba colgado del brazo, una capa gris, y me la entregó para que me abrigara. La cogí mirándolo con desconfianza.
 - —Al mercado —respondió simplemente.

Pasamos por una casa cerrada un poco más adelante. Recordé la conversación con el médico la primera noche, en la que me había dicho que

yo no sería bienvenida en aquel lugar.

- —¿Qué es esta casa? —pregunté.
- —Una Molly House —respondió simplemente Duncan.
- —Ah, ¿y eso qué es? —volví a preguntar sintiéndome un poco tonta.
- —Una casa de citas para hombres a quienes les gustan los hombres. Esta vez Duncan se volvió a mirarme. Yo enrojecí y no dije nada más.

Mi mente seguía alterada y mi orgullo herido, pero pronto me vi envuelta en la actividad del Edimburgo del siglo XVIII, mirándolo todo con excesiva curiosidad. Duncan me observaba de soslayo, con una mirada indescifrable.

Cuando me paré mirando sorprendida y a la vez extasiada la actividad de la Royal Mile, como si se tratara de una película de época, noté que su brazo me sujetaba y tiraba de mí hacia atrás. Un golpe de líquido pardusco cayó frente a mí. ¡Mierda! Grité asustada. Una voz sobre mi cabeza me replicó.

- —Qué pensabas que era, ¿perfume? —escuché las risas alrededor y la carcajada profunda de una mujer desde la ventana de la casa.
- —Tienes que tener más cuidado. No te separes de mí —repuso Duncan pasándose la mano por el pelo y cabeceando mostrando claramente mi ineptitud.

Esta vez le hice caso. Por su gesto pude ver que no había querido hacerme daño y que no me lo haría, pero la influencia de su madre o quienquiera que fuese en realidad era demasiado intensa.

Llegamos a Grassmarket en pocos minutos, esquivando carros y personas. Allí estaban los puestos del mercado y también el promontorio de las ejecuciones, si no recordaba mal.

- —¿Qué tenemos que comprar? —le pregunté.
- —Un poco de todo —respondió él.
- —Bueno, no me has aclarado nada.
- —Sabrás qué hacer. Yo te esperaré en el Ciervo Rojo —contestó él señalándome una taberna de la esquina contraria a la plaza y huyó como hacen todos los hombres cuando se enfrentan a una mañana de compras.

Me quedé mirando los puestos sintiendo hormiguear mi cuerpo. Me había entregado una bolsa con dinero que llevaba escondida en la cinturilla de mi falda. ¿Sería capaz de hacerlo? Sonreí por primera vez esa mañana. Después de enfrentarme a los mercadillos de Chiang Mai y Chiang Rai tailandeses y Al Jalili de El Cairo, este iba a ser pan comido. Con decisión

me encaminé al primer puesto, donde se ofertaba pan recién hecho. Después de un buen rato curioseando y regateando entre los puestos, me di cuenta de que los escoceses eran gente dura de pelar, y estaba gastando más de lo que esperaba, aun así no me rendí y me dirigí a un puesto de verduras frescas. Pagué y cogí mi cesta que ya comenzaba a pesar bastante. El siguiente puesto mostraba juguetes de madera pintados con vivos colores, como cajas con puzles y muñecas toscamente diseñadas en madera y vestidas con el *arisaid* propio de las mujeres escocesas. Vacilé un momento y metí la mano en la bolsa calculando el dinero que me quedaba. Estaba así cuando noté la presencia de un hombre a mi lado. Me volví algo asustada, y me relajé cuando vi de quién se trataba.

- —Monsieur Courtois —dije.
- —Genevie, ¿ves algo que te guste? —preguntó con esa voz de barítono, grave y profunda, con leve acento francés.
- —Me gustaría comprar algo para los niños, algún pequeño juguete, un puzle quizá. No tienen nada parecido —expliqué con la mirada fija en el puesto.
 - —¿Pero? —preguntó él.
- —No sé si puedo gastar el dinero en algo así. Creo que he sacado un buen precio del resto de las compras, aun así... —no dije más, pero él lo entendió perfectamente.
- —Elige lo que creas conveniente. Lo pagaré yo —contestó con una sonrisa.
 - —No puedo aceptarlo —repuse mordiéndome un labio.
- —No es para ti, es para los niños, así que coge lo que quieras. De todas formas me hiciste ganar bastante más anoche —dijo él cogiendo una pequeña caja con un mecanismo del que, girándolo, aparecía un pequeño muñeco.
 - —¿Yo? —pregunté sorprendida.
- —Sí —contestó él sin mirarme—, contribuiste bastante en despistar a lord Collingwood. Suele ser un jugador... despiadado —explicó, señalándome discretamente el carácter del inglés. En ese momento supe quién había sido el cliente que había solicitado mis atenciones. Lo miré directamente y me sorprendió la franqueza de su mirada.

Hice un gesto de asentimiento con la cabeza y finalmente me decidí por una caja que contenía varios rompecabezas, con números y letras pintados en vivos colores. Él pagó y me lo entregó.

—Cuida de esconderlo —dijo como despedida inclinando la cabeza.

Como ya había terminado me dirigí a la taberna donde me esperaba Duncan. La plaza se había llenado y me costaba atravesar la marea de gente. Me paré en la puerta sin saber qué hacer. ¿A las mujeres les estaba permitido entrar solas en las tabernas en el siglo XVIII? No tenía ni idea. Vi a un hombre que entraba acompañado de dos mujeres y entré tras ellos, uniéndome al pequeño grupo.

Una vez dentro circundé con la mirada y vi a Duncan sentado en la mesa que daba a la plaza. Me había estado vigilando todo el tiempo. Lo supe por la mirada que me dirigió. Me apresuré y me senté en su mesa depositando la pesada cesta a nuestros pies. El olor a humanidad, a humo, a alcohol y comida hizo que me lloraran los ojos.

- —Es para los niños —expliqué.
- —Lo sé —contestó él.

Pidió al tabernero dos platos de comida y bebida, sin consultarme qué es lo que quería tomar yo. Me imaginé que tampoco habría mucha opción y desde luego ninguna carta con platos recomendados. Sin embargo descubrí con sorpresa que me sentía cómoda allí. Era el primer sitio que verdaderamente me resultaba familiar. El sonido de la gente hablando, el olor picante del tabaco de pipa mezclado con los aromas que surgían de la cocina hacía que todo resultara demasiado parecido a un pub de mi época.

Nos sirvieron dos cuencos de lo que parecía sopa con algún tropezón que no supe identificar. La olisqueé con cuidado y la probé con más cuidado aún. Estaba sabrosa y durante unos minutos nos concentramos en nuestra comida. Me serví de la jarra de agua en una taza de peltre, estaba ligeramente oscurecida y olía un poco a alcantarilla. La deseché y me serví de la jarra de cerveza.

- —¿Qué es un teléfono? —preguntó Duncan al descuido bebiendo de su jarra dejándome totalmente sorprendida.
- —No sé, ¿qué es un teléfono? —contesté con otra pregunta actuando como la gallega que era y ganando algo de tiempo para pensar. El corazón había comenzado a latir muy deprisa y temí que mi rostro le indicara que estaba ocultando algo.
- —Dímelo tú. Fue eso lo que pediste cuando te encontré. Dijiste que lo necesitabas para avisar a tu hermana.
 - -No lo recuerdo, quizá me refería a otra cosa. Como habrás podido

observar vuestro idioma no lo manejo demasiado bien, y puede que confundiera una palabra con otra —respondí enterrando mi mirada en la jarra.

Pude notar su mirada incrédula sobre mí, pero no levanté el rostro.

—¿Y tu hermana? Dijiste que vivía aquí. Sin embargo ahora no parece importarte mucho encontrarte con ella —volvió a insistir.

Me estaba interrogando. Me había traído hasta allí para que en un ambiente más relajado le dijera realmente quién era. Maldije en silencio no haberme dado cuenta de la treta. Hasta yo solía utilizarla con algún cliente excesivamente nervioso, le sonreía y le invitaba a tomar algo en la cafetería de debajo de mi despacho. Solía surtir efecto, casi siempre.

- —Es cierto que me tenía que encontrar con ella aquí, pero cuando llegué a la casa donde se hospedaba ya se había ido —respondí con cautela.
 - —Entonces ¿qué te retiene en Edimburgo y en mi casa?

Decidí mostrarme sincera, al menos algo sincera.

- —No tengo adónde ir —contesté levantando los ojos y mirándole directamente—, como ya te expliqué. Ella se ha ido y creo que lo mejor será esperarla hasta que vuelva.
 - —¿Adónde ha ido?
- —Lo desconozco. Tenía asuntos que tratar aquí, así que supuse que lo mejor sería esperarla por si aparecía. —Volví a bajar los ojos al líquido marrón.
 - —¿Vendrá a buscarte?
 - —Espero que sí —respondí deseando que fuera verdad.
 - —¿Cómo sabremos que es tu hermana?

Esta vez le sonreí de forma sincera.

- —Es fácil, somos gemelas idénticas.
- —¿Hay otra como tú? —Parecía realmente sorprendido y escandalizado.
- —Sí. ¿Por qué? —pregunté molesta.
- —Porque todo sería mucho más fácil si fueras gorda, fea y con la cara picada de viruela —dijo algo compungido.
 - —Ya, pero no lo soy.
 - —No, no lo eres —contestó en el mismo tono de antes.

Bebimos un momento de nuestras cervezas en silencio.

—¿Por qué dejas que te utilice así? —pregunté de repente. Él supo perfectamente a quién me refería y me miró con gesto de sorpresa por mi osadía verbal.

—Porque se lo debo. Podría haberse deshecho de mí como han hecho otras antes que ella, y no lo hizo. Me mantuvo a su lado. No conozco otra vida —explicó con algo de tristeza en la voz. Entendí su sumisión, era la misma que había visto en Annie y en el resto de los niños.

—Eso no debería ser suficiente —contesté yo.

Un gruñido brotó de su garganta, pero no dijo nada.

Noté su incomodidad y cambié de tema.

- —¿Es normal que haya tanta gente? —pregunté dirigiendo mi mirada hacia el exterior. El cristal era bastante opaco y estaba sucio, pero se veía toda la plaza.
 - —Los días de ejecuciones sí —respondió él.
 - —¿Van a ejecutar a alguien? —pregunté sorprendida y algo asustada.
- —Sí, ¿no ves cómo se está arremolinando la gente frente al patíbulo? Van a ahorcar a un hombre.

Lo dijo con tal tono de normalidad que a mí me recorrió un escalofrío a lo largo de la columna vertebral. Volví a dirigir mis ojos hacia la plaza observando con más atención. La gente se estaba arremolinando alrededor del patíbulo con gestos de impaciencia y expectación. Desde donde estaba, en mi refugio de la taberna, podía sentir la excitación morbosa de la muchedumbre. Sentí asco y a la vez el mismo deseo de ver con mis propios ojos la ejecución de ese hombre.

—Tenemos que irnos —dijo dejando unos peniques sobre la mesa. Se levantó cogiendo la cesta y yo lo seguí.

Cuando salimos afuera la muchedumbre nos atrapó y nos quedamos momentáneamente parados en la puerta de la taberna. El carro con el hombre que iban a ejecutar pasó justo a nuestro lado, escoltado por dragones ingleses. No pude reprimir un sentimiento de terror al ver de cerca el uniforme de mis pesadillas, sin embargo ninguno de los soldados tenía el rostro que había visto en la carretera de Culloden. Fijé mi vista al igual que todos en el hombre que iba sobre la carreta, un joven de no más de veinte años vestido con el atuendo escocés y encadenado por grilletes. Su gesto demostraba temor, pero tenía la mirada perdida en algún punto en el horizonte, como si estuviera resignado a su incierto futuro. Susurraba en silencio, seguramente estaba rezando, y me sorprendí haciéndolo yo también. Varios objetos volaban en su dirección, entre ellos una pequeña col que rebotó a nuestra espalda. No se sabía muy bien a quién iban dirigidos, si a los soldados o al hombre condenado.

Ese era verdaderamente el caldo de cultivo de la rebelión y no las reuniones de gente frente a una baraja de cartas que no tenía más que perder que un poco de dinero. Pude sentir perfectamente el odio de la gente hormigueándome sobre la piel, atrapándome y arrastrándome junto a ellos.

Estaba tan concentrada viendo cómo bajaban al hombre de la carreta junto al patíbulo que no me percaté de que otra figura se había unido a nosotros.

—Ella no debería estar aquí —dijo una voz en tono brusco con un leve acento francés.

Levanté la vista y vi a monsieur Courtois dirigiéndose a Duncan.

- —No quiero irme —exclamé sorprendida de desear verdaderamente quedarme a ver el terrible espectáculo.
 - —Es un MacKinnon —dijo Duncan.
 - —Lo sé —contestó el francés.

Ambos hombres se miraron. MacKinnon, un clan de las Highlands, donde se había fraguado la rebelión. No, más bien donde se estaba fraguando la rebelión. Pequeños e insignificantes actos como el que estaba a punto de presenciar y que nunca aparecerían en los libros de historia eran los que propiciarían la guerra.

- —¿Qué ha hecho? —pregunté. Vi que la espalda del hombre, cubierta por una camisa raída, estaba manchada de sangre, lo que indicaba que también lo habían azotado.
- —Está condenado por asesinato —contestó monsieur Courtois—, mató a un inglés. —Esto lo dijo en tono tan despectivo que lo miré con los ojos entrecerrados.

Me fijé que dos dragones arrastraban a una mujer encadenada a un cepo y la situaban junto al patíbulo. Ahogué un gemido. Yo misma, en un viaje de recreo a la isla de Malta, me había introducido en uno de aquellos instrumentos de tortura situado en la entrada de un palacete de la Orden de Malta para sacarme la consabida foto de recuerdo. Ahora podía sentir en mi propia piel el roce y el peso de la madera maciza sobre mi cuello y mis manos.

- —¿Y ella? —volví a preguntar.
- —Solo le cortarán las orejas —explicó Duncan.
- —¿Solo? —exclamé yo con la voz demasiado aguda. Bueno, comparándolo con perder la cabeza, quizá no fuera demasiado. Ahora ya no me parecía tan pintoresco y gracioso el insulto que le había dirigido

madame La Marche al vendedor de licores dos días antes.

—Adulterio y prostitución —dijo esta vez el francés.

La mujer gemía y suplicaba algo a los guardias. Me puse de puntillas. Aunque superaba la altura media, me costaba entender lo que decía.

- —¿Qué dice? —pregunté otra vez.
- —Pide agua —explicó el francés—, probablemente lleve sin beber ni probar bocado más de dos días. Es por los guardias de Tolbooth, así tienen menos que limpiar después. —Hizo una mueca de desagrado. No supe si dirigida a los guardias o al hecho en sí mismo. Tolbooth, la famosa prisión escocesa que yo no había llegado a conocer ya que se destruyó en 1817, demasiado tarde, o quizá demasiado pronto.

Sin pensármelo dos veces, me volví y entré corriendo de nuevo a la taberna, me dirigí a nuestra mesa, que seguía vacía. Las monedas habían desaparecido pero la jarra de agua estaba sobre la mesa. La cogí y serví un poco en lo que había sido mi vaso. Salí con él fuertemente agarrado entre las dos manos.

Ambos hombres me esperaban en la puerta con idénticas expresiones de enfado.

- —¿Qué haces? —espetó Duncan.
- —Voy a darle agua. Lo que le van a hacer es inhumano, y negarle un poco de agua es de seres miserables y ruines —respondí con fiereza.
- —No lo harás —dijo el francés sujetando con demasiada fuerza la cabeza de águila de su bastón y negando con la cabeza.
- —¡Oh, sí que lo voy a hacer! —contesté desafiante abriéndome camino entre la muchedumbre sudorosa y excitada.

Noté cómo el francés me seguía evitando que me tiraran al suelo. El hedor era tan insoportable que me obligué a respirar por la boca ahogando las arcadas biliosas que llegaban a mi boca.

Llegué hasta la mujer y le ofrecí el vaso sujetándoselo para que pudiera beber. Un soldado intentó impedirlo, pero monsieur Courtois lo paró. Comenzaron a llover objetos en nuestra dirección. Una piedra del tamaño de un huevo de gallina me golpeó el hombro y me volví mirando con tanto odio como ellos mostraban.

—¡Dad de beber al sediento! —les grité enfurecida—. ¿No habéis leído la Biblia? Hasta nuestro Señor al ser crucificado recibió de un soldado romano un paño empapado en hiel y vinagre para que calmara su sed.

Mis palabras recordadas de pronto de mi educación en un colegio de

monjas hicieron que los de las primeras filas retrocedieran un poco, lo que nos dio la oportunidad a monsieur Courtois y a mí de regresar junto a Duncan. Recorrí los pocos metros que nos separaban protegida por el cuerpo del francés, sintiendo los empellones y pellizcos que me daba la gente a mi paso, incluso recibí un escupitajo que aterrizó en mi mejilla y se deslizó hasta caer sobre mi camisa. Me volví con la mano en alto, en la que todavía agarraba fuertemente el vaso y lo dirigí contra la cara del que había osado utilizarme de diana. El vaso estalló en su cara rompiéndose por la fuerza del impacto y noté que gotas de sangre salpicaban por todos lados. El abrazo del francés se hizo más fuerte y me cogió casi en volandas, llevándome fuera del núcleo de lucha.

Me depositó junto a Duncan, que me sujetó de un brazo y me zarandeó con demasiada fuerza.

- —Pero ¿qué demonios has hecho? —preguntó acercando su rostro solo a unos milímetros del mío, con lo que pude oler su aliento agrio.
 - —Lo correcto —respondí soltándome de su brazo.

Monsieur Courtois me miraba fijamente con una mezcla de alivio, furia y ¿admiración? que no pude entender, mientras se recolocaba la peluca torcida y manchada por algo que parecía huevo crudo. Parecía tan fuera de lugar que por un instante tuve ganas de reír, y sofoqué una carcajada algo histérica que luchaba por salir de mi boca.

Sonaron los tambores y los tres nos volvimos a la vez. Le colocaron un saco sobre la cabeza al hombre que iban a ajusticiar y soltaron el mecanismo. Fue tan rápido que no reaccioné, mi mirada quedó prendida del cuerpo que se agitaba corcoveándose durante unos minutos demasiado largos, hasta quedar finalmente quieto.

—No se le ha partido el cuello, pobre diablo. ¡Malditos ingleses! —Era la voz suave del francés.

La muchedumbre se había silenciado, pero se escuchó un grito agudo que taladró nuestros oídos de forma espantosa. Provenía de una mujer que se acercó al cuerpo cayendo de rodillas frente a él.

- —¿Quién es?
- —Su madre. —Fue Duncan quien habló.

Ahogué un gemido sintiendo el dolor de la mujer como mío propio y aspiré fuertemente. Lo que fue un error, ya que el hedor a excrementos y orines que provenía del cadáver colgado de la cuerda me llenó las fosas nasales de tal forma que mi estómago se rebeló contra la intrusión.

Me volví y salí corriendo a una de las calles que vi casi vacías de gente. Me apoyé con ambas manos en la pared y bajé la cabeza conteniendo las arcadas.

Los dos hombres llegaron junto a mí al momento.

Había visto escenas mucho peores y bastante más terroríficas en la televisión, incluso unos días antes había visto en un telediario la escena de la lapidación de una mujer en Afganistán, pero nada me había parecido tan terrible, tan obsceno, tan macabro y tan cruel como lo que había visto esa tarde. La diferencia estribaba en que yo ahora era un personaje más de la historia, y no un mero espectador sentado cómodamente en mi sillón. No pude aguantar más la comida en mi estómago, me volví y vomité todo el contenido sobre unos zapatos de piel negra adornados por unas hebillas de plata labrada. Me sujeté desesperada a los bordes del jubón del dueño de los zapatos a punto de caerme al suelo. Todo me daba vueltas y sentía cómo la oscuridad se iba acercando rodeándolo todo con una bruma tenebrosa.

—¿Se va a desmayar? —preguntó Duncan.

Fue lo último que escuché llegando de forma amortiguada a mis oídos, a la vez que pensaba que cuando Jorge Manrique había dicho que «cualquier tiempo pasado fue mejor», estaba completamente equivocado.

Cuando desperté estaba sobre el suelo y dos pares de ojos me miraban con preocupación. Seguía en el mismo sitio. Nada había cambiado. Algo me rozó la cara y lo aparté. Abrí los ojos otra vez, era un pañuelo de lino blanco con unas iniciales bordadas. Lo cogí y me lo puse sobre la nariz aspirando el olor floral y sintiendo que volvía a la consciencia.

Intenté incorporarme y dos pares de manos me ayudaron a levantarme del todo. Me tambaleé y monsieur Courtois, el propietario del pañuelo, como deduje por su olor, me sujetó con fuerza de un brazo impidiendo que volviera a caer.

Me sacaron de allí y me llevaron con cuidado hasta el prostíbulo, ahora mi hogar. Yo no solté el pañuelo, aferrándome a él con tanta intensidad que pronto lo convertí en un guiñapo.

Me introdujeron en la cocina y Duncan me ofreció lo que parecía whisky en un vaso de cristal opaco. Lo cogí y lo bebí en dos tragos sintiendo que el fuego atravesaba mi garganta dolorida y se aposentaba como un ladrillo en mi estómago vacío. Sin embargo pronto comencé a recuperar el color y ya no tenía los miembros tan débiles. Me incliné sobre la mesa y crucé los

brazos, apoyando mi cabeza entre ellos. Comencé a llorar, primero quedamente y luego con fuertes sollozos que atravesaban mi cuerpo como lanzas. No sabía muy bien por qué lloraba, si por el hombre ahorcado, por su madre, por la mujer a la que habían cortado las orejas o por mí misma. Lo único que sabía es que no podía dejar de llorar.

Ninguno dijo nada hasta que me calmé. Erguí la cabeza y me sequé las lágrimas con el pañuelo, que dejó un rastro ligeramente perfumado.

- —Estoy bien —dije roncamente sin saber si le importaba a alguien.
- —Es la primera vez, ¿no? —preguntó el francés cogiendo el pañuelo.
- —Y espero que la última —respondí.

En ese momento entró madame La Marche, quedándose parada observando la escena. Comenzó a despotricar rebuscando entre la cesta lo que había comprado esa mañana y quejándose de lo tarde que habíamos vuelto. Tenía a los dos hombres a mi espalda, pero aun así pude notar la tensión que invadió a ambos.

Yo cogí una de las cebollas que había desperdigado sobre la mesa y un cuchillo con mango de madera que había en un lateral. Lentamente, completamente ajena a su diatriba y con excesivo cuidado quité la capa marrón y más dura que cubría el vegetal y con un golpe seco partí la cebolla por la mitad haciendo una muesca en la superficie de la mesa.

Madame La Marche cesó su discurso y me miró fijamente.

Yo levanté la mirada y me encaré a ella.

—Si vuelve a intentar tocarme como lo ha hecho esta mañana, les haré a sus dedos lo que he hecho con esta cebolla. Y tenga por seguro, señora — dije con calma y remarcando la última palabra—, que disfrutaré mucho haciéndolo.

Todos se quedaron en silencio. Me levanté tranquilamente, cogí el paquete para los niños y, sin dirigir la mirada a nadie en particular, salí y cerré la puerta a mi espalda. Ya no me importaba nada. Tenía que sobrevivir, y si para ello tenía que luchar, lo haría, ya no tenía duda.

Subí despacio a mi habitación, pero al pasar por la de la mujer convaleciente la puerta se abrió y un brazo me arrastró al interior.

Yo la miré creyendo que buscaba ayuda. Estaba vestida solo con un camisón amarillento, manchado de sangre, y la habitación olía a rancio, y a muerte. Un olor demasiado familiar. Me quedé mirándola esperando una reacción por su parte. No parecía estar demasiado enferma aunque su rostro estaba enrojecido, su piel estaba fría al contacto.

Comenzó a hablarme en francés demasiado rápido. La interrumpí.

—*Je ne parle pas français* —dije con una pronunciación horrorosa.

Ella retrocedió un paso y se me quedó mirando rascándose la barbilla con una expresión de duda brillando en sus ojos. Luego se acercó y cogió mi rostro girándolo a la luz de las velas para verlo mejor.

Volvió a hablar en francés, un poco más calmada.

Negué con la cabeza. No la entendía por mucho que se esforzara. Lo único que pude captar fue lady Arabella.

- —¿Lady Arabella? —repetí con cautela.
- —*Oui, oui!* —exclamó ella triunfante.

Le hice un gesto de asentimiento y abandoné la habitación.

¿Quién demonios era lady Arabella? Igual era alguna de las mujeres, pero no recordaba que ninguna se llamase así. Lo olvidé en cuanto entré en mi habitación.

Allí estaban los tres pequeños, les mostré el regalo y ellos lo abrieron entusiasmados. Por un momento un rayo de esperanza me iluminó. Quizá, solo quizá, no todo estuviera perdido. Mientras ellos jugaban en el suelo yo me acerqué a la ventana. Estaba oscureciendo y había comenzado a llover. Había poca gente en la calle. Me entretuve unos momentos viendo la lluvia caer, perdida en sombríos pensamientos.

Escuché la puerta de la casa cerrarse y vi salir a monsieur Courtois con paso lento acompañándose del bastón al caminar. Se había limpiado el vómito de los zapatos y se dirigió a la derecha, mirando a uno y otro lado. Yo me incliné un poco más para observar mejor. Antes de que entrara en la que Duncan me había dicho que era la Molly House, levantó la cabeza y yo en un acto reflejo me escondí entre las sombras. Sentí un pellizco dentro de mí. Hubiera jurado que a aquel hombre le gustaban las mujeres, pero nadie que yo conociera, y mucho menos en el siglo XVIII, se habría aventurado a entrar en una casa de citas para homoxesuales si no fuera completa e inexorablemente homosexual. En ello iba su honra y algo mucho más preciado, su cabeza, ya que la sodomía estaba penada con la horca. Ahora entendía por qué me había ofrecido su casa como refugio.

Cansada y algo aturdida me acosté en la cama y, observando cómo los pequeños jugaban con su rompecabezas nuevo, me quedé dormida. Fue la primera noche en la que no hubo pesadillas ni sueños, simplemente oscuridad. Las pesadillas ya las sufría por el día, era justo que la noche fuera un poco más tranquila.

Los monstruos sí que existen

Desperté envuelta en las sombras de la noche. El pequeño Alec se sujetaba a mi pelo con tal desesperación que me hizo girar la cabeza. Lloriqueaba y se abrazó a mí.

- —Chsss —susurré.
- —Monstruos —contestó él entre sueños.
- —Los monstruos no existen. Vuelve a dormir —susurré otra vez procurando que los demás no se despertaran, lo abracé y acaricié su espalda hasta que volvió a quedarse dormido.

Pero los monstruos sí que existían, en la figura de madama de prostíbulo, dragones ingleses e ingleses lascivos. Cerré los ojos con fuerza buscando desesperadamente una imagen que me tranquilizara. A mi mente no llegaron ni mi hermana, ni mi padre, ni Sergei, sino un rostro anguloso de frente ancha y cejas pobladas sobre unos intensos ojos verdes, con una nariz recta y delicada que se ensanchaba apenas al final. Y unos labios carnosos que sonreían con sinceridad, sin la hipocresía y falsedad del resto de la gente que había conocido en esta época. Sintiéndome arropada por esa imagen volví a quedarme dormida.

Sentí una mano fría golpeándome apenas la mejilla. En un duermevela, agité mi propia mano en protesta y me subí la manta hasta la barbilla. Escuché la voz de Annie que me llamaba. Abrí los ojos despacio, todavía asombrándome de que siguiera envuelta en la pesadilla que ahora era mi vida real. «¿Cuándo dejaría de asustarme al despertar?» Probablemente nunca hasta que consiguiera el tan ansiado regreso a mi mundo.

Me levanté despacio y me ajusté las cintas del corsé. El vestido ya formaba parte de mi cuerpo como una segunda piel. Ambas bajamos envueltas en el silencio de la casa al amanecer.

Desayunamos solas y una vez que terminamos, Annie me indicó con un gesto los utensilios de limpieza. Yo hice una mueca de disgusto, otro largo

día arrastrada por el suelo. Esta vez me señaló el salón. La miré extrañada, ya que anteriormente no se me había permitido entrar en la sala principal, pero me encogí de hombros y traspasé las cortinas de terciopelo rojo que hacían las veces de puerta.

Una vez dentro comprendí por qué me había dejado a mí esa sala. Parecía que había pasado un huracán. Los sillones y sillas estaban desperdigados por el suelo, algunas pequeñas mesas también, y la mesa central estaba tan llena de restos de comida y bebida que tardaría una eternidad en limpiarlo todo. Armándome de paciencia comencé la ardua tarea de organizarlo todo.

Cuando había terminado de colocar los objetos en lo que pensaba que era su sitio original y retirado los restos de la mesa llevándolos a la cocina, me paré un momento a observar con detenimiento el enorme mural pintado al óleo que presidía la sala. Había algo familiar en él, pero no conseguía recordar el qué. Me acerqué y lo observé con más atención. Se trataba del *Rapto de las Sabinas*, pero no la versión que yo recordaba del cuadro de Jacques-Louis David, sino una más libre y más libertina, por no decir obscena. Las sabinas parecían ceder a los encantos de los romanos, en vez de luchar contra su destino, se rendían ante ellos ofreciéndoles su cuerpo. Todo el mural estaba adornado por escenas sexuales, algunas bastante más explícitas que otras. Me quedé mirando fijamente a una pareja entrelazada, que se asimilaba más a una imagen del *Kamasutra* que a cualquier otra cosa que yo hubiera visto hasta el momento. Giré la cabeza hacia la derecha para ver mejor, a la vez que me acercaba un poco para analizar la imagen.

—¿Cómo conseguirán hacerlo en esa postura? —musité.

Escuché un carraspeo discreto a mi derecha y me sobresalté irguiéndome.

- —Curioso mural, ¿no? —preguntó una voz de barítono con acento francés y claramente divertido.
- —Bueno, yo no diría que curioso, más bien explícito —respondí con cautela.

Él rio llenando la habitación con un sonido claro y ronco a la vez.

—Cierto. No se parece mucho al original de Poussin. ¿Lo conoces? — preguntó con un brillo en los ojos.

Recordé la pintura de Nicolas Poussin a la que hacía referencia, que se había pintado unos cien años antes, y pertenecía al estilo realista, de líneas más sobrias que la posterior de Jacques-Louis David. Pero claro, él no podría conocer esta segunda, ya que el pintor no había nacido todavía.

- —Sí, la he visto —contesté. Él enarcó las cejas oscurecidas un tanto sorprendido. Me di cuenta del error al momento. Yo en mi tiempo la había visto en el Louvre, en el siglo XVIII no tenía ni idea de dónde podía estar. Quizás en el domicilio de algún mecenas o coleccionista particular, que él sí que conociese. Sin embargo no hizo observación alguna, lo que tranquilizó los latidos de mi corazón acelerado.
- —Siento mi comportamiento de ayer —dije cambiando de tema bruscamente, al tiempo que trataba de eludir posibles preguntas incómodas.
- —Oh, no hay problema. Los zapatos se recuperaron sin daño alguno respondió con un gesto de la mano indicando que era de poca importancia. Dado cómo vestía y el dinero que manejaba, seguro que tenía bastante más de un par y de dos de ese tipo de zapatos.

»Genevie.

Me volví hacia él.

- —¿Sí? —inquirí mirando su atractivo rostro.
- —¿Cómo estás? —dijo suavemente.

Nadie me había hecho esa pregunta en cuatro días y de repente tuve ganas de llorar otra vez y algo invisible apretó mis cuerdas vocales impidiendo por un momento que pudiera contestar.

- —Bien —dije con voz ronca.
- —No deberían permitir que las mujeres vieran las ejecuciones exclamó él.
 - —No debería haber ejecuciones —respondí yo.
- —Nunca has visto morir violentamente a un hombre. —No fue una pregunta, sino una afirmación.

Sí lo había visto, pero no de forma real, así que no contaba.

- —No, nunca, y espero no tener que volver a verlo —exclamé con algo de vehemencia.
- —Sí, pero en los tiempos que corren puede que eso no sea tan sencillo —respondió él frotándose la barbilla y levantando una pequeña nubecilla de polvo de arroz a su alrededor. Ahí me di cuenta de que no estaba demasiado familiarizado con el maquillaje. Nadie que se maquillara a diario trataría así su rostro.
 - —Sin embargo, espero poder evitarlo —dije deseando poder regresar

cuanto antes a casa.

—Te deseo suerte, *ma petite* —contestó despidiéndose con una inclinación de cabeza en un leve gesto de asentimiento.

Terminé de limpiar y salí a la cocina. Allí se encontraban las seis mujeres reunidas, algunas vestidas para salir, otras con las batas cubriendo su desnudez. Me senté con ellas a comer.

- —¿Has estado con monsieur Courtois? —me preguntó directamente una mujer morena con mirada leonina.
- —Sí, lo he visto en el salón —contesté cogiendo la cuchara y metiéndola en el guiso.
 - —¿Y qué tal es? —volvió a preguntar.
- —Oh, un hombre muy atento —respondí yo algo desconcertada metiéndome la cuchara con el guiso en la boca.

Cruzaron miradas entre ellas y alguna esbozó una pequeña sonrisa.

- —En el lecho —dijo finalmente la rubia de los tirabuzones.
- —¿En la cama? —pregunté sorprendida soltando la cuchara—, no lo sé. Eso deberíais preguntároslo vosotras. Parece ser un cliente habitual.
- —Sí, lo es, pero no ha estado con ninguna de nosotras. Tú pareces ser la única que le interesa. Estos tres días ha estado más por aquí que todo el mes anterior.
- —¿Ah, sí? —pregunté con una mezcla de escepticismo y emoción contenida.
 - —Quizá tenga el mal francés —sugirió otra.
 - —¿El mal francés? ¿Qué es eso? —inquirí curiosa.
 - —Sífilis —contestó la morena.
 - —¡Ah! —respondí yo asustada apretando mis muslos en un acto reflejo.
- —Aunque madame La Marche se cuida mucho de examinar a los clientes, siempre por un puñado de monedas más podría hacer la vista gorda —repuso otra vez la morena.
- —Calla, Grizel, no hables así delante de ella —le reprendió una pelirroja.
- —¡Bah!, ella parece tenerle la misma simpatía que nosotras —repuso encogiéndose de hombros la morena.

Yo en realidad tenía otra teoría. El hombre francés no se interesaba por ninguna de nosotras porque en realidad el género femenino no le interesaba de ninguna manera. Pero no iba a desvelar el secreto de ese hombre, el único que me había ofrecido su ayuda de forma voluntaria y sin exigir nada a cambio.

—Pues yo me dejaría hacer de todo, aunque tuviera el mal francés — dijo la morena—, ¿os habéis fijado en el cuerpo que tiene y esos ojos? ¡Hummm!

Rieron y siguieron comentando aspectos de monsieur Courtois haciendo que mi rostro enrojeciera por momentos hasta alcanzar el color de las granadas maduras.

Sin participar más en la conversación y sin ser requerida en ningún otro sitio, me levanté en silencio y abandoné la cocina para dirigirme a mi habitación. Me tumbé en la cama sin nada que hacer y al poco me quedé dormida.

Me despertó un grito agudo, un grito de auxilio. Me levanté de un salto asustada y salí al pasillo. Había anochecido y se escuchaba gente en el salón principal, pero el grito no venía de abajo, sino de la habitación de madame La Marche. Me dirigí hacia allí y pegué la oreja en la puerta. Por un momento no escuché nada, estaba a punto de retirarme cuando oí claramente la voz de Annie protestando.

Sin pensarlo dos veces, abrí la puerta y me quedé mirando la escena con una furia y sorpresa apenas contenida en mi mirada.

Lord Collingwood estaba sobre Annie, que descansaba en la cama, con el vestido levantado y sofocada. Él se había despojado de su jubón y tenía la camisa suelta y los pantalones bajados, dejando ver un trasero blanco y peludo. Contuve un gesto de asco.

—¡Apártese de ella, degenerado, es solo una niña! —grité apretando los puños a mis costados y mostrando toda la furia que sentía en mi rostro.

Él se volvió sorprendido, no había advertido mi presencia. La cabeza de Annie se volvió y me miró asustada. Se había maquillado y peinado como una de las meretrices, su rostro aniñado parecía una caricatura de sí mismo.

—¡Ah, eres tú! ¿Quieres unirte a la fiesta? —preguntó el inglés incorporándose y situándose frente a mí, mientras se subía los pantalones y los ataba a su cintura.

Por el momento había conseguido distraer su atención de la pequeña, que se acurrucó en la cama bajándose el camisón hasta los tobillos. Me pregunté si podría con él. Era un hombre de mi misma altura, pero parecía fuerte. Intenté recordar los movimientos de defensa y ataque aprendidos de mi entrenador de *kick boxing*. No me dio tiempo a pensar más.

Alargó un brazo y me atrajo hacia él. Yo me revolví y me solté lanzándole un golpe adonde supuse estaba su hígado. Él se encogió, pero no debí de golpear con suficiente fuerza ya que me agarró de pronto y me tiró al suelo, lo que me dejó aturdida por un momento. Momento que él aprovechó para caer sobre mí e inmovilizarme con su cuerpo.

—¡Qué suerte! Dos por el precio de una —susurró a mi oído. Pude oler su aliento alcohólico y aguanté la respiración asqueada.

Me retorcí e intenté salir de debajo de él, pero el vestido que llevaba impedía bastante mis movimientos. Intenté otro golpe en el costado con el puño derecho, pero él lo esquivó divertido y apretó más su cuerpo sujetándome la mano con una garra de hierro. Se frotó lascivamente sobre mí y noté su erección. Era un hombre violento y estaba borracho. Una combinación muy peligrosa.

Me liberé pataleando del peso de la falda y las sayas y le propiné una patada en la entrepierna que le hizo maldecir. No me dio tiempo suficiente a huir, su mano me abofeteó con fuerza dejándome dolorida y aturdida. Viendo que no tenía otra salida solté un grito que murió al sentir su boca húmeda sobre la mía. Yo cerré fuertemente los labios y él me mordió el inferior obligándome a abrir la boca. Noté el sabor metálico de la sangre, mi sangre, y ahogué una arcada. Manoteé otra vez intentando liberarme y su mano fue directamente a mi cuello y comenzó a apretar. Estaba asfixiándome, mis ojos veían estrellas de colores y todo comenzó a difuminarse alrededor. «Piensa, Ginebra, sobrevive y lucha.» Giré la cabeza a punto de perder el conocimiento y vi a un metro de mí, debajo de la cama, el orinal de madame La Marche. Extendí mi mano intentando alcanzarlo pero no llegaba por apenas unos centímetros. Sentí que la oscuridad amenazaba con alcanzarme y boqueé algo de oxígeno viciado infundiendo algo de fuerza a mis pulmones agotados. Unos ojos marrones asustados me observaban desde el otro lado de la cama en el suelo. Era Alec, que reptó como una lagartija, y empujó el orinal hasta mi mano. Lo cogí y con la poca fuerza que me quedaba lo estallé con fuerza sobre la cabeza de mi agresor.

Trozos de porcelana volaron en todas direcciones y bruscamente se aflojó la mano sobre mi garganta y su cuerpo quedó laxo sobre mí. Rodé hasta quedar libre y me levanté tosiendo e intentando recuperar el aliento.

Me senté y le tomé el pulso. Todavía latía pero era lento e irregular. Tenía una profunda herida en la nuca que manaba sangre como de una fuente. Cogí una pequeña colcha a cuadros que reposaba sobre la cama y la apreté haciendo presión sobre la herida.

El pequeño Alec se había materializado a mi lado. Annie seguía sobre la cama con gesto asustado.

- —¿Está muerto? —preguntó Alec.
- —Todavía no —contesté yo temblando. No sabía qué hacer. De repente recordé las palabras de monsieur Courtois.
- —¿Sabes dónde vive monsieur Courtois? —inquirí con desesperación a Alec.
 - —¿Jean-Jacques?, sí —respondió él.
 - —¿Sabrías ir a buscarlo?
 - —Sí.
 - —¿Seguro?
 - —Sí —repitió algo fastidiado por que dudara de su capacidad.
- —Dile que lo necesito. No le expliques qué ha pasado. Solo dile que necesito su ayuda y tráelo aquí lo más rápido que puedas. Y, por favor, que no te vea nadie de la casa —expliqué de forma atropellada.
 - —Lo haré —dijo desapareciendo como alma que lleva el diablo.

Me incorporé con cuidado masajeando mi cuello dolorido y me senté junto a Annie.

- —¿Te ha hecho daño? —pregunté suavemente.
- —No. ¡Sí! —corrigió echándose a llorar.

Yo me incliné sobre ella para abrazarla y recibí una fuerte bofetada por su parte.

- —¡Idiota! —gritó—, ¡lo has estropeado todo!
- —¡¿Qué?! —repuse sorprendida y disgustada posando mi mano en la mejilla.
- —Me iba a hacer una mujer, y ahora lo has matado. Lo has matado repitió como si yo no lo hubiese escuchado la primera vez.
- —Eres solo una niña —repuse yo intentando tranquilizarla y esperando que el hombre finalmente no muriera.
- —¡No! Ya sangro. Soy una mujer y él me quería a mí y no a ti. Había pagado mucho dinero y me dijo que me ayudaría a salir de aquí. ¡Lo has estropeado todo desde que llegaste! ¡Maldita seas! —exclamó con odio.

Oculté la indignación y el miedo que sentía por las consecuencias de mi acto, por intentar volver a consolarla.

—Annie, no tenías que hacer esto. Hay otros caminos —le expuse.

- —No, no los hay. No entiendes nada. Desde que llegaste he tenido mucho más trabajo. Tuve que aclarar todas las sábanas y tenderlas. Todos pensáis que no sirvo para nada más que para limpiar, pero yo soy algo más. Y tú eres idiota, hasta apagaste el fuego de la habitación del juego con la jarra de agua. ¡Eres estúpida! ¿A quién se le ocurre? No podremos volver a utilizar los troncos hasta que se sequen, y pasarán años. Madame La Marche me castigó por tu culpa. —Comenzó a llorar.
- —Sí —dije yo con una voz que no sentía como mía—, soy estúpida, completa y totalmente estúpida, ¿todo esto es por unas sábanas y un fuego? Casi mato a un hombre creyendo que te salvaba, cuando tú estabas deseando entregarte a él. Desde luego, Annie, tienes toda la razón. Soy idiota.

Bajé de la cama y comprobé la herida de lord Collingwood, seguía sangrando profusamente. Volví a aplicar presión sobre ella. Si no dejaba de sangrar moriría en cuestión de minutos. Visiones de la prisión de Tolbooth y de la horca me vinieron a la mente haciendo que mis manos temblaran sobre la herida.

En ese momento apareció monsieur Courtois en la habitación. Respiraba agitado, pero su rostro estaba tranquilo. Tomó el mando de la situación en un instante. Se acercó a lord Collingwood y comprobó su estado. Hizo una mueca que no auguraba nada bueno.

- —Annie, baja de la cama. Presiona la herida de lord Collingwood hasta que ya no sangre. Alec, busca al cirujano, con discreción. ¿Podrás hacerlo?
 —preguntó monsieur Courtois.
- —Sí, lo haré —contestó él cogiendo las monedas que le ofrecía el francés.
- —Genevie, tú vendrás conmigo. Tengo que sacarte de aquí lo más rápidamente posible —dijo cogiéndome de la mano.

Yo me arrodillé frente a Alec. Lo abracé y le susurré al oído: «Gracias, cuídate mucho, pequeño.» Me levanté y seguí al francés sin pensar en nada más.

Salimos al pasillo vacío y nos encaminamos escaleras abajo. A mitad de camino nos topamos con la mujer morena de ojos leonados que subía abrazada a un hombre en estado etílico.

—¡Vaya, española! Al final has sucumbido a los encantos del francés — dijo con malicia.

Yo no contesté, pero escondí mi rostro en el pecho de Jean-Jacques,

ocultándolo, ya que mi expresión lo debía de decir todo. Noté los latidos de su corazón a través de la tela y me aferré con más fuerza, él pasó su mano alrededor de mi cintura.

- —Bueno —contestó él con calma y algo de sorna—, he pagado mucho por ella.
- —Yo te lo haría gratis, cielo. Búscame cuando termines con esa —dijo de forma sensual.
 - —Lo haré, *chéri* —contestó él.

Una vez que pasaron me deshice de su abrazo y continuamos la huida. Salimos a la noche fría y de repente me quedé parada.

- —¿Qué ocurre? —preguntó impaciente Jean-Jacques.
- —No puedo irme de esta casa —repuse yo.
- —¿Por qué? —inquirió él mirándome fijamente.
- —Porque... No puedo explicártelo, pero no puedo irme —repuse con tristeza.
- —Mira, Genevie, si no vienes conmigo, saldrás dentro de unas horas con el alguacil directa a Tolbooth. Pero si es eso lo que deseas... —expuso de forma tranquila pero insistente.
 - —No, no, vamos —contesté sintiéndome verdaderamente asustada.

Nos deslizamos en la noche oscura. Yo me amoldé a su paso más lento debido a la cojera. Y pronto llegamos a otra casa, similar a cualquier otra de Edimburgo. Empujó la puerta, que estaba abierta, y me cogió del brazo introduciéndome dentro.

Me encontré en una especie de salón. El fuego ardía caldeando la habitación, pero aquella era la única luz de todo el espacio. Me indicó un sillón tapizado cerca de la chimenea y me pidió que esperara. Él salió disparado escaleras arriba, con una velocidad asombrosa teniendo en cuenta su cojera.

Me senté un momento en el sillón y me levanté sin poder estarme quieta. Comencé a dar vueltas por la habitación sin ningún tipo de orden, andaba y retrocedía retorciendo mis manos, que temblaban al igual que mi cuerpo entero.

«¿Qué había hecho?» Dios mío, casi había matado a un hombre. Quizá ya hubiera matado a ese hombre. Recordé la sangre que manaba de su cabeza y me abracé con fuerza reteniendo el escalofrío de terror que me invadió. Intenté pensar con calma. ¿Qué habría hecho si esto me hubiera ocurrido en mi época? Lo primero, no huir de la escena del crimen. Eso

habría supuesto otro delito añadido, la omisión de socorro. Podría aducir defensa propia o enajenación mental transitoria. La segunda opción parecía la más adecuada, dado el estado de turbación en el que me encontraba desde que llegué allí. Estaba empezando a darme cuenta de lo grave que era la situación.

Paré ante un aparador de madera labrada donde reposaba una licorera de cristal con un líquido ambarino. La abrí y olí suponiendo que fuera brandy. Era whisky. De una forma casi desesperada busqué en el armario algo que sirviese como vaso. Lo encontré en cuanto abrí la primera puerta y lo cogí sirviéndome una gran cantidad de whisky, por mí podía ser matarratas, me habría dado igual. Bebí como si en ello me fuera la vida, quería beber hasta olvidar lo que había hecho, dónde estaba y hasta quién era yo. Con el segundo vaso la habitación comenzó a tambalearse y yo a sentirme un poco mejor. Por lo menos ahora eran los objetos los que temblaban y no yo.

La puerta se abrió dejando paso a una corriente de aire frío y a un escocés alto que se frotó las manos en cuanto traspasó la puerta dirigiéndose a la chimenea. Yo me quedé un momento observándolo creyendo que era producto de mi imaginación. Cuando se sentó profirió un largo suspiro de satisfacción.

Me dirigí hacia él poniéndome en un ángulo en el que fuera visible.

- —¿Quién eres? —pregunté titubeando.
- —¿Yo? —contestó él levantándose de un salto y mirándome como si fuese un fantasma.
- —Sí, tú —insistí dirigiéndole un dedo acusador, mientras con la otra mano sostenía el vaso.
- —Hamish Stewart, a su servicio... ¡Hummm! ¿Señora? —exclamó él haciendo una pequeña reverencia.

No me tomé como un insulto la insinuación, ya que mi aspecto distaba mucho de ser el de una señora, con el vestido roto y manchado de sangre.

- —Ginebra Freire —contesté inclinando la cabeza, lo que hizo que la habitación girara como un tiovivo en una feria y yo trastabillase. Noté un brazo que me sujetaba y levanté el rostro hacia él. Era un hombre atractivo, rubio, con la cara ancha y fuerte y unos brillantes ojos azules que me miraban divertidos.
- —Y bien, Ginebra Freire —pronunció mi nombre en castellano, y yo tuve ganas de llorar, era el primero que lo hacía en días—, ¿trabajas para Jean-Jacques?

—Hummm, algo así —repuse de forma evasiva, dando un paso atrás huyendo de la mirada demasiado directa de ese hombre.

Él se volvió y se dirigió al aparador, cogió un vaso y se sirvió del mismo whisky que yo bebía. Estaba claro que era habitual en aquella casa. Escuché los golpes en las escaleras que indicaban que Jean-Jacques bajaba y ambos nos volvimos hacia allí. Si él se sorprendió de ver al escocés, no lo demostró en su gesto impertérrito, como siempre.

—Hamish, hace tres días que llegó el *Lady Arabella* —dijo algo brusco.

Puse atención. ¿*Lady Arabella*? ¿Era un barco, entonces? Era ese el mensaje de la mujer del prostíbulo. ¿Tenía que haber acudido a los muelles? Pero ¿para qué? Nada tenía sentido y la cabeza me comenzó a latir de forma alarmante.

- —Lo sé —respondió el escocés esbozando una sonrisa. Me fijé que tenía unos dientes blancos e iguales y un hoyuelo en cada mejilla.
- —No me lo expliques, ya sé dónde estabas —suspiró fuertemente Jean-Jacques con algo de reproche en su tono de voz.
- —Tenía que despedirme de ella en condiciones —contestó el escocés riendo por primera vez—, al menos durante algún tiempo —añadió entre risas—. Por lo que veo tú tampoco has estado desocupado. No es demasiado amable, pero si le limpias la mugre y le pones otro vestido, puede resultar pasable.

Me volví indignada y sorprendida por la insinuación.

—¡Pero qué...! —exclamé gritando.

Jean-Jacques se acercó a mí y me sujetó un brazo.

—Con un hombre herido ya tenemos suficiente por esta noche —susurró a mi oído, luego se volvió hacia el escocés.

»Genevie es una amiga, nos vamos de viaje. Esta noche —aclaró sin explicar nada.

—Claro, ya entiendo —dijo sorbiendo de su vaso.

Estuve a punto de decir que si lo entendía me lo explicara a mí también, porque estaba bastante perdida.

- —Y ¿adónde vais? Si se puede saber —inquirió.
- —Al norte —contestó escuetamente Jean-Jacques.
- —¡¿Qué?! —Fue el turno del escocés de sorprenderse—. No pensarás llevarla... —No terminó la frase, el francés lo interrumpió antes.
- —Sí —dijo sujetándome con más fuerza el brazo. Ambos entrelazaron sus miradas con furia, hasta podía ver cómo saltaban las chispas entre los

dos hombres.

- —Eso no desanimará al viejo —dijo finalmente el escocés.
- —Yo hago lo que quiero con mi vida. Llevo haciéndolo muchos años y no pienso cambiar ahora, por muchos planes que él tenga —repuso él con una calma que no sentía, pues yo noté la tensión de su mano.

Decidí intervenir.

- —No puedo irme —exclamé en voz demasiado alta.
- —¿Por qué no? —preguntaron los dos hombres a la vez mirándome, uno con furia en sus ojos verdes, el otro con curiosidad.
- —Porque he pensado que la mejor opción es que me entregue. No podría irme con la conciencia tranquila sabiendo lo que he hecho. Tengo que asumir las consecuencias. Quizá con una buena defensa... —No terminé la explicación.

Jean-Jacques me volteó hasta ponerme frente a él. Miró el vaso que tenía en la mano y se inclinó sobre mí olisqueando.

- —¿Estás ebria? —preguntó.
- —Lo intento, todavía no lo he conseguido del todo —dije dirigiéndome otra vez al aparador a llenar mi vaso de nuevo.
- —A Dhia! —exclamó de pronto. Me volví sorprendida y enarqué una ceja en señal de interrogación. Eso era gaélico. Lo utilizaba Sergei cuando algo le molestaba. ¿También hablaba gaélico? Pero ¿cuántos idiomas manejaba este hombre?
 - —¿Qué has hecho? —fue el escocés el que preguntó.

Yo me volví hacia él olvidando por un momento al furioso francés. Y de repente todo me pareció graciosísimo. Allí encerrada con dos hombres que apenas conocía, en un mundo que no era el mío, y completamente borracha. Una risa amarga brotó de mi garganta y una vez que lo hizo no pude parar de reír.

—¿Qué he hecho? Te lo contaré si quieres saberlo —dije hipando y riendo a la vez. Noté la mano de Jean-Jacques en el brazo instándome a mantenerme en silencio, pero ya era inútil, tenía que contarlo, tenía que hacerlo real—. He matado a un hombre con un orinal con dibujos de cisnes coronados en hilo de oro, algo terriblemente espantoso, el orinal, claro. Yo creía que estaba intentando violar a una niña, pero resulta que ella lo deseaba y yo solo lo fastidié todo, algo que llevo haciendo los cuatro días que llevo aquí, donde me han golpeado, pellizcado, escupido, manoseado, intentado violar e incluso me han comprado... —El tono de mi voz iba

subiendo decibelios hasta alcanzar las proporciones de un verdadero grito de guerra.

- —¿Y quién ha sido el idiota que te ha comprado? —preguntó el escocés inmune a toda mi diatriba.
- —Yo —fue la única respuesta de Jean-Jacques en un todo brusco y desafiante.
- —Pues espero que no pagaras mucho *mo brathair*, porque está completamente loca —repuso el escocés esbozando una mueca.

Jean-Jacques puso los ojos en blanco, y el escocés maldijo.

—Soy una asesina, una asesina —repetí riéndome como la loca que había dicho el escocés que era—, tengo que entregarme y que me ahorquen. ¡Maldita sea! Así podré acabar con todo este infierno. Noté que lágrimas ardientes me caían por las mejillas, a la vez que no podía parar de temblar y de reír a carcajadas amargas y biliosas.

El escocés no dijo nada. Me miraba con una mezcla extraña de asombro e incredulidad. Jean-Jacques me volvió y me abrazó con fuerza. Yo intenté deshacerme del abrazo, pero no pude, ese hombre era demasiado fuerte. Dejé de reír para centrar toda mi angustia en unos violentos sollozos. Estuve así unos minutos, hasta que escuché su voz susurrada a mi oído.

- —Ya te dije una vez que si estás conmigo estarás protegida. Créeme. Genevie, déjame que te saque de aquí. —Su tono era firme, no había súplica sino una orden implícita.
- —Vamos entonces —dije tristemente apartándome un poco de él—. De todas formas ya no tengo adónde ir, ni sé adónde pertenezco.
- —Le perteneces a él, Ginebra. Tú misma has dicho que te compró —dijo de pronto el escocés sobresaltándome.

Lo miré con cara de disgusto.

Él emitió un sonido escocés indescifrable.

—No pongas esa cara, muchacha, he visto destinos mucho peores — sonrió mostrando todos sus dientes.

Yo mascullé un insulto, pero lo hice en voz baja y en castellano, pero Jean-Jacques me miró entrecerrando los ojos. «¿También hablaba mi idioma?»

—Vamos. Hemos perdido ya mucho tiempo —dijo cogiéndome del brazo y arrastrándome a una puerta a nuestras espaldas. Yo todavía llevaba el vaso fuertemente agarrado en una mano. Él intentó soltarlo, yo se lo arrebaté y bebí lo que quedaba de un sorbo, atragantándome y tosiendo.

Escuché la risa del escocés a nuestras espaldas.

- —Hamish, ¿vienes o te quedas? —preguntó Jean-Jacques furioso.
- —Voy, voy —contestó el escocés dejando su vaso en el aparador—, esto no me lo perdería por nada del mundo.

Atravesamos un pequeño pasillo oscuro hasta llegar a unas cuadras, iluminadas apenas por la luz que se filtraba del exterior. El olor a estiércol y heno hizo que frunciera la nariz, molesta.

El francés dejó las alforjas en el suelo y abrió la primera puerta sacando un enorme caballo de ella. Yo retrocedí varios pasos.

- —Este será tu caballo —explicó—, se llama *Ciuin*, es muy tranquilo, si sabes llevarlo.
- —¿Y qué quieres que haga con él? —Lo miré asustándome de su tamaño.
- —Montarlo, claro está, ¿no me has entendido? —Su voz era brusca e impaciente. El escocés volvió a reír con ganas.
 - —No, no lo haré —repuse echándome otra vez hacia atrás.

Solo había montado una vez en un caballo y todavía tenía el recuerdo de aquel paseo, si es que podía llamársele así, porque apenas salí de la cuadra el caballo se encabritó y me tiró a través de una valla sobre un moral. Estuve varios días con moratones y arañazos por todo el cuerpo, quitándome las espinas clavadas en la piel y en mi orgullo herido. El profesor de equitación le dijo a mi padre que no volviera a acercarme a ningún caballo en la vida, que lo mejor que podía hacer era comprarme una moto. Después de hacer una pequeña pausa y rascarse la cabeza, hizo otra observación: una moto no, dado mi equilibrio, lo mejor sería comprarme directamente un coche. Todavía recordaba las risas de mi hermana sobresaliendo del resto de los que cursaban equitación con nosotras. Yo seguí el prudente consejo del profesor y no me volví a acercar a un caballo en la vida, a los dieciocho me saqué el carné de conducir y comprobé que se me daba mucho mejor controlar una máquina que un animal.

- —Sí que lo harás —se volvió Jean-Jacques sacándome de mi ensimismamiento y empujándome hacia la bestia gigantesca.
- —No, no sé montar, me mataría nada más salir a la calle —repuse asustada.

Él masculló una maldición y el escocés siguió riendo mientras sacaba su propio caballo.

—Irás conmigo entonces —cedió finalmente el francés. Recogió a Ciuin

en su cuadra y se dirigió dos puertas más a la derecha. La abrió y tiró de las riendas del animal más bello que yo había visto nunca. Un caballo enorme de piel negra aterciopelada y una profusa melena.

- —¿Es un caballo? —pregunté de forma estúpida.
- El francés sonrió por primera vez en toda la noche.
- —Sí, un frisón, *Allaidh* —contestó acariciando la testuz del animal susurrándole palabras ininteligibles para mí—. Vamos, te ayudaré a montar. Me acerqué algo temerosa, puse el pie en el estribo e intenté subirme sujetándome a la silla. Me tambaleé un poco por el efecto del alcohol y porque el caballo, que notaba mi nerviosismo, no paraba de agitarse. Jean-Jacques lo calmó, puso ambas manos sobre mi trasero y me empujó con tanta fuerza que casi me lanza hacia el otro lado. Aterricé de forma brusca y algo torcida sobre el caballo sujetándome con fuerza a la silla, sintiendo que todo volvía a girar alrededor. Él puso las alforjas y se subió con un rápido y grácil salto. Pasó sus manos por mi cintura y me atrajo hacia él, hasta que quedé completamente encajada entre sus piernas. Me puse en tensión, y él lo notó.
- —Tranquila, Genevie, no te caerás. Yo te sujeto. Procura mantener la calma, el caballo nota tu estado de ánimo —me susurró igual que había susurrado antes al animal.
- —Lo intentaré —dije bajando la voz e intentando que los latidos de mi corazón se ralentizaran. Sin embargo, cuando el caballo comenzó a moverse me apreté con más fuerza contra su cuerpo. Él notó mi miedo y soltó una mano de las riendas para pasarla por mi cintura. Eso me tranquilizó lo suficiente como para no hacer más movimientos bruscos, al menos de momento.
 - —¿Cómo has dicho que se llama?
- —*Allaidh*, «salvaje» sería la traducción al inglés. —Pude notar una sonrisa a mi espalda.
- —¡Joder!, eso no va a ser de mucha ayuda —exclamé sujetándome con fuerza a la silla.

Salimos a la oscura noche amparados por el frío y el único sonido de los cascos sobre el suelo empedrado. Jean-Jacques rebuscó algo a su espalda que me tendió. Era una manta escocesa.

—Tápate —me dijo en voz baja—, también la cabeza. Que nadie pueda reconocerte. Miré alrededor, no había nadie por la calle, pero hice caso de su consejo, empezaba a tener frío y la manta pronto me hizo entrar en

calor, junto con la calidez que emanaba de su cuerpo a mi espalda. Y así, tapada como una monja de clausura, emprendí mi huida de Edimburgo.

En todo camino encuentras piedras y ortigas

Salimos a campo abierto a los pocos minutos y ambos hombres golpearon levemente el costado de los caballos instándoles a apresurar la marcha. Yo me recosté sobre Jean-Jacques temiendo caer, aunque seguía fuertemente sujeta por su brazo. Seguimos por un camino totalmente a oscuras. Cómo podían saber adónde se dirigían era para mí un misterio. Yo solía perderme hasta en un centro comercial, y allí sin más ayuda que su instinto, ya ni las estrellas brillaban en el cielo, ambos sabían perfectamente adónde dirigirse. Atravesamos las Lowlands en silencio, apoyé la cabeza en el pecho de mi acompañante y me quedé dormida. Despertaba a menudo, sobresaltada por algún recuerdo amargo o por las voces de ambos hombres comentando algo o por el simple relincho de uno de los caballos. Luego volvía a sentir el abrazo de Jean-Jacques y me quedaba dormida de nuevo. No sabía muy bien por qué, pero ese hombre me transmitía confianza, como si fuera algo familiar, algo escondido en mis recuerdos, pero algo agradable y no las pesadillas que me atenazaban.

Me desperecé de nuevo y totalmente al amanecer. No brillaba el sol, pero la bruma pugnaba por desaparecer en jirones que hacían el ambiente mágico y a la vez tenebroso. Me removí inquieta. Notaba los músculos doloridos y un tirón en la pierna, que no sabía muy bien cómo colocar. Jean-Jacques notó mi molestia.

- —Tranquila, Genevie, pronto pararemos a descansar un poco, cuando estemos cerca de la frontera —me susurró en castellano. Adormilada como estaba, apenas me di cuenta de que estaba utilizando mi idioma.
- —No eres francés —exclamé de pronto sobresaltando al caballo y haciendo que Hamish, que iba el primero, se volviera inquisitivo.
- —No lo soy —respondió brevemente Jean-Jacques controlando al animal—. ¿Cómo lo sabes? —preguntó una vez que el caballo retomó su trote.

- —Porque tienes acento inglés —repuse girando mi cabeza y mirándolo directamente.
- —Cierto, tu idioma se me resiste. Aunque tampoco logro entender muy bien qué tipo de inglés hablas —respondió con algo de frustración en la voz.
- —Pero tampoco eres inglés, ¿verdad? —pregunté ignorando el comentario sobre mi pronunciación y conociendo de antemano la respuesta.
 - —No lo soy —contestó de forma escueta.
- —Eres escocés, ¿no es así? —pregunté sabiendo que estaba en lo correcto.
- —Lo soy, un montañés —respondió con voz suave mostrando por primera vez su acento. Para mis oídos mucho más agradable que el gangoso francés.
- —Ah, ¿un habitante de las tierras bárbaras del norte? —dije recurriendo a la expresión de lord Collingwood.
- —Sí. —Esta vez su tono era amable y libre, y utilizó la expresión *aye*, en vez del conocido *yes*. Yo sonreí, aunque no sabía muy bien por qué.

Recorrimos un trecho buscando un lugar donde descansar y ocultarnos del camino que habíamos seguido. Miré alrededor y me maravilló lo agreste del paisaje. Aunque de formas más suaves que las Highlands, era igual de bello. Todo estaba cubierto por retama y brezo, con algún pequeño bosquecillo de pinos, que reconocí por el olor a mi tierra. Sentí una profunda añoranza. En un recodo nos internamos en un bosquecillo apartado de los transeúntes del camino principal al norte. Por lo menos el paisaje no había cambiado mucho en casi tres siglos.

Jean-Jacques se apeó del caballo de un salto y me ayudó a bajar. Cuando toqué suelo noté la debilidad de las piernas y un profundo cansancio y me tambaleé un poco. Él me sujetó con rapidez para que no me cayera de bruces. Cuando estuve lo suficientemente estable como para andar por mí misma, me soltó y dejó al caballo pastar libremente con un ligero toque en el anca.

Hacía mucho frío, intensificado por la noche prácticamente en vela que había pasado, y me estremecí notando la falta de calor en mi espalda. Hamish estaba haciendo un fuego, recogiendo pequeñas ramas. Lo ayudé esperando que así se me pasaría el envaramiento del cuerpo. Jean-Jacques mientras tanto sacó algo para comer de las alforjas, un poco de queso y

pan. Una vez que el fuego estuvo encendido, Hamish desapareció y nosotros nos sentamos a comer nuestro escaso desayuno.

Al poco apareció otra vez con dos truchas colgando de su dedo índice. Las ensartó y se sentó a asarlas, masticando un trozo de pan y bebiendo de una botella que contenía cerveza, que nos íbamos pasando de uno a otro a medida que sentíamos sed. Me sorprendió encontrarme tan a gusto entre aquellos hombres. Había un dicho en mi tierra que decía «si pasas la noche, pasas el día». Tenía mucha razón. Entre nosotros se había instalado una especie de camaradería auspiciada por los acontecimientos y el viaje al anochecer todos juntos.

Me dieron a probar las truchas, y nunca ningún manjar me supo tan sabroso como aquel. Comí con avidez y con ganas por primera vez en días. Y pronto me entró sueño. Me recosté sobre un pequeño montículo de hojas y dejé que mi mente se evadiera.

- —¿Me puedes explicar quién es? —preguntó Hamish creyendo que yo me había dormido.
- —¡Que me aspen si lo sé! —respondió Jean-Jacques o como- quiera que se llamase.
- —Permíteme dudarlo, *mo brathair*. —Noté el tono sarcástico de Hamish.
- —Es cierto. No la conozco más que tú. Apenas sé nada de ella. Apareció de la nada hace cuatro días en casa de madame La Marche. Duncan dice que no recuerda nada, pero ni él ni yo la creemos. De todas formas habla de estos días como si su vida anterior no existiese.

Tenía razón, mi vida anterior no existía, de hecho no existiría hasta muchos años más tarde.

—Puede que sea una *selkie*. Por su cabello negro y su tez blanca tiene toda la pinta. Y esos ojos tan extraños... —opinó Hamish.

Aunque tenía los ojos cerrados pude notar ambas miradas posadas sobre mí. Aguanté la respiración sin mover un solo músculo. ¿Qué sería una selkie?

—He vivido demasiado como para creer en esas historias de niños. Aun así, esconde algo, algo que le produce terror. Y en sus ojos puedo sentir como si quisiese desaparecer, como si en realidad fuese un fantasma. No, un espíritu atrapado. Aunque a veces muestra una lógica y una valentía inusitadas en una mujer. Se enfrentó a la multitud presente en la ejecución del MacKinnon solo para darle un vaso de agua a una mujer.

—Eso solo demuestra mi teoría inicial. Que está loca. Pero ¿qué mujer no lo está?

Me pregunté con qué clase de mujeres se relacionaba para pensar así.

—No. De eso estoy seguro. No lo está. Solo necesita algo de tiempo y de confianza para ser honesta y mostrar quién es en realidad.

Sentí una punzada en el corazón. Nunca podría decir quién era sin que todos creyeran y con razón que en realidad estaba completamente loca.

- —De todas formas llevándola a casa solo estás atrayendo toda la atención del ejército inglés sobre nuestro clan. Y eso no es precisamente lo que más nos conviene ahora. El viejo se enfadará, y con razón. Siempre ha pensado que eras bastante juicioso, pero ahora creo que no lo estás demostrando. Lo mejor es que nos deshagamos de ella en la primera posada en la que paremos.
- —No lo haremos. La llevaré a casa, si en Stalker no soy bien recibido, tengo adónde acudir. Le prometí que la pondría a salvo y eso es lo que voy a hacer. —Escuché el sonido de una rama al partirse con furia.

Hamish profirió un sonido escocés indescifrable y maldijo en gaélico.

—Sigo pensando que la teoría de que es una *selkie* es la más acertada, y tú, *mo brathair*, has caído en su hechizo. —Escuché cómo se levantaba.

No hubo respuesta alguna. Sin embargo noté una mano sobre mi mejilla y abrí los ojos desperezándome como si hubiese estado dormida. Unos ojos verdes me miraron con curiosidad y suspicacia, no creyéndose del todo mi falso despertar.

—Es hora de emprender el viaje —dijo cogiéndome de la mano para ayudarme a ponerme en pie.

Subí al caballo con un quejido de dolor. Ansiaba una cama y sobre todo algo para el dolor muscular. Pero aguanté estoicamente y seguimos camino envueltos en la bruma escocesa.

Ninguno de los hombres habló durante unas horas interminables. Ya estaba todo dicho. Hamish quería deshacerse de mí y el que me llevaba en su caballo no. Tenía claro de quién tenía que mantenerme alejada, y de quién bastante cerca.

Cruzamos la frontera, una línea inexistente que se mostraba como un pequeño muro de piedra derruido, restos de una muralla romana. Una cruz celta coronaba el paso. Ambos hombres se santiguaron e inclinaron la cabeza con respeto. Estábamos en las Highlands. El paisaje cambió, pero no demasiado. Era más agreste, más salvaje, coronado por colinas

interminables y formaciones rocosas amenazantes. El sol no había hecho acto de presencia en todo el día, lo que propiciaba un ambiente grisáceo y brumoso. Apenas nos cruzamos con ningún otro transeúnte. Yo iba tapada con la manta y no dejaba ver mi rostro. Aunque alguno observaba con curiosidad nuestro pequeño grupo, nadie decía nada. Al menos nada que yo entendiese, ya que aquí el idioma escocés era bastante más cerrado y difícil de entender. Eso cuando no hablaban en gaélico, que era lo frecuente. Entonces, por más que me esforzase, no entendía una palabra. Mi acompañante hacía lo mismo que yo, ignoraba el idioma como si no lo conociese y dejaba a Hamish contestar y conversar con los lugareños, aunque permanecía alerta a cualquier cambio de actitud.

Entramos en una pequeña aldea de nombre impronunciable y paramos en lo que parecía una posada. Algunos hombres vestidos al modo tradicional de las Highlands estaban en el exterior conversando. Todos portaban armas de fuego y espadones. Callaron en cuanto paramos y nos observaron con curiosidad. Yo me puse tensa al instante. Si los dragones me intimidaban, esos hombres no me daban menos miedo. Eran guerreros, y ya no me parecía todo como sacado de un decorado de película. Las espadas y las armas de fuego, más largas que mi antebrazo, me produjeron un terror indescriptible. Noté que el brazo de mi acompañante se cerraba con más intensidad sobre mi cintura hasta casi cortarme la circulación. No obstante me sentí protegida y me calmé lo suficiente como para poder bajar del caballo como si aquello fuese algo que hacía todos los días. Seguía con la manta sobre la cabeza, tapando la mitad de mi rostro, aun así todas las miradas se dirigieron hacia mí como si fuese la primera vez que veían una mujer en su vida.

—Son MacGregor. No tienes nada que temer —me susurró Jean-Jacques.

Ese nombre a mí no me decía nada, salvo por el ladrón conocido como Rob Roy del que se hizo una película, pero confié en su palabra.

Entramos al oscuro establecimiento. Estaba tranquilo, era media tarde y apenas había nadie dentro. El dueño, un hombre gordo y sudoroso nos salió al encuentro.

Hamish negoció dos habitaciones. Explicó que viajaba con un amigo y su esposa. Yo fui a protestar y noté el brazo que me apretaba la cintura instándome a callar. Me mordí la lengua y agaché la cabeza.

Subimos en silencio por una escalera de madera torcida y sucia. El

tabernero nos abrió la primera habitación, diciendo que era la mejor de toda la casa. Yo miré en derredor, si esa era la mejor, no quería imaginarme cuál sería la peor. Solo había una cama, apenas lo suficientemente ancha como para que cupiese un cuerpo doblado, y dos sillas de madera. Por lo menos el fuego estaba encendido, y me acerqué a él extendiendo las manos. El suelo estaba sucio y en la colcha podían verse manchas sin identificar. Pero me volví a morder la lengua y callé. Mi aspecto era igual de sucio y ajado que aquella posada, así que...

Cuando se cerró la puerta, me volví hacia Jean-Jacques.

—¿Cómo te llamas? —pregunté.

Él enarcó una ceja como toda respuesta.

—Si eres mi marido, por lo menos debería conocer tu nombre —expuse con calma.

Noté cómo la comisura de su boca se curvaba levemente.

—Connor —dijo simplemente.

El nombre me sonaba de algo, y además algo relacionado con Escocia. Le puse rostro y di un respingo. Connor MacLeod, el protagonista de *Los inmortales*. Sentí ganas de reír. Lo que me faltaba, los giros de mi aventura me estaban mareando.

- —Bueno, Connor, ¿podría bañarme? —pregunté.
- —Buscaré una bañera, aunque no te prometo nada —dijo saliendo de la habitación.

Me senté en la cama a esperar y a punto estaba de quedarme dormida de agotamiento cuando la puerta se abrió de repente y entraron dos hombres portando una bañera de madera pequeña, que depositaron en el centro de la habitación. Salieron sin decir nada y volvieron a entrar una y otra vez cargando pesados cubos de agua caliente hasta que estuvo llena hasta casi el borde. Finalmente entró Connor.

—Me ha costado una pequeña fortuna, así que espero que la aproveches. También necesitarás esto —dijo entregándome un peine de madera, una pequeña onza de jabón que olía a lilas y un paño de lino amarillento. Yo me mordí el labio aguantando una sonrisa, el extravagante francés estaba comenzando a desaparecer por momentos y el escocés tacaño hacía su aparición. O, como diría Sergei, «de nuestra prudencia hacemos nuestra virtud».

—Estaré abajo. Luego te subiré algo de comida —dijo cerrando la puerta tras de sí.

Me desnudé con calma, más que nada porque cada movimiento me costaba un agudo dolor de músculos que ni siquiera sabía que tuviese. Me metí en la bañera y al instante me relajé en el agua caliente. Me lavé el pelo y me froté todo el cuerpo con fuerza intentando que desapareciera todo el rastro de la mugre y el polvo acumulados. Finalmente me levanté dejando que el agua se deslizase por mi cuerpo y me sequé con el paño de lino.

Luego en un impulso metí mi vestido en la bañera y lo lavé. Me sentí por primera vez en cinco días verdaderamente limpia. Me senté en el borde de la cama y comencé la ardua tarea de desenredarme el pelo.

Llamaron a la puerta y, sin esperar respuesta, Connor asomó la cabeza, todavía con la peluca puesta. Me pregunté cuándo se desharía de su disfraz. En las Highlands llamaba más la atención que yo. Llevaba en sus manos una pequeña bandeja con un plato de guiso humeante y una jarra de agua.

Se paró y se me quedó mirando fijamente. Noté cómo tragaba saliva y la nuez de Adán se movió profusamente a lo largo de su musculoso cuello. Yo lo miré interrogante. «¿Qué ocurría?» Bajé la vista adonde se dirigía su mirada y me sentí completamente desnuda, aunque llevaba un paño lo suficientemente grande como para tapar mi cuerpo del pecho hasta media pierna. Obviamente, aunque apropiado en mi época, allí eso era algo totalmente indecoroso. Me volví rápida, arranqué la colcha de la cama y me la puse por los hombros. Él pareció relajarse y se acercó unos pasos depositando la bandeja a mi lado, sobre la cama.

- —¿Has disfrutado? —preguntó con una sonrisa. Volvía a ser él mismo, quienquiera que fuese en realidad.
- —Mucho —lo dije sinceramente, mientras cogía la cuchara y comenzaba a comer del guiso. No me había dado cuenta del hambre que tenía hasta que llegó el olor delicioso de la carne estofada a mi nariz.

Se acercó a la cama mientras me observaba comer y cogió los objetos que yo llevaba en el bolsillo del vestido y que había vaciado antes de sumergirlo en la bañera.

—Todas mis posesiones. Por lo que ves no soy rica —contesté masticando un poco de pan.

Solo tenía tres cosas, el penique que me dio el médico el primer día, su tarjeta de visita y el cuchillo que no sabía cómo había aparecido en mi bolsillo. Él tenía el cuchillo en la mano y lo miraba con curiosidad.

—¿Es tuyo? —preguntó.

- —Supongo. Estaba en el vestido. Es solo un cuchillo —aclaré sabiendo que como explicación era bastante escasa.
- —No es un cuchillo. Es un abrecartas —señaló—, y además tiene un escudo grabado.
 - —¿Ah sí? —pregunté sin demasiado interés.
- —Sí, un escudo francés —contestó acercando el abrecartas a mi rostro. Lo miré con atención. Cinco flores de lis y un león rampante en el centro.
- —¿Cómo sabes que es francés? —Yo había visto varios escudos españoles que también tenían esos símbolos.
 - —Porque lo he visto antes.
 - —¿Dónde? —pregunté con curiosidad.
- —En Francia —respondió con cautela. Estaba claro que no quería dar más información, o que creía que yo le ocultaba la procedencia del abrecartas.
 - »¿Lo has robado? —preguntó entrecerrando los ojos.
- —¿Qué? —contesté molesta porque me creyera capaz de robar—, no, simplemente estaba en el bolsillo. No sé a quién pertenece, si lo supiera se lo devolvería.
- —Es de plata maciza. Puede que no seas rica, pero esto —dijo dejándolo en la palma de la mano— vale bastante dinero.
 - —No lo sabía —contesté, sincera.
- Él me observó con algo de desconfianza brillando en sus ojos verdes, pero no pareció ver nada que le indicara que yo mentía.
- —Está bien —dijo con un suspiro dejando el abrecartas a mi lado. Se acercó a la bañera y probó el agua. Todavía tenía que estar templada. Comenzó a quitarse el jubón y sacó la camisa del pantalón de seda.
 - —¿Qué haces? —le pregunté en un tono demasiado agudo.
- —Yo también necesito un baño —dijo volviéndose para quedarse frente a mí, mientras se desabrochaba los lazos de su pantalón.
 - —¡Joder! —exclamé en voz alta y me volví a mirar a otro lado.

Escuché su risa fuerte y profunda.

- —Tranquila, Genevie, estoy demasiado cansado para intentar nada. Puedes dormir tranquila o, si lo prefieres, podemos conversar mientras me baño —sugirió mientras yo veía caer la camisa con el rabillo del ojo.
 - —¿Dónde vas a dormir? —pregunté de repente asustada.
 - —En la cama, ¿dónde si no?
 - —En el suelo —sugerí.

Suspiró fuertemente.

- —Genevie, hemos entrado aquí como marido y mujer, y...
- —Me da lo mismo. Si tú no duermes en el suelo lo haré yo —contesté bruscamente. Me sorprendí de ser tan mojigata, aunque mi reputación ya hubiese quedado por los suelos.

Escuché cómo entraba con fuerza en la bañera salpicándolo todo.

—Puedes dormir tranquila, yo buscaré otro sitio —dijo finalmente con un tono tan comedido que me recordó a los depredadores. Empezaba a darme cuenta de que Connor cuanto más suave hablaba, más enfadado estaba.

Yo no contesté. Me arrebujé más en la toalla de lino y, dejando la bandeja de comida en el suelo, me metí en la cama, sin dirigir ni una sola mirada al hombre desnudo metido en la bañera. Hice un esfuerzo por mantenerme despierta, pero sin llegar a contar hasta cinco, ya estaba profundamente dormida, con el abrecartas fuertemente agarrado en la mano oculta bajo la almohada.

Cuando desperté al amanecer estaba sola en la habitación. Sentí frío y me arropé un poco más. De repente un pensamiento se filtró en mi mente. «¿Me habrían dejado abandonada allí como pretendía Hamish?» Me levanté de un salto frotando mi piel de gallina y corrí hacia el vestido. Estaba prácticamente seco. Me vestí deprisa desechando el corsé, ya estaba harta de varillas, me cepillé un poco el pelo y bajé las escaleras corriendo, temiendo que ya se hubieran ido.

Me paré en el salón. Solo había un hombre sentado en una mesa, comiendo algo de fiambre y pan y bebiendo de una jarra. Vi su cabello rubio ondulado y dejé escapar un suspiro de alivio. Me acerqué recuperando el ritmo normal de mis latidos.

- —Buenos días, Hamish —saludé sentándome frente a él.
- Él levantó la vista y me miró con ojos divertidos. Unos ojos verdes brillantes.
- A Dhia! dije utilizando la única expresión que conocía en gaélico ¿Connor?
- —Sí, buenos días a ti también, Genevie —contestó mostrando su amplia sonrisa.
- —Eres rubio —señalé. Siempre había creído que era moreno, o por lo menos castaño, o incluso que estuviera calvo y por eso ocultaba su cabeza bajo una peluca.

- —Lo soy —contestó sorprendido.
- —Y tienes pelo. —Lo miré con ojos abiertos.
- —Sí, por todo el cuerpo además. —Su sonrisa se hizo más amplia al notar mi turbación.

Si vestido de caballero ya era un hombre atractivo, con el atuendo escocés estaba impresionante. Su rostro libre de maquillaje tenía un color suavemente dorado, sus cejas al no estar oscurecidas hacían que sus ojos fueran menos agresivos, pero igualmente hermosos, y la barba sin afeitar desde hacía dos días le daba un aspecto peligroso y algo salvaje. Me estremecí sin poder evitarlo. Sus músculos se marcaban bajo la tela de la camisa de lino blanco, libres de las ataduras del satén y de los lazos. Había dejado sobre una silla a su lado un espadón y un pequeño escudo de madera con puntas metálicas. Me asomé un poco sin poder evitarlo y observé que prendido al cinturón de su *kilt* asomaba la culata de una pistola. Recorrí con la mirada sus piernas fuertes y cubiertas por suave pelo rubio hasta las medias, donde escondía una daga con empuñadura de nácar. Sobre el pecho ancho cruzaba la tela escocesa prendida por un broche de plata redondo con una esmeralda en uno de los extremos. La camisa estaba suelta en el cuello, dejando ver una pequeña mata de pelo rubio, un poco más oscuro que su cabello, que iba desde el rubio color trigo hasta el rubio albino. Lo llevaba suelto sobre los hombros, sin recoger en la nuca, al igual que Hamish, como si allí por fin se sintiera libre.

Connor me observaba en silencio mientras yo lo escrutaba de arriba abajo sin disimulo alguno.

—¿Ves algo que te guste? —preguntó como aquella vez en Grassmarket. Enrojecí de repente y agaché la cabeza cogiendo una miga de pan que había saltado del plato de madera.

—Hummm —contesté—, pareces otra persona completamente diferente. Estoy... un poco desconcertada.

En verdad no sabía si permanecer a su lado o salir corriendo y no parar hasta Edimburgo, aunque no supiera en qué dirección.

El sonido de su risa franca y sincera llenó la sala, sobresaltándome.

- —La mayoría de las veces, a mí me pasa contigo —dijo cogiéndome por la barbilla y obligándome a mirarlo.
 - —Pues soy lo que ves. No hay nada más —repuse algo avergonzada.
 - —Eso lo dudo —respondió él haciendo su mirada más brillante.

Hamish se había acercado sin que yo me diera cuenta, más interesada en

Connor que en lo que me rodeaba.

—Ginebra —exclamó cuando estuvo a un paso de mí.

Yo levanté la vista y le sonreí ante su mirada intensa.

- —Pareces, no sé... —paró un momento buscando la palabra adecuada y yo le sonreí otra vez alentándole—, limpia, eso es —dijo finalmente, riendo y consiguiendo que Connor esbozase ligeramente una sonrisa al ver mi cara de enfado.
 - —Idiota —contesté en mi idioma mirándolo con furia.
 - —¿Qué ha dicho? —preguntó a Connor.
- —Mejor que no lo sepas —contestó este frunciendo los labios, pero con un brillo en los ojos.

Desayunamos en amigable silencio y emprendimos otra vez camino hacia el norte. El día era despejado, pero no sabía si duraría mucho, nubes negras avanzaban hacia nosotros a una velocidad alarmante cargadas de agua. En cualquier momento podría llover, o quizá no, dependería del capricho del viento. Sucedía lo mismo en mi tierra, Galicia, que en un mismo día podías tener las cuatro estaciones. Ya no me sentía tan inexperta sobre el caballo y me di cuenta al cabo de un rato de que no estaba sujetando la silla de montar sino que había dejado una mano posada sobre una de las piernas de Connor. Si él se había dado cuenta o le molestaba, no lo mencionó.

El camino se ensanchó y podíamos ir juntos al trote.

—Si sois del mismo clan, ¿por qué no lleváis el mismo tartán? — pregunté notando la diferencia en el diseño de los cuadros. El de Connor tenía una base verde intenso sobre cuadros rojos y en el de Hamish en cambio predominaba el rojo y el azul.

Noté la tensión en la mano de Connor, que cerró el puño sobre las riendas.

—Connor hizo el juramento del clan de su madre —respondió Hamish volviendo la cabeza hacia mí.

Ambos parecían incómodos, pero yo estaba deseando saber más.

- —¿Sois familia? Os parecéis bastante.
- —Somos hermanos —contestó Connor a mi espalda.
- —¿Hermanos? —pregunté sorprendida—, ¿y quién es el mayor? Parecían de la misma edad. Más o menos unos treinta años.
- —Ninguno, nacimos el mismo día. El trece de agosto de mil setecientos catorce —fue el turno de Hamish de contestar.

- —¿Mellizos? —pregunté notando un escalofrío al escuchar la fecha, tan lejana, tan real. No se parecían tanto para ser gemelos.
 - —No —respondió Connor bruscamente.
 - —Ah, ¿no?, y entonces...
- —Soy un bastardo —contestó Connor. Noté como todo su cuerpo se ponía tenso, y cómo Hamish le dirigía una mirada entre divertida y precavida.
- —¿Bastardo? —pregunté sin comprender—. ¡Ah! ¡Hummm!, ya entiendo, lo siento —dije disculpándome. Era un tema delicado, lo notaba por la forma de respirar de Connor.
 - —Y tú, Ginebra —exclamó de pronto Hamish—, ¿tienes familia?

Era una pregunta directa, y me arrepentí de haber sido tan curiosa antes. Estuve a punto de contestar que no tenía a nadie, pero recordé que a Duncan le había hablado de mi hermana. No podía saber si Connor lo sabía, pero si volvía a mentir, solo aumentaría las sospechas que tenían sobre mí. Dándome cuenta de que estaba tejiendo una tela de araña en la que iba a acabar atrapada, decidí ser sincera.

- —Mi madre murió hace años, cuando yo era una niña. Mi padre se volvió a casar. Y tengo una hermana gemela.
- —¿Gemela? —fue el turno de Hamish de sorprenderse. No noté ningún cambio en Connor, él ya sabía de la existencia de mi hermana.
 - —Sí, gemelas idénticas —respondí brevemente.
 - —¿Y dónde está tu familia? —preguntó Connor.
- —No lo sé —respondí. Esta vez fui yo la que me puse en tensión y él lo notó. No insistió. Mi familia probablemente ahora estaría buscándome desesperadamente por toda Escocia, pero era obvio que no me iban a encontrar.
- —¿Y cómo es eso? ¿Se han volatilizado acaso? —inquirió Hamish con un deje incrédulo en la voz.
- —No. Simplemente no lo recuerdo. —Me estaba dando cuenta de que la versión del golpe en la cabeza y la amnesia hacía aguas por todas partes, dado que había hablado de mi familia como si la recordase perfectamente.
- —¿Queda mucho para llegar adonde quiera que vayamos? —pregunté cambiando bruscamente de tema.
- —Apenas dos días —respondió Connor—. ¿Estás cansada? Puedes recostarte e intentar dormir —sugirió.

Lo hice, me acomodé en su pecho como si ese fuera mi lugar en la vida.

- —¿No llevas corsé? —susurró roncamente a mi oído Connor.
- —No, no lo soportaba.

Connor maldijo algo en gaélico que no entendí, pero se acomodó mejor para que yo descansara sobre su pecho. Su mano volvió a rodear mi cintura, ya libre de la cárcel de varillas, y me quedé dormida.

Desperté al poco rato, pero no vi a Hamish.

- —¿Dónde está tu hermano? —pregunté sobresaltando a Connor y de paso al caballo, que se encabritó.
- —Se ha adelantado, vamos a pasar por las tierras de los Campbell, y debemos ser precavidos —respondió tirando de las riendas y musitando en gaélico para calmar al caballo.

Ese nombre sí me era familiar, por los relatos de Sergei.

- —¿El conde de Argyll?
- —Sí, ¿lo conoces? —Su tono volvía a ser suspicaz.
- —He oído hablar de él, pero no tengo el placer —contesté.
- —No hay ningún placer en conocer al conde ni a ninguno de los Campbell —respondió Connor bruscamente.

Dirigió el caballo hacia un pequeño recodo del camino y se deslizó del caballo con un pequeño salto, ayudándome a bajar a mí, ya que todavía esa maña en concreto no la manejaba demasiado bien.

—Pararemos aquí un momento a descansar. Estira las piernas. Te vendrá bien. Esta noche acamparemos al raso, no es conveniente acercarse a ninguna población.

Anduve un poco estirando las piernas y pronto necesité un lugar más privado debido a la cantidad de cerveza que había bebido en el desayuno. Me alejé con disimulo y Connor me siguió con la mirada adivinando mis intenciones.

Otra de las cosas que más añoraba eran los inodoros, pero haciendo una mueca, me sujeté el vestido y me agaché como las niñas. Sin tener nada con lo que secarme, miré alrededor y vi una planta con hojas lo suficientemente grandes cubiertas con una fina pelusilla. Eso tendría que ser suficiente.

Volví donde esperaba Connor. En el poco tiempo que había estado alejada se las había ingeniado para cazar un conejo, lo estaba despellejando y ya había encendido un pequeño fuego.

—Tu cojera es parte del disfraz, ¿no? —pregunté acordándome del bastón con empuñadura de plata.

—Sí, los hombres tienden a infravalorar a un hombre inválido, lo que me da bastante ventaja, por lo menos en un enfrentamiento cara a cara — explicó.

Comimos y al poco tuvimos que emprender camino otra vez. Yo ya notaba mi trasero completamente insensible y seguro que tenía cardenales a lo largo de la parte interior de mis muslos. Pero no opuse resistencia cuando me ayudó a subir otra vez al inmenso caballo.

Al poco comencé a notar la incomodidad, y me removí inquieta.

- —¿Qué te ocurre? Parece que te ha picado una avispa en el trasero dijo con voz estrangulada.
- —No lo sé. Tengo que bajar. Creo que tengo algo... —dejé la frase sin terminar.

Aterricé justo al lado de una de las plantas que había utilizado como papel higiénico. Connor me observaba con curiosidad mal disimulada mientras yo saltaba de un lado para otro, notando el escozor en mi entrepierna.

- —¿Qué es esto? —dije señalando la planta.
- —Una ortiga —respondió él. Luego abrió los ojos y la comisura de su boca se torció levemente.
 - —¿¡Una ortiga!? —casi grité yo.
 - —¿No habrás utilizado eso como...?
- —Sí, lo he hecho. ¡Maldita sea! ¡Mierda! ¡Por los dioses del Olimpo! Y ahora ¿qué hago? —Estaba roja como un tomate, pero presentía que otra zona de mi cuerpo estaba más roja todavía. Daba saltitos de un lado a otro reprimiendo las ganas de rascarme sin ningún pudor.

Observé que Connor estaba a punto de reír.

- —Como te rías te doy —me encaré a él.
- —¿Con qué? ¿Me vas a azotar con la ortiga? —Ahora rio abiertamente doblándose sobre sí mismo.

Me quedé un momento sin saber qué hacer ni qué decir, aparte de golpearlo en la cabeza, y él tomó como siempre las riendas del asunto.

- —Vamos. —Me agarró por un brazo y me llevó trastabillando y resbalando a través de las piedras que asomaban entre el brezo hasta un pequeño arroyo.
 - —Métete —dijo.
 - —Ni loca, ¿tú sabes el frío que hace?
 - —Lo sé, pero también sé que estarás peor si no lo haces. Así que por una

vez obedece. No tenemos todo el día. —Se volvió con recato y esperó con los brazos cruzados.

Yo me quité los zapatos de cuero marrón y me interné poco a poco en el frío río notando cómo se me cortaba la circulación. Recogí mis faldas y cuando el agua me llegaba hasta la rodilla, aguanté la respiración y... salí corriendo en dirección contraria lo más rápidamente que pude. Solo pude dar tres pasos antes de sentir un brazo duro como el acero que me rodeó la cintura, el dueño de ese brazo me volvió y, alzándome, me levantó otra vez las faldas y me sentó sobre una piedra con brusquedad, entonces noté el agua helada en mis partes más sensibles, lo que hizo que me quedara quieta como una estatua de sal. Ahogué un grito y lancé un montón de improperios, hasta que sentí que el frío adormecía el escozor. Connor se reía a mandíbula batiente observándome.

- —Nunca has estado mucho tiempo en el campo. —No era una pregunta, era una afirmación.
 - —No —exclamé con furia contenida.
 - —Pues vas a tener que aprender muchas cosas, Genevie.
 - —¿Como qué?
- —Como que... las ortigas pueden ser un arma muy peligrosa si no las sabes utilizar convenientemente —contestó riéndose otra vez.

Yo mascullé un insulto y lo miré furiosa.

Cuando estuve fuera, Connor me tendió otra planta que escurría un líquido blanquecino. No tenía ni idea de lo que era, pero la cogí y haciéndole un gesto de que se volviera me lo extendí en las partes enrojecidas sintiendo al instante que calmaba el picor.

- —¿Nadie te ha dicho nunca que hablas peor que un marinero de las Hébridas? En mi vida había oído tal cantidad de improperios y pronunciados en tantos idiomas —exclamó dándome la espalda.
- —¡Ach! —exclamé furiosa conmigo misma—, no me provoques que todavía me quedan muchos más en la recámara.

Él rio.

- —Procura contenerte, Genevie, eso solo te hace parecer más extraña de lo que ya eres. —Su tono sonó de advertencia.
- —Lo intentaré —contesté sintiendo unos enormes deseos de llorar otra vez por mi estupidez. Pero esta vez logré controlar las lágrimas furiosas, que me tragué junto con mi orgullo y mi vergüenza.

Seguimos camino tranquilos, salvo algún pequeño respingo que yo daba

sobre la montura y alguna risa contenida de él a mi espalda. Ya me había dado cuenta de que habíamos abandonado el camino principal para ir campo a través. Connor se mantenía alerta a cualquier sonido o cambio en el paisaje. Lo notaba inquieto y eso hacía que yo también lo estuviera.

- —¿Estamos en peligro? —susurré como si alguien nos estuviera escuchando. El bosque se hacía más profundo y resultaba difícil transitar, aunque Connor parecía saber perfectamente por dónde ir.
- —Si no nos encontramos con algún grupo de Campbells no —susurró a su vez.
 - —¿Qué ocurre con ese clan?
- —Últimamente ha habido algunas escaramuzas sin importancia entre nosotros. Ellos me conocen, no tengo ganas de enfrentarme a ellos, solo y sin ningún apoyo.
- —Gracias por confiar tanto en mí —exclamé un poco más alto algo enfadada.

Un gruñido brotó de su pecho reverberando hasta morir en su garganta.

—Los escoceses están acostumbrados a luchar, Genevie, no sería tan sencillo como asestar un golpe a un inglés desprevenido.

Yo callé. No me gustaba recordar ese episodio, ni tampoco enfrentarme a un grupo de escoceses furiosos.

- —¿Crees que habrá muerto? —pregunté pensando en lord Collingwood.
- —Espero que no. Por nuestro bien.

Me mantuve en silencio, y agradecí que él se incluyera asumiendo parte de culpa, cuando en realidad no había hecho nada más que evitar un mal mayor.

Al anochecer encontramos una pequeña choza abandonada, como las que según me explicó Connor solían utilizar para resguardar el ganado en invierno. Cuando desatrancamos la puerta de madera, el olor a sus antiguos ocupantes me hizo retroceder.

- —¿Vamos a dormir aquí? —pregunté con reparo.
- —Sí. Necesitamos un refugio. Esta noche lloverá. Si nos quedamos fuera nos congelaremos. Yo estoy acostumbrado a este clima, pero tú no.
- —Yo también —contesté—. Soy gallega, Connor, el clima de mi tierra es muy parecido a este. —Aunque, claro, silencié que no había pasado una noche a la intemperie en toda mi vida.
 - —¿Ah sí? —preguntó sorprendido—, ¿de dónde?
 - —Santiago de Compostela —contesté sin más explicación, mi ciudad

era de sobra conocida por el peregrinaje al santo.

- —Vaya —dijo rascándose la barbilla donde le crecía una suave barba rubia—, eso explica algunas cosas.
 - —¿Como qué? —inquirí curiosa.
- —Tu aspecto de diosa nórdica. —Hizo caso omiso de mi expresión incrédula y continuó pasando un dedo por mi rostro—. Eres demasiado alta para lo normal en una mujer, tu rostro es altivo, tus pómulos, marcados como los eslavos y tus ojos rasgados miran directamente a los ojos. Empiezo a creer que la teoría de Hamish no era la correcta, no eres una selkie, eres una valquiria. Los vikingos también llegaron a esas costas. Terminó la explicación con una sonrisa. ¿Vikingos? ¿Y me lo decía él, que parecía la reencarnación del mismísimo Thor?
- —Pues tranquilo —le contesté ocultando mi turbación ante su atento escrutinio—, si mueres en batalla te llevaré al Valhalla, si ese es mi destino.

Su rostro se ensombreció de repente.

—Tal vez no sea tu destino, mi querida Freya, pero es probable que sí sea el mío.

Estuve a punto de descubrirme y contarle lo que sabía del Levantamiento, pero no me atreví. Todavía no, aunque su rostro, por lo general amable y tranquilo, se había vuelto pétreo y serio.

- —Voy a intentar cazar algo para la cena. Espera aquí y enciende fuego antes de que anochezca del todo. —Noté que deseaba separarse de mí y no entendí muy bien el porqué.
 - —No sé encender un fuego —contesté simplemente.

Él se agachó con un suspiro y prendió dos ramitas con el pedernal, con tal facilidad que me dejó pasmada. Yo sin un mechero a mano o una cerilla no sabría ni cómo empezar, incluso con ellos dudaba mucho de mi capacidad para encender algo más grande que un cigarro.

Connor se alejó y me dejó al cargo del magro fuego que no daba ni suficiente luz ni suficiente calor, pero era más que nada. Dolorida, hice un esfuerzo por levantarme del suelo, donde me había sentado después del largo día sobre el caballo. Como no estaba acostumbrada a pasar tantas horas encima de un animal equino, me dolía todo el cuerpo, además de sentir ciertas partes de mi anatomía en carne viva y cualquier pequeño movimiento me hacía estremecer. Finalmente me erguí y me froté descaradamente el trasero, que era el que había recibido la peor parte.

Debía buscar más ramas secas para mantener el fuego vivo, por lo menos hasta que nos acostáramos a dormir. Pensarlo fue más fácil que hacerlo. Miré alrededor: más allá de dos metros, la oscuridad era absoluta. Levanté la mirada al cielo esperando ver aparecer la luna para que me ofreciera un pequeño consuelo. Era una noche oscura, *a noite pecha* como decía mi abuela, una noche en la que salen a pasear los espíritus. Me arrebujé más en mi capa notando de repente un escalofrío. El cansancio, el hambre y la nostalgia me estaban haciendo ver cosas extrañas. Soplaba un viento frío y hasta el caballo que pastaba a cierta distancia parecía nervioso. El aire olía a humedad y el cielo totalmente cubierto avecinaba lluvia. Connor tenía razón, como siempre. Lo que faltaba, pensé con fastidio.

Como no podía remolonear más me arrodillé y tanteé con las manos buscando alguna rama lo suficientemente seca para alimentar el fuego. De vez en cuando encontraba alguna y la lanzaba al pequeño montículo, haciendo que, estando algo húmedas, chisporrotearan y saltaran en el fuego. La pequeña hoguera comenzaba a dar más humo que calor y paré de lanzar ramitas. Me acerqué y comencé a soplar para avivarlo. Lo estaba consiguiendo, aunque me estaba quedando sin resuello. Tan concentrada estaba que no escuché a los hombres acercarse.

—Buenas noches, mujer —dijo una voz ronca.

Levanté la cara y ahogué un grito de sorpresa. Frente a mí había dos hombres. Iban vestidos como los ingleses, con pantalones y casacas, bastante viejos y sucios, por lo que podía apreciar con esa luz. El que había hablado se quitó el sombrero marrón, y lo sujetó contra el pecho a la vez que se pasaba la mano por el pelo, grasiento y lacio.

—¿Señora? —inquirió dudoso.

—¿Qué quieren? —contesté bruscamente poniéndome de pie y recuperando algo de dignidad con ese simple gesto. Era tan alta como ellos y les miré directamente a los ojos. No me gustaba su aspecto ni el modo en que habían aparecido. Connor había explicado que no seguíamos los caminos más transitados para poder evitar controles, patrullas inglesas y a los temidos Campbells.

Antes de que contestaran apareció un tercer hombre y les hizo un gesto que yo interpreté como de seguridad en el perímetro. «¿Dónde demonios se había metido Connor?», ya debía estar aquí hacía rato. ¡Dios mío!, una idea relampagueó de repente. ¿Y si lo habían encontrado y lo habían herido o asesinado? Se me encogió el estómago. Apreté los puños en los costados y

volví a preguntar con una voz que no parecía la mía.

—¿Qué es lo que quieren?

Los hombres se miraron y sonrieron. Aun con poca luz pude ver sus bocas curvadas maliciosamente con dientes oscuros y podridos.

—Vamos camino de Fort William, y al ver el fuego hemos pensado en acercarnos y compartir el calor de la hoguera. Estos caminos no son seguros, menos aún para una mujer sola, nosotros te ofreceremos protección y tú nos darás alimento y calor para soportar estas frías noches escocesas. Podemos ser compañeros de viaje. —Alargó la mano para acariciarme la mejilla mientras me ofrecía una sonrisa torcida a la que le faltaban casi todos los dientes.

Retrocedí un paso asqueada y exclamé:

- —Antes de tocarme tendrás que matarme, cerdo asqueroso.
- —Eso no será ningún problema, pequeña, solo estarás más quieta, pero si lo hacemos rápido todavía serás suave y cálida. —Todos rieron.
- —No te acerques. —Extendí una mano como única defensa. Maldije en silencio por no tener nada contundente, como una piedra. Empezaba a estar completamente aterrorizada, ¿pensaban violarme y matarme o matarme y violarme? No sabía qué idea me repugnaba más.
- —Viajo con mi marido —no sé por qué dije eso, pero continué con voz vacilante—. Él, él tiene que estar a punto de llegar, y seguro que no se alegra de veros. —Volvieron a reír, pero yo ya no podía callarme, notaba la furia corriendo por mis venas.

»¿De qué te ríes, canalla?, arderás en el infierno si tu mano se posa en mi piel, ¡maldito hijo de Satanás! —Si Hamish había pensado que era una selkie, fuera lo que fuese, y Connor una valquiria, bien podrían estos hombres pensar que yo era una bruja.

Él pareció dudar un momento rascándose la barbilla cubierta por una barba rala y sucia, pero se acercó mostrando sus pistolas debajo de la casaca. La amenaza del infierno no le hizo mella, ya debía de acumular demasiados cargos con los que presentarse a las puertas del averno. En el momento que posó su mano en mi hombro no lo dudé. Levanté mi rodilla izquierda, apartando mis faldas, y con todas mis fuerzas golpeé su entrepierna con una furia inusitada. Por un instante me sentí invencible. Pero solo por un instante, hasta que él en un gesto de protección y dolor se dobló hacia delante golpeándome con su frente en la boca. Me tambaleé igual que él, pero no llegué a caer. El hombre, sin embargo, estaba

arrodillado en el suelo balanceándose y gimiendo. Los otros dos hombres nos observaban boquiabiertos, dudando si lanzarse a ayudar a su compañero o matarme simplemente. Levanté una mano para tocar mis labios, estaba sangrando, noté el líquido espeso entre mis dedos. Gemí más enfadada que dolorida. A partir de ese momento todo se desarrolló con una lentitud y una rapidez asombrosas.

Un furioso escocés salió corriendo entre los árboles, y se lanzó sobre el primero de los hombres que seguían de pie arrojándolo al suelo. Su espalda se tensaba con cada puñetazo, la furia oscurecía su rostro, dando a sus ojos un brillo infernal. No quedaba nada del pulcro y educado monsieur Courtois. De hecho, pensar en un hombre vestido de satén, con peluca y la cara empolvada era algo ridículo, comparándolo con ese guerrero escocés.

El otro hombre, al principio quieto por la sorpresa, se estaba recobrando y con manos hábiles cargaba su pistola, calibrando un disparo a los dos hombres entrelazados en el suelo. Dado el abrazo de los dos contrincantes, dudaba: sería tan fácil acertar a Connor como a su compañero. Quise advertir a Connor del peligro. Pero de mi boca no conseguía que saliera una palabra. «Piensa, Ginebra, piensa, sobrevive y lucha.» Recordé de pronto el afilado abrecartas en mi bolsillo, que busqué desesperadamente. Solo tenía un segundo. Corrí hacia el hombre armado, y aprovechando su descuido, demasiado pendiente de apuntar al hombre correcto, lo sujeté del pelo y tiré de él hacia atrás, haciendo que soltara el arma, que se disparó al caer al suelo, creando un estallido en el silencio de la noche, llenando el espacio de humo y del fuerte olor picante de la pólvora. Grité de forma aguda y a la vez estrangulada. Aguanté la respiración y sentí que me lloraban los ojos por el escozor provocado por los restos de pólvora, pero aun así y con una fuerza que creí que no tenía sujeté al hombre con mi brazo izquierdo y clavé el abrecartas donde creía que estaba el corazón. Milagrosamente para mí, que no para él, no tropecé con ninguna costilla y el abrecartas de plata labrada se clavó hasta la empuñadura en la carne blanda. El hombre cayó hacia atrás arrastrándome con él. En el suelo me deshice de su cuerpo inerte y me levanté deprisa.

Escuché un gruñido animal, supe de quién provenía. Connor estaba herido. Me agaché buscando algo que pudiese arrojar al otro hombre, que se había levantado repuesto de mi golpe y avanzaba hacia mí con furia. Agarré sin pensarlo un pequeño tronco del fuego que amenazaba con extinguirse y lo arrojé con tan mala puntería que solo logré que le rozara la

cabeza. Maldije por lo bajo, el hombre me miró sorprendido, quizá no lo había dicho en voz baja. Conseguí unos preciosos segundos en los que Connor se incorporó cogiéndose un brazo y volvió a atacar sin elegancia ni destreza, solo con furia animal. Me volví hacia el otro hombre, y pensé en huir, pero de noche y en un bosque estaba segura que no llegaría muy lejos. No había dado un paso cuando un brazo fuerte tiró de mí casi sacándome la articulación del hombro, me giró y yo gemí de forma estrangulada. Sentí algo frío en la garganta y una voz ronca me susurró al oído.

—Quieta y callada, mujer, o te rebano la garganta.

Sentí el calor agrio de su aliento en mi oreja y sofoqué una arcada. Él sintió mi asco y chupó mi cuello babeándome del lóbulo al hombro.

Tanteé con mi mano izquierda el cuerpo que me sujetaba buscando algún punto débil. El hombre que me sujetaba lo tomó como una insinuación y comenzó a frotarse contra mi cuerpo mientras me hacía retroceder unos pasos. Con su mano libre toqueteó mis pechos buscando desatar el corpiño que los cubría.

—Así, así, mujer —susurró mientras desataba los cordones de la blusa, dejando un pecho casi al descubierto—. Si cooperas, puedo ser muy bueno contigo. —Atrapó un pezón, retorciéndolo con brusquedad.

Intenté sujetarle la mano, pero apretó más el cuchillo contra mi mandíbula. Sentí cómo atravesaba la carne y cómo corría un hilo de sangre por el cuello.

—Suéltala —dijo Connor con voz serena como aquella vez en casa de madame La Marche.

Intenté mirarlo de soslayo. El cuchillo se volvió a clavar más en un punto justo debajo de la mandíbula.

Connor parecía tranquilo, de hecho demasiado tranquilo. Estaba de pie frente a nosotros con las piernas un poco abiertas y los brazos a los costados. Tenía desgarrada la camisa y yo podía ver una herida en el hombro, y cómo se deslizaban regueros de sangre roja a través del antebrazo, pero por lo demás parecía estar en perfectas condiciones. Ni siquiera respiraba agitado. Solo sus ojos mostraban turbulencias. Por fin dirigió su mirada hacia mí, y nuestros ojos se encontraron. La intensidad de su mirada me dejó sin aliento. Era violencia pura. La calma que precede a la tempestad.

—¿Por qué iba a hacerlo?, es mi seguro de vida. Cogeré a la mujer y el caballo y nos alejaremos. Con suerte no volveré a verte, cabrón escocés,

pero disfrutaré de tu mujercita un buen rato antes de deshacerme de ella. Te aseguro, sucio montañés, que cuando acabe con ella no querrás quedártela. —Me sujetó con más fuerza e hizo ademán de dirigirse hacia donde habíamos dejado el caballo pastando.

—¡Mátalo! —exclamé de repente con un sonido estrangulado que brotó de mi garganta herida—. ¡Mátalo, maldita sea! —No sentía miedo, sino una calma extraña, como si mi cuerpo no fuera el mío, y yo en realidad no estuviese allí.

Connor valoró mi sugerencia pasando su mirada de mí al hombre. Después de lo que pareció una eternidad, aunque solo transcurrieron unos segundos, se encogió de hombros, con ese gesto que le había visto hacer ya varias veces, y con indiferencia dijo:

—Está bien, llévatela, pero déjame el caballo, juro que no te perseguiré. Que la disfrutes, tiene un genio de mil demonios, la verdad, me haces un favor quedándotela. —Se volvió dirigiéndose con paso firme hacia el caballo.

Yo exhalé el aliento, no sabía que lo había estado conteniendo. Mi secuestrador estaba completamente quieto, dudando de las palabras de Connor. Yo me había quedado helada. «¿Me iba a dejar allí, a merced del sucio inglés?» Sentí furia y tristeza a partes iguales. Quise patearle el culo y sollozar un «por qué». Mi flacidez debió de decidir al secuestrador. Aflojó un poco su abrazo y me instó a seguir a Connor.

—Eh, tú —llamó el atacante.

Con una velocidad de relámpago, Connor se volvió. Ni el hombre que me sujetaba ni yo vimos venir la *siang dhu* volando. Noté un susurro junto a mi oído y el sonido de la carne al desgarrarse, unos balbuceos incoherentes y me vi arrastrada al suelo.

Rodé hasta soltarme. Pude ver cómo Connor se agachaba a mi lado y con un giro de muñeca terminaba de degollar al atacante, como si fuera algo que llevaba toda su vida haciendo. Solo entonces, cuando se aseguró de que estaba muerto, se volvió hacia mí.

—¿Estás bien, Genevie? —Me sujetó por los hombros y me levantó.

Yo no acertaba a contestar, me castañeteaban los dientes y temblaba como una hoja.

Él no dijo nada, simplemente me observaba. Me cogió la cara y pasó un dedo por el labio partido, luego la giró para ver mejor la herida del cuchillo. Chasqueó la lengua y maldijo en gaélico. Luego bajó su mano y

su rostro hacia mi pecho. Sujetó la blusa y me tapó el pecho descubierto. Al hacerlo rozó con su nudillo el pezón, que se irguió indiferente a la tormenta de mis sentimientos. Sofoqué un gemido. Connor permaneció por un instante mirando al suelo.

Finalmente levantó la mirada.

—¿Te han hecho... daño, Genevie? —inquirió con voz suave.

Negué con la cabeza, todavía no podía hablar.

—¿Tienes alguna herida aparte de la del cuello y el labio? —preguntó recorriendo con sus manos el resto de mi cuerpo.

Volví a negar agitando la cabeza.

- —He matado un hombre. Otra vez. Yo nunca, nunca... —dije roncamente recuperando la voz. Él me abrazó con fuerza y me di cuenta de que estaba llorando. Permanecimos así abrazados y balanceándonos como dos barcos en una tormenta un buen rato, mientras me susurraba palabras en gaélico y me acariciaba la espalda.
- —Tengo que sacarlos de aquí —dijo separándose. Yo noté un frío helador cuando mi cuerpo se separó del suyo.
- —Tenemos —contesté hipando—, no me vas a volver a dejar sola nunca más.
 - —¿Nunca más? —contestó con voz suave.
 - —Nunca —dije yo.
- —Espero que recuerdes esas palabras pronto, Genevie. —Lo miré extrañada pero su rostro no me mostró nada más que una profunda preocupación y algo de tristeza.

Cogimos los cuerpos y los arrastramos hasta alejarlos de la pequeña choza. Los tapamos con hojarasca, ya que no teníamos otra cosa. Connor murmuró una plegaria y se santiguó, yo simplemente los miré con asco, temiendo perder la poca cordura que aún me quedaba.

Volvimos a la choza cogidos de la mano. Comenzó a llover y algunas goteras se filtraron por el techo de paja. Escogimos un lugar seco y Connor encendió otro fuego y se sentó junto a él, sujetándose el brazo herido.

—Déjame que te cure —le dije, aunque no tenía idea de cómo.

Me acerqué a su brazo y retiré los restos de camisa pegados a su piel con sangre, temiendo desmayarme al ver la herida. Nunca me había gustado mucho la vista de la sangre, pero tenía que mostrarme fuerte, por él, por los dos.

—¿Tienes algo con lo que pueda limpiar la herida? —pregunté viendo

que el rasguño producido por la bala había arrastrado piel y tejido a su paso dejando un rastro ennegrecido.

- —Hay un pequeño manantial cerca —contestó él.
- —No me sirve. Necesito algo con lo que desinfectar.
- —¿Desinfectar? —preguntó cuidadosamente.
- —Sí, para que no... —paré un momento. ¿Cómo explicarle a un hombre del siglo XVIII lo que eran los microbios?— para que no enfermes.
- —Ah, eso. No tengo ningún tipo de ungüento, pero queda cerveza contestó.
 - —¿No tienes algo más fuerte?

Su rostro se iluminó por un instante. Se levantó y salió volviendo al poco con una pequeña botella, que me entregó.

La abrí y olisqueé. Whisky. Eso tendría que servir, al menos de momento.

Me rasgué una de las sayas y empapé la tela con una buena cantidad del líquido ambarino. Connor hizo una mueca al ver tal desperdicio. A mí me dieron ganas de reír. Me sentía como una aventurera del Oeste, y la conversación que tuve con Sergei frente al televisor vino a mi mente. Al final él tenía razón. No era de las que gritaba, al menos no demasiado; era de las que luchaba. Me pregunté si yo misma me conocía. No quise pensar más y me centré en la herida. La limpié con cuidado, tenía que escocer y mucho, pero Connor no hizo movimiento alguno, solo noté que fruncía los labios. Volví a rasgar otra tira de la tela de mis sayas y vendé la herida con fuerza para que dejara de sangrar.

—¿Mejor? —pregunté.

Él cogió la botella y bebió un largo trago.

—Ahora sí —contestó tendiéndomela.

Yo hice lo mismo que él y me atraganté tosiendo.

- —¿Mejor? —inquirió él.
- —Eso creo —contesté con voz ronca, y ambos sonreímos por primera vez en toda la noche.
- —Déjame que te vea la herida —dijo levantándome el rostro para observar mi cuello. Escuché una maldición contenida.
 - —No es nada, solo un rasguño —contesté.

Utilizó el mismo paño empapado en whisky y me limpió la pequeña hendidura del cuchillo que había dejado de sangrar hacía un rato.

—¡Ach! —exclamé al sentir el escozor. Él sonrió a medias y pasó un

dedo alrededor de mi cuello.

- —¿Te duele? —preguntó.
- —No demasiado, solo al respirar fuerte o tragar —contesté. No me había visto en un espejo, pero me imaginaba que debía de tener algún tipo de marca o rojez debido al intento de estrangularme de lord Collingwood.
 - —Eres una muchacha muy valiente, mi valquiria —susurró.
- —No lo soy. Simplemente estaba desesperada y actué en consecuencia
 —dije respondiendo como en un tribunal.
- —¿Quién te ha enseñado a defenderte así? —preguntó bebiendo de la botella.
- —No tengo ni la más remota idea. Simplemente vi que estabas en peligro y supe que tenía que hacer algo.

Me arropó con la manta y me acarició el rostro.

—Duerme *mo anam*, yo velaré tu sueño —dijo volviéndose hacia el fuego con expresión indescifrable.

Me tendí a su lado, intentando no imaginarme qué tipo de insectos y animales habría en aquella choza y sentí mucho frío. No quería pensar, pero sin embargo las caras, el disparo, la sangre, el dolor y la sensación de estar clavando el abrecartas en la carne flácida volvieron a mi mente, haciendo que abriera los ojos y supiera que no podría dormir nada, al menos esa noche, y dudaba que durante mucho tiempo tampoco. Era una asesina, y sin embargo no me sentía culpable, sentía que había hecho lo correcto. Connor parecía tranquilo observando el fuego y perdido en sus pensamientos. Para él esto debía de ser habitual, no había pestañeado ni mostraba ningún arrepentimiento.

- —¿A cuántos hombres has matado? —pregunté sobresaltándole. Se volvió hacia mí.
- —No lo sé, no podría contarlos. Solo puedo decir que siempre fue defendiendo a mi familia, mi clan y mi tierra.
 - —¿Has sido soldado?
- —Sí, durante un tiempo lo fui, una época oscura que procuro no recordar.

No volví a hablar durante unos minutos. Cada vez estaba más despierta, más inquieta y tenía más frío. Soldado, espía... ¿Quién era este hombre?

- —Connor.
- —Hummm.
- —Duerme conmigo, por favor —supliqué.

—¿¡Qué...?! —Me miró de forma intensa.

—Necesito sentirte a mi lado —le dije sintiéndome pequeña e indefensa. No contestó, pero se recostó a mi lado abrazándome con el brazo herido dejando que el otro hiciera las veces de almohada. Me recosté contra él, que soltó su capa y la tendió sobre nosotros protegiéndonos de la humedad de la noche. Creyendo que no volvería a poder dormir el resto de mi vida, suspiré y al calor de su abrazo recibí a Morfeo.

Tuve otra vez el extraño sueño, me encontraba en el bosque, ahora lo reconocía, era este mismo lugar, y el hombre escocés se acercaba cada vez más a mí, hasta estar casi a mi lado. Yo miré hacia su rostro y me perdí en su mirada verde como el mar embravecido: «Ya casi eres mía», susurró. Abrí los ojos asustada, sin saber muy bien si todo era fruto de mi imaginación o real. Noté el abrazo de Connor y supe que estaba despierto. Él no podía permitirse el descuido de dormirse. Me encontraba en un mundo salvaje, en el que matabas para sobrevivir, luchabas y curabas heridas, un mundo cruel y despiadado, y sin embargo me descubrí sonriendo. Nunca me había sentido tan viva como en aquel momento.

Hogar, ¿dulce hogar?

En las primeras horas del amanecer nos levantamos. Nuestro aspecto dejaba mucho que desear. Connor tenía la camisa rasgada y en la venda había una mancha oscura de sangre reseca, pero eso indicaba que la herida estaba curando. Su barba era más poblada, pero completamente rubia, lo que le daba una apariencia descuidada, de pirata, y sus ojos turbios y enrojecidos por el sueño ayudaban a crear esa aura peligrosa. Yo no lucía mejor, notaba el labio partido dolorosamente hinchado y me dolía todo el cuerpo. Ambos nos observamos con cuidado, pero no pronunciamos palabra. Connor sacó unas manzanas de las alforjas y ese fue todo nuestro desayuno. Montamos en el caballo, que pacía descuidadamente y se mantenía ajeno a nuestros sentimientos.

Notaba la tensión que embargaba a Connor. Al principio creí que era porque nos encontrábamos en terreno peligroso, luego me di cuenta de que era por mí. Su tono era brusco y el caballo lo notaba, mostrándose más díscolo que de costumbre.

- —¿Qué demonios te pasa? —le pregunté cuando paramos a estirar las piernas a media mañana protegidos por una superficie rocosa que nos mantenía bastante ocultos.
 - —¿A mí? Nada —respondió bruscamente.
- —¿He hecho algo que te moleste? —inquirí notando cómo borboteaba la furia en mi interior.
- —Podría decirte bastantes cosas, desde que te conozco, pero dudo que tengan el menor efecto sobre ti —respondió igual de enfadado que yo.
 - —¿Cómo? —pregunté desconcertada.
- —Intento por todos los medios mantenerte a salvo y tú lo único que consigues es meterte en problemas una y otra vez. La verdad es que no sé cómo tratarte ni qué hacer contigo la mayor parte de las veces. —Su tono era bajo y noté cómo un súbito enrojecimiento le subía por el cuello.

Me aparté un paso. Notaba su enfado pero no lo comprendía.

- —¿Crees que yo busqué lo que pasó anoche? —exploté enfurecida.
- —¡No lo sé! —maldijo en gaélico—. Me alejé un momento a buscar agua y cuando volví me encontré a un hombre intentando violarte. Tengo la sensación de que cada vez que me doy la vuelta voy a encontrarte debajo de algún hombre manoseándote.
 - —Te recuerdo que fue idea tuya traerme aquí.
- —Y yo te recuerdo que si no lo hubiera hecho ahora estarías colgando de una cuerda con el cuello roto y piedras volando a tu alrededor.
- —Y yo te recuerdo que si no llega a ser por mí tú ahora tendrías una bala metida entre pecho y espalda.

Entrecerró los ojos mostrando una sola línea verde esmeralda en su rostro enrojecido. Yo hice lo mismo, casi estábamos nariz con nariz, mirándonos con los brazos y puños cerrados a nuestro costado y con la misma expresión de terquedad en los ojos.

—¿Sabes acaso lo difícil que resulta matar a un hombre como lo hiciste anoche? Hasta para mí habría sido complicado. No lo entiendo por más vueltas que le doy. Y creo que tú tampoco eres consciente de ello. Y además, ¿tan poco hombre crees que soy que no hubiera podido con esos tres *malaich*? No sé quién eres, y cada vez me sorprende más cómo actúas. ¿Es que no se te ocurrió ni por un momento huir a esconderte en el bosque?

Lo miré meditándolo un momento. Lo había pensado, pero al ver que él estaba en peligro reaccioné de forma contraria.

- —No, no lo hice porque tú necesitabas mi ayuda. Y sigo sin saber quién eres. No tengo ni idea, lo único que sé a ciencia cierta es que eres un espía y un asesino —le grité con furia.
- —¿Eso piensas de mí? Te llevo a mi hogar. Yo no soy el que se esconde, eres tú. —Su tono era frío como el hielo.
- —Sí, lo pienso. Odio estar aquí, con toda mi alma, y sin embargo no tengo adónde ir, ni sé cómo volver. ¡Maldita sea! —dije gritando.
- —Conque odias estar aquí, conmigo. Pues si lo prefieres te devuelvo al lugar de donde has salido y que Dios te ampare. —Su tono a diferencia del mío se iba volviendo cada vez más bajo, ronco y peligroso.
- —¿Es eso lo que quieres? Pues dime por dónde se vuelve que me voy solita —dije volviéndome por donde habíamos venido.
- —De eso nada —me sujetó con fuerza del brazo—, acabarías en el regazo del duque de Argyll, no, mejor bajo sus faldas.

Me volví con la mano en alto dispuesta a darle una bofetada. Él me cogió la mano y me la sujetó con fuerza detrás de mi espalda.

—Ni se te ocurra intentarlo —susurró roncamente.

Entrelazamos nuestras miradas furiosas y se acercó tanto a mí que por un instante creí que me iba a besar. Y maldita fuera mi estampa, deseaba que lo hiciera casi con desesperación. Sin embargo me soltó y se volvió.

Me quedé parada y temblando de indignación observando su espalda tensa y su respiración agitada. Finalmente me volví y comencé a correr en dirección contraria. No sabía adónde iba ni lo que hacía, pero ya nada tenía sentido.

Noté una mano fuerte que me atrapaba y tropecé cayendo al suelo mojado. Me retorcí y quedé aplastada bajo su peso.

- —¿Adónde crees que vas?
- —Lejos de ti.
- —No te dejaré.
- —¿Por qué?
- —Porque soy un hombre de honor.
- —¡Ja! Tú no sabes lo que significa esa palabra —dije hiriéndole en lo más profundo.

Él se quedó un momento callado observándome. Yo lo miré desafiante.

- —¿Crees que yo te voy a hacer daño? —Su tono era suave.
- —¡No lo sé! ¡No sé quién eres! Dices que no sabes nada de mí, pero ¿qué sé yo de ti? Eras francés, ahora escocés, espía, soldado, ¡qué sé yo qué más! —exclamé intentando quitarme su peso, a lo que él respondió apretándose más contra mí.
- —¿Qué voy a hacer contigo, *mo anam*? —Su tono había cambiado, no había furia, solo algo de sorpresa.

Yo lo miré fríamente.

Él enterró la cabeza en el hueco de mi cuello y susurró algo que no entendí.

—¿Qué has dicho? —pregunté con tono helado.

Se incorporó para mirarme directamente a los ojos.

- —He dicho que si me perdonas. *Tha mi cluilich*. —Sus ojos mostraban dolor y yo no entendía por qué.
 - —¿A ti? No tengo nada que perdonarte —contesté extrañada.
- —Juré que te protegería y te he fallado. Tienes razón, si no hubiera sido por ti, ahora estarías muerta o algo peor. Lo siento, *mo anam*.

Lo comprendí todo en un instante. Aquel hombre fuerte, orgulloso, capaz y controlador, por primera vez en su vida tuvo miedo. Tendida en el suelo húmedo de las Highlands descubrí que tuvo miedo por mí y no por él. Y no sabía lidiar con ese sentimiento.

- —Connor —dije suavemente cogiéndole el rostro con las manos—, jamás me he sentido más protegida que estando a tu lado. Nunca me pediste nada a cambio, y sin embargo me lo has ofrecido todo. No tengo nada que perdonarte, más bien agradecerte todo lo que has hecho por mí.
- —¿Estás segura de tus palabras? —inquirió mirándome directamente a los ojos, buscando algún tipo de indicio de mentira. No lo encontró, porque yo era completamente sincera.
 - —No he estado más segura de nada en toda mi vida.

Se incorporó sobre los codos y pasó un dedo por la herida abierta de mi labio, luego se inclinó y con su lengua cálida rozó la sangre que manaba de ella. Cerré los ojos cuando un súbito estremecimiento me acogió.

- —¿Te duele? —preguntó obligándome con sus palabras a abrir los ojos.
- —No —respondí cautelosa.
- —Bien. Porque voy a besarte. —Y sin más preámbulos se inclinó sobre mis labios y posó los suyos, primero con suavidad y luego con insistencia. Yo entreabrí la boca recibiéndole con pasión contenida. Su lengua se introdujo y buscó la mía, y ambas se entrelazaron como si hubieran estado esperando una eternidad a estar juntas.

Una voz resonó a nuestra espalda.

- —Os lo había dicho, es una *selkie*, y *mo brathair* ha caído en el hechizo.
- —Hamish suspiró fuertemente y sentí cómo pateaba el suelo.

Connor se separó bruscamente y se incorporó, tendiéndome la mano para levantarme. Lo hice sintiéndome extraña, como si el espacio-tiempo se hubiera alterado momentáneamente.

Varios hombres nos observaban con cautela y a la vez con diversión.

Uno de ellos, el que parecía mayor, se acercó a Connor y lo palmeó en la espalda.

—Pequeño Connor, ¡qué alegría que hayas vuelto después de tanto tiempo! —bajó la voz y se acercó un poco más—, aunque yo buscaría un sitio un poco más cómodo para..., bueno, ya eres un hombre, no tengo que explicarte para qué.

Noté que Connor se ruborizaba, y eso supuso toda una sorpresa para mí. El hombre frío y calculador tenía sentimientos. Y sabía besar, muy bien,

por cierto. Como en una nube, me fueron presentando y yo saludé e hice pequeñas reverencias, sin recordar ninguno de los nombres que pronunciaron.

Connor saludó a todos con familiaridad y sin soltarme de la mano nos dirigimos al caballo, que recibió el peso de nuestros cuerpos con un quejido.

- —¿Estamos en tierras de los Stewart? —le pregunté susurrando, cuando todos se subieron a sus monturas y emprendieron el trote.
 - —Sí, desde hace algún tiempo —contestó Connor.
 - —Entonces, ¿no hay peligro?
- —Eso, Genevie, con el clan de mi padre, es difícil de saber. —Chasqueó la lengua y el caballo comenzó a galopar.

Con algo de incredulidad me di cuenta de que había dejado que aquellos hombres nos sorprendieran. Su cautela no había desaparecido, y no había mostrado demasiada sorpresa cuando nos encontraron.

- —¿Por qué me has besado? —pregunté en voz baja.
- —Porque lo deseaba —dijo él inclinándose sobre mi cuello.

No había enfocado bien la pregunta.

- —¿Por qué has dejado que todos esos hombres lo vieran?
- —Porque tenía que enviar un mensaje.

Estaba totalmente desconcertada.

- —¿A quién?
- —A mi padre.

Hamish se acercó montado a caballo, y se situó a nuestro lado. Nos observó con curiosidad.

- —¿Qué demonios os ha ocurrido?
- —Tuvimos un pequeño encuentro con unos salteadores de caminos anoche. Nada importante.

Yo bufé. ¿Nada importante? Para mí había supuesto un *shock* mental. Atraje la atención de la mirada de Hamish, que se fijó detenidamente en la herida de mi labio y el vestido desgarrado.

- —¿Estás herida? —preguntó suavemente, con ese extraño acento escocés que acortaba las palabras.
 - —No —respondí brevemente, sin ganas de explicar lo sucedido.
- —*Mo brathair*, ¿sabes ya cómo explicar su presencia? —preguntó dirigiéndose a Connor.
 - —Ya te expliqué quién era Genevie. Tendrán que aceptarlo. —Su tono

era brusco y Hamish, molesto, aceleró el trote de su caballo hasta dejarnos solos.

- —Y bien —dije—, ¿puedes explicarme quién soy?
- —Eso solo lo conoces tú, de momento. Para mi familia eres una conocida de Edimburgo que necesitaba salir de allí porque... Digamos que estabas en peligro. No voy a explicar, ni tú tampoco, el porqué de ese peligro. Esa información tendrá que servir.
- —Pues déjame que te diga que como explicación es bastante endeble respondí de forma sarcástica.

Paró el caballo y me hizo volverme, hasta que tuve su rostro a solo unos centímetros del mío.

—Y dime, Genevie, ¿prefieres acaso explicar quién eres en realidad? — preguntó con los ojos ensombrecidos.

Abrí la boca y luego la cerré.

—No, esa explicación tendrá que ser suficiente —contesté sintiéndome furiosa y triste por no poder contar a nadie cuál era mi pasado. Nunca había tenido nada que ocultar, mi vida anterior era clara y cristalina, aquí era un pozo oscuro de agua negra y turbia.

Connor hizo que el caballo siguiera el trote de los demás.

- —¿Cómo me recibirán? —pregunté algo asustada.
- —Primero con sorpresa, luego con desconfianza y cautela, y finalmente de forma cordial. Recuerda que me tienes a mí. Eso no ha cambiado. Nadie te hará daño, si es eso lo que te preocupa. Las mazmorras del castillo ahora solo se utilizan para almacenar vino y comida. —Noté un amago de risa en su voz.

Llegamos a una pequeña planicie que descendía ligeramente hasta un lago, y allí fue donde vi por primera vez el castillo de los Stewart de Appin, el Castillo Stalker. De lejos parecía situado sobre el lago inmenso como flotando en una pequeña isla cubierta de bruma, como en los cuentos de misterio. Sin embargo, a medida que nos acercamos, observé que estaba construido en una lengua de tierra que se extendía no más de cien metros hacia el centro del agua, como si hubiera emergido de las profundidades oscuras del Loch Linnhe. Me quedé maravillada por su belleza y a la vez atrapada por su realismo. Una calzada de piedra con un puente conectaba el castillo con la tierra firme. Se podía llegar por debajo, cuando la marea dejaba al descubierto un pequeño camino, pero el tránsito principal se hacía atravesando el puente, que era a la vez lugar de paso y de defensa

frente a los ataques externos.

Me recosté todavía más contra Connor, estaba nerviosa y con razón. No sabía qué esperar y no sabía qué esperaban ellos de mí. Empezaba a ver cómo salía gente a recibir a la comitiva, pero lo peor estaba por llegar, cuando atravesamos las arcadas de piedra y nos paramos en el patio empedrado.

Los habitantes del castillo se arremolinaron a nuestro alrededor, e incluso noté cómo algún niño valiente tiraba de mis faldas instándome a bajar. Apreté más las piernas contra el caballo y mi mano atrapó la pierna de Connor con fuerza. Sin embargo noté que él estaba contento, repartía saludos y acariciaba las cabezas de los pequeños curiosos. Bajó del caballo y yo con él, pegando un pequeño salto, que hizo que todos mis músculos doloridos protestaran al unísono. Los hice callar irguiéndome, ya que ahora tenía otras cosas más importantes en las que centrarme, como por ejemplo qué hacer. Me sujeté al brazo de Connor con tanta fuerza que él se volvió sorprendido.

- —No me dejes —le susurré, algo asustada por las miradas curiosas tanto de mujeres como de hombres.
 - —No lo haré —contestó él esbozando una pequeña sonrisa.

Me fijé en que un pequeño grupo de hombres armados vestidos con *kilts* de otros tonos se mantenían apartados, pero observaban la escena con la misma curiosidad y suspicacia que los demás.

Una mujer en avanzado estado de gestación se abrió paso entre la gente, pero un niño no mayor de seis o siete años se le adelantó y saltó hacia Connor.

—Brathair mathair! —exclamó contento.

Connor lo cogió en brazos y lo volteó sobre su cabeza poniéndolo boca abajo, lo que hizo que el niño riera y se agitara como un renacuajo atrapado en una red. Connor rio con él, con una risa abierta y sincera que pocas veces había mostrado y que hizo que yo lo mirara embobada. Finalmente lo dejó en el suelo ante las protestas del pequeño.

—¿Me has traído algún regalo? —inquirió dirigiéndose a las alforjas del caballo.

Connor lo sujetó por el hombro.

—Sí, pequeño demonio, ya te lo daré después. ¿Cómo podría olvidarme de *mo peathar* preferido?

La mujer nos alcanzó por fin, y sujetó a Connor por los hombros,

fijándose en la herida. Su gesto alegre se tornó serio y preocupado.

- —¿Qué ha ocurrido?
- —Nada que deba preocuparte y menos en tu estado. *A Dhia!* Estás gordísima —exclamó abrazando a la mujer. Yo sonreí recordando con cierta tristeza cómo a las mujeres el único momento en que se nos puede decir que estamos gordas es cuando estamos embarazadas, y esta mujer lo estaba como poco de ocho meses, dado su tamaño.

El niño se acercó a la mujer y la sujetó por la falda. Por el parecido supe que era su madre.

- —Y esta ¿quién es? —preguntó en voz demasiado alta, lo que hizo que varias cabezas se volvieran en nuestra dirección. Yo mascullé una maldición en silencio por la divina inocencia infantil.
- —Una dama en peligro —contestó Connor agachándose hasta quedar cabeza con cabeza.
- —Ah —contestó el chiquillo como si aquello fuera toda la respuesta que esperaba—, ¿y tú la has salvado?
- —Creo que sí. —La mirada de Connor se dirigió a mí y yo intenté sonreír, aunque solo conseguí una mueca.

La mujer embarazada salvó el momento incómodo. Se dirigió a mí y se presentó como la hermana de Connor, se llamaba Meghan, y su marido era, dirigió la vista en derredor...

—Aquel que lleva una jarra en la mano, Ewan —dijo con una mueca. Era uno de los hombres que nos había acompañado hasta el castillo, y nos hizo una seña de reconocimiento levantando la jarra—. Si alguna vez lo buscas —prosiguió—, estará donde esté el whisky, sigue el olor del alcohol y encontrarás a mi marido. —No obstante no había desagrado o molestia por la confesión, sino que simplemente estaba constatando un hecho.

Yo esbocé una pequeña sonrisa, que hizo que el labio se volviera a abrir, y noté el sabor metálico de la sangre otra vez en la boca.

- —¡Jesús! ¡Estás herida! ¿Qué te ha ocurrido? —preguntó preocupada. Miré su rostro dulce, en forma de corazón, con ojos azules y cabello castaño, y supe que era sincera.
- —Nada importante, solo un pequeño golpe —contesté sin dar más explicaciones.

Ella se fijó en mi cuello, pero no dijo nada más.

Un hombre se acercó cojeando, caminaba como torcido, y cuando levantó la vista hacia mí y vi su rostro, contuve la respiración. Rondaba los

veinte años, solo que su cuerpo herido y su cara de facciones retorcidas le hacían parecer mayor. «Parálisis cerebral», contestó mi mente a una pregunta no mencionada. No obstante el joven hizo un intento por sonreír, y un hilillo de baba se le cayó de la comisura de los labios. Y sin mediar palabra me besó en la boca. Yo me quedé paralizada hasta que unos brazos fuertes lo separaron de mí.

—Ian *bi modhail*, es nuestra invitada. No puedes ir besando a las jóvenes atractivas sin que ellas te lo pidan primero, mo charaid —dijo Connor abrazándolo.

Él se soltó y dirigió su vista hacia mí.

- —Me gusta —dijo—, ¿es este mi regalo?
- —No, no lo es. Luego os daré a todos lo que he traído —exclamó mirando al pequeño y al joven de forma alternativa. El joven sin embargo alargó una mano y me acarició el rostro, y yo en un impulso le cogí la mano y sonreí con dulzura. Si la vida para un niño así era muy difícil en mi tiempo, aquí lo tenía que ser mucho más. Connor y su hermana nos observaron con una mirada inescrutable, pero no dijeron nada.

Sin darme tiempo a recuperarme de todo el barullo, dos personas más se acercaron a saludar, una mujer mayor y bajita y un hombre alto y estirado, ambos de unos cincuenta años. El hombre estaba pulcramente vestido y afeitado y la mujer olía agradablemente a comida y llevaba el pelo canoso sujeto por una pañoleta.

La mujer apretó los brazos de Connor.

—¡Gracias a Dios, ya ha vuelto el hijo pródigo! Estábamos muy preocupados por ti, pequeño Connor —exclamó con lágrimas en los ojos.

Connor cogió a la mujer en un abrazo y la levantó del suelo un palmo. Aunque era bajita tenía el tamaño de un tonel, sin embargo para él no supuso ningún esfuerzo. Ella rio como una chiquilla pataleando y gritando que la bajara.

—Para ti también he traído algo, Elsphet —susurró a su oído. Vaya, había viajado con Papá Noel y ni me había enterado. Me sorprendí reprimiendo una sonrisa.

El saludo del hombre fue mucho más cauto.

—Señor —dijo inclinando la cabeza—, nos es grato que vuelva a estar con nosotros otra vez. ¿Se quedará mucho?

La mujer le dio un codazo en las costillas, pero el hombre ni se inmutó.

-Me alegro de volver a verte, William. El tiempo que esté aquí

depende de varias cuestiones. ¿Dónde está mi padre? —respondió de forma cauta Connor.

—Le espera en el despacho, Señor.

William hizo un gesto de asentimiento y se alejó, para dar paso a Hamish, que venía acompañado de dos jovencitas. ¿Más familia?, me pregunté. Bueno en realidad todos estaban relacionados de una forma u otra.

Noté la tensión en el rostro de Connor, pero no supe adivinar por qué.

—Connor —dijo llamándole por su nombre, eso ya me extrañó—, te presento a mi prometida lady Moira MacLeod. —Connor agachó la cabeza, y la joven respondió con una pequeña reverencia, luego su mirada se dirigió a mí, con todo el desprecio que pudo reunir en sus fríos y hundidos ojos azules. También arrugó la nariz, como si le molestara mi olor, y yo retrocedí algo intimidada, aunque me descubrí respondiendo con la misma mirada despreciativa que ella me había lanzado.

Hamish se volvió a la joven que permanecía detrás y la animó a que se acercara. Parecía más joven que la primera y su rostro era bastante más agradable, parecían hermanas, pero esta última no tenía el rictus de amargura de la primera. Yo sonreí de forma mecánica y la sonrisa se me congeló en el rostro.

—Lady MacLeod, te presento a tu prometido, Connor Aiden MacIntyre Stewart.

¡¿Prometido?! La palabra se ahogó en mi garganta y noté cómo todos los rostros se volvían a mirarme. ¿Lo había dicho en voz alta? Miré a Connor y noté furia en su rostro y cómo apretaba las manos a sus costados, mientras la joven hacía una profunda reverencia, para incorporarse después y mirarlo ruborizada.

Connor no me dio tiempo a que yo replicara nada. Llamó a su hermana y le susurró algo en gaélico que no comprendí. Yo miré a Hamish y noté su mirada divertida. El maldito escocés estaba disfrutando como un gato jugando con una madeja de lana. No me gustó nada saber que yo era esa madeja.

Noté el brazo de Meghan en el mío y con una fuerza de la que creí que no era capaz, dado su estado, me sacó de allí a rastras y me introdujo en el castillo. No tuve tiempo de dirigir ni siquiera una sola mirada a Connor.

Entré tropezando y trastabillando siguiendo a Meghan y deseando escapar del escrutinio de la gente. Dentro había un gran salón vacío.

Elsphet y William entraron detrás de nosotros.

- —Hay que buscarle una habitación —dijo Meghan.
- —Las del servicio servirán, milady —contestó William.
- —No, la pondremos en la pequeña del primer piso. Ella no es una doncella, es una invitada, y actuaremos como tal —explicó dando una orden que no admitía réplica.

Yo estaba aturdida y dolida. Me había prometido protección, me había besado, por un instante creí que yo le importaba algo más..., más que..., no sabía qué. Y sin embargo me encontraba en medio de las Highlands en un castillo y en un lugar desconocido y sin tener ni idea de qué hacer ni cómo actuar. Sentía la falta de Connor como un desgarro en mi corazón, sin él me sentí completamente perdida, así que me dejé hacer y seguí a Meghan escaleras arriba.

Entramos en una pequeña habitación en el fondo de un pasillo. No pude observar apenas nada alrededor, salvo algún tapiz en las paredes iluminado por antorchas cuidadosamente colocadas cada pocos metros. La habitación era pequeña, con escaso mobiliario, una cama pegada a la pared, una mesilla y un arcón de madera.

Ella misma se arrodilló con dificultad y encendió fuego, que pronto iluminó y caldeó la estancia. Elsphet entró detrás de nosotras portando una pequeña jofaina y una pastilla de jabón, una toalla de lino le colgaba del antebrazo.

Meghan se volvió y se acarició la tripa pensativa. Al ver su gesto contuve otro gesto de dolor. Mi pérdida ahora parecía tan lejana y sin embargo tan cercana que no supe disimular. Lágrimas ardientes comenzaron a deslizarse por mi rostro, que yo froté con furia haciéndolas desaparecer.

- —¿Estás bien? —preguntó acercándose un paso, pero sin tocarme.
- —Sí, gracias. No es nada. Solo estoy un poco cansada por el viaje expliqué de forma evasiva.

Elsphet nos observaba curiosa.

—Vamos, pequeña, que no nos comemos a nadie. Al menos no todavía.
—Rio a carcajadas sinceras—. Voy a buscarte algo decente que ponerte, y podrás quitarte ese vestido andrajoso. Me pregunto qué demonios te habrá sucedido para que tenga ese aspecto. —Se rascó la barbilla y me miró de forma inquisitiva.

No contesté, estaba tan turbada que no supe qué decir.

- —Da orden de que traigan también algo de comer y de beber, parece famélica —indicó Meghan.
 - —¿Necesitas algo más? —preguntó dulcemente.
- «¡Sí! —quise gritar—. ¡Volver a casa, a mi vida, a mi tiempo!» Sin embargo me limité a negar con la cabeza.
- —Bien, si cambias de idea, haznos llamar. No obstante, Connor ha dicho que subirá cuando arregle unos asuntos, y eso entre hombres no se sabe cuánto tiempo será —dijo cerrando la puerta tras ella.

Cuando me quedé sola en la habitación me dirigí a la pequeña ventana y me asomé, daba al patio de armas. Lo recorrí con la mirada, pero Connor, Hamish y las dos jóvenes MacLeod habían desaparecido. Los hombres se afanaban por retirar los caballos y llevarlos a las cuadras, y pronto el patio se quedó vacío salvo por unos cuantos guardias que circundaban la muralla como protección.

Me volví al sentir que se abría de nuevo la puerta. No era Connor, era una doncella que no había visto antes. Llevaba en las manos lo que parecía un vestido y unas medias, también me entregó unos lazos, pero no tenía ni idea de qué hacer con ellos. Como olvidándose de una cosa, antes de salir se volvió y depositó sobre la cama un cepillo y un peine con mango de nácar.

Me desvestí y me lavé. Cuando me sentí lo suficientemente limpia intenté ponerme el vestido, era de seda salvaje gris con bordados de nudos entrelazados en un color más oscuro. Sencillo, pero a la vez elegante. Volví a desechar el maldito corsé y me calcé las medias de lana gris, que me até a media pierna. Me senté en la cama y comencé a cepillarme el pelo, desprendiendo pequeños cardos y hojas que no sabía que se habían quedado prendidos a mi cabellera. Desde luego, frente a las educadas y bien vestidas hermanas MacLeod, yo debía de parecer el muñeco de Guy Fawkes.

Y esperé, y esperé y esperé. Pero Connor no venía, así que cansada de esperar salí a investigar. No había llegado muy lejos cuando me tropecé con un hombre.

—Lo siento —dijimos los dos a la vez. Levanté la cabeza sorprendida. Ese tono de voz me era familiar, y abrí desmesuradamente los ojos cuando tuve al alcance su rostro. Si bien sabía que no podía ser él, el parecido era asombroso, hasta el mechón rebelde de pelo moreno que siempre se le caía a media frente.

—Yago —susurré y caí desmayada al suelo atrapada otra vez por los hilos que me llevaban a la oscuridad.

Desperté a los pocos instantes con un rostro sobre el mío, que aunque sabía en mi fuero interno que no era el que esperaba, lo deseé con tanta intensidad que hasta dolió.

- —¿Has venido a salvarme? —pregunté en un susurro entrecortado.
- —¿Yo? No, señora. No..., bueno..., si usted me indica cómo, yo..., tal vez... ¿Quiere que avise a alguien? —respondió tartamudeando y claramente incómodo.
 - —No —dije incorporándome—, ¿quién es usted?

Su rostro se iluminó, por fin sabía qué contestar.

—Soy el preceptor de los hijos de lady MacDonald, me llamo James Hamilton.

De mi garganta brotó una risa amarga, hasta el nombre era el mismo, solo que en la acepción inglesa del término. Una joven doncella se aproximaba por el pasillo. James se volvió y observé el rubor que le cubría sus mejillas, así como la mirada de complicidad que le dirigió ella.

- —Daisy —dijo James simplemente con un suspiro contenido.
- —Hola, James, ¿buscas al pequeño Hamish y a Deirdre? Creo que están en la habitación de lady MacDonald. —Llevaba una bandeja en los brazos haciendo equilibrios. La cogí y le indiqué que acompañara al joven. Ella me lo agradeció con una sonrisa y ambos se alejaron en animada conversación.

Yo me volví y entré en mi habitación. Olisqueé la comida, que olía a las mil maravillas y mi estómago emitió un gruñido en respuesta. Ya casi había terminado la cena y la oscuridad era completa, salvo por el fuego de la chimenea. Connor seguía sin aparecer.

Abrí el arcón y encontré lo que parecía un camisón. Me desvestí y me lo puse, me metí en la cama y con una voluntad ajena a mis sentimientos me obligué a dormir, aunque fuera contando todas las ovejas de Escocia.

¿No te arrodillas?

Me desperté sintiendo el frío del amanecer y todos los músculos envarados, pero sobre todo con la sensación de soledad que sentía cuando me quedé dormida. Decidí no quedarme esperando más y me vestí y refresqué el rostro con el agua fría de la jofaina. Me cepillé el pelo y lo dejé suelto. Por más que lo intentara, salvo una trenza no sabía hacer nada más complicado. Me asomé por la ventana empañada por el frío y la humedad, había llovido por la noche. Los hombres comenzaban a salir del castillo dirigiéndose a sus ocupaciones diarias. Allí no existía el término horario de trabajo, se comenzaba cuando la luz daba paso a un nuevo día y se terminaba cuando la luna hacía su aparición. Me volví y salí de la habitación. Bajé las escaleras sin encontrarme con nadie y, temiendo perderme, decidí seguir el olor de la comida.

Encontré la cocina en uno de los recodos a la izquierda. La puerta estaba abierta y entré saludando a Elsphet, que se volvió sorprendida al verme aparecer. Agradecí no ver a William, el mayordomo de gesto adusto, por ningún sitio. Me preguntó si quería que me subieran algo para desayunar, le contesté que no me importaba hacerlo allí mismo. Aunque extrañada, me señaló un pequeño banco de madera junto a la mesa central y me senté. Puso frente a mí una jarra de cerveza y unos panecillos recién sacados del horno, rellenos de arándanos o algún otro fruto del bosque. Estaban deliciosos y comí con avidez.

Me encontraba zampándome mi segundo panecillo y bebiendo de la cálida cerveza, que según me explicó fabricaban ellos mismos. Por lo menos no era el *porridge*, que había llegado a aborrecer de mi estancia en Edimburgo, aunque añoraba con toda mi alma una taza de café, o por lo menos algo de leche.

Sugerí si podía calentar algo de leche. Ella me miró extrañada.

—La leche es para los niños y para los enfermos, y por lo que veo,

muchacha, tú no eres ni lo uno ni lo otro.

Con un suspiro de frustración, claudiqué. Otro rasgo más a tener en cuenta del carácter escocés. Su terquedad, corregí, su extrema terquedad. En particular la de uno que no se había dignado aparecer desde la tarde anterior. Ahogando mis penas bebí de la cerveza intentando que enturbiara mi mente lo suficiente por lo menos para no pensar en el diablo de ojos verdes.

Como una invocación, el diablo de ojos verdes hizo su aparición estelar. Casi me dieron ganas de cantarle ¡tarará tara! con sarcasmo.

- —Estás aquí —dijo con su mirada fija en la mía.
- —Sí, y por lo que ves no me he metido debajo de las faldas de nadie dije volviendo a mi cerveza.

Entrecerró los ojos y noté cómo empezaba a enfadarse. «¡A la mierda! —pensé—, soy yo quien tiene todo el derecho a estar enfadada.» Era la primera vez en toda mi vida que me dejaban plantada, y muy a mi pesar no me había gustado nada la sensación de abandono.

- —Genevie... —dijo bruscamente con un tono de advertencia. Elsphet nos miraba sin ocultar su curiosidad.
 - —No viniste —le espeté enfadada.
 - —Lo hice, ya estabas dormida y no quise despertarte.
- —Sí, claro. Primero tenías que atender a tu prometida. —Lo dije con tanto desprecio que hasta Elsphet exclamó algo en gaélico que no sonó nada bien. «¿Por qué me molestaba tanto?»

Él me interrumpió e hizo caso omiso a mis comentarios.

- —Ginebra, ¿puedes venir?, tengo que hablar contigo. Eh, ¿has terminado de desayunar? —añadió como punto final. El que utilizara mi nombre en castellano no me sonó bien. Estaba enfadado, pero yo también, así que la conversación se prometía interesante.
- —Yo, eh..., sí —contesté algo sorprendida levantándome y dejando caer mi tercer panecillo encima de la gran mesa que había en el centro de la cocina.
 - —Está bien, vamos —dijo.

Me dieron ganas de contestar, «¡a sus órdenes, comandante!», pero me contuve a tiempo viéndole el gesto adusto y salí detrás de él, dirigiendo una última mirada de tristeza a mi panecillo de arándanos, solitario encima de la mesa.

Le seguí por los pasillos del castillo hasta la puerta principal, allí se

volvió hacia mí, pero en realidad no me miraba.

—Coge una capa, *mo anam*, hace frío —dijo tirándome una capa marrón de lana que colgaba de un gancho en la pared.

Estábamos a mediados de noviembre y, aunque no soplaba el viento, la quietud de la mañana fría en las montañas apuntaba a que nevaría pronto. Me puse la capucha y me arrebujé bien en la capa cuando sentí el golpe frío mordiéndome el rostro en el exterior.

Connor no parecía sentir el mismo frío que yo, dado que iba solo con la camisa, una chaqueta corta y el *kilt* echado en el hombro derecho. Aceleré el paso, iba deprisa, se dirigía con paso firme y largas zancadas hacia algún lugar que yo desconocía por el momento.

Al llegar a la muralla, Connor se paró, dijo algo en gaélico a los guardias de la arcada, estos asintieron con la cabeza y seguimos. A los cinco minutos, yo resollaba y me ardían las mejillas del frío y del esfuerzo.

Poco después llegamos al lugar al que me llevaba, era un pequeño claro rodeado de serbales y cubierto de brezo, cerca del lago. Se paró en el centro y miró en derredor.

—Allí —dijo, señalando unas piedras que parecían un sillón en el extremo derecho—. Las piedras nos protegerán del frío —afirmó.

Esperaba que así fuera, porque aunque mi cuerpo se había calentado con la caminata, sentía que si me quedaba parada mucho tiempo iba a empezar a temblar como una hoja, convirtiéndome en una estalactita. Lo miré mientras se dirigía con decisión hacia el peculiar asiento de piedra. Me sorprendía la capacidad de resistencia de los montañeses, no parecía cansado, su respiración era normal y sus mejillas no mostraban ningún rasgo de enrojecimiento. En cambio, a mí me empezaba a gotear la nariz, que suponía tendría un bonito color carmesí.

- —Toma —me dijo, cuando nos sentamos en la piedra, sacando un pañuelo blanco del *sporran*—, sécate la nariz, Genevie, o cogerás un resfriado.
- —Gra... gracias —respondí tartamudeando un poco, cogiendo mecánicamente el pañuelo y apretándolo contra mi nariz.

Connor respiró hondo haciendo que brotaran de su boca volutas de aliento blanco y me miró profundamente. Yo devolví la mirada a sus brillantes ojos verdes enarcando una ceja.

—¿Qué ocurre? ¿Hay algo que quieras decirme?, o ¿quizás algo que se te haya pasado por alto? Como por ejemplo que estás prometido. —No

pude reprimir el sarcasmo en mi voz.

Él sonrió a medias, una sonrisa de suficiencia que rápidamente borró de su rostro y volvió la mirada en derredor, como cogiendo fuerzas del paisaje y la tierra que nos rodeaba. Agachó la cabeza y sacó un papel del *sporran*. Con una pequeña vacilación en su mano me lo entregó.

Cogí el papel, del tamaño de una cuartilla, sacando mi mano derecha del refugio de mi capa. El tosco papel era áspero al contacto, agaché la cabeza y lo miré, había un dibujo de una mujer de pelo negro y grandes pechos con una insidiosa mirada. Debajo, unas letras en mayúsculas: SE BUSCA POR ASESINATO A LA ESPAÑOLA, saqué mi otra mano para sujetar bien el papel, o quizá para evitar que se notara demasiado mi temblor. RECOMPENSA: 20 LIBRAS INGLESAS. Una cantidad desorbitada para la época. Un escalofrío recorrió mi espalda dejándome momentáneamente sin respiración. Se me nubló la vista y sentí que comenzaba un ataque de pánico. Me obligué a mí misma a contar despacio mentalmente: uno, dos, tres, cuatro, cinco... Cuando llegaba al diez, noté los brazos de Connor rodeándome, se había sentado a mi lado sujetándome contra su cuerpo.

—¡Ginebra! ¡Ginebra! ¿Estás bien? —oí que decía una voz a lo lejos. Abrí los ojos e intenté centrarlos en un punto alejado, un pequeño serbal que se levantaba tembloroso entre sus compañeros más altos y viejos.

Volví mi cara hacia él.

- —Sí —respondí quedamente—, estoy bien. ¿Lo he matado, entonces?
- —De momento creemos que no. Pero esto —negó con la cabeza— no es bueno. No se te parece mucho, salvo en... algunos rasgos. Es extraño que haya llegado tan lejos, aunque últimamente los ingleses pululan por estas tierras como pulgas al perro sarnoso.

Permanecimos callados lo que pareció una eternidad, aunque no hubieran pasado más de unos minutos. La mujer del retrato era yo, era cierto que el parecido era remoto, pero las indicaciones eran claras: asesinato, española, recompensa.

- —¿Y bien? ¿Qué, qué puedo hacer ahora? —pregunté con voz débil—. ¿Debo entregarme?, ¿vendrán a buscarme?, ¿me... me..., me queda alguna posibilidad de huir?
- —No —contestó apartándose de mi lado, sin especificar a qué pregunta respondía y sentándose otra vez en frente de mí—. ¿Estás bien? ¿Seguro que no te desmayarás? —inquirió como si no estuviese seguro de que fuera a desplomarme de un momento a otro.

—No —le contesté yo. Lo miré, parecía esperar algún tipo de aclaración más—. No, no voy a desmayarme, y ¡no! ¡No estoy bien!, casi mato a un hombre, y además de cargar en mi conciencia con ello, debo pagar, y supongo que no se conformarán con unos cuantos años de cárcel, ¿no? — intenté que mi voz no sonara demasiado chillona.

Él me miró frunciendo los labios y se pasó la mano por el pelo con gesto cansado.

- —¿La horca? —pregunté con voz trémula. Lo sabía pero necesitaba confirmación.
- —En el mejor de los casos, *mo anam*. Si antes no te azotan o te ejecutan o descuartizan. Los castigos a las mujeres suelen ser más sangrientos, porque también son más escasos. Ya lo has visto con tus propios ojos contestó mirándome a los ojos.

Hasta ese momento había pensado que todo era un error, un malentendido, algo irreal que en realidad no estaba ocurriendo. Pero todo era cierto, y esa certeza me aterraba como nada antes lo había hecho.

Le devolví la mirada, pero no pude ver más allá. Connor era especialista en ocultar sus verdaderos sentimientos, llevaba haciéndolo muchos años, pero yo creía que había nacido con esa habilidad innata. Sentí que estaba asustándome con algún propósito.

- —¿Os estoy poniendo en peligro? —volví a preguntar. Y yo que pensaba que me traía allí para explicarme lo de su prometida. Desde luego, los giros del destino me estaban mareando y aterrorizando.
- —No —contestó—. Todavía no. Esto —dijo dirigiendo su vista al panfleto que yo seguía agarrando con ambas manos como si en ello me fuera la vida— lo encontró Hamish en el fuerte inglés cerca de aquí explicó—. Dudo que haya llegado a los abiertos oídos de las Highlands, si no es probable que fuera demasiado tarde para tener esta conversación, y no podríamos hacer nada al respecto. Hamish se encargó de hacer desaparecer todos los que encontró a varias millas a la redonda —aclaró.
- —¿Qué puedo hacer? —pregunté y me avergoncé de que esta vez mi voz sonara gimoteante.
- —Bueno, para eso te he traído aquí —aclaró vacilante—, para que busquemos una solución al problema. —Esta vez sonó más seguro. Yo lo miré de forma inquisitiva y por un momento pensé, mirando su apostura de guerra, que pensaba estrangularme y enterrarme en algún lugar debajo de un millar de piedras en medio de las montañas, donde nadie preguntara ni

se acordara de aquella española que visitó una vez el castillo.

—Bien, ¿y cuál es esa solución? Tú dijiste que aquí estaría a salvo, pero por lo visto no lo estoy más que en Edimburgo —pregunté con voz más firme, apartándome solo unos centímetros y recolocando mis pies debajo de la falda por si tenía que levantarme y echar a correr de inmediato.

Connor pareció notar mi retraimiento y me interrogó con la mirada. Yo lo miré a su vez, como en el viejo juego de quien parpadee antes pierde. Perdí yo, mirarle a él era como mirar a una esfinge egipcia, aterrorizaba a hombres y mujeres por igual.

- —Te prometí que te protegería —dijo con voz firme—. Tengo hombres a mi servicio, aquí y en el continente, y puedo recurrir a ellos, me son leales.
- —Pero ¿cómo?, no podéis estar vigilando siempre los caminos, escondiéndome detrás de un arbusto cuando vea un uniforme inglés. Al final todo se sabrá. Tarde o temprano alguien lo contará, llegará a sus oídos y vendrán a buscarme. No puedo permitir poneros en peligro.
- —Puedo intentar llevarte a Francia, pero será muy difícil, los puertos estarán vigilados, y tú no pasas desapercibida, aunque podría disfrazarte de hombre —bajó la mirada a mi pecho—, con una venda apretada puede que lo consiguiéramos. Pero —ahí vaciló— nos convertiríamos en proscritos.
- —¿Nos? No dejaría que me acompañaras, y menos sabiendo lo que dejas aquí, además no conozco a nadie en Francia, no sabría qué hacer allí respondí con tristeza.
- —¿Y en España? —inquirió—. Podríamos intentar llegar a Francia, y desde allí te llevaría a través de los pasos de los Pirineos a España. Eres española, ¿no tienes a alguien a quien puedas recurrir? ¿Algún familiar? ¿Tu padre? —volvió a preguntar con voz suave.
- —No, no tengo a nadie, ni en España, ni en Francia, ni en Inglaterra, ni en Escocia. No tengo a nadie, en ningún lugar. Estoy sola. Ya te lo dije, mi familia, ellos ya no... —terminé con tristeza negándome a decir más.
- —Sí, es cierto, y yo te dije que me tenías a mí, y eso no ha cambiado, Genevie. ¿Recuerdas las palabras que pronunciaste la noche que nos atacaron? —Connor me cogió la mano derecha, que seguía agarrada como un garfio a mi retrato de asesina, y con la otra mano levantó la barbilla y me obligó a mirarlo.
 - —¿Cuáles? —pregunté desconcertada.
 - —Me dijiste «nunca te separes de mí».

Asentí con la cabeza, lo recordaba, pero entonces no sabía que estaba prometido a otra mujer.

—Nada ha cambiado, *mo anam*. Nunca me separaré de ti, si es eso lo que me pides —respondió con un brillo extraño en sus ojos.

Lo miré con los ojos brillantes, no sabía si por el frío, la emoción, o por contener las lágrimas.

- —Gracias, Connor, de verdad, gracias. Pero no puedo quedarme contigo, te pondría en peligro, no podría cargar con otra muerte en mi conciencia. Es hora de que me enfrente de una vez por todas a la realidad —exclamé.
- —¡En qué poca estima me tienes! —rio sobresaltándome—. ¿De verdad crees que una orden de búsqueda y captura de los ingleses puede amedrentarme?
- —Bueno, ¿y qué tienes en mente?, porque estoy segura de que para algo me has traído aquí. —Todavía danzaba en mi mente la idea de salir corriendo.
- —Creo que la mejor solución es el matrimonio —afirmó seriamente cogiéndome de ambas muñecas y mirándome directamente a los ojos.
- —¿¡Qué!? —No quería que mi voz sonara tan histérica, pero lo que acababa de decir me había dejado de piedra—. ¿Y quién demonios querría casarse conmigo? Desde luego no tengo ninguna de las cualidades de una buena esposa, obviando el hecho de que casi mato a un hombre, después asesiné a otro y además he trabajado en un prostíbulo. El que se haya ofrecido, si es que tienes a alguien en mente, tiene que estar completamente loco; eso o bien que lo que verdaderamente quiere es cobrar la recompensa al entregarme.
- —Podría ser yo. Cierto es que tus cualidades como esposa dejan bastante que desear, pero conozco lo suficiente de tu pasado cercano como para saber que nada de lo que has hecho ha sido sino obligada por las circunstancias del momento. Tampoco necesito entregarte para conseguir la recompensa, tengo mi propio dinero. —Me miró directamente a los ojos sin soltarme las manos.
 - —¿¡Tú!? —exclamé casi gritando—. ¡Desde luego que no!

Me soltó las manos al instante y noté su rubor. Lo había herido, cuando pretendía mantenerlo a salvo. Esta conversación se me iba de las manos y todo me parecía una locura.

—¿Por qué yo no? ¿Tengo algo que te repele, acaso? Ayer parecía que disfrutaste con mi beso, y me has pedido varias veces que no me separara

de ti. Te he prometido una y mil veces que te cuidaría, y que me lleve el diablo si no cumplo la promesa. Puedo ser un buen marido, soy fuerte y todavía joven. Puedo cuidarte y darte hijos.

No contesté a su sugerencia. La última parte había tocado mi fibra sensible y no quería que lo notara.

- —Pues sencillamente porque ya estás prometido con otra mujer —dije con calma.
- —No, no lo estoy. Eso fue una artimaña de mi padre. Ya lo ha intentado otras veces, pero no de forma tan descarada. Soy un hombre libre, Genevie, si tú quieres aceptarme. No sé por qué huyes de tu familia ni conozco tu pasado, pero estoy dispuesto a mantenerte a mi lado.

Dudé y como siempre anticipándose a mis sentimientos lo notó.

- —¿Es porque soy un bastardo? —Lo miré a los ojos y pude ver dolor y amargura.
- —¡Bah! —le hice un gesto de la mano descartando esa opción que para mí era insignificante comparada con la misma idea del matrimonio.
- —Si te casas conmigo pasarás a ser escocesa, adoptarás mi apellido, y eso nos dará cierta ventaja si nos vemos obligados a escondernos. Buscan a una mujer soltera española, no a una casada y escocesa. Es probable que tarden en averiguar que huiste de Edimburgo con un escocés de las Highlands, ya que me he ocupado bastante bien de ocultar mi rastro. Por lo que ellos saben, ahora mismo podrías estar en Francia, ya que huiste con monsieur Courtois.
- —Connor —dije resoplando—, cualquiera que me escuche sabe que soy extranjera.
- —Deberás mantenerte en silencio —contestó—, si es que puedes añadió como al descuido—. Espero que esta amenaza —cogió el papel con mi retrato— provoque en ti algo más de prudencia de la que has demostrado hasta ahora.
- —No puedo casarme contigo. —Noté su entrecejo fruncido—. Ni contigo, ni con nadie.
- —¿Hay alguien más, entonces? —preguntó—, ¿algún hombre del que estás huyendo?
- —No —contesté rápidamente. En realidad el hombre en cuestión había huido de mí, no yo de él. El recordar a Yago hizo que se me encogiera el estómago.

Lo intentó por otros medios. Tenía que reconocer que era testarudo y

cabezón.

- —Se acerca una guerra —añadió. Sus ojos se entrecerraron y miraron al infinito como si supiera lo cerca que estaba el Levantamiento. Volvió la cabeza hacia mí.
- —Lo primero que harán será cerrar la frontera y los puertos, y creo que lo último que preocupará al rey Geordie será atrapar a una española que casi ha matado a un solo hombre, por muy lord que sea. —Terminó la frase con un suspiro, pensando quizá que solo uno entre miles que habrían de morir no tendría la más mínima importancia. Pero ahí se equivocaba, a mí sí me importaba, y mucho, no había un segundo del día en el que no me acordara de aquel momento, del golpe, de la caída, de toda esa sangre en el suelo.
 - —No me has contestado —dijo, sacándome de mi torturada ensoñación.
 - —¿Crees..., crees que es la única posibilidad? —pregunté suavemente.

Me observó como si sus ojos pudieran atravesar mi alma y mi corazón.

—Sí, *mo anam*, lo he pensado y meditado y sí estoy seguro de que es lo único que podemos hacer por el momento, aunque no es mucho.

Aquí bufé algo incómoda por su escrutinio.

- —¿Que no es mucho?, es un matrimonio, ¡por Dios!, algo que se supone que nos une de por vida, al menos en principio —aquí bajé la voz—. Connor, ¿por qué demonios tienes que ser tú?
- —Soy el único que se ha ofrecido a ello —respondió con media sonrisa —, pero —y su sonrisa se hizo más abierta— si crees que es mejor entregarte a los ingleses, podemos hacer las debidas diligencias.

Bien, ahora lo intentaba con amenazas veladas.

- —Dame solo una razón convincente y aceptaré —le respondí finalmente. De todas formas el matrimonio es un contrato entre dos personas, y en cualquier momento podía romperse. Yo no había perdido la esperanza de regresar a mi mundo, y una simple firma en un papel solo iba a conseguir que reanudara mis esfuerzos con más intensidad.
- —Bien, tengo mis razones, pero por ahora no es necesario que las conozcas. —Al ver mi cara interrogante continuó—: Quizá si yo te protejo, tú también puedas protegerme a mí.

Sonrió mostrando su blanca dentadura, pero a mí me recordó una sonrisa lobuna. Había algo, de eso estaba segura, yo trabajaba en eso, los clientes siempre me ocultaban datos importantes, unas veces queriendo y otras por descuido, que yo intentaba averiguar de la forma más sutil y rápida

posible, porque ello hacía que la balanza en un juicio se inclinara a favor de una parte o de la otra. Me quedé en silencio y agaché la cabeza, empezaba a sentir un frío helador que se colaba en los huesos, dejé en blanco la mente e intenté analizar el porqué de tan generosa proposición.

Connor se había levantado y paseaba alrededor del círculo, con intención, pensé, de darme algún tiempo para pensar. Lo miré. ¡Dios!, era un buen hombre, ¿por qué arriesgaba tanto? Al girar su cabeza y verlo de perfil lo comprendí de repente, como si un relámpago iluminara mis recuerdos. No podía ser, pero ¿y si...?, lo era, yo lo había visto, en Edimburgo, ese mismo gesto de perfil cuando entraba en la Molly House. A Connor le gustaban los hombres, y este arreglo le daba la suficiente libertad para no ser examinado y juzgado por no querer casarse con la mujer elegida por su padre. Y de paso salvar su vida. Pero, ¿su beso?, ¿fue real? O simplemente como dijo él intentaba enviar un mensaje a su padre y yo era la mejor opción. Recordé su pasión dentro de mi boca y su erección bajo la falda. Yo le atraía, al menos eso pensaba hasta ahora. Pero Connor era un soldado, un espía, y estaba perfectamente entrenado para fingir u ocultar cualquier tipo de emoción. Con algo de tristeza, intenté pensar con claridad; si él podía sacrificarse por mí, yo también podría hacerlo por él...

—Connor —lo llamé.

Él se acercó despacio.

- —¿Sí? *An pòs thu mí?* —inquirió de pie frente a mí. Yo tuve que levantar la cabeza, pues todavía permanecía sentada.
- —Lo haré —le dije—. Pero... —alargué una mano y le rocé un extremo de la falda— lo hubiera hecho de todas formas, ¿sabes?, para mí no es nada malo. Pero deberías ser sincero conmigo.
- —¡Oh! —parecía sorprendido—, ¿sincero? Lo estoy siendo, en la medida que puedo.
- —Te garantizo, Connor MacIntyre, que puedes confiar en mí, con papeles o sin ellos.

Él seguía mirándome con suspicacia, pero con un gesto volvió a sentarse a mi lado.

- —¿Cuándo lo haremos? —pregunté.
- —Pasado mañana, nos casaremos junto con Hamish y su prometida sonrió—. De todas formas solo hay que cambiar el nombre de una de las novias, así matamos dos pájaros de un tiro.

Así me sentía yo ahora, como un pájaro que huyera de un certero

disparo.

Nos quedamos en silencio un momento, poco más se podía decir del arreglo. No había romanticismo, no había flores ni palabras de amor, no había anillo que ofrecer, solo un acuerdo mercantil que nos beneficiaba a los dos.

- —No sabía que Hamish se fuera a casar tan pronto —comenté. Connor se volvió bruscamente hacia mí, sobresaltándome.
- —Hamish tiene concertado este matrimonio desde hace meses, no hay ningún motivo —remarcó— para retrasarlo. Me miró directamente a los ojos como si quisiera taladrarme.
 - «¿Y por qué se enfada ahora?», pensé.

Lo que dijo a continuación hizo que me enfadara yo también.

- —¿Hubieras preferido que fuera él y no yo? —preguntó.
- —¿Qué? ¿Cómo? ¡No! —Hice un gesto de indignación. ¿Hamish? ¿El que había propuesto dejarme abandonada en la cuneta? Ni muerta me acercaría a él a menos de dos metros a partir de ahora—. ¿Por qué lo preguntas? —dije.
 - —Porque he visto cómo te mira —me contestó suavemente.
- —¿Ah sí? —pregunté con lo que yo creía que era poco entusiasmo, pero algo me delató—. Deberías fijarte en cómo lo miro yo. Es un problema que tenéis todos los hombres. Siempre miráis en la dirección equivocada.
 - —¿Seguro? —Su mirada se tornó oscura.
- —Pues yo pensaba que incluso mi presencia le resultaba incómoda repuse quitándome una pequeña mota de polvo inexistente de la capa.
- —En eso llevas razón, para él eres toda una excepción en lo que a mujeres se refiere. No entiende cómo puedes mostrarle tan directamente tu desprecio y eso le inquieta y le excita a partes iguales.

Reí con carcajadas amargas.

- —No te preocupes, Connor, sé cómo ser una buena esposa —carraspeé, buena..., buena..., al menos lo recordaba y lo intentaría por él.
- —Bien —contestó Connor—, me gusta oírte decir eso. ¿Tienes hambre?
 —añadió, cambiando rápidamente de tema—, he traído un poco de queso y pan.
- —Sí —respondí—, tengo hambre, no he podido terminar de desayunar esta mañana.
- —¿Ah no?, he visto hombres que comen menos, pero parece que con tres panes de mermelada no te llega para la hora del almuerzo. —Ahora

sonreía.

—Dos —le corregí—, el tercero se quedó en la cocina. Me tengo que agenciar un *sporran* de esos que lleváis —dije pensativa—. A mí también me será muy útil.

Ahora su sonrisa era franca y cordial cuando me ofreció un trozo de queso.

Comimos en silencio unos minutos, después de que todos los asuntos legales estuvieran casi tramitados.

Habló él sorprendiéndome.

- —¿Conoces la historia de este lugar?
- —No —contesté—, ¿qué es?

Connor apoyó su codo en la rodilla, con la típica postura de narrador, y comenzó a hablar con su profunda voz de barítono. Y en segundos me vi atrapada por su tono y por la narración.

—Es el círculo de las *sidhe*, las hadas, el protector y el origen del clan —dijo mirando alrededor. Me fijé con más atención en el paisaje que me rodeaba, pero no le vi nada especial. Su mirada parecía perdida en algún punto en la lejanía—. Hace siglos los humanos convivían con los seres mágicos, las hadas. No podían verse, solo una vez al año, en la festividad de Sahmain, el 31 de octubre —aclaró. A mí me recorrió un escalofrío, esa era la fecha en la que yo había hecho aparición en este mundo—. Como decía —continuó al notar mi vacilación—, solo ese día convivían los dos mundos. Era un día festivo, se hacían hogueras en la montaña y se cenaba y bailaba al aire libre, y a la media noche, los hombres acudían al círculo donde el rey y la reina de las hadas los esperaban. Los reyes se sentaban donde estamos nosotros ahora —dijo golpeando con una mano la piedra—, y escuchaban las propuestas y discusiones de los humanos, y les ayudaban a decidir o decidían por ellos mismos, hacían de jueces y partes, pero cuidando de no involucrarse demasiado en las voluntades impredecibles de los humanos de tan corta vida. Entonces nació Connor, el hijo pequeño de los Stewart, fue un niño inquieto y travieso al que le gustaba el aire libre y solía jugar frecuentemente en el brezo y en este círculo. Sus padres le advertían que no convenía molestar a los mágicos, pero era demasiado imprudente, y además afirmaba, que él, solo él, podía verlos. A menudo, contaban los vecinos, se le veía jugando con una persona imaginaria que solo él, como afirmaba, conocía. Era la hija pequeña de los reyes de las hadas, la más mimada y consentida, la más bella, con cabellos negros

como la noche cerrada y ojos de plata. —Me miró, y yo me pregunté si la descripción variaba dependiendo de la muchacha a la que se le contaba la historia—. Era la más bella entre las hadas y la más hermosa entre las mujeres, y los juegos de niños pronto se convirtieron en juegos de adultos, lo que preocupó sobremanera a los reyes de las hadas y a los padres de Connor, que temían un castigo por parte de los mágicos. Connor y Ailleen se enamoraron como solo pueden hacerlo los puros de alma y, percibiendo el peligro que se cernía sobre ellos, huyeron. Estuvieron desaparecidos durante un año y un día, y cuando volvieron para el siguiente Sahmain afirmaron que se habían casado en secreto y que no había vuelta atrás, ya que Ailleen esperaba un hijo de él. Los mágicos se enfurecieron y amenazaron con destruir a todo el clan por ellos. Ailleen lloró y suplicó mientras Connor se mantenía fuerte a su lado sujetándola. Habían violado la mayor y más sagrada de las reglas no escritas y el orden establecido hasta el momento debía cambiar. Las hadas la condenaron al ostracismo y a convertirse en humana, pero todo tiene un precio. Ailleen debía morir al término de la séptima luna llena, siendo humana, perdiendo su inmortalidad y su refugio en el mundo de las hadas. Connor suplicó piedad y se ofreció a morir en su lugar, los mágicos no lo aceptaron, y en castigo se retiraron del pacto entre humanos y hadas. A partir de ese momento no se volverían a reunir, ni acudirían a resolver sus disputas; desde ese instante desaparecieron de la vida de los humanos. —Yo estaba atrapada en la historia, y la pausa que hizo Connor para coger aire, no consiguió distraerme.

- —¿Qué pasó? —pregunté con un nudo en la garganta. Él me miró con los ojos verdes un poco más tristes y siguió con la historia.
- —Connor y Ailleen se refugiaron en un Chaclann (donde luego se alzaría el castillo de los Stewart), y vivieron con amor sus últimas siete lunas de vida. Ella dio a luz a un niño mitad humano mitad mágico, y al tercer día, noche de luna llena, murió en brazos de su marido. Connor maldijo a la noche y al día y su alma murió con ella. Se la llevó al día siguiente y la enterró en soledad en un lugar secreto que solo él conoció y que no rebeló a nadie. Connor fue el primer Stewart y por eso yo llevo su nombre, porque mi madre no quiso que nadie olvidara quién era mi padre.
- —Es una historia preciosa, pero muy triste —susurré negándome a que desapareciera la magia del momento.
 - —Todas las historias de amor son tristes, ¿no crees?

- —Sí, tienes razón, en todas las verdaderas historias de amor uno de los dos siempre muere —suspiré, pensando en una frase de Yago: «Ginebra, si no, tú no tendrías trabajo. Si se aman mueren, si no, acaban divorciándose.» Él era mucho más pragmático que yo.
 - —¿Esa frase es tuya, mo aman? —preguntó.
- —No —le contesté— de mi… —iba a decir de mi primer marido, pero no tenía sentido explicárselo en ese momento—, es de un… amigo.
- —Hummm —hizo un típico ruido escocés que podía significar cualquier cosa, pero no pronunció una sola palabra.
 - —¿Crees que alguien puede verlos, a los mágicos, a Ailleen?
- —No —me contestó—, si alguien los viera ahora significaría que son brujos o que están locos, y eso no es una perspectiva halagüeña.

Nos quedamos en silencio otra vez, parecía que estaba anocheciendo, el tiempo había pasado muy deprisa.

—¿Sabes? —le dije—, creo que Ailleen está enterrada aquí, en el círculo de las hadas, allí debajo de ese pequeño serbal, que lleva ondeándose todo el día, estoy segura de que Connor, siendo un hombre de honor, no quiso separarla del todo de sus padres.

Me miró profundamente.

- —Sí —dijo—, yo siempre he creído lo mismo, y cuando era pequeño solía jugar con Hamish aquí a ver si alguno de los dos podía ver un hada.
 - —¿Lo conseguisteis?
- —No —contestó—, aunque la imaginación de Hamish siempre le hacía ver hadas bellas con capas de terciopelo blanco detrás de cada árbol y de cada piedra —rio—, ¡solo éramos unos niños, jugando a ser mayores!

Su mirada estaba fija en el pequeño serbal que seguía meciéndose, al sonido de alguna melodía oculta que solo él podía escuchar, y fue entonces cuando la vi, detrás del pequeño árbol, una figura alta y delgada cubierta con una capa de terciopelo blanco ribeteado en plata, con una cara dulce y hermosa que me sonreía. Parpadeé sorprendida, pero la imagen ya había desaparecido. Seguro que había sido mi imaginación excitada por la historia, tenía que reconocer que Connor era un magnífico narrador. Lo miré, él también miraba fijamente al pequeño serbal, y sintiendo un nudo en el estómago estuve casi segura de que él también la había visto.

—Vamos —dijo de pronto, sorprendiéndome, con lo que pegué un bote
—, está empezando a nevar, y tienes el pelo cubierto de copos blancos.

Me ayudó a levantarme, flexioné las piernas dos o tres veces para que se

desentumecieran. Me admiré de que Connor no mostrara ningún tipo de envaramiento en toda su musculatura. Cerca del castillo nos tropezamos con Hamish.

La mirada entre los hermanos fue fría, más que el ambiente que nos envolvía.

- —¿Cómo ha ido todo? —le preguntó a Connor.
- —Bien —respondió él secamente.
- —Entonces puedo felicitar a mi medio hermana, ¿no? —dijo.

Antes que Connor o yo pudiéramos reaccionar, me había cogido por ambos brazos girándome hacia él y me plantó un beso en los labios, con demasiado entusiasmo debería añadir, que se vio interrumpido por un golpe en su cabeza, que resultó ser un puñetazo de su hermano.

Cuando me soltó, todavía tambaleante, los miré, estaban frente a frente como dos ciervos en celo, dispuestos a pelear.

- —¡Eh! —exclamé enfadada frotándome sin disimulo alguno los restos de su beso con la manga de la capa—, no necesito que nadie me defienda.
- —Ah, ¿no? —contestó Hamish con voz divertida, mirando a Connor, que se encogió de hombros.
 - —¡No! —respondí más enfadada todavía.
- —Y ¿qué piensas hacerme? No veo ningún orinal por aquí cerca —dijo apostándose frente a mí con los brazos cruzados y las piernas semiabiertas.

Lo examiné durante un segundo, sintiendo que la furia bullía en mi interior. Me acerqué a él con paso tranquilo, y cuando estaba a menos de un palmo de su cara, le susurré:

—¡Esto! —levanté mi pierna derecha y le di un rodillazo en su entrepierna, con cuidado de separarme lo suficiente para que al doblarse sobre sí mismo no me golpeara.

Hamish soltó una maldición en gaélico, que se mezcló con las carcajadas de Connor. Yo seguía en silencio observándolos a los dos, con la misma mirada reprobatoria que tendría una maestra de escuela ante dos chiquillos revoltosos. En realidad el golpe no había sido demasiado fuerte, ya que Hamish, leyendo mis intenciones en mi mirada, había intentado cerrar las piernas en un último intento de proteger su virilidad.

- —¡¿Pero, qué demonios has hecho, mujer?! —soltó finalmente.
- —Lo que te merecías —dije yo a mi vez con toda la dignidad de que fui capaz.

Connor seguía riéndose a carcajadas.

- —Te dije, *brathair*, que era una fierecilla —sonrió mi futuro marido. Por su gesto deduje que estaba disfrutando del espectáculo.
- —Sí, pues más vale que pongas tus bolas a buen recaudo cuando la enfades, o te quedarás sin descendencia —contestó Hamish en tono divertido.
- —¿Ah, sí? —contesté yo en su lugar—, pues las tuyas de momento entiérralas en la nieve, así estarán fresquitas para mañana. Y volviéndome me dirigí con paso firme hacia la puerta del castillo, mientras oía a mi espalda las carcajadas de ambos *highlanders*.

Connor me alcanzó un poco antes de que llegara al portón de entrada, y sujetándome por el codo me susurró:

- —Por hoy te he dejado hacerlo a tu manera, pero a partir de mañana será mi problema, ¿entendido?
- —¿Tu problema?, creí que habías dicho que sería tu esposa —remarqué las dos últimas palabras.
 - —Sí. Pero, ¿no es lo mismo?

No pude contestar, ya estábamos en compañía de los guardias del castillo. Y Hamish ya nos había alcanzado riéndose ante el comentario de su hermano.

- —No pareces muy contento por tu cercana boda —exclamé pinchándole en lo que más le dolía, aparte de su entrepierna.
- —Mi padre puede decidir con quién me caso, pero no con quién me acuesto —fue su rápida respuesta. Se volvió y me guiñó un ojo. Yo respondí sacándole la lengua, que lo dejó con una expresión sorprendida.

La mano que me sujetaba me apretó con más fuerza y me instó a andar más deprisa.

Trastabillando, conseguí llegar hasta la puerta principal, allí me recibieron las risas y conversaciones desde el salón, donde se había servido la cena.

- —¡Hummm!, ¡qué bien huele! —Mi estómago comenzó a protestar en serio.
- —Vete —Connor me dio un pequeño empujón—, pero déjanos algo a los demás hambrientos —terminó riendo, esta vez sinceramente—. Espera dijo reteniéndome como si se olvidara algo.

Me volví, quitándome la capa.

—Ginebra, no comentes nuestro «arreglo», no vamos a publicar las amonestaciones para que sea lo más secreto posible. No queremos dar

tiempo a que la gente discurra. —Me miró serio.

No me parecía extraño, era una medida de precaución.

- —¿Quién lo sabe?
- —Ah, solo Hamish, mi padre, mi hermana, la abuela, sus doncellas, el picapleitos —se rascó la barbilla y terminó—, y dos o tres hombres de confianza.
 - —¡Vaya!, y ¿no vas a informar al Parlamento? —pregunté dulcemente.
- —Hummm, vete ya a cenar, mujer. —Sonrió con picardía y me dio un cachete en el trasero.

Yo no esperé más confirmación y me encaminé con paso decidido a donde me guiaban mis glándulas olfativas. Al entrar en el salón paré. Habían dispuesto varias mesas alargadas, por lo visto habían ido llegando a lo largo del día algunos invitados a la boda de Hamish y Moira, y la gente se apretaba como podía en los bancos. Busqué un sitio con la mirada, ignorando las que yo provocaba de curiosidad, que eran bastantes. Decidí que cuando comiera y bebiera un poco pensaría en todo lo acaecido durante el día. Mi padre solía decir que con el estómago lleno las cosas se aclaran, bueno pues yo tenía mucho que aclarar y necesitaba reponer fuerzas.

La hermana de Connor y Hamish, Meghan, me hizo un gesto con la mano de que me acercara a la mesa de las mujeres, y apartándose un poco en el largo banco, golpeó el sitio vacío que había quedado a su lado. Esquivé a hombres, mujeres y niños a lo largo del salón y acabé sentándome con un suspiro.

—¿Todo bien? —preguntó Meghan, levantando las cejas en gesto interrogativo.

Lo sabía, así que no había que ocultar nada, no obstante, no quise dar explicaciones.

- —Oh, sí, todo bien.
- —¿El qué? —dijo una voz chillona que provenía de la prometida de Hamish, lady MacLeod, inclinándose hacia nosotras.

Antes de que pudiera contestar, se adelantó Meghan.

- —Solo le estaba preguntando a Ginebra qué tal había ido el paseo por las tierras del clan, ya que hace tanto frío —contestó con voz suave fingiendo un escalofrío.
- —¿Has salido fuera del castillo? ¿Nevando? —Su voz se volvió más aguda, si eso era posible—. ¿No has visto nunca la nieve?, en España no nieva, ¿no?, me han comentado que es un país cálido, que incluso en

verano es imposible salir al exterior porque el sol te puede causar graves quemaduras —asintió sentando cátedra.

La miré, esperando que no se me notara demasiado la poca estima que le tenía.

- —España —me aclaré la voz— es un país grande, mucho más que Escocia e Inglaterra juntas —enfaticé, aunque dudaba que la señorita MacLeod hubiera recorrido más de diez millas fuera de su hogar—, y aunque es cierto que es un país considerablemente más calido que este, también nieva, y mucho, tenemos valles, montañas, grandes ríos y unas costas realmente espectaculares. Además yo nací en el norte, en Galicia, que tiene un clima bastante parecido al escocés, donde llueve trescientos días al año, sesenta está nublado y los cinco restantes en los que brilla el sol son un accidente climatológico. —La voz se me quebró recordando mi tierra y sintiendo la famosa morriña gallega.
- —Oh —contestó lady MacLeod muy poco interesada en la descripción geográfica de mi tierra—, si no tienes miedo de la nieve, puede que lo tengas de los *faolean*, ¿o también son comunes los lobos en esa tierra del norte de donde provienes? —añadió sarcásticamente.
- —¿Qué? —Me volví hacia Meghan esperando confirmación. Maldita sea, pensé, la muy zorra era rápida, tenía que reconocerlo, ¿lobos?, ni se me había pasado por la cabeza.
- —No pasa nada —Meghan me sonrió—, no atacan a los hombres, a no ser que estén hambrientos —añadió como de pasada.
- —Dicen que eres institutriz, un destino desagradable, pero claro, cuando no hay otro remedio por la pobreza... De algo hay que vivir, ¿no? exclamó con voz agria lady MacLeod.

Casi me atraganto con la jarra de cerveza. ¿Institutriz? ¿Pobreza? Pero, ¿qué demonios le habían contado? La miré de arriba abajo con absoluto desprecio. Para mí el trabajar nunca había sido motivo de deshonra sino de orgullo y así se lo mostré en la mirada.

—Bueno, yo por lo menos no tengo que perder mi dignidad por un matrimonio concertado —mentí flagrantemente. Pero yo con Connor no sentía que perdía mi dignidad, solo mi libertad, y de momento.

Varias mujeres ahogaron exclamaciones de desagrado y Moira me miró con tal intensidad que me alegré que las miradas no matasen, porque si no habría caído fulminada al suelo.

Mientras pensaba que tal vez los ingleses no fuesen tanto mis enemigos

como la gente que me rodeaba, fuimos interrumpidas por el alboroto que se produjo de repente. Todas nos volvimos hacia la entrada por donde había hecho aparición Hamish, seguido de Connor. Por lo visto los vítores iban dirigidos al primero, que no se molestaba en ocultar su satisfacción saludando a unos y otros con fuertes golpes en la espalda y apretones de manos. Las celebraciones habían empezado y el ambiente se volvió en instantes festivo. Observé a lady MacLeod, que miraba a su prometido en la distancia. No detecté ningún signo de arrobo o admiración por su parte, pero claro, su matrimonio era un arreglo, lo mismo que el mío, aunque por otros motivos. En realidad dudaba mucho de que Hamish y Moira se hubieran visto más de dos veces en su corta vida, pero aun así me sorprendió la indiferencia de su mirada. No obstante, Hamish tampoco había mirado en su dirección. Despistada como estaba, no noté la mirada de Connor fija en mi persona hasta que su hermana me dio un pequeño codazo en las costillas y señaló hacia él con la cabeza. Le miré y sonreí con un gesto de asentimiento; «estoy bien», le dije con los ojos. Él me devolvió la sonrisa y se volvió para buscar asiento en la mesa principal.

Un poco más tarde, ya saciada mi sed y mi hambre, observé a mis compañeras de mesa, mientras conversaban animadamente de hijos, remedios para el catarro y de vez en cuando algún comentario malicioso sobre sus parejas. La hermana de Moira no estaba. Según me había informado Meghan en susurros, se encontraba afectada de un terrible dolor de cabeza, y unas ganas tremendas de volver a su hogar. Yo la comprendía, a mí me pasaba lo mismo, solo que por otras circunstancias.

Un fuerte estruendo nos interrumpió y todas nos volvimos curiosas a mirar qué es lo que provocaba tal hilaridad en los hombres, observando cómo en ese momento un escocés, que reconocí como uno de los centinelas de la arcada del castillo, agitaba su brazo derecho con el puño cerrado y doblado por el codo. Hamish hizo un gesto de incomprensión encogiendo los hombros, lo que provocó fuertes carcajadas en todos.

Me volví hacia mi mesa, donde alguna de las mujeres miraba con escándalo a los hombres y otras agitaban las cabezas con resignación. Yo sonreí, me había olvidado de qué hablaban también ellos cuando no había mujeres en su presencia: de sexo.

Meghan hizo un gesto de estiramiento en la espalda, lo que provocó que su vientre se agitara nervioso.

—¿Te queda mucho? —pregunté.

- —No. —Su mirada se volvió soñadora mientras se acariciaba la barriga en un intento de calmar al furioso inquilino al que no parecía gustarle cómo se divertían sus congéneres—. Un mes, más o menos, creo —añadió un poco insegura.
 - —¿Qué crees que será?
- —Ewan dice que es un niño, pero yo creo que va a ser niña, por la forma de mi tripa, ¿ves? —dijo estirándose la tela—, está abombada, eso es una señal de que es una niña —añadió convencida.

Incliné la cabeza, desde luego sin ecógrafos era imposible saberlo, pero la forma de la tripa no era ningún indicativo del sexo del bebé, aunque el tema seguía siendo tema de conversación también en el siglo XXI.

—Pues yo creo que será niño —afirmé.

Me miró como si yo fuese adivina o algo peor.

- —¿Cómo lo sabes? —preguntó con suspicacia.
- —Parece muy interesado en unirse a la fiesta de la mesa principal —dije envalentonada por las tres jarras de cerveza que había tomado.
- —Vaya, no lo había pensado de esa forma —rio ampliamente sorprendiendo a la gente de la mesa.

La comida y la bebida empezaban a tranquilizar mi cuerpo y me estaba embargando poco a poco una sensación de cansancio que me hizo disimular un gran bostezo.

Meghan se dio cuenta y me apretó del codo con conocimiento.

- —Señoras, estoy cansada y el bebé también necesita descansar, yo me retiro, buenas noches. Se volvió hacia mí.
- —¿Me acompañas, Ginebra? Temo que a estas horas mi cuerpo no permanece del todo estable y necesitaría un apoyo para llegar sin tropiezos a mi habitación.
- —Sí, claro —respondí. Me levanté, no sin un pequeño esfuerzo, y ayudé a levantarse a Meghan, que aunque estaba embaraza de ocho meses seguía moviéndose con sorprendente agilidad. Hice un gesto con la mano, mientras entrelazaba mi brazo con el suyo.
- —Buenas noches —dije despidiéndome. Todas contestaron excepto lady MacLeod, que me miró fríamente. Noté su fría mirada como dardos clavados entre mis omoplatos hasta que abandonamos el salón por una puerta lateral.

Ayudé a Meghan a subir las escaleras en silencio y la acompañé hasta la puerta de su habitación.

- —¿Estarás bien? —pregunté—, ¿quieres que me quede hasta que llegue Ewan?
- —Gracias, pero no —contestó con una suave sonrisa—, estaré bien, solo estoy deseando quitarme los zapatos, meterme en la cama y dormir un día seguido, aunque este pequeño no me deje descansar más de una o dos horas sin que tenga que usar la bacinilla.
 - —Bueno, me voy entonces. —Le apreté el brazo en señal de despedida.

Cuando me estaba preguntando si iba a ser capaz de encontrar mi habitación, me llamó.

- —¿Ginebra?
- —¿Sí? —Me volví creyendo que me iba a pedir que me quedara con ella.
 - —Me alegro.
 - —¿De qué? —pregunté sorprendida.
 - —De que todo haya salido bien esta tarde con Connor.

Todavía con una sonrisa en los labios entró en la habitación y cerró la puerta quedamente, dejándome en medio del pasillo central con una agradable sensación de calidez en mi estómago y una inevitable desorientación espacial.

Después de lo que me pareció una eternidad y de haber pasado no menos de tres veces por el mismo tapiz, creí encontrar el pasillo correcto, cuando un hombre me cogió de la mano por detrás y me hizo girar.

Yo ahogué un grito, y al instante me relajé creyendo que era Connor. Pero no lo era, era uno de los hombres que acompañaba a la comitiva de los MacLeod.

—¿Qué quiere? —le dije bruscamente, creyendo que él también se había perdido en ese laberinto de castillo.

Me apretó contra la pared con fuerza y comenzó a restregarme contra él. Noté su erección bajo la falda, y comencé a asustarme.

- —¿Eres de verdad una *selkie*? —preguntó acariciando mi cabello—, yo me dejaría arrastrar a las profundidades del agua y viviría contigo eternamente si me lo pidieras.
- «¿Pero es que estos hombres solo tenían la idea de la violación en la cabeza?» Empezaba a estar furiosa. Estaba preparando una contestación adecuada cuando lo sentí retroceder de repente y escuché un golpe en su estómago que lo hizo gruñir.
 - —Apártate de mi mujer, Andrew, si no quieres tener problemas. Ya

quedó claro ayer, y no voy a volver a explicarte nada. —El tono de Connor era bajo y furioso. El hombre intentó erguirse y meditó el oponer resistencia. Miró a Connor y lo pensó mejor. Desapareció en la oscuridad del pasillo de piedra.

- —¿Cómo sabías...?
- —Lo vi levantarse y seguiros a Meghan y a ti —dijo cogiéndome del brazo.

En silencio llegamos a mi habitación.

- —Cerraré con llave —dijo.
- —¿Por qué? Yo no he hecho nada para que me encierres. Si tiene algo contra ti, que te busque, a mí que me deje en paz —repliqué molesta.
- —*Mo anam*, no entiendes nada. Él sabe perfectamente que la manera más directa de hacerme daño a mí es hacértelo a ti primero —contestó cerrando la puerta con llave.

No hubo más explicaciones, y yo me quedé mirando de forma estúpida la puerta cerrada, sintiendo que pequeñas mariposas revoloteaban en mi estómago.

Me acerqué a la ventana, pensativa, mientras me iba quitando la ropa a torpes tirones hasta quedarme con la camisa interior. Tenía muchas cosas que pensar, pero hacía mucho frío y lo mejor era que lo pensase en la calidez de mi cama.

Me arrebujé debajo de las mantas y agité rápidamente las piernas varias veces para calentar un poco el espacio y mi cuerpo. Sí, tenía muchas cosas que pensar, y pensando en todo lo que tenía que pensar, me quedé profundamente dormida.

Conversaciones... desagradables

Desperté al amanecer con la incómoda sensación de que me había olvidado de algo. Repasé mentalmente: he apagado la calefacción, cerrado la puerta con llave, el teléfono está cargado, pero no hay ninguna llamada, «¿qué es lo que me olvidaba?». Alargué la mano buscando el despertador en la mesilla, no lograba encontrarlo y todo estaba demasiado silencioso. Me giré en la cama todavía desorientada, para ir a darme contra la pared. «Pero ¿qué? ¿Con qué me he golpeado?, ah —recordé con un suspiro—, estoy en casa de papá, en la cama nido.» Cuando estaba a punto de quedarme dormida otra vez, abrí los ojos asustada. ¡NO, MALDITA SEA!, había recordado dónde me encontraba. La realidad vino atravesándome como un rayo, ¡Dios!, ¡Dios!, encogí las piernas y me abracé. Intenté calmar los fuertes latidos de mi corazón que repicaban en mis tímpanos como campanas. Deseé tener a alguien a quien agarrarme, sentía que me caía por un precipicio y no podía parar. Me vinieron fuertes náuseas. Intentando contenerlas me arropé todavía más con las mantas. No lo conseguí, al poco me levanté de un salto y vomité todo lo que contenía mi estómago en el orinal de porcelana decorado con dibujos de nardos.

Mientras me sacudía por los espasmos del vómito, de rodillas en el frío suelo de piedra, observé con pasmosa claridad cómo un pequeño ratoncillo se escondía asustado de mi presencia detrás del arcón de madera tallada. Lo que en otro lejano tiempo me hubiera hecho gritar asustada y escalar al punto más alto de la estancia, ahora me pareció de lo más natural. En realidad sentía más pena por mí misma que por el ratón, que seguramente sería el almuerzo de uno de los muchos gatos que pululaban por el castillo. Intenté tragar la saliva que se agolpaba en mi boca, lo que me provocó otra arcada. Apreté los labios con fuerza e intenté respirar quedamente, estuve así unos minutos, en los que el ratón, envalentonado por mi súbito silencio, asomó su hocico detrás de la protección del mueble, mirándome

inquisitivo agitando sus pequeños bigotes. «Qué poco nos queda, pequeño», le dije mentalmente. El pequeño roedor pareció entenderlo y, levantando su minúscula cabeza, emprendió la huida atravesando la habitación y pasando por debajo de la puerta.

Cuando creí que lo peor había pasado me incorporé lentamente y me acerqué a la jofaina llena hacia la mitad de agua. Con manos inseguras agarré un pequeño paño que yacía al lado, lo empapé bien de agua fresca y me lo pasé por la frente y por la nuca. Poco a poco empecé a recuperar algo de estabilidad, aunque seguía sintiendo un desagradable amargor que iba de mi garganta a la boca del estómago. Comencé a vestirme temblando, terminé cuando pasó lo que parecía una eternidad. Me senté en el borde de la cama pensando en acostarme otra vez, y deseando que al despertar todo hubiera sido un mal sueño. Pero no, no lo era. Sintiendo que debía afirmarlo me di un pequeño pellizco en el brazo. Reprimiendo una exclamación y sintiéndome un poco tonta, me sorprendieron unos pequeños toques en la puerta.

- —¿Ginebra?, ¿querida, estás despierta? —reconocí la voz de Meghan.
- —Sí —contesté con voz todavía débil—, pasa.
- —Uff —comentó entrando como un huracán de las Azores—, ¿qué es ese olor? —Frunció la nariz como un sabueso.

Yo, algo avergonzada, me levanté rápidamente a abrir la ventana para que entrara algo del aire fresco de la mañana y limpiara el ambiente viciado de la habitación.

- —Oh, perdona —susurró—, es que ya sabes que el embarazo agudiza el sentido del olfato. No quería —añadió con un gesto de la mano—ofenderte, pero es que parece que aquí ha vomitado alguien.
 - —Sí, yo. —Señalé la bacinilla.
- —Oh. —Se rascó la barbilla pensativa, lo que debía ser un rasgo familiar, ya que sus hermanos también lo hacían. Miró lo que eran los restos de mi cena de la noche anterior y abrió desmesuradamente los ojos.
- —¿Qué…? —acerté a decir yo, mientras la veía volverse rápida a cerrar la puerta.

Apoyándose en la jamba, me miró inquisitivamente, yo a su vez le devolví la mirada levantando una ceja.

- —No estarás..., no, no puede ser —negó con la cabeza—, ¿no estarás embarazada? —arrancó con valentía.
 - —¿Greinshch? —acerté a mascullar—. No, por supuesto que no. —

Viendo que no quedaba conforme le aclaré—. Creo que no me sentó muy bien la cena, debió de ser la cerveza, ¿sabes? No estoy acostumbrada a beber tanto, y estaba cansada y tenía frío... Yo creo que ha sido algo así. — Hasta yo misma podía ver lo inconsistente de mi explicación, pero no tenía otra mejor, así que me encogí de hombros.

- —Vaya, pero si solo bebiste tres vasos de cerveza. Igual estás más acostumbrada al vino, ¿no?, le diré a Elsphet que saque unas cuantas botellas de la bodega para que a partir de ahora no falte en la mesa afirmó encontrando la solución al problema.
 - —¿Podrían sacar también agua? ¿No?
- —¿Agua? ¿Por qué?, ¿no sabes que el agua encharca el estómago y dificulta la digestión? —afirmó seriamente.
- —Sí, claro —contesté, como si de repente lo hubiera recordado—, dónde tendría yo la cabeza.

Giró la cabeza hacia la puerta.

—Ya vienen —dijo—, vamos —me cogió del brazo—, esto hará que te sientas mejor.

Yo no oía nada, pero al segundo sonaron unos fuertes golpes en la puerta, mientras observé otra vez cómo giraba el picaporte. «¿Es que nadie espera a escuchar la invitación a entrar?»

Eran dos doncellas, que reconocí como las que solían acompañar a lady MacDonald. Una de ellas traía una bandeja con lo que parecía ser mi desayuno y la otra, una tira de cuero en las manos.

- —¿Tarta de manzana? —pregunté reconociendo el olor.
- —Sí —contestó alegremente Meghan—. Connor nos ha dicho que te gusta el dulce, y Elsphet la acaba de preparar. Cuidado —añadió, viendo que yo me acercaba a coger un trozo del pastel—, todavía está caliente.
- —Oh, no importa —contesté. Una vez que había pasado mi malestar, volvía a tener un hambre canina. Aunque comprobé que el pastel estaba delicioso, crujiente por fuera y cremoso por dentro, con una suave pero picante textura de manzana, me costó tragarlo y tuve que hacer un esfuerzo por hacer que se mantuviera en mi interior.
- —¿Estás bien? —preguntó Meghan preocupada—. Te has puesto un poco pálida.

Una de las doncellas hizo un comentario en gaélico, a lo que la otra contestó riendo.

—¿Qué ha dicho? —pregunté.

—Que no puedes ponerte más pálida, ya que no ha visto a nadie más blanco que tú, ¿sabes que apenas te sonrojas? —preguntó. Sí, lo sabía, pero no era del todo cierto, sí que me sonrojaba muchas veces, al menos aquí, aunque años de estudiada frialdad me habían ayudado a controlarlo. Dice que eres un *taibhse*, no existe palabra en inglés para traducirlo, podría ser... —dudó— fantasma, sí, esa es la traducción.

Yo di un respingo notando que volvía la desazón a mi estómago.

- —¿Eres un fantasma, Ginebra? —preguntó sonriendo, pero con cierta duda en el fondo de los ojos.
- —No —contesté—, creo que soy bastante real, ¿no crees? Los fantasmas no vomitan. —Señalé con la cabeza el orinal, que había intentado esconder debajo de la cama con pequeños empujones de mi pie.
- —No, claro que no. Daisy —añadió—, recógelo y límpialo —dijo haciendo un gesto con la mano a la doncella que había traído el desayuno.

Intenté impedírselo cogiéndola del brazo, a lo que la doncella se apartó temiendo el contacto de mi mano.

- —No es necesario —dije—, lo haré yo misma.
- —¿¡Cómo!? —Ahora las tres mujeres me miraban con la boca abierta.
- —Está acostumbrada —dijo Meghan—, es su trabajo, ¿sabes?
- Sí, es posible que la joven Daisy estuviera acostumbrada, pero la que no se acostumbraba era yo.
- —Está bien —dije soltándola—, no hay problema. —La doncella se acercó temerosa guardando una prudente distancia de medio metro entre mi persona y ella. Cogió el orinal y salió a paso rápido.
- —Vamos —urgió Meghan mirándome—, tenemos que darnos prisa o no estará listo para mañana.
- —¿El qué? —pregunté desconcertada, todavía observando la puerta cerrada.
- —El vestido —respondió ella—, ¿qué va a ser si no? No querrás parecer una sirvienta el día de tu boda, ¿no? —Me instó a ponerme recta, empujando con los dedos en la parte baja de mi espalda—. Así no. —Me empujó los hombros hacia atrás—. Así —sonrió satisfecha, mientras yo contenía la respiración en una postura del todo incómoda, sintiéndome un soldado en posición marcial.

La doncella que llevaba la tira de cuero en las manos, que resultó ser un metro, comenzó a tomarme medidas, de cintura, de contorno de pechos, brazos y por fin de mi altura, donde chasqueó los labios y movió la cabeza

como negando la evidencia.

—Es demasiado alta, ¿no? —preguntó Meghan.

Mary, que así se llamaba la improvisada costurera, comentó algo en gaélico.

—¿Lo puedes arreglar? —interrogó Meghan en inglés.

Mary se lanzó en una animada explicación aún en gaélico añadiendo énfasis a sus palabras con amplios movimientos de sus manos.

- —Está bien, entonces —dijo dando por terminada la conversación y acompañando con sus palabras a Mary cuando abandonó la habitación, haciendo un gesto de despedida con la cabeza.
- —Bien —dije, respirando profundo y dejándome caer a mi posición normal—, ¿le dará tiempo a coser un vestido en solo un día?
- —¡No! —exclamó Meghan—, eso sería imposible. —Al ver mi gesto interrogante explicó—: Llevarás el vestido que llevó en su boda *seanmhair athaireil*.
 - —¿Cómo?
- —Es un gran honor —contestó ofendida interpretando mi expresión erróneamente—. La abuela lo ha guardado todos estos años como si fuera un galón de oro. Es un vestido precioso, de satén amarillo con bordados de hilo de oro aquí —dijo señalándose el escote—. Pero no te diré más, si no estropearía la sorpresa, ¿no crees?
 - —Bueno, y exactamente, ¿cuántos años lo lleva guardando?
- —Bien —contestó pensativa—, creo que desde el siglo pasado, finales del siglo pasado, no sé exactamente el año —explicó con un gesto de la mano—, con la abuela es difícil saberlo, siempre oculta su edad, y sospecho que se ha quitado unos cuantos años, aunque no sabría decirte cuántos. Cada vez que llega su cumpleaños nos dice una fecha diferente, ¿sabes? Sus nietos, Hamish, Connor, Ian y yo, siempre hacemos apuestas a ver qué cifra toca ese año, el que más se acerca gana.

No pude reprimir una carcajada, me los imaginaba trajinando a las espaldas de su abuela, intercambiando peniques esperando una respuesta certera.

- —Bueno —pregunté—, ¿y cuántos años tiene en realidad?
- —Connor dice que es inmortal —respondió—, pero yo creo que debe de andar por los ciento veinticinco.

Reí otra vez, empezaba a sentirme mucho mejor.

—¿Has dicho que el vestido es amarillo? —pregunté—, pero no puedo

casarme de amarillo, es un color que da mala suerte, todo el mundo lo sabe.

- —¿Qué? ¿De dónde has sacado eso?
- —Bueno —me sentí un poco estúpida—, quizás es solo una costumbre de mi tierra.
 - —Bien, ¿y de qué color es el vestido de novia en tu hogar?
 - —Blanco.
- —¿Blanco? —exclamó Meghan—, ¿quién querría casarse de blanco?, es un color de lo más insulso, debéis de parecer manteles con piernas contestó horrorizada.

Yo me miré los pies avergonzada, recordaba muy bien mi primer vestido de novia, en seda salvaje con cuello barco y pequeños detalles de abalorios cosidos a mano que bajaban en cascada desde el corpiño hasta la amplia falda y cola de tres metros. Era blanco, blanco roto en concreto, y que yo recordara no parecía un mantel andante.

Meghan me dio pequeños golpecitos en la espalda, dándose cuenta de mi turbación.

—Tranquila —susurró—, estarás preciosa, todo el mundo estará mirándote con admiración.

No admití el vértigo que me producía esa afirmación, sentirme el centro de las miradas me asustaba un poco.

- —Bueno —sonreí—, me mirarán a mí y a Moira. Me negaba a utilizar el título de lady MacLeod por sistema.
 - —Oh, te mirarán a ti, no lo dudes —afirmó.

Eso no consiguió tranquilizarme en absoluto, pero encogí los hombros resignada, poco podía hacer al respecto. No creía que admiraran el vestido, sino a la extranjera que lo llevaba puesto.

Meghan se sentó en un extremo de la cama, y con un suspiro de alivio se quitó los zapatos empujando los talones contra el suelo.

- —Ven —dijo—, siéntate a mi lado. Tenemos que hablar de otra cosa.
- —¿De qué? —pregunté con curiosidad, sentándome también en la cama.

Meghan se quedó callada un momento, mirándose las manos, mientras jugueteaba con su anillo de casada dándole vueltas en el dedo.

—Verás —dijo sin más preámbulos—, hay cosas que debes saber.

Al ver mi gesto interrogante, ya que cada vez me sentía más perdida con los giros de la conversación, respondió mirándome directamente a los ojos.

—Del matrimonio.

—Ah —respondí, aunque no entendía nada—, del matrimonio. Y ¿qué debo conocer?

Vaciló, pensando cuál era la forma más delicada de explicarme el asunto. Me intranquilicé, las especulaciones de esta familia me ponían nerviosa, todo el mundo parecía tener un millar de esqueletos en el armario. «¿Quiere decirme algo de Connor que no me va a gustar?», pensé que el mayor secreto de mi futuro marido ya lo sabía, aunque los demás lo desconociesen.

—Entre un hombre y una mujer pasan... cosas —explicó— en la alcoba, así es posible que nosotras podamos, podamos... tener hijos. Para ello es necesario que el hombre... —aquí se interrumpió, y me miró con calidez a los ojos. Yo me mordí el labio inferior, intentando reprimir una sonrisa, en consideración a lo serio que le parecía el tema a ella, «así que es eso, vaya, vaya...».

Tomó aire y comenzó de nuevo.

- —El hombre es más grande.
- —Sí —la interrumpí—, por lo general, claro.

Pareció molesta por mi inoportuna interrupción y volvió a coger aire, esta vez más fuerte.

- —Los hombres y las mujeres somos diferentes, lo sabes, ¿no?
- —Sí, eso lo sé —afirmé agitando la cabeza. En cierto modo me daba pena ver su apuro, pero yo me estaba divirtiendo de lo lindo.
- —Ellos tienen... su miembro, ¿has visto algún hombre desnudo, Ginebra? —preguntó.

La pregunta me sorprendió. Pero contesté sin vacilar.

- —Sí, alguno.
- —Hummm —continuó—, entonces sabrás que eso que tienen...
- —¿Pene? —volví a interrumpir, pero no pude evitarlo, mi cerebro estaba trabajando rápidamente y se me ocurrían todo tipo de adjetivos, todos igual de obscenos. «No podré aguantar la risa, no podré...»
- —Sí, pene —contestó cada vez más molesta, como si el simple nombre pudiera conjurar uno enorme entre nosotras. Me mordí otra vez el labio, reprimiendo una carcajada que luchaba por salir de mi garganta.
- —El pene crece cuando lo acaricias, o a veces solamente cuando estás desnuda frente a ellos, lo rozas y... ¡pum!, se yergue como una espada levantada frente a ti —entrecerró los ojos, como recordando alguna escena en particular.

Meghan seguía concentrada en algún punto de la pared, y continuó su explicación como si yo ya no estuviera allí.

—Para que podamos concebir —ese parecía ser el centro del asunto— es necesario que él, Connor, quiero decir, introduzca su miembro en... en tu interior, y bueno, empujará y empujará y, *voilà!*, si Dios loado lo quiere pronto tendrás a tu bebé en brazos. A veces es un poco molesto, pero Connor ya sabrá cómo hacerlo, es un buen hombre y te tratará bien.

Ahora era yo la que la miraba fascinada, y la que había conjurado la imagen de Connor desnudo frente a mí sintiendo a mi pesar un fuerte deseo. La paré.

—Lo sé —dije con voz demasiado aguda—, lo sé —volví a afirmar con voz más firme—. No es necesario que expliques nada.

Me miró escandalizada.

- —Y ¿cómo lo sabes?
- —Esto... ya me lo habían explicado —mucho mejor, gráficamente, y lo había probado de diferentes maneras, pero eso no lo podía decir—. Mi hermana —añadí dejándola más tranquila.

Pareció relajarse y con un apretón de su mano se levantó estirándose el vestido y volviendo a ponerse los zapatos de cuero marrón en sus hinchados pies con un suspiro de frustración.

- —Entonces —dijo con voz alegre—, ¿está todo dicho? ¿Sí?
- —Todo claro —le contesté levantándome a su vez. Dijo que tenía muchas cosas más que preparar y se dispuso a salir. La acompañé a la puerta.

Al traspasar la puerta tropezó con su hermano, que cargaba una caja de madera debajo del brazo.

—Connor —dijo suavizando la voz—, ¡qué bien que te haya encontrado!, ya le he explicado a Ginebra todo lo que tiene que saber de la noche de bodas.

Connor, que se había inclinado con una sonrisa hacia su hermana, se quedó paralizado. Meghan, sin darse cuenta de su arrobo, continuó dándole unos golpecitos en el brazo.

—A ti no tengo que aclararte nada, ¿no? Me imagino que ya sabrás todo lo que tienes que saber. —Se marchó riéndose por el pasillo sin darle oportunidad a su hermano de contestar.

Yo aguantaba las ganas de reír, pero no pude ocultar una enorme sonrisa cuando él me miró.

- —No te rías, Genevie —dijo entrando y cerrando con un portazo—. ¿No le habrás dicho de dónde vienes? —inquirió.
 - —¡Joder! No —respondí poniéndome bruscamente seria.
- —*Mo anam*, sigues hablando peor que un marinero. —Sacudió la cabeza reprendiéndome.

Yo, sabiendo que no hablaba en serio, le confesé:

- —Mi hermana decía siempre que tengo una asombrosa facilidad para aprender cualquier palabra malsonante, puedo maldecir en siete, no —dije pensativa—, ocho idiomas, y te aseguro que es mucho peor que un «¡joder!».
- —¡Oh, vaya! —contestó él poniendo los ojos en blanco—, así que me voy a casar con una lingüista.
- —¡Ja! —Le golpeé con un puño en el hombro, lo que hizo que casi soltara la caja que portaba—. ¿Qué es? —señalé con curiosidad.
- —Toma, es para ti —me la dio extendiendo los brazos—, un regalo de boda.
- —Ahh —dije algo sorprendida y sintiéndome como un niño la mañana de Navidad. La agarré con cuidado ignorando su peso y la puse encima de la mesa apartando con el codo la jofaina y la jarra de agua.

Era una caja de madera de unos cuarenta centímetros de largo por veinte de ancho y treinta de fondo, simple, sin adornos, solo por una pequeña cerradura de bronce en el frontal. La acaricié con suavidad.

—La llave —dijo alargando su brazo y mostrando en su palma abierta una minúscula llave.

Connor me miraba expectante y a mí me temblaron un poco las manos al cogérsela e intentar meterla en la cerradura, giré un poco a la izquierda y con un pequeño *¡clic!* la tapa de la caja quedó entreabierta.

La abrí con las dos manos, ignorando lo que podía contener y solté un pequeño «¡oh!» de asombro.

Dentro había lo que podía considerarse todo un ajuar de belleza en ese siglo: varios botecitos de cristal labrado con tapones metálicos, un tarro redondo que parecía contener algún tipo de ungüento, un espejo de mano tallado en plata, un cepillo y un peine con mango de carey, un pequeño lápiz de khol, colorete, polvos de arroz y una pequeña caja cuadrada llena a rebosar de pequeñas moscas de terciopelo negro.

—Es precioso, gracias —dije sin mirarlo todavía, cogiendo uno de los pequeños frascos de cristal.

Abrí el frasco que tenía entre las manos, lo olí. Era perfume.

—Rosas —dije.

Abrí el siguiente.

—Jazmín —afirmé con seguridad.

Abrí el último. El olor me era familiar, mucho más suave que los otros, pero no lo reconocía.

- —¿Este? —Me volví hacia él.
- —Lileas. Lirios —contestó disfrutando también de mi alegría.
- —Me gusta —respondí—, es el que más me gusta. Volví a olerlo y me puse una delicada gota en mi muñeca, que se perdió cuando se deslizaba al codo.

Me volví hacia él, que parecía fascinado por mi entusiasmo y enterré la nariz en su pecho. Noté su sorpresa, pero no se movió un centímetro.

Aspiré profundamente.

- —Madera —dije—, humo, cuero, ¿bergamota?, sudor. ¿Qué perfume utilizas? —pregunté sin separar mi cara de su pecho.
 - —¿Perfume? —su voz reverberó en mi cara—, ninguno, mo anam.
- —¿De veras?, pues entonces tienes un olor muy agradable. —Restregué otra vez la nariz contra su cuerpo.

Noté su rigidez y levanté la cabeza. Nos quedamos mirándonos un instante a solo unos centímetros de distancia. Su mirada estaba turbia, y la mía sospechaba que también. Ninguno de los dos nos movimos.

- —Whisky —dije rompiendo el hechizo y apartándome de un salto.
- —¿Qué? —atronó él con voz ronca.
- —También hueles a whisky —aclaré reprendiéndole—, ¿no te da vergüenza, Connor?, no ha llegado todavía la hora del almuerzo.

Él se recobró en un instante y, pasándose la mano por el pelo, contestó:

- —Si bebo tan pronto es por tu culpa, *mo anam*.
- —Vaya —contesté bromeando—, que pronto te das a la bebida, si todavía no nos hemos casado.
- —No es por eso —aclaró con voz seria, cruzando los brazos donde hacía unos instantes había estado mi rostro—, estamos negociando desde el amanecer las capitulaciones matrimoniales, y se lleva mucho mejor con una bebida que nos caliente el estómago y nos enturbie la mente.
 - —Capitulaciones —exclamé.
 - —Sí —contestó—, son...
 - —Sé lo que son. —Le paré con una mano.

- —¿Sí? —Pareció dudarlo. Era lógico, las mujeres de ese tiempo tenían suerte de saber leer, y el derecho más que leer se interpretaba. Las capitulaciones eran básicamente un contrato matrimonial. Así lo explicaba yo a mis clientes cuando acudían al despacho. En las capitulaciones se estipulaba el régimen económico matrimonial, dado que el matrimonio, dejando de lado las connotaciones románticas, era básicamente eso: un contrato entre dos personas, y como tal contrato también se podía disolver.
 - —Quiero leerlas —le advertí súbitamente seria.

Si a él le molestó, no lo dejó entrever.

- —Las leerás cuando las firmes, y para ello necesito que me des tu nombre completo.
 - —Ginebra Freire Bexo.
 - —¿No tienes un segundo nombre? ¿Solo Ginebra?
- —Sí, solo Ginebra —añadí. En realidad hubiera sido una tragedia que, con el apego que tenían a los nombres rimbombantes, mis padres hubieran decidido adornar con otro más el de Ginebra, que en mi tiempo ya sonaba arcaico.
- —Espérame aquí, no creo que tardemos mucho, mientras tanto enviaré a alguien con una bandeja de comida, porque me imagino que tendrás hambre, ¿no?
 - —¿Acaso lo dudas? Yo siempre tengo hambre —dije frunciendo el ceño.
- —No lo dudo —respondió sonriendo mientras salía por la puerta—, es solo que me pregunto dónde lo metes.

Algo furiosa, cerré con un portazo a su espalda, lo que le provocó fuertes carcajadas que me acompañaron hasta ser solo un eco en el pasillo.

Me volví para concentrarme en mi caja de las maravillas, tocando con suavidad los recipientes y cogiendo el espejo para observarme. En eso estaba cuando la puerta se abrió de repente. Me volví abruptamente, esperando ver a la criada que traía la comida, para decirle que la próxima vez tuviera la delicadeza de llamar o si no me vería obligada a pedir que me instalaran un cerrojo.

Lo que vi me sorprendió. Era una anciana, de poco más de metro y medio de estatura. Entró arrastrando los pies, apoyada sobre un bastón. Su cara la surcaban profundas arrugas, sus ojos marrones estaban hundidos y nublados. Cataratas, pensé mecánicamente. El rictus de su boca era desagradable, y se torció todavía más cuando su corta mirada se enfocó en mi cara. Sus blancos cabellos estaban recogidos descuidadamente debajo

de un gorro de encaje que había conocido mejores tiempos, y su apariencia general era de pobreza.

Sentí pena, pensé que igual había venido acompañando a alguno de los invitados de la boda de Hamish, y se había perdido en el laberinto de pasillos del castillo.

- —¿Puedo ayudarla? —pregunté acercándome a ella.
- —Quita. —Sacudió el bastón en mi dirección. Esquivándolo, di un salto a la derecha.
 - —¡Eh! —comencé a protestar.
 - —¡Calla, mujer!

Yo iba a protestar otra vez pero cerré la boca viendo cómo volvía a agarrar el bastón y comenzaba a levantarlo. Retrocedí un paso hasta casi quedar pegada a la pared.

- —¿Qué quiere? —pregunté secamente.
- —¡Cállate y escucha! —repitió ella. Tenía una voz cascada, desagradable, y al hablar soltaba pequeños escupitajos de saliva.

Esperé, aún dudaba si era solo una anciana algo descentrada.

—Sé quién eres —bajó la voz. Yo me quedé helada, y un escalofrío recorrió toda mi columna vertebral—. He venido a decirte que te vayas. Desaparece como has aparecido. No debes estar aquí. Este no es tu lugar, y lo sabes, solo traerás desgracias y sangre. Veo mucha sangre a tu alrededor. Te vi venir antes de que llegaras, la *sassenach* de pelo negro, estás maldita, y arrastrarás a otros en tu desgracia. Desde que estás aquí solo veo oscuridad. Lo perderás todo si sigues aquí un instante más. Encuentra el modo de regresar a tu mundo y desaparece sin causar más desgracias. Mira a los muertos a tu alrededor que son como tú, reconoce sus caras y vuelve a tu lugar, para que el alma que se ha perdido pueda ser libre y regresar a su sitio. No tienes vida aquí, solo muerte. Recuérdalo, mujer.

Se acercó lentamente, yo me pegué todavía más a la pared, como si fuera posible fusionarme con las piedras, y puso el dedo índice calloso y sucio en el centro de mi pecho. Habló en gaélico, tres o cuatro frases, que obviamente no entendí, y empujó más el dedo en mi piel, como queriendo atravesarme. Su aliento era pútrido y no tenía ya dientes.

—Pareces real, mujer, pero no lo eres, ya estás muerta —afirmó volviéndose y arrastrándose como una serpiente hacia la puerta.

Cuando oí el chasquido de la puerta al cerrarse, exhalé la respiración que había estado conteniendo, y tuve ganas de vomitar otra vez.

Intenté recomponerme, el corazón me latía muy deprisa y pensé que esta vez era muy posible que sí que me desmayara. Me senté despacio en la cama, como si temiera que se fuera a volatilizar, y me sequé las manos sudadas en la falda.

«¿Qué demonios ha sido eso? ¿Estoy maldita? ¿Por qué dice que no soy quien debo ser?», las preguntas se agolpaban en mi mente con agitadas sacudidas. Intentaba organizar el discurso de la anciana para encontrarle algo de lógica. «¿Había dicho que yo hablaba con los muertos?, no, no era eso, ha dicho que yo veo a los muertos. ¿Que yo estoy muerta?» Por segunda vez en un día volví a pellizcarme el brazo, y por segunda vez me sentí completamente estúpida al notar el pinchazo.

¿Estaba acaso bajo la influencia de algún hechizo que me tuviese atrapada allí? Si así fuera, ¿cómo demonios podía deshacerlo? Maldije, una y otra vez, y pateé el suelo con los pies. No entendía nada, y eso, tenía que admitirlo, era lo más frustrante de todo. Siempre se me habían dado bien los acertijos, tenía una mente rápida, un sexto sentido, decía mi hermana, pero aquí me sentía completamente perdida. Una vocecita dijo en mi interior: «Empieza por el principio, Ginebra, y termina por el final, verás que así las cosas son más sencillas», recordé la voz de mi madre riñéndome con suavidad cuando me atascaba en algún problema de lógica, y sofoqué un sollozo. Pero aquí no sabía cuál era el principio y cuál el final. «Oh, mamá —pensé—, necesito tu ayuda.»

Lo vi con una pasmosa claridad, era eso, pensé, siempre había sentido la presencia de mi madre, en mi corazón, en mi alma, pero desde que llegué aquí, ese sitio estaba hueco. Al igual que la extraña conexión con mi hermana, que no sentía por más que me esforzara. ¿Los espíritus pueden viajar en el tiempo? Pregunté otra vez al techo esta vez en voz alta. Quizá mi madre se había quedado con Gala, y por eso no podía sentirla. Ahora sí que me sentí completamente sola y desesperada.

Sonaron unos golpes quedos en la puerta, no contesté, pero agarré la jarra con agua, como arma de defensa. La puerta se abrió lentamente y yo agarré con más fuerza la jarra, con intención de arrojársela al inoportuno inquilino. Oí la voz de Daisy y eso me retuvo, cuando entró con la bandeja yo todavía agarraba la jarra como si en eso me fuera la vida. Me miró sorprendida, pero no dijo nada, me imaginé que entrando en las habitaciones como lo hacía habría encontrado algo mucho más sorprendente que yo en posición de ataque.

- —¿Dónde la pongo, señora? —preguntó sin entonación en la voz.
- —Aquí. —Le señalé la mesa, recogiendo la caja que me había regalado Connor no mucho antes y depositándola encima de la cama.
- —Le encenderé el fuego, aquí hace un frío de muerte —dijo estremeciéndose.

Bastante rato después de que se fuera, y empezando a sentir en mi cuerpo el calor del fuego, aunque no recordaba cómo me había sentado frente a él, comencé a reaccionar. Me levanté despacio, acerqué la bandeja de comida al suelo frente al fuego del hogar y me senté al lado. Miré la comida. No tenía hambre. Esto sorprendería a Connor, pensé con una sonrisa amarga. También habían enviado una botella de vino. No me molesté en servirlo en el vaso. Bebí directamente de la botella, sentí el picor del zumo de uva pasar por mi garganta, y tosí un poco, era fuerte, más de lo que yo estaba acostumbrada, y había probado los vinos de casi todos los países. Cuando llevaba bebida más de media botella, agité el vaso y brindé con el fuego:

—Por nuestros muertos, los tuyos y los míos, y porque yo estoy viva, y porque, porque —me aturullé un poco—, porque quiero seguir estándolo.

¡Mierda!, ¡era eso!, la bruja lo había visto, yo ya había estado muerta, clínicamente muerta más de tres minutos, había dicho el médico. ¿Qué había pasado entonces?, ¿había traspasado algún umbral entre la vida y la muerte que no debí cruzar? ¿Había vuelto a la vida cuando no tenía derecho a ello? Seguía sin recordar nada de esos tres minutos, absolutamente nada; cerré los ojos intentando concentrarme, y la habitación se tambaleó un poco. Los volví a abrir, nada, ni un túnel blanco, ni oscuridad, nada, absolutamente nada.

Esta vez no oí los golpes en la puerta, y Connor entró con gesto preocupado al no escuchar ninguna respuesta del interior.

Me volví sorprendida, y él después de circundar la habitación con la mirada acabó bajándola hasta el suelo, donde yo seguía sentada.

- —Ehhh —le saludé—, esto parece el camarote de los *Hermanos Marx* en hora punta. —Me reí bajito de mi propio chiste.
 - —¿Qué estás haciendo ahí abajo? —preguntó con gesto interrogante.
- —Beber —le contesté con voz pastosa—, tengo que reconocer que tenéis buen gusto en el vino, al principio es fuerte, pero luego pasa como la seda.
 - —Lo sé —contestó—, el vino es mío.
 - —Vaya —dije riéndome tontamente—, no te veo de pisador de uvas.

- —No lo elaboro yo, lo compro yo —aclaró despacio evaluándome.
- —Ahhh. —Volví a acercarme el vaso a los labios. Otra cosa más a añadir de su vida, también era comerciante.

Connor fue más rápido que yo, y lo atrapó antes de que yo pudiera sacar la lengua para volverlo a saborear.

- —Ehh... —protesté alargando la mano, lo que hizo que con mi precario equilibrio cayese sobre el costado izquierdo. Así me quedé mirándole con la cabeza en el suelo.
- —Eres muyyyy alto —afirmé. Desde el suelo lo veía como un gigante. Me arrastré un poco hacia sus pies.
 - —¿Qué demonios haces, mo anam? —preguntó apartándose.
- —Estoy intentando ver qué llevas debajo de la falda —dije con toda la calma del mundo.
- —¿¡Qué!? —Me agarró de un brazo y me levantó con una sola mano de un salto.

Yo trastabillé hasta que él me sujetó por ambos brazos. Le miré a los ojos.

—Conque agua, ¿eh? —preguntó suspicaz.

¿Cómo se enteraba de todo lo que yo decía?

Levanté las dos manos en gesto de rendición.

- —No es mi culpa, no había agua en la bandeja.
- —¿Ah, no? ¿Y esto qué es si no? —preguntó agachándose para coger otra botella y agitarla delante de mi cara.
- —¿Es agua? —pregunté desconcertada. Pensé que era vino, el cristal era verde y no la abrí para comprobarlo.

Su gesto era serio, pero podía jurar que reía en su interior, sus ojos bailaban como dos esmeraldas.

- —¿No crees que es un poco pronto para darte a la bebida, dado enfatizó— que todavía no nos hemos casado? —repitió mi frase de la mañana.
- —No he bebido tanto, solo un poquito, poquito. —Hice el gesto juntando mi dedo índice con el pulgar para señalarle la cantidad exacta.
- —Sí, ya veo —contestó él—, eso que señalas es exactamente lo que queda en la botella.

Rio y volvió a cogerme de los brazos.

- —¿Estás en condiciones de venir?
- —¿Adónde?

Resopló.

- —A firmar las capitulaciones.
- —Ah, eso. —Me había olvidado por completo—. Sí, estoy bien, solo déjame refrescarme un poco.

Un poco más tarde salimos en dirección al despacho del *laird* atravesando un pasillo detrás de otro. Si estando yo sobria el castillo ya me parecía un laberinto, ebria creía estar en el Hogwarts de *Harry Potter*. A punto de pararme delante del retrato de algún antepasado y pedirle que mágicamente me mostrara el camino, llegamos a nuestro destino. Connor se paró bruscamente frente a una puerta cerrada, yo paré un segundo después contra su espalda. Se volvió rápidamente antes de que me cayera al suelo, sujetándome con una mano. Me miró fijamente al rostro examinándome, me imagino que para asegurarse de que pareciera por lo menos sobria.

—Vamos. —Agarró mi mano y tiró de mí dentro del despacho.

Una vez dentro, ambos nos quedamos parados en el centro. Yo no había estado nunca en esa parte del castillo, que parecía la más antigua. El despacho en sí no era muy amplio, unos veinte metros cuadrados, pero parecía menor dada la cantidad de estanterías con libros y documentos que llenaban tres de sus paredes. En frente se situaba la mesa del *laird*, de forma rectangular, de madera oscura y algo gastada, con patas en forma de garras de león. La silla era igualmente imponente, un butacón de cuero, que parecía nuevo, en comparación con el resto de la estancia. El suelo de piedra estaba cubierto de varias alfombras de diferentes tamaños, dispuestas descuidadamente, como queriendo cubrir la frialdad del granito de Argyll.

Laird Stewart se levantó al vernos entrar y nos indicó que nos sentáramos en las dos sillas, imitación de la principal, que habían dispuesto frente a la gran mesa. Yo lo miré intimidada, era la primera vez que lo tenía frente a mí. Un hombre de unos cincuenta años con el pelo rubio de sus dos hijos, algo canoso en las sienes, y con el rostro de Connor, aunque con los ojos azules. La genética era caprichosa, Connor se parecía mucho más a su padre que cualquiera de sus hermanos, como para indicar que aunque fuera bastardo era verdaderamente hijo suyo.

Connor se sentó silenciosamente, yo lo hice con un ¡buf! de cansancio. Empezaba a dolerme la espalda y la cabeza. *Laird* Stewart me miró con gesto enfadado, yo intenté componer una posición más decorosa. Connor

simplemente me ignoró, mientras rebuscaba en una serie de documentos dispuestos en la esquina de la mesa.

Laird Stewart, o el viejo Hamish, como le llamaban los más cercanos, se volvía a sacar una botella y dos vasos de la estantería que tenía a su espalda; Connor encontró lo que buscaba, puso el papel frente a mí, mojó la pluma en el pequeño tintero de plata y me ordenó:

—Firma.

Yo me incliné para comenzar a estudiar lo que estaba a punto de firmar. Aunque mi mente no estaba del todo clara, recordaba la primera regla de un abogado: «No firmes nada que no hayas leído antes.»

Connor, impaciente, señaló un punto al final del folio.

- —Aquí —dijo.
- —Ya lo sé, veo mi nombre, pero quiero saber qué estoy firmando —le respondí algo enfadada.

Connor tamborileó con los dedos de la mano izquierda en la mesa mientras que con la derecha me seguía ofreciendo la pluma. El viejo Hamish tenía una sonrisa divertida en el rostro mientras nos observaba a uno y a otro alternativamente.

Ni siquiera me había dado tiempo a comenzar con el «Reunidos de una parte...» cuando Connor puso su amplia mano en el centro del documento y me ordenó con voz grave:

—Firma, ¡ya!

Lo miré dispuesta a iniciar una discusión sobre los motivos que tenía para ocultarme algo que me iba a atar a él el resto de mi vida, pero al mirarlo a sus ojos, lo pensé mejor. No había furia en sus brillantes ojos verdes de gato, había súplica.

Cogí la pluma de su mano y en silencio firmé encima de mi nombre. La pluma emitió una serie de chirridos y gorgoteos, pero pude terminar sin demasiados salpicones de tinta. Connor levantó el papel firmado, debajo había uno exactamente igual.

—Son dos copias —dijo encogiéndose de hombros.

Con un suspiro volví a apoyar la pluma en el papel y la arrastré, esta vez con más cuidado.

—No pinta —dije, mirando tontamente la punta de la pluma.

Laird Stewart soltó una carcajada, y Connor me cogió la pluma y la volvió a llenar en el tintero.

Laird Stewart por fin explotó.

—Por san Columba, *mo charaid*, ¿no habías dicho que era una mujer estudiada?, dudo mucho que haya tenido una pluma en sus manos antes de hoy. —Siguió riendo.

Connor no se molestó en contestar, yo tampoco, y agachando la cabeza firmé la segunda copia con un trazo bastante más firme.

- —¿Ya está? —pregunté.
- —Sí —contestó Connor.
- —No —contestó el viejo Hamish.
- —Ya está todo hecho. Vámonos, Ginebra. —Me miró y yo me levanté rápidamente, deseosa de salir de allí cuanto antes.
- —Espera —gruñó el viejo Hamish—. Connor, puedes irte; tú, Ginebra, quédate a compartir un trago del whisky de la casa.

Lo que menos me apetecía en ese momento era beber más, y preparé una excusa mentalmente. Connor lo miró furioso.

—Connor —dijo con voz suave como el canto de una serpiente atrayendo a un roedor—, no pensarás que voy a hacer daño a mi futura hija. No hemos tenido ocasión de conversar desde que... la trajiste, y desearía conocerla un poco mejor, ya que mañana formará parte de nuestra familia.

A mí no me convencía nada ese argumento, y me sujeté al brazo de Connor buscando apoyo. Mi futuro marido suspiró y me dio un pequeño empujón hacia la mesa.

Sentándome otra vez, me volví hacia él cuando abandonaba la opresiva habitación, le miré directamente y le dije con los ojos: «¡Me las pagarás, cobarde!» Él no respondió, su gesto fue inexpresivo.

Giré mi cabeza hacia el *laird*, que se había sentado también, y me ofrecía un vaso de su mejor whisky. Durante unos minutos no dijimos nada, nos limitamos a observarnos, él bebía de su vaso a pequeños sorbos, yo sostenía el mío sin acercármelo a la boca.

- —¿No bebes, muchacha? —inquirió con voz grave.
- —No me apetece mucho, la verdad —le contesté secamente.

Sabía que me enfrentaba a un interrogatorio, y no estaba dispuesta a ceder ni un palmo. Ya había tenido suficiente por un día.

- —In vino veritas —señaló él.
- —Cierto, pero esto es whisky, no vino —contraataqué.
- —Connor confía en ti —siguió mirándome directamente a los ojos—. Que me aspen si sé por qué, pero estoy dispuesto a confiar en su criterio. *Mo charaid* es bueno juzgando a la gente, muy bueno, la verdad. Al

contrario que Hamish, que ve un buen par de tetas y se olvida de que el cerebro no está situado entre las piernas. Si fuera él creería que se ha traído a su puta al hogar familiar.

Di un respingo, tal vez fuera buena idea beber un poco. Acerqué el vaso a mi boca y di un buen trago. El cálido licor me abrasó la garganta y me puse a toser. Una vez que me recompuse, pese a las carcajadas de *laird* Stewart, noté cierta calidez en mi estómago. No estaba malo, pensé, sabía a tierra y a brezo, pero dejaba un gusto suave y dulce en el paladar.

—Dime, muchacha, ¿tienes familia? —preguntó.

Directo al grano, ¿eh?

- —No, no tengo, mi, mi madre murió cuando yo tenía trece años. Mi padre se volvió a casar y perdí el contacto con ellos y con mi hermana.
 Tenía que atenerme a lo que él sabía.
 - —Lo siento, *mo nighean*.

Parecía sincero, pero era difícil saberlo, ya que escondía sus emociones tan bien como Connor.

- —Y ¿dónde te criaste, entonces?
- —En Galicia, luego viajé un año a Irlanda y finalmente acabé en Edimburgo. —Hasta ahora no había mentido.
 - —¿Y ahora dónde vivías? —inquirió con un gesto de duda.
 - —En Edimburgo. Allí conocí a Connor —contesté de forma escueta.
- —¿Fue entonces cuando entraste a trabajar de institutriz de los hijos de lord Stelton?

Sofoqué un gesto de sorpresa enterrando mi nariz en el vaso de licor. ¿Qué demonios le habían contado? Intenté ser más cauta.

- —Sí —dije—, lord Stelton era un viejo conocido de la familia y fue muy amable al ofrecerme un trabajo y una casa.
 - —Ah, entiendo —respondió quedamente él.
 - —¿Dónde aprendiste nuestro idioma?

Los giros de la conversación me estaban mareando.

- —En Irlanda. —Esto era verdad.
- —Sí —dijo—, eso explica tu acento tan extraño, aunque no tu extraño léxico.

Intenté mantenerme serena.

—Es cierto —le contesté—, mi castellano también resulta extraño en mi tierra, ya que nací y residí toda mi juventud en Galicia, y allí hablamos otro idioma, más parecido al portugués que al español. Me imagino —

continué— que mezclando toda esa influencia le resulte difícil comprenderme.

—No me resulta difícil comprender tus palabras, muchacha, eres tú quien me resulta difícil de entender.

No se me ocurrió nada que replicar. En cierto modo tenía razón, mi repentina aparición era todo menos clara.

—Lord Stelton es un conocido jacobita, me imagino que residiendo en su propia casa has tenido acceso a valiosa información al respecto. —Dejó el vaso en la mesa con un golpe seco y me atravesó mirándome con la misma intensidad que había heredado su hijo bastardo.

Así que era eso, pensé tranquilamente, «¿cree que soy una espía?»

- —No conozco cuáles son las actividades de lord Stelton, pero desde luego, si está conspirando a favor o en contra del pretendiente al trono escocés, lo ignoro. Yo como sirvienta de la casa no estaba presente en ninguna de sus reuniones, y no podría saber con qué gente se reunía, ya que una vez que terminaban mis labores de instrucción tenía orden de retirarme a la zona de la casa destinada a la servidumbre, y allí, le aseguro, no había tiempo para conspiraciones políticas. —Las palabras fluían de mi boca, una mentira detrás de otra, recreando en mi imaginación hasta las habitaciones de una casa que nunca había visitado.
- —Sí —contestó quedamente—, pero está claro que sabes leer y por tu labor de institutriz de sus hijos tendrías acceso a sus aposentos privados y sus despachos.

Un poco harta de la situación, le pregunté bruscamente:

- —¿Cree que soy una espía jacobita?, pues se equivoca, no tengo ningún interés en que reine uno u otro, la verdad, no es que tenga mucha fe en la institución de la monarquía, ya sea inglesa, escocesa o de cualquier otro país. —Pude ver la sorpresa de su rostro ante mi respuesta abrupta.
- —No es que seas partidaria del rey Jacobo lo que me preocupa, sino todo lo contrario —explotó.

Yo lo miré entrecerrando los ojos de forma desafiante.

Soltó una parrafada en gaélico broncamente. Luego se quedó callado observándome.

- —¿Qué? —pregunté.—No has entendido nada, ¿verdad?—No.
- —Mejor, no te habría gustado entenderlo.

- —¿Está probando si entiendo su idioma? —pregunté enfadada.
- —Sí, pero has dejado muy claro que no lo entiendes.
- —¿Por qué?
- —Te esfuerzas en ocultar tus emociones, *mo nighean*, pero no siempre lo consigues, te he observado cómo actúas con Meghan, y que le tienes aprecio. Hamish parece divertirte; actuaste con cariño hacia mi hijo enfermo; yo no te gusto, aunque lo disimulas, y a lady MacLeod seguramente querrías tirarla por el acantilado más cercano, que no te culpo, yo también lo desearía a veces. Pero si hubieras entendido lo que acabo de decirte en gaélico, habrías saltado encima de la mesa intentando estrangularme.

Yo le miraba a la par enfadada y sorprendida. ¿Cuánto llevaba observándome, siguiendo mis movimientos? ¿Y me acusaba a mí de ser una espía?, le dijo la sartén al cazo. Y pensando un poco tarde, ¿qué narices me había dicho? Intenté memorizar alguna palabra, pero para mí el gaélico seguía siendo indescifrable, una cadencia de sonidos melodiosos pero sin sentido alguno.

- —¿Y Connor? —pregunté—, no me ha dicho qué opino de Connor.
- —Bueno, querida, eso ni tú misma lo sabes, ¿verdad? —contestó sonriendo con los ojos y levantándose.

Yo me levanté también como empujada por un resorte.

—No te he dado permiso para levantarte.

Por un momento dudé entre seguir mi instinto o actuar de forma educada. Me volví a sentar.

- —Connor es un hombre de fortuna —señaló paseando a través de la habitación.
 - —¿Ah sí? —dije sin entender el giro de la conversación.
 - —Sí. Lo es. Y seguro que ya te habrás dado cuenta.

Entonces lo entendí.

- —¿Cree que me caso con él por su dinero? —exclamé furiosa.
- —No lo sé, dímelo tú.
- —¡No!, ni siquiera se me había ocurrido. Connor no me ha ofrecido ni joyas ni dinero, ni yo se las he pedido.
- —Sí, pero una vez que te cases con él, todo será tuyo también. ¿Tampoco habías pensado en eso, acaso? —dijo quedándose parado y mirándome fijamente.
 - -No -contesté cada vez más enfadada. No, porque no pensaba

permanecer tanto tiempo en esa época como para casarme con nadie.

Volví a levantarme, esta vez con la firme decisión de salir de allí y no volver nunca más. Me sentía insultada y humillada a partes iguales, y totalmente frustrada por tener que ocultar los argumentos necesarios para poder defenderme con dignidad.

- —Ha sido una agradable conversación, ¿no crees?
- —Depende para quién —contesté secamente.
- —Me gustas —dijo—, serás una buena compañera para Connor. Eres fuerte y tienes carácter, aunque, mujer, deberías controlar ese descaro porque algún día te traerá problemas.
 - —¿Me está amenazando?
- —¿Yo?, no, querida, me ofendes —contestó haciendo un gesto con la mano—, no podría hacer ningún mal a alguien de mi familia.
- —¿Ah sí? Todos somos buenos, hasta que dejamos de serlo —le contesté hirviéndome la sangre.

Cuando cerró la puerta tras de mí seguía riendo.

Había oscurecido, y por ello los pasillos estaban iluminados cada poco trecho con antorchas. Cogí una intentando no quemarme y me encaminé a mi habitación, pensando en la conversación que había tenido con *laird* Stewart. Era un hombre astuto, pero tenía que serlo para gobernar el clan como lo había hecho desde hacía más de treinta años, evitando luchas entre clanes y usurpaciones inglesas. No me había enfadado porque sospechara que era una espía o una cazafortunas, sino porque parecía conocerme mucho mejor de lo que yo creía.

Esta vez sin perderme llegué a mi habitación. Dejé la antorcha en un enganche a la entrada y cerré la puerta apoyándome de espaldas a ella.

Había sido un día muy largo y no me apetecía bajar a cenar con toda la algarabía previa a las ceremonias del día siguiente. Necesitaba estar sola y analizar todo lo ocurrido. El fuego estaba encendido y me acerqué a la chimenea con las manos extendidas para infundir algo de calor a mi cuerpo. En la mesa había una nueva bandeja de comida, con una jarra de agua. Me acerqué sonriendo. No más vino, ¿eh? En la bandeja reposaban cinco rosas blancas atadas con un cordel. Sobre los tallos había una pequeña cuartilla, la abrí despacio y leí: «Lo siento, C.» Aspirando el fuerte aroma de las rosas, me acosté todavía vestida, y al estirar mi cuerpo me di cuenta de lo cansada que estaba. Me quedé dormida envuelta en el dulce olor de las rosas del perdón.

Se celebran dos bodas

Desperté con una agradable sensación de calidez en el cuerpo. Había tenido un bonito sueño. Era una niña de no más de seis o siete años, estaba corriendo en un jardín con parterres de rosas a los lados, rosas rojas, rosas, amarillas, blancas. Las había de todos los colores y estaban en pleno esplendor primaveral. Olía a hierba recién cortada, aspiré con fuerza y me lancé detrás de un pequeño perrito subiéndome las faldas con ambas manos. Una voz de mujer me llamaba reprendiéndome: «Mademoiselle, mademoiselle, lentement ou vous allez tomber.» Yo no hice caso y reanudé mi persecución atravesando el jardín saltando y esquivando pequeños setos a mi paso. El perrillo se escapaba y yo aceleré el paso. Al final logré atraparlo y lo cogí arrullándolo entre mis brazos. Un hombre alto se acercaba por detrás. «Ma petite, tu ne dois pas prendre le petit chien trop fort ou tu vas lui faire mal —dijo riendo—, no hay que malcriarlos cuando son pequeñitos.» Yo solté al perrillo y me volví hacia él sonriendo. «Père —solté de alegría— tu est revenu.» El hombre me cogió por las axilas y me levantó en el aire, yo reí complacida. «Je veux plus», supliqué. Él me hizo caso y me volteó una vez más y luego giró conmigo todavía en sus brazos. Yo reí extasiada al sentir la suave brisa en el rostro y la sensación de un leve pero excitante mareo, como si estuviese subida en una montaña rusa. «Más, más», grité, y seguí riendo a carcajadas.

Cerré los ojos e intenté volver a dormirme, arrullada por el silencio. Cuando ya estaba a punto de volver a caer dormida, me pregunté distraídamente, ¿cuándo he aprendido yo francés? Abrí los ojos de golpe. El sueño era demasiado real. Los colores, las texturas, el olor de las flores. Era capaz de describir exactamente cómo era el vestido de la niña: azul celeste, con pequeñas flores de lis en blanco bordadas en el corpiño. Sentía el tacto de la tela en mi cuerpo, la rigidez de la falda almidonada. Tenía el pelo recogido en lo alto de la cabeza y las horquillas que lo sujetaban me

tiraban del cuero cabelludo, quería arrancarlas de un tirón y llevar el pelo suelto al aire, que flotara con mis saltos. Llevaba unos pequeños escarpines forrados en la misma tela del vestido. Hacían daño y no me gustaban. Intenté situarme en el centro del jardín de mi sueño, ahora como adulta, y observarlo todo en tercera persona. Vi el rostro de la niña, lo reconocí como si me mirara a un espejo, esos ojos, ese pelo negro. Era yo de niña, pero no era yo. Yo no era francesa ni había vivido nunca en una casa con un jardín con parterres de rosas de colores. Un sudor frío se apoderó de mi cuerpo, cuando la realidad fue tomando consistencia en mi turbada mente. No había sido un sueño, había sido un recuerdo del pasado.

Atribulada como estaba en mis propias preocupaciones no escuché los golpes en la puerta. Estaba todavía en la cama cuando dos hombres del clan entraron portando una enorme bañera de bronce. Ignorando mi gesto sorprendido la dejaron en medio de la habitación y salieron sin mediar palabra. Una detrás de otra entraron varias doncellas con calderos de agua hirviendo que echaron en la bañera. Yo observaba estupefacta la extraña procesión hasta que entró Daisy con lo que parecía un frasco y varias toallas en el otro brazo.

- —¿Todavía está durmiendo? —inquirió.
- —Sí, bueno, no, con todo este jaleo —acerté a decir.

Suspiró mirando al cielo y me instó a levantarme apartando todas las mantas hasta el pie de la cama.

- —Eh —protesté, sintiendo de repente el frío de la mañana a través de mi camisón.
- —Vamos —rio ella—, hoy se casa, ¿no lo recuerda? Tiene que bañarse. Señaló con la cabeza la enorme bañera humeante.
- —Sí, claro —le contesté todavía un poco aturdida. Me levanté despacio y metí una mano en el agua. Estaba agradablemente caliente y de repente la idea del baño se tornó de lo más sugerente. Le cogí las toallas que todavía llevaba colgadas del brazo.
 - —Ya puedo yo, gracias —añadí. No pensaría quedarse mirando, ¿no? Ella no se movió un palmo. Siguió mirándome con gesto intrigado.
- —Tengo órdenes de bañarla y lavarle el pelo —dijo finalmente con gesto ceñudo.

Aguanté la respiración. Ni muerta iba a dejar que una completa desconocida me frotara el cuerpo desnudo. Aunque el nivel de intimidad en esta época era bastante menos acusado que en la mía, todavía sentía pudor,

y mucho, en cierto tipo de situaciones.

—Me baño sola desde que pude sostenerme sobre estas piernas —casi grité. Al ver su enfado en la cara intenté suavizar mi tono—. Estoy acostumbrada a asearme sola, no necesito su ayuda —dije en tono más suave—, aunque estoy segura de que es...muy competente en estos menesteres.

Pareció dudar entre su obligación como doncella y mi terquedad. Finalmente cedió abandonando la habitación maldiciendo en gaélico por lo bajo.

—Volveré para vestirla —amenazó cerrando la puerta.

Sin perder un instante, me quité el camisón y me metí en la bañera antes de que el agua se enfriase, sintiendo cómo el calor relajaba la tensión de mis músculos. Agarré el frasco que Daisy había dejado depositado en el suelo. Lo abrí y olí el líquido de su interior, era jabón con un fondo floral. Me eché una generosa cantidad en la mano y me froté vigorosamente el pelo hasta provocar una nube de espuma. Me aclaré sumergiéndome una y otra vez en el agua. No quise demorarme mucho, no deseaba que apareciese la doncella otra vez estando yo desnuda.

Al poco rato y todavía con el pelo húmedo entró Meghan seguida de Mary, que traía entre los brazos con sumo cuidado lo que era mi vestido nupcial.

No pude evitar una exclamación de asombro. El vestido era maravilloso, de un color amarillo pálido, ribeteado con hilo de oro desde el corpiño hasta la voluminosa sobrefalda. Las mangas llegaban hasta el codo ampliándose en caída dejando entrever las puntillas valencianas. La falda por el contrario era de color dorado casi cobre. Habían solucionado el tema de mi altura añadiéndole un disimulado volante. Pensé que solo me faltaba la varita mágica para parecerme al hada madrina de *Cenicienta*.

- —Es precioso, ¿no crees? —preguntó Meghan con una sonrisa, sabiendo la respuesta.
- —Sí, ciertamente lo es —contesté tocando suavemente con la mano el satén amarillo.
- La abuela se negó a compartir lecho con el viejo Hamish hasta que este le proporcionó un vestido digno de una reina para contraer matrimonio
 explicó.
 - —¿Vivían juntos antes de casarse? —pregunté extrañada.
 - —Oh, ¿no te lo ha contado Connor?

Negué con la cabeza.

- —El viejo bribón la secuestró y comprometió su honra hasta que el bisabuelo tuvo que aceptar el matrimonio —rio Meghan.
 - —¿La secuestró? —pregunté. Yo no le veía la gracia.
- —Oh, sí. El abuelo era un pariente pobre —explicó—. También era un Stewart pero de otra rama. Se quedó huérfano de niño y vino a trabajar al castillo. Él y Euphemia, la abuela, crecieron juntos, aunque separados por un inmenso abismo, ella como dama e hija del jefe del clan y él ganándose la vida con la miserable paga de soldado. Pertenecía a la guardia privada del *laird*. Ella lo despreciaba y no se molestaba en ocultarlo. Él se cansó de tanto desaire y decidió darle una lección. El mismo día que la abuela cumplió quince años, el viejo Hamish se la llevó del castillo a las montañas y la retuvo en una cueva. La abuela luchó con uñas y dientes, el abuelo solía decir que tenía cicatrices que lo probaban. Finalmente ella se rindió y le propuso un trato: solo se casaría con él si conseguía un vestido digno de una reina. El cómo consiguió el vestido siendo Hamish pobre como una rata, nunca lo hemos sabido. Probablemente lo robó a otra desafortunada dama. En aquellos tiempos era todo mucho más salvaje. Asaltó al sacerdote de la aldea y lo obligó a casarlos a punta de espada. Cinco semanas después del secuestro aparecieron en el castillo. El bisabuelo apresó a Hamish y lo iba a ejecutar, pero la abuela intervino y le obligó a aceptar el matrimonio con la amenaza de que si la dejaba viuda se metería de por vida en un convento. El bisabuelo claudicó, la abuela era su única hija y ese matrimonio, su única fuente de descendencia para el clan. Cuando lo sacaron de la prisión, el bisabuelo le dijo a Hamish que no envidiaba su condición, que pasar su vida encadenado a su hija podía ser un destino más terrorífico que la propia muerte. El abuelo le sonrió y poniéndose derecho le informó que tenía toda la vida para domar a la abuela. El bisabuelo le dijo que por supuesto no lo conseguiría. —Suspiró dando por terminado el relato.

Yo estaba de lo más intrigada.

- —¿Lo consiguió? —pregunté.
- —¡Claro que no!, ninguno lo logra —dijo Meghan guiñándome un ojo —, pero a veces nos gusta hacerles pensar que lo han conseguido.

 Reí con ella.
- —Fue un buen matrimonio —dijo con ojos soñadores—, estuvieron juntos más de veinte años. No se separaron jamás. La abuela sufrió mucho

cuando él falleció y no se volvió a casar, aunque tuvo varias proposiciones. —Hizo una pausa y me miró—. Bueno, y ahora vamos a vestirte, se está haciendo tarde. Quítate la camisa que llevas.

Juraría que vi una llamarada de satisfacción en la mirada de Mary, la joven doncella. Esta vez no tenía por dónde escapar. Me quité la camisa intentando taparme lo mejor que podía y pasé rápidamente por mi cabeza la que me ofrecían.

Me ayudaron a ponerme el pesado vestido, casi estrangulándome cuando apretaron las cintas del corpiño.

- —Basta —dije—, no podré respirar.
- —Claro que sí —contestó Meghan apretando un poco más—, solo tienes que caminar recta. ¿Ves?, así. Simuló el movimiento, haciendo que su voluminoso vientre se proyectara hacia delante, con lo que el bebé protestó con una fuerte patada, que provocó que Meghan se inclinara bruscamente.
 - —¿Estás bien? —pregunté viendo su súbita palidez.
- —Sí —contestó resollando—, es solo que ya tiene mucha fuerza, y, ¡maldita sea!, me acaba de patear el hígado. Vamos —dijo recobrando rápidamente la compostura—, siéntate aquí. Me acercó un pequeño taburete de tres patas.

Me senté cuidando de no arrugar el vestido, y erguí la espalda por la fuerza de las varillas del corsé.

Ambas discutían a mi espalda cómo recogerme el pelo mientras cogían mechones y los subían o los enroscaban aleatoriamente. No pude reprimir los recuerdos de mi propia boda. Algo triste, me serví en un vaso de la botella que estaba en la bandeja. La saboreé con gusto, era vino dulce, muy similar al albariño, y mi mente voló a otro tiempo y otros recuerdos mucho más felices.

Al contrario de lo que solían decir, que el día de tu boda era todo tan caótico que luego te costaba recordar los detalles, yo lo mantenía todo en mi memoria, cada gesto, cada rostro. El día empezó muy pronto. Gala había llegado la tarde anterior de Edimburgo y fuimos juntas a la peluquería. Estando las dos sentadas y sufriendo los tirones de las peluqueras me preguntó por quinta vez ese día:

—¿Estás segura de que quieres casarte?, mira que todavía estamos a tiempo de solucionar este embrollo —me dijo girando solo un poco la cabeza, lo poco que le permitían las manos de la peluquera.

Yo reí, y por quinta vez le contesté lo mismo:

- —No es un embrollo, Gala, es mi boda, y estoy muy segura de lo que voy a hacer, amo a Yago, es el hombre de mi vida —lo decía sinceramente— y basta ya —añadí reprobándola—, cualquiera diría que no te alegras por tu hermana.
- —No es eso, me alegro, pero... Dios, es para toda la vida. ¿Realmente estás segura de lo que haces?, eres, somos —corrigió— unas crías, tenemos toda la vida por delante, y el encadenarte a un solo hombre remarcó esas dos palabras— es algo antiguo en esta época. Piensa todo lo que podrías hacer si no estuviera él. Siempre habías querido vivir en el extranjero, viajar, no sé —añadió con un ademán de la mano—, vivir, en definitiva.
- —Gala —le contesté pacientemente—, todo eso ya lo he hecho, y seguiré haciéndolo con él. Yago y yo tenemos algo real. Un proyecto. Una forma de vida.
- —¡Joder! —exclamó—, qué aburrida eres. De todas formas —añadió pensativa rascándose la barbilla— existe el divorcio. Así que no todo está perdido. —Me sonrió malévolamente mostrándome toda su dentadura hasta los molares. Nunca pensé lo cerca que estaba de la verdad.
- —Niñas, niñas —nos interrumpió Pam, cuando yo estaba a punto de darle una colleja a mi hermana—. ¿No creéis que da un poquito de mala suerte hablar de divorcios el día de una boda? Gala —dijo mirándola—, relájate y disfruta del día de Gin, cuando te toque a ti, ella estará allí apoyándote, no proporcionándote ideas de fuga.

Mi hermana y yo hicimos el mismo mohín de disgusto y ambas nos concentramos en nuestra propia imagen en el espejo. Me preguntó una vez más si estaba segura de casarme en la iglesia, a punto de llegar al altar; me paró, y con la excusa de darme un beso en la mejilla, me susurró al oído que si quería darme la vuelta y salir corriendo, ella estaría allí para ponerle la zancadilla a Yago y que no pudiera atraparme. En el banquete le pregunté cómo sabía que Yago iba a correr detrás de mí; ella me contestó, con una sonrisa esta vez sincera y algo etílica, que Yago era de los que corrían detrás y no delante de las mujeres. Reí, aunque no comprendí del todo aquella animadversión declarada hacia mi recién estrenado marido.

Apartando esos recuerdos que ahora se tornaban dolorosos, intenté

centrarme en lo que me rodeaba. Finalmente habían decidido que llevara el pelo suelto. A mí francamente me daba lo mismo, veía esta boda como un trámite que tenía que pasar. Que llevara el pelo recogido, en tirabuzones o cardado como un *punky* me era indiferente.

- —No te aplicaremos las tenacillas —Meghan levantó el arma con las manos—, no hará falta, el cabello se te ondula solo y si lo intentamos rizar más quizá parezcas una oveja lanera.
- —Gracias —respondí no muy segura de si era una alabanza o no; de todas formas me consideré afortunada de no someterme a la tortura de las tenacillas, que seguro solo iban a conseguir que mi pelo oliera a cerdo quemado.

Como colofón me pusieron una diadema de flores en la coronilla.

- —¿Qué es esto? —pregunté un poco incómoda tocándola con la mano. Empezaba a sentirme como un regalo envuelto en sedas, celofán y coronado con un enorme lazo.
- —Chsss, quieta —Meghan me dio un pequeño manotazo en la mano inquisidora. Hemos conseguido entrelazar unas pocas florecillas del invernadero de la abuela, si no ahora, en pleno invierno, te hubieras tenido que casar con cardos escoceses en el pelo. Rio de su propia ocurrencia. Toda novia debe llevar flores, es la tradición.

Yo intenté componer una sonrisa que resultó una mueca ante el espejo.

- —Estás muy pálida —comentó mirándome seria—, ¿has comido algo?, debes comer, si no te desmayarás en el altar —aseveró.
- —He comido algo de lo que quedó de ayer —señalé la bandeja abandonada encima de la mesa la noche anterior. Allí todavía descansaba el pequeño ramillete de rosas blancas, que seguía impregnando la habitación de un fuerte olor floral. Tal vez era eso, pensé para mí tristemente, lo que me había hecho soñar con el jardín de rosas francés.
- —Un último toque —añadió Meghan feliz ignorando mi rostro serio. Se quitó los pendientes que llevaba y me los tendió en una mano.
 - —Toma —dijo—, harán juego con los ojos de Connor.

Los pendientes eran de plata, dos pequeñas lágrimas de esmeraldas brillantes.

—Gracias —dije con un nudo en la garganta, poniéndomelos con manos temblorosas.

Sonaron unos fuertes golpes en la puerta.

—¡Qué bien! —palmeó Meghan—, justo a tiempo.

La miré intrigada y luego volví el rostro hacia Hamish padre, que acababa de traspasar la puerta con lo que suponía eran sus mejores galas. Iba vestido con el tartán tradicional de los Stewart, pero en una versión más lujosa de la que yo conocía. Llevaba una chaqueta de terciopelo marrón ribeteada en hilos de plata, el *plaid* le cruzaba el torso, trazando una línea colorida sobre su camisa blanca de la que solo se veía la parte superior, abotonada hasta el cuello y adornada con puntillas. Prendiendo el conjunto, un broche de plata con el emblema del clan. Medias de lana a cuadros y zapatos con hebilla también de plata. El pelo lo llevaba recogido en una pequeña coleta en la nuca, con una cinta marrón, también de terciopelo.

Meghan plantó con entusiasmo un beso en la mejilla de su padre a la vez que le susurraba lo guapo que estaba, a lo que este pareció bastante azorado.

—Está bien, Meghan —dijo recuperando la voz—, ¿está la novia preparada?

La novia estaba, preparada o no eso estaba por ver.

- —Eso creo —contesté quedamente, bastante impresionada por su impostura.
- —Hummm —contestó con el típico sonido gutural que tan familiar se me había hecho y mirándome apreciativamente, pero sin hacer ningún comentario al respecto—, vamos —me ofreció el brazo—, está todo preparado. Connor está esperando y se ha desatado y atado tantas veces el lazo de la camisa que creo que como tenga que aguantar un rato más acabará ahorcándose en su propia lazada.

Meghan volvió a reír y me empujó con suavidad por la espalda acercándome un paso más a su padre. Yo trastabillé adecuándome a los altos tacones de los incómodos zapatos.

Antes de que alargara mi brazo para entrelazarlo en el del viejo Hamish, Meghan me cogió la mano.

—Mira —dijo emocionada dirigiendo su mirada a la ventana—, está nevando. Ya sabes lo que dicen. Novia nevada, novia afortunada. Y volvió a reír con alegría dándome un pequeño beso en la mejilla.

No supe qué decir, solo sonreí y me sujeté con fuerza al brazo de su padre. Ambos salimos por la puerta. Él con paso firme y yo arrastrando los pies, con el ánimo de un condenado a galeras.

Antes de llegar a la capilla tuve un repentino ataque de histeria y

comencé a reír de forma algo extraña y a hipar al mismo tiempo. Había un novio que se casaba por motivos políticos con alguien a quien no amaba, y que probablemente esa misma noche se acostara con otra más dispuesta; otro novio que se iba a desposar obligado por las circunstancias de ocultar su verdadera naturaleza; una novia molesta por tener que seguir las directrices de su clan, y por fin yo, la novia venida del futuro que no tenía ni idea de qué hacía allí. Solo faltaba la folclórica con traje de cola y Almodóvar tendría un argumento perfecto para otra película.

Cuando llegamos a la puerta de acceso a la pequeña capilla del castillo, paramos. No nos habíamos cruzado con nadie en el camino. Me asomé tímidamente. Lo que me temía. Estaban todos dentro. Apiñados en los estrechos bancos los que habían llegado antes y los demás agrupados en los laterales y el fondo, conversando entre ellos. Se percibía un suave murmullo emitido por deferencia al lugar sagrado en el que se encontraban.

Una atmósfera de irrealidad lo envolvía todo, los olores de la gente agrupada se mezclaban entre sí, con el humo de las antorchas que coronaban las paredes, y sí, también incienso. Las llamas de las velas que adornaban el altar lanzaban pequeños destellos bailarines compitiendo con sus hermanas de brea colgadas de las paredes. Aun así, la capilla permanecía en penumbra. El día se había tornado oscuro y la única vidriera que presidía el altar no dejaba pasar demasiada luz.

Sentí miedo, empezaba a estar mareada y me costaba respirar, y el estar continuamente en posición erguida hacía que la espalda lanzara fuertes calambrazos de protesta.

No me di cuenta de que agarraba el brazo del *laird* con la mano completamente agarrotada hasta que él se volvió con un gesto de comprensión en la mirada.

—*Mo nighean*, no será tan malo, piensa que es mucho mejor a que un cirujano te extraiga una muela —dijo susurrando.

Me parecía una extraña comparación, pero aun así, le contesté mascullando.

- —Sí, pero entonces tendría anestesia.
- Él me miró sin comprender, yo no intenté explicárselo.
- —Alea iacta est —susurré con voz queda. La suerte está echada.
- El viejo Hamish me miró profundamente, y susurró a su vez:
- —Exacto, querida, yo no lo hubiera podido expresar mejor.

Alguien de la última fila se había percatado de nuestra presencia y comenzó a hacer gestos al resto de lo que a mí me parecía una multitud, aunque en total no llegaría a setenta personas. Todas desconocidas, ningún amigo o familiar. Una extraña boda, pensé con tristeza, en la que la novia está completamente sola.

Todos se levantaron al unísono provocando un fuerte retumbar de zapatos contra el suelo y roces de vestidos. Alguien carraspeó. Esa fue la señal de salida.

Con un brusco tirón, *laird* Stewart me obligó a caminar, aunque mis piernas estaban paralizadas y mis pies, clavados al suelo. Temí caerme y hacer un completo ridículo. Conque no me sonrojaba nunca, ¿eh?, ahora mismo debía de parecer un tomate en una exposición de verduras.

En medio del caos lo percibí, su presencia, sus ojos clavados en mí, al pie del altar. Levanté la cabeza que llevaba inclinada y me sostuve en su mirada verde brillante. «Dios mío, está impresionante», pensé, y un pequeño pellizco de orgullo se coló en mis nervios destrozados. Se erguía en toda su altura, llevaba el tartán de gala de los MacIntyre, desde los zapatos hasta la cinta del pelo, nada desentonaba. Se había puesto una chaqueta de terciopelo color musgo con botones de plata, que oscurecía un poco el color de sus ojos, el *plaid* le cruzaba el ancho pecho sujeto por un broche también de plata adornado con esmeraldas, la camisa se le aflojaba en el cuello, era cierto, sonreí interiormente, tenía el lazo desabrochado, pero eso le daba un aire todavía más varonil, como un descuido creado a medida del traje que portaba. El pelo, brillante y rubio, lo llevaba recogido en la nuca. No movió ni un músculo mientras yo recorría los escasos diez pasos hasta el altar. Su gesto era serio pero tranquilo. «Sostenme con tu mirada», le susurré mentalmente, él pareció entenderlo y sonrió a medias, «no te dejaré caer», me susurraron esos ojos hipnóticos.

Solo cuando llegué al altar y *laird* Stewart me situó con un asentimiento de cabeza a la izquierda de Connor, me fijé que dos metros a su derecha estaba Hamish hijo mirándome fijamente, con una expresión, ¿furiosa?, ¿de lástima?, no sabría decirlo. Igual que su medio hermano era digno de un retrato, solo se diferenciaban en el color del tartán y el de la chaqueta, la de Hamish era de un tono azul noche.

Las voces volvieron a acallarse, por la arcada pasaron erguidos y desafiantes Moira y su padre, que resollaba con una chaqueta con botones dorados a punto de reventar en su pronunciada barriga. Ella vestía de azul

pálido, color que hacía juego con sus fríos ojos. Miraba directamente al frente, como si hiciera un paseo marcial que hubiera estado ensayando toda su vida. Sus finos labios se curvaban en una falsa sonrisa de triunfo. Llevaba el pelo recogido en alto en lo que parecía un complicado rodete cubierto por un gorrito del mismo tono del vestido, bordado con pequeñas florecillas en un color más oscuro. Al verme hizo una mueca apenas disimulada. Yo un poco avergonzada miré a Hamish esperando ver a un novio atribulado. Me encontré con sus ojos todavía fijos en mí, con una mirada de furia acumulada. Connor en ese momento entrelazó su mano en la mía; la suya, cálida y fuerte, la mía, fría y a mi pesar bastante temblorosa. Levanté el rostro hacia él a tiempo de ver cómo volvía la mirada de su hermano a mí, cambiando el gesto adusto en una sonrisa confiada. Se inclinó hacia mí.

- —Estás preciosa —susurró, apretando un poco más su mano en señal afirmativa.
- —Tú te has cortado el pelo. —Mi mente me lanzaba mensajes de lo más desconcertantes en los momentos más inoportunos.

Enarcó una ceja y sonrió confiado.

Cuando estuvimos los cuatro convenientemente apostados frente al altar dio comienzo la ceremonia. Las bodas católicas son siempre parecidas; una vez que has estado en varias, todas parecen iguales, ya sea en mi época o en la que me encontraba. Los ritos de la unión marital no parecían haberse modificado con el tiempo.

Con la sensación de falsa seguridad que me producía el conocer de antemano el procedimiento miré finalmente al sacerdote.

Ahogué una exclamación y vino a mis recuerdos el poema de Quevedo que aprendí en la escuela: «Érase un hombre a una nariz pegado.» El padre MacTavish era un hombre realmente grande a lo largo y ancho de su persona, al pecado de la gula no parecía tenerle demasiado miedo, dado el tamaño de su contorno, que cubierto por la sotana parecía una enorme mesa camilla. El rostro igualmente redondo como su persona estaba extraordinariamente adornado por una gran nariz enrojecida con bultos, lo que me hizo pensar automáticamente en una berenjena. Sus ojos en cambio eran pequeños, hundidos y claramente insidiosos, y su gesto traslucía que había adivinado mis pensamientos, pues me miraba instándome a guardar un poco de compostura. Yo recompuse mi rostro y él, dándose por satisfecho, pasó su ancha mano por la calva reluciente en la que se

reflejaban por turnos la luz de las velas del altar, como si peinara una profusa melena.

El apretón de la mano de Connor se hizo más fuerte, él también se había dado cuenta de mi sorpresa, instándome a la tranquilidad, aunque como siguiera apretando así iba a terminar con algún hueso roto.

El sacerdote abrió sus gruesos labios, y con una boca a la que le faltaba la mayoría de los dientes pronunció las primeras palabras, ceceando por la falta de sujeción de su lengua.

—Eztamos aquí deunidos pada unid a eztos hombdez con eztas mujedez en zanto matdimonio.

A mí me entraron unas ganas tremendas de reír y ahogué una carcajada tosiendo y atragantándome. «¡Dios mío! —pensé—, me va a dar otro ataque de histeria.» Connor me miró serio y yo intenté concentrarme en la imagen de San Andrés de la vidriera, el patrón de Escocia, muy oportuno.

La homilía continuó, con el padre MacTavish jadeando y escupiendo saliva en el esfuerzo, intenté concentrarme en las palabras, pero eran una mezcla de escocés y latín, y no entendí apenas nada. Hasta que vi que me había lanzado una pregunta y me percaté del silencio de la capilla y todos los ojos fijos en mí.

- —¿Qué? —acerté a preguntar.
- —Digo, muchacha, zi estáz bautizada por la Zanta Madde Iglezia.

Connor me miró inquisitivo; la verdad, nunca me había preguntado qué religión profesaba.

—Sí —contesté con voz firme, al menos de eso estaba segura—, soy católica, mi país es católico. —De hecho todavía tendrían que pasar varios siglos para que el Estado español se declarara aconfesional.

Connor pareció relajar el abrazo de su mano.

El padre MacTavish se relajó también convencido si no por mí por mi tierra, España, que en el siglo XVIII era uno de los países más profundamente católicos de Europa.

—A ti, quedida —se dirigió a Moira—, no te lo pdeguntadé, ya que fui yo mizmo el que te adojó el agua bautizmal y te libdó de loz pecadoz.

Ella le sonrió con displicencia.

Pasamos a los votos. Por fin, suspiré; cada vez me dolía más la espalda y tenía la mano entrelazada a Connor totalmente entumecida, pero sin ánimos de desprenderme de su agradable consuelo.

Se oyó una voz a nuestras espaldas. Era Meghan, que se acercaba al altar

con una pequeña Biblia encuadernada en cuero entre las manos.

—Ah, zí —dijo el sacerdote—, la hedmana de loz novioz quiede hacednoz padtícipez de una lectuda que ha elegido para la ocazión.

Meghan subió al altar sonriendo y, sin mirar a nadie en particular, comenzó a leer con voz alta y clara. Y yo creí morirme en ese mismo momento.

—Aunque yo hablara todas las lenguas de los hombres y de los ángeles, si no tengo amor, soy como una campana que resuena o un platillo que retiñe.

No necesitaba traducirlo, conocía cada palabra de memoria.

—Aunque tuviera el don de la profecía y conociera todos los misterios y toda la ciencia, aunque tuviera toda la fe, una fe capaz de trasladar montañas, si no tengo amor, no soy nada.

Se me hizo un nudo en el estómago, tirando con violencia hacia mi interior.

—Aunque repartiera todos mis bienes para alimentar a los pobres y entregara mi cuerpo a las llamas, si no tengo amor, no me sirve para nada.

Quería llorar pero de mis ojos no brotaba ni una lágrima.

—El amor es paciente, es servicial; el amor no es envidioso, no hace alarde, no se envanece, no procede con bajeza, no busca su propio interés, no se irrita, no tiene en cuenta el mal recibido, no se alegra de la injusticia, sino que se regocija con la verdad. El amor todo lo disculpa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta. El amor no pasará jamás. Las profecías acabarán, el don de lenguas terminará, la ciencia desaparecerá; porque nuestra ciencia es imperfecta y nuestras profecías, limitadas.

Las palabras me enturbiaban la mente y el espíritu y creí que acabaría desmayándome.

—Cuando llegue lo que es perfecto, cesará lo que es imperfecto. Mientras yo era niño, hablaba como un niño, sentía como un niño, razonaba como un niño, pero cuando me hice hombre, dejé a un lado las cosas de niño. Ahora vemos como en un espejo, confusamente; después veremos cara a cara. Ahora conozco todo imperfectamente; después conoceré como Dios me conoce a mí. En una palabra, ahora existen tres cosas: la fe, la esperanza y el amor, pero la más grande de todas es el amor. Carta de San Pablo a los Corintios 13, 1-13.

De pronto, tomé conciencia de todo lo que me rodeaba, un sollozo amenazó con estallar en mi garganta, y comencé a temblar violentamente.

Di un paso atrás en un intento de huida. Connor me miró sorprendido y disgustado. Yo vacilé, todavía estaba a tiempo de escapar de esta farsa, pero no tenía valor. ¿Connor me perseguiría? No, estaba segura, Connor no era un hombre que persiguiera mujeres, sino al contrario. Aceptaría con resignación mi decisión y me dejaría marchar. Sin embargo mi rostro debió de indicar mis intenciones, por lo que pasó una mano con fuerza por detrás de mi espalda y se acercó a mí.

—¡No lo hagas! —fue su súplica susurrante.

Yo no contesté. Esta vez fui yo quien sujetó con más fuerza la mano de Connor instándole a que me transmitiera algo de paz; él me devolvió el gesto pero no apartó su otra mano de mi espalda. Ese texto, ese maldito texto bíblico era el mismo que yo había elegido para que se leyese en mi primera boda, y la voz de Meghan, con el acento escocés tan melodioso y cadente, había acercado de pronto la imagen de mi hermana en el altar sonriéndome igual que lo hacía mi cuñada ahora, con la misma voz clara, con un acento también melodioso y suave, el acento galaico, leyendo exactamente las mismas palabras que acababa de escuchar.

Moira emitía pequeños gemiditos mientras las lágrimas de emoción por las dulces palabras corrían por sus mejillas, y escuché cómo Hamish volvía a bufar. Connor me miraba inquisitivo con el rostro serio y preocupado. Yo simplemente me balanceaba como el juguete tentempié de un niño, temiendo desplomarme en cualquier momento.

Nadie, excepto Connor, pareció darse cuenta de mi estado y ahora sí, comenzaron los votos.

Primero los pronunció Connor, con voz fuerte y serena: «Yo, Connor Aiden MacIntyre Stewart, prometo serte fiel, en las alegrías y las penas, en la salud y en la enfermedad, en la pobreza y en la riqueza, hasta que la muerte nos separe.» Yo continué mirándole al rostro; igual que había hecho él momentos antes, mi voz no tan firme, y trabándome en alguna palabra, conseguí terminar en un suspiro.

Sacando dos alianzas del bolsillo de su chaqueta, me cogió la mano derecha, que a mi pesar seguía fría y temblorosa. Yo le ofrecí el dedo anular, Connor cogió el índice. Di un respingo ante la sorpresa. Con la misma voz grave y seria con que había pronunciado sus votos dijo, introduciendo hasta la mitad el anillo en el dedo índice:

—En el nombre del Padre —lo extrajo y lo metió en el siguiente, el dedo corazón—, en el nombre del Hijo —lo volvió a sacar hasta que lo introdujo

finalmente en mi dedo anular hasta la base, y dijo—: y del Espíritu Santo.

Yo extrañamente más tranquila, repetí el mismo procedimiento con su mano derecha y con la alianza que me ofrecía.

Siguieron Hamish y su ya esposa lady Stewart.

El padre MacTavish sonrió a los presentes y anunció formalmente:

—Y yo, con el poded que me ha otodgado la Zanta Madde Iglezia, os declado madido y mujed. Lo que Dioz ha unido, que no lo zepade el hombde.

Con la misma expresión que me imagino tendría de haber escuchado la sentencia de un juez de veinte años de prisión y un día, volví mi rostro a Connor, que depositó suavemente un beso en mis fríos labios.

Sorprendida y un poco acalorada por la sensación que me produjo tener sus labios posados en los míos, oí los vítores y aclamaciones de los invitados a la boda.

«Ya está —me dije—, Ginebra, prueba superada.»

Como en un sueño profundo, Connor me dirigió hacia la salida de la pequeña capilla, mientras recibíamos las felicitaciones de los invitados, convertidas en apretones de brazos, de manos, caricias en mi rostro y ocasionales besos fugaces en mis acaloradas mejillas.

Justo cuando atravesábamos la arcada y sin darme tiempo a reaccionar, recibimos una lluvia de pequeñas semillas lanzadas por dos pequeños diablillos que se reían al ver mi cara de estupor. Escupí tosiendo y me atraganté, al fin pude sacarme una de esas semillas de la boca y haciendo un gesto de asco mal disimulado, exclamé alzando la mano.

—¿Qué demonios es esto?

Me contestó Connor, que reía a mi lado complacido.

—Trigo, claro, esto es para..., para mejorar la fertilidad de la novia.

Se volvió hacia mí con una sonrisa de oreja a oreja.

No me dio tiempo a contestar, el pequeño Ian me cogió en volandas y me plantó un beso húmedo de saliva en los labios, mientras me estrujaba en sus brazos. Yo agité las piernas en un intento desesperado de volver a pisar suelo firme. Connor me rescató igual que hizo la noche que llegamos al castillo, y dándole un pequeño empujón a su medio hermano lo reprendió por su efusivo trato.

Aguanté la tentación de limpiarme la saliva de los labios apretando una mano al costado, no quería herir los sentimientos de Ian, que de hecho eran los más sinceros que había visto desde que llegué al hogar de mi ahora marido.

- —Dice que pareces una princesa y quería felicitarte —se disculpó Connor, pasando una suave mano por mis labios—, a veces es un poco excesivo, no muy a menudo, pero bueno, parece que tú le gustas mucho. ¿No te habrá molestado? —inquirió, me imagino que no sabiendo cómo interpretar el gesto de mi cara.
 - —No, no pasa nada, es solo que estoy un poco nerviosa todavía.
- —Cuando comas algo te sentirás mucho mejor, vamos. —Puso una mano en mi espalda instándome a caminar.

Yo no vacilé. Ahora que toda la atención parecía centrada en la otra pareja procedí a escapar del barullo acompañada de mi recién estrenado marido.

Cuando entramos en el salón nos recibió otra salva de aplausos y vítores, no demasiados, ya que todavía había pocos invitados refugiados en la comida y bebida; los más inteligentes, sin duda.

William corría de un lado a otro rellenando copas, vasos y jarras. Era el mayordomo, ahora ascendido a encargado de los festejos, una costumbre de las Highlands. Con su carácter iba a ser una noche dura para él. Se acercó a mí.

- —¿Una copa de vino? —preguntó alzando una botella que portaba en la mano.
- —No —le contesté echando una mirada a la mesa más cercana—, necesito algo más fuerte. ¿No hay whisky por ahí?
- —Sí, claro, claro, lady MacIntyre —dijo materializando una botella de líquido color ámbar frente a mí—, pero ¿no es un poco pronto? —Arqueó las cejas—. No es todavía la hora del almuerzo, y va a tener que responder a muchos brindis a lo largo del día. Quizá debiera empezar con algo más suave. Un vino blanco francés sería lo más adecuado.
- —No —contesté obstinadamente y algo intimidada por su forma de dirigirse a mí. «¿Lady MacIntyre? Dios mío, ¿qué había hecho?» Agarré el vaso que me ofrecía como si en ello me fuera la vida.

Connor encogió los hombros en un gesto de resignación y comentó:

- —Yo te aceptaré esa copa de vino francés con mucho gusto, amigo.
- —Un hombre con criterio, sí señor —contestó William ofreciéndole una copa de cristal tallado llena hasta la mitad de líquido semitransparente.

Bebí un sorbo con cuidado, aun así el fuerte licor bajó por mi esófago como una bola de fuego, arrastrando con él algo de mi nerviosismo, y

dándome momentáneamente una falsa sensación de seguridad.

—Aguantaré —dije mirando a los dos hombres a los ojos— todo el día si es necesario.

William dijo algo en gaélico a Connor, y este soltó una fuerte carcajada. Los miré inquisitivamente con gesto enfadado.

—Le he dicho a su marido que no es necesario que aguante todo el día, sino toda la noche, querida. —Y se marchó con bastante agilidad dado el tamaño de su persona. Este hombre ¿habría bebido?, o ¿es que ahora que ya no era la extranjera, se había relajado en mi presencia?

Mientras Connor seguía riendo, yo volví a enterrar mi rostro en el vaso. Estaba segura de que el calor que acompañaba mi estómago era fiel reflejo del calor que mostraba mi rostro.

La entrada de la otra pareja contrayente y del resto de invitados me evitó más momentos de vergüenza. Rápidamente, Elsphet, vestida con su mejor cofia y un delantal de un blanco prístino, lo organizó todo junto con las muchachas que actuarían de camareras en el salón. A Connor y Hamish los situó en la cabecera de las dos mesas principales, nosotras sentadas a su derecha. Los invitados más importantes compartían mesa con nosotros. El resto estaban diseminados en mesas más pequeñas colocadas aleatoriamente. Los niños, imposibles de asentar, corrían de un lado para otro para disgusto de las jóvenes camareras y de Elsphet, que aprovechaba cuando alguno de ellos, despistado, se acercaba a su radio de acción para golpearlo con lo que tuviera a mano.

Una tras otra fueron sacando fuentes de la cocina, corderos estofados, cerdos asados, pasteles de carne, bandejas de verdura cocida para acompañar las carnes, codornices rellenas en salsa de castañas y un sinfín de platos de agradable sabor, pero totalmente desconocidos para mí. Un gran venado se tostaba en la enorme chimenea, llenando el salón de un agradable olor a carne asada.

Cogí algo parecido a un redondo de carne prensada que me ofrecía Ewan; estaba bueno, algo picante, pero perfectamente comestible.

Paré con el cuchillo a medio camino de mi boca dándome cuenta de que las personas que me rodeaban me miraban fijamente. Agaché la mirada al plato, ¿estaba haciendo algo que no debía? Miré extrañada a Connor.

```
—Es haggis —dijo simplemente.
```

—¿Y? —pregunté.

Antes de abrir la boca para contestar lo interrumpió Meghan.

—Es carne y despojos de animales prensados en el intestino del cordero. No a todos les gusta. Pero es un plato típico de las Highlands.

Sonreí. ¿Era una especie de prueba?

—Bueno, por lo que has descrito no es muy diferente a un plato de mi tierra —era cierto—, botillo se llama. Allí lo rellenamos también de algún tipo de verdura, cebolla principalmente o zanahoria, pimentón y clavo, y luego por supuesto lo ahumamos. Lo cocinamos con grelos —pensé en voz alta—, aquí lo llamáis berza, creo.

Miré alrededor, parecían decepcionados. Una sonrisa asomó a mis labios. En cierto modo la comida escocesa y la gallega se parecían mucho, las dos regiones tendían a especiarlo y ahumarlo todo, y la mayoría de los sabores me eran familiares.

—¿De verdad te gusta? —preguntó Connor.

Yo hice una señal de asentimiento.

- —¿A ti no?
- —Soy escocés, estoy acostumbrado a comer hasta hierba, si es crujiente —susurró. Me pregunté qué tipo de vida habría llevado hasta que le conocí. Seguía siendo un misterio, pero cada vez más excitante.

Ewan se levantó e hizo un gesto a William para que impusiera silencio. Yo lo miré extrañada. Tenía el rostro de un adolescente, ese tipo de hombres que parece que aunque lleguen a la mediana edad nunca han crecido del todo. Connor cabeceó.

—Quisiera ofrecerles unos consejos maritales a mis hermanos, que estoy seguro les serán de gran ayuda. —Aquí paró y guiñó un ojo a Meghan, que lo miraba con estupefacción—. El primero de ellos es que vivan cada día como si fuese el último... y cada noche como si fuese la primera.

Todos rieron y yo enrojecí súbitamente, no sabía muy bien por qué, cuando noté la mirada de Connor fija en mí.

—El segundo y más importante es que para mantener vivo el matrimonio, vosotros, Hamish y Connor, siempre que estéis equivocados, admitidlo; y siempre que tengáis la razón... callad cual muertos.

Todos volvieron a reír, y yo secretamente le di la razón esbozando una pequeña sonrisa. Meghan parecía una locomotora en ebullición, casi podía ver el humo saliendo por sus orejas.

—Y ahora quisiera hacer un brindis por la mentira, el robo, el engaño y la bebida. Si vais a mentir hacedlo por vuestras esposas, si vais a robar, robad sus corazones, y si vais a engañar, engañad a la muerte. Si vais a

beber, bebed conmigo —diciendo eso ofreció su copa a todos los presentes. Primero se levantaron Connor y Hamish y se bebieron su contenido de un solo golpe. Después lo hicimos todos los demás y rieron y se felicitaron unos a otros. Imitando al resto, bebí de mi copa con los ojos de Connor fijos en mi rostro, sintiendo cómo las palabras del brindis flotaban entre nosotros rodeándonos.

La verdad, no sé si era la bebida, la comida o la compañía pero me lo estaba pasando estupendamente. Miré hacia la mesa de Hamish y Moira, bastante menos alborotadora que la nuestra. Hamish seguía con el gesto turbio, y estaba bebiendo tanto que dudaba mucho que pudiera cumplir esa noche sus deberes conyugales. En tal estado no podría ni subir las escaleras de la habitación. Moira, sin embargo, mantenía el gesto de fría determinación que tenía desde la ceremonia. Sabiéndose el centro de atención, no descuidaba ni un solo movimiento. Como siguiera así se le iba a congelar la mandíbula. Me volví a nuestra mesa, mucho más alegre, y entrelacé mi mano de forma mecánica con la de Connor, que descansaba encima de su muslo. Fue un acto reflejo, que no pensé demasiado, simplemente la vi ahí quieta encima de su pierna y tuve que cogerla. Ya estaba hecho, y no la solté. Connor, que hablaba con Ewan sentado a su izquierda, se volvió y me sonrió con la boca torcida, para continuar con la conversación que mantenía. Su dedo anular trazaba pequeños círculos en mi palma, disfrutando de una intimidad secreta ante un centenar de personas. De repente me entró mucho calor y como la gente ya se levantaba para dar pequeños paseos en el exterior, me levanté soltando la mano de Connor, y murmurando una excusa hui por la puerta hacia el patio del castillo.

El frío me golpeó de repente. Estaba anocheciendo y había dejado de nevar, un manto blanco de unos diez centímetros lo cubría todo, con pisadas que iban de un lado a otro, parejas que habían salido para tener algo de intimidad, otros a aliviarse y yo simplemente para poder respirar con un poco de tranquilidad. Observé cómo los guardias encendían antorchas a lo largo del muro, algo tambaleantes por los alcoholes de la celebración. Permanecí unos minutos allí, algo alejada de la puerta, quieta con los brazos abrazándome el cuerpo. Me fijé en una pareja escondida bajo una arcada del patio. Desde donde me encontraba podía ver solo al hombre. No lo reconocí, solo pude ver que vestía con el atuendo de los MacLeod. El sonido de la mujer sin embargo chirrió en mis oídos. Era

Moira. «¿Qué estaba haciendo allí?» Me acerqué sigilosamente cuidando de que no me descubrieran, hasta que pude entender lo que decían.

- —Solo quedan unas horas y podré ser tuya finalmente.
- El hombre bufó.
- —No serás mía, serás del maldito Hamish, yo solo podré compartirte.
- —Sí, *mo rùin*, pero eso será durante poco tiempo, hasta que la causa por la que hemos luchado estos meses por fin triunfe.

Bajaron la voz y noté cómo los cuerpos se entrelazaban en un beso. Estaba sorprendida y asqueada a la vez. El viejo Hamish creía que yo era una espía, cuando tenía un complot bajo sus narices y no se daba cuenta de nada. Con la mente girando como una noria decidí entrar al escuchar música de fondo, siguiendo con gesto cansado el bullicio del interior del castillo.

Dentro busqué a Connor con la mirada. No estaba sentado a la mesa sino en la esquina donde habían situado al grupo de música: un gaitero, un violinista, un hombre con un pequeño tambor, un *bodhram* supuse, pero lo que verdaderamente me sorprendió fue ver a Connor con un arpa entre sus brazos, un arpa que parecía muy pequeña en comparación con su cuerpo.

Parecían animarle a que tocara algo, él arrastró sus enormes manos por las cuerdas, y sonrió. Cuando todo el mundo estuvo en silencio comenzó su canto.

Yo me había quedado parada de pie en la entrada, y no noté que Meghan se situaba a mi lado. El sonido del arpa combinado con la fuerte y rota voz de Connor cantando era hechizante. Un gran hombre con una pequeña arpa en sus manos podía parecer afeminado, pero las caricias de los fuertes dedos de Connor en las tensas cuerdas del arpa producían otro efecto completamente diferente. Observé a las muchachas que lo miraban embobadas. Sensualidad, esa era la palabra que estaba buscando. Connor acariciaba suavemente el arpa, a la vez que la sujetaba con entereza, como si acariciara la piel delicada de una mujer y la sujetara con fuerza entre sus piernas. Juraría que me estaba sonrojando. Tal vez, pensé inocentemente, era el cambio de temperatura del frío exterior al calor del salón abarrotado. Era una balada de amor en gaélico, triste y melancólica, como todas las baladas. Connor subía y bajaba el tono a merced de las cuerdas del arpa.

Para él tenía que ser una tortura ocultar su verdadera condición. Atraía a las muchachas como virutas de hierro a un imán. Desde que llegamos no había momento en el que alguna no le diera un codazo a otra señalándolo o

le hiciera algún guiño sugerente, a lo que Connor contestaba siempre con una sonrisa cortés, pero nada más.

Meghan susurró en mi oído.

- —No sabías que cantaba, ¿verdad?
- —No tenía ni idea. La verdad, lo hace muy bien.
- —Sí, es cierto, antes siempre estaba cantando o tarareando cualquier cosa, antes de... aquello. Hoy es la primera vez en muchos años que le escucho entonar una canción. Creo que está dedicada a ti.
- —¿A mí? —Observé a Connor, que cantaba con los ojos cerrados, hechizando a todos con su melodiosa voz.
 - —Sí —aseveró ella—, por la letra.
- —No entiendo gaélico, es cierto que tiene un sonido agradable, pero si hablara en chino entendería lo mismo, o sea, nada.
- —Bueno —contestó finalmente ella—, pregúntale cuál es la historia de la canción.

Connor terminó la balada y abrió los ojos mirando directamente a donde yo estaba situada. Le sonreí sorprendida y agradecida por el detalle. Él simplemente hizo un gesto de inclinación con la cabeza, sus ojos estaban brillantes, por el humo y el alcohol, supuse.

Los más cercanos al grupo de música se acercaron a felicitarlo, dándole fuertes golpes en la espalda, con todos los que llevaba hoy, mañana tendría marcas de moratones hasta en el trasero. Yo me acerqué a una anciana, su abuela, según me habían indicado, que estaba sentada en la otra mesa y me hacía gestos desde un sillón que habían bajado en deferencia a ella. Me acomodé en el brazo haciendo equilibrios con mi pie derecho para mantenerme erguida y le pregunté:

- —¿Necesita algo?
- —Nada, pequeña, solo estoy algo cansada, me retiraré pronto, ya no tengo edad para estar de fiesta toda la noche como vosotros los jóvenes. Pero quería verte, y saber quién le ha robado el corazón a mi nieto favorito.

Yo la miré intentando disimular mi sorpresa. ¿Robado el corazón? Desde luego era su nieto favorito, pero la tenía completamente engañada.

Nos quedamos calladas un momento escuchando cómo comenzaba una danza con el violín y todos se apresuraban a tomar pareja para el baile.

- —Estás preciosa, hija —dijo acariciando el vestido con la mano.
- —Gracias por prestarme el vestido, es cierto que es maravilloso, el vestido de una reina —dije recordando las palabras de Meghan.

Ella sonrió.

- —Y no te has desmayado, aunque esa mujerzuela ha hecho varias imitaciones patéticas al respecto —señaló a su nueva nieta, la mujer de Hamish.
- —No —le dije riendo—, al final no me he desmayado, pero he estado a punto, se lo aseguro. Usted tampoco se desmayó en su boda, ¿no? pregunté.

Rio quedamente.

- —No, yo no, pero el cura, una o dos veces, ya no lo recuerdo. La primera le eché un cubo de agua a la cara. Hamish lo quería despertar a puñetazos. Claro, es de entender, estaba un poco intimidado por la particularidad de la situación.
- —Sí, claro —le dije sarcásticamente—, el tener una espada apuntando a tu garganta no creo que tranquilice a nadie.
- —Oh, no era una espada, era una pistola —sonrió secretamente recordándolo—. Mantener la *claymore* toda la ceremonia levantada dirigida a su garganta es bastante más pesado.

Ella sonrió con placer, yo bastante más escandalizada. Finalmente no pude aguantar la curiosidad y pregunté:

—¿No le molestó que la secuestrara? —No había encontrado una forma mejor de expresarlo, «molestia» no me parecía una palabra muy adecuada, «cabreo» se acercaba más, pero no quería ofenderla.

Esta vez rio con ganas.

—Pero, querida, ¿qué es lo que te han contado?, si fui yo quien lo secuestró a él.

Ahí sí que me quedé sin palabras y cerré la boca que se había quedado momentáneamente abierta.

- —Ya te lo contaré cuando estemos más tranquilas, pero no toda la verdad, ya que disfruto viendo todas las leyendas que se han formado por nuestra historia. En realidad solo hay dos personas que sabemos la verdad. Bueno, ahora solo una —corrigió tristemente—, pero presiento, hija, que él ya me está esperando.
- —Oh, no —intenté decir—, si usted goza de una salud excelente. Conocía suficientemente a la gente mayor para saber que a la menor oportunidad hacían alarde de lo poco que les quedaba en este mundo.
- —Querida, no tienes que entristecerte, si yo estoy deseando reunirme con él otra vez, llevo ya muchos años añorándolo.

No supe qué decir, cuando el amor ha sido tan intenso que al morir tu pareja te arrancan la mitad del alma, el único consuelo que queda es que en la otra vida puedas reencontrarte con ella.

Instintivamente busqué a Connor con la mirada. No estaba en el salón. Con un beso en la mejilla me despedí de ella y salí esperando encontrármelo en el patio. Lo vi cuando atravesaba la puerta principal. «¿Adónde demonios iba a estas horas el día de su boda?» Lo seguí lo más sigilosamente que me permitía el vestido y los tacones de diez centímetros, es decir, haciendo el mismo ruido que una manada de rinocerontes. Si me descubrió no hizo nada por demostrarlo. Caminaba con paso decidido llevando un ramillete de flores en la mano. Sentí un pequeño pinchazo de celos. ¿A quién le llevaba esas flores?, y ¿con quién se iba a reunir?

La nieve amortiguaba nuestras pisadas, no tuve que seguirlo demasiado tiempo. Paró en el extremo exterior de la capilla, donde había un pequeño cementerio. Me avergoncé de haber sentido celos solo un momento antes. Connor parecía saber muy bien adónde dirigirse, aunque la noche era oscura y las luces del castillo apenas iluminaban un poco la escena. Se arrodilló en una pequeña tumba a la izquierda del camposanto, rezó dejando escapar volutas de aliento blanco en la negrura de la noche y depositó las flores en la lápida. Dio un beso a sus dedos extendidos y acarició las letras de la fría piedra con ellos. Yo estaba completamente avergonzada, pero no me atrevía a moverme por si me descubría, a la vez que lo miraba hipnotizada. Imaginé que la tumba era de su madre, no creí que tuviera sentimientos tan profundos hacia ella, ni siguiera la había conocido, pero una madre es siempre una madre, no importa el tiempo que haya pasado. Con una punzada de tristeza me acordé de la mía, y no pude reprimir el pensamiento de lo que ella hubiera opinado de esta boda. Creo que le hubiese gustado, no sabía muy bien por qué, pero tenía esa sensación.

Connor se levantó y se encaminó con paso firme al castillo. Cuando pasó a mi lado, a menos de dos metros de distancia paró, y miró intensamente al hueco del parterre en el que yo me encontraba. Aguanté la respiración, temiendo que cualquier pequeño ruido me delatara. No pasó nada. Escuché un profundo suspiro y continuó su camino hacia el castillo. Yo permanecí escondida detrás del parterre unos minutos más. Cuando creí que ya había pasado tiempo suficiente corrí hasta el castillo. Entré en el salón para encontrarme cara a cara con Connor.

- —¿Dónde has estado? —preguntó.
- —Fuera —le dije—, tomando el aire.
- —Ah, ya. —Pareció dudarlo, pero no comentó nada más.
- —Ven —dijo cogiéndome de la mano—, vamos a bailar.
- —No sé bailar esto —le contesté apretando su mano desesperadamente.
- —No importa, *a ghràidh* —rio—, solo tienes que girar.

Y eso hice, intentando llevar el ritmo giré y giré durante varias canciones en brazos de Connor.

- —¿Dónde aprendiste a tocar el arpa de ese modo? —pregunté cuando paramos en un extremo para recuperar el aliento, por lo menos yo, y tomar otra copa a nuestra salud.
 - —Aquí, a ghràidh.

Era parco en palabras y yo quería saber más.

—Pero, ¿no es un poco extraño que un niño aprenda a tocar el arpa? — inquirí con más insistencia.

Me miró extrañado.

- —No, no lo es. Cuando llegué aquí era bastante torpe con la espada y la daga. Tenía valor, no lo dudes, y una gran capacidad de aprendizaje; aunque como decía Liam, mi maestro de armas, era un gran tonto, testarudo con manos de espantapájaros. —Me mostró esa parte de su anatomía, abriendo y cerrando los dedos. Tenía unas manos enormes, yo ya lo sabía y por eso me resultaba todavía más extraño que tuviera tanta delicadeza para tocar un instrumento como el arpa, que me imaginaba en manos de músicos con dedos largos y delgados, no los dedos largos pero también gruesos y encallecidos que me enseñaba.
 - —No entiendo la relación que tiene una cosa con la otra. Suspiró.
- —Verás, *a ghràidh*, yo quería aprender a luchar, y Liam estaba dispuesto a enseñarme, pero yo me empecinaba una y otra vez en lanzarme al ataque sin ver ni pensar más allá de mi furia infantil. No controlaba el peso ni mantenía estable la espada, y mucho menos la daga, que salía volando a la menor oportunidad. Si quieres mantenerte con vida más allá de los diez años, *mo anam*, lo primero que tienes que aprender es qué cualidades tienes a tu favor, y sobre todo saber utilizarlas. Soy un hombre grande, ya era un niño mayor que los demás, pero con demasiada furia acumulada. Necesitaba aprender cómo utilizar las armas para que estas fueran una extensión de mi propio cuerpo. Aunque yo quería luchar, Liam me

mantuvo varios meses limpiando mis espadas y desenvainando una y otra vez para aprender cómo se da el primer estoque. Al final del primer mes tenía los dedos en carne viva, pero seguía perdiendo la espada. Y una y otra vez, la golpeaba y se me resbalaba de la mano para caer al suelo con un golpe sordo. No tenía habilidad para sacar la daga, y en segundos podía estar ensartado como un pollo. Entonces se le ocurrió que me vendría muy bien aprender a tocar el arpa.

—¿Еh?

—Para tocar el arpa tienes que ser delicado, suave, notar el contacto de cada cuerda en la yema de tu dedo, la separación, el momento justo de soltar la tensa cuerda. —A la vez que hablaba estaba haciendo una estupenda imitación con sus manos de las caricias a un arpa imaginaria.

Yo permanecía hipnotizada por el movimiento cadente. Me miró y sonrió al ver mi cara arrebolada.

—Tocar el arpa te da habilidad para manejar tu propia mano, para conocer hasta la punta de cada nervio, y te da fuerza en la muñeca. ¿Ves? —Sacó una *siang dhu* que llevaba en la media y la hizo voltear entre sus dedos. El arma, un filo de hierro de diez centímetros con mango de marfil, pasó rozando pero sin herir una y otra vez entre sus dedos, hasta acabar desapareciendo en la media, como si hubiera hecho un truco de prestidigitador.

»Una vez que dominé el arpa, comencé a dominar la lucha cuerpo a cuerpo, con *claymore*, espada corta y daga. El arpa templó mi furia y me hizo mucho más habilidoso con los dedos. Pero no la toco muy a menudo, de hecho hacía ya por lo menos quince años que dejé de tocarla, a los catorce años tenía otras cosas más importantes de qué ocuparme...

Sonrió abiertamente.

—Sí, cómo no —le dije enterrando mi rostro en la copa.

Nos arrastraron otra vez a la improvisada pista de baile. Acabé en los brazos de mi suegro, girando y girando al ritmo del tambor y los violines. Con una vuelta final paramos, algo jadeantes. El destino era caprichoso, finalmente mi familia había cambiado, cambiado hasta desaparecer, pensé mirando alrededor del salón a mi nueva familia.

El viejo Hamish me depositó con suavidad al lado de Connor, yo suspiré apoyándome sin ningún rasgo de elegancia en su costado.

- —¿Estás cansada?
- —Sí, un poco —me erguí con dificultad—, pero puedo aguantar un poco

más si hay que hacerlo.

Rio.

- —Es tu boda, puedes hacer lo que te plazca. No les parecerá extraño que nos retiremos ya —lo dijo mirándome intensamente a los ojos.
- —Ah, bien —dije ignorando su mirada—, como decía siempre mi madre, las fiestas hay que abandonarlas antes de que todos los invitados estén borrachos, así que podemos irnos.
- —Una mujer muy sabia, tu madre. Pero creo que aquí ya llegamos tarde. Todos están borrachos como cubas. No tienes más que mirar alrededor.

Tenía razón. Las voces habían subido considerablemente de tono, hasta convertirse en ocasiones en discusiones provocadas por el exceso de alcohol; tímidas parejas parecían menos tímidas mientras se acariciaban por debajo de las mesas como si fuesen invisibles al resto de la gente, y algunos hombres mayores emitían fuertes ronquidos sentados en los bancos y apoyando la cabeza en la pared. Los niños dormían todos agrupados en mantas al calor de la lumbre, ajenos al jolgorio de la fiesta.

Nos dirigimos a las escaleras, despidiéndonos de la gente que encontrábamos al paso. Nos acompañaron gritos, risas y consejos en gaélico hasta bien entrado el pasillo.

- —¿Qué dicen?
- —Mejor que no lo sepas, tus oídos son demasiado delicados.
- —Bah —bufé—, no creo que me asuste.

Se volvió mirándome el rostro. La luz de la antorcha lanzaba destellos en sus ojos verdes, que entrecerró.

—Mira, desconozco cuál es tu nivel de tolerancia a la grosería, pero creo que eres una muchacha educada, y no voy a ser yo quien te exprese sus deseos. Quizás algún día te lo explique de una forma más explícita —dijo esbozando una media sonrisa y tirando de mí hacia las escaleras.

Yo me dejé llevar sintiendo cómo el corazón me latía desbocado sin entender muy bien el porqué.

Entramos los dos en silencio a la habitación que nos tenían preparada, una vez dentro me quedé quieta en el centro circundándola con la mirada.

—Vaya —exclamé—, es preciosa.

Detrás de mí, Connor había cerrado la puerta y me observaba.

- —¿Te gusta? —preguntó—, he intentado que fuera lo más agradable posible para ti. Normalmente no es tan acogedora.
 - —Sí, me gusta mucho —lo decía sinceramente.

La habitación en sí era enorme, en la parte central había una cama de matrimonio de madera con dosel, cubierta con cortinas de terciopelo color musgo. A ambos lados del cabezal tallado, dos pequeñas mesillas, y encima dos ventanas con contraventanas de madera. A ambos lados de la estancia relucían dos chimeneas de piedra, a un lado en la izquierda había una pequeña mesa de escritura con una silla, y al otro, un gran arcón también de madera, y en la de la derecha dos butacones forrados en satén con motivos florales. Había incluso un espejo de cuerpo entero, toda una rareza y un lujo. Una enorme alfombra color tierra se extendía a nuestros pies.

Además alguien se había preocupado de encender las dos chimeneas y situar varias velas y un par de jarrones con flores a lo largo y ancho de la estancia.

- —Tiene dos ventanas —comenté.
- —Sí —contestó Connor—, inicialmente iba a ser una sola habitación, pero yo estuve al cargo en el diseño de esta parte del castillo y decidí que prefería algo más grande y luminoso.
- «¿También es arquitecto? Pero ¿con quién demonios me he casado?», pensé.
 - —¿Son tus habitaciones? —inquirí curiosa.
 - —Sí —contestó simplemente él—, ahora también las tuyas.

Me acerqué caminando lentamente hacia la enorme cama, me senté y me quité los preciosos pero incómodos zapatos con dos golpes en el suelo, suspirando de placer.

- —Colchón de pluma, ¡qué maravilla! —En aquel tiempo y después de haber dormido en colchones de paja, lana y el frío suelo, aquello me parecía el paraíso en la Tierra.
- —Me alegro de que te guste tanto —sonrió Connor, mientras seguía parado, de pie en el centro, los pies algo separados y los brazos cruzados.

Nos quedamos mirándonos en silencio unos instantes sin saber muy bien qué hacer.

Decidí romper el hielo. Me levanté y lanzando un suspiro le pregunté:

- —¿Te importa ayudarme a quitarme el vestido?, lleva tantos lazos y presillas que temo que si lo hago sola acabe rasgándolo y eso sería una pena.
 - —Claro —dijo acercándose.

Con una sorprendente agilidad, desató y aflojó lazos y lazadas, con lo

que pude deslizar esa joya de la costura hasta el suelo. Lo recogí y lo deposité con cuidado en la silla que tenía a mi derecha.

Me había quedado en camisa interior y medias de seda atadas a media pierna con una delicada cinta de satén.

Volviéndome hacia él, que seguía observándome, le pregunté:

- —¿Hay algún camisón aquí?, o puedo dormir así, si no te importa.
- —No, no me importa, pero creo que Meghan ha comentado que iba a dejar un par de camisones en el arcón, mira a ver.

Mientras me acercaba a levantar la tapa de madera del arcón, que pesaba una tonelada, le comenté:

—Bueno, y ¿en qué lado de la cama prefieres dormir?

Noté su sobresalto sin mirarlo.

- —¿Que en qué lado de la cama prefiero dormir? —dijo con voz ronca.
- —Sí —le contesté, teníamos que ser claros desde el principio—, yo suelo dormir en el lado izquierdo, pero si tú lo prefieres, me adaptaré.
 - —Ah, te adaptarás —contestó con la misma voz ronca.

Notando su vacilación me volví con un gesto brusco.

—Connor —pregunté—, ¿me estás mirando el trasero?

Él había cambiado de postura, se había apoyado indolentemente en uno de los dinteles del dosel, cruzando los brazos, y también un pie delante del otro.

- —¿El trasero? —preguntó a su vez observándome fijamente—. Sí, te lo estoy mirando.
- —Connor —le reprendí suavemente poniendo ambas manos en la parte observada de mi anatomía—, no es necesario que finjamos, aquí estamos tú y yo solos, estate tranquilo, no espero ninguna demostración de virilidad por tu parte.
 - —¿Mi virilidad, a ghràidh? —preguntó despistado.
- —¡Connor! —volví a decir, esta vez más alto—, ¿quieres dejar de repetir todo lo que digo?, y ¿qué demonios estás mirando?
- —Te miro a ti, Genevie —explicó con un deje divertido en la voz—, te has puesto delante del fuego y esa camisa se transparenta tanto que desde aquí puedo ver hasta la sangre que corre por tus venas.

Yo pegué un salto y recogí el vestido que había depositado en la silla, poniéndomelo delante del cuerpo como un escudo.

—Connor —repetí, me estaba enfadando y lo dejaba traslucir en el tono de voz—, ¿qué te ocurre?, ya te he dicho que no espero nada, que puedes

estar tranquilo, confía en mí, lo sé y no me importa, a mí no me parece algo extraño, ¿lo entiendes?

- —No, *a ghràidh*, no entiendo nada. —Él también parecía enfadado—. ¿Qué esperas de mí?, ¿que nos sentemos tranquilamente a jugar una partida de ajedrez en nuestra noche de bodas? No es ese el plan que tenía pensado. —Suavizó su tono—. Genevie, no tienes que tener miedo, no te haré daño.
- —¿Daño? —Ahora más que enfadada, estaba desconcertada—. ¿Crees que me harás daño porque te gustan los hombres?, si crees que no soy lo suficientemente comprensiva como para... —No me dejó terminar, se irguió de pronto buscando su espada, que había tirado a una esquina de la habitación, ya que formaba parte del atuendo formal de la ceremonia.
 - —¡¿Quién te ha dicho que me gustan los hombres?! —atronó.

Yo, temiendo que creyera que me lo había contado alguien, contesté suavemente:

- —Tú.
- —¡¿Yo?! —Me miraba furioso apretando los puños—. ¿Y cuándo exactamente he dicho yo semejante cosa?
- —Bueno, yo, yo —empecé a tartamudear— te vi en Edimburgo, entraste en la Molly House, y bien, todo el mundo sabe lo que se hace allí, ¿no? Terminé apagando mi voz, sin atreverme a mirarle a los ojos.
- —Así que eras tú quien me vigilaba. —Parecía más relajado, se pasó las manos por el pelo y, dándose cuenta de que lo tenía todavía recogido con una cinta, se la arrancó bruscamente soltando toda su melena, que le cayó en mechones desordenados en el rostro—. *A ghràidh* —me miró y viendo que necesitaba una aclaración me la dio—, estaba allí porque tenía que encontrarme con un hombre al que llevaba buscando varios días.
 - —Eso no me aclara nada —espeté.
- —Te juro por mi santa madre fallecida que jamás he puesto la mano encima de un hombre con intención de sodomizarlo, y ninguno lo ha hecho conmigo, porque si no antes de poder retirar la oferta yacería con una daga clavada en el corazón. —Terminó con un fuerte suspiro—. ¿Me crees? ¿No? —preguntó no muy seguro.
- —Sí, te creo —le contesté vacilando porque no entendía qué negocios tenía que hacer en una casa de citas para hombres—, pero, y ¿qué vamos a hacer entonces ahora? —pregunté con voz suave algo desconcertada por el giro de los acontecimientos.
 - -Bueno -contestó tranquilamente-, yo tengo intención de hacer el

amor a mi esposa.

- —¿Qué? Oh, yo no... Esto, tú y yo, pensé... Yo creía que esto era un arreglo..., entre..., entre nosotros —tartamudeé mientras él se acercaba lentamente.
- —Oh, lo es, *mo anam*, un arreglo de lo más satisfactorio —añadió cogiéndome con una mano de la espalda y con la otra de la nuca, acercándome hacia él.
- —Pero yo... —intenté protestar—, nosotros no. —Me callé al sentir sus labios posados en los míos. Intenté abrir los labios otra vez para explicarle, bueno, no sé lo que quería explicarle, porque se me olvidó al sentir su lengua explorando cautelosamente dentro de mi boca—. ¿Qué...? —intenté protestar otra vez.
- Él volvió a presionar su boca contra la mía y su beso se hizo más profundo, su lengua acarició la mía en una lenta y cadenciosa danza de seducción. Intenté sin muchas ganas decirle que aquello no era lo que esperaba, sofocada por su beso, por el calor de su cuerpo, y por el calor del mío. Aspiré su olor a jabón, a madera y a humo recreándome.
- —Genevie —se apartó solo un poco—, ¿nadie te ha dicho que hablas demasiado?
- —No —abrí otra vez la boca—, en realidad dicen... —Me besó otra vez. Yo continué—: Dicen que soy más bien... —intensificó la fuerza de su beso— callada.
- —Sí, claro —dijo él, deshaciéndose de su *kilt* con un golpe al broche que lo sujetaba y quitándose la camisa por encima de la cabeza.

Yo estaba encima de la cama apoyada en los codos. «¿Cómo demonios he llegado aquí?», me pregunté. Ese fue el único pensamiento lógico de la noche.

Se tumbó encima y volvió a besarme suavemente, una, dos, tres veces, empujó con su lengua y el beso se hizo más profundo. Con las manos arrastró mi enagua hasta sacarla de mis brazos y arrastrándola por mi cuerpo, hizo una bola con ella y la tiró descuidadamente al suelo, mientras seguía besándome, por el rostro, por el cuello. Me rendí, giré mi cabeza y atrapé su boca con ansiedad.

Sus manos bajaron por mi cuerpo, explorándolo, acariciando, haciendo que la piel se me erizara. Atrapó un pezón con los dedos, lo acarició con el pulgar, lo besó y chupó con ansia. Yo me arqueé con fuerza hacia él rozando con mis pechos su amplio pecho, queriendo acercarme, queriendo

alejarme, no lo sabía.

Empujó con su rodilla mis piernas, todavía cubiertas con las medias de seda, yo las abrí, invitándole, excitándole.

Notaba su dureza contra mi fría piel, sufrí una serie de pequeños escalofríos. Sujetó mis manos con las suyas situándose en el centro del placer, y comenzó a empujar, primero suavemente, luego con un poco más de fuerza, y paró.

Abrí los ojos, sus ojos verde esmeralda brillaban a la luz de las velas, se acercó para darme un pequeño beso en los labios.

—No dolerá mucho, solo será un momento.

Yo, totalmente excitada y no entendiendo muy bien lo que decía, queriendo más, mucho más, le respondí cerrando otra vez los ojos y con voz entrecortada.

—No quiero un momento, quiero muchos momentos.

Connor vaciló solo un instante y empujó fuertemente.

—¡Ah! —exclamé sintiéndome plenamente llena por su virilidad.

Él volvió a parar esta vez ya completamente dentro de mí.

—No pares, ahora no —le supliqué jadeando.

Comenzó a moverse despacio, sin soltar mis manos, que seguía sujetando a ambos lados de mi rostro. Yo giré la cabeza y noté la frescura de las sábanas limpias en el ardor de mi mejilla y su calor encima, dentro de mí.

—Sigue, sí —le insistí.

Subí mis piernas hasta atrapar en un fuerte abrazo su espalda, urgiéndole, incitándole. Él acopló su movimiento al mío, con fuertes embestidas, quise que me soltara las manos, quería tocarle, tenerle, sujetarle, lo quería todo, pero seguía torturándome, una y otra vez, empujando hasta que los dos quedamos atrapados en una cadencia de movimientos eternos.

Finalmente, estallé y el eco de mi placer se transformó en pequeñas descargas eléctricas que se transmitieron por todo mi cuerpo. Connor gruñó como si perdiera el alma en ese mismo instante y me llenó, con su fuerza, con su intensidad.

Respirando agitadamente, sintiendo cada centímetro de mi piel hormigueando y todavía con mis manos entrelazadas en las suyas abrí los ojos.

Él me miraba fijamente, sus ojos oscurecidos por la pasión.

—Bésame —le ordené.

Connor me besó, fuerte, intensamente, y yo le respondí con la misma intensidad. Finalmente separó sus labios de los míos y enterró su rostro en mi cuello, dejándose caer suavemente sobre mi cuerpo, todavía dentro de mí.

Permanecimos así un largo rato, hasta que nuestros acelerados corazones dejaron de tamborilear y comenzaron a latir al unísono.

Se deslizó hasta caer a un lado de la cama.

Me volví hacia él acurrucándome y ya estaba empezando a adormecerme, cuando volé por encima de su cuerpo hasta que me situó al otro lado de la cama.

- —¿Qué demonios haces? —pregunté sorprendida aterrizando en el blando colchón de plumas.
- —Bueno —dijo poniéndome de espaldas a él, y pasando un brazo por mi cintura—, has dicho que prefieres dormir en el lado izquierdo, y *a ghràidh* ahora vamos a dormir, por lo menos un rato —añadió con una pequeña risa.

Intenté organizar mis agitados pensamientos, me sentía un poco avergonzada; me había entregado a él completamente, sin reservas y disfrutándolo mucho, la verdad.

Justo cuando el cansancio comenzaba a vencer la vergüenza, Connor comentó algo en mi coronilla.

- —¿Qué? —le pregunté somnolienta.
- —No eres virgen —dijo un poco más alto.
- —No, no lo soy —le contesté más despierta. No le iba a hablar ahora de mi matrimonio. Yago había estado firmemente escondido como un durazno en una esquina de mi cerebro y me negaba a pensar en él y mucho menos a hablar de él, como si mi voz fuera a invocar su presencia.

Él permaneció en silencio unos instantes, y cuando yo comenzaba a quedarme dormida, volvió a hablar:

—Creí que lo eras, por tu juventud, pero tienes tu pasado, y si soy digno de ti algún día me lo confesarás todo. Acepto sin remedio no ser el primer hombre de tu vida, pero te juro, Ginebra, que seré el último hombre que te posea —dijo con voz grave.

El tono de amenaza flotó entre ambos, ligándonos aún más si eso era posible.

-Serás el último, Connor -respondí finalmente sintiendo cómo se

desgarraba algo dentro de mí. Nuestro matrimonio era un nido de secretos y medias verdades.

Con un pequeño suspiro me atrajo más hacia él y, por fin, nos quedamos dormidos abrazados.

Desperté unas horas después sintiendo que algo se movía en mi pecho izquierdo, más espabilada, comprobé que era su mano, que trazaba círculos en mi pezón, endureciéndolo. No era solo mi pezón lo que se había excitado, pensé al sentir su dureza presionando detrás de mí. En silencio, protegidos por la noche todavía oscura, su mano bajó recorriendo suavemente mi vientre hacia mi entrepierna. Abrí ligeramente mis piernas para dejarle paso. Con mano firme y segura acarició y pellizcó ahí donde más lo deseaba. Me volvió despacio hasta ponerme debajo de su inmenso cuerpo y, sin palabras, me penetró lentamente, sintiendo cada fibra de su piel y de la mía. Hicimos el amor en silencio, sin prisas, dejándonos llevar por los secretos que guarda la noche, hasta terminar en un suspiro entrecortado, en una promesa no pronunciada.

Cuando volví a despertar, ya amanecía. Noté por la rigidez de su cuerpo que Connor ya estaba despierto, pero no se movía, seguíamos abrazados, yo de espaldas a él, él sujetándome el cuerpo con su brazo.

- —Connor —pregunté con voz algo ronca.
- —¿Sí?, a ghràidh —contestó él suavemente.
- —¿Lo has disfrutado? —pregunté con más valor.

Se puso rígido, pero noté que aguantaba la risa por la vibración de su pecho.

- —Sí, lo he disfrutado mucho.
- —Ah, bien, yo... Yo —me fallaron las palabras—, yo no quería defraudarte. Has sido tan bueno conmigo que esto es lo único que podía ofrecerte. —«Pero, ¿qué me estaba pasando? ¿De dónde salían esas palabras?»

Su mano me sujetó más fuerte aún si era posible.

—*A ghràidh*, no quiero que te entregues a mí porque tengas algo que agradecerme, quiero que lo hagas porque lo deseas. No te volveré a tocar si pienso que me estás pagando por mis buenas acciones, que por otro lado, no sé cuáles son.

Escuché un gruñido a mi espalda.

- —No me has preguntado si a mí me ha gustado —solté a borbotones.
- —Que me aspen —dijo— si antes de viejo consigo entender la mente de

las mujeres.

Él comenzó a reírse y no podía parar mientras yo le golpeaba el pecho con el puño. No le veía la gracia por ningún lado.

Cuando pudo hablar, lo hizo, pero más valiera que hubiera estado callado.

—No lo he preguntado porque es evidente, Ginebra; tus gemidos se han escuchado a lo largo y ancho de todos los valles de las Highlands, y juraría que le has dado un buen tema de conversación a todo el clan a la hora del desayuno.

Yo, completamente avergonzada, me tapé hasta la nariz, dejando entrever solamente mis ojos.

—¿De verdad? —inquirí un poco asustada. Era cierto que me había dejado llevar, lo que no me pasaba muy a menudo. De hecho, que yo recordara nunca me había ocurrido y tampoco quería llamar la atención más de lo que ya lo hacía de por sí.

Él todavía riendo me dio un beso en la punta de la nariz y me contestó:

—No pasa nada, *a ghràidh*, me gusta que grites, eso significa que yo hago bien mi parte. Además, las paredes y el suelo de esta habitación tienen siete pies de grosor, no creo que se hayan oído más de uno o dos suspiros. Eso sí —terminó con una carcajada—, muy sentidos.

Le di un pequeño golpe en las costillas.

- —¿Connor? —pregunté.
- —¿Hummm?
- —Si no te has casado conmigo para ocultar tu deseo por los hombres, ¿por qué lo has hecho en realidad? —inquirí con curiosidad.

Él meditó la respuesta un momento que se me hizo eterno.

- —Verás, por varias cuestiones. Pero la primera es que ya eras mía respondió con cautela.
 - —¿Tuya? —pregunté otra vez sin entender nada.
- —Sí, recuerda que pagué mucho por ti en Edimburgo. Digamos que ahora estoy rentando lo invertido —respondió suavemente.

Yo me quedé tan dolida y sorprendida que por primera vez desde que lo conocía no supe qué contestar. Recobrando lo que me quedaba de dignidad me volví para mirarlo directamente a los ojos.

- —¿Por cuánto tiempo se supone que pagaste por mis servicios?
- —Bastante —respondió escuetamente observándome con interés.
- —¿Bastante? ¿Una semana? ¿Un mes? ¿Un año? Pues que sepas que

cuando finalice tu pago no volverás a acercarte a menos de un metro de mi persona —le espeté con furia.

Él no pareció ni ofendido ni enfadado.

—Pagué por una eternidad junto a ti, *a ghràidh*. Ahora estamos ligados por la ley de los hombres y por el deseo sagrado de Dios —respondió serio y obligándome a volverme otra vez.

Bufé y me aparté de él subiéndome hasta la coronilla las mantas. Si esperaba algún tipo de explicación no la tuve. Él se levantó de un salto y desapareció en el suelo recogiendo la ropa arrojada la noche anterior. Se vistió más o menos decentemente y salió por la puerta instándome a que durmiera un poco más mientras buscaba algo para el desayuno.

Me adormecí unos instantes arropada en el calor que su cuerpo había dejado en la cama, cuando escuché que la puerta se abría y cerraba de nuevo. No me moví. Lo oí caminar hasta pararse a un lado de la cama, a mi espalda. Apartó los cobertores suavemente y un dedo calloso me recorrió la línea de la columna vertebral hasta posarse solo unos segundos en la base de la espalda. Un estremecimiento de placer me recorrió y ahogué un gemido en mi garganta. Me volví con ojos somnolientos mostrándole apenas un pecho a la vez que le decía con voz ronca:

- —¿Te quedan ganas de más, escocés? —exclamé entrecerrando los ojos dispuesta a hacerlo sufrir mandándolo a freír espárragos.
 - —Sí —dijo Hamish con voz más ronca que la mía.

Yo grité mientras me tapaba hasta la barbilla y lo fulminaba con la mirada. Sin darme tiempo a reaccionar, en ese mismo instante apareció atravesando la puerta con un hatillo de comida colgando de su brazo izquierdo mi flamante y muy furioso marido.

La estancia se quedó momentáneamente helada. Los dos hombres mirándose de hito en hito y yo medio escondida debajo de una montaña de ropa sin saber qué hacer ni qué decir.

Finalmente bramó Connor.

—¿Qué haces aquí, hermano?

Con voz aparentemente tranquila y apartándose con la uña lo que parecía una pelusa en la solapa de su camisa, Hamish contestó:

—He venido a buscarte para la cacería, no querrás perdértela, ¿no? Sabes que hay dos ciervos machos que están esperando el disparo de gracia. ¿O tal vez me equivoco?, quizá prefieras quedarte un poco más arropado por tu cariñosa esposa a pasar frío con un grupo de burdos

escoceses en las montañas. Estaremos en la ladera norte, nos encontrarás fácilmente —añadió, remarcando la palabra «cariñosa», o quizá fuera mi mente calenturienta.

Connor debió de pensar lo mismo que yo. Apretando los puños, y haciendo un gran esfuerzo de contención, sibiló suavemente:

—Ve bajando, nos encontraremos fuera dentro de un momento.

Hamish pasó por delante de él sin mirarlo a la cara, mientras Connor lo seguía con la mirada pétrea.

Antes de salir, volvió el rostro hacia mí.

—No he tenido tiempo de felicitaros por el enlace. Yo..., esto..., os deseo que seáis muy felices —terminó dando un portazo.

El tono y la amargura de su voz en cambio nos deseaban todo lo contrario.

Miré a Connor sin decir nada. Él seguía mirando furioso la puerta cerrada. Finalmente se volvió y recomponiendo el gesto depositó encima de la mesa las viandas que portaba.

—Come algo antes de bajar —dijo con voz queda—, yo estaré fuera todo el día.

Con un gesto de la cabeza salió por la puerta sin acercarse ni tocarme. La magia que nos había unido por unas horas había desaparecido completamente.

No quieras saber la verdad, pues puede que no te guste

Sintiéndome súbitamente triste y furiosa a la vez, me di la vuelta en la amplia cama y me arropé dispuesta a dormir hasta el mediodía. Pero cuanto más lo intentaba, más cuenta me daba de que estaba perdiendo un tiempo precioso para investigar cómo había llegado allí. Connor iba a estar todo el día fuera y yo no tenía ninguna obligación ni reclamo al que acudir, así que me levanté de un salto y me vestí rápidamente, desechando de una vez por todas el maldito corsé de varillas, que me temía era el causante de mis desmayos y caídas de los últimos días. Bueno, eso y los giros del destino. Un poco más tarde, una vez vestida y un poco más tranquila, salí de la habitación y me tropecé con Daisy, que venía a buscarme. Por lo visto, las damas estaban reunidas en un salón, esperándome, ya que era allí donde debía estar dada mi nueva condición de mujer casada. Maldije en silencio y me dejé guiar hasta el salón de las dichosas damas.

Daisy me dio paso a una sala pequeña y acogedora, con varios sillones dispuestos estratégicamente alrededor del fuego de la chimenea, donde algunas mujeres tejían en animada conversación. En el centro había una mesa de madera labrada con un mantel blanco, y sobre él varias tazas y una bandeja con dulces. Un enorme ventanal con vidrieras de colores iluminaba la habitación con destellos brillantes.

Indecisa, me quedé parada en la puerta un momento.

—Geneva, querida, pasa y siéntate. —La voz cascada de Euphemia me sacó de mi repentina indecisión.

Acerqué uno de los voluminosos sillones a su lado, mientras Meghan me hacía un hueco, y me senté a la vez que saludaba a las mujeres allí reunidas.

—¿Qué tal, abuela?, ¿ha descansado bien? —le pregunté cortésmente, tenía algo de color en las mejillas, pero las ojeras violetas que circundaban sus ojos hundidos demostraban que últimamente no dormía lo suficiente.

Ella rio alegremente.

- —Mejor que tú, querida, eso seguro —contestó guiñándome el ojo. Yo carraspeé.
- —Oh, no, yo he dormido muy bien, gracias —aseveré hundiéndome un poco más en el mullido sofá.
- —¿Ah sí, querida? Pues tendré que hablar con mi nieto seriamente, creí que lo había educado con destreza, pero por lo visto me he equivocado en algo.

Las sonrisas de las mujeres se tornaron carcajadas, y yo me volví a hundir un poco más en el sofá, si eso era posible.

- —¿Una taza de té? —Era Meghan la que hablaba.
- —Sí, gracias —Me volví a recoger la taza que me ofrecía. Añadí miel y abundante leche. Nunca había conseguido acostumbrarme al sabor del té, pero no estaba dispuesta a desayunar cerveza nunca más.
 - —¿Necesitas un cojín? —preguntó.
- —No, ¿para qué? —contesté. Llegaba perfectamente a la mesa de los dulces.
- —Pues..., porque..., quizá..., te encuentres algo dolorida —dijo de forma azorada, lo que hizo que el resto de las mujeres emitieran risitas de conformidad.

Yo me puse como la grana. Si bien era cierto que mi vientre lo sentía como gelatina líquida, no tenía ningún tipo de dolor, más bien una sensación bastante placentera a mi pesar. Recordé la conversación con Connor y volví a sentirme enfurecida.

—Estoy perfectamente, gracias —dije provocando la hilaridad general.

Enterré el rostro en mi taza y cogí una galleta de mantequilla. Dejé que el resto de las mujeres llevara el peso de la conversación. Deseaba salir de allí cuanto antes y ponerme a investigar. Ya sabía por dónde empezar. Por el despacho del *laird*. Era el único sitio del castillo que había visto con suficientes libros. Quizás alguno me indicara algo a lo que agarrarme. Quería comenzar con las historias de hadas y espíritus de las Highlands, toda leyenda tiene su base de verdad, y quizá mirándolo con los ojos de una persona que ha vivido trescientos años después pudiera descubrir algún indicio de lo que me había acusado la anciana que irrumpió en mi habitación hacía solo dos días.

Un comentario atrajo súbitamente mi atención.

—La verdad —comentó una mujer a mi derecha—, nunca pensé que

vería a Connor otra vez frente al altar. Juró que jamás volvería a casarse, después de lo que sucedió.

La mirada que le dirigió Meghan hizo que la mujer silenciara lo que pensaba decir a continuación. Yo me había quedado estupefacta. ¿Volvería? ¿Connor ya había estado casado? Sentí un agudo pinchazo en el estómago, otra mentira, otro secreto. ¿Cuántos más habría?

- —Y ¿qué es lo que sucedió? —interpelé a la mujer de forma hosca. La mujer calló ante mi brusquedad.
- —Eso debería contártelo Connor, no es asunto de ninguna de nosotras.
 —Meghan circundó a todas las mujeres con un gesto de advertencia.
- —Bueno —dije yo de forma más suave—, como está claro que mi marido ha pasado ese pequeño detalle por alto, quizás esperaría que otra amable persona me informara al respecto. —Mi tono fue subiendo agudos a medida que mi furia amenazaba por brotar de la garganta.

Ninguna mujer habló, ahora todas se concentraron en sus labores de costura. Las observé una a una intentando adivinar cuál era la más débil para atacar otra vez. Finalmente me decidí por la más sincera.

- —Euphemia —dije—, creo que siendo ahora la esposa de Connor debería saber cuál fue la historia tan misteriosa que todas se empeñan en ocultarme.
- —Tienes razón, *mo nighean* —dijo—, y buen ojo para elegir, sabiendo que a mí no me reprochará nunca que te lo cuente. Aun así, si él desea que permanezca oculta, yo no puedo decirte nada.
- —Euphemia —lo intenté otra vez, recurriendo a su nombre de pila para crear cercanía, como lo hacía con algún acusado—, él conoce perfectamente a todos los habitantes del castillo. ¿De verdad cree que él piensa que esa historia no iba a llegar a mis oídos de una forma u otra? Creo que lo correcto es que sea alguien de su familia quien me informe al respecto. —La estaba tratando como en un tribunal, intentando ganarme su confianza de forma descarada y sibilina, pero necesitaba saber. Lo importante, al fin y al cabo, era ganar el caso. Es lo que decía siempre mi jefe.

Ella me miró un momento valorando mi explicación y a la vez traspasándome con los ojos, un rasgo claramente distintivo de los Stewart, que parecía que tuvieran el poder de traspasar las almas. Lo que vio debió de tranquilizarla, así que me enteré por fin de algo que preferiría haber ignorado.

—Sucedió cuando Connor volvió una vez que terminó sus estudios en Europa. Tenía veintiún años. Estuvo viajando muchos años y regresó con una sola idea en su terca cabeza. Vino a comunicar que se quedaría en su hogar, había comenzado a construirlo. Siempre le gustó la construcción. También traía un montón de diseños bajo el brazo, y proyectos para ampliar el castillo. Él se encargó de añadir el ala este, la más nueva. A Hamish padre no le gustó la idea, pero él era un bastardo, no tenía derecho a heredar los derechos del clan sino a ser un simple familiar, aunque aquí todos lo habíamos querido como a otro hijo.

Todas asintieron a la afirmación. Yo hice una mueca, empezaba a odiar la palabra «bastardo». Para mí carecía de significado, pero en esta época por lo visto dejaba pocas opciones. Ella ignoró mi gesto y continuó:

—Le dejamos hacer las obras esperando que cambiara de parecer, ya que su padre quería que se hiciera cargo del brazo militar del clan, mientras que el joven Hamish asumía su condición de heredero. Todo cambió cuando Claréese apareció. Ella era una simple doncella, en realidad siempre había estado al servicio en el castillo, solo que era una niña cuando él se fue, y una joven cuando Connor regresó. Una joven muy bella, tendría que admitir, suave y pequeña como un pajarillo, con un rostro en forma de corazón que enmarcaba unos dulces ojos azules como el cielo de verano y un largo cabello rubio como el trigo. Atraía las miradas de todos los jóvenes, pero ella solo tenía ojos para él, y pronto él solo tuvo ojos para ella. Fue un amor entusiasta, ambos se buscaban y se juraron amor eterno prometiéndose en el círculo de las hadas, el lugar más sagrado para el clan. Pronto quedó embarazada y hubo que improvisar una boda ante la Iglesia, que no admitía las uniones de hecho. Fue un embarazo difícil, y él le acondicionó su habitación para que estuviera más cómoda, ya que tuvo que estar casi todo el embarazo descansando. Convirtió dos habitaciones en una más amplia, con grandes ventanas que daban a las vistas más hermosas del lago, con el sol de mediodía, para que no sintiera tanto frío como en el resto del castillo. Sin embargo, y pese a los esfuerzos de Connor por protegerla, perdió al niño al poco tiempo. Eso no los desanimó, sino que siguieron intentándolo de forma desesperada hasta que ella volvió a quedar embarazada. Se amaban con tanta intensidad que daba envidia verlos, no tenían ojos más que el uno para el otro. Connor dejó de lado sus obligaciones para con el clan y se centró solamente en cuidarla. Ambos deseaban más que nada tener un hijo, y finalmente lo consiguieron. Pero la pequeña Claréese era demasiado joven y delicada, no pudo superar el parto y murió en los brazos de Connor horas más tarde de dar a luz a su hijo. El pequeño sobrevivió solo tres días más y finalmente también murió. Era un bebé pequeño y delicado como su madre. Connor lo veló durante dos largos días y después apenas pudimos quitárselo de los brazos. Todos pensamos que había perdido la razón. Durante días, semanas y meses fue una sombra de sí mismo. Juró que jamás se casaría y un día, aduciendo que era demasiado doloroso permanecer aquí, nos volvió a abandonar. Desde entonces ha venido en contadas ocasiones, y nunca se ha quedado demasiado tiempo. Quién sabe, querida, quizá tú hayas podido curar sus heridas.

Yo sentí ganas de llorar, una inmensa congoja amenazaba con brotar sin remedio del interior de mis entrañas. El círculo de las hadas, donde me había pedido que me casara con él, tenía un significado completamente diferente al que yo creía; la habitación en la que me había instalado estaba destinada a otra mujer, a una mujer pequeña y delicada como un pajarillo. Yo no compartía ninguna de las características de aquella mujer a la que mi marido amó con locura, ni mi altura, ni mi pelo negro, ni mi rostro eslavo, ni mi descaro. Me sentí grande, desproporcionada y tremendamente humillada. Podría luchar con otra mujer, pero nunca con un fantasma, el fantasma del gran amor de Connor.

- —Ellos están enterrados en el cementerio del castillo, ¿no? —pregunté sabiendo la respuesta.
- —Sí, los enterramos juntos, y junto a ellos quedó una parte del Connor que todos conocíamos —susurró Euphemia. Recordé a Connor la noche anterior llevándoles flores, y algo me estranguló por dentro.
- —Tengo que salir de aquí —dije levantándome de repente, lo que provocó muestras de sorpresa.
- —Espera, Geneva... —Era la voz de Meghan. No me volví. No podía mirar a ninguna mujer a la cara. Me sentía dolida, engañada y profundamente avergonzada.

Corrí a través de los pasillos hasta que llegué a la puerta principal. Cogí una de las capas que pendían de los clavos, me la puse y salí al exterior, sintiendo el mordisco del aire frío llevándose mis lágrimas ardientes con él.

Pasé a través de la arcada principal ignorando las protestas de los guardias y me paré frente al cementerio fijándome en el arco ojival que lo

precedía. Había unas letras grabadas, yo conocía de forma rudimentaria el latín, debido a mis estudios de Derecho, la inscripción rezaba: AQUÍ OS ESPERAMOS.

Sofoqué una risa histérica y seguí corriendo sin saber muy bien adónde dirigirme, me resbalaba y caía una y otra vez, levantándome cada vez con más decisión. Me olvidé del frío y de la amenaza de los lobos, estaba tan furiosa que yo sola habría podido enfrentarme a Atila y su ejército de hunos si fuera necesario.

Finalmente llegué a la orilla norte del lago sin saber qué hacer y mirando en derredor encontré una superficie rocosa y oculta y me senté en la fría piedra abrazándome las piernas, balanceándome y gimoteando como una niña.

No sabía muy bien por qué lloraba. Yo también tenía un pasado oculto, y muy a mi pesar en algunos aspectos era bastante parecido al suyo, aunque a mí no me habían amado con esa intensidad, a mí me habían abandonado cuando más necesitaba de él, de mi marido, de mi verdadero marido, Yago. Porque Connor, ya no sabía lo que era, ni quién era o lo que significaba para mí. Creí en él, le confié mi vida y me había entregado de una forma que hasta a mí me sorprendía. Pero sobre todo, y pese a los secretos que nos rodeaban, había confiado en él, y ahora me sentía traicionada. Me había dejado claro que me tenía porque yo le pertenecía, nunca habíamos hablado de amor. Nuestra unión se basaba en la necesidad de contacto, yo me sentía tan sola y desesperada en esta época que había olvidado todo por un hombre que creí que... ¿qué creía?

Me levanté después de unas horas, ya sin lágrimas en el rostro, con una firme determinación. Tenía que averiguar lo antes posible cómo regresar a mi vida y olvidar de una vez por todas este mundo, lleno de asesinos, violadores y un pirata de ojos verdes y traidores, como rezaba una copla que solía cantar mi abuela.

Una vez en el castillo, me dirigí a la cocina y comí algo de pan y queso y me llevé una manzana, ante la mirada reprobatoria de Elsphet. Subí las escaleras hasta el despacho del *laird*, que estaba cerrado con llave. Maldije y acudí a la habitación de Meghan. No había nadie, pero escuché un murmullo que provenía de la habitación contigua, la de los niños. Llamé y al escuchar respuesta entré.

James levantó la cabeza con gesto sorprendido. Estaba inclinado sobre la mesa de ejercicios de los dos hijos mayores de Meghan.

Le saludé con una inclinación de cabeza y le pregunté si sabía dónde se encontraba mi cuñada.

- —No lo sé —contestó—, ¿necesita algo?
- —Sí —dije componiendo una sonrisa, aunque en realidad era una mueca —, me gustaría leer algo y el otro día vi que el *laird* tenía una biblioteca abundante en su despacho. Quería preguntarle si tiene la llave.
- —Oh —dijo sonriendo—, no es necesario buscar a Meghan. Yo tengo una llave. La utilizo para consultar el material de estudio. Si quiere la acompaño. Ya he terminado con los niños. —Al escucharle, estos suspiraron de alivio y salieron corriendo dejando un rastro de papeles a su paso.

James hizo un gesto de frustración y se agachó a recogerlos, yo lo ayudé y los dejamos sobre la mesa. Luego ambos nos dirigimos al despacho.

Una vez que entramos, circundé con la mirada las pobladas estanterías. No tenía ni idea de por dónde empezar.

- —¿Qué busca exactamente? —preguntó James viendo mi azoramiento.
- —Libros de leyendas e historias escocesas —contesté escuetamente.

Si se sorprendió no lo demostró. Me llevó hasta una estantería a la derecha y me indicó varios que podía consultar. No los podía sacar del despacho sin el permiso del *laird*, así que me senté en la misma silla en la que había firmado las capitulaciones matrimoniales y me centré en buscar algo que me sirviera de ayuda, ignorando a James, que se sentó en la otra silla a corregir ejercicios, mientras chasqueaba la lengua y tachaba alguna frase.

Recorrí con las manos las tapas de los libros encuadernados en piel, abriendo el primero al azar. Estaba escrito en inglés, pero en un inglés del siglo XVIII o quizás anterior, por lo que me costó bastante entenderlo. Estaba tan concentrada que no me di cuenta de que estaba tarareando una canción. Solía hacerlo a menudo, en mi vida anterior. Llevaba todo el día con el sonido de la canción en la mente.

You know you can't keep me down.
Hey, hey, man! What's your problem?
I see you tryin' to hurt me bad
You can hang me like a slave.
I'll go underground
Hey, hey, girl! Are you ready for today?

You got your shield and sword? Cuz it's time to play the games...

—Extraña melodía, y más extraña aún la letra —dijo James levantando la cabeza de sus papeles y mirándome de hito en hito.

Yo lo miré dándome cuenta de que estaba allí. Era un hombre tan silencioso que una vez que me concentré en la tarea que tenía entre manos me olvidé completamente de él. Fruncí los labios ante mi error, obviamente las baladas de esa época no solían incluir comentarios tan descarados en sus letras.

- —¡Hummm! —exclamé como respuesta.
- —Me temo que está dirigida a alguien en particular —continuó él, curioso.
- —Es una simple canción —contesté quitándole importancia, no sabía a quién se lo había dedicado Pink, de lo único que estaba segura es a quién se lo dedicaba yo, sobre todo porque estaba preparada, y era la hora de empezar el juego...

Me concentré otra vez en el libro, leyendo historias de gigantes, princesas, *sidhe* y otras criaturas del mundo sobrenatural, sin encontrar nada que me resultara familiar o que me fuera útil. Cogí otro libro y lo abrí por la primera página, observé con avidez un grabado de una realidad pasmosa, parecía una sirena con largos cabellos negros y ojos claros. «Cuentos de sirenas —pensé—, no me sirven», estaba a punto de pasar la página cuando una palabra remarcada en tinta negra llamó mi atención, *selkie*. Seguí leyendo y mi cara cambió de la curiosidad de un estudioso a la más completa estupefacción.

- —¿¡Una *selkie* es una foca!? —pregunté en voz demasiado alta haciendo que James soltara los papeles que tenía entre las piernas.
 - —Sí, ¿por qué? —contestó mirándome de forma extraña.
- —Una foca. Una foca —repetí despacio—, me están comparando con una maldita foca.
- —Bueno —contestó él reprimiendo una sonrisa—, debería sentirse agradecida por la comparación, lady MacIntyre, las *selkies* son muy apreciadas en esta tierra. Son criaturas de gran belleza que se deshacen de su piel al llegar a tierra escondiéndola entre las rocas, pueden elegir esposo y entonces es el turno del esposo de esconder la piel para que ella no lo abandone y regrese a las aguas que son su hogar.

A mí la explicación no me aplacó. Solo pensaba en que me habían comparado con una foca. Una foca, ¡por Dios!, ni siquiera era una sirena, o un hada, era una foca. En mi mente de mujer racional nacida trescientos años después, que te compararan con una foca no tenía nada de agradecido, más bien era un insulto en toda regla. Mascullando, cerré el libro con un golpe que hizo que el polvo acumulado brotara en una pequeña nubecilla.

Me quedé mirando el rostro de James, tan parecido al de Yago, solo le faltaban las gafas de pasta y el rictus serio de mi ex marido, y de repente todo me pareció absurdo.

—Dios, ¡qué va a ser de mí! —exclamé súbitamente acongojada.

Él me miró de hito en hito.

—¿Se encuentra bien? Si me dice qué es exactamente lo que está buscando, yo podría ayudarla, conozco todos los libros de este castillo.

Evitando ponerme en evidencia más de lo que ya lo había hecho, erguí los hombros, mascullé una disculpa y me levanté dispuesta a investigar en otra estantería. Sentí su mirada tras de mí.

—Estoy bien. No busco algo concreto, sino conocer un poco más cómo es la tierra que es ahora mi hogar. —La última palabra se me atragantó y sentí ganas de llorar, así que me mordí la lengua y me concentré en los libros.

Cogí otros dos y me senté junto a la luz de las velas a proseguir mi investigación, aunque estaba cada vez más desanimada.

Pasamos más de una hora perdidos en nuestro trabajo y sin hablar. Me di cuenta con asombro de que me sentía cómoda en presencia de ese hombre. Era el único que no me observaba ni con desprecio ni con curiosidad, simplemente hacía su trabajo. Yago y yo solíamos pasar tardes enteras de ese modo, cada uno enfrascado en nuestras respectivas obligaciones laborales. Tragué saliva, hacía tiempo que intentaba no recordar demasiado a mi ex marido, ya que la herida era todavía reciente, pero la cercanía de James hacía que eso resultara bastante difícil.

La puerta se abrió de golpe sobresaltándonos a los dos, que volvimos nuestros rostros hacia el hombre que se había apostado en la entrada. Yo fruncí el entrecejo, ante mí tenía al diablo de ojos verdes traicioneros. James se levantó de un salto y lo saludó con un gesto de cabeza.

—Señor —dijo.

—Déjanos solos —soltó bruscamente Connor pasándose la mano por el pelo como buscando tranquilidad en ese simple gesto.

James salió del despacho como alma que lleva el diablo, ante el gesto adusto de mi marido. Yo ni siquiera me levanté de mi asiento, de hecho volví la vista y proseguí mi lectura, ocultando mis emociones en un libro sobre los duendes domésticos, por lo visto bastante habituales, aunque yo todavía no había visto ninguno, con lo útiles que parecían.

- —Estás aquí —dijo simplemente acercándose unos metros. Algo en su tono de voz me hizo mirarle. No parecía enfadado, sino preocupado.
 - —Aquí estoy, ¿por qué?
 - —Te estaba buscando.
- —No sabía que hubieras regresado de la cacería. De todas formas no me estoy escondiendo precisamente —dije previendo una discusión.
- —No es por eso, Genevie. Estaba preocupado, llevo horas buscándote, los guardias me dijeron que habías salido corriendo del castillo y Meghan me ha comentado que ha habido una conversación esta mañana que parecía afectarte bastante.

Busqué algún indicio en su rostro de falsedad, pero no lo encontré, eso tampoco me decía nada, ya que era un experto en ocultar sus emociones y sus secretos.

- —¿Preocupado? —inquirí seria.
- —Sí, pensé que te habías ido, que habías desaparecido. *A Dhia!*, desde esta mañana no he podido pensar en otra cosa que en ti, sola en esa cama, y cómo me miraste cuando me fui. He soportado las burlas de todos los hombres acerca de mi despiste y mi mala puntería, así que, harto, decidí volver al castillo, y cuando llegué nadie parecía saber qué había sido de ti desde esta mañana. No sé, pensé que... —Sus palabras murieron y se sujetó el pelo en la nuca de forma brusca volviéndolo a soltar al instante.
 - —¿Qué pensaste? —Mi tono era neutro.
- —Pensé que me habías abandonado. Que habías decidido entregarte o huir de mí. O incluso que tal como habías aparecido en Edimburgo, aquí habías hecho lo contrario, desaparecer por completo. —Su tono era de tristeza.

Yo di un respingo. Si fuera tan sencillo como eso...

- —Ya te dije que no tenía adónde ir —repuse tranquila.
- —Sí, bueno, pero...
- —No me crees, ¿verdad? Connor, hasta ahora quien ha estado ocultando su pasado y sus secretos eres tú, y no yo. Yo jamás te he dado una señal que te indicara que iba a huir de ti —mentí flagrantemente; si hubiera

podido volver a mi vida anterior esa misma tarde, lo hubiera hecho sin dudarlo.

—¿Que yo te he ocultado algo? Genevie, te he traído a mi tierra, a mi hogar, donde cada uno de los habitantes de este castillo me conoce. De ti, sin embargo apenas sé nada más que unos pocos datos, que estoy seguro has adornado y falseado a tu antojo. —Su tono era bajo y pude ver cómo la vena de su cuello latía demostrando su enfado.

Abrí la boca y luego la cerré. Iba a contestarle que yo no había escondido un marido y un hijo como había hecho él, pero además de hacer eso, había escondido algo mucho más importante.

- —Creí que una vez nos casáramos, te sentirías lo suficientemente cómoda conmigo como para decirme de una vez por todas quién demonios eres y qué escondes. ¿Qué te da tanto miedo, *a ghràidh*? —Suspiró fuertemente y cerró los puños. Yo me puse tensa al instante.
- —No quiero hablar de mi pasado —lo miré y él enarcó una ceja—, no todavía. Es demasiado doloroso. —Callé, estaba a punto de echarme a llorar como una tonta.

Él me traspasó con su mirada, y yo agaché la cabeza intimidada. Notaba su enfado, y también cómo se estaba conteniendo al ver mi dolor.

—Lo siento, *a ghràidh* —dijo finalmente, yo levanté la cabeza sorprendida. El terco, engreído y maldito escocés se estaba disculpando—, creí que era mejor no decírtelo antes de que te casaras conmigo por si cambiabas de opinión. Sentí que si te lo contaba tú pensarías que no era lo suficientemente hombre para ti. No pude protegerla, no supe cuidarla y no supe cómo salvarla, y no quise que pensaras que no podría hacer lo mismo por ti.

Su mirada mostraba tanto dolor, que aunque tenía intención de mostrarme fría y distante me estaba derritiendo como el hielo en verano.

—Si crees eso de mí, Connor, es que no me conoces en absoluto. Tú no tuviste la culpa de lo que le sucedió a tu esposa, fueron las circunstancias, esas cosas a veces ocurren. —Y así de repente me di cuenta de que lo que me había sucedido a mí al perder a mi propia hija no era culpa mía, sino que verdaderamente esas cosas ocurren y se escapan al entendimiento humano. Por un instante la pena y el alivio se juntaron en mi pecho haciendo que me estremeciera.

Se acercó un metro hacia mí. Yo me levanté para tenerlo frente a mi rostro, aunque mi nariz le llegaba justo a la mitad de su pecho. Me di cuenta de que llevaba varias trenzas a los lados del rostro, como un guerrero vikingo, y que mostraba rasgos de cansancio, aparte de que el *kilt* de caza estaba mojado y manchado de barro.

- —¿Cómo me has encontrado? —pregunté.
- —En Edimburgo, cuando fuiste con Duncan a Grassmarket, te vi pararte frente a una imprenta totalmente encandilada. Incluso pensé en entrar y comprarte algún libro, pero pronto Duncan tiró de ti y seguisteis camino. Así que pensé que si estabas en el castillo, debías de estar en el único sitio donde hubiera libros, y aquí estoy.
 - —¿Me seguiste en Edimburgo? —pregunté algo enfadada.
 - —Claro. —Él no parecía en absoluto avergonzado.
 - —¿Por qué? —inquirí más enfadada todavía.
- —Porque tenía que protegerte, ¿por qué si no? —Su rostro mostraba una amplia sonrisa que derritió por completo la escarcha de mi alma.
 - —No lo necesitaba —exclamé.
- —Oh, sí. Al final lo necesitaste, casi consigues que la multitud nos ensartara como a un cerdo en San Martín. —Volvió a sonreír y yo bajé la cabeza avergonzada. Estaba claro que si quería sobrevivir en este mundo, lo tenía que tener de mi lado, me gustara o no.

Él me cogió el rostro con las manos y lo levantó para que lo mirara a los ojos.

- —¿Quién eres, Connor? —pregunté perdiéndome en la intensidad de su mirada.
- —Cuando me veo reflejado en tus ojos solo soy Connor, y cuando estoy poseyéndote siento que soy el dueño de tu alma y de tu cuerpo, y solo entonces puedo relajarme y sé que no huirás. —Y diciendo eso posó sus labios sobre mí.

Yo aspiré su olor a fresco, a madera, humo y barro, y su aliento suave con restos de whisky en su lengua. Y, ¡maldita sea mi estampa! Abrí la boca para recibirle con entusiasmo, con demasiado entusiasmo a mi pesar.

Nuestro beso se intensificó y me cogió por las piernas hasta alzarme y dejarme sobre la mesa de su padre, apartó de un golpe los libros y papeles y me tendió sobre la fría madera, en la oscuridad de la habitación, iluminada solo por una vela que tenía cerca de mi cabeza a la derecha, y que atrapaba la luz de sus ojos verdes haciéndolos lucir como esmeraldas.

Noté que sus manos se desplazaban a lo largo de mis piernas levantándome la falda. Quise protestar y lo sujeté con una mano.

- —Aquí no —dije temiendo que en cualquier momento apareciera su padre o cualquier otra alma indiscreta.
- —Sí, te necesito, aquí y ahora —contestó él sujetándome la mano sobre la mesa, que provocó el chasquido del anillo de bodas cuando golpeó contra la madera.

En ese momento supe que Connor no era un hombre al que se le pudiera negar nada fácilmente.

Cuando su mano alcanzó el objetivo principal, me estremecí y levanté las piernas en un reflejo instintivo de respuesta. Noté su risa contra mi pecho mientras me desataba las cintas que sujetaban mis pechos. Se entretuvo mordisqueando uno y otro pezón hasta que estos se irguieron y mi interior reverberó deseando más. Me arqueé con fuerza y lo atraje hacia mí. Con la mano otra vez libre levanté su pesada falda y atrapé su miembro y lo acaricié con destreza, maravillándome del efecto que eso le producía mientras observaba su rostro excitado.

Volvió a hundir su rostro en mi pecho.

- —No llevas corsé —dijo en tono reprobatorio.
- —No pienso volver a llevarlo. Además, no me hables de dictados de la moda, que tú vas peinado con trencitas —susurré con voz entrecortada.

Me miró extrañado y yo entrecerré los ojos.

Deseando más, sujeté con más fuerza su miembro erecto y lo guie a mi interior con un descaro y una desvergüenza que no creía que tuviese. Él gruñó y entró por completo en mí, haciendo que me arquease con fuerza y emitiese un pequeño grito, cuando llegó a los límites de mi vientre.

Pero ya no podíamos parar, me atrajo hacia él y me obligó a mirarlo mientras lo hacía y yo respondí completamente excitada, desahogando mi frustración y furia del día con él, a través de él, por medio de él. Me daba igual, solo quería que me poseyera con fuerza. Si él creía que le pertenecía, en ese momento por lo menos, él era el dueño de mi alma y de mi cuerpo.

Lo tendí sobre mí sujetándolo por la camisa y enterré mi rostro en su cuello, aspirando su olor a hierba mojada y pasando la lengua por su cuello tenso que tenía un sabor ligeramente salado. No hubo tiempo para más, sentí que ardía por dentro y estallé gimiendo, él me siguió un momento después emitiendo un gruñido animal y sujetándome con fuerza por la cadera. Levantó el rostro enrojecido por el esfuerzo y me besó profundamente, lo que provocó ecos en mi vientre todavía ocupado por él.

—Me has preguntado quién soy, Genevie. En tus manos no soy más que

arcilla moldeable, un alma, un corazón y solo un hombre a tu servicio, mi señora —susurró a mi oído.

Recobré súbitamente la consciencia y, algo asustada por sus palabras, intenté levantarme y me até las cintas de la blusa con arrobo y con algo de torpeza.

—Yo lo haré —dijo él, que si había notado mi súbita frialdad no lo demostró.

Con suma facilidad, apretó e hizo una lazada. Lo miré a los ojos y él posó un casto beso en mi frente.

- —Ya está —dijo cruzándose el *kilt* por el hombro que se le había deslizado en uno de los movimientos y repasándose el pelo hacia atrás.
 - —¿Quién te ha peinado así? —inquirí curiosa.
- —Yo. —Me miró extrañado. Yo estaba más extrañada todavía, apenas conseguía recogerme el pelo con una trenza que acababa deshecha a las pocas horas.
 - —¿Por qué?
- —Necesito apartarme el pelo de los ojos para poder enfocar mejor mi puntería. Es bastante común en las Highlands.
 - —Ah —dije asombrándome de lo poco que conocía yo de este tiempo.
- —¿Qué estabas leyendo? —preguntó agachándose a recoger los libros del suelo.
 - —Oh, nada en realidad, solo buscaba algo con lo que entretenerme.
 - —Con James. —Había algo de resquemor en su tono.
- —Bueno, tú te habías ido a buscar un pobre cervatillo al que asesinar le contesté con acritud.

Suspiró fuertemente y puso los ojos en blanco.

—Vamos —dijo cogiéndome de la mano—, bajemos a cenar. Me muero de hambre.

Ambos bajamos por el laberinto del castillo hasta la sala principal. En la puerta nos paró uno de los hombres del clan, el mismo que había salido en la partida de búsqueda y que lo había saludado como a un hijo.

- —Veo que por fin has encontrado a tu mujercita —sonrió mirándonos a los dos.
 - —Sí, lo he hecho, ¿acaso lo dudabas?
- —No, te he educado bien. Si no pudieras rastrear a tu esposa a solo un día de casarte serías un completo inepto. Dentro de unos años quizá te arrepientas de haberla encontrado, pero de momento... Sería mejor que por

unos días no salieras de caza, porque de ser así acabarías con el trasero ensartado en los colmillos de algún jabalí más listo que tú, y te centraras en lo que ocupa tu mente y tu..., ejem...

»Señora. —Hizo una inclinación de la cabeza y salió disparado a por una copa de whisky.

- —¿Quién es? —pregunté a Connor sintiendo unas irremediables ganas de reír.
 - —Fue mi maestro de armas, Liam, él me enseñó todo lo que sé.
 - —¿Todo? —le dije entrecerrando los ojos.
- —Bueno, algunas cosas las he ido aprendiendo por mí mismo a lo largo de los años —rio.
 - —Le tienes mucho aprecio, ¿no?
 - —Sí, para mí fue el padre que nunca tuve.
 - —Sí lo tuviste.
 - —No, en realidad no lo tuve —fue su escueta respuesta.

Nos sentamos en la mesa principal y cenamos en animada conversación con el resto de los comensales. Meghan me expresó su preocupación, pero yo la tranquilicé. Hamish parecía que iba a acabar con las reservas de alcohol de todo el castillo, y Moira, según me contó Meghan, seguía descansando y había mandado mensaje de no ser molestada esa noche, ya que se encontraba algo indispuesta. Yo me atraganté con la copa de vino. Indispuesta o no, seguro que el que quería que la visitase esa noche no era precisamente su marido.

Subimos a nuestra habitación al poco rato. Yo al entrar me quedé parada un momento, recordando a quién había pertenecido anteriormente. «¿Habría muerto en esa misma cama?» No me atreví a preguntarlo. Sin embargo, Connor, adivinando mis pensamientos, se situó detrás de mí y me cogió por la cintura.

—Aquí no hay ni rastro de ella, Genevie. Todo el mobiliario fue cambiado hace años, solo quedan las paredes y las vistas al lago. No tienes nada que temer.

Me ayudó a desvestirme con calma y yo hice lo mismo con él. Cuando estuvimos desnudos, solo con la luz de la luna como testigo, nos acostamos en la cama e hicimos de nuevo el amor de forma pausada, pero con la misma intensidad que las otras veces. Era como si una vez que nuestros cuerpos se rozasen algo más fuerte que nosotros nos impidiera parar hasta casi perder el sentido.

Quedé tendida de espaldas con Connor a mi lado apoyado en un codo. Me recorría el rostro con un dedo de forma meticulosa, como si quisiese gravar cada rasgo de mi piel en su memoria.

—Estás tan bella iluminada solo por esta luz... Tu cabello brilla y tus ojos son un reflejo de la misma luna que asoma por la ventana —dijo suavemente.

Yo sentí cómo me ruborizaba ante el escrutinio.

- —Eres tan joven... —susurró.
- —¿Tan joven? —pregunté—. Connor, tengo apenas mes y medio menos que tú, mi cumpleaños es el treinta de septiembre.

Él hizo un gesto de sorpresa.

- —¿Treinta años? ¿Tienes treinta años?
- —Sí, ¿ocurre algo? —pregunté sintiéndome vieja sin serlo. Aunque claro, en aquella época las mujeres de treinta años tenían una caterva de niños rondando a su alrededor y el rostro ajado por la dura vida en las montañas.
- —No, solo me he sorprendido. No tienes ni una sola marca de la edad en tu rostro, ni en tu cuerpo. —Aun así seguía mirándome con una mezcla extraña de estupor e incredulidad.
- —Te equivocas, tengo una cicatriz en la frente, sobre la ceja derecha. Cuando era pequeña me caí sobre la esquina de una mesa. Además no soy tan mayor, si quieres puedes comprobar que también tengo todos los dientes —dije abriendo la boca algo molesta.
- —No tienes ninguna cicatriz, *mo anam*, y ya sé que tienes todos los dientes. He amado tu boca varias veces como para notarlo —contestó con gesto incrédulo.
- —Sí tengo una cicatriz —le contradije dirigiendo mi mano hacia la pequeña incisión sobre mi ceja. Pasé el dedo índice una y otra vez sobre el sitio y no encontré nada. Ahora era yo la que tenía el gesto sorprendido.
 - —Te lo dije —suspiró él.
 - —No lo entiendo —mascullé más para mí misma que para él.
- —Yo tampoco, *a ghràidh*. Yo tampoco —dijo volviéndose para cogerme por la cintura.

Nos quedamos en silencio un momento, yo meditando dónde estaría mi cicatriz, hasta que creí que por su quietud se había quedado dormido. Me sobresalté al escuchar su voz susurrando a mi oído.

—No la amaba.

Supe a quién se refería aunque no mencionó su nombre. Me quedé callada temiendo interrumpir otra confesión.

—Creí que la amaba y que ella me amaba a mí, pero me equivoqué. La quería, sí, pero cuando intentaba hacerle el amor ella me esquivaba y rehuía como si me tuviera miedo. Al final acababa tan frustrado que no sabía cómo actuar con ella. Al principio pensé que era por la falta de experiencia, y fui paciente y atento, pero no conseguía más que lloros y súplicas por su parte. Pensé que si teníamos un hijo todo cambiaría, pero todo fue a peor. Era tan pequeña y delicada que al final tenía miedo de poseerla. No sabía qué hacer, me estaba volviendo loco. Cuando murió ella y después nuestro hijo, sentí que Dios me estaba castigando porque no supe ser un buen marido, y tuve que alejarme de aquí, no podía vivir constantemente con su recuerdo y con la gente alrededor creyendo que lloraba por un amor perdido, cuando en realidad me sentía aliviado. Me odié por ello y maldije a Dios y al mundo. Fue cuando me uní al ejército y luché en el continente. Quería que me mataran, ya que yo mismo me odiaba de tal forma que pensaba que esa era la única forma de redimirme ante los ojos de Dios y de los hombres. Ahora me doy cuenta de que Dios me perdonó y te puso en mi camino para que pudiera remediar mis errores del pasado.

Le apreté la mano que reposaba en mi cintura, sintiendo su dolor como mío propio. Nuestra vida, separada más de trescientos años, tenía más puntos en común de lo que a primera vista parecía.

- —Esa fue otra de las razones por las que me casé contigo.
- —¿Cuál? —pregunté volviéndome.
- —Tú eres fuerte, joven y con un carácter endemoniado, que me hace desear poseerte y domarte a cada instante. Y me respondes, respondes con la misma pasión que yo te doy. Serás capaz solo con tu fuerza de voluntad de darme hijos sanos. Quizá ya lleves en tu vientre mi semilla —dijo acariciándome en esa parte.

Me sentí otra vez dolida y aun así no pude evitar darle en parte la razón. Nos habíamos unido por diferentes circunstancias, la mía porque no tenía más opción. Él buscando redimirse y tener por fin hijos propios, era lógico que buscara una mujer fuerte que pudiera tenerlos. Lo que él no podía saber es que yo quizá no fuera capaz de tener hijos nunca. Algo asustada intenté recordar cuándo fue la fecha de mi última regla, creía que unos días antes de viajar, pero todo podía haber cambiado en esta época. Ni siquiera

lo había pensado, la posibilidad de un embarazo era algo tan remoto que había permanecido oculto en mi mente, ocupada en otras cosas mucho más urgentes. Sentí un terror tan real que me estremecí.

—Connor —le dije bruscamente—, no sigas dándome las razones por las cuales te casaste conmigo. Prefiero no saberlas.

Retiré su mano de mi vientre y me aparté con la intención de calmarme y conseguir dormir al menos unas horas.

Sentí su tensión a mi espalda, pero no me volví, no quería sentir otra vez su contacto, porque estaba despertando sentimientos en mí que creí enterrados hacía mucho tiempo. No intentó acercarse y noté que se volvía.

Desperté sujetando con ambas manos la almohada y susurrando un nombre una y otra vez. Había tenido una pesadilla, que no había sido una pesadilla, era un recuerdo de Yago y de mi hija no nacida, cuando yo estaba embarazada de unos cuatro meses y por fin las náuseas habían cedido. Estábamos paseando por Santiago cogidos de la mano, envueltos en una nube de felicidad, cuando de repente frente a nosotros apareció la anciana que me había visitado, pero no era una anciana, era una niña no mayor de quince años, vestida con el *arisaid*. Se paró frente a nosotros y solo pronunció una frase: «Estás muerta y el bebé también», y desapareció. La sensación de estar ahogándome era tan intensa que grité.

Unas manos fuertes me sujetaron y me volvieron hasta que quedé a unos centímetros del rostro de Connor. La luna todavía iluminaba tenuemente la habitación. Yo respiraba de forma agitada y Connor lucía una expresión de preocupación en el rostro.

- —Una pesadilla —dije a una pregunta no formulada.
- —Lo sé, tranquila, *a ghràidh*, ese hombre ya no podrá hacerte daño. Estás conmigo —contestó él abrazándome.
 - —¿Qué he dicho? —pregunté sabiendo que había hablado en sueños.
- —Has pronunciado «Yago» una y otra vez, luego gritaste mi nombre. ¿Quién es él?
 - —Un hombre de mi pasado.
 - —¿Te hizo daño?
 - —Sí.
- —Si viene a buscarte, si te encuentra, *a ghràidh*, lucharé contra él. No debes temer nada. Ahora estás conmigo. Eres mía, y eso nada puede cambiarlo.
 - —Tranquilo, Connor, él jamás vendrá a buscarme —dije sabiendo que

era verdad y deseando que no lo fuera, me volví y lloré contra su pecho hasta que me quedé otra vez dormida.

La felicidad de la vida a veces es solo tener un melón maduro entre las manos

Desperté pegada a su pecho, notando los latidos de su corazón. Él todavía dormía y no quise moverme para no despertarlo, aun así no pude evitar el deslizar mi mano por su pecho cincelado, cubierto de suave pelo rizado de un rubio oscuro que cesaba justo entre sus pectorales. Observé una cicatriz que le cruzaba el torso, de unos diez centímetros justo debajo del corazón. Apenas era una línea blanca, lo que quiera que le hubiese herido, posiblemente una espada, había sucedido hacía muchos años. Le miré el brazo vendado, la venda estaba limpia y no había restos de sangre. No parecía notar dolor, aunque cualquier otro hombre hubiera estado atiborrado de tranquilizantes musculares durante al menos dos semanas. Pero Connor estaba acostumbrado al dolor y a las heridas, y como él dijo, había sido solo un rasguño. ¿Cuántas heridas de guerra más habría sufrido?

Apenas había tenido tiempo de ver su cuerpo totalmente desnudo y ahora sentía una irremediable curiosidad de explorar. Levanté un poco las mantas y él se removió, pero sin despertarse. Observé a la luz del amanecer gris de las montañas su cuerpo fuerte y pasé mi mano a través de su vientre tenso y liso hasta llegar al comienzo de su entrepierna cubierta con pelo rizado y rubio y me mordí un labio al observar cómo ese simple gesto hacía que su miembro se tensara y creciera sin voluntad propia. Admiré con deseo su tamaño y bajé un poco más admirando sus largas y musculosas piernas, como las de un atleta, solo que no eran las de un deportista, eran las de un guerrero. Me estremecí y sentí mariposas que revoloteaban en mi vientre. ¿Pero qué me está pasando? Ni que fuera la primera vez que veía un hombre desnudo, un hombre desnudo junto a mí. Pero nunca había visto un hombre así, ni sentido esa sensación de protección que me daba su cuerpo. A veces sentía unas profundas ganas de abrazarlo, otras de pegarle una patada en el trasero por su terquedad, pero la mayoría de las veces deseaba

perderme en su pasión, como él se perdía en la mía. Y eso me estaba asustando, y mucho.

Levanté la cabeza y observé su rostro, dormido y libre de tensión. La arruga de su entrecejo había desaparecido y solo quedaba el rostro ancho y amable que solía dirigirme cada vez más a menudo. Le acaricié la mejilla notando su barba incipiente, suave y a la vez dura como un cepillo. Su boca se curvó solo por el lado derecho, como siempre. Yo sonreí. De repente abrió los ojos y se apartó levantándose de un salto, quedándose en posición de ataque, mirando con los ojos desorbitados alrededor y con todo el pelo revuelto.

Lo miré con sorpresa y solté una carcajada.

Connor centró su vista y me miró enfurecido.

- —Pareces un león asustado —le dije entre risas.
- —¿Un león? Ese es un animal fiero y peligroso —contestó cambiando su gesto y acercándose peligrosamente a mí.
- —Sí, el rey de la selva —respondí riendo y escondiéndome entre las mantas. Él me siguió y me atrapó con un solo brazo, me arrastró y me dejó sobre él. Reí, grité y pataleé hasta que me sujetó las piernas y las manos y no pude moverme.
 - —¿Lo notas? —preguntó con voz entrecortada.

Lo notaba, y perfectamente además.

—Pues a partir de ahora tendrás más cuidado en despertar a este león, no vaya a ser que te ataque y...

Lo silencié besándole y abrí mis piernas para recibir tan temida y deseada agresión...

Un rato después, nos levantamos y vestimos. Yo todavía bastante azorada, él completamente tranquilo. Estábamos a punto de bajar a desayunar cuando me entregó algo.

- —Cógelo —me dijo mostrándome el abrecartas de plata.
- —No quiero volver a tenerlo cerca de mí —contesté recordando dónde lo había dejado por última vez.
- —Cógelo, *mo anam*, no es una sugerencia. Es una orden. Sabes cómo utilizarlo y puede serte de utilidad otra vez.
 - —Dijiste que aquí no corría peligro.
- —Lo sé, pero en los tiempos que corren nunca se sabe. Llévalo en tu bolsillo. Nadie tiene por qué saber que lo tienes.

No me dio otra opción. Lo cogí y lo guardé en el bolsillo de la falda.

- —Connor —pregunté mientras bajábamos las escaleras—, ¿hay algún médico en el castillo?
- —No, ¿por qué? ¿Te ocurre algo? Solo hay un cirujano en la aldea. —Se volvió con gesto preocupado.
- —No, a mí no —dije para tranquilizarlo—, solo quiero cambiarte el vendaje y curarte la herida.
- —No lo necesito, *a ghràidh*. Pero de todos modos, Elsphet es tan buena preparando compotas como medicinas —respondió de forma cautelosa.
 - —Ah, bien. —No dije más y entramos en el salón.

La actividad era bulliciosa, tanto hombres como mujeres se sentaban de forma desordenada a comer algo y comenzar con sus tareas diarias. El castillo era como una colmena de abejas, solo el *laird*, como la abeja reina ajena a las labores comunes, permanecía en el castillo examinando y contestando misivas.

Nos sentamos junto a su maestro de armas.

—Vaya —dijo cuando Connor se sirvió su sexto arenque ahumado—, veo que tienes hambre, *mo charaid*. ¿Mucho trabajo?

Connor gruñó con la boca llena.

—Hijo, las noches son para descansar, si no luego no rindes lo suficiente en tus tareas. Esa es la primera norma de un hombre. Aunque veo que eso te resulta difícil últimamente. Eso es lo bueno de un hombre soltero, que no tiene que estar dispuesto como un semental a servir a su yegua. Aunque viendo tu rostro, quizá debí haber dejado que alguna me atrapara. —Cogió un bote de miel y untó abundante cantidad en un pan.

Yo enterré mi rostro en mi plato completamente azorada. Notaba las miradas divertidas de los rostros que nos rodeaban. «¿Cuánto más tendríamos que soportar las burlas?»

—Como no te calles, ninguna mujer en cien millas a la redonda va a desear acercar su cara a la tuya por mucho, mucho tiempo —contestó Connor suavemente y en voz baja, lo que denotaba su enfado. Aunque con el rabillo del ojo vi que su mirada brillaba divertida.

El hombre rio a carcajadas y, levantándose aún con el pan en la mano, se despidió.

—Te espero en las cuadras, hay mucho trabajo que hacer, y espero que estés en condiciones —le dijo a Connor—. Aunque señora, yo no esperaría mucho de él esta noche. La estancia en el continente lo ha ablandado y le costará recuperarse.

Salió riendo y yo enterré otra vez el rostro en el plato. Connor parecía inmune al comentario.

- —Connor —pregunté—, cómo saben todos que tú y yo... —No pude terminar de lo turbada que me sentía.
- —Me imagino que pueden ver igual que veo yo cómo te muerdes el labio y me examinas concienzudamente cada vez que entro en tu radio de visión. Mi sonrisa de satisfacción cuando nuestros ojos se encuentran también son otro indicio —contestó susurrando y sonriendo a la vez.
 - —¿Eso hago? —pregunté totalmente sorprendida.
- —Sí. —Él ahora rio ampliamente, y me dieron ganas de hacerle tragar media hogaza de pan.
- —Está bien. Procuraré ser más cauta —dije algo frustrada y me levanté de la mesa despidiéndome de todos. Un eco de risas me acompañó hasta la salida.

Me dirigí a la cocina en busca de Elsphet. Cuando entré se volvió y me miró con gesto reprobatorio.

—Elsphet, no se alarme —le dije—, solo vengo a que me proporcione vendas y quizás algo para que le termine de curar la herida del brazo a Connor.

Su gesto se relajó y me acompañó a un armario cerrado con llave al lado de la puerta. Sacó un manojo de llaves que llevaba prendido de su delantal, tantas como San Pedro, y con maestría abrió el armario.

Dentro estaba lleno de estanterías cubiertas por botes que tenían líquidos y pastas de diferentes colores que yo no tenía ni idea de qué se trataban.

- —Lady MacIntyre, lo mejor será que le quite el vendaje y deje la herida al aire, la mantenga limpia hasta que se seque y se caiga la postilla —cogió un pequeño frasco que olía como a menta—. Espárzalo con cuidado si ve que no ha cicatrizado todavía y deje que se seque sobre la herida.
- —Gracias —dije volviéndome. De repente me acordé de algo, algo muy importante.
- —Elsphet —volví a preguntar con voz algo titubeante—, ¿tiene algo para..., para..., ya sabe..., para evitar un embarazo? —Terminé de forma brusca notando cómo volvía a enrojecer.

Ella cambió el gesto, que se volvió adusto.

- —No tengo nada para provocar un aborto, si es eso lo que busca —dijo—, eso es cosa de brujas y hechiceras. Y yo no soy ni una cosa ni la otra.
 - -No, no es eso. Yo solo quiero evitar por un tiempo al menos la

posibilidad... de..., bueno, ya sabe. —Cada vez me sentía más incómoda y notaba su enfado.

Meditando si responderme o no, se volvió hacia el armarito y rebuscó entre los botes.

—Solo conozco un remedio, que no suele ser efectivo. —Me entregó una especie de esponja de mar y un bote—. Empápelo en vinagre e introdúzcaselo antes de que el hombre deje su semilla.

Lo miré con asco y con reparo. ¿Meterme eso ahí? Junté las piernas instintivamente. Pero no tenía otra opción. Un embarazo ahora trastocaría todos mis planes.

Dándole las gracias, me volví para salir y me choqué de frente con el pecho de Connor.

—Buscando algo para curar mi herida, ¿no? —preguntó suavemente. No me engañó, el latido de su vena en el cuello delataba que había oído si no toda la conversación, al menos lo principal.

Se volvió y salió de la cocina a paso rápido. Salí tras él.

—Espera, Connor —grité.

No se volvió.

—Deja que te explique —dije al pasillo ya vacío. Pero ¿cómo podía explicárselo sin delatarme? Maldije no haber tenido más precaución y subí a la habitación con los instrumentos de tortura en mis manos para esconderlos convenientemente.

Una vez allí me entretuve deshaciendo y haciendo otra vez el lazo de mi blusa, furiosa y a la vez temerosa de su reacción. No sabía cómo explicárselo y eso me estaba desquiciando. Quería contárselo todo de una forma desesperada, pero tenía miedo a su reacción. ¿Qué pensaría él? Probablemente le daría la razón a su hermano cuando señaló que yo estaba loca. Reí amargamente, quizá lo estaba, y mi mente torturada había creado un mundo imaginario alrededor, pero todo parecía tan real que... Me paré un momento delante del espejo y acerqué mi rostro acordándome de algo.

El espejo era opaco, pero podía ver con claridad mi cara si la acercaba lo suficiente. Busqué la cicatriz sobre mi ceja. Era cierto, no había rastro de ella. Asustada, comencé a desvestirme deprisa tirando la ropa sin cuidado alguno. Cuando estuve completamente desnuda pasé las manos desde mis pies a mi coronilla examinándome cuidadosamente. Un pelo fino y negro cubría mis piernas y mis axilas. Y si eso en Edimburgo ya me había sorprendido, ahora me asustaba. Yo estaba depilada con láser, no tenía que

tener nada de pelo en esas partes de mi anatomía. Me fijé en las rodillas, recordaba una mancha en la rótula izquierda, fruto de numerosas caídas de la bicicleta. No estaba, era una rodilla limpia y blanca. Subí mis manos y me sujeté la cintura, busqué el lunar que tenía junto al ombligo. Lo tenía, pero más claro de lo que lo recordaba. Me sujeté los pechos y los observé con cuidado, estaban firmes y algo enrojecidos en los pezones, pero eso lo había causado Connor con su barba, así que no era motivo de preocupación. El lunar que tenía al lado de la areola derecha seguía allí, oscuro e incitante. Finalmente observé mi rostro con atención. Sonreí esperando ver pequeñas arrugas de expresión bajo mis ojos, pero no había nada, mi piel era suave y firme. Me volví y observé mi postura de lado. Era recta, completamente recta. Aunque seguía teniendo la costumbre de inclinarme al sentarme, no tenía los hombros encorvados hacia delante fruto de largos años de estudio y de malas posturas.

La mujer que me miraba desnuda desde el espejo era yo, pero no era yo. Ahogué un grito de terror sintiendo que todo giraba alrededor como si por fin hubiera encontrado la pieza del puzle que estaba buscando.

—¿Quién eres? —grité a mi reflejo en el espejo.

El espejo, como no era el de la madrastra de Blancanieves, obviamente no me respondió, pero yo ya sabía la respuesta. No era Ginebra, no era mi cuerpo, era el de otra mujer, idéntica a mí, pero más joven. Pero sí era yo, era yo encerrada en el cuerpo de otra persona.

No había desaparecido como creí en un principio, no había viajado en el tiempo, simplemente mi alma se había trasladado a otro lugar atrapando un cuerpo que no era el mío, buscando su hueco, buscando un lugar que le era familiar.

Y por fin entendí las palabras de la anciana, ella lo había visto. Yo estaba muerta, ella vio mi alma dentro del cuerpo y notó que no le pertenecía. Yo ya estaba muerta, pero no lo estaba, en realidad ni siquiera había llegado a nacer.

Me vestí deprisa, como si quisiera ocultar las pruebas al mundo exterior y me senté en la cama apretando y soltando la falda entre mis manos. Pero ¿dónde estaba mi cuerpo? Se había quedado atrapado en el año 2010. Pero, lo verdaderamente importante era si el alma del cuerpo que yo ocupaba ahora había hecho el mismo viaje que yo. ¿Qué estaría ocurriendo en el siglo XXI? Mi hermana obviamente se habría dado cuenta de que no era yo, y desde luego dudaba mucho de que una mujer del siglo XVIII pudiera

pasar desapercibida en un mundo totalmente cambiado para ella. Yo por lo menos tenía la referencia histórica de algunos aspectos y sabía hablar inglés, pero ella, ¿conocería siquiera mi idioma? ¿Qué haría en un mundo lleno de tecnología y aparatos totalmente extraños? Sentí tanto terror que creí que me iba a descomponer. Finalmente me incliné sobre la bacinilla y vomité el desayuno, y una vez vacío parte del nudo del estómago se aflojó.

Tenía que regresar ahora más que nunca, no ya por mí, sino por la mujer a la que le había robado su vida.

Supe a quién tenía que recurrir, a la anciana que lo había visto todo. Ahora solo tenía que saber cómo encontrarla. Salí disparada de la habitación hacia la de Meghan, y llamé con los nudillos. Una voz apagada me indicó que pasara.

Entré despacio y encontré a Meghan acostada con gesto de cansancio, cada vez estaba más hinchada, su enorme vientre parecía una montaña en medio de la enorme cama.

- —¿Molesto? —pregunté dudando.
- —Nunca molestas, querida. Ven, siéntate a mi lado y hazme un poco de compañía. Cada vez puedo salir menos y me aburro más, pero es lo que tiene el embarazo —contestó sonriendo, aunque sus ojos estaban tristes y cansados.

Me senté a un lado de la cama y ella se volvió con un quejido.

- —Dime, ¿qué es lo que te preocupa? —inquirió con gesto serio.
- —¿Tanto se me nota?
- —Sí, ¿es por lo que me ha comentado Elsphet? —Me miró con los ojos azules de su hermano y su padre.
 - —Eh. —No supe qué decir, ya se me había olvidado.
- —No debes tener miedo a un embarazo, pese a lo que te contaron ayer. Connor es un buen hombre y sabrá cómo cuidarte, no huye de los problemas como hacen otros. —Hizo una mueca, me pregunté si estaría pensando en su propio marido—. Además, eso seguro que os hace muy felices.
- —Sí, ya, bueno —hice un gesto de la mano como dándole poca importancia—, verás, no venía por eso, aunque me sorprende que las noticias vuelen tan rápido.
- —Desconozco cómo sería en tu tierra, pero te puedo asegurar que aquí en las Highlands, antes de que termine alguien una frase, ya está en manos de otros —rio—. ¿Qué quieres decirme, entonces?

—Quería saber si vive cerca de aquí una anciana que conocí el día antes de mi boda. Era bastante mayor, y caminaba ayudada por un bastón hecho con una rama retorcida. Parecía bastante pobre y algo... trastornada.

Ella mostró sorpresa.

- —Sé quién es, pero ¿para qué quieres saber dónde vive? Esa mujer es peligrosa, dicen que es una bruja. No te conviene acercarte a ella —dijo irguiéndose apenas y mirándome con gesto adusto.
- —Vino a... darme unos consejos y viendo su aspecto había pensado acercarme con algo de comida y ropa y así agradecérselo —respondí sabiendo que como respuesta era bastante pobre, pero no tenía otra.
- —Vive en un *chachlann* cerca de la choza de la bruja, está a casi un día de camino en caballo hacia el este. Además suele acercarse al castillo de vez en cuando y Elsphet se ocupa de proporcionarle algo de comida y mantas para que se caliente en el invierno. Aunque dicen que es una bruja, yo creo que es una pobre mujer que enloqueció cuando su marido y sus tres hijos murieron en el quince.

Recordé las explicaciones de Sergei; había habido otro levantamiento en 1715 que había fracasado, propiciando la huida del viejo pretendiente a Italia. Sentí pena por la mujer, toda su familia destrozada por una quimera estúpida.

—No deberías acercarte a esa mujer. A Connor no le gustaría. Sería exponerte demasiado, y además dudo mucho de que sus consejos tuvieran mucho sentido —dijo. ¡Ach! ¡Sí que lo tenían!, pero yo no podía desvelar más.

Sintiendo su cansancio, le pregunté si necesitaba algo y ella lo negó. Me despedí dándole las gracias y salí en silencio de la habitación.

Ya era cerca del mediodía, así que bajé al comedor buscando a Connor, tenía que hablar con él para explicarle por lo menos en parte lo que había visto esa mañana. No lo encontré. Pregunté a uno de los hombres y me dijo que seguía en las cuadras.

Cogí un hatillo con algo de comida, las vendas y el ungüento que olía a menta y me dirigí allí. Atravesé el patio hasta llegar a los establos. La puerta estaba cerrada, pero no atrancada. La empujé con la espalda y entré.

Al principio no pude ver nada por la oscuridad del lugar, y el olor a estiércol y a animal encerrado hizo que arrugara la nariz. Cuando mis ojos se adaptaron a la luz, lo vi al final del largo pasillo, amontonando heno con una horca. Lo hacía con furia, como desahogándose. Intenté pensar que no

me imaginaba a mí cuando clavaba la horca y la levantaba una y otra vez. Sus músculos estaban tensos y la camisa se le pegaba a la espalda por el esfuerzo.

- —¿Qué haces aquí? —Yo me erguí sorprendida. ¿Tenía ojos en la espalda?
 - —Vengo a curarte el brazo —contesté suavemente.
 - —No lo necesito —contestó sin volverse.
 - —Connor, mírame —exigí.

Él se puso derecho y vaciló, finalmente se volvió con la horca en la mano. Parecía el mismísimo Neptuno saliendo del mar, sus ojos brillaban con la misma furia que en los grabados del dios romano.

- —Te he traído algo de comida. —Le alargué el hatillo, pero él no hizo ningún movimiento para cogerlo, así que lo dejé cuidadosamente en el suelo—. No es lo que piensas —dije.
 - —¿Ah, no? ¿Y qué crees que pienso?
- —Es que, es... demasiado pronto para tener hijos, ¿no crees? Apenas nos conocemos y...
- —¿Apenas nos conocemos? Querrás decir que apenas te conozco, Genevie. Estamos casados. Tú me perteneces, por si no había quedado claro. Si no querías hijos debiste decírmelo antes de entregarte a mí.
- —Lo siento. Ni siquiera lo pensé. Yo... ha sucedido todo tan deprisa que... —Estaba balbuceando y notaba que su enfado iba subiendo grados por momentos.
- —¿No soy suficiente hombre para ti? ¿Crees que no sabré ser buen padre? La verdad, a veces me enfadas tanto que me dan ganas de sacudirte para poder ver algo de emoción en tus ojos, y otras me gustaría montarte sobre el mondo suelo y hacerte comprender de una vez por todas que eres mía, y eso ya no puedes cambiarlo. —Su tono era brusco pero contenido.
- —Conque ¿soy tuya? Es eso, ¿no? Me compraste y crees que soy de tu propiedad, y por lo tanto no tengo derecho a tener mis propias opiniones sobre ciertas cosas, excepto el servirte a ti y darte calor en la cama. Pues que sepas, Connor, que no soy tuya, no soy de nadie, y si me entrego a ti es porque quiero, no porque tengas más o menos derecho sobre mí —lo dije gritando toda mi frustración.

Él tiró la horca a un lado, que rebotó en el suelo haciendo que varios caballos piafaran molestos por el ruido y se acercó peligrosamente a mí.

—No te acerques —dije poniendo mi mano frente a él y retrocediendo

un paso hacia la puerta.

- —Haré lo que me plazca, contigo y sin ti. Y si ahora quiero tomarte lo haré por mucho que protestes.
 - —No quiero que me toques —repuse con voz entrecortada.
- —¿Ah, no? —contestó atrayéndome hacia él con fuerza y dándome un beso con tanta brusquedad que me obligó a abrir la boca para poder respirar.

Se separó y juntó mis manos a la espalda.

—Soy tu marido, te guste o no, y, maldita sea, me obedecerás o te atendrás al castigo que quiera imponerte —susurró con voz ronca.

Intenté soltarme y como no pude levanté mi pierna para propinarle una patada donde más le dolía. Él juntó las piernas atrapando la mía, y me arrastró contra la pared.

- —Ya te advertí una vez de que ni siquiera lo intentaras, esta es la segunda. No habrá una tercera, Genevie, o sabrás con quién te has casado —dijo a mi oído de una forma suave y sibilante.
- —¡Suéltame, maldito escocés! Solo me ves como un recipiente para llevar tu hijo. Si es eso lo que quieres de mí, ya puedes ir buscándote a otra, seguro que hay muchas deseándolo en el castillo —gruñí contra su pecho.
- —No quiero a ninguna otra, te deseo a ti y ahora. —Se restregó y pude notar cómo su cuerpo indicaba sin duda alguna lo que estaba por hacer.
 - —¡Maldito bastardo! —grité a su oído.

Él se retiró de repente, dejándome tan sorprendida que casi me caigo al suelo.

- —Es eso, ¿no? Es porque soy un bastardo. —Su voz tenía un tono de dolor oculto bajo la furia.
- —No, no lo es —grité. ¿Pero qué me ocurría? Yo normalmente era dialogante y solía llevar este tipo de situaciones con bastante más elegancia y prudencia de la que estaba mostrando—. Eso no me importa en absoluto. Lo que no entiendo es por qué te molesta que yo ahora no quiera un hijo. No te he dicho que nunca lo vaya a desear, sino que pienso que es demasiado pronto. Además, en cuanto vi lo que tenía que hacer se me quitaron todos los reparos al respecto.
 - —¿No te has puesto la esponja? —preguntó quedamente.
- —No, ¡maldita sea! —contesté y de repente se me ocurrió algo—, ¿qué sabes tú de esponjas?

- —Bastante. Te recuerdo que además de haber estado casado dos años, luego fui viudo durante otros siete. ¿No pensarás que no he estado con otras mujeres? De todas formas no es un método fiable —contestó entrecerrando los ojos. Si lo dijo para hacerme daño, lo consiguió. Celos ardientes brotaron de mi vientre y fueron subiendo hasta que creí que podía estar echando humo por las orejas.
 - —Connor —susurré broncamente.
- —¿Qué? —preguntó él mirándome fijamente y sabiendo que había dado certeramente en el blanco.
 - —¿No habrá algo que debería saber?
- —¿Como qué? —contestó suavemente. Quise golpearle su bonito rostro con todas mis fuerzas.
- —Como por ejemplo que ya seas el padre del hijo de alguna de tus amantes —solté con furia resoplando por la nariz...
- Él rio fuertemente, haciendo que los caballos volvieran a relinchar inquietos.
- —No. De eso estoy seguro, *mo anam* —contestó entrecerrando los ojos hasta que solo fueron dos líneas brillantes—. Estás celosa, ¿acaso?
- —¿Yo? —dije con exagerada afectación—, ¡jamás! —O sí, lo estaba y mucho, y eso hacía que mi furia creciera con intensidad.
- —Bueno —dijo con indiferencia—, desde que te conocí a ti no ha habido otra, así que...
- —Así que, ¿qué? —respondí plantándole las dos manos en los hombros, viendo cómo se acercaba.
- —Que voy a domarte, *mo anam*, y a calmar tu furia, porque solo sé una forma de hacerlo, y hasta que conozca otra, esta sirve perfectamente para mis propósitos —dijo besándome otra vez.

De repente me vi tumbada en el montón de heno sin saber cómo había llegado hasta allí. Me revolví debajo de él, y solo conseguí acabar medio asfixiada y tosiendo polvo. Él se rio y volvió a besarme, yo me deshice del beso y le mordí el brazo, ya que las manos las tenía fuertemente sujetas sobre mi cabeza. Él se echó hacia atrás sorprendido, pero solo para tomar impulso, me abrió las piernas con una de las suyas y se posicionó en el centro. Dejó mis manos sujetas por la muñeca solo por una de sus manos y la otra se deslizó bajo mi falda hasta alcanzar mi entrepierna. Yo gemí involuntariamente.

—A Dhia!, estás húmeda y caliente, esperándome —susurró.

¡No!, quise gritar, pero me arqueé buscando más su contacto. Desató los lazos de mi blusa y mordisqueó un pezón hasta que grité. De fondo escuché el relinchar de los caballos, totalmente nerviosos, pero no podía parar. Me retorcí buscando más, y él notándolo no me hizo esperar. Entró en mí de forma brusca y rápida. Me dejó sin respiración y le mordí el hombro mojado en sudor salado ahogando otro grito. Tras varios empujes ambos caímos desmadejados sobre el montón de heno.

- —¿Qué voy a hacer contigo, *a ghràidh*? —susurró en mi oído con la respiración agitada.
 - —Domarme desde luego que no —contesté yo, haciendo que él riera.
- —Permíteme dudarlo, eres como un arpa. Solo hay que saber qué cuerda tensar lo suficiente —contestó con un brillo en sus ojos verdes.

Yo bufé como respuesta.

—Ahora déjame ver qué has traído para comer, estoy famélico —dijo ayudándome a levantarme.

Por la tarde salí a dar un paseo, no sabía muy bien adónde dirigirme, pero mis pasos inciertos me llevaron otra vez al borde del lago, a las rocas que me protegían del viento del norte. No había vuelto a nevar, pero el cielo era gris. Me senté y contemplé la inmensa belleza del paisaje que me rodeaba. Casi estaba a punto de conocer cómo volver a mi tiempo, y sin embargo esa perspectiva ahora me hacía pensar en lo que iba a dejar tras de mí. Estaba perdida en mis pensamientos cuando escuché dos voces que se acercaban por detrás. Un hombre y una mujer. Me asomé con cautela, protegida por las rocas y descubrí que eran Moira y el hombre de su clan, que había visto la noche de su boda.

No me convenía que descubrieran mi presencia, así que me cubrí con mi capa gris de lana y me junté todavía más a las rocas intentando mimetizarme con ellas.

Se sentaron a unos pocos metros tras de mí, podía escucharles retazos de conversación que me traía el viento, pero no frases completas. Él parecía algo enfadado por no haberla podido ver en esos días, ella le instaba a que tuviera paciencia, que todo acabaría pronto. Cuando llegaron a este punto sus voces susurraron y no pude escuchar más hasta que a mis oídos llegó un profundo gemido agudo. No pude evitar mirar, y me asomé con cuidado. Estaban haciendo el amor sobre una roca apartada, ella estaba totalmente

entregada. Toda su apostura de noble estirada había desaparecido con las faldas levantadas hasta la cintura. Se retorcía y gemía como si en ello le fuera la vida. Aparté la vista azorada. Dudaba mucho de que Hamish lograra sacarle aquellos sonidos cuando ella le dejaba tocarla. No obstante era algo más que una relación de amantes, aquellos dos tramaban algo, y desde luego, viendo lo que me rodeaba sabía que no tenía que ser nada bueno para el clan de los Stewart. Tenía que contárselo a Connor, él sabría lo que hacer.

Al poco terminaron y se alejaron, dejando a su paso el silencio de la tarde escocesa. Esperé unos minutos como protección y me levanté para dirigirme al castillo. Al rato me tropecé con Ian.

- —Hola —saludé—, ¿qué haces fuera del castillo? Hace mucho frío, vamos o cogerás un resfriado.
 - —No soy tonto —contestó él apartándose de mí un paso.
 - —No he dicho que lo fueras —dije yo suavemente.
- —Pero los demás lo dicen a mis espaldas, y creen que no les oigo. Pero yo veo y oigo cosas que los demás no ven ni oyen —contestó de forma misteriosa.

Yo ya me había perdido, pero aun así lo intenté de nuevo.

—Yo no pienso que seas tonto, solo eres diferente. Si todos fuéramos iguales, el mundo sería muy aburrido, ¿no crees?

Pareció pensárselo.

- —Sí, tienes razón. Tú eres buena, como Connor. Pero ella es mala señaló.
 - —¿Quién? —pregunté yo.
 - —Nadie.
 - —Ah —dije como único comentario.
 - —¿Me enseñarás a bailar? —preguntó de pronto.
 - —¿Yo? Si no sé bailar —le dije.
- —Sí sabes, lo vi el día de la boda. ¿Me enseñarías ahora? Las jóvenes no quieren bailar conmigo en las celebraciones, dicen que no sé bailar, y es verdad, nadie me ha enseñado. Si tú me enseñas a bailar, puede que alguna joven me quiera como tú quieres a Connor —soltó bruscamente.

Ignoré la última frase, y valoré las opciones. No tenía nada mejor que hacer, y me pareció que Ian necesitaba algo de cariño que no obtenía de los habitantes del castillo.

—Te enseñaré, si tú quieres —dije aceptando la oferta.

Él sonrió y por un instante su rostro deformado se pareció mucho al de sus hermanos.

—Vamos —dijo cogiéndome del brazo—, conozco un sitio donde podemos bailar.

Lo seguí hasta un pequeño claro rodeado de álamos. No sabía muy bien qué se esperaba de mí, así que tarareando un vals austriaco, le enseñé cómo situarse frente a su pareja de baile y cómo sujetarme, y comenzamos a girar una y otra vez. Tropezamos, lo pisé, me pisó y nos reímos como dos chiquillos, pero al final podíamos conseguir un rondó entero sin más percances que algún pequeño resbalón.

Viendo que estaba oscureciendo y amenazaba otra vez nieve, le insté a regresar al castillo.

Caminamos juntos y en silencio.

- —¿Me enseñarás ahora a besar? —exclamó de pronto.
- —No —respondí algo bruscamente—, eso creo que deberías pedírselo a alguno de tus hermanos.
- —Entonces —mascullé una maldición en silencio. ¿Nunca se rendía? Tenía la misma terquedad que toda su familia—, ¿me enseñarás palabras bonitas para decírselas a las jóvenes?

Me relajé.

- —Eso sí que podré hacerlo, pero con tiempo. Por hoy ya han sido suficientes lecciones —contesté sonriendo.
- —Me gustas —dijo dándome un beso en la mejilla, lo que me dejó sorprendida—, no eres como las demás, tú eres diferente, como yo.

Poco antes de llegar al puente se separó de mí, diciéndome que tenía algo que hacer. Yo me encogí de hombros y apreté el paso. Entré en el patio y me encontré con varios hombres desconocidos que estaban desmontando de sus caballos. Me aparté dirigiéndome a la puerta.

—¿Dónde demonios estabas? —La voz de Connor resonó a mi lado como un trueno.

Me volví abriendo los ojos de forma inocente.

- —Dando un paseo.
- —*A Dhia!*, tengo la sensación de que cada vez que me doy la vuelta desapareces —dijo pasándose las manos por el pelo con gesto de frustración.

Yo sonreí.

—No sonrías, Genevie, es peligroso que salgas sola. Daré orden de que

te acompañe algún guardia.

- —¿Desde cuándo necesito escolta? —pregunté sintiendo que volvía a enfurecer.
- —Desde que te buscan por asesinato —susurró él acercándose a mi oído para que los demás no escucharan. Yo sentí un escalofrío. Se me había olvidado completamente. A veces tenía la sensación de que vivía en una montaña rusa, subiendo con dificultad por los raíles, cayendo hasta el infinito y dando vueltas de campana.
 - —Ven —dijo cogiéndome de la mano—, ¡estás helada!

Antes de que pudiéramos entrar al refugio del castillo un hombre paró a Connor.

- —Connor, viejo amigo, ¿has vuelto a casa? —preguntó un hombre algo mayor que él, moreno y atractivo, con barba canosa.
- —¡Alexander! —sonrió Connor—, no sabía que habías acompañado a los hombres. —Me soltó la mano y ambos se fundieron en una especie de abrazo acompañado de fuertes golpes en la espalda.
- —¿Y qué es eso que dicen?, ¿es cierto que te has casado? Sé de algunas jovencitas que se entristecerán cuando conozcan la noticia. —El hombre mostró su dentadura bajo la espesa barba.
 - —Es cierto —sonrió Connor acercándome a él—, Genevie es mi esposa.
- El hombre se inclinó ante mí, y yo hice un amago de reverencia algo torpe. Levantó su vista, me observó y se rascó la barbilla con gesto divertido.
- —Vaya, ahora lo entiendo todo, si yo tuviera quince años y cinco hijos menos también hubiera intentado conquistarla.

Connor rio con ganas, llenando el espacio con su risa clara y musical.

—¿Conquistarla?, *mo charaid*, yo todavía estoy en fase de asedio, y no sé si lograré llegar algún día al torreón del castillo.

Yo lo miré con fastidio, lo que hizo que ambos hombres cruzaran sus miradas y se echaran a reír.

Otros hombres se acercaron a saludarnos, y observé cómo el *laird* salía a recibirlos junto con Hamish y Moira.

- El viejo Hamish se acercó a nosotros y saludó calurosamente a Alexander.
- —¿Cómo está mi amigo Lochiel? —preguntó. ¿Lochiel? Ese nombre danzaba en mi mente y me resultaba familiar. Por fin le puse un nombre, Cameron de Lochiel, el *laird* de un gran clan jacobita, los primeros en

unirse al príncipe Carlos.

—Preocupado, pero de momento tranquilo. Con este tiempo esperamos tener al menos unos meses para prepararnos —contestó escuetamente Alexander.

Nos interrumpió el hijo mayor de Meghan.

- —Mo seanair màithreil —dijo tirándole de las faldas a su abuelo.
- —*Mac ighne*, no interrumpas cuando hablan los adultos —le reprendió el laird, aunque sonriendo.
 - —Es muy importante, mo seanair màithreil —protestó el pequeño.

Los hombres pusieron los ojos en blanco, a esa edad la importancia de las cosas se medía de forma diferente.

Hamish padre se agachó junto a él.

- —¿Qué ocurre que sea tan importante como para interrumpir la llegada de estos invitados?
- —Tienes que castigar a Connor. —No utilizó la forma cariñosa con la que solía dirigirse a él y eso me extrañó.
- —¿A mí? ¿Y qué he hecho yo para merecer un castigo? —exclamó Connor confuso.

A esas alturas y a mi pesar ya teníamos la atención de casi todos los reunidos en el patio.

- —Has pegado a una mujer —dijo el pequeño Hamish levantando su espada de madera como defensa.
 - —¿Yo? —Connor estaba realmente sorprendido.
 - —Sí, a *mo piuthar màthar*, Geneva —dijo dirigiendo su vista hacia mí.
 - —¿A mí? —exclamé. Ahora la que estaba realmente sorprendida era yo.

Connor se arrodilló junto a él hasta quedar cabeza con cabeza, las dos rubias, pero muy diferentes.

—Créeme, *mo cridhe*, que he sentido muchas veces ganas de propinarle una buena azotaina a tu tía, pero todavía no se ha presentado la ocasión — dijo sonriéndole.

Yo le di un pellizco en el brazo.

Él hizo un gesto de protesta y se volvió hacia su sobrino.

—¿Ves? —dijo simplemente.

El niño lo ignoró y se volvió a su abuelo.

—Los he visto en los establos —dijo misteriosamente—, él la ha tirado al suelo y luego se ha echado sobre ella, y *mo piuthar màthar* gritaba y protestaba. Incluso le mordió, pero claro, Connor es mucho más fuerte que

ella y no ha podido hacer mucho, solo gemía y se retorcía como si le estuviera haciendo mucho daño.

Mi cara se tornó rosada, luego roja, luego carmesí y de repente me quedé blanca de nuevo. Respiré con dificultad al notar todas las miradas sobre mí, y en ese momento deseé tener la facilidad de las mujeres del siglo XVIII para desmayarse, que ahora se había vuelto esquiva.

Los hombres circundaron sus miradas y como en un eco prorrumpieron en broncas carcajadas. Excepto Connor, que había entrecerrado los ojos y lo miraba con gesto furioso, aunque brillando sus pupilas con diversión contenida.

El pequeño, molesto por las risas, volvió a tirar de su abuelo.

- —*Mo seanair màithreil*, tú siempre me has dicho que los hombres honrados no pegan a las mujeres, que ellas son más débiles que nosotros y que debemos protegerlas. Una vez ya me azotaste por pegar a Caitlin, aunque fuera una niña tonta. Yo no puedo defender a *mo piuthar màthar* porque soy todavía joven —diciendo esto se irguió en su metro diez como si fuera un gigante—, pero es tu deber castigarlo porque es tu hijo. ¿Lo azotarás como hiciste conmigo?
- —Ewan —bramó Hamish padre—, creo que deberías explicarle algo a mi nieto.
- —Y tú —dijo poniendo un dedo en el pecho de Connor—. ¿Los establos? ¿Es esa la educación que te he dado? ¡Maldita sea! Hay más de treinta habitaciones en todo el castillo, ¿es que no encontraste un lugar más adecuado?

Connor se encogió de hombros con indiferencia.

—Cuando la necesidad aprieta, *mo athair*... —contestó haciendo que una nueva ronda de carcajadas nos envolviera.

Por lo visto, yo, siendo la otra parte, no tenía mucho que decir, ya que nadie me había pedido opinión.

Ewan se había acercado e intentaba llevarse a su hijo a rastras. Él pataleó y protestó gritando que seguía exigiendo un castigo para devolver la honra a la dama.

La dama en cuestión quería salir de allí corriendo y esconderse en una cueva de por vida, y su honra había emprendido el camino al averno saltándose la invitación del Can Cerbero.

Liam se acercó a nosotros.

—Vamos, Connor —dijo desenvainando el espadón que llevaba colgado

a un costado—, yo me encargaré de tu castigo. —Una sonrisa franca le iluminó el rostro haciendo que pequeñas arrugas se formaran alrededor de los ojos confiados.

Connor dudó un momento.

El hombre insistió de nuevo.

—No me irás a decir que como llevas tanto tiempo envuelto en satenes y viviendo entre medios hombres has olvidado quién eres —le soltó provocándolo.

Connor desenfundó su espada despacio y la calibró pasándosela de una mano a otra con gesto decidido.

- —*Mo charaid*, yo jamás he olvidado quién soy ni de dónde provengo contestó lanzando un mensaje a su padre y los que lo rodeaban.
 - —Muy bien, entonces no hay más que hablar —exclamó Liam.

Todos abrieron un pasillo y se situaron circundando el centro del patio de armas. Ambos hombres se posicionaron uno frente a otro a una distancia de unos siete pasos.

Yo los miraba estupefacta.

—Pero ¡qué demonios van a hacer! —exclamé a nadie en particular.

Hamish hijo estaba a mi lado y me miró con una expresión indescifrable.

- —Tranquila —dijo—, es solo un juego.
- —Sí, también la ruleta rusa es un juego, y uno de los jugadores acaba siempre muerto —solté bruscamente.

Él me miró sorprendido.

- —¿Qué es la ruleta rusa?
- —Nada, déjalo —contesté fastidiada y enfadada con el terco escocés que era mi marido, y que a mi pesar parecía estar disfrutando de lo lindo.
 - —A primera sangre —dijo Liam.
- —De acuerdo —contestó Connor—, *en garde*. Se posicionó para el ataque con una pierna delante de la otra levemente flexionadas y volteó la espada.

Sin proponérmelo agarré fuertemente el brazo de Hamish.

- —Solo ha sido el saludo, Genevie —contestó él mirándome con los ojos brillantes.
- —Ya, claro —contesté algo avergonzada y le solté el brazo, para unir mis manos y retorcerlas como si fuera el cuello de Connor.

El duelo comenzó, ambos hombres se movían con destreza y elegancia, primero avanzando, retrayéndose y dejando paso al otro. Al poco me di

cuenta de que no era en serio, sino una simple exhibición de orgullo masculino. Y el saberlo hizo que me sintiera todavía más furiosa.

El pelo suelto de Connor le molestaba, y con una mano se lo apartaba del rostro una y otra vez. Liam aprovechó y atacó con más fuerza. La espada pasó casi rozándole el pecho.

Yo ahogué un grito, pero no lo debí de silenciar demasiado bien, ya que el rostro de Connor se volvió a mirarme. Liam viendo cuál era su debilidad arremetió ya sin gracia alguna y con insistencia, pero Connor era más rápido que él y esquivaba una y otra vez las envestidas furiosas de su maestro.

«Si no lo mata, lo mataré yo», pensé sintiendo hervir la sangre en mis venas.

La voz de Moira me distrajo un momento.

—Desde que te vi, supe que no eras una dama, y lo que has hecho demuestra perfectamente que yo tenía razón —dijo de forma maliciosa.

Hamish parecía ignorarnos y estaba atento al combate.

—Tienes razón, Moira, igual los establos no eran un lugar apropiado, la próxima vez buscaré una roca donde apoyarme. —Por el gesto de sorpresa y miedo que mostraron sus ojos supe que la había herido certeramente. Y al mismo tiempo me di cuenta del error que había cometido, de principiante; nunca muestres todas tus cartas antes de comenzar el juego. Yo lo había hecho olvidándome de dónde estaba y de quién era ella, y desde luego del odio que me profesaba.

Se volvió hacia su marido, que parecía no haberse percatado de nada. Por un momento entrelazamos nuestras miradas retándonos con el mutuo reconocimiento de la enemistad, hasta que ella torció el gesto y se volvió hacia los hombres que luchaban.

Yo hice lo mismo. La lucha se había recrudecido. Notaba la camisa de Connor pegada a su espalda sudorosa y su rostro enrojecido, pero no cejaba una y otra vez en las arremetidas, hasta que por fin en un quiebro logró traspasar la tela de la chaqueta de Liam y herirlo de tal forma que al poco manó un pequeño reguero de sangre.

Ambos hombres se pararon, se acercaron y se saludaron.

- —Veo que no se te ha olvidado lo que te enseñé —le dijo él sonriendo, pese a que apenas podía mover el brazo.
 - —¿Acaso lo pensabas, viejo? —sonrió Connor.

Unos hombres les acercaron unas jarras de cerveza y ambos bebieron.

Connor la tomó hasta dejarla vacía y ello ocasionó otra ovación. Sonrió y recibió las felicitaciones de los hombres. Se abrió paso hasta mí y yo lo miré con furia.

- —¿Un beso al ganador? —dijo inclinándose sobre mí.
- —Antes muerta —le contesté furiosa volviéndome.

Él me atrapó entre sus brazos y volvió mi rostro hacia el suyo besándome de forma apasionada, lo que provocó otra ovación y más risas del grupo. Yo le di una patada en la espinilla, que me dolió más a mí que a él, y soltándome de su brazo entré lo más dignamente que pude al castillo, con un coro de risas que me persiguió hasta el primer piso.

Cerré la puerta de la habitación con un portazo. Entonces vi una bañera en medio de la habitación, me acerqué y toqué el agua, todavía estaba templada. Sin pensar en otra cosa y agradeciendo mentalmente a la persona encargada de aquello, me desvestí y me metí hasta el fondo, recreándome en la calidez del agua esperando que eso calmara mi enfado. Connor entró cuando estaba saliendo y me enrollé en la toalla rápidamente volviéndome de espaldas a él.

—Tranquila, *mo anam*, no voy a lanzarme sobre ti. Quizá después de la cena cuando haya recuperado algunas fuerzas —exclamó riendo.

Yo me volví mirándolo con furia.

- —Pero ¿cómo se te ha ocurrido hacer semejante estupidez? —exclamé.
- —No ha sido una estupidez. Desde que llegué he sido observado y evaluado igual que lo has sido tú, y tenía que dejar claro quién soy. Ha sido la opción más conveniente. Liam también lo sabía al darme esa oportunidad —dijo con voz suave mientras se desnudaba y se metía en la bañera. Yo lo observé de reojo, maravillándome de su escultural cuerpo, y maldiciendo a la vez por hacerlo.
 - —Has sentido miedo por mí, ¿acaso? —preguntó emergiendo del agua.

Yo no respondí y me centré en secarme el pelo con otra toalla, frotando furiosamente.

—No. Sí. Por supuesto, ¿qué creías? Él rio.

- —*Mo anam*, me he visto en situaciones de ese tipo desde que era apenas un poco mayor que mi sobrino, y he sobrevivido, a esas y a otras bastante más peligrosas. No deberías preocuparte. —Su tono era serio.
- —Desde luego tengo que reconocer que el aprender a tocar el arpa te ha servido muy bien como entrenamiento —contesté simplemente. Él rio.

- —Sí, para luchar y para otras cosas —repuso observándome. Yo me volví y comencé a vestirme. Me habían dejado otro vestido sobre la cama, este era de un color granate con bordados en plata. Parecía más adecuado para la corte que para un castillo en medio de las Highlands. Lo cogí extrañada.
- —Esta noche tenemos invitados, son los Cameron de Achnacarry, se quedarán solo esta noche, y la cena es más formal —explicó viendo mi titubeo.
- —Ya sé que son Cameron —contesté entretenida en desatar las numerosas cintas del corpiño.
 - —¿Y cómo lo sabes? —preguntó bajando la voz.

¡Mierda! Tenía que controlar mejor mis palabras.

- —Lo he oído en el patio —contesté esbozando una sonrisa que esperaba que pareciera sincera.
 - —Claro. —Él no me creyó ni por un instante.

Se vistió con el traje de boda, que era el único presentable que tenía y yo lo ayudé a prenderse el medallón.

«Per ardua», leí viendo la inscripción grabada que rodeaba una mano sujetando una espada en alto.

—Sí, es el lema de mi clan. ¿Sabes lo que significa?

Asentí con la cabeza.

—A través de dificultades —contesté—, la verdad, es muy apropiado, dada la vida junto a ti las últimas semanas.

Él rio quedamente. Lo que no le dije es que ese junto con otra frase: «*Per ardua ad astra*», por medio de la adversidad hacia las estrellas, iba a ser el lema de la Royal Air Force varios siglos después, pero claro, entonces escoceses e ingleses lucharían juntos frente una amenaza mucho mayor, como lo era la Alemania nazi.

—*Mo anam*, la mayor dificultad que me he encontrado en las últimas semanas has sido tú, no te quepa duda —rio, me cogió de la mano y bajamos al salón.

Allí nos recibió un gaitero tocando el *pioh rah* del clan e invitándonos a unirnos a la cena. Sonreí, hacía mucho tiempo que no escuchaba el solo melancólico y agudo de una gaita y me recordó a mi tierra con tanta intensidad que sentí unas fuertes ganas de llorar.

- —¿Qué te sucede? —me miró preocupado antes de traspasar la puerta.
- —Me he acordado de mi tierra, siempre me ha gustado el sonido de las

gaitas.

- —¿También tenéis gaitas en España? —preguntó con curiosidad.
- —Únicamente en el norte. En realidad nuestros respectivos hogares tienen más en común de lo que crees. Incluso compartimos bandera, fondo azul con un aspa blanca.
- —Lo desconocía, pero me alegra que te sientas un poco más cómoda en mi tierra —dijo empujándome ligeramente hacia la mesa principal, donde nos habían dejado dos asientos libres a la izquierda del *laird*. Lamentablemente, los asientos frente a nosotros eran los ocupados por Hamish y Moira.

Habían asado un venado cazado días antes de nuestra llegada y lo habían mantenido hasta llegar al punto justo antes de la putrefacción para que la carne fuera tierna y jugosa. Lo sirvieron con diferentes salsas, de cebolla, frutos del bosque y castañas. Estaba delicioso, me centré en la comida y en el vino tinto, traído por Connor, igual de sabroso, seco y áspero, el complemento perfecto para la carne de caza. La conversación pronto giró en torno a la política. Callé mientras bebía de mi copa observando la mesa.

—Connor, Hamish, vosotros acabáis de llegar de Francia. ¿Traéis nuevas de interés? —preguntó Alexander.

Connor calló.

—El joven pretendiente es un mequetrefe a quien solo le interesa meterse bajo las faldas de la Comtesse de Boisseau y esconderse de su marido, mientras entierra sus penas de amor en coñac e intenta desesperadamente conseguir financiación para la causa —contestó Hamish.

Moira lo reprendió.

- —¿Cómo puedes hablar así de tu rey?
- —¿Mi rey? Ni siquiera creo que llegue a pisar estas costas, eso si está en condiciones de levantarse de la cama después de una de sus correrías. Tú también lo has visto, *mo brathair* —señaló a Connor.
- —Cierto —contestó Connor cogiendo la copa y dejando que el líquido oscuro atrapara las luces titilantes de las velas—, pero también sé que es empecinado y terco, más que su padre, y que en contra de sus consejos, conseguirá llevarnos a la guerra contra Inglaterra.

Yo me estremecí.

- —Tenemos hombres apostados en las costas a la espera —explicó Alexander.
 - —Sí, también los tienen los ingleses. Y no deberíamos subestimarlos —

contestó Connor.

- —¡Bah! Los ingleses no tienen nada que hacer frente a las hordas escocesas —respondió Alexander.
- —¿Estás seguro, amigo? ¿Y qué hordas serán esas? Forbes está ofreciendo tierras y dinero a los clanes para que no se levanten contra Geordie. —El rostro de Connor era amable, pero hablaba con decisión, y ocultaba más de lo que sabía.
- —Es posible que algunos acepten, pero la mayoría está deseando alzarse, ahí tienes a los MacDonald, los MacKenzie o los Fraser, todos ellos católicos, y por supuesto nosotros los Cameron. Y esperamos contar con los Stewart —se dirigió hacia Hamish padre.
- —Los Stewart siempre hemos sido un clan leal a los Estuardo —aseveró este.
- —Sí, pero ¿las Lowlands?, no parecen muy dispuestas a unirse a una causa que pueda llevarles otra vez un rey católico. La mayoría abraza el protestantismo, y algunos se creen más ingleses que los propios ingleses. —Lo miré e imperceptiblemente asentí. Connor era católico y podía notar su odio genuino por los ingleses, pero a la vez había vivido entre ellos y era prudente y cauto.
- —Y tú, querida, ¿crees que España nos apoyará como hizo en el quince? —preguntó el *laird* dirigiéndose a mí.

Yo me atraganté con el vino y tosí sin disimulo alguno.

—España no mandará tropas. Estoy segura. —Noté miradas extrañas—. Tiene demasiados frentes abiertos. De todas formas ni siquiera sabía que hubiera enviado tropas anteriormente.

Si tenía alguna oportunidad de advertirles del peligro era ahora.

—Sí las envió, aunque tú ni siquiera habías nacido entonces. —Vaya, qué razón tenía—. Grandes guerreros, trescientos alabarderos que desgraciadamente acabaron muertos o encarcelados. Pero esta vez será diferente, lo presiento.

A partir de ese momento tomé nota mental de no fiarme nunca de los presentimientos de ese hombre, si acaso, tomármelos en la dirección contraria.

- —Pero su primo Luis de Francia ha prometido tropas —comentó Alexander de nuevo.
- —Si es así, yo lo desconozco. Más bien me atrevería a aseverar que lo que está haciendo es jugar al ratón y al gato con el pequeño Charles —

contestó Connor. Yo lo miré sorprendida.

- —¿Has estado en Versalles? —le pregunté susurrando.
- —Sí, claro —contestó él como si fuera lo más normal del mundo estar en la corte de uno de los palacios más importantes de Europa.
- —Bueno, querida, y qué piensas tú sobre el posible levantamiento de Escocia, ¿crees que estos valientes hombres que te rodean tienen alguna posibilidad de éxito? —Las miradas del *laird* y de todos los presentes en la mesa se dirigieron hacia mi persona. Estaba juzgándome y valorando si yo era jacobita o por el contrario me inclinaba más por el lado del rey Jorge.
- —Entiendo que después del Acta de Unión de 1707 y de lo que supuso perder el parlamento escocés, con el consiguiente ahogo comercial que está sufriendo Escocia, quieran un rey propio y una independencia. Pero no creo que sea buena idea enfrentarse con el ejército inglés, un ejército mucho más numeroso, preparado, con armas, frente a un ejército de granjeros en su mayoría, hombres preparados para luchar entre ellos, en pequeñas camarillas, pero no contra un ejército organizado, con escuadrones y caballería. Sería un despropósito. No creo que llegue nunca la tan ansiada ayuda francesa, ni tampoco la española, aunque ello les cueste a ambos países perder otro país católico y su poder en Europa se vea debilitado frente al avance de los protestantes y luteranos. Además, en las guerras nadie gana, sino que todos pierden, de una forma u otra. Y mucho me temo que si pierden esta guerra, los ingleses no se conformarán con verles retraerse y refugiarse otra vez en las montañas a la espera de otro momento adecuado para agruparse y atacar. —Terminé la explicación y bebí un largo trago de vino ante la atenta mirada de toda la mesa, consciente de que podía haberme metido en problemas, pero a la vez sintiendo que había liberado un gran peso en mi pecho.

El silencio se hizo opaco y oscuro alrededor. Noté cómo Connor me observaba con una expresión indescifrable en el rostro, pero vi su vena latir en el cuello y sentí un poco de miedo. ¿Me había sobrepasado en mis explicaciones?

De repente una voz rompió el momento incómodo.

—¿Qué sabrán las mujeres sobre guerras? Ellas deberían dedicarse a tejer, cocinar y cuidar de los niños —exclamó riendo Alexander. Lo que hizo que toda la mesa riera acompañándolo, excepto Connor. Porque Connor era el único que sabía que yo no sabía coser, ni cocinar, ni cuidar de los niños, y eso era de lo más extraño dada mi condición femenina.

La conversación cambió de tono y se comentaron otras cosas. Yo no volví a intervenir, ni Connor tampoco. Seguía notando miradas dirigidas hacia mí de soslayo, curiosas, inquisitivas y desconfiadas, incluso la de mi marido. Al poco, Connor me sujetó de un brazo y se levantó diciendo que el día había sido muy largo y nos retirábamos a descansar.

—Claro, claro —el viejo Hamish nos hizo una inclinación de cabeza—, reconozco que la cama es mucho más cómoda que un montón de heno.

Las risas nos acompañaron hasta que salimos del salón.

Cuando entramos en la habitación noté el enfado de Connor en la forma en la que se iba deshaciendo de la ropa tirándola a medida que se la quitaba. Yo estaba cansada y no tenía ganas de discutir. Había liberado un poco la presión de mi alma y creía que había conseguido el efecto contrario, que todos desconfiaran aún más de mí.

- —¿Qué sabes tú del ejército inglés? —exclamó bruscamente.
- —No más que tú, eso seguro —contesté igual de brusca que él, mientras luchaba con las lazadas de mi corpiño. Finalmente me rendí y él se acercó a desatarlas. Una vez que lo hizo cogió mi rostro entre sus manos y me obligó a mirarlo. Yo lo hice sin ocultar nada.
 - —¿Eres poseedora de la visión?
 - —¿La visión? ¿Qué es eso?
- —¿Puedes ver cosas que aún no han sucedido y por eso has intentado advertirnos de lo que va a suceder? —preguntó suavemente. Ya no había enfado en su voz, solo curiosidad y algo de preocupación.
- —No —contesté de forma escueta—, solo sé lo que he visto y he oído estos días.

Él me miró sin creerse una sola palabra.

- —¿Quién es Yago, *mo anam*? —preguntó dando un giro a la conversación que me pilló desprevenida.
- —Era mi marido —contesté dándome cuenta de que cada vez tenía menos posibilidades de ocultar mi pasado. Al menos frente a él, que tenía la capacidad de traspasar mi alma.
 - —No me habías dicho que eras viuda.

Estuve a punto de decir que no lo era, pero me mordí la lengua.

- —No lo preguntaste, simplemente te has dedicado a sospechar de mí una y otra vez. Y si quieres saber algo más, él fue el único hombre con el que me he acostado antes de ti —respondí simplemente.
 - —¿Dónde has estado toda la tarde? —volvió a preguntar.

Yo esta vez lo miré con enfado.

- —Ya te he dicho que paseando.
- —¿Con quién?
- —Sola.
- —¿Y esto qué es? —Cogió entre sus manos un pequeño ramillete de flores silvestres atado con una cinta. Reconocí algunas por haberlas visto antes en el invernadero de Euphemia.
 - —No tengo ni idea —respondí con sinceridad.
 - —¿Un admirador secreto?
- —Lo dudo, ¿me estás acusando de serte infiel? ¡Por Dios! Apenas llevamos unos días casados, ¿crees que me habría dado tiempo a buscar a otro? —Mostré toda mi frustración en esas dos simples frases.
- —Puede que no lo hayas tenido que buscar, puesto que ya lo conocieras.
 —La alusión a su hermano flotó entre nosotros como una amenaza.
- —Ni se te ocurra pensarlo siquiera —le dije recurriendo a una de sus frases.

Comenzó a pasear de un lado a otro de forma furiosa y a la vez contenida.

—No sé qué pensar de ti, Genevie, y eso me pone furioso, me desconcierta y no me gusta nada sentirme así. Sé que eres una persona culta, algo extraño en una mujer, inteligente y con estudios, pero a la vez eres totalmente ignorante en la mayoría de las cosas que te rodean y no encuentro por más que la busco una explicación razonable —estalló de pronto.

Es que no la había, le quise decir. Sin embargo, me puse el camisón en silencio y me metí en la cama ignorándolo.

- —Ah no. Esta vez no vas a huir de mi otra vez. —Me miró con un brillo malicioso en los ojos.
- —Dijiste que estabas muy cansado —repuse tapándome hasta la barbilla.
- —Sí, pero contigo no sé de dónde demonios saco tanta energía. Pareció sorprendido de su propia afirmación.

Se acercó completamente desnudo a mí, como un guerrero vikingo y peligroso, me quitó la manta de un tirón y me sacó el camisón por la cabeza pese a mis protestas.

- —¿Algún día vas a dejar de quejarte? —inquirió molesto.
- —Nunca —contesté frunciendo los labios.

Negó con la cabeza.

- —Respuesta equivocada. Tendré que castigarte por ello. Eres mi esposa y me debes obediencia, y no cejaré en el empeño de conseguirlo. Aunque tenga que atarte a la cama —suspiró fuertemente.
 - —No te atreverás —exclamé.
- —Oh, sí lo haré —dijo cogiendo su cinturón de cuero. Yo intenté saltar de la cama y él me lo impidió sujetándome por la cintura. Me ató las dos muñecas al cabezal de la cama de madera y me dejó completamente desnuda y a su merced.

Quise patearle, golpearle, azotarle, machacarle, y sin embargo lo que más deseaba era abrirme de piernas y dejarle que me amara.

- —Desátame —dije entre dientes.
- —No lo haré, al menos no de momento. No voy a hacerte daño, pero sí a castigarte, porque no muestras obediencia y porque no confías en mí, y tengo intención de conseguir que todo eso se termine de una vez por todas —susurró a mi oído.

Se puso sobre mí e intentó besarme, yo giré la cara. No pensaba ni mirarlo. Noté que suspiraba frustrado y cómo su lengua bajaba por mi cuello hasta llegar a la areola de mi pecho izquierdo, que circundó con suavidad, pero sin alcanzar el pezón. Hizo lo mismo con mi pecho derecho, parándose en mi lunar y besándolo. Siguió bajando pasando su boca húmeda por mi estómago, hasta llegar al ombligo. Notaba su pelo suelto haciéndome cosquillas y comencé a sentir un calor abrasador en el vientre. Besó justo sobre mi monte de Venus y cuando yo ya estaba a punto de arquearme para recibirlo, lo saltó y acarició la parte interior de mis piernas, primero una, luego la otra hasta subir y parar justo donde yo más necesitaba sus caricias. Me estaba volviendo loca y él lo sabía. Sus manos se dirigieron a mis pechos y volvió a rodearlos, pero sin llegar a tocarlos. Yo suspiré inquieta por sentir y por no sentir y me arqueé contra él. Él rio y volvió a bajar. Me separó las piernas y me dejó totalmente expuesta a él.

- —*Seall orm* —dijo roncamente.
- —No —contesté yo con los ojos cerrados y la cabeza todavía girada sin entender lo que me decía.
 - —¡Mírame! —exigió.

Yo abrí los ojos y me perdí en su mirada verde oscurecida por la pasión y vi cómo su boca se hundía en mis pliegues sensibles. Contuve el aliento y un remolino de sensaciones me atenazó dejándome completamente

paralizada.

—Quiero saborearte, quiero que seas toda mía —susurró frotando su incipiente barba contra la piel delicada de mi pierna.

Su boca jugó, chupó y succionó hasta que yo ya no pude más y estallé en un grito desgarrador en el que perdí parte de mi cordura.

—Ahora —exclamó él.

Cogió mis piernas con sus manos y las levantó sobre sus hombros. Se introdujo en mí hasta lo más profundo. Yo gemí ante la intrusión.

- —Por favor, suéltame —dije.
- —No —contestó él.
- —Por favor —volví a repetir arqueándome para que la penetración fuera más profunda.
 - —Eres mía, ¡dilo! —Empujó con fuerza.
 - —;No!
- —¡Sí, lo eres! —Salió solo unos centímetros y volvió a entrar con mucha fuerza.
 - —¡Ah! —exclamé sintiendo que me partía en dos.
 - -;Dilo!
 - -¡Lo soy! -grité.
 - —¿El qué? —dijo saliendo de mí.
- —¡Tuya! —Volvió a introducirse en mí y yo le sujeté con fuerza por los brazos empujando con la misma intensidad que él, hasta que un estremecimiento profundo hizo que mi sangre borboteara en las venas como la lava y sintiera el estallido del eco de mis latidos en mi alma y en mi corazón, haciendo que él se perdiera junto a mí. Entonces me di cuenta de que tenía las manos sueltas.
 - —¿Cuándo me has soltado? —pregunté respirando agitadamente.
- —Hace bastante rato, *mo anam* —respondió él y noté sobre mi pecho su risa.
 - —Te odio —le dije.
 - —No es cierto —contestó él.

Rodó hasta quedar tendido a mi lado y me giró para dormir como solíamos hacer con su mano posada en mi pecho. Noté que nuestros corazones latían al unísono y estábamos a punto de dormirnos, pero todavía tenía algo que decirle.

- —Connor.
- —Hummm.

—Si esta es tu forma de castigarme, puedes hacerlo cuando te plazca.

Él rio y resopló haciendo que mi pelo se alborotara.

Nos quedamos dormidos acunados por el silencio, hasta que poco después un agudo grito nos sobresaltó. Yo me incorporé asustada y Connor se levantó de un salto. Me quedé mirándolo.

—Meghan —dijo simplemente.

Nos vestimos en silencio y salimos a la oscuridad del corredor. Se escuchó algo parecido a un gruñido animal que provenía de la habitación de Ewan y Meghan. Yo me estremecí sin poderlo evitar.

- —Vamos —me instó Connor junto a su puerta—, puede necesitarte.
- —¿A mí? —pregunté con incredulidad.
- —Sí, esto no es cosa de hombres —contestó con una sonrisa.
- —Pues déjame que te diga que estáis bastante implicados en el proceso —repuse frunciendo los labios.
- —No lo discuto, *mo anam*, pero ahora poco más podemos hacer —dijo encogiéndose de hombros.

Yo mascullé un insulto y aproveché que venía Elsphet con una jofaina de agua y toallas en el brazo y entré con ella. Meghan estaba sentada en la cama, con gesto arrebolado y sujetándose la enorme barriga con las manos. Junto a ella había una joven que no había visto antes en el castillo.

—¿Cómo estás? —le pregunté. Parecía una pregunta estúpida, pero en ese momento mi mente estaba tan bloqueada que no se me ocurrió ninguna más apropiada.

Ella torció el gesto en lo que pretendía ser una sonrisa, pero no dijo nada, solo extendió su mano hacia mí. Yo me acerqué y la cogí. Estaba extrañamente fría en comparación con el calor que hacía dentro de la habitación.

- —¡Vamos, niña! —exclamó Elsphet a la joven desconocida. Esta se sobresaltó y levantó la sábana que cubría el vientre de Meghan y palpó con cuidado.
 - —¿Quién es? —pregunté viendo su gesto temeroso.
- —La comadrona —respondió Elsphet—, en realidad lo es su madre, pero está enferma y ha enviado a su hija en su lugar. También está a punto de llegar el cirujano.
- —Oh, vaya, eso ya es más tranquilizador —contesté yo con un suspiro. De repente recordé el instrumental del médico de Edimburgo y me arrepentí de mis palabras. A Meghan le sobrevino una contracción y a la

vez que volvía a gritar estrujó mi mano de tal forma que escuché crujir todos los huesos.

- —¡Joder! —exclamé de pronto. Las tres mujeres dirigieron su mirada hacia mí con idénticos gestos de reprobación. Ninguna entendió la palabra pero todas comprendieron su significado. Yo me encogí de hombros y me froté la mano herida.
- —Elsphet, necesito más agua y toallas limpias —dijo con voz temblorosa la joven comadrona recobrando algo de compostura.

Elsphet salió a la vez que dejó paso al cirujano, un hombre vestido de escocés que portaba una pequeña caja de madera. Nos ignoró y se dirigió presto a Meghan. Abrió sus ojos con unos dedos no demasiado limpios y los examinó. «¿Por qué demonios mira sus ojos cuando debe mirar en otro sitio?», me pregunté algo sorprendida. Hecho lo cual, chasqueó la lengua y sacó de la caja un pequeño recipiente de metal y una lanceta. Yo lo miré horrorizada. Subió el camisón de la parturienta hasta el hombro y me dijo que lo sujetara. Yo lo hice sin saber muy bien qué estaba haciendo. Él limpió la lanceta algo oxidada en los bordes en su propia falda y colocó el recipiente bajo su codo. Estiró el brazo de Meghan y se dispuso a cortar. Entonces me di cuenta de lo que se proponía y lo aparté con un movimiento brusco.

- —¿Pero qué está haciendo? —exclamé.
- —La voy a sangrar, eso ayudará a que se relaje y el parto será más cómodo —explicó el médico con tono académico.
 - —¿Es usted idiota? —casi grité sin poderme contener.

Sin darle tiempo a que posara la lanceta sobre la carne blanca del antebrazo de Meghan y ante el gesto de total estupor que puso cuando lo sujeté de los hombros, lo empujé sin ningún tipo de ceremonia fuera de la habitación. Al principio no opuso resistencia, dado su asombro, pero cerca de la puerta se volvió a encararme.

- —¡Suélteme! ¡Soy cirujano! —dijo revolviéndose.
- —¡Y yo la reina de Saba! —exploté abriendo la puerta y empujándolo con tal fuerza que casi cayó de bruces en el centro del pequeño grupo que esperaba en el pasillo, entre los que se encontraban mi marido, Hamish, su padre y Ewan, que nos daba la espalda apoyado con ambas manos a la pared, como esperando un castigo. Todos se volvieron a una, mirando primero al doctor que se levantó con los puños en alto y luego a mí.
 - —Connor —dije con el mejor tono de abogada que tenía—, no permitas

que este hombre vuelva a entrar en la habitación.

Él asintió pero no contestó. Observé cómo entre ellos se pasaban una botella de licor y los rostros eran serios y circunspectos. No di más explicaciones. Cerré la puerta tras de mí.

- —¿Qué ha hecho? —preguntó con voz aguda la comadrona.
- —Lo que tenía que hacer —contesté mirándola furibunda. Ella agachó la cabeza y de reojo pude ver cómo Meghan suspiraba más tranquila.

Otra contracción le sobrevino y se arqueó con una fuerza asombrosa sujetándose a la sábana que la cubría. La comadrona se acercó con gesto temeroso sin tocarla.

- —¿Cuántos partos has asistido? —pregunté.
- —Este es el segundo, señora —contestó con voz ahogada—, pero mi madre me ha enseñado bien.
 - —Eso espero —dije susurrando—, eso espero.

Levantó la sábana e instó a Meghan a abrir las piernas, se asomó entre ellas y reculó un paso, dos pasos, tres pasos. Se tropezó conmigo, que estaba detrás de ella, levantó su mirada hacia la mía, me miró con los ojos nublados y cayó redonda al suelo.

- —¡Ay, mi madre! —exclamé.
- —¿Qué ha ocurrido? —preguntó Meghan incorporándose.
- —Nada, no te preocupes —contesté con una tranquilidad que no sentía. Maldije en silencio y tomé el pulso de la joven comadrona. Latía fuerte y acompasado, pero no nos iba a ser de ninguna ayuda. La arrastré hacia la pared y le puse una toalla bajo la cabeza, sin molestarme en intentar despertarla.

Abrí la puerta otra vez y me asomé. Ya no estaba el cirujano y los hombres me miraron con cara de circunstancias, esperando noticias. Como no tenía nada bueno que decir, opté por cerrar la boca.

—Connor, te necesito.

No preguntó nada, simplemente se deslizó dentro de la habitación y cerró la puerta. Una vez dentro circundó con la mirada y vio a la comadrona roncando levemente en una esquina.

- —¿Has sido tú? —preguntó con incredulidad.
- —Sí, me he propuesto acabar con todo el personal médico del castillo le contesté con un deje histérico en la voz—. Se ha desmayado —añadí como única explicación.

Connor se pasó la mano por el pelo y me cogió una mano.

- —Tendrás que ayudar tú.
- —¡No!, ¡imposible!, ¡no sé cómo hacerlo!, ¿no puede ser Elsphet? contesté con un tono desesperado en la voz.
- —No, ella está soltera. Sabe mucho de ungüentos y heridas, pero nada de partos —explicó Connor susurrando. Meghan nos miraba a uno y otro con gesto de dolor.
 - —¿Y qué te hace pensar que yo podré hacerlo? —susurré a mi vez.
- —Bueno —dijo mirando alrededor—, te has asegurado de que nadie más pueda.

¡Mierda! Tenía razón, como siempre. ¿Podría hacerlo? Lo dudaba mucho. Solo tenía recuerdos dolorosos y emborronados de lo que fue mi parto, pero las imágenes de los numerosos partos que había estado viendo en la televisión durante los meses que estuve embarazada eran bastante más claras. Pero de ahí a la realidad que tenía frente a mí había un abismo. Connor notó mi angustia y me sujetó con más fuerza.

- —Podríamos llamar a Elinor, una antigua cocinera del castillo, ella ha tenido siete hijos, aunque costará un rato hacerla traer —dijo pensativo.
- —No llegará a tiempo —la voz de Meghan nos sobresaltó a ambos—, el bebé ya viene.

La miré a los ojos y lo que vi me dio unas fuerzas que creí que no tenía. Enterrando mis dolorosos recuerdos me enfrenté al presente con decisión.

—Connor, ponte detrás de ella y sujétala —dije con voz átona.

Él hizo lo que le pedía sin ningún comentario adicional, lo que le agradecí. Lo observé un momento y comprendí que estaba tan asustado como yo. Ya había vivido esto con su propia esposa y el resultado había sido desastroso. No obstante, su mirada me dijo que confiaba en mí. Pero la cuestión era ¿confiaba yo en mí misma? Eso estaba por ver.

Me acerqué a Meghan, levanté la sábana y le separé las piernas. Había mucha sangre, ¿demasiada? No lo podía decir con seguridad. La limpié con cuidado e intenté ignorar sus gemidos. Luché contra mi propio mareo. No podía desmayarme, ahora no, ya tendría tiempo después, cuando todo acabara. Me volví de repente y avancé con paso rápido hacia la puerta.

—¡Genevie! —exclamó Connor con voz angustiada.

Lo ignoré y abrí la puerta. Busqué con la mirada y me dirigí hacia Ewan.

—Entra. Te necesitamos —le dije observando su rostro descompuesto por el dolor y, por lo que olí, por el whisky también. Él me siguió como si fuera al patíbulo.

Una vez dentro buscó con la mirada a su esposa y respiró aliviado.

- —¿Está viva? —preguntó sin mirarme.
- —Claro —le contesté, luego miré a Connor—, ¿no pensarías que iba a huir?
 - —Yo... no, yo... no lo creí —dijo finalmente.

Yo cabeceé y lo miré con furia.

—No huyo de los problemas, ya deberías saberlo —le reprendí.

Él me miró traspasándome con la mirada y valorando lo cierto de la afirmación. Aunque en ocasiones había tenido la tentación de huir, nunca había llegado a hacerlo del todo. Y menos ahora, que Meghan me necesitaba.

—Ewan, sitúate detrás de mí y sujétale las piernas hacia atrás —dije.

Yo me subí de rodillas a la cama y volví a explorar y limpiar la sangre que seguía manando sin control. Entonces escuché un gruñido a mi espalda, algo que se deslizaba y finalmente un golpe sordo contra el suelo. Me volví sorprendida y me quedé mirando de forma estúpida a Ewan, que había caído contra el suelo quedando en una posición bastante cómica, casi con las faldas levantadas.

- —¡Pero será posible! —exclamé—, ¿esto es un ejemplo de los valientes guerreros que se van a enfrentar al ejército inglés? Pero si nada más ver la sangre ha caído como un árbol talado.
- —Y van tres —contestó Connor levantando una ceja—, quizá lo mejor sea llevarte a ti como avanzadilla en una batalla.

Su tono era divertido, pero notaba la preocupación latente bajo la superficie.

Me enfrenté a él mirándolo con enfado. Él cambió el rostro y pude ver dolor y algo más que no reconocí. ¿Estaría recordando la muerte de su esposa y su hijo?

—No es su sangre, *mo anam*, si fuera la de él o la de otro soldado no tendría importancia. Pero es su mujer y su hijo, y contra ello no hay forma de luchar —explicó quedamente.

Lo miré entendiendo todo y sin entender nada. Meghan se agitó en otra contracción y Connor sujetó con más fuerza a su hermana. No había tiempo para hablar, solo actuar.

Le abrí las piernas y la examiné mejor, ¿eso que se veía era la cabeza del bebé?

—¿Qué ves, mo anam? —preguntó apenas sin voz Connor.

Yo levanté la cabeza con ganas de tirarle algo contundente contra la suya y hacerlo callar.

- —¿De verdad quieres que te diga lo que veo? —espeté.
- —No, será mejor que no —contestó con un susurro contenido.
- —Meghan, escúchame —dije mirando su rostro, que tenía la mirada perdida—, respira tranquila y cuando notes otra contracción inspira largamente y a la vez que espiras empuja con fuerza, ¿lo has entendido?

Ella respondió con un asentimiento.

Yo esperé y noté cómo le sobrevenía otra contracción. Le sujeté las piernas y aguanté la respiración.

—¡Vamos!, ¡ahora!, ¡empuja! —dije como a mí me habían dicho hacía ya mucho tiempo.

Ella lo hizo emitiendo un grito agudo y la cabeza del bebé salió de su cuerpo. La cogí con cuidado y la giré un poco, escuchando la respiración agitada de Meghan y también la de Connor. Conté los segundos y cerré los ojos sintiendo como propias las convulsiones de Meghan. En la siguiente contracción, el bebé nació. Meghan se desmayó o se durmió o simplemente cerró los ojos para descansar. Yo cogí al pequeño entre mis brazos sin saber muy bien qué hacer. Lo puse boca abajo y le di un pequeño cachete en el trasero. No lloraba. Yo sí, las lágrimas me corrían por las mejillas sin poder pararlas. Me froté la frente con la mano ensangrentada, en un gesto inconsciente buscando una salida. No tenía ni idea de qué hacer, estaba entrando en pánico. Temblando, lo tumbé en la enorme cama y como si llevara haciéndolo toda mi vida puse mis labios sobre los del bebé, que estaban algo amoratados y aspiré con fuerza. Me atraganté y escupí, restos de moco y sangre salieron de mi boca, junto con el berrido más estruendoso y más maravilloso del mundo. El bebé se revolvió molesto y agitó sus brazos y piernas en protesta por la intrusión.

Levanté la vista y vi a Meghan y Connor observándome con idénticos gestos de temor en sus rostros tan parecidos. De repente comencé a reír a carcajadas y no podía parar. Me acordé de mi abuela, que había tenido a mi padre en su casa, sin más ayuda que una vecina. Yo le pregunté una vez cómo había sido posible y ella solo contestó: «Dar a luz es lo más sencillo del mundo, *meu ceo*, porque el agujero ya está hecho, solo se siente como si parieras un melón maduro.» Connor vino a ayudarme y cortó el cordón umbilical, poniéndole una pequeña pinza de madera. Yo lo arropé y se lo entregué a su madre.

—Toma, Meghan, tu melón maduro —dije y comencé a reír otra vez. Ahora ambos hermanos me acompañaron.

Connor me abrazó con fuerza y me besó con pasión apenas contenida, mientras escuchábamos el rumor de una nana en gaélico cantada por una madre con todo el amor a su hijo.

- —Eres increíble —me dijo simplemente.
- —No, no lo soy —dije apoyándome en su ancho pecho sintiéndome desfallecer.
- —Sí. Lo eres, y eres la única que no se ha dado cuenta. —Diciendo eso me volvió a besar y nuestros ojos se encontraron con una promesa sin pronunciar. Algún día nosotros también acunaríamos a nuestro bebé.

Un poco después, limpié a Meghan y me aseguré de que la placenta hubiera salido entera, evitando así riesgo de infecciones. Connor despertó a Ewan tirándole una jofaina de agua fría. Él despertó con gesto asustado, que se convirtió en aterrorizado al comprobar dónde se encontraba. Connor se arrodilló a su lado y lo cogió del hombro.

—Levántate, hombre, tu mujer y tu hijo te esperan —dijo sabiendo que Ewan estaba esperando una noticia completamente diferente.

Connor cogió a la joven comadrona, desmayada y ausente de todo lo que había sucedido, y la sacó en brazos cerrando la puerta tras de sí. Yo le iba a seguir cuando la voz de Meghan me paró:

- —Gracias, Geneva.
- —No hay de qué. Aunque no sé cómo lo he hecho —respondí con una sonrisa al ver la imagen tan familiar sobre la cama. Miré alrededor algo avergonzada, había dejado un rastro que más bien parecía un campo de batalla.
- —Tú eras la persona indicada, *mo piuthar*, porque fuiste la única que verdaderamente se preocupó de mí y de nuestro hijo —dijo mirando a Ewan, que asintió con un gesto—, queremos que seáis los padrinos del pequeño Connor.

Yo me sorprendí por la elección del nombre y ellos debieron de notarlo.

—Si hubiera sido niña, se llamaría Geneva, como tú, quizá la próxima vez... —sonrió.

Yo puse los ojos en blanco. No podía entender cómo podía pensar en una próxima vez.

- —¿Aceptas?
- —Desde luego. A eso sí que no puedo negarme —dije despidiéndome

con una mano.

Cuando salí afuera, la celebración estaba en su apogeo. Varios hombres más incluyendo a los Cameron y algunas doncellas se habían reunido de forma improvisada en el oscuro pasillo y se daban palmadas y abrazos pasándose varias botellas de licor entre ellos. Yo sonreí por primera vez en varias horas, hasta que vi a Moira, que me miraba con gesto horrorizado. Bajé la vista a mi vestido y vi que estaba cubierto de sangre y otras sustancias, además debía de tener también el rostro manchado. Mi apariencia debía de ser la de un muerto viviente. Pronunció un quedo suspiro y se desmayó, haciendo que todas las miradas se posaran en su cuerpo tendido sobre el suelo de piedra. Todas excepto una mirada verde que me observaba con gesto divertido.

—Y van cuatro, *mo anam*. Déjame que te lleve a la cama o no dejarás a nadie en pie esta noche —dijo Connor cogiéndome del brazo.

Me dejé guiar como en un sueño. Llegué a la habitación y, sin fuerzas para desvestirme, me tendí en la cama y me quedé completamente dormida.

En la verdad está la redención

Desperté sola en la inmensa cama. Ya era de día, Connor me había dejado descansando viendo lo agotada que había acabado la noche anterior. Escuché la puerta cerrarse y me erguí sorprendida y tapándome hasta la barbilla. Luego me tendí y me relajé, era él, que venía sosteniendo con una mano un plato con bollos y con la otra una jarra.

Me senté en la cama y le sonreí. Él me devolvió la sonrisa y de repente me sentí orgullosa de mi terco y guapo marido. Dejó la jarra en la mesilla y me tendió uno de los bollos que tanto me gustaban, él cogió otro y ambos comimos en silencio. Sirvió el líquido de la jarra en dos vasos que encontró en el aparador. Cerveza, para variar.

- —Un penique para estar borracho, dos para estar borracho de muerte susurré, recordando una de las historias de Sergei, que afirmaba que era una especie de lema de los ingleses en siglos pasados en las tabernas, ya que por un penique podías beber una botella de ginebra, un alcohol bastante barato y pernicioso, y por dos casi morir en el intento.
- —¿Dónde has oído eso, *mo anam*? —preguntó sorprendido por que yo conociera la expresión, no porque a él no le fuera familiar.
 - —Me lo contó mi cuñado —contesté.
 - —¿Es inglés?
- —No, es escocés. Bueno, en realidad es mitad escocés, mitad ruso. Mi hermana dice que es una combinación interesante, sobre todo en... —dejé la frase sin terminar, súbitamente azorada.

Connor rio con ganas.

- —Me gustaría conocerla. Si es tan parecida a ti, tiene que ser como poco divertida —exclamó.
- —¡Oh! No te gustaría. Físicamente somos idénticas, pero su carácter es bastante peor que el mío. En realidad yo soy la hermana servil, callada y formal y ella es la alocada y rebelde —le expliqué.

—¿Tú, servil, callada y formal? Pero ¿quién demonios te ha dicho eso? —preguntó sorprendido.

Medité la respuesta.

- —Todos los que me conocen. Cuando murió mi madre tuve que hacerme cargo de la casa y supongo que me volví bastante más responsable. En realidad, mi hermana dice que soy bastante aburrida.
- —¿Aburrida? Estoy empezando a pensar que el único que te conoce de verdad soy yo, mo anam. Eres capaz de volver loco a un cuerdo, y cuerdo a un loco si te lo propones.
 - —Y tú quién eres —pregunté—, ¿el cuerdo o el loco?
- —Todavía no lo sé —contestó rascándose la barbilla en una expresión concentrada.

Ambos reímos.

- —¿Cómo está Meghan? —pregunté cuando dejamos de reír.
- —Bien, ella y nuestro ahijado están bien. Acabo de verlos. Te están muy agradecidos —contestó con una sonrisa.
- —Me alegro —dije sintiéndome aliviada. Todavía me sorprendía lo que había hecho, pero el ser humano en situaciones extremas reacciona de formas a veces difíciles de explicar.

Según me contó, las celebraciones habían durado hasta la madrugada y todos se habían levantado más tarde de lo normal, así que desayunamos con calma, sintiendo que lo que ambos habíamos vivido la noche anterior nos había unido más que cualquier otra cosa. Después me ayudó a vestirme con el traje gris perla y a atar los numerosos lazos, que constituían una pequeña tortura. Recordé con cariño las tan preciadas cremalleras de mi época.

- —¿Adónde vamos? —pregunté bajando las escaleras.
- —Al salón. Se va a celebrar un juicio.
- —¿Un juicio? —exclamé totalmente emocionada.

Se paró y me miró muy confundido.

- —Mo anam, tienes aficiones de lo más extrañas.
- —¿De qué se trata? —inquirí ignorando su comentario.
- —Es sobre las lindes de unas tierras. Algo sumamente aburrido. Ambas partes expondrán su caso y elegirán a un testigo que refrende las mismas. Luego mi padre decidirá.
- —¿Aburrido? —Yo estaba que bailaba sobre mis zapatos de sencillo cuero marrón.

- —Sí, todo estará lleno de palabras altisonantes y largos párrafos legales. Será eterno. Incluso vendrá un abogado, creo.
 - —¿Un abogado? —Ahora estaba casi saltando.
 - —Sí —repuso él cada vez más extrañado.
 - —¿Acaso te gustan los abogados? —preguntó.
- —Psss..., algo. ¿A ti no? —dije sin mostrar toda la excitación que sentía por ver con mis propios ojos un juicio real en el siglo XVIII.
- —No. Me aburren y me dan dolor de cabeza —repuso, y siguió andando. Pero justo antes de pasar la puerta del salón se paró.
 - —Genevie.
 - —¿Sí? —pregunté intentando asomarme sobre su ancha espalda.
- —Esta vez te mantendrás en silencio —dijo aludiendo a mis comentarios emitidos durante la cena de la noche anterior.

Sentí un jarro de agua fría sobre la cabeza.

—Está bien —contesté—, callada como una muerta. Solo observaré.

Entramos y nos sentamos en unas sillas algo apartadas. Habían establecido una tarima y dos sillas lujosas. En una estaba sentado el *laird* del castillo, Hamish padre; su hijo estaba a la derecha, con gesto adusto y de fastidio. Por lo visto le gustaban tan poco estas cosas como a su hermano, aunque él iba a ser el sucesor y como tal tenía que aprender cómo se realizaba el proceso. El sistema de los clanes era medieval, el *laird* actuaba como juez, él decidía el castigo o la redención y todos tenían que acatar sus decisiones. Era un sistema arcaico e injusto, pero aún en mi época pocos juicios llegaban a ser justos del todo. Supuse que el abogado era un hombre vestido a la manera continental, al que le habían dispuesto una pequeña mesa de escritura bajo la tarima. Era bastante mayor, o lo aparentaba. Estaba completamente calvo y se afanaba en escribir algo de forma presurosa. Las partes, situadas en sendas sillas de madera a ambos lados, se miraban de forma furibunda. Eran dos hombres con el atuendo de caza del clan, parecían granjeros y su aspecto era pobre y austero.

El juicio comenzó, y yo, atenta, me incliné hacia delante. Maldije en silencio, hablaban en gaélico y no entendía una sola palabra. Connor me traducía de vez en cuando, pero noté que sus pensamientos no estaban precisamente centrados en lo que acontecía frente a él. Distraída, me fijé en Ian sentado en una silla frente a mí. Me saludó con un gesto de cabeza y yo le sonreí con dulzura. De repente me di cuenta de que tenía la mirada de Connor fija en mí.

- —¿A quién miras? —susurró molesto.
- —A... —miré otra vez en la dirección donde estaba Ian, pero había desaparecido— a nadie.

Las partes discutían y se habían levantado gesticulando de forma brusca. Uno de ellos levantó la voz y de repente pararon.

- —¿Qué ha dicho?
- —Ha ofrecido a su esposa a cambio de las tierras.
- —¡Qué romántico! —repliqué incómoda.
- —Él no ha aceptado, dice que come mucho, es cara de mantener y además le faltan casi todos los dientes.
 - —Será...
 - —Chsss —escuché a una de las mujeres a nuestra espalda.

Por fin el juicio terminó, y el juez actuó como Salomón, dividió las tierras en conflicto más o menos hacia la mitad y las repartió entre los dos hombres. Estábamos a punto de levantarnos cuando el *laird* hizo una pregunta con la misma voz de barítono que su hijo bastardo.

—¿Alguien más quiere exponer algún tipo de asunto conflictivo?

Por un momento nadie dijo nada, hasta que se escuchó una voz aguda de fondo, que se fue acercando a medida que la portadora se aproximaba al centro de la sala.

Era Moira, ¿cómo no? Explicó su caso en gaélico y de repente sentí todas las miradas centradas en mi persona. Un escalofrío recorrió mi espalda.

—¿Qué has dicho? —pregunté en voz alta dirigiéndome a ella.

Contestó Connor, que se había levantado con gesto furioso.

- —Te acusa de conducta impropia y adulterio. Dice que te vio ayer yaciendo con un hombre a la orilla del lago. —Su tono era suave, pero como empezaba a conocerle muy bien, eso hizo que un profundo terror me invadiera.
- —¡Cómo te atreves! —me levanté y salté hacia delante. Noté que Connor me sujetaba por la cintura.

Pronto el revuelo fue *in crescendo*. Todos a una comentaban la acusación, mientras Moira, con una sonrisa de satisfacción malévola en el rostro, se quedó en el centro observándome con los ojos fríos como el hielo.

En un acto reflejo llevé mi mano al bolsillo donde seguía llevando el abrecartas. Connor lo notó y sujetó mi muñeca.

El *laird* se levantó y se dirigió hacia nosotros.

—Vamos —dijo instándonos a seguirle—, este es un asunto de familia y lo discutiremos en privado.

Hamish hijo cogió a Moira de la mano y los siguió, así como nosotros, y también lo hizo Liam como hombre de confianza del *laird*.

Mi sangre hervía de furia y mi mente maquinaba una defensa en los pocos minutos en que duró el camino al despacho del que era mi suegro. Notaba el enfado de Connor por la forma que tenía de sujetarme el brazo, casi me llevaba en volandas, sin ningún tipo de consideración.

Una vez dentro, el *laird* se posicionó tras la mesa del despacho, de pie, y sacó una botella de whisky, se sirvió en un vaso y no ofreció a nadie más. Lo bebió de un trago, él también estaba molesto y bastante enfadado.

Los demás hicimos dos grupos. Por un lado, Connor y yo. En el otro, Hamish y Moira; Liam se quedó un poco apartado, todavía sin decidirse por uno u otro bando.

—Bien, querida hija —comenzó Hamish padre—, ¿puedes explicarnos qué viste exactamente que te diera la sensación de que la esposa de Connor estaba cometiendo adulterio?

Ella avanzó un paso y, con valentía, con la valentía que da el saber que mientes y que lo tienes ganado, sacó un pequeño pañuelo de su bolsillo y se enjugó unas lágrimas de cocodrilo que comenzaban a correr por su rostro redondo y feo.

- —Verá, *mo athair*, yo salí a dar un pequeño paseo ya que tenía una terrible jaqueca y el aire frío me ayuda a disipar el dolor. Llegué hasta el lago y escuché unas risas y unos... gemidos agudos —aquí paró y se enjugó una lágrima silenciosa como si se avergonzara de algo—, yo sabía que no debía acercarme, pero aun así la curiosidad me pudo, creí que alguien podía estar en peligro. Me asomé tras unas rocas y la vi.
 - —¿A quién viste, hija?
- —A ella —dijo levantando un dedo acusador hacia mí—. Yacía con un hombre, pero a él no lo pude ver. Me sentí tan avergonzada que corrí otra vez hacia el castillo. Pasé toda la tarde bordando mi mortaja, ya que la había empezado cuando me casé con mi amado Hamish.
- —¡Mentirosa! —exclamé yo de repente. Desde luego, dada mi experiencia como abogada, esa no era precisamente una defensa ni remotamente coherente, pero estaba tan furiosa que solo quería propinarle un buen puñetazo. No hay peor abogado para uno que uno mismo.

—¿Es eso cierto, Geneva? —Hamish padre se volvió hacia mí, y noté por el tono de su voz y por cómo se había referido a mí por mi nombre y no como otra de sus hijas que todo estaba perdido.

Respiré hondo intentando calmarme y ordenar mis ideas. No podía entender el odio que sentía esa mujer hacia mí, y cómo se había atrevido a difundir tal historia en presencia de casi todo el clan en pleno.

- —No —dije frunciendo los labios—, en realidad ocurrió todo lo contrario. Yo estaba en el lago cuando escuché a dos personas acercarse, era ella y un hombre de su clan, que reconocí por el tartán. Hablaron un rato y luego los vi acostarse juntos. Yo me escondí tras una roca evitando que me vieran. Al poco rato terminaron y se alejaron. No sé dónde se dirigieron ni qué hicieron a continuación.
- —¡Eso no es cierto! —gritó ella—, aquí ya no queda nadie de mi clan, y yo ya no soy McLeod, sino una Stewart, soy lady Stewart —remarcó con saña—. Además, solo estuve fuera un breve rato, mi doncella atestiguará que eso es cierto, ya que pasé el resto de la tarde con ella. Tú sin embargo volviste al anochecer, y sin explicar a nadie dónde habías estado.

Me volví hacia Connor.

- —Tú no la crees, ¿verdad? —imploré.
- —No, no la creo —respondió él firmemente—, pero necesito que expliques qué estuviste haciendo toda la tarde de ayer fuera del castillo.
- —*Mo brathair* —era la voz de Hamish—, no la escuches, te tiene hechizado.
- —¡Cállate, y deja que se explique! —tronó Connor a mi lado reprimiendo la furia que amenazaba con explotar de un momento a otro.

Pensé en contárselo, pero el rostro de su hermano pequeño vino a mi mente, y sentí que traicionaba su secreto, que si lo contaba todos se burlarían de él sin remedio.

- —Estuve paseando. Lo dije ayer y lo mantengo. Sola. Y jamás le he sido infiel a mi marido.
- —Padre —susurró igual que una serpiente Moira—, esta mujer no es de fiar, está claro que no es una dama y además..., ha llegado a mis oídos la noticia de que trabajaba en un burdel, y Hamish me lo ha confesado todo.

Yo me quedé blanca. Blanca por la traición de Hamish y blanca por las consecuencias que esa confesión traería sobre nosotros.

—Ella no trabajaba en ningún burdel sino como institutriz en casa de un conocido mío. Fue allí donde la conocí —repuso Connor aparentemente

calmado, aunque noté la tensión de sus hombros. Me cogió la mano y me la apretó con fuerza. Su gesto decía «estoy contigo».

Moira se volvió hacia Hamish.

—Él dijo que vosotros la habíais encontrado en un burdel.

Hamish apretó los dientes con tanta fuerza que pude oír el golpe a varios metros de distancia.

- —¡Cállate! Ya has dicho suficiente —abroncó. Ahora dudaba entre mi versión y la de su supuesta honrada esposa.
- —Pero, pero —protestó ella—, es una prostituta, una meretriz. Me niego a compartir casa con ella. Quiero salir de aquí ahora mismo. Hasta su propia madre se avergonzaría de ella.

Esa fue la gota que colmó el vaso.

—¡¿Meretriz?! No te atrevas a ensuciar el nombre de mi madre con tus palabras, ¡mala pécora! —grité yo ya totalmente descontrolada—, ¡tú sí que eres una puta! Si quieres te lo puedo decir en varios idiomas para que lo entiendas mejor. Y si ya has terminado de tejer tu mortaja puede que la necesites antes de lo que crees.

Y diciendo eso me lancé sin ningún tipo de elegancia hacia ella y le propiné un puñetazo justo en el centro de su estúpida y falsa cara. Ella cayó hacia atrás impulsada por el golpe, arrastrándome a mí del pelo. Por un momento ambas rodamos por el suelo en un amasijo de brazos, piernas y faldas volando. Ella me tiraba del pelo y me arañaba el rostro, yo me resarcía y la golpeaba con toda la fuerza que podía reunir. Hasta que dos pares de brazos nos cogieron y nos separaron.

Me dolía mucho la cabeza, tenía arañados el rostro y el cuello, y vi cómo Moira agitaba entre sus manos un largo mechón de mi pelo negro como un trofeo, pero ella no tenía mejor aspecto, un ojo se le estaba empezando a amoratar y sangraba profusamente por la nariz.

Notaba los brazos de Connor sujetándome con fuerza por la cintura casi sin dejarme respirar y me retorcí, consiguiendo que la presión fuera aún más fuerte.

- —¡Eres una desgraciada! Atacarme a mí, una dama, ¡habrase visto! ¡Salvaje! —gritó Moira, que también estaba siendo sujetada por Hamish de la misma forma que yo por Connor.
- —¡Zorra! —siseé con el poco aliento que me quedaba. Si Connor seguía apretando así pronto perdería el conocimiento, aunque ya estaba empezando a perder algo la cordura.

Liam se posicionó a nuestro lado.

—Hamish —dijo con voz tranquila dirigiéndose al *laird*—, confío en el criterio de Connor, y si él la ha elegido como esposa sus motivos tendrá. Desde luego no creo que eligiese a ninguna prostituta, cuando podía haber elegido a cualquier otra mujer que desease. Tú bien lo sabes. Además, no he visto en Geneva ninguna actitud reprochable en estos días. Bien es cierto que a veces se comporta de forma extraña, pero sus ojos solo miran en una dirección, que es hacia su marido, aunque he sabido que ha recibido insinuaciones de más de un hombre.

Yo lo miré sorprendida y a la vez agradecida. En realidad estaba defendiendo a su pupilo y no a mí, pero ahora eso era indiferente.

—Todo eso que has dicho lo sé, *mo charaid* —contestó el *laird*—, pero aun así no puedo dejar que algo como lo que acabo de ver se repita, por el bien del clan y de mi familia. Geneva tiene que recibir el castigo correspondiente. No ha explicado con claridad qué hacía realmente fuera del castillo tantas horas y su... ataque hacia mi hija ha sido del todo imperdonable.

Todos lo miraron mientras él meditó unos segundos.

—Veinticinco azotes y una semana encerrada me parecen justos, dada la gravedad del asunto —exclamó finalmente.

Yo me ahogué en mi propia vergüenza y sentí un profundo miedo.

- —¿Azotes? —pregunté totalmente desquiciada.
- —Sí —contestó él—, será tu marido quien se encargue del castigo, ya que él ha sido el principal agraviado. A no ser que quieras enfrentarte a la ordalía.
 - —¿Qué es eso? —pregunté sin resuello.
- —La prueba de Dios —respondió Connor a mi espalda—. Deberás caminar sobre nueve rejas de arado al rojo vivo descalza, si en pocos días se curan tus heridas demostrarás tu inocencia. También se te puede arrojar al lago con una piedra atada al cuello y si sales a flote Dios demostrará que no eres culpable.
- —¿Dios? —dije gritando—, ¿y qué demonios tiene él que ver en todo esto? ¡Hatajo de bestias! Cualquiera de esas dos pruebas pueden provocar mi muerte, y todos lo sabéis.
- —No dejaré que te enfrentes a ellas. Yo me encargaré del castigo contestó Connor.
 - -Ni muerta dejaré que me azotes, antes me tiro por una ventana,

¡maldito escocés! —sollocé con voz entrecortada por la furia y el dolor.

—¡Pues explica de una vez por todas qué hiciste ayer! —explotó Connor.

Yo cerré la boca y tensé tanto la mandíbula que esta me comenzó a doler como si me hubiesen golpeado con una piedra. Ahora era mi propia terquedad la que me impedía hablar.

—Estuvo conmigo —exclamó una voz desde la puerta.

Todos se volvieron a mirar, observando cómo el joven Ian entraba cojeando.

- —¡¿Cómo?! —exclamaron varias voces al unísono.
- —Es cierto —el joven no se amilanó ante las miradas de los demás hombres y fijó sus ojos azules en mí, como buscando apoyo, yo asentí con la cabeza—, estuvo enseñándome a bailar. Yo se lo pedí. Las jóvenes no quieren bailar conmigo porque dicen que soy tonto, pero ella me enseñó. A ella no le parezco tonto, dice que soy diferente, y que eso es especial. Cuando sale del castillo la sigo, va siempre a la piedra de los contrabandistas y se sienta allí durante horas, pero nunca se ha reunido con ningún hombre. Ella —continuó mirando a Moira— sí que lo ha hecho. Yo lo vi. Es mala, no quiere a Hamish, dice que es violento con ella y se queja de él al otro hombre y luego se tumban y hacen cosas desagradables y gritan mucho.

Cuando calló, el silencio se apoderó de la habitación y aspiró todo el oxígeno de la misma. Todos se miraban de hito en hito. Moira oportunamente se desmayó. Hamish no movió un dedo por cogerla. Yo me di cuenta sin notarlo de que estaba llorando. Lágrimas ardientes y saladas me recorrían el rostro haciendo que este me escociera por los arañazos. El abrazo de Connor se había suavizado, pero su tensión seguía latente.

- —Hijo, ¿es cierto lo que has dicho? ¿No será alguna historia que hayas oído por ahí? —La voz de Hamish padre había bajado varios grados hasta ser un simple murmullo.
- —Lo es, *mo athair*. Ella me enseñó a bailar en el claro de los álamos, y también le pedí que me enseñara cosas bonitas para decírselas a las jóvenes, pero me dijo que otro día, que seguro que Connor la estaría buscando. Yo... Yo no sabía cómo darle las gracias así que robé unas flores del invernadero de la abuela y se las dejé en la habitación —contestó él.

Yo lo miré asombrada por su valentía, un niño enfermo, alguien para todos insignificante y molesto, pero sin embargo con mucho más coraje que algunos de los que estaban en la sala.

- —¿Te gustaron? —me preguntó desconcertándome.
- —Sí, eran muy bonitas. Gracias —contesté sollozando.
- —Está todo dicho entonces —terminó el *laird*—, no obstante no puedo consentir la conducta tan inapropiada que Geneva ha tenido hiriendo a Moira —la miró, tendida en el suelo todavía con el pañuelo sujeto sobre su nariz sangrante—, así que mantengo el castigo, pero únicamente en la parte del encierro. Creo que una semana encerrada a pan y agua le dará tiempo suficiente para que medite su actuación, se arrepienta y suplique perdón a Dios.

Yo me encontraba en estado de shock. Todo volvía a ser incomprensible para mí. No entendía la crueldad que acababa de soportar, y sin embargo en mi fuero interno comprendía que el *laird* se había visto obligado a imponer un castigo que él consideraba leve para reprobar mi comportamiento.

Todo volvió a ser real, la nube en la que había estado envuelta los últimos tres días desapareció dando paso a la oscuridad más absoluta. Tomé conciencia de la realidad que me rodeaba, un mundo duro en el que se pagaba caro cualquier tipo de acción. Entendí perfectamente la frase del gran filósofo inglés Hobbes «el hombre es un lobo para el hombre». Y comprendí también mi propia estupidez al no saber valorar a Moira como una digna contrincante.

El *laird* rebuscó en uno de sus cajones y sacó un libro encuadernado en piel negra, con una inscripción dorada donde se podía leer la palabra Biblia, sobre él depositó un ajado rosario de cuentas de madera.

- —Tómalo —dijo entregándomelo—, te servirá de consuelo estos días.
- —No lo quiero —dije despreciándolo—, Dios dejó de ser un consuelo para mí hace casi veinte años.

Expresiones de asombro y gestos adustos oprimieron el ambiente todavía más.

—Cógelo, Genevie —soltó bruscamente Connor.

No lo hice. Crucé los brazos sobre mi pecho en actitud de rebeldía. Finalmente lo cogió él y me sacó a rastras de la habitación.

Me llevó en silencio y totalmente furioso hasta nuestra habitación.

Entró conmigo y dejó la Biblia y el rosario sobre la mesilla.

—Permanecerás aquí una semana. Tres veces al día se te traerá agua y pan. Y, ¡maldita sea tu estampa!, te leerás el libro sagrado hasta aprenderte cada renglón —me abroncó.

—¿No pensarás dejarme aquí sola?

Maldijo en gaélico y se pasó ambas manos por el pelo con gesto frustrado.

—Claro que lo haré. No me has dejado otra maldita opción. Si me hubieras explicado ayer dónde estuviste y lo que viste todo esto no hubiera ocurrido. Te lo mereces, Genevie, por ser tan obstinada y rebelde, y esta semana espero que medites y cambies tu actitud, porque si no este matrimonio no tiene ya ningún sentido.

Sus palabras fueron más hirientes para mí que los veinticinco azotes perdonados.

—Está bien, Connor —contesté de forma fría y cortante—, meditaré, no te quepa duda. Pero solo te digo que si no lo conté fue porque le hice una promesa a tu hermano. Y yo cumplo mis promesas, sean cuales sean, porque así me han educado. Si crees que voy a pedir perdón por ser leal a quienes lo son conmigo puedes esperar cómodamente sentado, porque ese perdón no llegará. Y déjame decirte una sola cosa más. Este matrimonio nunca ha tenido sentido, desde el principio fue una farsa. —Decir esto último fue lo más doloroso que había hecho en mucho tiempo, pero no pude evitarlo, fluyó de mí con naturalidad. Me sentía tan herida que pronto solo quedó un vacío muy familiar en mi interior.

Él me miró con dolor en sus ojos, que pronto escondió bajo una capa de estudiada indiferencia.

—Está bien, entonces, hablaremos dentro de una semana. Ahora me voy. Tengo que encargarme de otro problema. —Sin explicarme nada yo supe a qué se refería. Hamish me había traicionado, pero también lo había traicionado a él. Y si conocía bien a Connor, su hermano lo iba a pagar caro.

Cerró la puerta tras de sí, y escuché el sonido de la llave girando.

Me quedé completamente sola con mi alma herida y mi cuerpo robado a otra persona.

Como un eco de cómo me sentía el cielo retumbó con un tremendo trueno que hizo que hasta los cristales de las ventanas engarzados solo con madera temblaran. Me reí, me reí a carcajadas amargas, y por un momento creí que verdaderamente me estaba volviendo loca.

En ese momento un calambre recorrió mi vientre y noté cómo se deslizaba un líquido caliente por mis piernas. El periodo, me había venido el periodo. Y, con gran alivio, por primera vez en los últimos tres años de mi vida me alegré verdaderamente de que mi compañera de dolor me visitase. No estaba embarazada. Me quité el vestido y, en camisa, me metí en la cama. Cogí la Biblia que reposaba sobre la mesilla y la abrí al azar: «Y Jesús dijo a los hombres, amaos como yo os he amado...» ¡Y una mierda!, cerré de golpe el libro y lo lancé con furia contra una esquina, donde quedó semiabierto y tirado en el suelo, como un recordatorio de mi triste existencia. Me tumbé y me encogí sintiendo calambres cada vez más dolorosos. Finalmente, cansada, hambrienta y claramente desquiciada, me quedé dormida.

Desperté varias horas después. La tormenta había arreciado y la lluvia golpeaba con furia los cristales. Los demás dirían que Dios se había enfurecido por mi comportamiento, yo sentía que Dios estaba comunicándome su enfado con los demás.

Miré hacia la puerta y vi una bandeja con una jarra de agua y un mendrugo de pan. Ni me acerqué a cogerlo. Prefería morir de inanición que tocar algo de aquello. Jamás en toda mi vida me habían castigado. Ni siquiera cuando mostraba rasgos típicos de terquedad adolescente, mi padre siempre había preferido el diálogo al castigo físico. Y desde luego jamás me habían privado de la comida como lo hacían ahora. Después de siete días comiendo pan y bebiendo agua me iba a quedar en los huesos. Me reí otra vez de forma histérica. Yo, que jamás había hecho dieta, ahora me veía obligada a ello.

No quise pensar en Connor. Quería borrarlo de mi mente como fuera. El cariño, la dulzura y la posesión que me había mostrado desde que lo conocí ahora carecían de sentido. Aun así, cada vez que cerraba los ojos veía sus ojos verdes posados en mí, a veces divertidos, a veces serios, a veces enarcando una ceja, a veces entrecerrados, y la mayoría oscurecidos por la pasión. Me esforcé y lo arrinconé en mi mente, sabiendo que me visitaría en sueños, como había hecho antes incluso de que lo conociera, porque en mi fuero interno sabía que estábamos unidos por algo más que un falso matrimonio.

Me arrebujé en las mantas aspirando el olor a fresco y madera tan familiar y me quedé dormida, pero no fue Connor el que me visitó en sueños, sino mi reflejo, mi otro yo, el cuerpo que mi alma había robado.

Notaba la frescura del ambiente primaveral a mi alrededor, el árbol bajo el que nos encontrábamos nos protegía del ardiente sol, dejando pasar entre sus tupidas hojas haces de luz mágica alrededor. Las flores brotaban de la hierba en racimos de colores vivos, y todo era bello y resplandeciente. Pero yo no tenía ojos para nada más que el hombre que se inclinaba sobre mí, besándome con dulzura. Noté su sabor a vino en mi boca, su lengua insistente sobre la mía, sus manos revoloteando curiosas sobre mi pecho cubierto de encaje, y sentí un súbito calor que subía hasta mis mejillas.

¿Sería esto de lo que hablaban las mujeres casadas entre susurros y risas? Conseguí pensar con algo de claridad. Tenía que ser así. Solo había algo que oscurecía la sensación placentera y a la vez la enardecía, el peligro de que alguien nos viera. «Si mon père se entera estoy perdida», pensé, pero ya estaba perdida entre sus brazos.

—Philippe —susurré con voz entrecortada… En ese momento un grito proveniente de un hombre y una súbita sombra nos acorraló.

—¡Melisande!

Desperté empapada en sudor y temblando de miedo. «Es solo un sueño, un maldito sueño», intenté hacerle entender a mi mente confundida. Pero no lo era, era un recuerdo y yo necesitaba conocer más. Como si la misma Melisande me llamara, volví a quedarme dormida.

Ahora estaba en una habitación con las paredes cubiertas por una tela en colores claros y dibujos floreados. Había una cama con dosel cubierta por cortinas de encaje rosáceo. Era mi habitación, lo sabía, la reconocía. Me volví hacia la persona que estaba frente a mí, era mi propio reflejo. Era yo, no, no era yo, era mi hermana, mi hermana del alma, Galadriel, pero no era ella, era la hermana de la joven francesa. Me sujetó las manos con dulzura.

- *—¿Qué voy a hacer? —sollocé.*
- —Mon père no será muy duro contigo, siempre has sido su preferida contestó, pero no había ira ni reproche, sino solo reconocimiento.
- —Lo será, esta vez he ido demasiado lejos, pero es que Philippe es... es... tan intenso y tan... excitante.
- —Calla, Melisande, no hables así, solo conseguirás que mon père se enfade más contigo.
 - —Dice que me va a castigar con lo que llevo evitando tanto tiempo...
 - —Si lo hace tendrás que acatar sus decisiones.
 - —No podría dejarte —susurré.

- —Yo tampoco. —Ella me abrazó.
- —¿Qué voy a hacer? —volví a preguntar arropada por mi gemela.
- —Sois belle et tais-toi. —«Sé bella y estate en silencio», fue su respuesta.

Desperté con las primeras luces del amanecer. Me sentía extrañamente tranquila y recordaba perfectamente el sueño, hasta podía sentir el dolor de esa mujer y el amor de su hermana como míos. Sin embargo, un miedo aterrador comenzó a subir por mi espalda como las raíces de un árbol viejo, hasta que atrapó mis pulmones de tal modo que me quedé sin respiración. Esa mujer, Melisande, quería regresar a su cuerpo, lo sentía, la sentía cada vez más cercana a mí.

Pero a la vez ya contaba con los suficientes datos como para comenzar a buscarla, sabía que era francesa, noble por el aspecto de su vestimenta y que estaba enamorada de un hombre llamado Philippe. También sabía que había tenido la desgracia de apropiarme del cuerpo de la hermana equivocada, la hermana tonta y alocada, en vez de la cariñosa y prudente, justo al contrario que mi hermana y yo. Y sobre todo sabía su nombre: Melisande. Lo pronuncié en voz alta y con un perfecto acento francés. De hecho todos los recuerdos eran en francés y los entendía como si fuera esa mi lengua materna. Maldije en silencio, en realidad era mi lengua materna.

Me levanté de la cama y, olvidando mi promesa de la noche anterior, bebí agua y comí algo de pan. Había tomado una decisión irrevocable. Tenía que salir de allí lo antes posible, tenía que encontrar a la anciana, porque la anciana, estaba segura, tenía todas las respuestas. Si no lo conseguía tendría que volver a Edimburgo y arriesgarme a ir al burdel, donde la prostituta francesa me había intentado enviar un mensaje: tenía que haber acudido a los muelles y embarcar en el *Lady Arabella*, un barco que cruzaba el canal hacia Francia. Ella tenía que saber quién era yo. Por fin una a una las piezas del puzle iban encajando. Solo esperé que Galadriel pudiera ayudar a Melisande en mi época a volver a la suya, al menos una de las dos tendría que conseguirlo. Si fuera así, pronto podría regresar y olvidar toda esta pesadilla. Justo en ese momento el rostro de Connor se coló en mi mente, pronunciando sus votos: «Hasta que la muerte nos separe.» Sin quererlo, comencé a llorar como una niña, pero no podía flaquear, ahora no, cuando estaba tan cerca.

La puerta se abrió y una doncella entró sigilosamente a avivar el fuego

de la chimenea y a llevarse la bandeja, que reemplazó con otra exactamente igual. No me miró en ningún momento. Me imaginé que tenía órdenes estrictas de no hablar conmigo, cuestiones adicionales al castigo.

Me levanté de la cama y comencé a andar de un lado a otro de la habitación. Anduve tanto que hasta hice un surco en el suelo de piedra. Lo peor de la cárcel no es que no tengas comida y una cama caliente, lo peor es que sabes que solo puedes dar diez pasos y te tropezarás con una pared. La sensación de ahogo y de falta de libertad hizo que abriera una de las ventanas e, ignorando el frío y el viento que me mordió el rostro, sacara casi medio cuerpo aspirando con fuerza. Miré hacia abajo y a los lados, y entonces se me ocurrió una idea.

Connor había construido esa habitación con una excelente ubicación, estaba en el ala nueva y más tranquila del castillo. No daba como la mayoría de las habitaciones al patio de armas. Ante mí vi una salida. La pared de piedra canteada de solo siete u ocho metros descendía hasta unirse como en una misma estructura con las formaciones rocosas del lago, cuya agua lamía las mismas con languidez. Si conseguía descender lo suficiente para poder saltar sobre esas piedras, podría rodear el castillo por el exterior y huir. Meghan había dicho que la chabola de la bruja estaba a casi un día de camino a caballo, no tenía ni idea de qué podía suponer eso yendo a pie, quizá tres. Aun así, estábamos casi en invierno, y los días y mucho más las noches eran muy frías, sin un fuego era posible que muriera de congelación antes de conseguir mi objetivo. También recordé la amenaza de los animales salvajes, como los lobos. ¿Sabría evitarlos? No tenía ni idea, pero la sensación de libertad al abrir la ventana fue tan fuerte que no lo pensé más. Ya había tomado la decisión, y lo haría, dejaría todo aquello de una vez por todas sin mirar ni una sola vez atrás, ni siquiera para tomar impulso.

Recordé una de mis canciones favoritas de One Republic y cerrando la ventana comencé a cantar en susurros.

Hello world,
Hope you're listening,
Forgive me if I'm young,
For speaking out of turn,
There's someone I've been missing.
I think that they could be

The better half of me, They're in their own place trying to make it right, But I'm tired of justifying. So I say you'll come home, Come home.

«Aguanta, Gala, pronto estaré contigo.» Seguí cantando en voz baja.

Cause I've been waiting for you,
For so long,
For so long,
And right now there's a war between the vanities,
But all I see is you and me.
The fight for you is all I've ever known,
So come home,
come home.

Aquí me paré con sorpresa, ya que ahora la canción parecía estar dirigida a Connor y a mí.

Dejé de cantar, y de pensar en mi marido. No me convenía nada dado lo que tenía intención de hacer.

Me dirigí al arcón buscando algo que pudiera utilizar como cuerda para deslizarme pared abajo. Encontré otro juego de sábanas de lino. Las saqué y las extendí sobre la cama. Cogí el abrecartas de plata, con el sello que ahora sabía a quién pertenecía, y las rasgué en tiras, y como una Rapunzel moderna, en vez de trenzar mi pelo, comencé a trenzar la tela hasta formar una cuerda lo suficientemente resistente como para aguantar mi peso.

Antes de que retiraran otra vez la bandeja cogí el mendrugo de pan y lo escondí. Necesitaba llevarme provisiones, y a falta de pan buenas eran... pues pan, porque no tenía otra cosa.

El tiempo pasó deprisa entretenida en lo que tenía entre manos. A media mañana escuché unos golpes en la puerta. Ni me molesté en contestar, solo corrí a esconder la tela rasgada en el arcón por si entraba otra vez la doncella. Pero no entró nadie, solo escuché una voz amortiguada por la puerta que me llamaba.

- —Geneva, Geneva, soy Meghan.
- —Meghan —contesté pegándome a la puerta—, ¿no entras?

- —No puedo, el guardia que te ha puesto Connor me lo impide. Mascullé un insulto en voz baja.
- —¿Qué ocurre? ¿Estás bien? —pregunté algo preocupada.
- —Sí, yo sí, y el pequeño Connor también. Venía a ver cómo estabas.
- —Estoy bien, enfadada, muy enfadada, pero bien.
- —Ya, lo imagino. Pero... Sabes que él no tuvo otra opción, ¿no?

No sabía si se refería a su padre o a su hermano, pero me dio lo mismo.

- —Siempre hay otras opciones —señalé.
- —En este caso no, Geneva. Todo el mundo está bastante alterado. Connor gruñe y maldice continuamente, todos le rehúyen y él y Hamish tuvieron una fuerte pelea. ¿Qué ocurrió?
 - —Que tu otra cuñada es una zorra. —No quise decir más.

Sentí que ella ahogaba un gemido por mis palabras. Pero no podía decir nada mejor de Moira, de hecho en mi lengua tenía guardados adjetivos mucho peores, que dudaba que Meghan hubiera escuchado en su vida.

- —Yo te creo, Geneva, pensé que no podrías hacer nada que hiriera a Connor, pero aun así..., lo has hecho.
- —No, no lo he hecho —contesté bastante cabreada—, todos me habéis juzgado sin conocerme realmente y os habéis equivocado.

Hubo un silencio al otro lado de la puerta. Insistí:

- —A Moira, ¿qué castigo le han impuesto?
- —Ninguno, la verdad es que está bastante dolorida y creo que le rompiste la nariz, su rostro no volverá a ser el mismo. Eso debería ser bastante castigo para una mujer tan presumida, ¿no crees?
- —No, no lo creo. Creo que ella debería estar encerrada igual que lo estoy yo, apartada de todos como si fuese una apestosa.
 - —Lo siento, Geneva.
- —Tú no tienes por qué disculparte de nada, Meghan. Es otro el que debe hacerlo.
 - —No creo que lo haga, pero aun así, ¿lo perdonarás?
 - -No.

Otro silencio.

- —Me tengo que ir, el guardia se está impacientando.
- —Adiós, Meghan. Me alegra saber que le importo a alguien. Gracias dije alejándome de la puerta. Estaba llorando otra vez y me froté los ojos con cansancio y furia. Volví a mi trabajo de trenzar la tela y pronto me olvidé de todo y de todos.

Los minutos pasaron y se convirtieron en horas, y las horas en días. Dormitaba y despertaba sin saber muy bien si era día o noche. Cuando estaba despierta trenzaba y cuando dormía soñaba con mi hogar, pero ni Connor ni Melisande volvieron a aparecer en mis desvelos.

Al tercer o cuarto día, no lo sabía muy bien, lo tuve todo preparado. Até fuertemente el trenzado al dosel de la cama y tiré con fuerza calculando el peso. La pesada cama no se movió un ápice. Lo tenía. Cogí un hatillo con el pan que había conseguido reunir y una manta para protegerme del frío. Todo ello me lo até con un trenzado más fino alrededor de la cintura.

Abrí la ventana, calculaba que era media mañana, pero tampoco estaba segura. Tiré la tela trenzada y esta llegó con facilidad hasta las rocas del lago. Pasé por la ventana aupándome con una de las sillas y con cuidado apoyé mis pies sobre la pared de piedra y me dejé caer al vacío. No tenía vértigo, pero tampoco quería mirar la distancia que me separaba de las rocas. Al principio fue muy difícil, las manos resbalaban y pronto las tuve enrojecidas y sangrientas, aun así cuanto más me dolía más viva me sentía. Un paso, otro, otro más. Paré un momento, estaba agotada y miré hacia arriba. No había bajado ni un metro siguiera. Intenté tantear con los pies algún pequeño hueco entre las piedras del castillo para descansar un momento y coger fuerzas. En ese momento un golpe de aire me hizo trastabillar y perdí pie saliendo disparada casi un metro a mi derecha. Me golpeé el hombro y casi suelto la trenza. Emití un grito, que se perdió con el viento. Pateé desesperada sintiendo cómo la voluminosa falda se abombaba y se pegaba a mis piernas dependiendo de los remolinos de aire. «Bueno —pensé—, si caigo puede que estas faldas tan amplias me hagan de paracaídas.»

No debí mirar hacia abajo, pero aun así lo hice y el suelo rocoso y puntiagudo se acercó peligrosamente a mi rostro. Cerré los ojos y me sujeté con fuerza a la cuerda. Quedé colgando de la trenza como un chorizo puesto a secar, bamboleándome con el viento como una marioneta. No conseguía encontrar ningún punto donde asirme, así que intenté bajar solo con la fuerza de mis manos. Fue un error, me deslicé casi otro metro rasgándome la piel de las manos hasta que paré con un golpe sordo sobre un pequeño saliente. Estaba en esa posición cuando me pareció escuchar un grito de hombre, un grito de hombre con voz de barítono y muy, muy enfadado.

^{—¡¿}Qué demonios estás haciendo, Genevie?!

—¿Tú qué crees? —grité levantando mi rostro y enfrentándome a su mirada verde llena de furia.

Otro golpe de aire hizo que me tambaleara de nuevo. Agaché la cabeza e intenté sujetarme.

- —¡Estate quieta! ¡Ahora bajo!
- —Como si pudiera ir a algún sitio —mascullé entre dientes.

Sentí cómo tiraban una cuerda cerca de mí y al poco llegó Connor a mi lado. Con un pequeño salto se posicionó a mi espalda y me aprisionó contra la pared. Yo me revolví por instinto. Él apretó con más fuerza.

—¡Quieta o harás que ambos nos matemos!

Sin darme tiempo a contestar cogió la cuerda y la ató a mi cintura. Con una señal sentí el tirón de los hombres que me izaron como si fuera un fardo de avena. Llegué a la repisa de la ventana y cuando entré en la habitación me caí de bruces contra el suelo. Uno de los hombres tendió una mano para levantarme.

—¡No me toque! —contesté yo levantándome de un salto y recuperando parte de la dignidad con ese simple gesto.

Un segundo después entró Connor y con la gracia de un gato saltó dentro de la habitación. Se volvió, arrastró las dos cuerdas y las tiró hacia dentro. Cerró la ventana con tanta fuerza que uno de los cristales se resquebrajó.

Se volvió a los tres hombres que aguardaban instrucciones.

—¡Fuera todos! —atronó.

Y como si todos fuéramos uno solo, nos dirigimos hacia la puerta, cuando estaba a punto de traspasarla, un brazo pasó por encima de mi hombro y la cerró con fuerza.

- —¡Tú no!
- —Ah —atiné a contestar.
- —¿Qué demonios te proponías? ¿Matarte? —Su voz era baja y ronca, como cuando estaba enfadado y yo retrocedí un paso hacia atrás.
- —Si hubiera querido eso habría elegido un método menos doloroso contesté sintiendo que la sangre hervía en mi interior. Aun así, estaba tan espectacular, alto, fuerte y completamente enfadado, que sentí unas irremediables ganas de abrazarlo. Se me pasaron en cuanto comenzó a hablar.
- —Estoy cansado, Genevie, muy cansado y enfadado de tener continuamente que sacarte de un problema tras otro, sin tener ni la más remota idea de lo que te propones hacer a continuación. Me he pasado

cuatro días en la orilla del lago, haciendo que pescaba con la simple esperanza de que tú miraras alguna vez por la ventana, y cuando por fin veo que te dignas hacerlo, observo que lo único que intentas es escapar, y te veo colgada a merced del viento a punto de caer sobre las rocas. Creía ser un hombre paciente, pero la paciencia se me ha acabado. —Se pasó las manos por el pelo.

—¿Que se te ha acabado? ¿A ti? ¿Y qué me dices de mí? Me habéis castigado por algo que no hice, me he visto privada de libertad y encerrada en esta habitación muriéndome de hambre y de soledad, mientras la causante de todo esto está disfrutando de un merecido descanso, arropada por todos. ¡Os odio! —grité—, ¡os odio a todos y no quiero volver a tener nada que ver con nadie de este castillo en mi vida! Quiero volver a mi hogar, quiero beber una coca-cola sentada en mi sofá viendo cómodamente una película en la televisión, quiero conducir mi coche por una autopista y sentir la velocidad en todo mi ser, quiero pasear entre la gente sin que me observen con curiosidad y quiero escuchar música. ¡Oh, sí! Quiero escuchar música a todo volumen sin preocuparme por nada más.

Me callé sintiéndome dolorida y cansada. Las manos me escocían, pero más lo hacía mi alma y mis deseos de regresar.

- —¿Música? —dijo sin entender apenas nada de mi exabrupto anterior—, ¿quieres escuchar música?
- —¡Sí! ¡Joder! ¡Sí! —exclamé perdiendo el control. No me había dado cuenta de lo que añoraba las pequeñas cosas que había perdido.

Connor retrocedió ante el estallido de toda mi furia, para luego atacar con más fuerza.

- —Si es eso lo que piensas, yo mismo te llevaré al lugar de donde procedes, sea el que sea —espiró profundamente.
- —¡Ojalá, Connor, pudieras hacer eso!, pero no puedes, porque no tienes ni idea de quién soy ni de dónde vengo, y eso es lo que te está volviendo loco —seguía gritando a mi pesar.
- —Sí, ¡tú me estás volviendo loco!, daría mi mano derecha por saber qué demonios ocultas y quién eres realmente. ¡No entiendo nada de lo que dices!
- —¿Quieres saber, Connor? ¿Estás seguro?, pues te diré quién soy. Paré para tomar aire mientras me deshacía de la manta enrollada alrededor de mi cintura y del hatillo de pan que cayó justo donde estaba la Biblia, que él miró con un brillo peligroso en sus ojos, y me enfrenté a él, que

había adoptado la postura de un guerrero, de pie con las piernas semiabiertas y los brazos cruzados sobre su pecho—, soy Ginebra Freire Bexo. Tuve la suerte de nacer en una familia acomodada en la que me dieron la libertad para elegir lo que quería hacer con mi vida. Decidí estudiar Derecho y Economía en la Universidad. Sí —lo miré al ver su gesto sorprendido, no sabía por qué había elegido comenzar por lo que yo era, quizá porque creía que eso me identificaba como tal—, soy abogada, esa clase de personas que te dan dolor de cabeza; trabajé varios años para una Sociedad de Inversiones, donde me encargaba de gestionar el patrimonio de mis clientes, mientras compaginaba esa labor con el ejercicio del Derecho. Y era bastante buena en mi trabajo. Y estaba casada, pero no soy viuda, estoy divorciada, porque mi marido me abandonó, un día llegué a casa y me dijo simplemente que ya no me amaba, eso ocurrió después de que diera a luz a mi hija muerta. Sí —afirmé con dolor—, tuve una hija que murió, la tuve en mis brazos y deseé morir con ella. Y poco tiempo después yo también lo intenté, intenté matarme, y de hecho dicen que estuve unos minutos muerta, pero los médicos consiguieron salvarme. Después de aquello comencé a ver y sentir cosas que no entendía. Perdí a mi marido, a mi hija, mi trabajo, mi familia y casi pierdo la cordura. Entonces mi hermana vino de Edimburgo y me obligó a viajar con ella. El día treinta y uno de octubre se celebraba una fiesta a la que acudí con ella y su pareja y subí al ático de esa maldita casa con un hombre, cuando tropecé y caí sobre un arcón golpeándome la cabeza, y voilà!, sin saber cómo, aparecí en un burdel del siglo XVIII. —Paré y me reí con amargas carcajadas. Su rostro era de estupor y a la vez de preocupación.

—Eso no tiene ningún sentido —dijo suavemente intentando acercarse a mí. Yo volví a retraerme mientras frotaba mis manos heridas una y otra vez contra la tela del vestido en un movimiento mecánico. Comprendí por su gesto que creía que me había vuelto loca. Bueno, quizá lo estaba, pero yo ya no podía parar.

—Sí tiene sentido. Tiene mucho sentido si te digo que nací el treinta de septiembre de mil novecientos ochenta. Cuando aparecí aquí vivía en el año dos mil diez, doscientos sesenta y seis años después del día en que aparecí.

Él no hizo ningún gesto, solo noté frialdad y estupor por su parte y eso me dio fuerzas para seguir:

—Me preguntaste qué sabía yo del ejército inglés. Pues bien, lo sé todo,

sé todo lo que pasará, no porque tenga ningún poder especial, sino porque lo he leído, me lo han contado e incluso he visto el campo de batalla. Sí, Connor, vi el último escenario de vuestra derrota, que se convertirá con los años y los siglos en un sitio de culto, donde los restos desmenuzados de los clanes van a rendir homenaje a los caídos en batalla. Recorrí cada tumba de piedra marcada con los nombres de los muertos que están enterrados debajo. —Paré, estaba llorando y ni siquiera lo había notado. Connor seguía quieto respirando entrecortadamente, como si le faltara el aire.

»Pero aún hay más. Mi cuerpo no es el mío —ahora su mirada fue de completa incredulidad—, dije que tenía una cicatriz sobre la ceja, además de otras marcas en el cuerpo. Todas han desaparecido, y aunque me miro en el espejo y me reconozco, no soy yo, soy otra mujer, una mujer de este siglo. Al principio creí que había retrocedido en el tiempo y no entendía cómo había sucedido, ahora sigo sin entenderlo del todo, pero estoy segura de que mi cuerpo se quedó en el año dos mil diez, y que mi alma traspasó el tiempo hasta ocupar el cuerpo de una mujer que tiene mis mismos rasgos físicos. Y sé quién es esa mujer, porque me visita en sueños, y tengo recuerdos de esa persona como si fueran los míos propios. ¡Dios mío! Creo que me volveré loca si no consigo salir de aquí y averiguar cómo regresar. —Lloraba ya sin consuelo.

Connor se acercó despacio y me abrazó. Al principio intenté resistirme, pero no tenía fuerzas suficientes. El peso de mi alma había desaparecido dejando un profundo agotamiento. Me acunó entre sus brazos murmurando frases en gaélico tranquilizadoras, hasta que un buen rato después dejé de llorar.

Levanté mi rostro con ojos enrojecidos y busqué su mirada.

- —¿Me crees? —Necesitaba desesperadamente que dijera que sí.
- —Sé que es cierto, *mo anam*, porque todo lo que has contado responde a mis preguntas sin contestar, pero aun así, es todo demasiado... increíble repuso con suavidad.
- —Pregúntame lo que quieras, te contestaré con toda sinceridad. No tengo nada que ocultarte.
 - —¿Quién es el rey de España? —inquirió.

Su pregunta me pilló totalmente por sorpresa. ¿Era algún tipo de juego como el Trivial?

—Hummm —intenté pensar—, Felipe II, no, no, ese fue el de la Armada Invencible, Carlos IV —observé su rostro—, no, ese no, Felipe III, ¿es ese?

- —Desde luego no entendía cómo había conseguido aprobar la asignatura de Historia Universal.
- —Felipe V, el Animoso, es primo del rey de Francia —contestó él con un suspiro.
 - —¿Es muy alegre? —dije refiriéndome al apodo.
 - —No, todo lo contrario. Está aquejado de graves periodos de melancolía.
 - —Ah, no lo sabía.
- —Ya me he dado cuenta, ¿quién es el rey de España en el año en que vivías? —observé cómo evitaba decir la cifra. Contesté sin vacilar.
 - —Juan Carlos I.
 - —¿Quién es el Papa? —preguntó otra vez.
 - —¿El Papa? No tengo ni idea —respondí.
 - —Benedicto XIV.
- —Vaya, en el año dos mil diez era Benedicto XVI —contesté sorprendida por la coincidencia.
 - —El rey de Francia.
- —Algún Luis, XIV, o Luis XV. Luis XVI no porque será el último rey de Francia. A partir de él se instaurará la República —contesté.
 - —¿República? —contestó con voz ahogada.
- —Sí —repliqué—, Revolución Francesa. Es demasiado largo de contar, pero si quieres saberlo intentaré explicártelo. Todavía quedan unos años para que comience.
 - —No, no es necesario —repuso él.
- —No me preguntes por más reyes, porque te aseguro que mis conocimientos de Historia Europea son bastante escasos —dije.
 - —En Escocia, en tu tiempo, ¿habrá un rey escocés?
 - —No, Escocia e Inglaterra estarán unidas y habrá una reina, Isabel II.
 - —No quiero saber más —dijo.
 - —Lo siento —contesté.
- —No tienes por qué sentirlo, *mo anam*, soy yo el que debe pedirte perdón. Ahora empiezo a entender tu comportamiento y tu forma de ocultar tu pasado. Y siento el haberte presionado una y otra vez para que me lo confesaras, sabiendo ahora lo doloroso que es para ti el estar tan lejos de tu familia. —Suspiró sobre mi pelo.
- —Bueno, tuve una persona que me ayudó desde el principio —dije contra su pecho. Él me abrazó con fuerza.
 - —¿Qué piensas hacer conmigo, Connor? Ahora que lo sabes todo, si vas

a entregarme, intentaré comprenderlo, pero déjame antes que intente regresar a mi mundo, por favor —le supliqué.

- —¿Entregarte? No lo había pensado ni por un instante. Haré lo que vengo haciendo desde que te conozco, protegerte lo mejor que puedo. Y el saber quién eres de verdad me ayudará para que sepa hacerlo mejor de lo que he hecho hasta ahora —susurró. Levantó mi rostro con las dos manos y me besó con delicadeza.
- —De momento sigo viva, que, con los acontecimientos pasados, es toda una proeza —contesté aliviada en un susurro apagado contra su amplio pecho.

Permanecimos abrazados largo rato, mientras me consolaba susurrándome al oído palabras en gaélico dulces y suaves.

- —En el fondo siempre lo supe, lo vi en tus ojos, y solo cuando estamos solos me atrevo a pronunciarlo, porque eres mía, y por algo Dios te ha enviado a mí —dijo como para sí mismo.
 - —¿Pronunciarlo?
- —Sí, porque tú eres *mo anam* —dijo, llamándome como tantas veces me había llamado anteriormente.
 - —¿Qué significa?
 - —Mi espíritu, mi alma —contestó.
 - —¿Crees en los fantasmas? —le pregunté incrédula.
- —Claro, soy escocés —contestó—, además, ¿no deberías tú misma creer en ellos?
- —Bueno, ahora que lo dices, quizá tengas algo de razón. —Una leve sonrisa curvó mis labios.
 - —Quiero hacerte el amor, ¿me dejas, *mo anam*? —preguntó suavemente.
- —¿Alguna vez te lo he negado? Lo extraño es que lo preguntes contesté ahora riéndome de veras.
- —Quiero amarte, porque entonces tu alma y tu cuerpo son solo míos, y yo soy solo tuyo. —Diciendo eso me besó con cuidado al principio y con pasión cuando comprendió que yo le correspondía.

Me tendió en la cama y me hizo el amor como únicamente un hombre fuerte puede hacerlo cuando sabe que su mujer está herida de muerte. Con tiernas caricias y besos fue desarmando los restos de dolor de mi corazón, llevándose con su pasión toda la oscuridad de mi alma.

Desperté varias horas después arropada por su abrazo y su calor, todavía en la oscuridad de la noche. Supe que estaba despierto. Bueno, era lógico,

después de lo que le había confesado, tenía mucho que pensar.

- —*A ghràidh?*
- —¿Sí?
- —No te he dicho otra de las razones por las que me casé contigo.
- —Oh, ya te dije que no quiero saberlas.
- —Esta sí querrás conocerla.

Me volví para mirarlo a la cara.

- —Dime.
- —Cuando me enviaron a vivir aquí, tenía siete u ocho años, no lo recuerdo muy bien, solo sé que no quería venir, pero que mi abuelo me obligó porque el viejo Hamish reclamó su derecho a educarme y me aceptó como uno de sus hijos, un bastardo, pero hijo al fin y al cabo. Yo no me adaptaba a la vida del castillo, era pequeño para mi edad y estaba bastante retrasado en estudios y ejercicios de lucha respecto a mi hermano y otros niños de mi edad. Además, tenía un problema añadido: me daba miedo la oscuridad. Mi abuelo me solía contar que me despertaba gritando en medio de la noche y que tenía que encender varias velas y quedarse conmigo hasta que volvía a dormirme. Eso aquí no lo comprendieron, así que vo también sufrí mi castigo. Me obligaron a pasar una noche a la intemperie, completamente solo y bastante alejado del castillo para que no pudiera ver sus luces. Estaba completamente aterrorizado, y cualquier sonido me sobresaltaba. Entonces vi un fantasma, el primer y único fantasma que he visto en mi vida. Era una niña, vestía con pantalón y camisa, con un curioso dibujo de un cervatillo. La niña se acercó a mí y me dijo que no debía tener miedo de la oscuridad, que los verdaderos peligros se mostraban a la luz del día, y que tenía que estar atento y ser valeroso para conocerlos y enfrentarme a ellos. Hablaba sin mover la boca, pero yo la entendía. Le pregunté cómo se llamaba, y ella me dijo que tenía nombre de reina. Intenté sujetarla por el brazo para que no se fuera, no sentía miedo a su lado, solo paz, pero se desvaneció a mi contacto. Creí que lo había olvidado hasta que te vi a ti en Edimburgo.
 - —Era *Bambi* —le contesté con voz trémula.
 - —¿Quién?
- —El dibujo de la camisa de la niña, era mi pijama favorito. *Bambi* es la historia de un cervatillo al que le matan a su madre unos cazadores, y que acaba siendo el rey del bosque. Era una de mis historias favoritas, mi madre solía contármela antes de acostarme. ¿Por qué no me lo dijiste

antes?

—Porque no podía, creí que si te lo contaba pensarías que estaba loco. No reconocía las ropas ni la forma de hablar de esa niña, y cuando vi tu rostro y tu acento, comprendí que eras la misma persona. Durante años fuiste mi refugio en las noches oscuras, hasta que un día lo olvidé. Y de repente, donde y cuando menos lo esperaba volviste a aparecer, como una mujer hermosa y decidida, con nombre de reina. —Su voz era dulce y pausada.

Yo lo besé con calidez, en parte asustada por la historia que me acababa de contar, y en parte sintiendo que estábamos unidos de una forma inexplicable a través del tiempo.

- —¿Me recuerdas? —preguntó con algo de pena en su tono de voz.
- —No, pero sé que era yo. Tenía que ser yo —suspiré contra su pecho aspirando su aroma a madera y bosque, y me apoyé en él sintiendo el latir de su corazón, hasta que volví a quedarme dormida, acunada por su ternura.

Desperté con las primeras luces del amanecer, cómodamente apoyada en Connor, me quedé quieta para no despertarlo. La habitación estaba helada, ya que el fuego se había apagado hacía ya varias horas, sin embargo nuestro refugio en la cama era cálido y acogedor. Connor resopló en mi oreja. Yo me volví sorprendida.

- —¿Es que no duermes nunca?
- —Contigo en la cama es en lo último que pienso —contestó esbozando una sonrisa sensual y acariciándome un pezón como al descuido.

Agaché la cabeza y le besé en el pecho, pasé mi mano por su torso desnudo y escuché un pequeño gemido. Me retraje y observé con atención. Tenía amoratada toda la zona debajo de su pectoral izquierdo.

- —¿Qué es esto? —pregunté señalándole con un dedo.
- Él se encogió de hombros.
- —Hamish pelea bien —sonrió con suficiencia—, pero no mejor que yo.
- —¡Hombres! —mascullé entre dientes.
- —Y eso lo dice mi dulce y obediente esposa que solo hace cuatro días estaba tirada en el suelo atizando golpes a su cuñada.
 - —Nunca dije que fuera precisamente dulce —exclamé algo ofendida.
- —Ni obediente, sin duda —repuso él atrapándome con su mirada verde esmeralda.
 - --«... y Dios les prometió a las mujeres que los maridos buenos y

obedientes se encontrarían en todos los rincones de la Tierra...» —cité el Génesis.

- —¿Y? ¿No es acaso cierto? —preguntó él sorprendido.
- —No, porque luego procedió a hacer la Tierra redonda, ¡no te fastidia!
 —exploté.

Él rio llenando el silencio de la habitación.

- —Bueno, *mo anam*, yo tampoco te dije nunca que fuera un marido bueno y obediente.
 - —Lo eres —contesté—, ¡al menos la primera parte!
- —Ven aquí, mi dulce esposa, que te voy a enseñar cómo ser obediente —dijo atrayéndome hacia él y besándome con pasión. Y yo obedecí siendo por primera vez en mi vida dulce y sumisa.

Algún rato después, cuando nuestros corazones volvieron a latir con normalidad, hizo la pregunta que yo sabía que deseaba hacer desde la tarde anterior.

- —¿Querías volver a Edimburgo?
- —No —contesté—, en esa casa ya no me queda nada. —Le expliqué que lo que en el siglo XVIII era un famoso burdel, en el siglo XXI era una casa pintoresca convertida en una sala de fiestas improvisada.
 - —Dijiste que estabas con un hombre, ¿era tu esposo?
- —Mi ex marido —remarqué—, no, no lo era. Era un joven inglés con el que estuve casi toda la noche, ambos nos gustamos y subimos al desván a tener un poco de intimidad.

Aquello no le gustó nada, lo noté por su actitud, se puso tenso y se apartó un poco de mí. Después de todo lo que le había confesado, ¿se preocupaba por esa nimiedad?

- —¿Te entregaste a él? —preguntó roncamente.
- —No. Ya te dije que solo había habido un hombre antes que tú. Sin embargo, si la caída no nos hubiera interrumpido probablemente hubiera habido más que palabras —susurré. Quería que entendiera que mi mundo era muy diferente al suyo. Que las relaciones no se basaban en la simple obediencia, sino en la atracción mutua y, si tenías suerte, en el amor.
- —Ese no es un comportamiento adecuado para una dama —repuso resoplando.
- —Tampoco dije que fuera una dama, pero te aseguro que soy mucho más sincera que cualquiera de ellas, y si prometo algo lo cumplo —dije recordando mis promesas nupciales—, y tú precisamente no creo que seas

quién para criticar mis acciones, ya que estoy completamente segura de que has tenido más de una, o dos, o tres amantes a lo largo de estos años. —Callé y observé su rostro, que se había vuelto pétreo.

- —¿Más? —exclamé sintiendo un ramalazo de celos que estrujaron mi vientre.
- —Hummm —se limitó él a contestar, haciendo que el sonido brotase de su pecho como un pequeño gruñido de afirmación.
 - —¿Cuántas? —pregunté con un hilo de voz.
- —Un caballero no habla de sus conquistas, y menos con su esposa repuso tranquilamente.
 - —Nunca dijiste que fueras un caballero —contesté yo enfurecida.
- —Pues lo soy. —Mostró una sonrisa de oreja a oreja. Yo sentí unos irrefrenables deseos de romperle todos los dientes y me di la vuelta. No sirvió de nada, me volvió a coger de la cintura y me giró para tenerme frente a él—. También soy un hombre leal y honesto, y cumplo mis promesas —sonrió sinceramente al decirlo—. De todas formas —añadió —, no me has dicho dónde te proponías ir.

Buena forma de esquivar el tema principal. Un tanto para él.

- —Quería ir a la chabola de la bruja —contesté. Le conté cómo me había abordado esa mujer y que yo sentía que sabía algo sobre mí que no había dicho que me podría ayudar en mi regreso.
 - —Esa mujer está loca, *mo anam*, no creo que pueda ayudarnos —repuso.
- —Sí —contesté yo—, pero ¿no es todo esto una locura en sí misma? Si esa mujer puede ayudarme, por lo menos tengo que intentarlo. Si no, no sé qué va a ser de mí. Cada vez siento más cerca de mí a la mujer francesa, como si quisiera recuperar su cuerpo, y tengo miedo de que lo consiga antes de que yo sepa cómo recuperar el mío.
- —Está bien —concedió—, déjame unas horas para preparar nuestra partida. —Diciendo eso se levantó y se vistió—. Procura no salir hasta que regrese, enviaré a alguien con comida —dijo antes de salir por la puerta.

Respiré aliviada, mi castigo por fin había terminado.

En el que confieso y me confiesan

Connor regresó unas dos horas después, o al menos eso creía, era difícil medir el tiempo, sobre todo cuando el sol no se dignaba aparecer en el cielo en todo el día. Muchas veces me descubría mirando mi muñeca izquierda como si milagrosamente fuera a aparecer un reloj. De hecho el único reloj que había visto en el castillo era una pequeña obra de arte bávara que colgaba de una de las paredes del despacho del *laird*. Tampoco creía que le hicieran mucho caso. En ese tiempo la gente se movía por impulsos, al amanecer a trabajar, cuando tenían hambre a comer, cuando estaban cansados a descansar. Para mí era un pequeño suplicio no saber cómo rellenar la mayoría de las horas del día, normalmente mi vida solía estar planeada al milímetro. Se regía por horarios de entrada, de reuniones, de cierre, de descanso... Añoraba incluso la televisión para llenar esos momentos muertos. Aunque tampoco había tenido mucho tiempo para pensar en ello. De repente imágenes de películas, series, programas inundaron mi cerebro sintiendo una tremenda añoranza por la comodidad de mi vida anterior. Desde luego no se aprecia lo que se tiene hasta que se pierde. Con un simple botón calentabas tu casa, encendías una luz, lavabas la ropa, la secabas... Ahora todas esas tareas implicaban un gran gasto de tiempo y un considerable esfuerzo.

- —Ya está todo preparado, ¿tienes algo que llevarte? —preguntó distrayendo mis pensamientos.
 - —Solo la caja que me regalaste —señalé.

Él la miró y sonrió, luego se acercó a mí y cogió mis manos. Las volteó dejando las palmas extendidas frente a su rostro. Chasqueó la lengua y cogió un paño que empapó en agua limpia. Las limpió con cuidado y luego las vendó, besándome las muñecas cuando terminó. Yo lo observé todo con un extraño brillo en los ojos. Sus manos grandes y encallecidas podían ser muy suaves cuando se lo proponía.

Me tendió una mano para ayudarme a levantarme de la cama y salimos de la habitación. ¡Por fin! Y del castillo, ¡gracias a los dioses!

Nos encontramos con alguna mirada curiosa, pero nadie se acercó para despedirse, excepto Liam, que cuando montamos en el frisón de Connor apareció a nuestro lado sorprendiéndonos a ambos.

- —Ten cuidado, hijo —dijo haciéndole un gesto con la cabeza.
- —Lo tendré —contestó Connor.
- —Y tú, preciosa, espero verte pronto —me sonrió con dulzura.

Yo asentí, sin atreverme a contestar. Lo más probable es que jamás volviera a verle, pero sin duda lo recordaría con cariño.

Cuando perdimos de vista la silueta del castillo, la curiosidad de Connor se volvió insaciable, me llenó de preguntas sobre mi tiempo, sobre mi vida y mi familia. Yo contesté a cada una de ellas intentando explicar lo mejor que podía los aspectos técnicos. Tuve especial cuidado en omitir los detalles de la rebelión, ya que él parecía evitarlos también. Lo que más le gustó fue mi explicación de los edificios, le comenté cómo ciudades que ahora no existían se convertirían con los años en grandes urbes. Me preguntó cómo era posible que no supiera montar a caballo, y entonces llegó el turno de explicarle las máquinas, le describí trenes, coches e incluso los aviones.

- —¿Vuelan? —preguntó totalmente extrañado.
- —Sí, por el cielo —contesté sonriendo. Él me miró entrecerrando los ojos.
- —No lo entiendo, me has dicho que pesan toneladas y que incluso llevan a más de cien personas en su interior, ¿cómo es eso posible?
- —Pues la verdad no tengo ni idea, me imagino que será por la inercia, la velocidad... No sé, algo así —expliqué sin mucha convicción.
- —¿Y tú te has montado en una de esas máquinas sin saber cómo son capaces de volar? —preguntó incrédulo.
- —Muchas veces. Las distancias se acortan mucho. En ocho horas puedes estar en la costa este de Estados Unidos, las colonias —expliqué.
 - —Eso es imposible.
 - —No lo es. He volado mucho, me gustaba mucho viajar —dije.

Paramos a comer y continuó el interrogatorio, y después durante varias horas más hasta que mi mente estuvo tan cansada y confusa que me quedé dormida explicándole lo que era un ordenador.

Desperté cuando noté que el caballo paraba su balanceo.

- —¿Qué ocurre? —pregunté desorientada.
- —Ya hemos llegado. —Su tono de repente se había vuelto impersonal, distante, y comprendí que había estado todo el camino distrayéndome para que no pensara en mi encuentro con la mujer.

Bajó de un salto y me ayudó a bajar. Estábamos en la cima de una pequeña colina. Una formación rocosa se erguía a nuestra derecha, tres láminas de piedra de más de tres metros cada una, sosteniéndose sobre su simple apoyo cada una en la otra.

- —¿Esta es la chabola de la bruja? —pregunté acercándome con cuidado. La abertura era de un metro más o menos y la profundidad igual.
 - —Sí —contestó simplemente él.

Yo metí mi cabeza dentro de las rocas y la saqué un segundo después.

- —Aquí no vive nadie —exclamé frustrada.
- —No, ahí no. Pero ahí sí —dijo señalando una pequeña casa de piedra a unos veinte metros oculta bajo unos árboles.
 - —Entiendo —dije, sintiéndome algo estúpida.

Me quedé parada. Por un momento mis pies se negaron a dar un paso. Miré a Connor quieto a mi lado, miraba al horizonte como si viera algo que a los ojos de los demás estaba oculto. Tuve miedo, pero no por regresar, sino miedo de perderlo a él.

- —No hay nadie —dijo volviéndose de repente hacia mí.
- —¿Ah, no? —pregunté sintiéndome por un momento aliviada.
- —No. No sale humo de la chimenea, y la casa parece abandonada desde hace tiempo. Esa mujer suele pasar largas temporadas perdida en los bosques. Es posible que ahora se encuentre cerca de aquí. ¿Quieres que intente buscarla? —preguntó con voz firme y completamente serio.
 - —No —respondí yo. ¿No?, pero si lo estaba deseando.
 - —¿Por qué, *mo anam*? —Su voz se había vuelto suave.
 - —Será mejor esperar hasta que regrese, ¿no crees? —pregunté.
- —Eso es algo que tú debes decidir. Estoy a sus órdenes, señora contestó. En sus palabras no había burla, solo ternura.
- —Prefiero esperar a que regrese —respondí dándome la vuelta. De repente el aire se volvió opresivo y hasta me dificultaba la respiración. Allí en ese pequeño claro había algo, algo demasiado familiar y a la vez algo desconocido. Sentí deseos de salir corriendo.

Connor notó mi turbación y sin decir más me llevó junto al caballo y volvimos a montar.

Seguimos camino en silencio mientras la oscuridad nos iba cubriendo. Yo estaba a punto de quedarme dormida otra vez, cuando una maldición en gaélico hizo que levantara la cabeza de un golpe.

- —¿Qué ocurre? —pregunté mirando alrededor asustada. No podía ver más de un metro, todo era oscuro y tenebroso.
- —Me he perdido —contestó Connor. Lo dijo con tal tono de frustración que yo me eché a reír.
 - —¿Qué te hace tanta gracia?
- —No es porque te hayas perdido, sino por tu tono molesto. Yo no sería capaz de orientarme ni con un GPS —señalé.
 - —¿Un GPS?
- —Sí, es parecido a una brújula pero más preciso, bueno, en ocasiones contesté.
- —Jamás me he perdido, ni he necesitado brújulas para orientarme. He vivido en estas tierras toda mi vida —repuso molesto.
 - —¿Y qué hacemos?
- —Acamparemos aquí. No quiero adentrarme más en el bosque, puede que no sea seguro —dijo escrutando la noche.
 - —Está bien —dije saltando del caballo.

Connor me siguió y encendió un pequeño fuego. Comimos algo de pan con queso y bebimos de la cerveza que traía del castillo. Me indicó que durmiera, pero yo estaba helada, así que prácticamente lo obligué a que se tendiera a mi lado, y como siempre que nuestros cuerpos se juntaban, una cosa llevó a la otra y...

Desperté con un grito. Algo había saltado sobre mí. Un animal. Abrí los ojos desorientada. Un lobo. Era un lobo. Connor se había puesto en cuclillas y ya tenía la daga en una mano, sin embargo el lobo se acercó a él, lo olisqueó y de repente le dio un lametón en toda la cara. Estaba tan sorprendida que no me di cuenta de que varios hombres nos rodeaban.

—Connor —susurré—, estamos rodeados, y un lobo te está lamiendo la cara. ¿Me lo puedes explicar?

Él apartó al animal con fuerza, y este aulló haciendo que yo volviera a gritar. Uno de los hombres me cogió y me sujetó con fuerza. Connor se levantó al instante.

- —Colum, suéltala, es mi esposa —dijo tranquilamente.
- —Grgsgrg —dijo el hombre que me sujetaba como toda respuesta, pero sus manos me soltaron los brazos.

Un hombre mayor se acercó y nos observó con interés.

- —Así que es cierto lo que dicen los rumores.
- —Lo es —contestó divertido Connor—, Genevie, te presento a Kendrick, el guarda de mi hogar, *Mo Pròis*. —Ya entendía algunas palabras en gaélico y, si no me equivocaba, significaba «Mi Orgullo», curioso nombre para una casa.
 - —¿Tu hogar? Yo creía que volvíamos al castillo —dije.
- —Es un honor para mí recibirla en nuestras tierras, milady —dijo el hombre haciendo una pequeña reverencia.

Yo lo imité con bastante menos gracia que él.

Otro hombre más joven se acercó.

- —¡Gracias a Dios, por fin has regresado! Por tus misivas creímos que no deseabas salir de las faldas de esa francesa... —dijo sonriendo. El hombre mayor le dio un codazo en las costillas haciéndolo callar.
- —¡Francesa! ¿Quién es esa francesa que te tenía tan obnubilado? pregunté con furia.
- —Nadie, Genevie, no era nadie de importancia. —Su tono era brusco y noté que si hubiera podido convertir al hombre en piedra lo habría hecho.
- —¿Y estos hombres quiénes son? —pregunté señalándolos—. ¿Nadie de importancia también?
 - —No, ellos son mi clan.
 - —Claro —dije sin entender nada.

Kendrick habló otra vez.

—MacIntyre, te has vuelto descuidado con el tiempo. Llevamos aquí bastante rato. Desde luego no es que hayáis sido precisamente discretos, os habéis hecho oír como una manada de vacas enfurecidas —sonrió hacia mí.

¡Mierda!, mascullé mientras enrojecía, tenía que aprender a controlarme un poco mejor. ¿Vacas enfurecidas? Ahora aparte de avergonzada me sentía también insultada.

Iba a protestar, pero Connor previéndolo me sujetó de un brazo. Yo me mordí un labio y agaché la cabeza.

- —¿Se puede saber qué hacéis tan lejos del hogar? —preguntó Connor.
- —Oh, hemos salido a una pequeña excursión nocturna. —Las risas de los hombres nos rodearon.
 - —¿Grant? —preguntó Connor.
 - —MacKenzie —contestó Kendrick.
 - —¿MacKenzie? No le hará ninguna gracia. ¿Cuántas son? —volvió a

preguntar.

Pero ¿de qué hablaban?

- —Solo unas diez, pero tiene tantas que no lo notará hasta pasado un tiempo. Para entonces ya las habremos hecho desaparecer convenientemente —respondió con tranquilidad Kendrick.
- —Os dejé muy claro que no quería incursiones mientras yo estuviera fuera —repuso Connor enfadado.
- —Sí, hijo, sí, pero los jóvenes en el invierno no tienen mucho que hacer y se aburren, necesitan algo con lo que entretenerse. Ya veo que tú en eso no has perdido el tiempo, pero los pobres... —Señaló a los hombres del clan.

A mí no me parecían ni jóvenes, ni pobres, ni aburridos, más bien eran guerreros armados que estaban disfrutando de lo lindo con la experiencia de robar ganado a un clan vecino.

Nos invitaron a unirnos a ellos y recogimos lo poco que teníamos para seguirlos. Habían acampado no muy lejos de allí. Eran unos ocho hombres ataviados con el tartán de los MacIntyre. Todos saludaron a Connor con respeto. Al poco nos tumbamos a dormir unas pocas horas antes de que amaneciera.

- —Connor.
- —Hummm —contestó adormilado.
- —Aparte de ser un espía, un comerciante, un arquitecto, un soldado, el hijo bastardo de uno de los clanes más importantes de las Highlands, ¿eres algo más?
 - —Sí, soy su *laird*. Lo que quiere decir que tú eres su señora.
 - —¡Ay, Dios! —exclamé—, y ¿qué se supone que tengo que hacer?
- —Solo permanecer a mi lado, *mo anam*. Simplemente eso —susurró a mi oído.

Desperté con el ruido de los hombres al desperezarse y el mugido de las vacas robadas a nuestro alrededor. Connor ya estaba levantado y ayudaba a despellejar unos conejos, que nos servirían como desayuno. Los miré con algo de asco. Otra de las cosas que añoraba eran los supermercados, esas grandes extensiones donde podías encontrar cualquier cosa que deseases, convenientemente limpia y deshuesada.

No obstante, cuando el olor a carne asada llenó mis fosas nasales me senté junto a Connor y comí con avidez. El lobo también se había tumbado al otro lado de mi marido y él le entregaba pequeños huesos con restos de carne.

- —¿Tienes un lobo como mascota? —le pregunté.
- —No es un lobo, es un *cù*, un pastor alemán —contestó.

Yo lo observé, me parecía igual de amenazante que un lobo.

- —¿No tenéis perros en vuestro tiempo? —preguntó en castellano y en voz baja.
 - —Sí, pero suelen llevar bozal —contesté.

Me miró totalmente horrorizado. La verdad es que no tenía ni idea de la imagen del futuro que podía haberse creado en su cerebro, pero eso me daba una idea.

- —Algunos, no todos. Solo los peligrosos.
- —*Stoirm* no es peligroso. Además creo que le gustas —sonrió. El perro se había acercado a mí y me extendía el hocico buscando más comida. Yo le ofrecí con una mano temblorosa un trozo de la pata de un conejo y él se apoyó en mis faldas a masticarlo. Lo miré asustada y con miedo de moverme, hasta que vi la risa bailar en los ojos de Connor. Entrecerré los míos y le saqué la lengua, lo que hizo que él riera con ganas.

Después de recoger los restos, montamos en los caballos y nos dirigimos al hogar de Connor. Me esperaba un castillo más pequeño que el de los Stewart, pero al subir una pequeña elevación quedé totalmente sorprendida. Al pie de la colina, rodeada por montañas nevadas, había una casa de piedra gris, de tres pisos con el tejado de pizarra inclinado, una casa fuerte y robusta, construida para la dura vida en las montañas. Pequeñas luces titilaban en las ventanas y brotaba humo negro de las numerosas chimeneas. Al fondo se veía un pequeño lago, y un riachuelo a la izquierda que moría en las aguas negras. Parecía una estampa de una postal navideña. Y me recordó mucho a las construcciones de mi tierra.

Me emocioné y no sabía muy bien por qué, pero sentí que aquel era mi hogar también. Connor me abrazó y me besó en la coronilla, como si hubiese adivinado mis pensamientos. Yo le apreté la pierna con una mano en señal de entendimiento.

Bajamos al trote y llegamos en unos minutos hasta la puerta de la casa. Al escucharnos llegar salieron varias personas a recibirnos. Dos doncellas bastante jóvenes que miraban azoradas a Connor, un hombre mayor apoyado en un bastón y una anciana que se apoyaba en el hombre.

Connor se bajó del caballo y abrazó a ambos. Supuse que eran sus abuelos. Busqué algún rasgo identificativo, pero salvo los ojos verdes del

hombre, iguales a los de su nieto, Connor seguía siendo un Stewart.

- —*Ciamar a tha thu mo cridhe?* —Los ojos de su abuelo se iluminaron con lágrimas no derramadas.
- —Thag mi gu math, seanair màithreil —contestó Connor con amplia sonrisa.
- —Así que te has casado, pequeño bribón —exclamó su abuelo dándole un pequeño pescozón—, no sabes lo triste que has dejado a tu abuela, que no ha podido preparar un enlace en condiciones.
- —Todo fue precipitado, abuelo —contestó él escapando de un tirón de orejas.

Yo sonreí, hasta que vi la mirada de su abuela posada en mí. Más bien posada en mi vientre completamente plano.

Su abuela se acercó y le preguntó algo en gaélico susurrando.

Connor enrojeció hasta las orejas.

- —No, abuela, no ha sido por eso —contestó él.
- —Y bien, ¿qué razones ha habido para que tus propios abuelos se tengan que enterar por un simple mensajero de tu enlace? —exclamó ella en inglés con voz cascada.
- —Ya os las explicaré dentro y con calma, y si puede ser con un guiso caliente y una jarra de cerveza —sonrió a su abuela, y noté cómo esta se deshacía ante su nieto.
- —Pues yo veo dos importantes razones —expuso su abuelo mirándome el corpiño. Yo en un reflejo me crucé las manos sobre los pechos, lo que provocó que él emitiera una carcajada cascada y ronca por la edad.

Entramos y el calor del hogar nos recibió. Pasamos directamente a la cocina, donde otra mujer mayor se afanaba en amasar pan. Connor me la presentó como la esposa de Kendrick. Ambos se ocupaban de las tierras mientras Connor estaba en uno de sus numerosos viajes.

—Comeréis aquí —dijo su abuela—, no quiero que manchéis el salón ni el resto de la casa con barro y lo que quiera que traigáis con vosotros. Observó mi pelo desgreñado y probablemente adornado con alguna hoja y rama pegada por dormir en el suelo.

Comí en silencio, mientras Connor les explicaba todas nuestras aventuras. Bueno, me imaginé que omitió algunos detalles importantes, como que los ingleses me buscaban para ahorcarme. Lo hizo en gaélico y deprisa. Yo lo observaba con curiosidad. Estaba completamente relajado, mucho más que en el castillo de los Stewart, no dejaba de mirarme y me

instaba a sonreír a cada comentario, como si yo pudiese entender algo.

Su abuela me observaba a mí y a Connor como en un partido de tenis. Si por lo general las suegras no se me daban bien, me temía que las abuelas tampoco, al menos esta en particular. Porque en realidad esta tenía más de madre que de abuela. Había criado a Connor de niño, hasta que el viejo Hamish se lo arrebató de su lado, y ahora que había vuelto a casa era yo la que se lo había quitado. Le sonreí intentando demostrarle que no suponía ninguna amenaza, pero su gesto serio no me devolvió la sonrisa.

Al poco nos instaron a que subiéramos a la habitación, en la que habían preparado una bañera para nuestro aseo mientras comíamos.

Me desvestí y me metí en la bañera mientras Connor me observaba. Emití un suspiro de agradecimiento al sentir el agua caliente en mis músculos doloridos. Él se desvistió y se metió conmigo dejándome apoyada entre sus piernas. Me masajeó el cuello dolorido y me enjabonó el pelo con pericia. Me pregunté si ya lo había hecho antes con otras mujeres. Mi instinto me decía que sí, y mis celos amenazaban con brotar de nuevo, hasta que sentí que sus caricias pasaban a otros lugares más sensibles.

—Connor. —Lo paré sujetándole una mano.

Él se quedó quieto.

- —No podré darte hijos. Después de que mi hija muriera no pudimos volver a concebir, y eso destrozó mi matrimonio, ¿lo sabes, verdad? susurré con voz entrecortada. Me dolía a mí más que a él.
- —Lo sé, *mo anam*, pero también me has dicho que este cuerpo no es el tuyo, así que puede que sí que puedas concebir, ¿no lo has pensado? —Sus caricias siguieron.

¡Dios! No, no lo había pensado, y una emoción que creía enterrada hacía mucho tiempo comenzó a aflorar como una esperanza. Sin embargo, era imposible, no podía abandonar este cuerpo sabiendo que dejaba en él un hijo de Connor.

—No, no lo pienses, Connor. Es imposible. Tengo que regresar a mi tiempo, y hacerlo sabiendo que podría estar embarazada sería demasiado cruel. —Respiré con fuerza sintiendo que me faltaba el aire.

Él no dijo nada. Simplemente se levantó, se secó y se vistió con otra ropa limpia. Salió en silencio de la habitación, pero su furia quedó clara cuando dio tal portazo que un cuadro que colgaba de la pared se tambaleó.

Sintiéndome súbitamente triste, me levanté y me puse un camisón. Cepillé mi melena enredada, y cuando estuvo seca me acosté en la cama. Sola.

Desperté en medio de la oscuridad sintiendo cosquillas en mi vientre. Me retorcí entre sueños, y el aleteo de mil mariposas se hizo más intenso. Abrí los ojos y lo vi besando mi pecho. Me había subido el camisón, que ahora tenía enrollado en mi cuello como una bufanda. Lo miré con curiosidad y emití un gemido involuntario. Él parecía ajeno a todo.

—*Mo anam*, no puedo apartar mis manos de ti. Cuando no te tengo cerca mis dedos hormiguean con la necesidad de tu contacto, y cuando estoy entre tus piernas, siento que puedo perderte y tengo que poseerte con fuerza hasta hacer que esa sensación desaparezca. No puedo evitarlo. Contigo no. —Pero no hablaba para mí, hablaba para él, mientras hacía exactamente eso.

Me arqueé al sentir sus dedos en mi entrepierna.

—A Dhia! Tha gaol agam ort.

No entendía nada, pero no me hacía falta. Sus caricias se recrudecieron y su fuerza se intensificó. Quería poseerme, con brusquedad, demostrándome su superioridad sobre mí, pero a la vez con infinita dulzura, como si temiera que me fuera a romper. Atrapé su boca y jugué con su lengua, mientras deslizaba mis manos por su cuerpo fuerte y esbelto. Abrí mis piernas para recibirlo, y cuando lo sentí dentro de mí me arqueé queriendo más, queriendo romperme entre sus brazos, hasta que sentí que mi vientre se contraía en un violento orgasmo que hizo que ahogara un gemido contra su hombro, mientras respiraba entrecortadamente su olor a jabón sintiendo la suavidad de su piel contra mi rostro.

Desperté al escuchar movimiento en la habitación. Connor se había levantado y estaba afeitándose frente al enorme ventanal. La luz entraba y quedaba atrapada por su pelo creando reflejos dorados. Tenía un pequeño espejo sujeto con la mano izquierda y la parte inferior del rostro cubierto por jabón. El olor me llegó con claridad. Lirios. Estiró su largo y musculoso cuello y comenzó a rascar con cuidado y destreza de abajo arriba. Escuché el raspar del cuchillo contra su piel desde mi refugio en la cama. Él, ajeno a mi escrutinio, paró y se apartó un mechón del rostro molesto, metiéndoselo tras la oreja. Este, rebelde, se deshizo y volvió a caer en una ondulación rubia. Sonreí. Sentí un deseo enorme de sujetar el mechón de pelo grueso y rebelde entre mis manos. Suspiré a mi pesar. Connor sorprendido se volvió.

—¿Te he despertado, mo anam? —dijo sonriendo.

- —Ah... no —contesté sintiendo que me ruborizaba. ¿Ruborizaba? Había visto mil veces afeitarse a Yago y jamás había sentido tanto erotismo centrado en un simple gesto como aquel.
- —Bien. Puedes seguir durmiendo. He dado orden de que nadie te moleste. Supongo que estarás bastante cansada —repuso él volviendo a la tarea y ajeno a mi turbación.
 - —Ajá —susurré yo, observándolo atentamente.

Terminó en unos minutos, se aclaró los restos de jabón con agua y se secó. Antes de irse me besó en los labios con calidez, y yo me rocé contra su piel suave y olorosa. Me volví cuando salió en silencio dispuesta a dormir, pero no pude, la cama era tan grande y estaba tan vacía sin su presencia que me fue imposible. Finalmente me levanté y al ir a buscar mi vestido gris, encontré otro similar, aunque de lana más oscura. Junto a él habían dejado unas medias y unos pequeños escarpines. Me vestí, y bajé a la cocina. La estructura de la casa era sencilla y funcional, una sola escalera comunicaba el piso de abajo con las habitaciones del piso superior. Las paredes en piedra canteada estaban lisas y cuidadas, el suelo era de madera oscura pulida. Podía considerarse moderna, bueno, todo lo moderna que podía ser una casa del siglo XVIII. Nuestra habitación era amplia, pero cálida. Me gustó mucho más que el castillo, con todos los lujos que este podía ofrecer.

Entré en la cocina y vi a la esposa de Kendrick afanándose junto a la chimenea. Se levantó nada más verme. Me saludó con una pequeña reverencia. Yo, extrañada, se la devolví, a lo que ella me miró todavía con más extrañeza. No estaba acostumbrada a que me trataran como alguien especial y eso me ponía algo nerviosa.

- —¿Quiere que le prepare algo y se lo lleve al salón, milady? —preguntó.
- —Oh, no será necesario, y por favor, mi nombre es Ginebra —dije.
- —Claro, milady, ¿desayunará aquí entonces? —Si su rostro ya no mostraba sorpresa, sus palabras sí.
- —Sí, cualquier cosa servirá —dije viendo la mesa central repleta de viandas—. Gracias —dije, y me senté en uno de los taburetes de madera, cogiendo un pequeño pastel.

Ella siguió con sus quehaceres y yo me centré únicamente en desayunar. Sin embargo, el chorreo de gente entrando y saliendo llevándose comida era incesante. Conocía de sobra la hospitalidad escocesa, pero hasta a mí me parecía excesivo. Cuando terminé quise recoger mi plato y mi vaso,

pero la esposa de Kendrick me lo impidió.

- —No, milady. Ese es mi trabajo —repuso arrancándolos de mi mano.
- —Está bien, pero mi nombre es Ginebra, no milady. Me gustaría que me llamara así —contesté sonriendo.
- —De acuerdo, milady —respondió y se volvió para continuar con su trabajo.

Yo suspiré fuertemente y salí de la cocina. No veía a Connor por ningún sitio, así que me dirigí al salón, con la única intención de esperar su regreso. Y si además conseguía no meterme en más problemas, el día sería completo.

El salón, como el resto de la casa, era amplio y cálido. La chimenea estaba encendida y había varios sillones tapizados en terciopelo, con los brazos algo desgastados, y un pequeño sillón para dos o tres personas. Las paredes estaban cubiertas por estanterías llenas a rebosar de libros y recuerdos, y había un pequeño tapiz tejido en lana en el único sitio libre. Me paré a observarlo, era como una fotografía de la casa y los alrededores, bordado con todo cuidado y con un gran realismo.

—¿Te gusta? —preguntó una voz cascada por la edad.

Me volví sorprendida hacia donde había salido la voz, pero no pude ver más que el respaldo de un sillón frente al fuego. No obstante, reconocí el tono de la abuela de Connor.

—Sí, es precioso y muy..., muy real —acerté a decir. Ella rio.

—Lo tejí yo cuando aún veía lo suficiente para hacerlo, ahora solo soy una pobre vieja, un estorbo que se pasa el día frente al fuego sin conseguir nunca calentar mis huesos.

Me acerqué a ella, que me indicó que acercara uno de los sillones y me sentara a su lado. Estaba sentada y cubierta por una manta de tartán, con un pequeño libro que reposaba sobre sus piernas.

- —Bueno, cuéntame, *mo nighean*, qué hay de nuevo en Stalker —pidió ella.
- —Pues la verdad no sabría qué decirle, apenas estuve unos días contesté sin conocer qué le había contado Connor al respecto.
 - —¿Es cierto que Hamish también se ha casado?
 - —Sí, el mismo día que nosotros.
 - —¿Fue una boda bonita?
 - —Sí, muy bonita.

—La esposa de Hamish, ¿es una buena mujer?

Entrecerré los ojos ante el interrogatorio, cada vez más peligroso. Decidí ser sincera.

—No, es una arpía —contesté intentando que no se me notara demasiado la furia que sentía por esa mujer.

Ella rio.

- —Sí, ya me lo dijo Connor. Aunque creo que por fin ese hombre ha encontrado la horma de su zapato.
- —¿Por qué lo dice? —pregunté con curiosidad. Hamish me había parecido un hombre imprudente, pero no una mala persona.
- —Porque a Connor se lo hizo pasar muy mal cuando lo enviaron al castillo. Pero gracias a Dios nosotros lo habíamos educado mucho mejor que ese niño cubierto de encajes y lleno de atenciones, y supo hacerse valer, hasta tal punto que a veces me da la impresión de que al viejo Hamish le habría gustado que fuese su verdadero hijo.
 - —Es su verdadero hijo —contesté yo algo incómoda.
 - —¿Crees eso? Connor es un bastardo.
- —Es su hijo, sea fruto de una esposa o de otra mujer. Un hijo siempre es un hijo —exclamé yo. Por su gesto creí que la había enfadado, sin embargo de sus labios brotó una sonrisa desdentada y cordial.
- —Yo también lo pienso, pero para Connor ha sido una carga toda su vida. Pero a ti no te importa, ¿verdad? —inquirió curiosa.
 - —En absoluto —repuse. Punto para mí.
 - —Dicen que eres una *selkie* y que lo hechizaste —soltó ella de repente.
- —No lo soy, y desde luego no he hechizado a nadie. —Hice un gesto de la mano demostrando la poca importancia que le daba yo a las supersticiones e historias escocesas. Si ellos supieran...
- —Lo sé. Soy demasiado vieja para creer esas historias. Pero he visto cómo os miráis. Entre vosotros no hay secretos, ¿verdad?
 - —No, no los hay.
 - —Eso es extraño, querida. Apenas he visto a parejas con esa cualidad.

Me encogí de hombros. No tenía nada que añadir. En mi verdad había estado mi redención, y no me arrepentía de habérselo contado todo a Connor, porque sabía que él estaba de mi lado.

- —¿Puedo preguntarle una cosa?
- —Dime.
- —¿Por qué la gente entra y sale de la cocina continuamente, como si

fuera una posada?

Ella rio, con una risa vieja y cascada.

- —¿No pensarías que Connor nació aquí?
- —¿No?, bueno me dijo que era su hogar, yo pensé...
- —¿Has visto la choza que hay a la derecha de la casa, donde ahora se guardan las cabras?
 - —Sí. —La había visto al llegar. Poco más que un pequeño establo.
- —Connor nació en el castillo Stalker, porque su madre trabajaba allí de doncella. —Paró un momento como recordando, yo eso lo sabía, me lo habían contado—. Nosotros vivíamos en esa casa que ahora es un establo. Éramos pobres como ratas y nos vimos obligados a enviar a nuestra pequeña a trabajar al castillo, con todo el dolor de nuestro corazón. Era una joven dulce y preciosa, con un cabello pelirrojo y rizado y los mismos ojos que ha heredado Connor. Había noches que apenas teníamos un mendrugo de pan que llevarnos a la boca. Solo estuvo unos meses, en cuanto dio a luz a Connor nos lo trajeron medio muerto de hambre para que lo cuidáramos. Nadie lo quería en el castillo. También había muerto la madre de Hamish, y creyeron que era cosa de brujería. Fueron tiempos oscuros y difíciles. Connor se crio con nosotros en esa cabaña hasta que siete años después nos lo arrebataron de las manos.

Me incliné sobre ella queriendo saber más.

- —Apenas pudimos ver a nuestro nieto en varios años. Después del entrenamiento del castillo lo enviaron al continente a seguir sus estudios. Le dieron las mismas oportunidades que a Hamish, pero Connor siempre ha sido más inteligente y las supo aprovechar bastante mejor. Regresó poco antes de volver al castillo. Tenía dinero ahorrado, no me preguntes cómo ni de dónde lo sacó, pero era el suficiente para poder construir la casa que ves a tu alrededor. Contribuyó él mismo junto con los canteros y carpinteros. Siempre le gustó la arquitectura. Por algún lado hay un arcón con sus diseños guardados. Se le da muy bien trabajar con las manos.
- —Sí, estoy de acuerdo, tiene gran facilidad para manejar los dedos. Miré a la anciana, que me observaba con los ojos abiertos. ¿Lo había dicho en voz alta? Sí, ¡maldita sea!

Ella de repente rio a carcajadas y yo enrojecí profundamente. Cuando se recobró prosiguió la historia:

—Unió al clan desperdigado y pobre. Juró protegernos y defendernos, y se alzó como jefe. Como has podido ver, somos apenas treinta familias,

pero Connor procura que nunca nos falte de nada. Él pasó hambre de pequeño, y lo que no puede soportar es ver a alguien a su lado en la misma situación, por eso nuestra cocina está siempre abierta a todas las familias del clan, algunas más necesitadas, otras menos, pero que siempre saben dónde tienen un lugar al que acudir.

Yo estaba estupefacta y altamente orgullosa de Connor. Desconocía su sufrimiento de niño, y mientras yo le había estado contando cómo había sido mi infancia llena de amor, regalos y todo lo que pudiese tener al alcance de mi mano, él nunca me había mirado ni con reproche ni con envidia.

- —Poco después se produjo el juramento ante el nuevo *laird*, de forma voluntaria los hombres junto con sus familias vinieron a ofrecer el juramento de la sangre a Connor, que aceptó, con las consecuencias que eso conlleva. Fue algo emocionante y para recordar durante mucho tiempo. Después volvió al castillo Stalker a comunicar su decisión a su padre, que me consta no le sentó nada bien, ya que debía de tener otros planes para él. Allí se casó. ¿Sabías que estuvo casado?
 - —Sí, lo sabía.
- —Yo no llegué a conocerla, ya que los sucesivos embarazos le impedían viajar, y nosotros éramos ya demasiado viejos para movernos de aquí. Llegaban noticias desalentadoras, hasta que recibimos la visita de Connor. Estaba destrozado, su mujer había muerto y su hijo pocos días después. No quiso permanecer aquí más tiempo y se marchó. No habla mucho de esa época, sé que estuvo en muchos lugares, pero siempre se ocupó de nosotros, nos mandaba dinero a menudo, y puso a un hombre de toda su confianza al frente del clan.

Carraspeó aclarándose la voz y dejó la mirada perdida en el fuego.

- —Connor es un hombre de honor. Si se siente obligado a hacer algo, lo hace. Pero nadie ha podido nunca obligarle a hacer algo que no quería. Es terco y obstinado como una mula cocera.
 - —Es cierto —concedí riéndome.
 - —También me ha dicho que mataste a un hombre.

Yo di un respingo y me quedé sin respiración ante el giro de la conversación.

—Un hombre que os atacó junto con otros dos, y que en la refriega hirieron a Connor.

Me relajé pero solo lo indispensable para poder contestar.

- —Sí, es cierto.
- —¿Por qué lo hiciste?
- —Porque al igual que su nieto había prometido protegerme, yo no podía ser menos, y puedo llegar a ser tan terca y decidida como lo es él o incluso más —respondí resoplando.

Ella rio con ganas, y luego masculló algo que no entendí.

- —¿Qué ha dicho? —me incliné un poco hacia ella.
- —Estaba preguntándome qué clase de mujer había hecho que mi nieto incumpliera su promesa de no volver a casarse, y ahora ya tengo la respuesta a mis plegarias. Hija, bienvenida a tu hogar —dijo esbozando una sonrisa de oreja a oreja.
- —Gra... gracias —contesté bajando la cabeza ante el súbito rubor de mis mejillas.
- —Ahora solo espero que antes de morir pueda ver al menos a un hijo de mi nieto correteando por aquí. —Cogió mi mano y me la apretó con fuerza.

Yo sonreí mecánicamente y no contesté. Quizá si todo iba bien pronto ni siquiera yo estuviera en aquella casa.

- —¿Puedes leerme algo? Mis ojos ya no son los que eran —preguntó entregándome el libro que tenía en el regazo.
 - —Claro —contesté. Lo cogí, lo abrí y comencé a leer.

Al poco rato me di cuenta de que su respiración se había vuelto acompasada y respiraba reclinada sobre el respaldo con la boca semiabierta. Callé, ella se removió y emitió un pequeño ronquido. Me levanté y curioseé en las estanterías buscando algún libro más adecuado a mis gustos literarios. Finalmente me acerqué a la ventana y observé el exterior con curiosidad.

Frente a mí estaba Connor hablando con Kendrick. Gesticulaban y señalaban con profusión explicando y asintiendo con la cabeza. Me gustaba observarlo sin que él se diera cuenta. Estaba impresionante, era bastante más alto que la mayoría de los hombres, pero no era eso lo que llamaba la atención, sino su apostura, su seguridad al hablar, su forma de atraer las miradas de todos los que lo rodeaban, incluyendo a las doncellas, ya que una de ellas pasó por su lado mirándolo con algo parecido a la adoración en sus ojos. Entonces llegó un niño pequeño de no más de cuatro o cinco años que se situó al lado de Connor y le tiró de la falda, de forma tan insistente que él dejó de hablar con el guarda y lo cogió con ambas manos haciéndolo girar en sus brazos, consiguiendo chillidos de risa y diversión del pequeño,

y del mayor, que reía con la misma alegría. Yo sonreí y me acaricié los labios recordando su beso de esa mañana. Como si algo invisible le indicara que yo le estaba observando, Connor levantó la vista y, reconociéndome, me guiñó un ojo. Yo lo saludé con la mano. «¿Todo bien?», preguntaron sus ojos. «Todo bien», respondieron los míos.

Escuché la voz de su abuela a mi espalda.

—Es muy fácil amarlo, ¿no crees?

Me volví sorprendida.

—¿Amarlo? No, nosotros no..., nunca... —Las palabras murieron antes de ser pronunciadas.

Ella sonrió con dulzura. Yo fruncí los labios. De repente la habitación se hizo demasiado pequeña y el calor demasiado pronunciado.

—Tengo que salir a..., bueno tengo que..., cosas... —dije, huyendo de forma despavorida por la puerta.

Me dirigí directa a la cocina, que milagrosamente estaba vacía. Busqué en los armarios sin saber qué buscaba, hasta que lo encontré. Una botella de alcohol. Lo destapé y el fuerte e intenso aroma del whisky llenó mis fosas nasales. Miré alrededor temiendo que alguien me viera y corrí escaleras arriba al refugio de nuestra habitación. Una vez allí me senté en la cama y bebí directamente de la botella hasta que el cálido licor consiguió calmar mi acelerado corazón. «¿Cómo no lo había visto antes?» Estaba tan preocupada por encontrar el modo de huir, de regresar a mi mundo, que los acontecimientos que sucedían alrededor envolviéndome como un manto de bruma se mostraban distantes como algo inevitable que tenía que pasar para conseguir el objetivo final.

Me levanté de la cama y, sin soltar la botella, de la que daba largos tragos, rememoré cada instante desde que noté sus ojos fijos en mí, en aquella noche que me parecía demasiado lejana en Edimburgo. Al principio había confiado en él, me había apoyado en su fuerza, lo había necesitado desesperadamente para no caer en la locura. Y él estuvo ahí en cada momento, sujetándome para que no cayera, protegiéndome una y otra vez, sin que yo apenas me diera cuenta de que lo hacía.

Paseé de un lado a otro de la habitación maldiciendo y riendo a partes iguales. Era un hombre muy atractivo. Demasiado atractivo. Era apuesto vestido como un noble francés e impresionante en su atuendo escocés. Era normal que me sintiera atraída por él, ¿no? Sus manos callosas cuando me tocaban hacían que mi piel ardiera y que toda yo le respondiese con ansia e

impaciencia. Pero eso podía ser por haber pasado tanto tiempo sin contacto con un hombre, con un hombre de verdad. ¿No? Pero si era así, ¿por qué me costaba tanto olvidarlo cuando no lo tenía a mi lado? La piel suave de sus hombros, que se volvía algo más áspera a lo largo de sus brazos. Su ancha espalda, la línea recta de su columna vertebral, la suave curva de su clavícula. Su espalda fuerte que terminaba en un trasero musculoso y cubierto por una fina pelusa rubia. Sus largas piernas, que me rodeaban con pasión cada noche. Las pequeñas depresiones de sus pezones de piel más oscurecida, la delgada cicatriz blanca que cruzaba sus costillas, su mata de pelo rizado que asomaba de su entrepierna y su..., su... *A Dhia!*, su apéndice grueso y largo, que se tensaba como el acero y era suave al tacto como el algodón.

Paré y bebí otro largo trago de whisky. La habitación comenzaba a tambalearse peligrosamente, y mi conciencia también.

«Esto no puede estar pasando», pensé totalmente angustiada. No a mí. Yo no soy así, necesito más tiempo con un hombre para sentir lo que siento por él. En realidad nunca había sentido nada parecido por ningún hombre, ni por Yago, ni por mis novios anteriores. Me sentía perdida y extrañamente encontrada.

«¿Y ahora qué voy a hacer?» Casi había matado a un hombre en Edimburgo, habían intentado violarme, no una sino dos veces, los ingleses me buscaban para ahorcarme, había asesinado a un salteador en el camino, me había peleado con Moira recibiendo como castigo el encierro y el ostracismo, y todo ello ni juntándolo me parecía tan terrible como lo que acababa de descubrir: estaba loca y perdidamente enamorada de Connor.

En ese momento, como si hubiese invocado su presencia, entró el mismísimo diablo escocés en la habitación, sacudiéndose el pelo. Por lo visto había comenzado a llover.

Se paró en la puerta y me observó con curiosidad.

- —¿Qué te ocurre? —Se fijó en la botella ya mediada que sujetaba con desesperación en mi mano izquierda y abrió los ojos.
 - —¿Estás ebria?
 - —Todavía no, muy a mi pesar —respondí bruscamente.

Su rostro se tornó preocupado e intentó acercarse.

- —No te muevas —le dije poniendo mi mano derecha frente a él.
- —¿Qué ha ocurrido, *mo anam*? ¿Alguien te ha herido? —Su voz era suave y cada vez más preocupada.

- —Sí. Tú, ¡tú lo has hecho!
- —¿Yo? ¿Qué he hecho yo? —Ahora estaba sorprendido.
- —¡Todo! Te odio. Te odio —repetí zarceando por si no lo había escuchado la primera vez.
- —¿Y por qué me odias, si puede saberse? —Cruzó los brazos sobre el pecho.
- —Porque..., porque... ¡Te amo! ¡Maldito escocés! —grité totalmente descontrolada.

Él me observó un momento mientras yo respiraba de forma agitada y de repente rio.

—¿Me amas? —preguntó sonriendo de oreja a oreja.

Yo sentí hervirme la sangre en las venas como la lava de un volcán. Cogí lo que tenía más a mano, que fue un cepillo y se lo lancé a la cara. Fallé y rebotó en su pecho cayendo al suelo y silenciándose en la mullida alfombra. Por un momento nos quedamos quietos entrelazando nuestras miradas y haciendo que saltaran chispas a nuestro alrededor.

- —Me amas y por eso me odias. No tiene sentido, lo sabes, ¿no?
- —Sí lo tiene. Porque, ¿qué demonios voy a hacer yo ahora? —Noté lágrimas en mis ojos y los cerré con fuerza. No quería llorar. Ahora no. ¿Pero qué me pasaba? Desde que estaba en este siglo me había pasado más tiempo llorando que nunca en mi vida antes.
 - —Bueno, esa respuesta es simple. Amarme —dijo él suavemente.
- —No, no puedo amarte. A ti no, no cuando sé que te voy a perder cuando regrese a mi vida. Es demasiado doloroso. Duele, duele mucho. Me duele amarte. —Ya estaba dicho. Era eso, ahora no sabía qué hacer. ¿Cómo podría dejarle y regresar a mi vida sabiendo que jamás volvería a verlo, a sentirlo, a besarlo? Cerré los ojos y deseé que nada de todo aquello hubiera sucedido.

Se acercó a mí en silencio y solo noté su presencia cuando me abrazó. Con una mano intentó quitarme la botella y yo me separé de él con rapidez. Estaba muy cerca de sufrir un ataque de nervios, o quizá ya lo estuviera sufriendo.

Lo comenzaba a ver todo doble o triple, ya me daba igual. Me reí amargamente, por fin había encontrado a un hombre de verdad al que amar, con el que ser feliz, y sabía que me iba a ser arrebatado en cuestión de días o semanas.

Pese a mis protestas me abrazó con fuerza, y yo respiré

entrecortadamente en su pecho, rozándome con la tela áspera del *kilt* y sintiendo su olor a fresco, mojado y humo llenándome.

- —Te amo —le dije
- —Lo sé —contestó él.
- —Y eso me está matando.

Se tendió en la cama en silencio y me obligó a tenderme junto a él. Pensé que me iba a hacer el amor, yo lo deseaba, deseaba más que nada perderme en él una y otra vez para olvidar. Sin embargo, comenzó a cantar una balada, la misma que había cantado nuestra noche de bodas, susurrándomela al oído una y otra vez mientras me acariciaba el pelo, hasta que consiguió que me calmara y no sé cómo ni cuándo fue, pero me quedé profundamente dormida.

Desperté al amanecer, seguíamos vestidos, pero Connor en algún momento de la noche nos había tapado con una manta.

—¿Qué tal estás? —preguntó dándome la vuelta.

El techo se acercó peligrosamente a nuestras cabezas y la habitación giró como una noria.

- —Mal —le contesté—, muy mal.
- —No me extraña, te bebiste casi una botella entera de whisky tú solita. He visto a hombres bastante más grandes que tú hacer lo mismo y caer redondos al suelo —contestó de forma reprobatoria.
 - —Será que me estaré acostumbrando —dije algo enfadada.
 - Él bufó contra mi coronilla como toda respuesta.
- —Y tú, ¿cómo estás? —pregunté cuando me recompuse lo suficiente como para volver a hablar.
- —Orgulloso por haber conseguido que me amaras y decepcionado de que necesitaras emborracharte para confesármelo. ¿Tanto miedo te doy, *mo anam*?
 - —No. Yo soy la que me doy miedo.
 - —¿Me sigues amando ahora que estás sobria?
 - —¿Por qué lo preguntas?
- —Porque he visto a demasiada gente prometer y jurar cosas increíbles estando ebrias.

Abrí los ojos y enlacé su mirada con la mía.

—Te amo, Connor, como jamás he amado antes —susurré.

No sé lo que esperaba tras esa confesión, quizás un «te quiero», un «yo también», un «lo sabía», un... No obtuve nada de eso.

—Bien. Vayámonos entonces, quiero que conozcas a alguien —exclamó levantándose de un salto.

Yo gemí involuntariamente al sentir el bamboleo de la cama.

—Vamos, te ayudaré —dijo posicionándose a mi lado y levantándome con cuidado. Mojó un paño en agua fría y me lo pasó por el rostro pálido y de muerta que debía de tener. Eso mejoró bastante mi situación física, pero no lo hizo con mi tormenta interior.

Bajamos con cuidado la escalera. Yo lo tenía cogido del brazo como si fuera un salvavidas en el océano. Entramos en la cocina y el olor a arenques ahumados hizo que mi estómago protestara y tuve que ahogar una arcada.

- —No puedo —dije saliendo corriendo de la habitación. Me dirigí al salón y esperé hasta que Connor vino a buscarme con un vaso de agua en las manos.
 - —Bebe —me dijo entrecerrando los ojos.
 - —¿Qué es? —pregunté.
 - —Solo agua, para tu desgracia —sonrió él.

Le hice una mueca y cogí el vaso bebiendo hasta la última gota.

Apenas terminé, me entregó una capa forrada en piel y salimos al frío de la mañana. No quise entrar en los establos, preferí quedarme a la intemperie, esperando que el viento y el frío despejaran mi dolor de cabeza.

Salió montado en su caballo frisón y me ayudó a subir.

- —¿Adónde vamos? —pregunté arropándome más en la capa. Quería volver a la cama cuanto antes.
 - —Ya lo verás —fue su escueta respuesta.

Poco rato después llegamos a lo que parecía una pequeña agrupación de casas con un camino principal. Al fondo se veía una pequeña iglesia. Me puse tensa. ¿No será capaz? Pensé. Lo era, muy capaz.

Paramos frente a la iglesia, que parecía vacía, así como el resto de las casas, en las que se veía humo en las chimeneas pero nadie en el exterior. No me extrañaba, con el frío que hacía, los únicos idiotas que estábamos fuera a esas horas éramos nosotros.

Desmontamos y ató el caballo a un pequeño árbol.

- —Vamos —me instó cogiéndome la mano.
- —No —contesté—, seguramente si traspaso esa puerta entre en combustión espontánea por todos mis pecados.

Él rio, pero me soltó la mano y se asomó al interior. Salió y se dirigió a lo que parecía la sacristía, que tenía también una puerta exterior. Allí se escuchaba algo de ruido.

Connor llamó a la puerta y una voz suave le dijo que pasara.

Si lo que pensaba encontrar era una sacristía al uso, lo que vi me sorprendió hasta tal punto que creí que era una alucinación. Frente a mí tenía a un sacerdote, bueno, el trasero de un sacerdote, inclinado sobre un alambique de whisky, resollando y mascullando palabrotas en gaélico.

—Aonghus —dijo Connor.

El sacerdote se incorporó de un salto y se volvió hacia nosotros. Era joven, más o menos de la edad de mi marido, pero parecía mayor. Estaba bastante delgado y era considerablemente más bajo, con pelo negro y rizado, y unos chispeantes ojos azules que se iluminaron cuando lo reconoció.

- —*Mo charaid* —dijo abrazándolo—, ya sabía que habías vuelto. Estaba esperando que aparecieras. —Se volvió hacia mí.
 - —Y ella es... ¿Tu esposa? —preguntó dudando.
- —Lo es. Genevie, te presento al padre Aonghus. Un amigo y un hermano.

El sacerdote no me hizo una reverencia, ni me extendió la mano para que se la besara, sino que se acercó a mí y me propinó el mismo abrazo que a Connor. Tenía mucha fuerza para ser un hombre tan delgado.

- —¡Loado sea el Señor!, que ha escuchado mis plegarias. —Sonrió a uno y a otro. Connor le devolvió la sonrisa y yo le bufé. Y él curiosamente no pareció sorprendido.
- —¿Puedo hablar con libertad? —dijo acercándose a Connor y susurrando.
 - —Puedes.
- —Bien, porque ya tengo preparado un pequeño cargamento del mejor licor de esta tierra, ya sabes, cuando tú me avises lo llevamos al lugar indicado. Si no fuera por estos malditos *sassenachs* y sus impuestos. Casi estoy dispuesto a denunciar yo mi propio alambique para que me den las cinco libras de rigor —expuso, y luego añadió mirando al cielo—: Perdón, Señor, pero es que ellos se lo buscan por su herejía.

Yo entrecerré los ojos y miré a Connor.

—¿También eres contrabandista? —pregunté. Sabía por Sergei que los impuestos al whisky eran elevados y que la mayoría tenía alambiques

clandestinos con los que se proveían. También me contó que como los ingleses no lograban controlar la producción de whisky, habían lanzado una proclama en la que si se denunciaba un alambique ilegal, se recibía una recompensa de cinco libras, lo suficiente para poder comprarse otro. Sergei me lo había comentado como una anécdota del carácter escocés y de su inteligencia para la supervivencia hasta en las condiciones más adversas.

- —Lo soy. Pero solo para ayudar a mi clan, no en beneficio propio —se excusó Connor. ¡Joder! Pero ¿con quién me había casado? ¿Con Robin Hood?
- —Y bien, ¿qué os trae a mi humilde morada? —nos interrumpió el sacerdote.
 - —Es mi esposa —dijo mirándome Connor.
 - —¿Quién? ¿Yo? —pregunté sorprendida.
- —Sí, ha mostrado unas irremediables ganas de confesar sus pecados. Connor me miró mostrando una sonrisa lobuna, yo le respondí con un codazo en las costillas. Fue inútil, era como golpear una pared de hormigón armado.
- —Bien, bien. Me alegra que te hayas casado con una católica, ¿española, verdad? —preguntó.
 - —Sí —mascullé yo.
- —Pasemos a la capilla, allí estaremos más cómodos. —Me cogió de un brazo y entramos a la iglesia por una puerta interior.

Atravesamos el pequeño altar y nos sentamos en el primer banco. La iglesia era pequeña y parecía de construcción reciente. Las paredes eran blancas y solo las antorchas habían oscurecido su color inicial. El altar era simplemente una mesa y una cruz de madera en la pared frontal.

El sacerdote sacó una Biblia ajada de uno de los bolsillos de su sotana y me instó a que pusiera mi mano en ella. Lo hice sin vacilar.

- —Ave María Purísima.
- —Sin pecado concebida —contesté mecánicamente. Por lo menos aquella parte no la había olvidado.

El sacerdote se volvió a Connor, que nos observaba apoyado contra la pared.

- —Connor, quizá tu esposa se encuentre más cómoda si tú no estás presente —dijo con delicadeza.
- —Aonghus, no te preocupes por eso. Entre ella y yo no hay secretos expuso él negándose a abandonar la iglesia. Yo lo miré furiosa, él se

encogió de hombros divertido. El maldito escocés estaba disfrutando. Pues bien, a ver quién disfrutaba más.

- —Dime, hija, ¿cuánto hace que no te confiesas? —preguntó el sacerdote.
- —Verá, padre... —dije frotándome la barbilla haciendo como que pensaba.

Los dos me observaron y esperaron, y esperaron...

- —Veintiún años exactamente —solté bruscamente con una sonrisa cándida en los labios.
- —*A Dhia!* —exclamó el sacerdote dejando caer al suelo la Biblia, que provocó un estallido en el silencio del sagrado lugar. Observé a Connor y lo vi poner los ojos en blanco.
- —Connor, *mo charaid*, será mejor que busques algo que hacer, esto nos llevará un buen rato —dijo el sacerdote recuperando la compostura.
- —Está bien, Aonghus, intentaré arreglar el alambique entonces —dijo saliendo por la puerta de la sacristía.

El sacerdote se volvió a mí y me miró con curiosidad, pero no con reproche.

- —Y dime, hija, ¿qué es lo que te ha tenido alejada de Dios todo ese tiempo?
 - —La vida.
 - —¿Has tenido una vida complicada?
- —Podría decirse que sí —respondí. Si pensaba que se lo iba a poner fácil lo llevaba claro.
- —Bueno, nos remontaremos al presente cercano, ya que los pecados de una niña Dios ya los habrá perdonado.
 - —Eso lo dudo.
 - —¿Por qué? ¿Has roto alguno de los diez mandamientos?
- —Algunos. —Sonreí entre dientes, pero a mi pesar no lo estaba poniendo ni remotamente nervioso.

—¿Cuáles?

Pensé un momento, intentando recordar mis lecciones en un colegio de monjas.

- —El primero, el segundo, el tercero, el quinto, el sexto, el octavo y el noveno. ¿Le parecen suficientes? —pregunté.
 - —Me parecen demasiados —contestó él.
 - —Bueno, es que he vivido mucho.
 - —Amarás a Dios sobre todas las cosas, no tomarás el nombre de Dios en

vano, santificarás las fiestas, no matarás, no cometerás actos impuros, no levantarás falsos testimonios, no consentirás pensamientos ni deseos impuros...

- —Exacto —contesté.
- —Bueno, lo único que nos queda es robar. Veo que ese sí que lo has cumplido —dijo. En ese momento recordé que mi alma estaba ocupando un cuerpo que no era el suyo.
 - —No, me he equivocado. También añada ese a la lista.
 - —¿Puedes explicarte, hija?
- —Sí, padre, con toda claridad —dije esbozando una sonrisa—. La última vez que me confesé fue antes de hacer la primera comunión, con nueve años, después no he vuelto a pisar una iglesia a no ser que fuera un funeral o cualquier otra celebración; maldigo a menudo, ya sea a Dios o a los santos; maté a un hombre que nos asaltó a Connor y a mí en el camino al castillo de los Stewart; he tenido relaciones antes de casarme, no con Connor, ya que estuve casada antes; he mentido y bastante, créame, y desde luego antes y después de casarme con Connor he tenido y consentido muchos pensamientos y deseos impuros.
 - —¿Te arrepientes de alguno de tus pecados?
- —Solo de haber matado a un hombre. Nadie debería arrebatar la vida a otro ser humano, excepto uno mismo.
 - —¿Uno mismo?
- —Oh, padre, se me olvidó contarle que también intenté quitarme la vida no hace mucho tiempo.
 - —¿Y cómo fue eso?
- —Pues desastroso, porque no lo conseguí, ¿no me ve? —Le sonreí haciendo una mueca.
- —Sí, te veo, hija, veo a una mujer con una herida sangrante que ha ido creciendo con los años, hasta cegarla por completo.
 - —No es cierto, veo perfectamente —repuse algo molesta.
- —No, hija, no ves porque tienes los ojos cerrados a Dios. Algo te ocurrió hace mucho tiempo que hizo que te volvieras contra Él, algo que truncó tu vida y te viste tan perdida que la única opción para sobrevivir fue odiar al que creías culpable de lo ocurrido.

Yo lo miré estupefacta. Había dado en el blanco de forma tan certera que sentí que lágrimas de dolor iban a brotar de mis ojos.

—¿Me equivoco? —preguntó.

- —Mi madre murió cuando yo tenía trece años. La atropellaron. Estuvo agonizando dos días, y yo supliqué y recé y prometí a Dios mil cosas antes de que se llevara su vida, y sin embargo se la llevó. Pero no contento con eso, años más tarde me arrebató la vida de mi hija de entre mis brazos. No puedo perdonar, no quiero perdonar, porque no creo, dejé de creer cuando el primer puño de tierra cayó sobre el ataúd de mi madre.
- —Hija mía, solo en el pasado encontramos las respuestas a nuestro presente.
 - —Se equivoca, padre. Porque yo no tengo ni pasado ni presente.
 - —¿A qué te refieres?

Dudé si decirlo o no, estaba bajo el secreto de confesión, aun así... Lo que me hizo decidirme fue que Connor confiaba en él, y yo confiaba en Connor.

—Porque yo nací en el año mil novecientos ochenta, y aunque mi alma está aquí, el cuerpo que ocupo pertenece a otra persona. De ahí que pecara también de robo.

Esperaba que se sorprendiera, que tirara la Biblia y saliera corriendo, pero no lo hizo.

- —Hija mía, entonces, ¿es cierto? ¿Eso puede ocurrir?
- —Sí, pero, padre, ya lo había visto antes, ¿no? —pregunté comprendiéndolo todo.
- —Sí. Ahora lo puedo contar porque el hombre ya está en los cielos. Un condenado a la horca al que di la extremaunción hace unos años. Me confesó que él era otra persona encerrada en el cuerpo del hombre que iban a ahorcar. Me contó partes de su vida anterior y me previno de la desastrosa campaña escocesa que tendría lugar años después, como la llamó él. Yo no lo creí, pero me ofreció tantos datos que, a mi pesar y después de muchas noches en vela rezando, comprendí que ese hombre, al igual que tú, sois enviados de Dios.
- —¿¡Qué!? Por ahí sí que no paso. Usted puede pensar lo que quiera, pero yo he vivido y he visto cosas que no las creería por mucho que se las explicase. No me considero enviada por nadie, sino por un simple accidente sin explicación.
- —Hija mía —me cogió de las manos—, los designios de Dios son inescrutables, inciertos y a veces inexplicables. Solo sé que has conseguido curar el dolor de Connor, que eres una mujer sincera y que te arrepientes de lo que crees que es un pecado, por lo que aunque no sigas los preceptos que

la Iglesia de Roma ha promulgado, eres noble y de buen corazón. Y Dios únicamente nos pide eso. No nos pide que nos flagelemos, solo nos pide que seamos buenas personas y leales con nosotros mismos, porque solo así podremos serlo con los que nos rodean.

Y así, en silencio, con las manos de un extraño sujetando las mías, en un lugar sagrado, comencé a llorar quedamente, y con cada lágrima iba desprendiéndose de mí toda la furia, el dolor y la amargura que había acumulado durante años creando una capa de indiferencia tan común en mi carácter que acabó siendo parte de mí.

Le conté todo, desde el principio. Le advertí de los peligros de la guerra y le pedí que si él pudiera hacer algo que lo hiciera, y también le hice la pregunta más importante:

- —Padre, aquel hombre, ¿le dijo cómo volver?
- —No, no lo hizo. Pero ¿por qué deseas volver a un mundo en el que casi pierdes lo que vale la pena de la vida cuando aquí lo tienes todo? —La pregunta me dejó sin respiración.
 - —Porque..., porque..., tengo que hacerlo, mi hermana, mi padre...
- —Hija mía, ¿y tu esposo y tu clan y la familia de Connor no son ahora tu familia?

No supe qué responder. No quería responder. Simplemente seguí llorando.

Al poco rato salimos a buscar a Connor. Seguía en la sacristía-alambique ilegal, agachado y manipulando unos tornillos. No se volvió cuando entramos.

- —Ya está —dijo volviéndose con una sonrisa triunfal. Tenía la cara tiznada y la camisa otrora blanca estaba cubierta por hollín. Sus ojos refulgían más que nunca en contraste con su rostro ennegrecido.
 - —¿Lo has conseguido? —preguntó el sacerdote.
- —Sí, aunque hay que tener cuidado con esta parte —señaló un extremo —, el cobre está dañado y puede ser peligroso.
- —Lo tendré en cuenta y procuraré no saltar por los aires a reunirme con el Hacedor antes de hora —rio el sacerdote.

Connor se levantó y se secó las manos en un paño igual de sucio que todo él. Yo se lo quité e intenté que por lo menos su cara luciera limpia. Solo conseguí emborronarlo más, así que lo dejé. Él, mientras tanto, se dejaba hacer, nos observaba a uno y a otro buscando información. Mi rostro era serio, tenía los ojos enrojecidos y se veían restos de lágrimas. El

del sacerdote era impertérrito.

Como vio que no iba a sacar nada, nos despedimos y montamos en el caballo en dirección a su casa, a nuestra casa.

- —¿Qué tal ha ido? —preguntó cuando estábamos lo suficientemente lejos de la iglesia.
- —Connor —resoplé bruscamente—. Primero, no sé cómo te has atrevido a hacerme esto. Lo segundo, del amor al odio hay un paso y yo hoy ya he dado por lo menos tres. Así que por tu bien abstente de comentar nada.
 - —Está bien —concedió sonriendo—, sabía que te iba a ayudar.
- —El sacerdote no me ha ayudado a nada —contesté sintiéndome completamente vacía.
- —No me refería a él —dijo brevemente apretando su mano en mi cintura.

Yo no le contesté, me limité a espirar fuertemente haciéndole notar mi enfado.

Cuando llegamos a la casa me dirigí directamente al dormitorio, sin apenas hablar con nadie, me quité el vestido y me metí en la cama.

- —¿Qué haces? —preguntó él, extrañado.
- —Dormir, o por lo menos lo voy a intentar. Ahora solo quiero estar sola. Mi tono brusco y enfadado lo hizo retroceder, pero se paró junto a la

Mi tono brusco y enfadado lo hizo retroceder, pero se paró junto a la puerta dudando si salir o no. Yo me volví dándole la espalda. Él abrió la puerta y la cerró tras él con un portazo. ¡Bien!, si estaba enfadado, yo todavía más.

Desperté cuando era noche cerrada, extendí un brazo buscando a Connor, pero la cama estaba vacía. Sentí dolor y más enfado si era posible. ¡Será cobarde! Abrí los ojos y estos se fueron aclimatando a la oscuridad despacio; entonces lo vi, sentado frente a mí en una silla. Estaba despierto y me miraba con intensidad.

- —¿Qué estás haciendo ahí? —le pregunté.
- —Esta mañana me has dejado claro que te molestaba mi presencia, así que no estaba muy seguro de ser bien recibido en la cama —respondió quedamente.
 - —Hummm —medité un momento.
- —Te he traído caldo caliente, por si tienes hambre. Has dormido todo el día y no has comido nada desde ayer.
- —Gracias —dije con tono helado. Me incorporé y cogí la taza, parecía algún tipo de caldo de carne y mi estómago vacío agradeció el calor y la

comida.

- —Todavía no me has contestado —preguntó Connor.
- —¿A qué pregunta? —respondí yo mirándolo fijamente.
- —¿Me recibirás en tu cama? —dijo con tono suave y contenido.
- —¿Tú qué crees? —le respondí yo abriendo el cobertor.

Se acercó a mí v me quitó el camisón con suavidad. Me tumbó en la enorme cama completamente desnuda. Por un momento me sentí indefensa y a la vez completamente expectante. Lo miré desnudarse con calma. Soltó el broche de plata como un descuido y dejó caer el paño a cuadros a lo largo de sus brazos. Se agachó y lentamente se desabrochó los nudos de las botas de cuero, se las quitó junto con las medias de lana. Se irguió y se sacó la camisa de lino por la cabeza con un solo movimiento de sus brazos, marcando todos los músculos de su torso, creando un juego de luces y sombras en la habitación solo iluminada por la calidez de la turba que ardía en la chimenea. Me miró con gesto serio, a la vez que sus ojos brillaban divertidos. Con una media sonrisa soltó el cinturón que sostenía el pesado kilt sobre sus caderas torneadas. Suspiré entrecortadamente. No había imaginado que verle desnudarse podía ser tan erótico. Ya completamente desnudo se irguió ante mí, su piel suave y luminosa atrapaba con cada pequeño movimiento cada reflejo del fuego. Antepasados vikingos altos, fuertes y demasiado viriles rezumaban en cada poro de su esbelto cuerpo. Debí tener miedo, pero estaba deseando que me tocara. Él se quedó quieto un momento, observando la ansiedad en mi mirada. No pude soportarlo más.

- —Ven —le dije alargando un brazo.
- —*A Dhia!*, *mo anam*, ¿cómo puedes haber pasado todo el día en la cama y estar helada? —preguntó sintiendo mis piernas entrelazarse con las suyas.
- —Y tú, ¿cómo puedes haber pasado todo el día fuera y parecer una tea ardiendo? —contesté apretándome más a él.

Levantó mi rostro con una mano y me besó.

- —Me imagino que si soy bien recibido en la cama también lo seré en tu cuerpo —preguntó brillándole los ojos.
- —Hummm. Verás, Connor, creo que esta vez eres tú el que te mereces el castigo.

Se levantó acomodándose sobre un codo y me miró.

—¿No pensarás atarme?

- —Solo si es necesario.
- —No podrás conmigo.
- —Sí podré —afirmé seriamente.

Me volví y me levanté hasta ponerme sobre él. Le sorprendí de tal forma que se quedó tendido sobre la cama. Le cogí las manos y se las puse sobre la cabeza.

—Quieto —siseé—, o el castigo será peor.

Él se mantuvo en silencio, intrigado por mi actitud.

Yo bajé la cabeza y le besé la comisura de los labios una y otra vez, mientras él intentaba volverse para atrapar mi boca.

—No, no. Quieto —susurré.

Obtuve un gruñido por respuesta.

Recreándome en su cuerpo bajé lamiéndole el cuello salado hasta sus pezones, que circundé varias veces sin llegar a besarlos, cuando noté que se estaba poniendo nervioso atrapé uno con los dientes. Él se quedó totalmente quieto. Lo solté.

—Ves, yo también puedo domarte, terco escocés.

Siseó algo en gaélico que no entendí. Lo miré y él me devolvió la mirada, y sonriéndole maquiavélicamente, me incliné y arrastré mi lengua por su estómago plano hasta llegar al ombligo, y soplé suavemente. Él se arqueó y yo lo obligué a tumbarse, ante sus protestas.

Seguí bajando y cogí con una de mis manos su pene, lo acaricié con ternura primero y después con fuerza admirando cómo crecía entre mis manos.

- —; Por los clavos de Cristo crucificado! —exclamó bruscamente.
- —Chsss, chico malo —lo reprendí—, tendrás que ir a confesarte.
- —Haría el camino a Jerusalén de rodillas si fuera necesario, *mo anam* dijo con voz ronca.

Yo me reí resoplando en su pelo ensortijado.

Cuando vi que estaba a punto de cogerme por los hombros y darme la vuelta, atrapé con mis dientes su miembro y él se quedó paralizado otra vez. Observé sus manos tendidas a los lados de su cuerpo agarrando y soltando la sábana con desesperación. Sonreí entre dientes y chupé y succioné con fuerza. Noté sus manos en mi cabeza, guiándome sin presión y succioné más fuerte. Él se arqueó con fuerza y luego se paralizó. Lo miré con ojos divertidos y pude ver la furia en sus ojos mezclada con el deseo. Apartó sus manos de mi cabeza y se rindió. Y por fin recibió su castigo, y

yo mi redención. Cuando estaba a punto de perderse me cogió con ambas manos y me izó sobre su erección, llenándome entera. Me levantó y bajó varias veces, pero solo cuando yo me arqueé con fuerza y grité su nombre una, dos, tres veces, él se dejó llevar y juntos nos perdimos el uno en el otro.

Me dejé caer totalmente agotada junto a él. Connor se volvió y me abrazó.

- —Me estás matando —susurró a mi oído.
- —Sería una dulce muerte, ¿no crees?
- —La mejor, sin duda —sonrió entre dientes.

Al poco rato volvió a hablar.

—Tu marido, ¿te daba placer? —preguntó titubeando.

Yo no quería pensar en Yago. Lo tenía aparcado en un oscuro rincón de mi mente. No obstante, muchas veces aparecía en algún gesto, en alguna caricia de Connor. Sin embargo, eran completamente diferentes el uno del otro. Yago era un amante considerado y gentil, suave y conciso. Connor era la pasión en estado puro, fuerte y varonil, tomaba y cogía lo que deseaba sin descuidar en ningún momento mi cuerpo, su fuerza bruta y su intensidad hacían que yo sintiera que me desmembraba con cada acometida, haciendo que me entregara con la misma pasión que él demostraba. Y eso era algo que jamás me había ocurrido con Yago.

- —Sí, lo hacía, como me imagino que yo a él —respondí de forma sincera.
- —*Mo anam*, quisiera matarlo por lo que te hizo, pero a la vez le estoy profundamente agradecido por que te dejara libre para mí —susurró.

Yo reí, en realidad era la primera vez que reía acordándome de su forma de abandonarme.

- —¿Sabes, Connor?, yo también me alegro mucho. —Me volví y lo besé.
- —¿Todavía quieres volver? —preguntó cogiendo mi rostro en sus manos y mirándome directamente a los ojos con una mirada que traspasó mi alma.
- —No lo sé —contesté bajando mi mirada intimidada ante la suya—, ¿por qué lo preguntas?
 - —Porque la anciana ha regresado.

Yo me sobresalté.

- —¿Tan pronto? —pregunté. Había pensado que tendría por lo menos unos días más para decidir lo que quería hacer.
 - —Sí. ¿Quieres que te lleve junto a ella? —preguntó con un tono

impersonal.

Lo pensé un momento.

- —Sí, lo quiero. No sé si podré regresar o no, pero necesito respuestas, necesito saber cómo poder volver —expliqué.
- —Bien, *mo anam*. Ahora duerme, que mañana será un día largo. —Y diciendo eso me volvió hasta acomodarme en su pecho.

Pero ni él ni yo pudimos dormir mucho aquella noche.

¿Y ahora qué voy a hacer?

Partimos al amanecer. No llovía pero el cielo era tan gris que en ocasiones parecía de noche. Hicimos el camino en silencio envueltos en la bruma escocesa y en el frío invernal. Todo estaba dicho. Notaba su brazo fuerte sujetándome la cintura y escuchaba el latir de su corazón, pero ni él ni yo pronunciamos una sola palabra hasta que llegamos al lugar.

Bajamos del caballo y con paso titubeante yo, más firme él, nos dirigimos a la cabaña bajo el abrigo de un árbol. La anciana nos abrió la puerta antes de que nos diera tiempo a llamar.

—Os estaba esperando —fue lo único que dijo, y abrió más la puerta para que pudiéramos pasar al interior.

Cuando entré tuve el impulso de taparme la nariz, y como supervivencia comencé a respirar únicamente por la boca. Cientos de plantas colgaban de las vigas del techo secándose y un caldero hervía al fuego desprendiendo un olor nauseabundo. La cabaña en general era pobre, hasta el suelo era de tierra prensada, y estaba bastante sucia.

Sujeté la mano de Connor con desesperación, él me la apretó poniendo su otra mano sobre la mía.

—¡Siéntate! —me ordenó señalándome el único banco de toda la estancia.

Lo hice, y Connor se apostó a mi lado de pie, con su mano apoyada sobre mi hombro.

- —¡Tú! —le dijo a Connor—, ¡espera fuera, aquí no hay nada para ti!
- —No la dejaré sola contigo —fue su tranquila respuesta.
- —Oh, no le haré daño, si es eso lo que te preocupa, porque el daño ya está hecho, ¿no es cierto? —preguntó mirándome a mí.

Yo, desconcertada, no supe qué contestar. Pero viendo que la mujer no iba a decir nada si Connor seguía allí, le pedí que me esperara fuera.

Ella rio de forma brusca y cascada.

- —¿Esperar? ¿Y cuánto podrás esperar, escocés? ¿Una vida? ¿Una eternidad?
- —Lo que sea necesario —repuso Connor con la mano en el espadón que colgaba de su cinturón.

Notando su crispación, le volví a susurrar que saliera, que yo estaría bien. Bueno, al menos eso esperaba. Connor salió en silencio y cuando la puerta estuvo cerrada la anciana me entregó una taza de madera llena del líquido que hervía al fuego.

—¡Bebe! —ordenó.

Olí el líquido y negué con la cabeza.

- —Bebe, porque lo vas a necesitar.
- —¿Por qué?
- —Porque has venido a saber y puede que no te guste demasiado lo que veas.
 - —¿Es algún tipo de droga? —inquirí.
- —Solo son unas hierbas —repuso ella. «¡Sí, claro!, como la mayoría de las drogas», mascullé silenciosamente.

Bebí tapándome la nariz y a pequeños sorbos que escocían en la garganta. No pude identificar ningún sabor en especial, pero al poco noté cómo la habitación se difuminaba y todo se volvía de alguna forma más irreal. ¿Opio tal vez? ¿Algún alucinógeno? Me inclinaba más por la segunda opción.

- —Dime, Geneva, o debería llamarte por otro nombre —susurró con su agrio aliento frente a mí.
 - —Soy Geneva —contesté sintiendo turbia mi mente.
- —Sí, ahora lo eres, ¿pero cuánto tiempo más? ¿La ves? ¿Aparece en tus sueños? —Sabía a quién se refería.
 - —Sí, lo hace. ¿Qué soy?
 - —Una ladrona de cuerpos.

Yo me erguí y un escalofrío subió por mi espina dorsal hasta rodear mi cuello estrangulándome.

- —¿Por qué yo?
- —Porque se ha roto el hilo de las Parcas.
- —¿Las Hilanderas del Destino?
- —Sí, Nona, Décima y Morta, que para cada mortal regulan el destino desde su nacimiento hasta su muerte. La primera hilaba, la segunda enrollaba y la tercera cortaba el hilo. Y tú has hecho algo en tu vida

anterior que ha propiciado que el hilo se rasgue y esté a punto de romperse, por eso tu alma ha huido y se ha refugiado en el cuerpo de otra mujer. ¿Qué hiciste?

- —Me intenté matar —contesté con un hilo de voz.
- —Tú eres la fuerte, entonces, tú eres la que ha usurpado el cuerpo, y su cuerpo solo está dando cobijo al alma expulsada.
 - —¿Pero cómo he podido hacer eso?
 - —Cierra los ojos y piensa, recuerda qué ocurrió en realidad.
 - —Ya lo he intentado y no lo consigo.

Ella miró lo que había bebido y repitió.

—Concéntrate y recuerda.

Hice lo que ordenaba. Cerré los ojos y recordé cómo me había quedado dormida con el sonido de la televisión de fondo, cómo mi cuerpo se iba paralizando, cómo un frío aterrador me atenazaba desde dentro y cómo iba cayendo en la oscuridad más profunda. Quise agarrarme a algo, estaba cayendo y no tenía dónde asirme. Un terror profundo me inundó y grité y grité sin pronunciar una sola palabra, y entonces las vi, cientos de luces alrededor, algunas más brillantes que otras, que me circundaban. Y dejé de caer. Flotaba observándolas con curiosidad. «¿Quiénes sois?» «Somos las almas», contestó una voz de la nada. «¿Mamá?» Pregunté con dolor. «No está aquí», volvieron a contestar. «¿Hija mía?» Aullé sin pronunciar una palabra. Una pequeña luz se aproximó a mi lado rozándome y dándome por un instante una sensación de plena paz. Quise seguirla pero varias luces me impidieron el paso. «Ella es nuestra ahora.» «No, es mía», grité sin gritar. Quise luchar, pero mi cuerpo no era ya mi cuerpo, me había convertido en otra luz, pero de un color azulado y no amarillo brillante como las demás. «Vete ya, te están esperando.» «¿Quiénes?» «Los que te aman.» «¿Dónde?» «Donde el destino te lleve.»

Desperté al sentir unos golpes en la puerta y la voz de Connor llamándome.

—¡Genevie! ¡Genevie!

La puerta estaba atrancada y la anciana, de pie en el centro de la estancia, miraba la puerta con expresión ausente.

—Estoy bien —grité, pero en realidad fue un susurro.

No obstante él parece que lo escuchó y los golpes cesaron.

—¿Cuándo naciste? —preguntó la voz cascada de la anciana haciendo que diera un respingo.

- —En mil novecientos ochenta —respondí cautamente. Ella rio.
- —Esa fue la última vez que has nacido, pero ha habido otras anteriormente, muchas a lo largo de los siglos, la misma alma en diferentes cuerpos, diferentes almas en un mismo cuerpo. Al nacer ya se rasgó el hilo y siempre fue así. Tú quizá no quieras recordarlo. —Observó mi rostro—. Oh, sí, lo recuerdas, recuerdas cosas que no pudiste o no quisiste entender y las olvidaste.

Era cierto, después de lo que me contó Connor sobre la aparición de esa niña en el bosque, todo tenía sentido y no lo tenía. Siempre había sentido la sensación de que había cosas que me eran familiares, la famosa sensación de déjà vu, tan familiar y en mí tan intensa, como cuando estuve en Culloden, como cuando traspasé el burdel reconvertido en sala de fiestas. Nunca le di demasiada importancia, porque tampoco era más que sensaciones sin explicación, no había recuerdos tangibles, no había nada más que un sentimiento de reconocimiento.

- —Tú eres una de nosotras —dije.
- —Lo soy, y por eso sé que estás perdida. Nací en mil novecientos setenta y tres, y llegué aquí con quince años, en el año mil seiscientos noventa. Al principio intenté luchar por volver, pero me enamoré y me casé. Tuve tres hijos y mi castigo fue que todos murieron dejándome sola y en un cuerpo que nunca fue mío. Por eso sé que tú estás perdida, que solo hay muerte a nuestro alrededor, que estamos malditas. —Su tono era enloquecido y por primera vez tuve miedo de estar allí.
 - —¿Qué tengo que hacer para volver?
- —Yo no lo llegué a averiguar nunca, solo tuve una oportunidad, una en la que estuve frente a la muerte y luché por quedarme con el hombre que amaba y mis hijos. Vencí, y el alma de la otra mujer se perdió en el infinito. Pero ella se vengó años después arrebatándome la única cosa que me importaba. La gente piensa que estoy loca, pero estoy más cuerda que todos ellos, porque sé lo que va a ocurrir, porque veo cosas que ellos no ven, porque sé cosas que ellos desconocen.

Yo tenía la garganta seca y la cabeza me dolía por el esfuerzo de recordar.

—Por eso solo te puedo dar un consejo. Intenta volver lo antes posible para que no causes más daño. He visto a tu hombre y sé lo que hay entre vosotros, pero tú, al igual que yo, lo acabarás perdiendo todo por egoísmo,

porque tu vida no es esta, tu alma reclama el regreso a tu cuerpo y el cuerpo que ocupas reclama que su alma regrese. Si no lo haces, pasarás toda una eternidad lamentándolo, porque lo perderás todo, todo lo que fuiste, todo lo que eres, todo lo que serás —sentenció roncamente.

Me levanté de un salto. No quería escuchar más. Cuando me dirigí a la puerta, ella me sujetó del brazo y me susurró algo más al oído. Asentí y salí de la choza corriendo y tropezándome en el suelo mojado. Busqué a Connor con la mirada, lo vi apoyado en las rocas llamadas «la choza de la bruja». Corrí hacia él. Él levantó la mirada mirándome con un gesto de dolor, me recibió en sus brazos y ambos nos sujetamos el uno en el otro.

Permanecimos un rato así balanceándonos como si tuviéramos miedo de soltarnos. Por fin levanté la mirada y busqué sus ojos. Estaban enrojecidos. ¿Había estado llorando? ¿Connor llorando?

- —Connor —dije con voz entrecortada.
- —Mo anam, estás conmigo —contestó y me abrazó con fuerza.

Yo me separé apenas para poder respirar.

- —Sí, estoy contigo.
- —Creí que te había perdido, perdido definitivamente. Durante todo el camino luché contra mi voluntad. No quería traerte, pero sabía que debía hacerlo, tenía que darte la oportunidad de saber quién eres... —Su voz se perdió en un suspiro entrecortado.
- —Connor, ¿por qué no me lo dijiste? —pregunté con lágrimas en los ojos.

Jamás me había hablado de amor. Yo le había dicho que lo amaba y él nunca me había contestado que él también a mí.

- —¿Qué querías que te dijera? —Me miró traspasándome con sus ojos verdes.
 - —Lo que sientes por mí —repuse suavemente.
- —¿Es que no lo he demostrado desde el principio? Genevie, solo tienes que mirarme a los ojos y verás todo el amor que siento por ti. Pero no podía decirlo, porque con eso te sentirías más culpable de dejarme y no podía permitirlo. No puedo ser el responsable de separarte de tu familia, de la gente que amas. Eso solo conseguiría que me odiaras con el tiempo, que me reprocharas que te obligara a permanecer conmigo. Sí te lo susurraba en la lengua que no conoces, *a ghràidh*, mi amor, *mo breatha*, mi aliento. *Tha gaol agam ort*, te quiero. —Su voz tenía un dolor implícito que traspasó mi corazón.

—No, no lo sabía, creí que tú, tú tenías tus motivos... Y yo..., yo... —Me silenció con un dedo sobre mis labios.

Sacó un pañuelo de su *sporran* y me lo entregó. Yo me quedé mirándolo reconociendo el pañuelo que me entregó en Edimburgo, bordado con sus iniciales.

- —¿Todavía lo tienes? —pregunté.
- —Siempre lo he llevado conmigo, porque siempre te he querido. En él guardo tus lágrimas y tu dolor y los hago míos cada vez que lo tengo entre mis manos —contestó.
- —Te amo, Connor —le susurré apoyándome sobre su pecho. Yo no tenía dulces palabras susurradas en el idioma de sus antepasados, pero esas tres simples palabras mostraban todo lo que sentía por él, porque él lo era todo para mí.
- —Un hombre sabio me dijo hace mucho tiempo qué razones debía tener para casarme con la mujer adecuada —explicó.

Lo miré entrecerrando los ojos. Y él sonrió mostrando un hoyuelo en su mejilla.

—Me dijo que había cuatro razones, la primera es que mis ojos no pudiesen apartarse de los de aquella. Eso me ocurrió la noche que te conocí en la sala de juegos. La segunda fue que sintiera la irremediable sensación de protegerte. Eso fue lo que sentí cuando vi lo que te hacía madame La Marche. La tercera razón fue que siempre quisiera secar tus lágrimas, lo que sucedió un poco más tarde después de presenciar la ejecución en Grassmarket, y la cuarta es que fuera merecedor de tener su corazón en mis manos y ella el mío en las suyas, lo que sucedió cuando ambos nos salvamos en el camino al castillo.

Yo lo abracé llorando de amor, de felicidad y de pena apenas contenida.

—*Mo anam*, te amé de niño cuando te llevaste mi miedo y te amo de hombre para cuidarte y protegerte durante toda mi vida. Y, Dios mediante, será eso lo que haga hasta el fin de mis días —prometió con voz firme.

Todavía abrazados montamos en el caballo y emprendimos camino de regreso a nuestro hogar. Cuando bajamos la pequeña colina, miré hacia atrás y vi la silueta de la anciana envuelta en la niebla como un recordatorio de lo que yo era, de lo que yo había sido, de lo que sería. Me apreté más a Connor y pronto su amor y su consuelo llenaron el vacío.

Llegamos a casa bien entrada la noche. En silencio nos dirigimos a la habitación y una vez que cerramos la puerta ambos nos volvimos y, sin

mentiras, sin verdades ocultas, con nuestros corazones desnudos, nos entregamos el uno al otro como si fuera la primera vez que nuestros cuerpos se encontraban y se reconocían. Me amó, lo amé y los dos nos perdimos en la locura y en la pasión.

Rato después le conté lo sucedido en la cabaña, mientras él escuchaba con atención y en silencio. Finalmente se quedó dormido abrazándome.

Antes de que amaneciera me levanté. Connor seguía dormido. En silencio me arropé en una manta y salí al pasillo. Me dirigí a una pequeña ventana con un alféizar en piedra en el que cabía sentada con las rodillas apretadas contra mi cuerpo. Y solo entonces, cuando estuve sola mirando la luna llena, permití que las lágrimas se deslizaran de mis ojos. No hubo gemidos, ni sollozos, únicamente lágrimas ardientes brotando sin cesar arrasando mi rostro a su paso. Y solo entonces me permití recordar la última advertencia de la anciana: «Si vuelves no recordarás nada, todo lo que has vivido aquí desaparecerá de tu mente, porque esos recuerdos pertenecen a otra persona.» Eso me aterraba. Me aterraba el volver y mucho más el no recordar a Connor. Desde luego estaría agradecida de olvidar muchas cosas, pero él, a él no podría olvidarlo, porque él formaba parte de todo lo vivido en esas semanas. Me negaba a regresar a un lugar en el que él ya no estuviera, en el que no recordara sus caricias, su mirada, su voz, su risa, su amor... Y seguí llorando, sabiendo que algún día llegaría el momento de la separación y del olvido.

Sentí su presencia sin verlo, me hizo volverme y se puso entre mis piernas. Estaba completamente desnudo y la luz de la luna destellaba en su piel como la plata.

—¿Qué es lo que no me has contado? —preguntó en un susurro.

Yo lo miré en silencio, intentando memorizar su hermoso rostro y negándome a que olvidarlo fuera una certeza.

- —Dímelo, mo anam, tengo derecho a saberlo —instó él.
- —Te olvidaré, Connor —dije finalmente con todo el dolor que podía mostrar mi voz.
 - —¿Cómo? —preguntó sin entender.
- —Si regreso, no recordaré nada de lo que he vivido aquí, no te recordaré a ti, no recordaré tu amor, nuestro amor. Te perderé definitivamente. Siempre creí que por lo menos podría mantenerte en mis recuerdos, pero ni eso se me permite. Si vuelvo, no quedará nada tras de mí. —Sollocé contra su pecho.

- —*Mo anam*, solo puedo dar gracias al cielo por ello. Saber que no estarás a mi lado ya será demasiado doloroso, el único consuelo que puedes ofrecerme es tener la seguridad de que tú no sentirás ese dolor, que serás libre de comenzar una nueva vida, que yo no seré un lastre para ti susurró con voz ronca.
 - —¿Cómo puedes decir eso? Me moriré si ni siquiera te recuerdo.
 - —No, al contrario, Genevie, serás libre para vivir al fin.
 - —Pero tú... —repuse.
- —Yo jamás te olvidaré, siempre serás mi esposa, mi corazón, mi amor, mi aliento, y viva los años que viva te amaré con la misma intensidad que lo hago ahora. Tendré el consuelo de que tú no sentirás mi agonía y podré imaginar que encontrarás la felicidad entre las personas que te esperan. Su tono mostraba todo el dolor que sentía, aun así me mostraba su fuerza dándome el consuelo que yo ansiaba.
 - —No podré...
- —Sí lo harás, *mo anam* —dijo levantando mi barbilla para que le mirara directamente a los ojos, unos ojos brillantes, verdes, los ojos más hermosos que había contemplado nunca y nunca volvería a contemplar—, porque si alguna vez mi rostro aparece en tus recuerdos, si algo remueve tu corazón, solo tienes que levantar la vista y buscarme en el cielo, porque allí será donde estaré esperando a que tú regreses a mi lado.

Me cogió en brazos y me llevó hasta la cama donde nos amamos largo tiempo, recorriendo con lentitud cada centímetro de nuestros cuerpos intentando memorizar cada lugar, cada recoveco, cada gesto, hasta que agotados nos dormimos cuando las primeras luces del alba entraron por la ventana.

Nos levantamos a media mañana, descansados pero preocupados, la amenaza de la anciana estaba implícita entre nosotros como una sombra oscura.

- —No quiero volver —le dije antes de bajar a la cocina.
- —Lo sé, *mo anam*, pero quizá no tengas opción. La vida aquí es peligrosa, cualquier cosa, accidente, caída, puede ponerte al borde de la muerte y obligarte a regresar —dijo con seriedad.
- —Sí, pero lucharé contra ella; soy fuerte y me quedaré —afirmé con una seguridad que no sentía.
- —Eso lo sé —contestó—, pero ¿de verdad te merece la pena, *mo anam*? Es peligroso estar aquí, tendremos que irnos pronto. Además está la

amenaza del Levantamiento, que según mis informadores y lo que me dijiste ocurrirá este año que va a comenzar.

—Me quedaré contigo, Connor, no hay más que hablar. Y respecto al Levantamiento, ya te dije que había estado en el campo de batalla y había visto las tumbas de los clanes y recuerdo con toda claridad que no había ninguna con el nombre MacIntyre.

Un sonido gutural típicamente escocés brotó de su garganta.

- —¿Qué sucede? —pregunté.
- —Nosotros somos un clan pequeño, lucharemos bajo el mando de uno mayor, el clan de los Stewart. ¿Había alguna tumba con su nombre? preguntó directamente.

Paseé la mirada recordando cada trozo de piedra clavada en la tierra y leí como si la tuviera delante de mí: Stewart de Appin.

- —Sí, la había —contesté con tristeza.
- —*A Dhia!* —Se pasó las manos por el pelo y comenzó a pasear por la habitación.
- —Connor, puedes elegir, no tienes por qué luchar. Sé que no crees que la guerra llegue a triunfar, lo sé por lo que has hecho y dicho hasta ahora protesté quedamente.
- —*Mo anam*, si llega la Cruz Ardiente a buscarme, tendré que acudir a su llamada con mis hombres. A veces no hay otra elección. Puede que no luche por el príncipe, pero lucharé por la libertad de Escocia. Soy un hombre de honor y leal a mis principios. No podría actuar como un cobarde —exclamó.
- —Nadie podría pensar que eres un hombre cobarde si no acudes a la llamada del pretendiente, sino más bien prudente. Tienes poco que ganar y mucho que perder —exploté enfadada, y de repente me di cuenta de una cosa—. Lo has estado intentando evitar, ¿no es así?, trabajando como espía, mezclándote con los ingleses, en la corte francesa...
- —Sí, pero poco se puede hacer cuando todo está escrito. De todas formas tenemos todavía un poco de tiempo para ver cómo se desarrollan los acontecimientos. Si estás a mi lado también serás de ayuda, ya que conoces los pasos de los dos ejércitos. Quizá consigamos que algo cambie —suspiró frustrado.
- —Connor —le insté a que me mirara—, no creo que pueda ser de mucha ayuda, solo conozco la historia del Levantamiento que me contaron, no sé nada de ejércitos ni de luchas, más que los nombres de las batallas y

quiénes perdieron y ganaron cada una.

—Bueno, *mo anam* —expuso—, por lo menos tenemos esa ventaja sobre los ingleses. Que en principio no es poco.

Yo lo dudada. Quién no nos decía que hubiera más gente como yo, pero en el lado inglés. Nadie podría saberlo, no se nos identificaba precisamente por llevar una señal de neón en la cabeza. Pero de una cosa estaba completamente segura, jamás lo abandonaría.

Después de desayunar en el salón, llegó el correo. Connor recogió un pequeño paquete atado con una cuerda destinado a él. Subió a la habitación a leerlo con tranquilidad, yo lo seguí con un libro de aventuras que había encontrado en el salón. Fuera llovía con intensidad y hasta la animada casa parecía que se hubiera calmado. Los habitantes se recluían en sus habitaciones o en el salón calentándose al fuego de las chimeneas.

Me senté en uno de los sillones y comencé a leer con la mente distraída. Connor se sentó en una silla frente a su escritorio y abrió y leyó cuidadosamente cada carta.

Yo lo miraba de vez en cuando y noté su cansancio, varias veces se había pasado la mano por el cuello con fastidio.

Me levanté y, acariciándole un tirabuzón rubio dorado que le nacía de la nuca, lo que hizo que él se volviera y me sonriera, empecé a masajearle los músculos tensos del cuello.

Él gimió y se echó para atrás. Yo froté con más fuerza.

- —¿Te gusta? —pregunté.
- —Sí.
- —A Yago también le gustaba mucho —contesté sin pensar. Al momento me di cuenta de mi error. Los músculos de Connor se tensaron involuntariamente.
- —Genevie —dijo atrayéndome hacia él y sentándome en sus piernas—, no tienes que avergonzarte de recordarlo, pasaste muchos años con él y es normal. ¿Se parecía a mí?
 - —No —contesté más relajada—, se parecía mucho a James.
- —¿James el guardia de la puerta norte, James el caballerizo, James el Galés, James el...

No lo dejé terminar.

- —James el preceptor de tus sobrinos —contesté sin saber quiénes eran esos hombres.
 - —¿Ese mequetrefe? —me miró sorprendido.

- —Sí —le sonreí yo.
- Agitó la cabeza, lo que hizo que su pelo volara descontrolado.
- —Es muy poco hombre para ti —dijo bruscamente.
- —Eso decía mi hermana —reí yo.
- —¡Hummm! Tu hermana es una gran mujer, me habría gustado conocerla.
- —A mí también, Connor —dije abrazándolo. Recordarla era doloroso. Sin querer caer en la tristeza, me volví mirando los papeles sobre la mesa.
 - —¿Qué estás haciendo? —inquirí con algo más de fuerza en la voz.
 - —Estoy intentando descifrar esta carta, pero no lo consigo —repuso.
 - —¿Me dejas intentarlo?

Abrió los ojos extrañado.

- —Se me dan bastante bien los acertijos —contesté algo ofendida.
- —Toda tuya. —Me la entregó mientras él cogía otras misivas.

Yo me levanté y la leí con cuidado. Parecía una simple carta de una mujer francesa informando sobre cotilleos de la corte y aspectos domésticos de una casa. Pero había algo en ella que me llamó la atención. La forma de la letra a no terminaba en un trazo recto, sino que se giraba como creando un lazo enredado en la propia letra. Yo había visto eso antes. ¿Pero dónde? Leí con más atención y las letras se despegaron del papiro volando y girando sobre sí mismas. Uno, dos, dos más tres. Primera vocal, primera consonante, segunda vocal con primera consonante... Fui probando varias combinaciones sin encontrar la adecuada. Era complicado, pero cada vez estaba más intrigada. Para descifrar una carta lo primero que tienes que conocer es el sistema de cifrado y yo lo desconocía. Frustrada, cogí la carta y la miré a contraluz. Después la olí, estaba perfumada con un tenue olor floral, pero también pude distinguir algo más picante, ¿limón? Con un destello de lucidez sujeté una vela bajo ella y vi cómo se formaba entre líneas otro mensaje completamente diferente. Me senté a transcribirlo y un escalofrío me recorrió la espalda, por lo que leí y porque había recordado dónde había visto esa escritura.

Mantos de brillantes colores Se deslizaron desde el norte Atravesaron valles y lagos Hasta llegar a las puertas ¿Qué puertas? Las de la libertad
Y la libertad esquiva huyó dejándolos solos
Dejándolos hambrientos, cansados,
Traicionados por su propia suerte
Mantos de brillantes colores
Que se volvieron opacos y débiles
Tendidos sobre el frío suelo
Muertos sobre la tierra carmesí
Enterrados bajo piedras informes
Ahora oscuros y escondidos
Mantos de brillantes colores
Que no volverán a brillar, porque perdieron
¿Qué perdieron?
Su libertad

- —Connor —llamé con un susurro ahogado.
- —¿Sí? —Se volvió él con curiosidad. Debió de asustarse de mi gesto porque se levantó de inmediato.
 - —Lee —le entregué lo que verdaderamente ponía la carta.
 - —¿Es un poema? La métrica no es la adecuada.
- —No, no lo es. Es solo una sucesión de pensamientos. Son mis pesadillas. Solía tenerlas cuando era pequeña. Mi madre me aconsejó que los escribiera para deshacerme de ellos. Y funcionó. No volví a despertarme gritando. Lo había olvidado por completo —le dije sintiendo otra vez que algo invisible me estrangulaba.
- —Pero ¿cómo ha podido llegar a la mujer que escribió la carta? Parece que describa nuestro destino —dijo volviéndolo a leer.
- —Creo que esa mujer ya conocía de primera mano lo que escribí —dije casi sin aliento.
 - —¿Por qué estás tan segura, *mo anam*? —Me miró intensamente.
- —Porque reconozco la escritura. Solo hay una persona que haga de ese modo la *a*, como si terminara en un lazo, ¿la ves? —Le entregué la epístola.
 - —Sí, la veo. ¿A quién pertenece?
- —A mi madre —expliqué ahogándome. Connor, asustado, se arrodilló a mi lado y me tendió en la cama, desató las cintas de mi corpiño y mojó un trozo de tela y me lo puso sobre la frente.

- —¿Tu madre es LL? —preguntó señalando la firma de la carta.
- —No —repuse yo incorporándome y dejando caer el paño mojado sobre mis piernas—. LL soy yo, así solía llamarme ella. Significa lady Lancelot.

Recordaba como si fuera ayer la función de final de curso. Mi madre era profesora de literatura en la universidad, y se había ofrecido para adaptar al teatro la leyenda artúrica de Ginebra y Lancelot. Yo estaba vestida como un caballero medieval, salí al escenario, y enfadada tiré la espada de plástico contra el suelo.

- —No es justo, mamá, yo debería ser Ginebra, no Lancelot —exploté mirándola desde la ventaja que me daba la altura frente al patio de butacas.
- —Gin, deja de protestar —me riñó ella—, sabes que ha habido un sorteo y te ha tocado Lancelot, no te quejes tanto que es uno de los papeles principales.

Yo fruncí los labios y miré a mi hermana, que vestía con ropajes medievales, ella hacía de Ginebra. Me estaba sacando la lengua y riéndose de mí.

- —Pero —volví a protestar—, esto es injusto, yo no quiero ser un soldado, quiero ser la dama.
- —Hay algunas que nacemos para damas y otras para simples soldados —chinchó mi hermana haciendo girar su hermoso vestido de terciopelo. Yo recogí la espada que había tirado y se la lancé. Ella la esquivó con destreza y volvió a sacarme la lengua.
- —Gin, no consiento ese comportamiento. Discúlpate ahora mismo con tu hermana. —Mi madre apenas levantó la voz, que sin embargo rebotó en todo el teatro.
- —Que lo haga primero ella —contesté cruzándome de brazos. Y como una imagen de mí misma, Galadriel hizo lo mismo y ambas miramos a nuestra madre enfadadas.
- —Está bien, está bien —se rindió ella—, vamos a ver, Gin, alguien tiene que hacer de Lancelot, y es un colegio femenino, así que no hay muchas opciones. Pero si tanto te incomoda, cambiaré las entradillas y escribiré LL.
 - —¿Y eso qué quiere decir? —pregunté encerrando los ojos.
- —Lady Lancelot, a partir de ahora serás Lady Lancelot, la más valiente entre las damas, ¿estás contenta?

- —Sí, lo estoy —dije sonriendo.
- —¿Sabes quién es? ¿Dónde se encuentra? —pregunté en tono desesperado.
- —No, no lo sé. Solo he conseguido averiguar que es una mujer francesa. Cuando estuve en París hice varios intentos de reunirme con ella, pero los esquivó todos. Es una mujer inteligente —repuso tristemente.
- —Lo sé, es mi madre. La conozco muy bien —contesté excitada—. Connor, ¿no lo ves? Ahora todo comienza a tener sentido; mi madre no murió, sino que le ocurrió lo mismo que a mí. Está aquí, en este siglo, y tengo que encontrarla.
- —Lo intentaré —contestó—, escribiré a mis contactos en Francia a ver si nos pueden dar alguna indicación.

Yo maldije, en alto y enfadada, por la lentitud con la que sucedían las cosas en este tiempo. Si estuviera en el mío ya habría cogido un avión directo a París y no pararía hasta encontrarla.

- —Tenemos que ir a París. Ella adoraba esa ciudad, sé que tiene que estar allí —dije.
- —*Fan sàmbach, mo anam*, eso puede llevar tiempo prepararlo, además está el pequeño asunto del precio de tu linda cabeza. No obstante, no me has preguntado a quién iba dirigida —dijo rascándose la barbilla.
 - —¿A quién? —pregunté frunciendo el ceño.
 - —A lord Collingwood —dijo simplemente él.
 - —¿Cómo? ¿Mi madre es jacobita? Eso sí que no tiene sentido.
- —Tampoco estoy seguro de que lord Collingwood lo sea, por mucho que se hiciese notar ante nosotros en aquella mesa de juegos. Quizás está intentando hacer lo mismo que tú, advertirnos del peligro —contestó Connor.

La cabeza me daba vueltas y vueltas, mi madre aquí, mi madre una espía. Pero yo también estaba aquí, y ahora era la esposa de uno de los clanes que lucharían por el pretendiente. Era sin duda una señal del destino.

—Necesito pensar —le dije levantándome y comenzando a andar por la habitación sin rumbo.

Mientras él, sin quitarme la vista de encima se sentó otra vez a continuar leyendo las cartas recibidas. De vez en cuando dirigía su vista hacia mí con gesto preocupado. Yo lo ignoraba y seguía maquinando en mi cerebro una

solución. Hacia la mitad de mis disertaciones mentales escuché una maldición en gaélico y lo miré sorprendida.

- —Genevie, tenemos otro problema —dijo mostrando seriedad en su rostro.
 - —¿Más? ¿No te parece lo que acabamos de descubrir suficiente?
 - —Acabo de leer la carta de Duncan —dijo él.
 - —¿Y? ¿Lord Collingwood ha muerto? —pregunté gimiendo.
- —No, parece que se ha recuperado y bastante bien, porque está utilizando todas sus influencias en encontrarte —contestó.
 - —¿Duncan me delatará? —pregunté asustada.
 - —No —contestó él brevemente.
 - —¿Por qué estás tan seguro? —inquirí.
- —Porque le gustas. Le gustas mucho. Demasiado —repuso él con media sonrisa.
 - —¿Yo? —Ahora estaba completamente sorprendida.
- —Sí, ¿no te habías dado cuenta? Si no llega a ser por él, madame La Marche te hubiera arrojado a la calle el primer día.
- —De hecho lo hizo —contesté yo. Pero también recordaba que Duncan había aceptado que me quedara a pasar la noche—. Y tú —añadí—, ¿cómo lo sabes?
 - —Un hombre sabe esas cosas, mo anam —suspiró él.
 - —Entonces, ¿cuál es el problema? —inquirí.
- —La mujer francesa que a veces se te aparece en sueños, ¿conoces su nombre?
 - —Creo que puede ser Melisande, ¿por qué?
- —Porque lady Melisande Darknesson desapareció de su hogar tres días antes de que tú aparecieras y por su descripción está claro que sois la misma persona —contestó pasándose la mano por el pelo.
 - —Pero hay más, ¿no? —pregunté preocupada ante su gesto serio.
- —Sí, lo hay. Lady Melisande está casada con un par del reino, un conde para ser exactos. Lord Darknesson es un hombre muy influyente en la corte del rey Jorge —contestó mirándome fijamente.
 - —¡Ay, Dios! —gemí—, entonces... ¿Estoy casada?
 - —Sí, Genevie, con dos hombres diferentes —contestó él.

Y yo, aunque no llevaba corsé, no había bebido más que agua y creía que ya estaba a salvo de desmayos y ahogos tan propios de las damas de esa época, caí al suelo de la habitación sin ningún tipo de gracia ni decoro.

No me rendiré

Caí y caí por un precipicio sin final hasta que súbitamente quedé suspendida en la nada que me rodeaba. Todo era oscuro y frío y sentí un terror irracional. Entonces apareció ella frente a mí.

- —¿Gala? —pregunté sabiendo que no era ella.
- -No.
- —¿Quién eres?
- —Ya me conoces, Gin —contestó en francés y llamándome por el nombre que utilizaba mi familia.
 - *−¿Qué quieres?*
 - —Que me devuelvas mi vida.
- —No lo haré —intenté mostrarme fuerte pero el agotamiento era extremo, no sentía mi cuerpo como propio, sabía que me estaba alejando, muriendo. Y eso no lo podía consentir.
 - —Lo harás, porque tú me la has robado.
- —Lo mismo que has hecho tú —la increpé casi al borde de la extenuación.
- —No quiero tu vida, tiene demasiado dolor. Quiero la mía —rio amargamente.
 - —Si tanto la querías, ¿por qué huiste?
 - —Porque era el camino para recuperarla.
 - —No te dejaré vencer.
- —Lo harás, tarde o temprano. No tendrás otra opción —dijo desapareciendo en la oscuridad.

Levanté mi mano y aparté algo incómodo sobre mi rostro. Algo con olor a amoniaco. Abrí los ojos de repente, regresando de la oscuridad a la tenue luz de la habitación.

- —Tranquila, *mo anam*. Estás aquí, has vuelto. Estás conmigo. —Era Connor el que hablaba. Tenía un pequeño frasco que agitaba bajo mi nariz.
 - —Aparta eso —le dije con voz ronca.

Yo intenté girarme en la cama, apenas pude, me dolía todo el cuerpo.

- —La has visto, ¿verdad? —preguntó Connor con un tono de voz que me estremeció.
 - —Sí. Está enfadada y quiere volver.
 - —¿Te has enfrentado a ella?
- —Lo he intentado, pero me ha dejado agotada. Empiezo a dudar de las palabras de la anciana. Quizá yo no sea la fuerte —susurré cansada.
- —Cuando vuelvas a enfrentarte a ella, piensa en mí, aunque no tengas mi presencia, tendrás mi espíritu ayudándote —dijo Connor.
- —Aun así, no sé si será suficiente. —Lo miré a los ojos. Su rostro por lo general acostumbrado a ocultar sus emociones ahora era un tapiz que exponía toda la preocupación y mostraba el peligro en el que estábamos—. Connor, ¿qué nos puede suceder? —pregunté temiendo la respuesta.
- —La muerte para los dos. Nunca podremos explicar que nos casamos ignorando tu matrimonio anterior. Nadie nos creería. Tu marido es muy poderoso. Estamos en peligro. No es necesario que te lo diga. Tú misma ya conoces las consecuencias —explicó con voz cansada.
 - —¿Y qué podemos hacer?
- —Tenemos que huir. No estoy dispuesto a entregarte a otro hombre, aunque con ello pueda salvar tu vida y pierda la mía. Es eso o que intentes regresar a tu tiempo. La decisión es tuya. —Me miró fijamente atrapando mi mirada con la suya.
- —Jamás te dejaré, Connor. No tengo otro marido que no seas tú, ni quiero otro tampoco. Decido huir. Pero, ¿y tú? Toda tu familia, tu clan está aquí.
 - —Lo sé, pero mi vida entera eres tú. Donde tú estés allí estará mi hogar.
- —Diciendo eso me besó en los labios y se tendió a mi lado.

Yo me volví hacia él.

- —¿Adónde iremos?
- —No lo sé. El continente puede ser peligroso. Lo mejor será ir a las colonias o incluso La Española o Jamaica. Allí será más difícil que nadie nos reconozca.
 - —No quiero ir allí, hace demasiado calor —repuse.
 - Él puso los ojos en blanco.

—A ambos nos persigue la horca y tú te preocupas porque en aquellas islas hace demasiado calor. Que Dios me asista, ¡jamás entenderé a las mujeres!

Entrecerré los ojos, todavía sin ser consciente del peligro que se cernía sobre nosotros.

- —Está bien —se rindió él—, tengo unas tierras en propiedad, apenas valen nada, bastante al norte. Las gané en una partida de cartas. Puede que ir allí nos dé algo de tiempo. Pero son tierras vírgenes y llenas de peligros que aquí nos son ajenos.
- —Lo sé, sé perfectamente lo que hay allí y lo que habrá. Recuerda de dónde vengo. Me da igual vivir debajo de un árbol si estoy contigo.
- —Bueno, lo haremos entonces —dijo levantándose—, al menos hasta que nos ataque un oso o nos coma un jaguar.
- —O nos ataquen los indios, no lo olvides —le sonreí haciendo una mueca.
- —Sí, esa es otra amenaza a tener en cuenta —contestó él pasándose la mano por el pelo.
- —No te preocupes, mi amor —le contesté—, un buen amigo me dijo hace tiempo que yo soy de las que coge un arma y no grita cuando atacan los indios. Puede que sea de utilidad, si llega el momento.
- —Solo espero que no llegue, *mo anam*. Solo espero que no llegue. Y mientras tanto, me consideraré afortunado si conseguimos llegar vivos a las costas de América. Allí, ya veremos... —contestó mostrando una prudencia que yo no sentía.

Me quedé observándolo mientras recogía las cartas. Algunas las guardó y otras las quemó en el fuego.

Se volvió hacia mí.

—Descansa. Hay mucho que preparar y pocos días para hacerlo. —Me dio un casto beso en la frente y abandonó la habitación.

Me quedé dándole vueltas a mi mente. Desde que lo conocí no había hecho otra cosa que ponerle en peligro y ahora esto. ¿Cómo podía pedirle que huyera conmigo obligándolo a dejar todo lo que amaba cuando él me había dado la oportunidad de regresar a mi vida y a mi familia sin pedirme nada a cambio? Él tenía mucho más que perder que yo. Por una parte me sentía afortunada y orgullosa de tener su amor, y por otra me sentía tremendamente culpable de apartarlo de todo cuanto quería. Me pregunté si podría enfrentarme a lord Darknesson, mi desconocido marido, y suplicarle

que me diera el divorcio. ¡Maldita sea! Ni siquiera sabía si existía el divorcio en esta época. Lo dudaba, eso sería un pecado contra Dios y como poco seríamos excomulgados y proscritos de por vida. ¿Podríamos vivir así? O, sin embargo, ¿nos hundiría para siempre?

Cuando regresó al poco rato con una bandeja de comida, me levanté y me enfrenté a él.

—Connor. No puedo permitir que lo hagas. No puedo pedirte que huyas conmigo y abandones toda tu vida —le expuse tranquilamente.

Él me miró y yo finalmente le enfrenté la mirada.

- —Tú no me has pedido nada, *mo anam*, es mi decisión. La misma que has tomado tú al decidirte a quedarte conmigo y no regresar con tu familia. ¿Crees acaso que yo soy menos fuerte que tú? ¿Crees acaso que yo te amo menos que tú a mí? —soltó bruscamente.
 - —No, no es eso —contesté intentando calmar su enfado.
- —Entonces, ¿qué es? —inquirió bajando la voz, lo que hacía siempre que se aproximaba una discusión.
- —No quiero que eso nos destruya. Que nos demos cuenta de que lo hemos abandonado todo y que no merezca la pena —susurré entrecortadamente.
- —Tú, Genevie, eres mi corazón y mi familia entera. Solo seré destruido si te pierdo, solo entonces perderé mi alma. Y créeme si te digo que haré todo lo posible por que eso no ocurra. —Se acercó a mí peligrosamente.
- —Connor, no creo que... —Mis palabras murieron silenciadas por sus labios. Me tendió en la cama.
 - —Connor —volví a protestar.
- —Chsss, no tardaré mucho, aunque no te puedo prometer dulzura, ya que ahora mismo solo tengo deseos de poseerte hasta hacerte olvidar esas tonterías que estás pensando. —Me volvió a besar con más fuerza.

Y yo a mi pesar le respondí con la misma intensidad. Sus manos levantaron mis faldas y buscaron inquisitivas y curiosas hasta lograr su objetivo. Yo abrí más las piernas en respuesta, gemí y busqué más su contacto. Él no me hizo esperar, me tomó con fuerza. Comencé a sentir placer al primer contacto y estallé cuando lo tuve dentro de mí llenándome con toda su fuerza, grité y le mordí el hombro. Él empujó con más fuerza y sentí dolor, el dolor límite del placer, en que deseas que pare, pero sin embargo tu cuerpo se arquea sin voluntad propia deseando más dolor, más placer. Él lo notó y se hundió más profundamente en mi cuerpo, quebrando

también mi alma y borrando todos los restos de duda que quedaban entre nosotros.

- —Te amo —grité.
- —Yo también, *mo anam*, espero que nunca lo olvides —susurró con voz ronca.
 - —No lo haré —prometí—, jamás lo haré.

El día siguiente lo pasamos encerrados en la habitación apenas sin salir. Connor escribía sin cesar cartas a todos sus contactos. No había olvidado la promesa que me había hecho de encontrar a mi madre, aunque yo creía que eso era una empresa casi imposible. Yo me entretuve preparando algo del pequeño equipaje que íbamos a llevar. Saqué los dos únicos vestidos que me habían preparado en tan poco tiempo, adaptándolos a mi cuerpo, busqué entre su ropa, sacando jubones, pantalones y pelucas, que peiné y empolvé con cuidado.

- —No podremos ser Connor y Genevie. Lo sabes, ¿no? —preguntó observando cómo peinaba una peluca.
 - —Lo sé, pero me gusta tanto verte así vestido... —repliqué.
 - —Bueno, tampoco seré monsieur Courtois otra vez —explicó.
 - —¿Y quién serás?
- —Alguien que ya he sido anteriormente, lord Greystone —dijo simplemente.
 - —¿Y yo? —pregunté.
 - —¿Cómo te gustaría llamarte?

Lo medité un momento.

- —Elizabeth, ¿te gusta? Siempre deseé tener un nombre común.
- —Genevie es un bonito nombre, y bastante común. —Yo puse los ojos en blanco. Puede que en el siglo XVIII lo fuera, pero en el siglo XXI... Él prosiguió ignorando mi gesto—. Sí, me gusta. Espero que sirva para pasar desapercibidos. Deberías evitar hablar demasiado. Aunque estás perdiendo el acento español, todavía es demasiado pronunciado para que resulte creíble —dijo.
 - —Está bien. —Entonces recordé algo.
 - —Connor.
 - —¿Sí?
 - —¿Puedes hablarme en francés?
 - —¿Qué quieres que te diga? —preguntó sorprendido.
 - —Cualquier cosa, lo que te venga a la mente —repuse.

Me miró y comenzó a hablar, al principio despacio y después con más velocidad. Su acento era impecable, parecía nativo. Y yo al poco de que estuviera hablando comencé a enrojecer. Él paró al notarlo.

- —¿Me has entendido? —preguntó.
- —Sí —le dije, riéndome entre dientes—. ¿Todo eso piensas de mi cuerpo, de mis pechos, de mi... —me silencié, totalmente roja.

Él me miró de hito en hito.

- —El padre Aonghus tendría mucho que decir respecto a su vocabulario, señor MacIntyre —le reprendí.
- —¿Cómo es posible que me comprendas si hace unas semanas no sabías ni una sola palabra en francés? —Me miró con incredulidad.
- —Creo que tiene mucho que ver con que comparta cuerpo con una francesa. En mis sueños ella habla en francés y yo la entiendo. Solo quería comprobar que también lo podía hacer en la realidad —repuse incómoda.
 - —¿Sabes hablarlo también? —preguntó.
 - —Pues..., no lo sé. No lo he intentado —repuse dudando.
 - —Inténtalo —me instó él.

Cerré los ojos y me concentré hasta que las palabras flotaron en mi mente claras y concisas. Entonces comencé a hablar.

Me paré a los pocos minutos.

—¿Qué tal lo he hecho? —pregunté abriendo los ojos.

Lo tenía frente a mí.

—No sabía que tu voz sonaba tan sensual en francés, *mo anam*. —Me besó con pasión y se apartó un momento—. Lo has hecho perfectamente. Y sí, acepto —contestó cogiéndome en brazos y arrojándome sobre la cama.

Ambos reímos y nos amamos pronunciando palabras hasta ahora desconocidas para mí, pero tremendamente excitantes, no había duda.

Poco después me desperté sola en la cama, pero noté su presencia en la habitación. Había cogido un papel en blanco y un trozo de carboncillo. Estaba pintando algo.

- —¿Qué haces? —le pregunté somnolienta.
- —Estoy dibujando tu rostro, o al menos lo intento —contestó con el entrecejo fruncido y totalmente concentrado en el papel frente a él.
- —Vaya, me siento como Kate en *Titanic*, ¿quieres que me desnude? —le pregunté algo incómoda.
- —No sé quién es Kate, ni lo que es *Titanic*, pero de todas formas ya estás desnuda —me hizo notar, esbozando una media sonrisa—, y jamás te

dibujaría desnuda. Tu cuerpo es solo mío.

Le conté qué sería el *Titanic* y la película a la que hacía referencia. No sé si me entendió. De hecho tampoco estaba muy segura de que me escuchase, dada su concentración.

- —No sabía que dibujabas —le dije.
- —No suelo hacerlo. Lo hacía a menudo cuando vivía en Italia, pero aquí no hay mucho tiempo, ni tampoco tiene mucho sentido. Sin embargo, cuando te he visto dormir, no he podido resistirlo —contestó con voz tranquila.
 - —Lo sé, se te da bien trabajar con las manos —dije.
 - —¿Quién te ha dicho eso? —preguntó levantando la vista del papel.
 - —Casi todos los que te conocen.

Rio y se pasó la mano por el pelo en señal de reconocimiento.

- —¿Me dejas verlo? —pregunté incorporándome.
- —No, cuando esté terminado. Ahora solo es un boceto.
- —Está bien. Pero ¿me dejas que te dibuje yo algo a ti?
- —¿Quieres dibujarme? —preguntó con curiosidad.
- —No, no soy tan buena. Pero quizá pueda hacerte un regalo que sé que te va a gustar.

Me entregó un papel limpio y un carboncillo. Y yo, recordando mi última visita a Nueva York, me esforcé por hacerle un dibujo del Empire State. Sabía lo que le gustaba la arquitectura y así quizá pudiera entender un poco más cómo era el mundo en el que yo vivía. No era muy buena dibujando, pero el resultado fue alentador. Si lo viera alguien que ya lo hubiera visto anteriormente, lo reconocería. Con eso me bastaba.

Se lo entregué con una sonrisa.

- Él lo observó con cuidado.
- —¿Es tu casa? —preguntó finalmente.
- —No —me reí—, es el Empire State, durante muchos años fue el edificio más alto del mundo. Está en Nueva York. Desde la azotea se puede ver a kilómetros de distancia. Tiene ciento dos pisos.
- —¿Y cómo sube la gente tantos pisos? Debe de ser agotador —repuso desconcertado.

Yo me reí y le expliqué lo que era un ascensor. Él asintió comprendiendo.

—Vaya, parece bastante sencillo, ¿y cuándo se construirá el primer ascensor de esos?

- —No tengo ni idea. Muchísimo tiempo antes de que yo naciera. Creo que a mediados del siglo XIX.
 - —¿Me lo puedo quedar? —preguntó con el dibujo en la mano.
 - —Claro, es un regalo —contesté.
 - —Nunca me han hecho un regalo —repuso algo desconcertado.
 - —¿Nunca? —pregunté sorprendida.
 - —No que yo recuerde.

¿Se había emocionado o fue mi imaginación?

Me atrajo hacia él y me sentó sobre sus rodillas.

- —Solo lamento una cosa, *mo anam* —dijo con voz ronca.
- —¿El qué? —pregunté mirándolo a los ojos verdes.
- —No haberte encontrado antes. —Me besó.

Poco tiempo después, me dejó ver por fin mi dibujo. Era de un realismo impresionante. Mis ojos miraban al infinito como si pudiera ver algo desconocido por los demás, mi pelo flotaba suelto alrededor de mi rostro de pómulos altos y frente ancha y despejada. Una sonrisa quería asomar a mis labios, una sonrisa dirigida solo a una persona. Había sabido captar mi alma y no únicamente mi rostro. Me encantó y así se lo dije. Connor rio con satisfacción.

—Lo guardaré con cuidado —le dije, poniendo otro papel sobre él y envolviéndolo en un trozo de tela. Luego lo escondí en el arcón con el resto de nuestras escasas pero muy preciadas pertenencias.

Mientras Connor bajaba a la cocina a buscar algo de cena, yo cogí un papel en blanco y me senté en su escritorio. Escribí una larga carta dirigida a mí, explicando cosas y recuerdos que solo tendrían sentido si era yo la que lo leía. Cuando terminé, no supe muy bien qué hacer con ella, así que la doblé y la escondí en el libro que estaba leyendo, uno de los preferidos de mi madre, *Moll Flanders*, de Daniel Defoe. Un libro que mi madre atesoraba como las joyas de la corona en su inmensa biblioteca.

Al día siguiente salimos al exterior. Casi todo estaba preparado, pero ambos nos negábamos a abandonar nuestro hogar y nuestro refugio. No iba a haber despedidas, no podíamos dejar rastro alguno. Connor quiso enseñarme parte de su tierra y con ello hacer que yo también guardara el recuerdo, por si algún día pudiésemos volver. Habíamos cogido provisiones y pasaríamos todo el día fuera, y por extraño que pareciese, el

tiempo, aunque frío, nos acompañaba. Había caído una pequeña nevada, lo que hacía que el paisaje fuera todavía más impresionante.

Cuando paramos en la cima de una colina cercana aspiré el aire fresco con fuerza, sintiendo el olor de la tierra mojada, del pinar a nuestra espalda y del agua del lago a nuestros pies.

Lo miré sentado a mi lado observando el paisaje, el sol lanzaba reflejos dorados sobre su melena suelta y su perfil regio se recortaba en el horizonte. Se volvió hacia mí y me cogió la mano.

Nunca fui tan feliz como en aquel instante y nunca lo amé con tanta intensidad, y de repente recordé el olor, el lugar y al hombre. Mis sueños se volvieron realidad y mi realidad se hizo sueño. «Ya estás conmigo», fueron sus palabras sin pronunciar y alcé la mano para tocar su rostro recorriendo con los dedos sus cejas tupidas y rubias, sus ojos verdes como los mares del Sur, el contorno de su frente ancha, sus pómulos altos y vikingos, su nariz recta y que se ensanchaba un poco al final, sus labios gruesos, su mandíbula cubierta por barba dorada y rasposa y su media sonrisa de pícaro.

De repente una sombra cubrió su rostro.

—Ingleses —dijo simplemente.

Yo miré en la dirección que indicaba. Varios dragones a caballo se habían parado en la base de la colina, cerca del oscuro lago. Sus uniformes rojos destacaban como la sangre en el paisaje nevado. Temblé.

- —¿Nos escondemos? —pregunté dirigiendo mi mirada al bosque.
- —No, ya nos han visto, eso solo los haría sospechar más. Vamos a su encuentro. Tápate y agacha la cabeza, procura que no te vean el rostro.
 Por su tono de voz noté la tensión implícita en su cuerpo.

Desató el caballo de un árbol donde este rebuscaba algún hierbajo valiente que sobresalía del suelo y lo cogió de las riendas. Ambos bajamos andando tranquilamente la colina a su encuentro. Los dragones habían descendido de sus monturas y nos esperaban. Tuve un presentimiento, un mal presentimiento, y un escalofrío de terror me recorrió el cuerpo entero. Me cubrí todavía más con la capucha de la capa y miré al suelo intentando no resbalar, fuertemente agarrada a la mano de Connor.

Nos paramos a unos cinco metros de ellos. Eran siete hombres.

—Un día frío para pasear —dijo el que parecía el de mayor rango, frotándose las manos y pasándose una a continuación por la nariz enrojecida.

- —Un día como otro cualquiera del invierno en las Highlands —contestó Connor con fuerte acento escocés, que no se molestó en disimular.
 - —¿Son de por aquí? —volvió a hablar el inglés.
- —Sí, estas son mis tierras. ¿Qué les trae por aquí? —repuso Connor cortante.
- —Nos han informado del robo de algunas cabezas de ganado. —El tono del dragón era cordial pero frío como el ambiente.
- —Por lo que puede ver —Connor circundó con su mano alrededor—, aquí no encontrarán ese ganado.
- —Me imagino que ya las tendrán a buen recaudo y no pastando por las laderas heladas —contestó el hombre.
- —Puede ser. De todas formas yo no tengo conocimiento de ningún robo en los últimos días —contestó Connor sujetándome la mano.

Yo tenía la cabeza agachada, pero aun así notaba las miradas de curiosidad dirigidas hacia mí. Intenté ladear un poco el rostro y me fijé en un hombre apostado detrás del capitán, ahora le veía el rango, que me miraba con extrañeza. Yo agaché más la cabeza hasta casi enterrarla en mi plexo solar.

- —¿Y quién es la dama? —volvió a preguntar el capitán.
- —Nadie de su incumbencia —contestó bruscamente Connor. Yo le apreté la mano. Estaban efectuando una danza peligrosa y ambos lo sabían.
 - —Capitán, capitán —llamó el hombre apostado detrás de él.

El cuerpo de Connor se tensó como una cuerda y la fuerza sobre mi mano se intensificó.

- —¿Sí? —contestó con hastío el capitán.
- —La mujer es... Creo recordar que..., ese rostro..., es la mujer que...

Connor se soltó de repente de mi mano y se lanzó contra el hombre derribándolo de un golpe. Hizo propia la frase «no hay mejor defensa que un buen ataque». No obstante, al ver que algunos de los compañeros del soldado se lanzaron en su ayuda, dudé de que esa frase alguna vez tuviera sentido. De repente todo se ralentizó. Levanté mi rostro y encaré al capitán. Este me miró sin reconocerme, lo vi en sus ojos. Intenté acercarme para ayudar a Connor. Pero este en una maniobra desesperada se volvió y emitió un sonido estrangulado de su boca:

—Ruith!

«¡Corre!» Esa fue su orden. Yo me volví y emprendí la huida subiendo la colina de forma desesperada, resbalándome y cayéndome una y otra vez.

Escuché la voz del capitán a mi espalda.

—¡Cogedla!

Yo renové las fuerzas con el miedo, perdí los zapatos y me arrastré con las medias de lana. Hasta que no nos vemos en una situación de verdadero peligro, desconocemos cómo puede reaccionar nuestro cuerpo. Por el mío corría la adrenalina por la sangre impulsándome cada vez con más velocidad. Mis perseguidores, calzados con botas, resbalaban y caían como lo había hecho yo antes. Corrí y corrí internándome en el bosque de pinos. Sabía que tenía que atravesarlo y girar hacia la derecha para encontrar el camino de regreso a casa. Paré un momento en el centro del bosque, súbitamente en silencio. Solo se escuchaba mi respiración agitada. ¡Dios!, ahora no podía perderme. Con desesperación miré alrededor buscando una salida, escuché la respiración de los hombres acercándose a su presa. Y, desesperada, giré hacia la derecha, llevándome ramas y hojas a mi paso, que apartaba del rostro y de la tela de la capa del vestido con furia sin pararme una sola vez. Después de lo que pareció una eternidad, salí del refugio de los árboles a cielo abierto y allí al fondo vi la casa con las chimeneas humeantes y las luces titilando en las ventanas. Bajé deslizándome la colina, incluso rodé un par de veces. No sentía dolor ni cansancio, solo determinación. Ya no escuchaba a mis perseguidores. Recorrí los últimos cien metros como si fuera la maratón de Boston, esquivando piedras y arbustos hasta que llegué al camino de piedra de la casa. No me paré hasta que entré y cerré la puerta tras de mí.

Me recibieron Kendrick y su mujer, que salieron en ese momento de la cocina.

Yo estaba pegada a la puerta, como si mi cuerpo fuera defensa suficiente.

- —Ingleses —dije resollando—, se..., se han llevado a Connor.
- —¿Por qué? —preguntó Kendrick desconcertado.
- —Atacó a uno de ellos —respondí al borde del infarto.

En dos minutos se movilizó y quiso llamar a los hombres del clan para que se reunieran en la casa. Sus abuelos habían salido del salón y se habían sentado con gesto preocupado en las sillas de la cocina.

- —No —le paré. Ahora era mi problema, y yo tenía la obligación de solucionarlo.
- —Esto no es cosa de mujeres, lady MacIntyre —me instó con tono brusco.

—Déjese de tonterías. Es mi problema porque es mi marido. Necesito que avisen a su padre. Él tiene mucha más influencia que cualquiera de nosotros —expuse intentando parecer calmada aunque mi corazón latía a cien por hora.

Lo meditó un momento.

- —Yo iré a buscarlo —dijo finalmente dirigiéndose a buscar las armas que los hombres depositaban en un arcón cerca de la puerta.
 - —Necesito otra cosa —repliqué.
 - —¿El qué? —Él se volvió con el espadón en la mano.
- —Necesito un hombre que sea habilidoso en sustraer ciertas cosas dije.
 - —¿Cómo dice? —preguntó sin entender.
- —Necesito que me traigan los contratos matrimoniales que Hamish padre guarda en su despacho. Es de vital importancia. Y nadie debe saberlo. ¿Conoce a alguien que pueda hacerlo? —pregunté.

Si le pareció una sugerencia extraña no lo hizo notar.

- —Sí —se volvió a su mujer—, llama al pequeño John, me acompañará. El pequeño John en realidad era su hijo mayor, un joven de unos veinte años, delgado y fibroso y mucho me temía que el instigador del robo de ganado.
 - —¿Algo más? —inquirió Kendrick.
 - —Sí.
 - —¿Qué?
- —Tengan mucho cuidado y sean discretos. No se fíen de nadie en el castillo.
- —Eso no hacía falta advertirlo, lady MacIntyre —contestó, pero esbozó una pequeña sonrisa.

En pocos minutos estaban listos para partir y si había suerte al día siguiente al mediodía habrían llegado.

Cuando las mujeres nos quedamos solas, la esposa de Kendrick comenzó a rezar quedamente, la abuela de Connor se apoyó en su marido sollozando y yo cogí una botella de whisky y serví dos dedos en vasos para todos.

—Lo necesitamos —dije. A mí los rezos no me ayudaban, estaba tan nerviosa que sentía ganas de salir corriendo detrás de los dragones y enfrentarme yo misma a ellos, pero de momento me tenía que contentar con esperar. Sabía sin lugar a dudas que ningún destacamento inglés se enfrentaría al *laird* de uno de los clanes más poderosos de las Highlands

asesinando a su hijo, y menos en ese momento, lo que podría ser la chispa que prendiera la llama. Pero aun así sentía un miedo irracional y una inexplicable sensación de soledad al no tener a Connor a mi lado. Él era el fuerte, el decidido y el que sabría lo que hacer. Bueno, ahora era mi turno, si toda mi vida anterior y la presente no me habían servido como aprendizaje a lo que me esperaba, es que era completamente estúpida. En ese momento alcé los ojos al cielo y exclamé—: ¡Estúpida no, por favor! —sorprendiendo a los que nos encontrábamos en la cocina, que me miraron con estupor. Di gracias por haberlo dicho en castellano, pero aún así me miraron como si estuviese loca.

La mujer de Kendrick se acercó y observó mi vestido destrozado, completamente embarrado, y los arañazos que mostraba en el rostro y las manos.

- —Ven, querida, te limpiaré las heridas —dijo.
- —No hace falta —contesté yo—, solo son unos arañazos sin importancia.
 - —¿Te han hecho daño? —fue la abuela la que habló.
- —No. Pero a él sí. —Y sin pretenderlo no pude contener las lágrimas al recordar a tres hombres golpeando sin piedad a Connor. Me froté con furia los ojos. «Ginebra», me dije, «tienes que ser fuerte, por él y por ti. Piensa y sobrevive».

Observé a través de las ventanas el crepúsculo infinito de las Highlands, transformándose en noche oscura. Me volví a todos.

—Es hora de descansar, mañana será un día muy largo —dije retirándome a la habitación.

Una vez allí rebusqué en nuestro arcón y encontré lo que buscaba. Una copia del contrato matrimonial. Lo examiné por fin y vi lo que el viejo Hamish le había obligado a firmar para acceder a nuestro enlace. En él renunciaba a cualquier derecho que le perteneciese por ser hijo suyo. Con una maldición, lo tiré al fuego y me senté a observar cómo las llamas lamían el papiro hasta deshacerlo en cenizas. Luego me levanté y saqué el mejor vestido que tenía, uno de seda gris marengo, con una sobrefalda abierta de color gris humo con bordados de hilo de plata. Aquel sería mi atuendo para el día siguiente.

Me desnudé y me limpié las heridas. Me lavé el pelo y lo perfumé mientras me lo secaba frente al fuego. No dejaba de pensar en Connor. ¿Dónde estaría? ¿Estaría herido? Bueno, eso lo sabía, pero ¿muy herido?

Lo que en realidad no sabía es lo que esperaba que yo hiciera a continuación. Quizá quería que intentara regresar a mi tiempo y ponerme definitivamente a salvo. Eso era algo que tenía claro que no iba a hacer. No lo dejaría. Intentaría por todos mis medios ponerlo a salvo. Desconocía cuál podía ser su castigo y esperaba llegar a tiempo para el juicio. Desde luego no podría opinar, pero algo se me ocurriría. Ahora no podía hacer mucho más que rezar por él. Y aunque no recordaba ninguna oración, por él más que por mí, supliqué a Dios que lo mantuviera a salvo y que a mí me diera la fuerza y la sabiduría suficientes para poder llevármelo conmigo.

Me acosté sabiendo que no podría dormir. Sin embargo, una calma fue creciendo como una pequeña llama en mis entrañas, el momento que tanto había temido ya había llegado y por fin podría hacerle frente.

Al amanecer abrí los ojos y me levanté. Me vestí con cuidado y bajé a la cocina. Los hombres no habían llegado, maldije otra vez la lentitud de este siglo. En coche la distancia la podríamos haber recorrido en un par de horas. Con los nervios a flor de piel me obligué a comer algo. En ese momento bajó la mujer de Kendrick.

- —Buenos días, milady —exclamó sorprendida de verme allí tan pronto y vestida de forma tan elegante.
 - —Buenos días —contesté mecánicamente.

Nos mantuvimos en silencio unos minutos. Ninguna de las dos quería hablar. Ambas estábamos preocupadas por nuestros respectivos maridos y aunque a veces hablar consuela, en ese momento nuestro grado de crispación era tan patente que permanecer calladas fue lo mejor.

- —¿Sabe de alguna mujer que pueda peinarme? —dije finalmente.
- Si le hubiera dicho que el demonio acababa de atravesar la puerta no me habría mirado tan sorprendida.
 - —Sí, claro, yo misma puedo hacerlo. Pero ¿por qué? —preguntó.
 - —Quiero parecer una dama —contesté mirándola a la cara.
 - —Milady, ya es una dama —dijo ella con un amago de sonrisa.
 - —Sí, pero esta vez quiero parecerlo —le dije haciendo una mueca.
- —Está bien, espere en el salón. Cogeré lo necesario —dijo saliendo de la cocina.

Me dirigí al salón y me senté en un sillón junto al fuego. Mi mente volaba una y otra vez hacia Connor. ¿Habría dormido? ¿Dónde estaría? ¿Le habrían curado sus heridas? Paré de pensar, ahora tenía que concentrarme

en otras cosas, como por ejemplo en qué hacer para sacarlo de este lío.

La mujer de Kendrick vino con una pequeña cesta y se situó a mi espalda. Me peinó y desenredó el pelo durante un buen rato sin hablar. Ese simple gesto sirvió para relajarnos a ambas. Me recogió el pelo en un complicado moño en lo alto de mi cabeza, dejando varios rizos sueltos alrededor de mi rostro. Como adorno me entrelazó una pequeña tira de perlas salvajes que sobresalían y se escondían en mi pelo negro. Me mostró el resultado entregándome un espejo. Yo me miré casi sin reconocerme. La salvaje y descuidada joven había desaparecido y la dama que yo esperaba demostrar que era había hecho su aparición. Simplemente, estaba siguiendo los consejos de mi jefe, «vístete como los demás quieras que te vean». Lo había conseguido.

—Muy bonito, gracias —le contesté con una sonrisa.

Los abuelos de Connor bajaron y se sentaron en el salón a esperar. Sus gestos eran preocupados y no dejaban de sujetarse las manos.

- —No dejaré que le ocurra nada —les dije, sin saber si era cierto o no.
- —Lo sabemos, hija, ¡que Dios te ayude! —contestó su abuela.

Su abuelo cabeceó, conocía la situación y dudaba de mi capacidad. No se lo reproché, pero yo tenía un as en la manga y pensaba utilizarlo si fuera necesario.

Pasó una eternidad hasta que escuchamos el sonido de caballos al trote. Todos nos dirigimos a la entrada.

Yo me asomé y no vi al padre de Connor. Sin embargo, el viejo astuto había enviado a su hijo Hamish.

Me acerqué a él cuando desmontaba.

—¿No ha venido tu padre? —le pregunté.

Él me miró de arriba abajo, casi sin reconocerme. Yo, a mi pesar, sonreí.

- —No, tenía asuntos más importantes que tratar —contestó.
- —¿Más que la vida de su hijo? —exploté en un susurro bronco.

Él simplemente se encogió de hombros. Yo quise patear el suelo. Con el viejo Hamish de nuestro lado teníamos más posibilidades, ahora estas se habían reducido a la mitad, que era más o menos lo que representaba su hijo legal.

Me dirigí al joven John.

- —¿Lo tienes? —pregunté en un susurro.
- —Sí, señora —dijo entregándome un pequeño fajo de papeles. Yo los escondí presurosa en los pliegues de mi vestido.

- —¿Te ha visto alguien? —pregunté temiendo por su castigo.
- —Solo los duendes —contestó sonriendo.

Le sonreí a mi vez y musité un gracias silencioso. Mientras los hombres comían algo, yo subí a la habitación y arrojé los papiros al fuego. Ahora ya no quedaba ninguna prueba tangible de nuestro matrimonio, solo palabras. Y las palabras se las lleva el viento. Respirando más tranquila, cogí mi mejor capa forrada en piel, una bolsa de dinero de Connor y otro objeto que guardé con cuidado en un pequeño bolso de terciopelo y que pensé que me sería de utilidad.

Bajé corriendo las escaleras sabiendo con una certeza absoluta que no volvería a esa casa, pero no quise mirar atrás. Solo tenía una idea en la mente, que era salvar a mi marido, costara lo que costase. Los hombres estaban fuera esperando y conversando entre ellos.

- —Kendrick —me dirigí hacia el hombre, que tenía el rostro cansado por el viaje—, tú y el pequeño John ya habéis hecho suficiente. Es mejor que os quedéis aquí.
- —Eso desde luego que no, milady. Nosotros vamos también, se lo debemos a Connor y él no nos perdonaría que la dejáramos en manos de los Stewart sola —dijo mirando al pequeño John, que asintió serio.
 - —Está bien —contesté agradecida.
 - —¿Dónde lo habrán llevado? —pregunté en alto.

Fue Hamish el que contestó.

- —Estará en el acuartelamiento de Invermoriston, está a unas horas de camino.
 - —Bien, vamos entonces. Ningún hombre se movió.
- —Señores —grité—, ahora soy yo el director de la orquesta, así que espero que cooperen y la melodía sea la correcta.

Todos se miraron entre sí.

- —¿Ella va a venir? —preguntó uno.
- —¿Qué es un director? —preguntó la voz familiar del joven John.
- —¿Y una orquesta? —dijo otro.
- —¿Quiere que toquemos música? Nosotros somos soldados —expuso otro confuso.
- —¡Silencio! —grité más fuerte—, monten sus caballos y vayámonos de una maldita vez al acuartelamiento de los ingleses.
 - —Tú no, Hamish. —Me volví hacia él.

Él se volvió sorprendido.

- —Ayúdame a montar, iré contigo —dije mostrando por primera vez algo de debilidad.
 - —De acuerdo —respondió él, sonriendo maquiavélicamente.
 - —¿Dónde está el frisón de Connor? —preguntó Liam desde su montura.
 - —Se lo llevaron con él —contesté.

Chasqueó la lengua.

- —Eso no le gustará —dijo.
- —Los traeré de vuelta —contesté yo.
- —¿Al caballo o al hombre? —preguntó Hamish.
- —A ambos —dije yo con una voz que no reconocí como mía.

Y sin nada más que hablar emprendimos camino al trote, acompañados por unas nubes negras amenazantes de lluvia a nuestra espalda. Yo me arropé en la capa e intenté acomodarme en una silla, un caballo y un hombre que no me eran familiares.

- —¿Esto es porque te han reconocido? —preguntó Hamish en un susurro.
- —Sí, en parte gracias a ti, por contárselo a tu querida esposa —repuse mascullando.
- —Yo no fui, Geneva, ella ya lo sabía, se lo había dicho otra persona antes. Yo jamás te pondría en peligro, deberías saberlo —repuso él con voz enronquecida.
 - —Eso permíteme que lo dude, Hamish.

Él emitió un sonido gutural escocés que podría significar cualquier cosa. Y después calló.

El trayecto se hizo interminable, los caminos estaban embarrados y en ocasiones helados y eso hacía que los hombres tuvieran que tener mucho más cuidado en controlar a sus caballos. Y después de una eternidad llegamos al acuartelamiento. No sé lo que me esperaba, pero desde luego eso no. Parecía una posada al uso, un simple edificio de madera separado de una pequeña agrupación de casas.

—Espera aquí —me dijo Hamish desmontando.

Hice lo que me pedía a regañadientes y esperé junto con el resto de los hombres.

Al poco salió. Su rostro estaba serio y circunspecto.

No esperó a que le preguntáramos.

- —Se lo llevaron directamente al Fuerte George. Los dragones que lo apresaron no pertenecen a este acuartelamiento.
 - —¿Eso qué significa? —pregunté.

- —Nada bueno —contestó él. Observé los gestos serios de los hombres.
- —¿De qué lo han acusado? —lo interrogué.
- —De obstrucción y agresión. El hombre al que atacó era un cabo, pero su hermano era el capitán, así que no creo que eso le beneficiara en nada. Lo juzgarán en cuanto lleguen, si es que no han llegado ya. Debemos darnos prisa —dijo montando otra vez en el caballo, que relinchó protestando por el peso.

Atravesamos las Highlands hacia el norte, el Fuerte George estaba cerca de Inverness. Yo sujetaba con tanta fuerza la silla que los nudillos se me pusieron blancos del esfuerzo. Obstrucción y agresión a un soldado inglés. Sabía lo que significaba, la horca. Apenas podía respirar. Y el paso lento de los caballos me ponía todavía más nerviosa. Estaba acostumbrada a una actividad incesante, a que las comunicaciones fueran instantáneas, solo pulsando una tecla, y la lentitud me estaba crispando los nervios hasta tal punto que creí que iba a tener un ataque y de un momento a otro iba a empezar a gritar.

Hamish sin embargo se mantenía en calma.

—Chsss, tranquila, Geneva, a él seguramente lo llevan atado detrás de los caballos y eso hará que vayan más lentos.

Me imaginé la escena y gemí. Eso no era ningún consuelo.

- —Eso si no ha conseguido cabrearlos tanto que lo hayan matado por el camino.
 - —¿Pueden hacer eso? —pregunté horrorizada.
- —No, pero siempre pueden decir que fue un accidente, nadie les pedirá cuentas por un simple escocés muerto —repuso con amargura en su voz.

Al anochecer paramos en una posada a cenar y descansar un poco. Los hombres parecían cansados, pero yo estaba en tal estado de excitación que la tranquilidad que mostraban me inquietaba más.

- —No pensaréis hacer noche aquí, ¿no? —pregunté a Liam.
- —No, comeremos algo y seguiremos camino, esperamos llegar al amanecer —contestó tranquilizándome al menos un poco.

Me senté en la mesa con los hombres, pero apenas pude comer nada. Estuvimos allí más o menos lo que yo consideré unas dos horas que se hicieron interminables. Mientras tanto observé a la gente de la taberna, escoceses como nosotros, todos hombres excepto un par de mujeres, que por su aspecto y su escasa ropa eran prostitutas. Observé cómo alguno de los hombres que nos acompañaban las miraban sin disimulo alguno. El más

concentrado en ellas, el pequeño John.

—Ni se os ocurra —siseé lo suficientemente alto para que me escucharan todos los hombres de la mesa.

Todos a una se volvieron a mirarme.

- —Si tenéis ganas de compañía, utilizad el amor propio —dije furiosa. Al principio me miraron con incredulidad y poco a poco con reconocimiento. Alguno tuvo la decencia de enrojecer, la mayoría estalló en carcajadas.
- —Eso también nos llevará algo de tiempo, pequeña —susurró Hamish a mi oído.
- —Sí, pero bastante menos que si os perdéis con alguna de esas mujeres. No quiero tener que buscaros por las habitaciones sacándoos de cama en cama —exclamé enfadada.

Pero ¿cuándo me había convertido yo en la madre de nadie?, pensé sorprendida.

- —Actúa como el capitán de la guardia —exclamó uno de los hombres.
- —Yo no acepto órdenes de una mujer —dijo otro.

Los estaba perdiendo y lo sabía. Pasé mi mano por debajo de la mesa y apreté con fuerza el muslo de Hamish pidiéndole ayuda. Él dio un respingo y se atragantó con la cerveza tosiendo. Me miró con una mezcla extraña de sorpresa y deseo en sus ojos azules y por un instante su rostro me recordó tanto al de Connor que sentí que las lágrimas afloraban otra vez con libertad. Me mordí el labio y aguanté.

—De una mujer no, pero de tu capitán, sí —dijo Hamish levantándose—. Vamos, ya hemos perdido demasiado tiempo.

Los hombres le siguieron reticentes, pero le siguieron, que era lo importante.

El camino fue largo y tremendamente cansado. Yo finalmente me rendí y me apoyé en el pecho de Hamish, él silenciosamente deshizo su tartán y me arropó con él. Dormité a ratos sobre él. Ni siquiera noté que su mano se había deslizado de las riendas a mi cintura como solía hacer Connor.

- —Aparta tu mano de mi cintura —le dije, demasiado cansada como para hacerlo yo misma.
- —Si lo hago acabarás cayéndote del caballo —contestó él, sin mover la mano.

Cerré los ojos y me rendí. Estaba agotada, los dos últimos días apenas sin dormir me estaban pasando factura, junto con el incómodo vestido y el peinado que me tiraba de la cabeza produciéndome pinchazos en cada una

de las hebras de mi cabello.

Desperté del todo cuando noté que nos habíamos parado. Parpadeé desprendiéndome de los restos del sueño y ahogué un pequeño bostezo. Los rostros de los hombres mostraban todo el cansancio acumulado, pero notaba una electrizante excitación en todos ellos.

- —¿Qué ocurre? —pregunté con voz ronca.
- —Ahí lo tienes, el Fuerte George —dijo señalando a lo lejos Hamish.
- A Dhia! exclamé irguiéndome sobre la montura.

Eso era la fortaleza infernal. Varias estructuras rectangulares, con pequeños ventanucos no mayores que el ojo de buey de los barcos, con un patio de armas extenso que apenas se vislumbraba debido a las murallas altas y de más de un metro de anchura con pequeñas torres de vigilancia cada pocos metros. Acababa de amanecer, la actividad en el fuerte todavía no se había iniciado, aunque se veía humo salir por algunas chimeneas. Sin embargo, el aspecto era frío y aterrador. Nadie podría entrar allí sin permiso y mucho menos escapar. Mi ánimo decayó hasta el infinito y más allá. Me habían dicho que había un regimiento de la Black Guard, escoceses leales al rey Jorge, aunque el comandante era un inglés. Un acuartelamiento de más de trescientos soldados.

- —¿Y ahora qué? —me preguntó Hamish.
- —Hay que buscar un sitio para que los hombres descansen, luego me dirigiré allí e intentaré hablar con el comandante —dije.
- —Está bien, conozco una posada cerca —dijo girando el caballo y haciendo que todos lo siguieran.

Llegamos a la posada y después de comer y beber algo, los hombres se deslizaron silenciosos hacia la habitación común a dormir. Hamish contrató dos habitaciones, una para mí y otra para él.

Entré en la mía e intenté acicalarme lo poco que podía. Saqué el espejo de mi bolso y me miré, tenía profundas ojeras, pero el complicado peinado había resistido. El vestido también. Excepto por alguna salpicadura de barro, estaba más o menos presentable. Me perfumé y cuando me dirigía a la salida me encontré con Hamish en la puerta.

- —¿No pensarías ir sola? —preguntó sorprendido.
- —Bueno..., sí —dije.
- —Cuándo entenderás... —Dejó la frase sin terminar.

Yo lo miré furiosa, pero estaba agradecida de su compañía, aunque no confiaba del todo en él. Antes de salir me volví recordando algo.

- —Espera —le dije sacando del bolsito de terciopelo un collar de rubíes y diamantes engarzados en oro.
 - —Ayúdame a ponérmelo —le pedí y me volví dándole la espalda.
 - Él suspiró, pero lo cogió y lo prendió en mi cuello.
 - —¿De dónde lo has sacado? —preguntó.
- —Es de Connor, lo ganó a las cartas el día que nos conocimos. He pensado que me podría ser de utilidad —dije sintiendo todo el peso y el frío de la joya en mi pecho descubierto hasta el borde del corpiño.
- —Es probable —contestó él rascándose la barbilla cubierta por barba rubia igual a la de su hermano—, eso depende del valor que tenga su vida para los ingleses. Esperemos por el bien de todos que sea suficiente.
 - —¿Y si no lo es? —pregunté mirándolo a los ojos.
- —Entonces lo recordaremos como el gran hombre que fue, beberemos a su salud y lloraremos sobre su cadáver.

La bella durmiente

Edimburgo, Royal Infirmary Diciembre de 2010

El médico entró en la habitación y se enfrentó con la familia. Maldijo en silencio, él no había estudiado medicina para esto. Él había estudiado para salvar vidas, pero la vida y la muerte están intrínsecamente entrelazadas.

—¿Se han despedido ya? —preguntó a nadie en particular.

La joven delgada y bella se acercó a él. Él reprimió el impulso de acariciarle el rostro pálido, enmarcado en unos ojos grises extraordinariamente tristes. El mismo rostro que estaba tendido en la cama cubierto por cables.

- —¿No puede darnos algo más de tiempo? —suplicó con ese acento tan peculiar.
- —Verá —el médico hizo una pausa, lo había explicado una y otra vez, pero siempre tenía que repetirlo en el último instante—, ya les he dicho que el cuerpo de su hermana y de su hija —dijo volviéndose al hombre mayor que esperaba junto a la cama— no responde a ningún tratamiento. Ella ya no está aquí, por mucho que nos empeñemos en negarlo. Está en coma inducido desde hace semanas y no tiene respuesta cerebral. Lo siento, pero no hay otra opción.

La joven estalló en sollozos y su pareja, un rubio con aspecto nórdico, la abrazó con fuerza. El médico por un instante quiso ser él el que abrazara a la joven, consolarla, tenerla en sus brazos, acariciar su piel suave como el alabastro. Desterró esos pensamientos de su mente, llevaba más de cuarenta y ocho horas de guardia, el cansancio le estaba pasando factura.

El hombre mayor dijo algo en voz baja pero audible.

La joven se volvió sorprendida.

—¿Ha parpadeado? —preguntó.

El médico frunció la boca. Siempre ocurría lo mismo. En el último instante alguien decía que había visto parpadear o mover un dedo al cuerpo inerte y claramente sin movimiento consciente.

- —Es posible que sea un simple reflejo muscular —contestó.
- —No obstante, ¿puede comprobarlo, doctor? —El tono de la joven era desesperado. Y el médico no pudo negarse a la súplica de sus ojos.

De forma cansada se acercó al cuerpo de su hermana y lo volvió a examinar, le abrió los ojos y enfocó la luz en ellos, nada. Comprobó las constantes vitales, nada, ningún cambio. Le levantó la sábana y probó los reflejos pasando una uña por la planta del pie. Nada otra vez.

- —Lo siento —dijo sinceramente. Era una pena que una mujer tan joven por un simple accidente perdiera la vida. Pero él había visto cosas peores en sus años de residente.
 - —Déjenos unos días más, por favor —volvió a suplicar la joven.

Habló el hombre joven y moreno con un acento terrible.

—Unos días más, se acerca la Navidad y... —Su voz se quebró.

El médico lo miró sin conocerlo.

- —Y usted, ¿quién es? —preguntó mirando el informe.
- —Soy su marido —respondió él.
- —Su ex marido —respondió con restos de furia contenida la joven.
- —Sí, pero estoy aquí con ella —repuso el hombre con gesto hastiado.
- —Ahora, que ya es demasiado tarde —contestó la joven enfrentándose a él.

El médico retrocedió, estaba demasiado acostumbrado a escenas de este tipo, cuando todos acudían a despedirse, tuvieran mucho o poco que ver con la persona que perdía la vida. Sin embargo, volvió la vista hacia la mujer tendida sobre la cama, Geneva, se llamaba, se llama, corrigió su mente embotada, y finalmente tomó una decisión.

—Miren, tengo un congreso en Londres que durará tres días. Les doy ese plazo, si cuando regrese no hay cambios, tendremos que desconectarla, son las normas del hospital. Lo siento —dijo saliendo por la puerta.

Desde el pasillo escuchó un pequeño grito de alegría de la joven, acompañado de sollozos. Se alejó cuanto pudo, pero aun así la imagen de las dos hermanas no desaparecería de su mente en mucho, mucho tiempo.

Dentro de la habitación la joven se acercó a su hermana y susurró a su oído.

—¡Maldita seas, Gin!, ya basta de hacer el tonto. Te hemos conseguido

unos días más, así que aprovéchalos y vuelve con nosotros —se le quebró la voz—, vuelve con nosotros, Gin, te necesito, por favor, busca en tu interior y encuéntrame para regresar, mi hermana del alma.

Horas después, sobre el cielo inglés, el joven médico sacó el informe de su maletín de piel negra y lo puso sobre la pequeña mesa de plástico extendida sobre él. Una azafata se acercó presurosa con una sonrisa en su rostro.

—¿Desea que le traiga algo?, una manta, una bebida... —sugirió apartándose un mechón de su melena que había resbalado hacia su rostro con coquetería.

Él sonrió a medias y se pasó la mano por el pelo rubio. Le pasaba a menudo, ya estaba acostumbrado. La miró directamente con sus ojos verde esmeralda y asintió con la cabeza.

- —Un whisky estaría bien.
- —Ahora mismo —contestó la azafata retirándose presurosa.

Él abrió el informe y comenzó a leer. Lo había repasado una y mil veces sin encontrar dónde estaba el fallo. Con una mano distraída cogió el vaso depositado en la bandeja por la azafata y bebió largamente dejando que el licor le pasara por la garganta deslizándose como fuego líquido.

Tuvo el turno de urgencias aquella noche. Él fue el primer médico que reconoció a la joven de pelo negro como la noche. Recordaba su vestido brillante y corto, muy corto, mostrando unas piernas largas, delgadas pero firmes. También recordaba la forma redondeada de su cráneo cuando exploró. El golpe en la cabeza. Se había caído, dijo el hombre inglés que la acompañaba. Parecía asustado, él no había tenido nada que ver, explicó. La joven había tropezado y caído y no habían podido despertarla. Conmoción cerebral leve, había diagnosticado. Recordó haber sonreído de forma tranquilizadora a su hermana y al joven rubio que la acompañaba. En unas horas estaría bien y se podría ir a casa. Pero no fue así, horas después entró en coma y la tuvieron que intubar. Llevaba así varias semanas. Le había hecho todo tipo de pruebas, el escáner cerebral no mostraba lesiones, los análisis eran correctos y sin embargo no despertaba. Era como si estuviese dormida profundamente, como aquel cuento que le gustaba tanto a su sobrina, ¿cuál era?, *La bella durmiente*, sí, aquel en el que la princesa despierta con un beso. ¿Quizá debiera besarla para que despertara? Frunció el entrecejo y se bebió el resto de whisky del vaso. Llevaba muchas horas sin dormir y su mente no le funcionaba de forma correcta. Sin embargo no podía quitarse de la cabeza a la joven, como si un hilo invisible lo atara a ella. Bajó la vista y se centró en el informe. Comenzó a leer de nuevo desde el principio. Tres días, les había dicho. Tenía tres días de plazo. Pero tres días no era nada en comparación con toda una vida. La vida que Geneva iba a perder si él no descubría qué demonios le había ocurrido. Con gesto furioso retomó la lectura.

El diamante es el mejor amigo del... hombre

Hamish paró el caballo frente a la entrada al fuerte. Las puertas de madera maciza estaban abiertas de par en par, pero extrañamente eso no lo hacía menos amenazante. Las verjas levantadas apuntaban como lanzas al suelo. Miré los altos muros y me estremecí. Yo lo conocía, pero no este en concreto, ya que lo destruyeron después del Levantamiento. No obstante, me impresionó más todavía que el que visité hacía ya algunos años. Dejamos paso a un carro con provisiones y varios soldados que pasaron detrás en formación. Cada vez que veía uno de esos uniformes me echaba a temblar, pero no podía mostrar temor, no podía dejar que ninguna emoción me delatara.

Hamish informó a los guardias de la puerta de quién era y que venía a ver al comandante del fuerte. Ellos nos dejaron pasar y entramos en el patio de tierra prensada. A nuestro alrededor la vida transcurría como en un hormiguero, pequeñas hileras de soldados corrían de un lado a otro, entrenándose o efectuando las tareas de avituallamiento y mantenimiento del fuerte. Sin pretenderlo sujeté la mano de Hamish. Él no dijo nada, solo acercó un poco más su cuerpo al mío.

Desmontamos del caballo una vez que atravesamos el patio y Hamish lo ató a un pequeño poste, junto con otros dos animales. Miré un momento a mi izquierda, en el centro se encontraba el cadalso, muy parecido al que había visto en Grassmarket. Una estructura de madera de un metro de altura con dos postes y una barra de madera que los sujetaba. Volví a estremecerme y no precisamente de frío.

La puerta de entrada era pequeña en comparación con la estructura. Un soldado nos guio por unos pasillos estrechos de piedra y subimos unas escaleras hasta el primer piso. Nos informó de que el comandante estaba fuera de permiso, pero el capitán al mando nos recibiría. Todo estaba más o menos limpio. No era la zona donde encerraban a los prisioneros, sino la

zona de las viviendas de los oficiales y sus despachos. Nos dejó junto a una puerta cerrada. Llamó y al escuchar la orden de paso nos abrió la puerta y nos indicó que pasáramos. Hasta ahora todo había sido muy formal, muy inglés, diría mi hermana, pero eso a mí solo me producía más preocupación. No estaba acostumbrada a las dobleces ni a las sutilezas, solía ir de frente, y aunque me habían advertido muchas veces de que debía tener más mano izquierda, la derecha seguía dominando mi carácter directo. No obstante, hice un ejercicio de contrición y pasé la puerta como si fuera la mismísima reina de Francia.

No sé a quién esperaba encontrar, pero desde luego que a ese hombre no. Rompía todos mis esquemas de lo que debía ser el capitán de un fuerte con trescientos hombres a su mando, al menos mientras el comandante estuviera fuera. Era un hombre bajito y rechoncho, yo le sacaba más de una cabeza; con una peluca dos veces más grande que su cabeza redonda y pequeña, excesivamente empolvado y enjoyado también. Varios anillos de oro y piedras preciosas le adornaban las manos, atrapando la luz que entraba por la ventana, cuando nos dio paso con una pequeña inclinación de cabeza y un arco dibujado en el aire con su mano regordeta. Sus ojos sobresalían de las órbitas como los de los sapos mirándonos con curiosidad. Casi esperaba verlo saltar sobre la mesa croando.

Escuché resoplar a Hamish a mi espalda y reprimí un acceso de risa histérica que se tornó en un carraspeo disimulado.

- —Y bien, ¿a quién tengo el placer de recibir en este desagradable lugar? —inquirió con una voz tan aguda que me recordó a un cochino gritando.
- —Soy *laird* Hamish Stewart, y ella es lady Stewart, mi prima —dijo mirándome.
- «¿Su prima?» Tenía que reconocer que pensaba con más rapidez que yo. Me había incluido dentro de la protección de los Stewart con un simple comentario, sin comprometer mi relación con Connor. Me pregunté qué sabría él que yo desconocía.
- —Oh, bien, siéntense, por favor —dijo indicando dos sillas de madera frente a la mesa llena a rebosar de papeles amontonados de cualquier forma y manera. Reprimí una exclamación ante tanto desorden.
- —Venimos a conocer el estado del prisionero *laird* Connor Aiden MacIntyre Stewart —explicó Hamish con voz excesivamente calmada.
- —Ah, ya recuerdo, sí, lo trajeron ayer. Un hombre grande, sí señor, y bastante indisciplinado. Bueno, los escoceses suelen ser así por lo general,

tanto que lo hemos tenido que alojar en una dependencia aislada del resto de los presos —contestó él hojeando los papeles sobre su mesa. El que un escocés, grande, obviamente indisciplinado y bastante furioso se encontrara frente a él no le importó lo más mínimo.

Rebuscó y pasó hoja tras hoja. Paró, se puso un monóculo que colgaba de su pechera en una cadena de oro y examinó con más atención las hojas desplegadas por su mesa.

Yo empecé a impacientarme y moví mis piernas con nerviosismo debajo del pesado vestido. Hamish lo miraba fijamente sin pestañear y sin mover un músculo, aunque apretaba las manos sobre los reposabrazos de la silla como si deseara que fuera el cuello del capitán.

—Debe de estar por aquí —dijo el hombrecillo cogiendo un fajo de papeles.

Finalmente, y harta de esperar, me levanté y arranqué de su mano los papeles.

—¡Démelos!

Me miró totalmente sorprendido, bien porque tuviera voz, bien por mi actitud.

- —Le ayudaré —dije esbozando una sonrisa que intenté que fuera cordial mientras me sentaba a leer.
 - —Escocesa también, claro —dijo el capitán dirigiéndose a Hamish. Él gruñó.

Ajena a los dos hombres, repasé la lista de los prisioneros buscando desesperada el nombre de Connor. Lo encontré casi al final de la hoja, escrito de forma apresurada, con una letra pequeña y prieta. Sujeté con fuerza la hoja entre mis manos, al lado del nombre una simple palabra: «juzgado» y la fecha en números: «7 de diciembre de 1744».

- —¿Ya lo han juzgado? —pregunté con voz ahogada.
- —Sí, esta misma mañana, el juez se ha ido un poco antes de que llegaran. Tenía bastante prisa, su madre está enferma y tenía que emprender viaje —explicó el capitán.
 - —¿A qué lo han condenado? —Mi voz sonaba extraña y lejana.
- —Cincuenta latigazos y la horca, obviamente, dada la gravedad de los cargos —expuso el hombre.
- —¿No les parecía suficiente la horca, que tienen también que castigarlo a latigazos? —repliqué con furia contenida.

Él pareció horrorizado por mi pregunta. Hamish me cogió el brazo. Yo

estaba a punto de saltar sobre el hombre y morderle en su rostro colorado y empolvado.

- —¿Cuándo lo ahorcarán? —pregunté casi ahogándome con las palabras.
- —En tres días a contar desde hoy —contestó el capitán.
- —¿Qué defensa ha tenido en el juicio?
- —Ninguna, por supuesto. Con seis soldados como testigos de cómo atacó sin premeditación alguna a uno de mis hombres, no necesitaba ninguna defensa. Ya sabía a lo que se exponía —dijo quitándose una mota de polvo de su inmaculado uniforme.

Yo apreté los dientes y miré a Hamish. Él tampoco se esperaba que todo se hubiera desarrollado con tanta rapidez.

- —Quiero verlo —dije.
- —Eso no puede ser. Solo puede recibir la visita de un sacerdote contestó mirándome como si yo fuera estúpida con sus ojos saltones en un rostro cargado de excesos. Comenzó a tamborilear con sus dedos sobre la mesa claramente molesto. Hasta ese simple gesto era afeminado. Me pregunté qué habría hecho para recibir el destino de ser un capitán de un fuerte en el norte de Escocia, dado el poco aprecio que mostraba por sus habitantes. Podía imaginármelo y enrojecí bruscamente de forma involuntaria.

Tenía que actuar y pronto. Me aparté la capa echándola detrás de mis hombros. Los ojos del capitán se dirigieron hacia mi pecho atraídos por las luces que refulgían de mi collar. Lo observé parpadear y pasarse la lengua por la comisura de los labios. Hamish volvió a gruñir y noté cómo se tensaba a mi lado.

- —Verá —dije con voz suave y aterciopelada—, quizá no me he explicado bien. Desearía ver a mi primo y poder despedirme de él en tan trágicas circunstancias.
- —Ya le he explicado que eso es del todo imposible —repuso el hombre sin apartar los ojos de la joya que adornaba mi cuello.
- —¿Está seguro? —volví a insistir—, eso quedaría entre usted y yo. Nadie tiene por qué enterarse de nada en absoluto. Cogí entre las manos el diamante que caía justo en la hendidura del centro de mis pechos y lo mostré sin disimulo alguno.
- —Bueno, quizá pudiéramos llegar a un acuerdo favorable para ambas partes —sugirió él. Yo asentí con la cabeza entendiendo.
 - —Hamish —dije volviéndome a él—, arráncame el diamante de los

engarces.

Él sacó su daga de la media y rozándome apenas con su mano áspera en el comienzo de mi pecho lo cogió y soltó los cuatro engarces de oro que sujetaban el diamante en forma de lágrima con la punta de su *siang dhu*. Uno de ellos saltó al suelo como una pulga dorada y observé de reojo cómo el capitán extendía el pie y lo pisaba con disimulo. Cerré los ojos ante su actitud tan miserable.

Hamish depositó el diamante en mi mano. Yo jamás había tenido nada de tanto valor y hasta su peso me sorprendió.

- —Una hora —dije mostrándole el diamante bajo su rostro.
- —Es demasiado —contestó él. Yo cerré la mano y oculté el brillo de la joya de sus ojos. Conté hasta cinco en silencio.
- —Una hora, está bien —aceptó el capitán. Abrí mi mano y solté el diamante sobre la mesa.
 - —Bien, lléveme hasta él —dije levantándome.

El capitán llamó al soldado que esperaba fuera de la puerta y le dio indicaciones en susurros. Hamish no apartaba sus ojos de los míos.

- —No has conseguido mucho —dijo acercándose a mi rostro.
- —Tengo una hora, ya pensaré cómo conseguir más —contesté brevemente. En ese momento mi único pensamiento era ver a Connor.

El soldado nos acompañó hasta el piso inferior. Una vez allí, Hamish salió en silencio. Yo me dirigí siguiendo al soldado por otras escaleras más oscuras hacia la zona de la cárcel. Intenté memorizar los pasillos oscuros y sucios, pero me perdí en el tercer recodo. Era un laberinto lleno de puertas en las que se escuchaba de vez en cuando algún gemido y gritos entrecortados. Me froté las manos sudorosas en el vestido. Olía a sudor agrio y a miedo, a terror, y yo empezaba a sentir el mismo temor. Tenía la sensación de que una vez metida en ese sitio era imposible volver a ver la luz del día. Las antorchas humeaban colgadas en las paredes, lo que hacía que el ambiente fuera más tenebroso y oscuro. Era una tumba, una tumba de fría piedra. Costaba respirar entre tanto humo de brea y poca ventilación. Aguanté la respiración hasta que paró en una puerta y sacó unas llaves que colgaban de una anilla metálica de su cinturón. Buscó la que correspondía y abrió.

—Volveré a buscarla en una hora —dijo empujándome dentro. Cerró la puerta tras de mí y escuché su taconeo perdiéndose en el pasillo.

Dentro la oscuridad era absoluta y el silencio también. Por un momento

me pregunté si no me habría encerrado a mí también. Di un paso y tropecé con algo, cayendo de bruces al suelo.

Maldije en silencio y escuché un gemido a mi izquierda.

- —¿Connor? —pregunté esperando que mis ojos se aclimataran a la oscuridad.
 - —¿Genevie? —contestó él en un susurro como si le costara respirar.

Me acerqué hacia el bulto de rodillas. Estaba sentado contra la pared con las piernas extendidas. Sus brazos colgaban inertes de unas cadenas que sobresalían de la pared. Me acerqué un poco más y casi retrocedo asustada por su aspecto. Tenía un ojo entrecerrado, hinchado y amoratado. Su pelo estaba pegado a un costado ensangrentado y tenía un labio partido. Su camisa otrora blanca estaba manchada de sangre, barro y rota por algunos sitios. Tenía su brazo izquierdo doblado sobre su pecho.

- —¿Qué te han hecho? —pregunté con el corazón encogido.
- —Sería demasiado largo de contar, *mo anam*, pero bastante más de lo que yo le hice al soldado. De eso no tengas duda —contestó con voz un poco más fuerte.

Me acerqué a él y comencé a tocarlo con suavidad. Lamenté no haber traído nada con lo que prender una luz.

- —¿Qué haces? —preguntó Connor sorprendido.
- —Comprobar que estás entero —le dije concentrada en su rostro.

Él emitió un sonido gutural que lo hizo toser.

—Bueno, *mo anam*, por lo menos de cintura para abajo tengo todo lo que debería tener. O al menos eso creo —rio volviendo a toser—, aunque no puedo levantar mis faldas para comprobarlo. Extendió la mano derecha con un tintineo de cadenas, que solo alcanzó hasta su pecho.

Fruncí los labios, el maldito escocés todavía tenía ganas de reírse.

- —El brazo izquierdo, ¿está roto? —pregunté viendo que no lo movía.
- —No, es el hombro, me caí cuando me arrastraban hasta aquí. Me duele menos si lo tengo así apoyado —explicó con un quejido.

Por su forma de respirar me temía que también tuviera alguna costilla rota. Y eso sí que podía ser muy peligroso si esta perforaba el pulmón.

- —¿Puedes respirar bien? —pregunté preocupada.
- —Duele, así que estoy vivo, al menos de momento —añadió.
- —¡Maldito seas! —exploté—, ¿por qué lo hiciste?
- Él pareció sorprendido.
- —Para darte tiempo para escapar. Pero por lo visto has decidido como

siempre actuar por tu cuenta y te has metido de lleno en la boca del lobo. Y además te atreves a increparme a mí —contestó sin furia en la voz.

- —He venido para sacarte de aquí —dije acariciándole el rostro. Pasé el dedo por su labio partido, y aunque lo hice con suavidad, la sangre volvió a manar. Me incliné y lo besé notando el sabor metálico de la sangre en mi boca, como había hecho él conmigo la primera vez.
- —Dios, ven. Te necesito, te necesito aunque sea la última vez contestó él con voz ronca.

Me acerqué un poco más con miedo a tocarlo.

—Tendrás que hacerlo tú, *mo anam*. Yo apenas puedo moverme —hizo un esfuerzo por incorporarse y emitió un quejido apenas disimulado.

Me senté sobre sus piernas levantando mis faldas. Deslicé mi mano por debajo de la suya hasta alcanzar mi objetivo. Él gimió con fuerza. Lo volví a besar con cuidado y él atrapó mi cuello con la mano encadenada atrayéndome más hacia él.

Me sorprendí de que ya estuviera preparado, por lo visto tenía razón, de cintura para abajo estaba intacto y listo. Lo guie hacia mi interior y me acomodé sobre sus piernas. Sentí placer con el primer contacto. Me moví primero con cuidado y luego, viendo que no le hacía daño, con más intensidad.

—Abre los ojos —dijo.

Abrí los ojos y miré su rostro herido.

—Necesito recordarte, necesito memorizar tu rostro una vez más para recordarlo cuando muera, necesito verte perdiéndote en mí, gritando de placer. Dame solo eso, *mo anam*.

Lo hice, guardando en mi pecho el dolor y dándole lo que pedía. Lo hice por amor, lo hice por pasión, lo hice para recordarlo, lo hice para perderme en él, lo hice para no perder la cordura, lo hice por él, lo hice por mí, lo hice por nosotros.

Me arqueé con fuerza sintiendo su calor derramándose en mi interior y jadeé con las manos apoyadas en el suelo de tierra.

- —Te amo —susurró.
- —Te amo —susurré.
- —Escúchame —dijo todavía sintiendo los últimos latigazos de placer en mi interior—, tienes que ponerte a salvo. Intenta volver a tu tiempo antes de que sea demasiado tarde también para ti. Y, ¡por Dios!, sal de aquí lo antes posible, cualquiera puede reconocerte otra vez, hasta yo mismo vi al

llegar una proclama con tu rostro. Lo extraño es que todavía no te hayan apresado.

—No —repliqué con intensidad—, te sacaré de aquí. Lo prometo, aunque tenga que vender mi alma al mismísimo Diablo.

Él rio quedamente.

- —Mo anam, me van a colgar dentro de tres días.
- —Bueno, pues todavía tengo tres días para salvarte. Tres días puede ser mucho tiempo según como se mire. Además he venido con Hamish, él también tiene influencia. Algo se me ocurrirá. No sé el qué ni cómo lo haré, pero de lo que estoy segura es de que no te voy a perder. —Las lágrimas asomaron a mis ojos cansados—. Connor, ya he perdido demasiado en mi vida, me niego a perderte también a ti.
- —No, ni amor. Agradezco a Dios que me haya concedido algo de tiempo para despedirme de ti, pero no estoy dispuesto a que tú pierdas tu vida también. Prométeme que te pondrás a salvo. Promételo, promételo a un hombre como su último deseo en vida —dijo mirándome con una mezcla de tristeza y fuerza conmovedoras.

Lo miré durante un momento. ¿Había llegado el momento de la despedida final? ¿Tendría alguna oportunidad de salvarlo? Yo también era obstinada, y desde luego lo intentaría hasta el final, pero él no tendría por qué saberlo. Le di el único consuelo que podía ofrecerle. Una mentira, una colosal mentira.

—Lo haré, Connor, lo prometo, aunque eso me cueste el alma —le dije besándolo con pasión.

Él me separó con la mano y me cogió por la barbilla obligándome a mirarlo.

- —¿Recuerdas lo que te dije la noche que vimos a la anciana? preguntó.
 - —Sí —contesté con un suspiro entrecortado.
- —Sigo pensando lo mismo, *mo anam*. Si alguna vez me recuerdas, búscame en el cielo, porque allí estaré esperándote. Toda la eternidad, si fuera necesario, y mientras no acudas a mí, Genevie, vive e intenta ser feliz, porque yo estaré protegiéndote en la distancia, aunque no me veas ni me sientas, yo estaré a tu lado —susurró.

Lo abracé con manos temblorosas y lloré junto a su cuello. Él me abrazó con el único brazo con que podía, ignorando su dolor.

La puerta se abrió de repente y me erguí frotándome las lágrimas. Me

levanté deprisa y él emitió un quejido. Salí sin mirar atrás, sintiendo cómo su semilla se deslizaba entre mis piernas.

En el exterior la fría luz del invierno hizo que entrecerrara los ojos. Caminé como en un sueño hasta que atravesé las puertas del fuerte. Hamish estaba esperándome junto al caballo.

- —¿Cómo está?
- —Herido.
- —Bueno, eso es mejor que estar muerto —dijo ayudándome a subir al caballo.

Él montó detrás con un salto.

- —Hueles a él —soltó de repente.
- —Sí. —No tenía por qué negarlo.
- —Entonces no está tan mal.
- -No.

Hicimos el camino en silencio hasta llegar a la posada. Los hombres que nos acompañaban esperaban en el salón jugando a los dados y a las cartas, algunos con soldados ingleses. Yo miré a estos últimos con desprecio apenas contenido.

Liam se levantó y vino a nuestro encuentro. Le contamos lo sucedido. Chasqueó la lengua.

- —Mal asunto —dijo simplemente.
- —Y ahora ¿qué? —dije en voz alta sin dirigirme a nadie en particular.
- —Tú quédate en la habitación. Si los hombres están aquí abajo no te pasará nada. Yo volveré a hablar con el capitán y veré si puedo conseguir una prórroga o algo que nos dé más tiempo —dijo Hamish volviéndose hacia la puerta.

Subí a la habitación y cerré la puerta tras de mí. Me deshice el peinado y me solté el pelo, que cayó en rizos hasta casi la cintura. Me senté en la cama y comencé a llorar. ¿Qué pensaba que podía hacer? Ni que fuera Lara Croft. Por un momento se me pasó por la cabeza dinamitar el maldito fuerte. Pero esa no era la solución.

Di vueltas y vueltas por la habitación esperando desesperada el regreso de Hamish y rezando para que consiguiera algo con su influencia.

Después de lo que me pareció una eternidad llamaron a la puerta. Sin esperar respuesta entró Hamish como un vendaval. Por su rostro vi que no traía buenas noticias.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunté.

- —Nada, ¡maldita sea! ¡Nada! Le he amenazado, le he suplicado, le he advertido de las consecuencias de enfrentarse con nuestro clan. Lo único que me ha faltado es ofrecerle mi trasero —exclamó dando un puñetazo a la pared de madera, que tembló por el impulso.
- —Bueno, tú por lo menos puedes hacer eso, a mí ni siquiera me ha mirado —dije tristemente.

Me miró de una forma extraña.

- —¿Crees acaso que no he hecho todo lo posible? —preguntó con un brillo en sus ojos azules.
- —La verdad, no lo sé, Hamish, dices que es tu hermano, pero te jactas de que tú eres el heredero y él solo un bastardo. El que Connor desaparezca te es muy conveniente para ganarte el respeto de tu padre —contesté tranquilamente.
 - —¿De verdad crees eso? Geneva, sigues sin entender nada —dijo él.
- —¿Ah no? —exclamé enfadada—, tú pusiste a todos en mi contra al contarle a Moira que me habíais encontrado en un prostíbulo. Desde que me casé con Connor te has esforzado en cada momento por destacar que yo era la extranjera, de la que nada sabíais. ¡Dios! Si hasta tu padre piensa que puedo ser una espía, cuando en realidad la espía la tiene bajo sus mismas narices.
- —Te dije que yo no fui quien se lo contó a Moira. Además, ya te vengaste lo suficiente, le has dejado un bonito recuerdo de por vida torciéndole nariz —suspiró pasándose las manos por el pelo como hacía Connor cuando algo le molestaba.

Incapaz de seguir mirándole, me volví y me puse a mirar por la ventana el crepúsculo escocés, sintiendo cómo la luz se mantenía negándose a desaparecer ganada por la oscuridad.

—Está embarazada —dijo a mi espalda.

Yo me erguí.

- —¿Es tuyo? —pregunté con maldad.
- —No lo sé, puede serlo, quizá no, solo Dios lo sabe con certeza expuso tranquilamente.

Me volví hacia él.

- —Vaya, tiene mucha gracia. Ahora vas a ser tú quien tenga que aceptar a un bastardo. —No pude reprimir la inquina.
- —Ya tengo un hijo, Geneva, un bastardo, vive en Francia. Cuando te conocí venía de visitarlo, a él y a su madre. Tiene cinco años. Jamás lo

abandonaré, aunque no lleve mis apellidos.

Lo miré con total incredulidad.

- —Nunca intenté hacerte daño. —Su tono era de tristeza.
- —Aun así lo hiciste —repuse.
- —No fue esa nuestra intención, pero todo se nos fue de las manos. Ninguno nos podíamos imaginar que atacarías con tanta furia a mi esposa.
 - —¿Lo sabíais?
 - —Sí.
- —¿Sabías que tu mujer tenía un amante y que están conspirando contra los ingleses?

Hizo un gesto con la mano de desprecio.

- —¡Bah!, Moira no sabría conspirar ni aunque se lo propusiera en serio. Solo está jugando, de una forma peligrosa pero jugando. Todos los que estábamos en la sala lo sabíamos, excepto tú y mi esposa.
 - —¿Todos?
- —Sí, Connor también. En realidad fue idea suya el enfrentaros. Sabía que ella tenía algo contra ti desde el primer momento y decidió aprovechar el juicio esperando que Moira cayera en la trampa y te acusara a ti de algo que había hecho ella.
 - —¿¡Cómo!?
- —¿De verdad has pensado alguna vez que Connor no se da cuenta de todo lo que ocurre a su alrededor?
 - —Yo... Sí, lo creí. —Me sentía herida y completamente estúpida.
- —Le contó a Meghan de dónde venías y ella fue la encargada de transmitírselo a Moira.
 - —¿El juicio ante tu padre fue una farsa?
- —Sí, teníamos que saber quién eras en realidad. Connor creyó que poniéndote al límite acabarías confesando. Sin embargo no contamos con tu honestidad. Todos sabíamos que habías estado con Ian y que no tenías ningún amante. ¿Crees que dejaría que salieras del castillo sin vigilancia? Pero aun así, te negaste a contar nada.

Todo había estado preparado de antemano y yo, ajena, había representado el perfecto papel protagonista. ¡Joder! Me merecía un Oscar, un Oscar por la estupidez y la confianza que deposité en todos ellos.

- —Ibais a azotarme por ello —dije con furia.
- —Connor no lo hubiera permitido —respondió él, tranquilo.
- —Me amenazasteis con la prueba de Dios.

- —Las ordalías dejaron de practicarse hace siglos, ¿es que no lo sabías?
 —Miró mi rostro—. No, está claro que no.
 - —¡Me encerrasteis durante días! —grité.
- —Sí, mi padre no tuvo más remedio dado tu comportamiento con Moira, pero intentamos estar a tu lado.
 - —¿Que lo intentasteis? —contesté apretando los puños.
- —Sí, yo mismo hice guardia muchos días frente a tu puerta. Meghan acudió a ver cómo te encontrabas y Connor vigilaba desde el lago esperando verte.
 - —¿Qué demonios esperabais de mí?
- —Bueno, tal como es tu carácter, esperábamos que patalearas y gritaras hasta que nos exigieras que te sacáramos de la habitación. Esperábamos que no aguantaras más de un día. Sin embargo te quedaste en silencio y trenzaste una cuerda para colgarte por la ventana. *A Dhia!*, nunca has dejado de sorprenderme desde que te conozco. A Connor casi lo matas cuando te vio colgada de la ventana, creyó que no le daría tiempo a llegar antes de que cayeras a las rocas.
- —Me alegro —dije entrechocando los dientes—, ¡malditos intrigantes escoceses!
- —Pero al final le dijiste quién eras, ¿verdad? —preguntó bajando la voz inmune al insulto.
- —Sí, lo hice, y ¡créeme que ahora mismo me estoy arrepintiendo! ¿Te lo contó? —pregunté temiendo la respuesta.
 - —Solo me dijo que habría preferido que mi teoría fuera cierta.
 - —¿Qué? —pregunté sin entender.
 - —Que fueras una *selkie*.

Por un momento deseé matar a Connor con mis propias manos.

—Bueno, si querías un castigo, ya lo tiene. Dentro de tres días lo ahorcarán —dijo simplemente.

Yo aplaqué mi furia con ese simple comentario. Era cierto, ya no iba a tener la oportunidad de enfrentarme a él. Dentro de tres días desaparecería de mi vida igual que había aparecido.

Él se acercó a mí, cogió mi rostro entre sus manos y me obligó a mirarlo.

—Geneva, sé que no soy Connor, nunca lo seré, pero déjame consolarte. Eso sí puedo hacerlo. —Bajó su boca hasta mis labios y me besó. Yo me paralicé. No esperaba eso. De forma inconsciente abrí la boca y su lengua tanteó en mi interior con cautela y suavidad. Se parecía tanto a su hermano..., pero no era él. Me aparté empujándolo con la mano.

- —No —le grité—, ¿quién te crees que soy?
- —No tengo ni idea, Geneva, solo espero que con el tiempo confíes tanto en mí como en Connor y me lo confieses. Tengo una esposa, pero no la amo. A ti podría amarte, te deseo desde que te vi, pero tú lo elegiste a él. Tengo dinero y podría mantenerte. Buscaría una casa apartada y ese sería nuestro hogar mientras las obligaciones del clan Stewart no me tengan atrapado en el castillo. Pero sería todo tuyo, si tú me quisieras.
 - —No te quiero —dije fríamente.
- —Ahora no, pero quizá con el tiempo lo hagas y puede que yo sea libre también para casarme contigo. Podríamos tener hijos, yo les daría mi apellido y nunca les faltaría de nada, ni a ti ni a ellos.
- —¿Estás loco? —fue lo único que se me ocurrió—, tu hermano ni siquiera ha muerto y me estás proponiendo matrimonio.
- —Sí, estoy loco, pero loco por ti, Geneva, ¿es que no te has dado cuenta todavía?
 - —Vete a la mierda —le espeté.
- Él retrocedió un paso ante mi brusquedad. Pero acto seguido volvió a acercarse.
- —Déjame demostrarte que yo también puedo amarte como Connor. Había un tono de súplica en su voz.
- —No. Déjame sola. Jamás vuelvas a mencionar en mi presencia lo que me has confesado. Olvídalo. Nunca te amaré —dije sintiendo la fuerza de mis palabras.
- Él retrocedió como si le hubiera golpeado con un puño de hierro en el estómago. Y yo me sentí mal, me sentí como cuando escuché a Yago decirme que ya no me quería. Sabía cómo se sentía él, pero sin embargo no podía consolarlo. Estar al otro lado tampoco era agradable.
 - —Vete, por favor —le pedí.
- —Está bien, Geneva, solo piénsalo. Estaré en la habitación junto a las escaleras —dijo saliendo de la habitación con paso cansado.

Me quedé en la habitación sola, confundida y enfadada. No me podía creer que Connor hubiera hecho aquello y sin embargo lo conocía lo suficiente para saber que era cierto. Su carácter forjado como un superviviente vio que esa era la única opción que tenía para que yo confesara y finalmente lo consiguió. De todas formas, tenía un problema

mucho mayor al que enfrentarme y ese era cómo salvarlo de la horca, aunque deseara estrangularlo con mis propias manos.

Decidiéndome por fin salí de la habitación y bajé. Me paré junto a las escaleras y busqué al pequeño John con la mirada. Le hice un gesto para que se acercara.

- —Necesito papel, pluma y tinta, ¿lo podrás conseguir?
- —Claro, milady. —No preguntó para qué lo necesitaba y yo lo agradecí. Luego encargué que me subieran a la habitación cena y una jarra de cerveza.

Esperé un rato sentada en la cama, meditando mi decisión, pero estaba convencida de que era la mejor opción. Cogí la pequeña bolsa que me había entregado el capitán donde estaban las pocas pertenencias que llevaba Connor cuando lo apresaron. Rebusqué y encontré su anillo de bodas. Me quité el mío y los mantuve en la palma de mi mano, perdida mi mirada en su sencillez y su inmenso significado. Dos simples alianzas de plata labrada con entrelazado celta, dentro grabados nuestros nombres. Desconocía cómo las había conseguido con tanta premura. Posiblemente ya estuvieran preparadas, y solo hubo que modificar el nombre de la novia. Apreté fuertemente el puño con las alianzas clavándose en mi palma. Luego la abrí y las guarde en la bolsa. Saqué el pañuelo que me había entregado en Edimburgo y aspiré su olor floral por última vez. Cerrando los ojos lo volví a guardar. No había tiempo para llorar. Llamaron a la puerta y entró una joven con una bandeja. Yo la cogí, había un plato de sopa, una jarra de cerveza, un papel, pluma y tinta. Tenía que reconocer que el pequeño John era el asistente más cualificado que me había encontrado en mi vida.

Escribí una nota a Hamish: «No puedo decirte quién soy, porque ni yo misma lo sé con certeza. Solo puedo suplicarte que si de verdad me amas, cumplas la promesa que te pido. Cuida a Connor y dile que me perdone, que todo lo hice por amor a él.»

Después me tendí en la cama esperando el amanecer y recordando cada momento que pasé con Connor, los buenos, los malos, los regulares. No lloré, ya sabía lo que tenía que hacer. Mi madre solía decir «enfréntate a tu mayor miedo, solo entonces dejarás de temer». Tenía razón, ya no había miedo en mi interior, ni vacilación, únicamente una certeza. Lo salvaría, aunque ello me costara mi propia vida. Una vez ya había intentado matarme, desesperada y perdida, ahora lo iba a hacer de forma consciente y

ello sería la redención a mis pecados.

Cuando las primeras luces del alba asomaron por la ventana me levanté, sin rastro de cansancio, como si el peso de mi alma se hubiera evaporado. Me aseé y salí en silencio de la habitación. Giré a la derecha y paré frente a la puerta de Hamish. Puse una mano sobre la madera gastada y suspiré. Me agaché y metí por la ranura de la puerta el papel doblado con la nota escrita. Después me volví y bajé corriendo las escaleras. Iba a vender mi alma al diablo, solo esperaba que este aceptara el trato.

Te estaba esperando

Caminé con paso firme hasta el Fuerte George. Cuando llegué ya habían abierto las puertas. Informé al guardia de la puerta de que el capitán me esperaba. Una mentira, pero ya había tantas en mi haber que una más no tendría ninguna importancia.

Subí las escaleras acompañada por un soldado. Tuve que esperar en el despacho vacío hasta que el capitán terminara su desayuno y se acicalara lo suficiente para recibirme.

Entró dando un pequeño portazo.

- —Vaya, la joven escocesa, ¿qué se le ofrece? Creo que ayer quedó todo claro —dijo yendo directamente al grano.
 - —Vengo a hacer un trato —dije enfrentándole.
- —¿Trae más diamantes? —preguntó con un brillo desconcertante en los ojos.
 - —No, le traigo algo mejor —contesté.
- —¿El qué? —dijo sentándose con un suspiro en su silla, lo que hizo que parte de los polvos se desprendieran de su cara y quedaran flotando en la habitación suspendidos en el aire, trayéndome un tenue aroma a rosas.
 - —A usted no le gusta estar aquí —expuse.
 - —Eso es de sobra conocido, joven —contestó.
- —Bueno, pues yo le ofrezco la salida hacia otro destino, digamos que más apetecible.
 - —¿Y cómo puede ser eso?
- —Le puedo entregar a un peligroso delincuente que lleva en paradero desconocido varias semanas. Y que me consta que tiene un alto precio para los ingleses.

Los ojos se abrieron expectantes.

- —Eso lo haría merecedor de otro destino, ¿me equivoco?
- —No, no se equivoca, joven. Pero ¿cómo puede conocer usted a nadie

con esa descripción?

—Bueno, dejémoslo en que lo conozco. Pero claro, quiero algo a cambio.

Entrecerró los ojos hasta que fueron una ranura oscura en su rostro blanco.

- —¿El qué?
- —Quiero el indulto de Connor MacIntyre. Solo cuando lo tenga en mis manos y se lo entregue a su familia le daré lo que desea.
- —Bueno, yo..., eso es... algo inusual... —Se quedó pensativo unos instantes, demasiados.
- —¡Redáctelo! Piense que es su salvoconducto para salir de aquí. De todas formas solo es un escocés y nadie tiene por qué conocer nuestro acuerdo —dije perdiendo la paciencia—, si quiere yo puedo ayudarlo intenté suavizar el tono.

Él dudó un momento en el que mi corazón dejó de latir.

—Acepto —dijo finalmente. Mi corazón recuperó el latido, irregular pero latido al fin y al cabo.

Esperé pacientemente hasta que redactó el documento mientras miraba por la ventana. Lo firmó y sacó de uno de los cajones un sello. Añadió cera líquida sobre la firma y lo estampó contra ella. Solo entonces me permití respirar con algo de tranquilidad. Y como esperaba, en ese momento Hamish montado a caballo atravesó la puerta de entrada al fuerte.

Cogí de las manos sorprendidas el documento que ponía en libertad a Connor y abrí la puerta. Se lo entregué al soldado y le insté a que se lo llevara al escocés rubio que estaba en el patio del fuerte. Él miró al capitán y luego a mí dudando. El capitán le dio permiso con un gesto de la cabeza.

- —Un momento —sujeté al soldado por la manga—. No permita que ese hombre suba aquí por nada del mundo —le ordené.
 - —Hágalo, hágalo, deprisa —le instó su capitán.

Me volví y cerré la puerta. Me dirigí a la ventana y observé la escena. El soldado paró a Hamish cuando este acababa de desmontar del caballo y le entregó el documento. Hamish lo leyó deprisa y miró hacia donde me encontraba. Esbocé una pequeña sonrisa. No sé si me vio, pero leí en sus labios una maldición gaélica. Intentó enfrentarse al soldado, pero varios compañeros le impidieron la entrada.

Me volví hacia el capitán.

—¿Y bien? —preguntó él—, ¿dónde está ese hombre tan buscado?

- —Nunca he dicho que fuera un hombre —contesté desatando el nudo de mi capa dejándola caer al suelo. Solté mi pelo y lo agité hasta que quedó enmarcando mi rostro.
 - —¿No me reconoce? —pregunté sonriendo.
 - —Yo..., esto..., usted es...
- —Sí, lo soy. La Española. Creo que ofrecen bastante dinero por mi captura. Pues aquí me tiene —dije esbozando una mueca.
 - —¿Sabe lo que acaba de hacer?
 - —Sí.
- —No, no lo sabe. Acaba de entregar su vida por la de ese escocés, ¿por qué lo ha hecho? —Lo dijo con tanto desprecio que rechiné los dientes.
- —Porque él salvó mi vida y salvar la suya es lo menos que podía hacer. Se llama lealtad, aunque a usted ese concepto quizá le sea desconocido exclamé.
 - —Deslenguada —musitó él.

Yo reí con carcajadas histéricas.

- —Está loca, además de ser una asesina —gritó con voz aguda.
- —No lo maté, aunque lo mereciese, pero de todas formas ya he matado antes. Y respecto a lo de estar loca, eso no, le puedo asegurar que estoy bastante cuerda —contesté tranquilamente.

En ese momento entró el soldado que normalmente hacía guardia en la puerta sin ceremonia alguna.

- —Capitán, el coronel Darknesson acaba de llegar —exclamó sin resuello.
 - —¿Cuándo? —preguntó con un chillido el capitán levantándose.
 - —Ahora mismo —dijo una voz muy familiar desde la puerta.

Yo levanté la vista y lo miré. Acababa de entregar mi alma al diablo, pero me había equivocado de persona.

—Querida —dijo con voz melosa el coronel Darknesson—, te estaba esperando.

El terror se apoderó de mis entrañas estrangulándolas sin compasión. Frente a mí tenía al hombre de mis pesadillas. Mi marido. Estaba vestido con el uniforme de los dragones, la casaca roja le caía hasta la rodilla, puños, cuello y sobrevuelta eran azules ribeteados en blanco, igual que las calzas hasta media rodilla, las polainas de cuero repujado con pequeños engarces negros le cubrían de la rodilla a los pies. Los botones dorados y perfectamente abrillantados de la casaca y los puños adornaban su

apariencia, junto con el fajín de un rojo más oscuro que llevaba prendido de un hombro y sujeto a la cintura con un lazo, deshechas las hebras finales. Su presencia era intimidatoria y peligrosa. Alto, un poco más que yo. Fibroso y delgado y con un rostro masculino y desafiante. Sus ojos oscuros brillaban con maldad y con diversión apenas contenida. Su cabello lo tapaba una sencilla peluca gris atada con un lazo negro de seda en la nuca. Se quitó el sombrero azul en forma de barco en cuanto traspasó la puerta. Yo no podía quitar los ojos de él y él no podía apartar los suyos de mí. Nuestras miradas se entrelazaron en un abrazo de amantes, furiosas y chisporroteantes. Si en ese momento hubiera sonreído juraría que podría verle los colmillos, como la mismísima reencarnación de Vlad *el Empalador*.

—¿La conoce, mi coronel? —preguntó el capitán.

Antes de que pudiera contestar, la puerta se abrió de repente y entró un furioso escocés rubio perseguido por tres guardias, que se tiraron sobre él intentando sujetarlo.

—Lo siento, mi capitán —dijo uno de ellos resollando—, hemos intentado sujetarlo pero es demasiado fuerte.

Ni siquiera se había dado cuenta de la presencia del otro hombre hasta que observó el silencio del despacho. Se giró y ahogó una exclamación.

- —Mi coronel —dijo intentando hacer un saludo militar mientras sujetaba el brazo de Hamish.
 - —¿Qué está ocurriendo aquí? —exclamó el furioso escocés.
- —Eso me gustaría saber a mí —aulló el capitán con un chillido casi histérico. Él también notaba el peligro danzando en el aire.
 - —Bien —habló el coronel—, quizá mi esposa pueda explicarlo.
- —¡¿Esposa?! —exclamaron a la vez el capitán y Hamish, haciendo estallar el silencio de la sala.
- —Sí, lady Darknesson —repuso el coronel cruzando los brazos en su pecho y en actitud de espera.

Y yo por primera vez en mi vida me quedé sin palabras. El miedo se había apoderado de mí con tanta fuerza que tenía las cuerdas vocales totalmente paralizadas.

—Pero esta mujer no puede ser su esposa, ella es la mujer conocida como La Española, debe de haber oído de ella —dijo el capitán con actitud confusa.

El coronel rio bruscamente.

—Debo reconocer, Melisande, que tienes bastante talento para el disfraz, pero tampoco has llegado muy lejos. ¿Qué ha ocurrido? Te has cansado de la vida en las montañas escocesas, donde no hay bailes, ni vestidos, ni joyas. ¿O es que ellos se han cansado de ti? —Me observó con curiosidad —. Sí, esa es la opción más creíble.

Yo seguí callada mirándolo a mi pesar con miedo. No conocía de nada a ese hombre, sin embargo los recuerdos de Melisande se mezclaban con la sensación que tuve cuando lo vi parado en la fría noche escocesa, en la carretera de Culloden. Algo terrorífico, un miedo desconocido brotó de mi pecho y amenazó con ahogarme.

—¿Está seguro de que es su esposa, mi coronel? Sobre esta mujer pesa la condena de la horca, ella misma acaba de confesar hace un momento que ha matado a un hombre —dijo con un susurro agudo el capitán.

El coronel se volvió hacia el hombrecillo con gesto hastiado.

- —¿Cree que no podría reconocer a mi propia esposa?
- —No, no, yo..., perdone..., no quería..., mi coronel.
- —Respecto al tema de la condena eso es algo que yo me ocuparé de solucionar. Desde luego recibirá el correspondiente castigo, pero de él me encargaré yo personalmente —dijo mirándome directamente a los ojos.

Yo me encogí temblando de miedo. Casi prefería la horca.

Hamish buscó mi mirada y yo enfoqué su rostro pétreo, igual que el de su hermano cuando ocultaba las emociones. Le supliqué silencio con la mirada y él asintió imperceptiblemente.

—He ordenado que se destruyan todas las proclamas. Hablaré con lord Collingwood y llegaré a un acuerdo con él. En realidad solo tiene herido el orgullo, que a veces es más grave que las heridas mortales. En cuanto a ti, mi querida esposa —di un respingo—, fuiste tan estúpida que no aprovechaste la única oportunidad que tuviste de escapar a Francia. Aunque no sé de dónde sacaste el valor para enfrentarte a lord Collingwood.

Un rostro de mujer dulce y agradable se filtró entre mis recuerdos.

- —¿Pauline? —conseguí decir con voz entrecortada. No sabía quién era, pero algo me hizo preguntar.
- —Estará con su familia, supongo, partió en el *Lady Arabella*, ella se ocupó de ocultarte en el prostíbulo donde conocía a una de las mujeres y tú en vez de aprovechar la oportunidad que te brindó, decidiste escapar a Escocia. Siempre te consideré bastante idiota, pero desde luego esta

aventura tuya ha sido desde el principio lo más ridículo que has hecho desde que te conozco. Lo pagarás caro y lo sabes. Pero eso es algo que discutiremos en la intimidad marital, como hemos hecho siempre.

Yo me estremecí y noté cómo Hamish se puso tenso por el esfuerzo de mantenerse quieto.

- —Pero ella... Acaba de hacer un trato que... —La aguda voz del capitán se perdió en la mirada furiosa del coronel.
 - —¿Qué trato?
- —Se entregó a cambio del indulto de un prisionero, mi coronel —dijo con voz un poco más firme.
- —Ese trato ahora no tiene ningún valor. ¿Dónde está ese documento? Y ¿quién es el prisionero? —preguntó con voz autoritaria.
- —El documento ha sido entregado a *laird* Hamish Stewart —señaló a mi cuñado—, y el prisionero es su hermano, *laird* Connor MacIntyre Stewart.

El coronel se volvió hacia Hamish y lo observó atentamente.

—Conozco a su padre. Pero veo que no ha heredado su prudencia. Por lo que veo la ayudaron a esconderse en Escocia. —Se acercó a él, demasiado, hasta que sus rostros casi quedaron a la par. Hamish intentó soltarse y lo único que consiguió fue que los tres hombres que lo sujetaban apretaran con más fuerza.

El coronel palpó el pecho de Hamish, notando el documento escrito con mi sangre; introdujo con cuidado su mano dentro de la camisa y lo sacó triunfante. Hamish hizo un movimiento de ataque y solo consiguió acabar arrodillado en el suelo bajo el peso de tres dragones ingleses.

Lord Darknesson lo leyó con calma, luego me miró con una expresión indescifrable en sus fríos ojos negros y lo arrojó al fuego de la chimenea, donde se deshizo en cenizas en cuestión de segundos.

- —¡No! —grité—, ¡eso no! Connor es inocente, él solo intentaba protegerme.
 - —¿Protegerte? —preguntó como en un descuido.

¡Mierda! Había hablado demasiado.

- —¿Qué hay entre ese prisionero y tú?
- —Nada, solo me ayudó a escapar, pero él no sabía quién era yo. Yo le mentí, mentí también a Hamish, los engañé a todos para poder mantenerme oculta.

Los ojos de Hamish me miraron con dolor. Los de mi marido, con odio y desprecio. Se acercó peligrosamente a mí. Yo retrocedí un paso. Cogió mi

mano derecha y la acarició con delicadeza. Lo miré extrañada. Había un brillo demente en sus ojos e intenté deshacerme de su sujeción. Él sujetó mi mano con más fuerza y la levantó hasta que estuvo frente a mi rostro.

—Siempre odié tu forma de aporrear el piano, creyendo que eras lo suficientemente buena como para sacar una melodía decente. Me dabas dolor de cabeza, ahora eso ya no lo volverás a hacer. Sé lo que te gustaba y yo te lo voy a impedir —dijo con una voz extraordinariamente suave.

Yo intenté decirle que no sabía tocar el piano, de hecho ningún instrumento musical para ser exactos.

La protesta murió en mis labios cuando noté que cogió mi dedo anular y lo retorció de tal manera que mi cuerpo se retorció igual. Hasta que se escuchó un chasquido. Grité de dolor y caí al suelo protegiéndome la mano. Me había roto el dedo. Escuché la exclamación ahogada del capitán y noté cómo Hamish volvía a luchar para acercarse a mí, maldiciendo en gaélico. Quedó tumbado a mis pies bajo el peso de tres soldados sobre él.

—¡Geneva! —escuché su grito ronco.

Yo no podía contestar, una espiral de dolor me rodeaba, surgía de mi dedo y atravesaba mi brazo hasta llegar a mi cabeza, que estaba a punto de explotar.

No contento con eso, mi marido el coronel se agachó a mi lado y susurró en mi oído.

—¿Crees que soy tan idiota como para no ver que entre ese prisionero y tú ha habido algo? No pienso cargar contigo y con un bastardo en tu vientre.

Yo me volví apenas, pero no fui lo suficientemente rápida. Una patada en mi vientre hizo que me encogiera de dolor y la habitación comenzó a girar peligrosamente sobre mi cabeza. Las náuseas amenazaron mi garganta y tragué saliva con dificultad, respirando entrecortadamente. Mascullé algo entre dientes.

- —¿Qué has dicho? —Él se volvió a agachar a mi lado.
- —He dicho —dije resollando— que me arrepiento de no haberte atropellado aquella noche.

La palma abierta de su mano voló hacia mi cara y me propinó una bofetada que me hizo girar el rostro golpeándome contra el suelo de piedra. Intenté incorporarme, pero el esfuerzo era demasiado, el dolor demasiado intenso, la oscuridad demasiado tenebrosa y caí inconsciente viendo cómo Hamish recibía un golpe en la nuca en un intento desesperado de acercarse

Desperté en una cama desconocida. Sentía todo el cuerpo dolorido, me costaba respirar, pero hice un esfuerzo por levantarme. Me incorporé apoyándome con la mano izquierda y conseguí sentarme en la cama. Miré alrededor. Estaba en una de las habitaciones de los oficiales del acuartelamiento. La habitación era austera, apenas una cama, una mesa, una silla y una chimenea encendida, que desprendía más humo dentro de la habitación que por el respiradero. Me miré la mano herida. Alguien había vendado mi dedo, pero la mano estaba hinchada y amoratada, ni siguiera quería pensar cómo estaría mi dedo debajo de la venda. Me dolía horrores. Punzadas me atravesaban a lo largo de todo el brazo. Intenté ignorarlas, pero no pude. Lágrimas de dolor asomaron a mis ojos y me incliné hacia delante peligrosamente. Entonces el dolor en mi estómago me hizo retroceder hacia atrás. Me aflojé el corpiño con la única mano que tenía servible y vi un inmenso moratón que me cubría la parte derecha del estómago, las costillas y el abdomen. Palpé con cuidado, no parecía haber ninguna rota. Me pasé la mano por el rostro arrastrando mis lágrimas y vi sangre. Me había vuelto a romper el labio. ¡Mierda! Ahora entendía por qué Melisande había huido de su hogar en Inglaterra para regresar con su familia a Francia. Yo no hubiera resistido ni la mitad que ella, si ese era el pan de cada día con ese hombre, engendro del demonio.

Intenté pensar con claridad, pero tenía la cabeza tan embotada por el dolor que casi me era imposible. «Piensa, Ginebra, piensa», me dije, «y sobrevive. Por él, por ti, por los dos». Pero estaba perdida, ahora sí que no sabía qué hacer.

Un hombre vino a buscarme, se identificó como el ayuda de cámara de lord Darknesson. Me miró buscando reconocimiento, pero no lo tuvo, su rostro no me era familiar. Querían que acudiera al despacho del capitán.

- —¿Por qué? —pregunté temiéndome otra paliza.
- —Yo solo he recibido las instrucciones de llevarla allí —expuso el hombre tranquilamente.

Atravesamos los corredores de piedra hasta llegar a la puerta del despacho del capitán. Llamó y al escuchar respuesta la abrió y me indicó que pasara.

Estaban solos el capitán y el coronel.

- —¿Qué ocurre? —pregunté casi sin voz.
- —He pensado, querida esposa, que te gustaría ver el espectáculo. —Su tono era malicioso.

Yo, de forma involuntaria, retrocedí un paso.

- —¿Qué espectáculo?
- —Asómate a la ventana.

Me dirigí hacia donde me había dicho, extrañada por su repentina amabilidad y totalmente alerta.

Me asomé y lo comprendí todo. El cadalso estaba preparado y pude ver a los hombres de Hamish y a él mismo en primera fila con los brazos cruzados esperando. Kendrick y el pequeño John también estaban, este último con una expresión horrorizada en su joven rostro.

No noté que mi marido se había posicionado a mi lado con una expresión de absoluto disfrute. El capitán, mucho más impresionable, se quedó sentado tras su mesa.

Quise huir, pero no podía. Tenía que verlo, tenía que estar ahí, era lo único que podía ofrecerle a Connor en ese momento. Lo vi salir por la puerta escoltado por dos soldados. Se encaminó con paso firme hasta el cadalso y esperó con calma a que le quitaran los grilletes. No aceptó la ayuda de nadie para encaramarse al horrible escenario. Intentó quitarse la camisa pero su hombro herido se lo impidió. Uno de los soldados sacó un cuchillo y la rasgo de arriba abajo mostrando su espalda fuerte y musculosa, blanca y sin heridas. Sentí que las lágrimas se deslizaban por mi rostro quemándomelo. El tartán cruzado sobre su pecho se deshizo y cayó como un manto carmesí y verde sobre la tarima. Lo ataron a las cuerdas y lo dejaron en posición de cruz. Solo entonces su rostro se dirigió a la ventana. Me vio y me miró fijamente con gesto triste. En sus ojos había una súplica silenciosa. No quería que lo viera, en ese estado no. Pero yo tenía que estar allí. Apoyé mi mano izquierda en el cristal y acerqué más mi rostro mostrándole que estaba con él, quería transmitirle algo de mi fuerza si eso era posible. Él asintió y miró al frente con la mirada perdida. Nunca vi nada tan increíblemente obsceno y cruel como lo que sucedió a continuación. Sin embargo, no pestañeé ni un instante durante el largo rato que duró la tortura.

El soldado encargado chasqueó el látigo de siete cuerdas contra el suelo. Yo me estremecí. El coronel sonrió y yo lo odié con toda la intensidad que pude. Nunca había odiado a nadie de esa forma y el sentimiento era extraño

y a la vez liberador.

Conté cada uno de los cincuenta latigazos. El primero golpeó la espalda haciendo que Connor se tambaleara un poco por el impulso, pero de su boca no salió ninguna exclamación. Solo afirmó más los pies al suelo de madera. Con el quinto latigazo pude ver cómo se abría la carne y la sangre comenzó a manar, cayendo a través de su espalda y mojando su kilt, deslizándose entre las grietas de la madera hasta caer en gotas granates sobre el suelo, en pequeñas burbujas que se mantenían un instante antes de ser engullidas por la tierra. Seis, siete, ocho, nueve, diez. El soldado paró con gesto cansado. Connor seguía mirando a un punto infinito en la lejanía, totalmente abstraído, de su boca no se escuchó ni un grito, ni un susurro. Metí mi mano herida en el bolsillo del vestido y apreté el abrecartas con intensidad hasta que noté cómo mi mano herida sangraba por el corte. Necesitaba sentir dolor, sentir dolor por él, con él. Diecisiete, dieciocho, diecinueve, veinte. El látigo estaba impregnado de sangre y restos de piel, que el soldado arrastró con su mano con un gesto de asco. Las lágrimas manaban de mis ojos sin control alguno empañándome la vista. Sentía cada golpe en mí, cada herida de su carne como si fuera mi propia carne. Veintiocho, veintinueve, treinta. Connor gimió y se desmayó dejando que su cuerpo colgara inerte de las cuerdas. Yo me estremecí y ahogué una exclamación. El coronel me miró y sonrió, tenía las mejillas enrojecidas y los ojos brillantes. Otro soldado cogió un cubo de agua y lo lanzó contra el rostro de Connor. Este agitó la cabeza desconcertado, pero se despejó lo suficiente como para erguirse otra vez. La tortura siguió. Cuarenta, cuarenta y uno. Recé para que pararan de una vez. Lo estaban destrozando, podía ver asomarse el músculo bajo la piel deshecha. Su espalda era una masa informe de carne, músculo y piel que caía descolgada de cada una de sus heridas. Cuarenta y ocho, cuarenta y nueve y cincuenta. Solo entonces respiré. Soltaron a Connor de las cuerdas y este cayó al suelo de rodillas. Dos soldados se aproximaron y lo cogieron por los brazos levantándolo. Vi a Hamish y a todos los hombres con gestos de furia contenida. Uno o dos intentaron acercarse a él. No se lo permitieron. Lo cubrieron con una manta gris y le pusieron los grilletes. Se lo llevaron arrastrándolo al interior de la fortaleza.

^{—¿}Has disfrutado, querida? —El coronel se volvió hacia mí con una sonrisa apenas disimulada.

[—]No tanto como tú —le contesté mirándole a los ojos con odio. Y

entonces me agaché y vomité todo el contenido de mi estómago dolorido en su pulcro uniforme.

De vuelta en la habitación dejé que todo mi dolor aflorara y me abracé las piernas con desesperación balanceándome buscando un consuelo que no llegaba. Recordé a mi madre y me pregunté si su vida en este siglo había sido igual de cruel que la mía. Deseé tenerla a mi lado, ella seguro sabría qué hacer. Yo me encontraba totalmente perdida. Sin embargo, su rostro amado apareció en mi mente mostrándome una salida.

Estábamos haciendo un puzle bastante complicado y mi impaciencia me podía, intentaba encajar las pocas piezas que me quedaban sabiendo que ese no era el lugar correcto. Mi madre se acercó por detrás y cogió una pequeña pieza.

- —Ves —me dijo.
- —Claro que la veo —contesté yo frustrada.
- —No, Gin, no lo ves, ves la forma, pero no te fijas en las aristas, en los bordes sinuosos de la pieza. Te ocurre lo mismo con las personas, no todo es blanco o negro, no todo encaja a la fuerza, siempre hay que saber mirar con más atención lo que nos rodea, observa y encontrarás la respuesta.

Cogí la pieza que tenía en la mano y busqué la forma correcta, ese pequeño detalle que hacía que, aunque iguales, cada una tuviera su sitio. Lo encontré y lancé una pequeña expresión de triunfo.

—¿Lo entiendes ahora, pequeña? Las personas son igual a las piezas de los puzles, parecen iguales, pero todas son diferentes, solo hay que encontrar cuál es el hueco y la arista que la hace distinta a las demás. — Me dio un beso en la coronilla y esperó hasta que yo conseguí terminar el puzle sin más ayuda por su parte.

¡Maldita sea! Algo se me había escapado y no lograba saber el qué. Intenté introducirme en los recuerdos de Melisande para lograr algún indicio, pero no encontré nada. Cerré los ojos y me concentré en lo que había sucedido desde que había aparecido lord Darknesson. Rememoré cada comentario, cada gesto y entonces lo encontré. Cuando se acercó a Hamish, esa forma de mirarlo tan íntima, la delicadeza con la que puso su mano sobre el pecho, cómo tragó saliva cuando introdujo su mano dentro

de su camisa y tocó su piel, el movimiento sinuoso de su nuez de Adán, el pequeño suspiro. ¡Joder! Lo tenía. Era eso. A lord Darknesson, conde y coronel, le atraían los hombres. Con una sonrisa triste recordé cómo había pensado al principio viendo que Connor entraba en una Molly House que era él quien tenía esas apetencias, cuando en ningún momento mostró ningún signo al respecto. Mi madre tenía razón, tenía que aprender a fijarme más en las personas. Todos tenemos secretos y yo acababa de descubrir el más preciado de mi marido. El único que él necesitaba mantener oculto a los demás. Volví a cerrar los ojos con una pequeña expresión de triunfo y una escena desconocida y a la vez familiar se apropió de mis recuerdos, un hombre desnudo de espaldas, con el sudor brillando sobre su piel que lanzaba destellos iluminada por el fuego de la chimenea besando a otro hombre con unos grandes ojos azules. Abrí los ojos sorprendida. Ahora lo entendía todo, ahora sabía por qué Melisande había huido. Tenía miedo de que su marido la silenciara para siempre, enterrando con ella su secreto. Pero yo no era Melisande, era Ginebra y ahora jugaba con ventaja.

Me levanté y me dirigí a la puerta. Moví el pomo esperando que estuviera cerrada. No lo estaba. Musité una plegaria de agradecimiento. Corrí por los pasillos silenciados por la noche amparada por la oscuridad hasta que encontré el despacho del capitán. Entré con cuidado y rebusqué en su mesa, solo la débil luz de la luna iluminaba el espacio, cogí un papel en blanco y me senté dispuesta a escribir el indulto de Connor. Lo había leído y podía reescribirlo de memoria. Me costó bastante, con la mano inutilizada por el dedo roto, el resto de los dedos hinchados como salchichas y el corte en la palma, pero finalmente lo terminé y me froté la mano herida con cuidado. Lo guardé en los pliegues de mi vestido y salí furtivamente dirigiéndome otra vez a la habitación.

Cuando llegué me senté en la cama a esperar. Lo iban a ahorcar al amanecer. Solo tenía que esperar que lord Darknesson viniera a buscarme. Disfrutaba con el dolor ajeno y estaba segura de que quería que yo viera cómo ahorcaban al hombre que me había salvado.

No dormí absolutamente nada, el dolor que sentía en mi cuerpo y por Connor, así como la excitación del enfrentamiento con el coronel me mantuvieron en un estado de alerta semiinconsciente durante las largas horas de la noche.

Poco antes del amanecer se abrió la puerta y entró el coronel. Se había

cambiado de ropa, ya no llevaba el uniforme de los dragones y tampoco la peluca, pude ver que su pelo era oscuro, igual que sus ojos y, muy a mi pesar, que resultaba bastante atractivo.

Su rostro estaba arrebolado y yo me imaginaba muy bien por qué, lo que no sabía era por quién.

- —Veo que estás despierta —fue su comentario nada más entrar al verme sentada en la cama.
 - —Estaba esperándote —le dije como él en mis pesadillas.
 - —¿Qué quieres? —inquirió él con gesto brusco.
 - —Algo muy sencillo, solo que firmes un simple papel.
 - —¿Cuál? —Ahora había conseguido su atención por completo.
 - —El indulto de *laird* Connor Aiden MacIntyre Stewart.
 - —Eso ni lo sueñes —repuso riéndose.
- —Oh, lo harás, no te quepa duda —dije con un tono de voz que no reconocí como propio.
- —¿Por qué tendría que hacerlo? —dijo con tono hastiado, pero percibí la duda en su voz.
- —Porque si no me encargaré de que todo el mundo, incluida la corte inglesa y francesa, conozcan tu secreto.
 - —¿Quién eres?
- —Soy Melisande Lusignant, lady Darknesson, pero soy más fuerte de lo que tú recuerdas y no tan estúpida como crees.
 - —No serás capaz...
- —Lo seré. Porque no tengo nada que perder y tú si. Tú tienes mucho. Todo lo que has construido se derrumbará como un castillo de naipes si yo lo cuento.
 - —Nadie te creerá.
- —Lo demostraré con pruebas, de todas formas una vez que lanzas un pábulo siempre queda la duda. Te perseguirá como una sombra oscura de la que no podrás huir. Te convertirás en un paria. Y eso es algo que no te gustaría. «Calumniad con audacia, siempre quedará algo» —dije citando a Francis Bacon.
 - —Podría silenciarte ahora mismo y nadie se enteraría.

Cogí el abrecartas de plata que tenía en el bolsillo. Tal vez me fuera de utilidad otra vez, como había dicho Connor. Él vio mi gesto y el reflejo de la plata en la luz de la vela que había mantenido encendida toda la noche en la mesilla.

- —¿Piensas atacarme? —preguntó con un deje divertido en la voz.
- —Podría hacerlo. Crees que me conoces, pero no sabes quién soy. Mírame a los ojos, mírame bien. Ya he matado antes y volvería a repetirlo si fuera necesario.
 - —No eres Melisande —repuso desconcertado.
 - —Oh, lo soy, tú has hecho que vuelva a serlo.

Observé su gesto dudando y a la vez mirándome de forma incrédula.

—¿Y qué obtengo yo a cambio? —dijo finalmente.

Yo exhalé fuertemente. Ni siquiera me había dado cuenta de que contenía el aliento.

- —Mantendré tu secreto a salvo, seré tu escudo ante el mundo. No me importa lo que hagas con tu vida, siempre que me mantengas al margen.
 - —¿Cómo puedo creerte?
- —Porque eres lo suficientemente inteligente como para darte cuenta de que en realidad no soy Melisande, aunque a los ojos de los demás lo sea. Melisande pensaba traicionarte, yo no lo haré. No lo haré a cambio de la vida de Connor.
 - —Esto lo pagarás caro —soltó bruscamente.
- —Lo haré seguro, te conozco aunque tú no me conozcas a mí. Pero de momento firma, ya tendremos tiempo de discutir más adelante —repuse con un pequeño estremecimiento.

Se acercó y le ofrecí la pluma y la tinta. Firmó.

—Séllalo —dije.

Deslizó un anillo con su escudo de su mano y presionó con fuerza sobre la cera caliente que yo había arrojado sobre el pie de página.

Un rayo tímido de sol iluminó de repente la estancia, parándose justo en el documento que significaba la salvación de Connor. Sentí que por fin encajaba todo en su sitio. Yo lo había perdido, pero había conseguido salvar su vida. Eso me bastaba.

Salí de la habitación sin volverme.

Bajé las escaleras y encontré a un soldado que hacía guardia en la puerta. Le entregué unas monedas y le insté a que fuera a la posada a buscar a *laird* Hamish Stewart. Le transmití un mensaje.

—Dile que Ginebra le llama porque nadie va a beber a la salud de Connor. ¿Lo recordarás?

El soldado miró las monedas y calculó.

—Sí, señora.

—Bien, date prisa.

Después subí al despacho del capitán, llegué justo cuando el coronel estaba entrando.

Noté la incomodidad del capitán nada más traspasar la puerta. Su cómoda y aburrida vida en el fuerte se había trastocado en los dos últimos días de una forma que lo molestaba, y no lo disimulaba en absoluto. Además de perder la oportunidad de salir de allí. «Bueno —pensé—, todo habrá acabado dentro de un rato.»

Sin decir una palabra le entregué el indulto firmado y sellado por lord Darknesson.

Él lo leyó incrédulo y nos miró a ambos. Hablé yo, cogí de la mano a mi marido y lo miré con ojos de adoración. Al final iba a resultar una estupenda actriz.

—Mi marido ha accedido a mis deseos, ha comprendido que ese hombre solo intentaba ayudarme engañado por mis argucias al esconderme y me ha concedido el deseo que le pedí anoche. —Agité mis pestañas hacia el coronel.

Este me miró como si fuera la primera vez que me veía.

Me acerqué más a él.

—Fui una estúpida, me asusté e intenté huir y no me he dado cuenta hasta ahora de cuánto lo había echado de menos y de que mi lugar en el mundo es estar junto a él —dije con voz melosa.

El coronel tragó saliva pero siguió en silencio. Noté que su mano me apretaba con más fuerza, entendí su señal. Me callaría por el momento.

Al poco llegó Hamish. Tenía un fuerte golpe en la frente y parte de su rostro estaba amoratado, pero aparte de eso parecía estar bien. El capitán le entregó el indulto y le explicó que el coronel había accedido a perdonar a su hermano. Hamish me miró entrecerrando los ojos, yo le hice un gesto de silencio con los míos y él calló. No había tiempo para explicaciones, tampoco podía ofrecérselas de todas formas.

Mandaron traer a Connor. Yo aguanté la respiración. Aquello iba a ser lo más difícil.

Connor llegó encadenado y con paso tambaleante. Se paró en silencio frente a mí. Yo lo miré con dolor, su rostro estaba enrojecido y sus ojos brillaban vidriosos por la fiebre. Tenía la camisa rota y manchada de sangre. Parecía desconcertado y perdido. Sentí unas irremediables ganas de abrazarle y decirle que estaba a salvo. Que lo amaba más que a nada en el

mundo y que nada cambiaría eso. Pero sin embargo compuse mi gesto y lo miré con dureza y frialdad.

- —¿Genevie? —preguntó titubeando.
- —Genevie est morte. Je suis Melisande.

Él abrió un ojo verde esmeralda y me interrogó con la mirada buscando confirmación a lo que había expresado.

— *Je ne vous connais pas* — dije con frialdad. «No te conozco», lo negué por primera vez.

Connor parpadeó incrédulo y miró a Hamish, luego se volvió otra vez hacia mí.

- —*Mo cridhe* —susurró. «Mi corazón.» Yo me mordí un labio soportando el dolor.
- *Je ne vous comprends pas. Je ne sais pas qui êtes-vous.* Lo negué por segunda vez.
- —*Mo anam*, ¿por qué lo has hecho? '*S tusa gràdh mo bheatha*. —Su voz era ronca y su tono, herido.

Lo miré con frialdad, sabía lo que me había dicho, yo era el amor de su vida, recompuse el gesto y enfoqué mis ojos igual que cuando me enfrentaba a un acusado. No dejé que mis sentimientos afloraran a mi rostro, aunque mi alma se desgarró en jirones sangrientos.

—Vamos, hermano, te llevaré a casa —dijo Hamish poniéndole un brazo sobre los hombros—. ¡Quítenle los grilletes! —ordenó a los guardias. Estos miraron al coronel esperando confirmación. El coronel asintió con la cabeza.

Una vez que se los quitaron alargó su mano hacia mí y dio un paso en mi dirección. Yo di un paso atrás y me tapé el rostro con mi mano izquierda ocultando mi tristeza. No quería que viese el estado en el que había quedado la derecha.

—*Écartez-le de ma vue!* —dije apenas sosteniéndome—. *La puanteur est insupportable*. —«¡Apártenlo!, el hedor es insoportable.» Lo negué por tercera vez, igual que hizo Pedro el discípulo con Jesús, su Salvador.

Connor se apartó como si le hubiese abofeteado. Yo me tapé el rostro con la mano con más fuerza mordiéndome el labio hasta que noté el sabor metálico de la sangre en la lengua. Si seguía un momento más a mi lado me derrumbaría en sus brazos y eso no podía permitirlo.

Connor me dirigió una última mirada desesperada y yo aparté la vista. Se volvió despacio y se dejó llevar por su hermano. Cuando salieron me dirigí a la ventana. Los observé mientras Hamish ayudaba a Connor a montar en su caballo. Entonces recordé algo y me volví al capitán.

- —¿Dónde está el caballo frisón? —espeté.
- —¿El caballo? —preguntó él desviando la mirada.
- —Sí, ya sabe cuál le digo. Quiero que se lo devuelvan, o yo misma les acusaré de robo —dije con furia.

El capitán, cansado y ocultando su fastidio, hizo un gesto al soldado que montaba guardia y le indicó que devolvieran el caballo a su dueño.

Esperé junto a la ventana hasta que vi que sacaban el precioso animal de los establos y se lo entregaban a los escoceses. Tanto Hamish como Connor miraron hacia arriba. Yo estaba oculta a su vista. Ginebra se hubiera asomado, Melisande no. Ya estaba todo hecho y dicho. Esperé hasta que ambos desaparecieron por las puertas del Fuerte George.

De repente un tremendo agotamiento me invadió y tuve que sentarme. Quería llorar pero no podía, quería gritar pero no podía, quería vivir, pero ya estaba muerta. Me doblé sobre mí misma y dejé que toda la agonía que había estado guardando en mi interior los últimos tres días se liberara. Estallé en un agudo grito muy similar al aullido de un animal herido. Y caí hacia delante.

Lord Darknesson se agachó a mi lado.

—Vamos, Melisande —dijo con satisfacción en su voz—, esto es solo el principio.

Me volví con el rostro contraído por el dolor y la angustia. Sabía lo que me esperaba, lo había estado conteniendo como una presa a punto de reventar tras una riada.

—No —le contesté con el mismo tono de satisfacción que mostró él—, esto es el final.

No escuché más, cerré los ojos y los hilos que me arrastraban a la oscuridad me envolvieron.

- —Ginebra.
- -Melisande.
- —Ha llegado el momento.
- —Lo sé. Lo estaba esperando.
- —Quiero regresar a mi vida.
- —No puedo dejarte, no puedo dejar a Connor —intenté concentrarme en

su rostro, pero solo veía el dolor de su mirada y la decepción al despedirnos.

- —Ya lo has hecho, lo has abandonado.
- —No te dejaré volver.
- —Sí, lo harás porque aquí ya no te queda nada y lo sabes.
- —No, intentaré recuperarlo.
- —Ya no puedes, lo que has hecho no tiene vuelta atrás.
- —Vete.
- —No, he venido a quedarme. Soy Melisande y quiero recuperar mi vida.
- —No es tu vida, es la mía.
- —Ya no. Lo has perdido todo. Otra vez.

Sentí que lloraba sin llorar, que una vez más la nada me envolvía sin remedio, que ella tenía razón, lo había perdido todo por salvarlo. Y me rendí, ya no tenía sentido luchar. Connor jamás me perdonaría lo que yo había hecho, lo sabía en mi fuero interno antes de intentarlo siquiera. Nunca me perdonaría la traición que había cometido, él era un hombre de honor por encima de todas las cosas. Intenté buscarlo en mis recuerdos, pero estos estaban desapareciendo. «Connor, Connor», intenté gritar, pero él ya no estaba a mi lado. «Connor», supliqué una vez más, «¿dónde estás?». Pero su rostro, su voz, su sonrisa, sus caricias y su amor se perdieron definitivamente en los recovecos de mi mente.

En mi final está mi comienzo (María Estuardo)

Abrí los ojos, pero la luz tan intensa me obligó a cerrarlos. Quise hablar pero algo me lo impedía. Escuché voces alrededor amortiguadas, llegaban a mi cerebro turbado de forma lejana y discordante.

- —¡Ha abierto los ojos! ¡Está viva! —escuché a lo lejos.
- «¿Galadriel? ¿Era la voz de mi hermana?»
- —Enfermera. —Era el grito de un hombre con voz de locutor de radio, profunda y sensual. Una voz familiar, pero «¿de quién?».

Sentí que arrastraban algo por mi garganta y tosí. Recuperé algo de oxígeno y respiré entrecortadamente.

Abrí los ojos otra vez más despacio, apenas una rendija para poder ver. El rostro de un hombre rubio con ojos verdes como los mares del Sur se inclinó sobre mí.

- —¿Connor? —musité. Pero, «¿quién era Connor?». Una imagen fugaz apareció en mi cerebro e intenté atraparla, pero desapareció con la misma rapidez con que había aparecido.
- —¿Qué ha dicho? —Era la voz de un hombre . ¿Mi padre?, ¿podía ser él?
- —¿Doctor, qué ocurre? —Otro hombre joven, con un horrible acento inglés. ¿Quién era? No lo conocía, ¿o sí? Se parecía mucho a... No encontraba el nombre en mi cerebro totalmente confundido. ¿Yago?

Abrí los ojos un poco más para encontrarme otra vez con esa mirada verde.

- —Connor —dije con voz ronca sintiendo dolor en mi garganta.
- —No —contestó él—, soy Robert Cameron, su neurocirujano.
- «¿Neurocirujano?»
- Abrí los ojos del todo y lo enfoqué en mi mirada, parpadeé varias veces.
- —Sabía que eras muy bueno trabajando con los dedos —le dije

sonriendo. Me dormí otra vez cansada por el esfuerzo amparándome en su media sonrisa y su mirada decidida y familiar.

Me encontraba mirando por la ventana los copos de nieve que caían en silencio deshaciéndose en el suelo cubierto de blanco. Pequeñas ráfagas de aire creaban remolinos de algodón helado. Pero yo no tenía frío. Me volví hacia el hombre que estaba sentado en un pequeño escritorio de madera junto al fuego de la chimenea escribiendo. La luz de las velas iluminaba su rostro varonil y concentrado, y un mechón de pelo rubio le caía sin remedio sobre la frente. Él percibió mi interés y se volvió ofreciéndome una sonrisa ladeada. Yo sonreí a mi vez.

- —No me has dicho lo que significaba.
- *—¿El qué*, mo anam?
- —La balada que cantaste el día de nuestro enlace y que repetiste el día que te confesé que te amaba.
- —Ah, esa. —Se rascó la barbilla pensativo y volvió a sonreír, un hoyuelo se marcó en su mejilla cubierta por una suave barba dorada—. Ven, te la traduciré.

Avancé hacia él y me senté en su regazo. Comenzó a hablar, con su voz profunda, sensual y algo ronca.

—Mírame a los ojos y allí verás lo que significas para mí. Busca en tu corazón, busca en tu alma, y no busques más, porque allí me encontrarás. No me digas que no vale la pena morir por ti, toma mi vida, porque todo lo que soy, lo soy para ti. No me digas que no me sacrifique, que no luche, porque no hay nada que quiera más que conseguir tu amor. Tu alma es mía, y mi alma te pertenece, acéptala y no me rechaces porque nadie podrá darte nunca tanto amor.

Terminó de narrar, yo lo miré entrecerrando los ojos.

—Habla de una selkie, ¿no es así? Eso es lo que no has traducido.

Pareció algo avergonzado.

—Sí, me habría gustado que fueras una de ellas y poder esconder tu piel para que nunca te separaras de mí —confesó.

Yo reí. Él sonrió mirándome a los ojos.

- —Además, ¿no eres tú la que dice que siempre hay una canción para cada momento?
 - —Es cierto. —Lo miré con amor.
 - —¿Y ahora cuál sería la adecuada?

- —Solo se me ocurre una, una muy antigua. Bueno, tú eres muy antiguo —afirmé sonriendo.
 - *—¿*Yo antiguo?
 - —Sí, más o menos trescientos años de antigüedad —le dije riendo.
 - —Cántala para mí.

Cerré los ojos y recordé.

- —Bésame, bésame mucho, como si fuera esta noche la última vez. Bésame, bésame mucho porque tengo miedo a perderte después.
- —Te besaré —dijo haciéndolo, se separó apenas y susurró mientras me cogía en brazos— y no me perderás.
 - *—¿Nunca?*
 - —Jamás.

Desperté sobresaltada, no recordaba nada, la sensación de paz había desaparecido, el rostro se había difuminado en las tinieblas de mis recuerdos. Tuve miedo y un gran sentimiento de soledad.

- —¿Dónde estoy? —pregunté a los rostros que me rodeaban.
- —Estás en casa —dijo la voz de mi hermana a mi lado.

Yo me volví hacia ella y miré su rostro sonriente en un reflejo del mío, y esbocé yo también una pequeña sonrisa.

—¿Estoy en casa? —dije apenas sin voz. No reconocía el entorno. Me sentía completamente perdida.

No, no lo estaba. No estaba en casa y menos en el lugar en el que quería estar. Cerré los ojos de nuevo impidiendo que los retazos inconexos de mi memoria se desvanecieran definitivamente. El caos me atrapó de nuevo. Me vi envuelta en un tornado, el aire giraba a mi alrededor impidiéndome enfocar el exterior. Yo permanecía estática, suspendida en el abismo. Pero esta vez no tuve miedo.

- —Melisande —grité desesperada.
- —¡¿Qué sucede, doctor?! —La voz de mi hermana me llegó de forma amortiguada y lejana, rodeada de nubes oscuras—. ¡No! ¡Otra vez no, Gin! ¡Lucha! ¡Vuelve!
- —Voy a luchar —intenté decir, aunque solo un tenue suspiro brotó de mi boca—, voy a luchar pero para regresar, no para quedarme.

Un dolor desgarrador me abrasó el alma. Mi hermana. Mi otro yo. Pero él estaba al otro lado y tenía que encontrarlo. Cerré los ojos centrándome en su imagen.

- —Connor —supliqué—, no me abandones.
- —No lo haré. Ya te dije que si flaqueabas, me buscaras. Estaría a tu lado —susurró su voz de barítono grave y profunda. Me volví desesperada intentando encontrarlo en el caos que me envolvía. Estaba allí, lo presentía, aunque no conseguía verlo.

Melisande se apareció de improviso frente a mí con una gran sonrisa de triunfo.

—Has perdido —dijo simplemente.

La furia me invadió recorriendo mi piel hasta que pude notar que ardía.

- —No —repliqué—, porque yo tengo algo que tú no tendrás nunca.
- —Soy Melisande de Lusignant, condesa de Darknesson. Tú eres la que jamás tendrás lo que yo poseo —contestó con un leve encogimiento de hombros totalmente despreciativo.
- —Soy Genevie MacIntyre. Tengo su amor. Y eso me salvará —exclamé empujándola fuera del círculo.

Escuché su grito agónico y después solo hubo silencio.

Epílogo

Highlands. Escocia 1745

Me volví incómoda sobre el frío suelo helado de las montañas. ¿Dónde demonios se había metido Connor?, me pregunté por centésima vez. Escuchaba a lo lejos el murmullo de pasos y conversaciones perdiéndose en la espesura del bosque amparados en la oscuridad invernal. Sentí que el sudor cubría mi espalda haciendo que las gotas me recorrieran por debajo del vestido como lenguas de hielo. Alguien se acercaba sigilosamente. Busqué la *siang dhu* en mi bolsillo y la saqué en silencio sujetándola con fuerza en una mano. Cuando sentí su presencia casi junto a mí me volví de improviso y alcé el arma como defensa.

Connor se abalanzó sobre mí y me inmovilizó la mano con un brazo cubriéndome la boca con la otra. Tuve el impulso de mordérsela.

- —*Tuch!* Soy yo —susurró en mi oído. Fue muy prudente al ordenarme silencio ya que yo estuve a punto de aullar como un lobo del terror que sentí. Me debatí entre sus brazos y él me soltó.
- —¿Has visto algo? —pregunté en un susurro viendo cómo él se tendía junto a mí en el suelo haciendo una mueca de disgusto al notar el frío.
- —Demasiado. Están por todas partes, pululando como los piojos en el pelo de un niño. Es imposible calcular cuántos hay —dijo casi sin resuello.

A mí un regimiento completo del Ejército de Su Majestad el rey Jorge II no me parecía una masa informe de inofensivos piojos, más bien me recordaban a las sanguijuelas sedientas de sangre. De sangre escocesa. Es decir, nuestra, y ese pensamiento hizo que temblara de miedo.

- —Déjame que te dé calor —exclamó Connor acercándome a su cuerpo cálido malinterpretando mis temblores.
 - —¿Qué vamos a hacer? —pregunté acurrucada contra su amplio pecho.
- —Solo tenemos una opción. Tendremos que descender la colina. Rápidamente. Si conseguimos esquivarlos podremos rodear el campamento

inglés y regresar a la línea escocesa —explicó con calma.

- —Y una vez en el valle, ¿hacia dónde?, ¿izquierda o derecha? —inquirí sintiendo cómo poco a poco iba entrando en calor.
 - —Centro —contestó él brevemente apretando los labios.

El calor huyó de mi cuerpo arrastrado por el viento del norte. Me aparté súbitamente.

- —¿Pero...?
- —¿Sabes nadar, Genevie? —preguntó él adelantándose a mis temores.
- —Perfectamente —repliqué con cinismo—, braza, mariposa, espalda... ¿qué prefieres?
 - —Que no te ahogues. Eso será suficiente —respondió él con gesto serio.
- —¿Estás loco? ¿El río Spey en pleno invierno? Moriremos congelados —señalé ya sin nada de sarcasmo sino con una lógica tétrica y aplastante.
- —Es la única oportunidad —dijo él—. ¿Escuchas? Se acercan. Están rastreando el terreno. Si nos encuentran estaremos perdidos.
- —Está bien —concedí. Y pensar que nos encontrábamos en esta situación porque mi intención había sido la de buscar algo de intimidad. No había contado con la desorientación espacial tan habitual en mi persona.
- —*Mo anam, tha gaol agam ort*. Lo sabes, ¿verdad? —susurró junto a mi boca besándome con pasión.
- —Lo sé. Yo también, *mo ruin* —le respondí perdiéndome en sus ojos verdes. Solo había conseguido aprender esa palabra en gaélico. Era suficiente. No necesitaba conocer más. «Mi amor.»
- —No te sueltes de mi mano, ¿entendido? —exigió levantándome con un solo brazo.

Afirmé con la cabeza, demasiado asustada como para pronunciar palabra. Escuchamos un disparo a nuestra espalda. Aquella fue la señal. Emprendimos una huida desesperada a través de la colina. Tropecé varias veces, pero la sujeción de Connor me impidió caer. Paramos sin resuello frente al pequeño terraplén rocoso bajo el que se deslizaban furiosas las aguas del río Spey.

Lo miré con intensidad y él me sujetó la mano con más fuerza.

- —Mantente con vida, Genevie. Solo concéntrate en eso. Si... Si... nos soltamos intenta salvarte. No podría soportar perderte otra vez —exclamó con voz serena.
 - —¿Y crees que yo sí que podría soportar perderte a ti? —inquirí con

fiereza.

—¿Vas a discutir quién ama más a quién? —preguntó algo sorprendido —. No ganarías la batalla —añadió como al descuido.

Estuve a punto de pegarle un puntapié ante su sonrisa de suficiencia. No hubo tiempo. Escuchamos el sonido de pasos acercándose. Me dio un rápido beso y me apretó con fuerza la mano.

- —Per ardua —susurró
- —Per ardua —contesté yo.

Saltamos enlazados por nuestras manos y nuestros corazones. La ropa flotó volando impulsada por el viento helado de las montañas. A través de las dificultades.

Pero juntos. Por siempre.

Choqué con un golpe sordo en las heladas y revueltas aguas del río. Sentí que me hundía sin remedio, que me ahogaba, que no podía respirar, que me estaba quedando paralizada por el frío, que soltaba la mano de Connor. Todo al mismo tiempo y sin poder reaccionar. Pataleé desesperada intentando emerger del agua que me rodeaba en remolinos furiosos y boqueé sin que el aire llegara a mis pulmones. «Ya está —pensé—. Juntos por siempre en la tumba cristalina y húmeda del río.» Luché por nadar sin sentir apenas mi cuerpo. La corriente me arrastraba empujándome sin que yo lograra encontrar algo a lo que asirme. Connor sí lo encontró. Sentí su mano sujetándome el brazo y fui izada para caer sobre el húmedo lodo del cauce del río sin aliento y casi desfallecida.

Sus brazos me dieron la vuelta y sus manos cogieron mi rostro. Ni siquiera sentí el roce de su piel encallecida.

—*Mo aman, a Dhia!*, respóndeme —susurró junto a mi boca frotándome con vigor los brazos y hombros.

Abrí los ojos sin poder hablar y parpadeé buscando su rostro.

—Es... es... estoy bien —conseguí decir finalmente tartamudeando y entrechocando los dientes a causa del frío helador.

Me levantó con facilidad y me abrazó con tanta fuerza que el poco aire que tenían mis pulmones desapareció y tosí contra su pecho. Me separó un momento y me observó con intensidad asegurándose de que realmente estuviera bien.

—Vamos, tenemos que darnos prisa. —Me sujetó de la mano y me obligó a seguirle entre las aliagas que cubrían aquella parte del reborde del Spey.

No pregunté adónde íbamos, no podía hablar. Estaba sin resuello y seguía temblando como una hoja. El vestido mojado se pegaba a mis piernas casi impidiéndome caminar y el aire gélido de la noche escocesa escocía y mordía mi rostro de tal manera que las lágrimas brotaron molestas por la intrusión.

Llegamos a los pocos minutos a una pequeña hendidura en un promontorio de piedra. Me alzó y me empujó sobre la piedra. Intenté sujetarme, pero rodé cayendo al otro lado totalmente sorprendida y bastante furiosa. Él saltó un segundo después y tras acuclillarse a mi lado y posar un dedo en mis labios en señal de silencio, circundó la pequeña cueva buscando algo concreto. Pareció encontrarlo y mientras yo seguía tiritando sin poder moverme sentada en el suelo de tierra, él prendió un pequeño fuego con el pedernal y comenzó a desprenderse de la pesada capa de lana. La arrojó a un lado y se descalzó, quitándose también la camisa. Yo lo miré estupefacta y lo único que pude hacer fue acercarme gateando hasta el magro fuego que luchaba por sobrevivir en la oscura cueva.

—Desnúdate —ordenó suavemente.

Intenté deshacer la lazada de mi corpiño, pero mis dedos rígidos no me obedecieron. Estuve a punto de echarme a llorar. Él se acercó y con un suspiro divertido me desprendió de toda la ropa en segundos, arrojándola junto a la suya. Comenzó a frotarme fuertemente hasta dejarme rojeces en cada extremo de mi piel, que tiritaba y temblaba como si yo no tuviese control sobre ella. Me llevó hasta el fuego que ya ardía con intensidad y me sentó. Después se perdió en la profundidad de la tierra para aparecer de nuevo con una manta a cuadros que desplegó y sacudió invitando a los ocupantes que se habían acogido a la cálida lana a abandonarla. Se sentó tras de mí y cubrió nuestros cuerpos con la manta. Estuve unos momentos en silencio hasta que poco a poco el calor de su cuerpo a mi espalda y el del fuego frente a mí me devolvieron lentamente a la vida.

- —¿Dónde estamos? —pregunté girando el rostro.
- —En una cueva —contestó él brevemente, sonriendo.

Yo entrecerré los ojos en su dirección.

—Hamish me habló el otro día de este sitio y no se me ha ocurrido otro mejor donde escondernos hasta que el regimiento deje de buscar. Aunque supongo que si han visto que saltábamos estamos a salvo, ya que habrán creído que la corriente nos habrá arrastrado y que moriremos ahogados — explicó—. Por cierto, ¿no habías dicho que sabías nadar? —añadió con una

gran sonrisa.

Yo le pellizqué un brazo y él emitió un pequeño quejido de protesta.

- —¿Y cómo es que había leña seca y una manta? —inquirí con curiosidad ignorando su crítica a mi estilo de nadadora profesional recostándome sobre su pecho.
 - —Hummm... Estos últimos días ha venido aquí... ya sabes...

Lo interrumpí levantando la mano.

- —No lo sé. Y no quiero saberlo. Gracias —contesté. Y él rio con ganas.
- —¿Estás mejor? —preguntó abrazándome.
- —Creo que sí. Por lo menos ya siento todas las extremidades —contesté estirando una pierna y acercando el pie al fuego para atrapar su calor. Él apoyó su barbilla sobre mi hombro y respiró aliviado.

En ese momento una nube oscura fue arrastrada por el viento y la luna llena se reflejó en el cielo estrellado, filtrando su luz por el resquicio de piedra de la entrada y llenando el pequeño refugio de una luminosidad blanquecina y fantasmal. La miré con fijeza evocando.

—¿Sabes? —murmuré—, cuando estuvimos separados y recordé tus palabras indicándome que te buscara en el cielo...

Escuché un suspiro entrecortado. Jamás le había hablado de aquellos días oscuros. Sin embargo su fuerte abrazo me instó a seguir hablando.

—Solía mirar al firmamento por las noches, buscándote desesperada, sabía que estabas allí, sentía tu presencia, tan cercana, tan lejana. A veces extendía mi mano como si pudiera rasgar el velo del tiempo y acercarte a mí... —Mi voz se perdió en un sollozo—. Te llamaba una y otra vez, pero no conseguía escucharte.

Connor me volvió para ponerme de costado y poder levantar con una mano mi rostro cogiéndolo por la barbilla hacia él.

- —Genevie, si alguna vez no lograras escuchar mi voz, si no pudiera pronunciar mi amor con los labios, solo tienes que apoyar tu rostro en mi pecho —me empujó levemente hasta que reposé sobre él—, ¿lo escuchas ahora?
 - —Sí —susurré.
- —En cada latido están impresas las mismas palabras. Te amo. Cada vez que mi corazón bombea, lo hace por ti, porque eres la fuerza que me impulsa a seguir viviendo —dijo suavemente, y las palabras flotaron a nuestro alrededor enlazando nuestras almas.

Lo rodeé con mis brazos y el silencio nos envolvió como un manto

cálido. Y lo escuché, filtrándose en mi ser, el bombeo lento y fuerte de su sangre, de su corazón, con las palabras que jamás olvidaría. «Te amo.»